



HISTORIA
BIOGRAFICA
DE LOS
PRESIDENTES
DE LOS
E. UNIDOS

E176
J
V4
1885
c.1



1080099566



HISTORIA BIOGRAFICA

DE LOS

PRESIDENTES

DE LOS ESTADOS UNIDOS

Juan Samu Cantillo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



17752

HISTORIA BIOGRÁFICA

DE LOS

PRESIDENTES

DE LOS ESTADOS UNIDOS

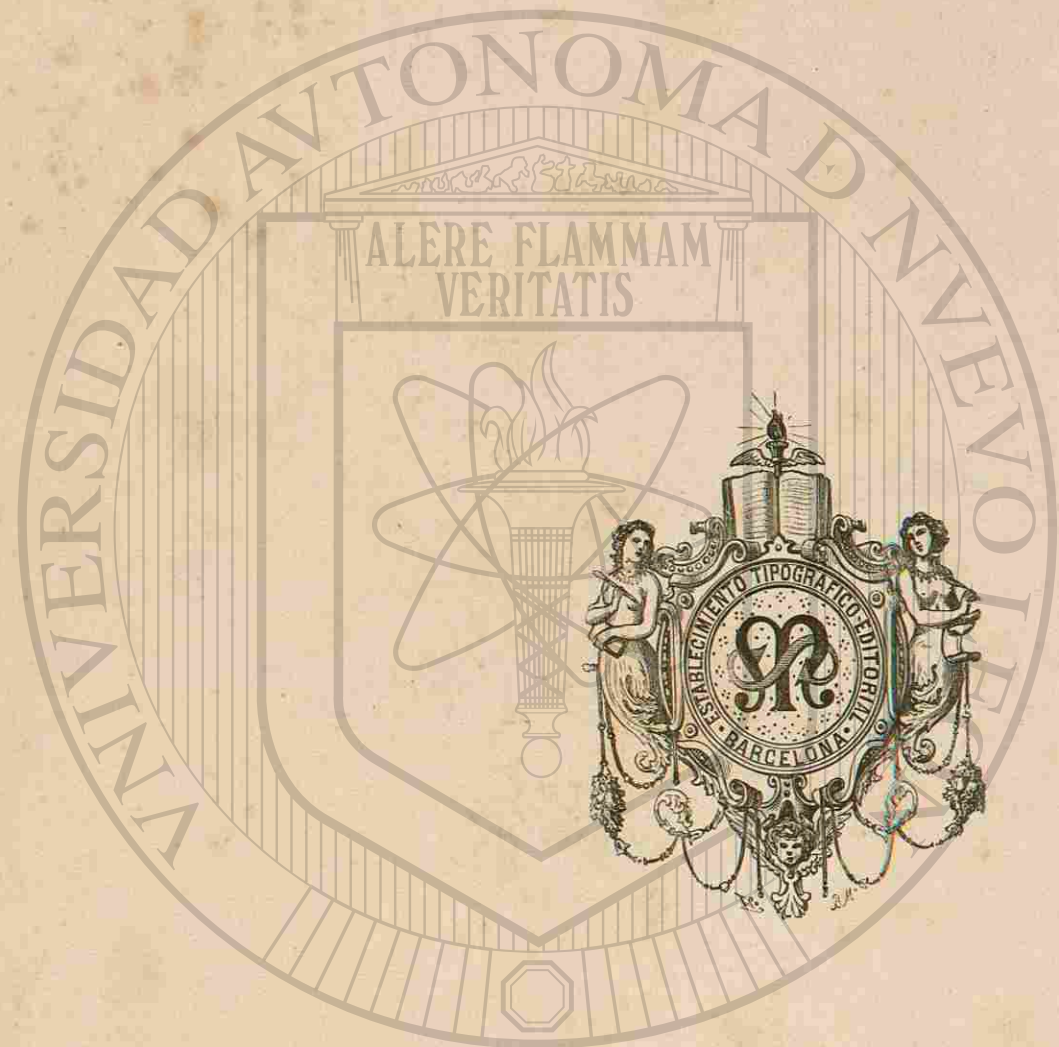
ESCRITA POR DON ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUILL

CON PRESENCIA DE LAS OBRAS DE

IRVING, SPENCER, GREELEY, ETC.

UANL

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

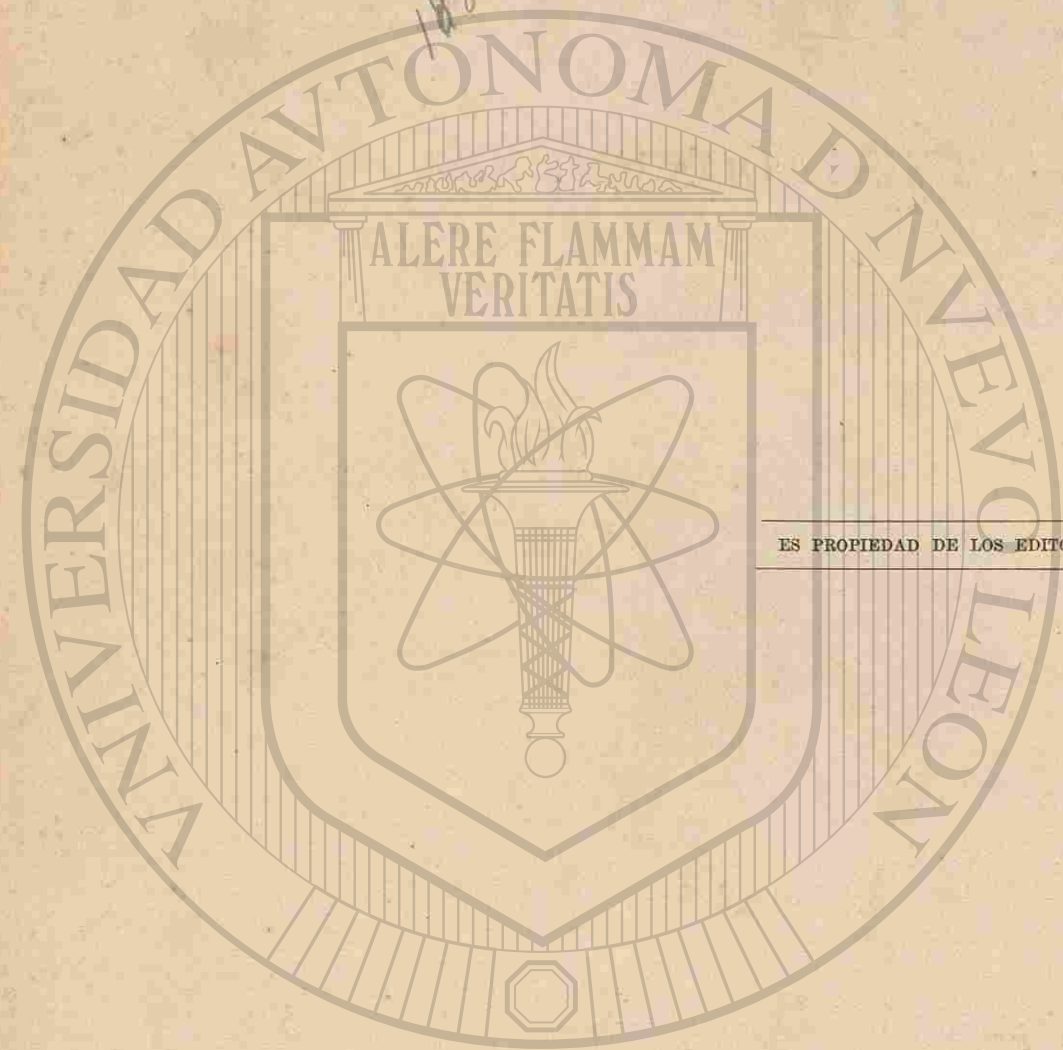
BARCELONA
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1885



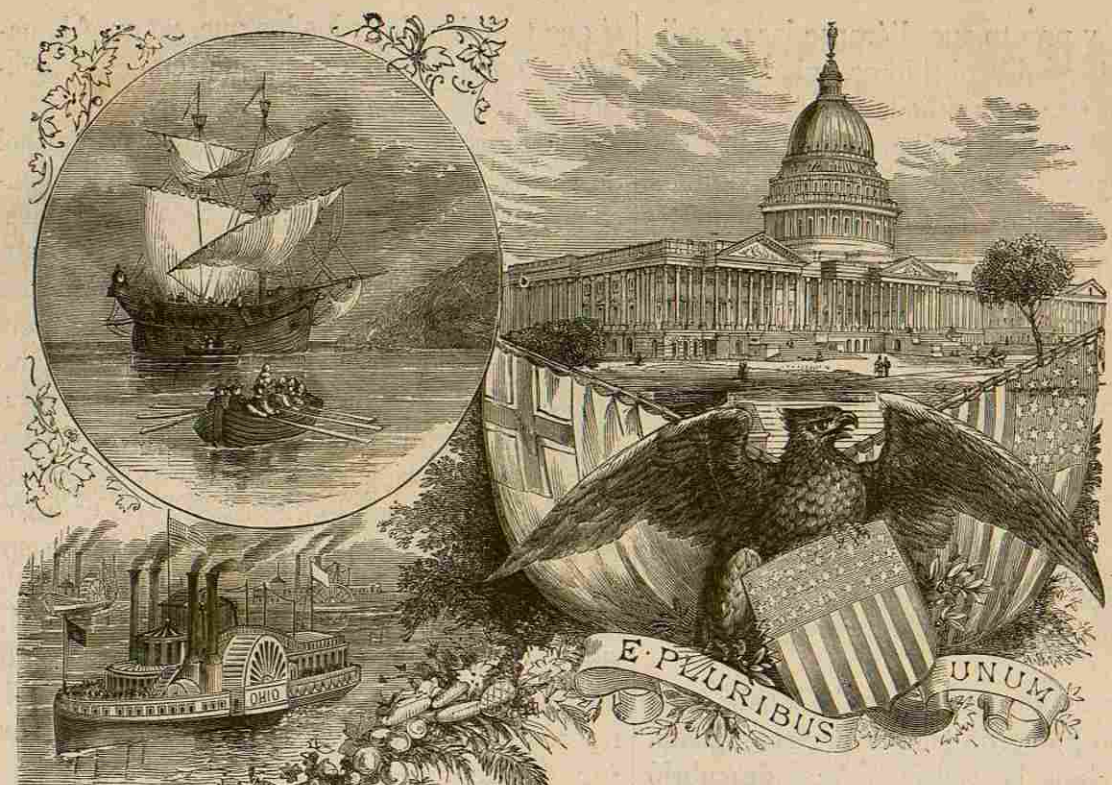
E176
V45
188



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



HISTORIA BIOGRAFICA
DE LOS
PRESIDENTES DE LOS ESTADOS-UNIDOS

INTRODUCCION

Si un pueblo puede vanagloriarse de su grandeza, este pueblo es el norte-americano. Nacido ayer del espíritu emprendedor y aventurero del siglo de los arriesgados descubrimientos y las empresas temerarias á través de los mares, engrosado principalmente por las disensiones religiosas que agitaban la trabajada Europa, alentado por el soplo vivificador de la libertad y nutrido por la prodigiosa savia de la democracia, alza hoy su immaculada frente rodeada de espléndida aureola que esparce sus brillantes rayos hasta las más apartadas regiones de la tierra.



Contribuyeron á su fundacion, se ostenta poderosa y magnánima, ilustrada y culta, laboriosa y activa, henchida de prosperidad y de grandeza, llenando con su muy justa fama todos los ámbitos del mundo.

*
*
*

Cúpoles á los españoles la gloria de poner su planta ántes que ningun otro en las fértiles y risueñas comarcas de América, y pretendieron conservar la posesion exclusiva; pero esta pretension desmedida no les fué posible sostenerla mucho tiempo sin excitar la codicia de los de-

más pueblos, y pronto sucediéronse las expediciones de audaces descubridores, ávidos de participar de tan rica y envidiada presa.

Los primeros que arribaron á aquellas comarcas, en 1562, fueron los franceses. Algunos protestantes, guiados por el capitán Juan Ribaut, corrieron á buscar en las playas de la Florida un asilo para su religion perseguida, al propio tiempo que un elemento de poderío para su patria.

Pero por grande que fuese su valor y poderosa su voluntad, pronto sucumbieron, y la Nueva Francia volvió á caer bajo el dominio de los españoles.

Meléndez Avilés echó los cimientos de San Agustín en 1565, Espejo erigió á Santa Fe, en el mismo siglo, y en el siguiente levantóse Pensacola.

Los franceses, fortificados en la Acadia y en el Canadá, no pudieron conservar su conquista, ni mucho ménos la Luisiana, que descubrió Marquette: á otros más afortunados conquistadores estables reservada la dicha de mantener el centro de su colonización.

Fueron éstos los ingleses. Reinaba á la sazón Isabel, que hallábase dispuesta á favorecer todos los proyectos que podían acrecentar la prosperidad de su reino. Humphray Gilbert obtuvo autorización para ocupar todos los territorios vacantes, y pereció en la empresa; pero el célebre Walter Raleigh tomó posesión en 1584 de un vasto territorio que denominó Virginia, y sembró los primeros gérmenes de la poderosa nación que hoy abarca la América del Norte.

Después de algunos años de incertidumbre, la Virginia no cesó de estimular la esperanza y la audacia de los navegantes, y el gobierno procuró mantener vivo su celo.

La creación de la compañía de Londres y la de Plymouth, vino á dar en 1606 la dirección que faltaba á tales empresas, y el capitán Newport designó á James-Town, en las riberas de James-River, por capital á la naciente colonia, y la administración de Smith desarrolló la prosperidad prontamente.

Pero, como ya se ha indicado y nos reza la historia, las colonias inglesas debieron sobre todo su origen y su acrecentamiento á las perturbaciones religiosas. Todos los que preferían el destierro á la opresión, se apresuraron á buscar más allá del Océano la tranquilidad que les negaba su patria, y no tardaron en convertirse aquellas nuevas riberas en asilo, no sólo de todas las sectas que disputábanse la Inglaterra,

sí que también de todos los que, ya en Alemania, ya en el Norte, tenían que temer persecuciones idénticas.

Bueno es notar esta coexistencia primordial de varias religiones y diversas razas, que explica en parte la historia de los Estados-Unidos.

Nunca, por lo demás, se establecieron colonos con más favorables condiciones. La América tuvo la particular dicha de no recibir sólo aventureros y vagabundos, sino que abordaron también á sus playas colonos honrados que aportaron con sus familias, su fortuna y su industria, costumbres, creencias religiosas é ideas de independencia, todo lo que constituye, en fin, el verdadero fundamento y sólida base de las sociedades.

Aquel nuevo movimiento de colonización dirigióse principalmente hácia el Norte; y hé aquí por qué desde el principio se ve dibujarse la trascendental oposición de los Estados del Norte y del Sud.

La compañía de Plymouth, que después de una corta disolución se reorganizó en 1620 bajo el nombre de Consejo de Plymouth, sirvió de intermediaria de aquellas emigraciones religiosas, mientras que la de Londres continuó colonizando la Virginia con la mayor perseverancia y prodigiosos esfuerzos.

Basta citar algunos nombres y fechas, para demostrar la rapidez con que aumentó el número de las nuevas colonias. A New-Plymouth, que fué la primera ciudad de Nueva Inglaterra, añádiéronse en breve tiempo Boston, Charlestown, Cambridge, Dorchester, Windsor, Hartford, New-Haven y otras, que no tardaron en convertirse en capitales de otros tantos Estados: Massachusetts en 1621, Maryland en 1632, la Providencia en 1635, Rhode-Island y Connecticut en 1636, New-Haven en 1637, New-Hampshire y Maine en 1638, Warwick en 1642.

Algunos autores pretenden que ántes del año 1640 pasaron al Nuevo-Mundo cuatro mil familias; pero lo cierto es que Carlos I prohibió en 1637 las emigraciones, que amenazaban despoblar la Inglaterra, y hay quien asegura que uno de los buques que fueron detenidos en el puerto iba á trasportar á América á Pym, á Hampden, ambos enemigos encarnizados de Carlos I y miembros después del Parlamento Largo, y á Cromwell.

Ardor tan extremado de emigrar no debe por ningún concepto sorprendernos. Los colonos ingleses encontraban entonces en América no sólo la fortuna y la libertad religiosa, sí que las antiguas libertades políticas que parecía hubiesen sucumbido para siempre bajo la fiera saña del despotismo de los Tudor y los Estuardos.

Las libertades vencidas y aherrojadas en Inglaterra, tuvieron más allá del Atlántico vasto campo donde poder germinar y ensancharse sin obstáculo, y las colonias inglesas dieron desde su cuna á la madre patria un vivo ejemplo de que supo muy pronto aprovecharse.

En 1620, la Virginia obligó á la compañía de Londres á que le concediera un gobierno libre, y los Estados del Norte, nacidos de las persecuciones religiosas, no pudieron dejar de hacer otro tanto.

Cada uno de ellos se dió una constitución particular, que supo defender contra todos los esfuerzos del despotismo. El sistema representativo que la metrópoli perdiera, se estableció por todas partes de una manera más ó ménos completa y cimentada. Estos gloriosos principios eran la garantía de un porvenir brillante.

En tal estado, estalló en Inglaterra la revolución de 1642, en la cual tomaron aquellas colonias muy distinta parte. Mientras la Virginia abrazaba la causa de Carlos I y proclamaba por sucesor á su hijo Carlos II, casi todas las colonias del Norte aplaudían las victorias del Parlamento y se regocijaban al saber que la metrópoli realizaba por fin con la bandera de la reforma las antiguas libertades de Inglaterra, cuyo precioso depósito parecía que todas ellas debían conservar en lo sucesivo.

Sin embargo, no tuvieron lugar de felicitarse del triunfo de la revolución; pues Cromwell no sólo redujo la Virginia á reconocer su autoridad por la fuerza, sí que el Parlamento dió en 1650 una ley que restringía la libertad comercial de todas las colonias, prohibiéndoles todo comercio con las demás naciones.

Al propio tiempo, el triunfo de las ideas liberales en Inglaterra hacia las emigraciones ménos frecuentes y privaba á la América inglesa de lo que le era muy necesario, de nuevos habitantes.

La unión suplió á la insuficiencia de su población. En 1643 formóse una confederación entre las colonias de Massachusetts, Connecticut, New-Haven y New-Plymouth, con el nombre de Colonias-Unidas de Nueva-Inglaterra, que les permitió á la vez luchar contra los indios

y desarrollar en el seno de la paz los numerosos elementos de su prosperidad.

La extensión que las victorias marítimas de Cromwell y la ocupación de la Jamaica dieron en 1655 al comercio de Inglaterra, atenuando las más duras condiciones de la ley de 1650, no les proporcionó sino escasas ventajas. Muy pronto sobrevino la restauración de los Estuardos, y ya se sabe que el espíritu del nuevo gobierno fué una inclinación disimulada, pero incontrastable, hácia el despotismo real y el catolicismo.

Las colonias se aprovecharon de esta circunstancia; pues la lucha que comenzó inmediatamente á dividir la Inglaterra, devolvió á las emigraciones la actividad que la revolución les hiciera perder, y volvió á aumentar el número de los Estados.

En 1663 Carlos II concedió á ocho lores que combatieron por su causa, la mayor parte de la Carolina, al Sud de la Virginia; y aquella vasta comarca, cuya constitución redactó Lock, no tardó en cubrirse de magníficas plantaciones cultivadas por esclavos.

En 1664 los holandeses fueron despojados de la Nueva-Bélgica, al Norte, que tomó el nombre de Nueva-York y Nueva-Jersey.

Por fin, el célebre cuáquero Guillermo Penn obtuvo, en 1681, patentes que le concedían la propiedad de los inmensos territorios situados entre las colonias de Maryland, Nueva-York y Nueva-Jersey, y dióles el nombre de Pensilvania.

Nada más célebre, tanto por su sencillez cuanto por su espíritu esencialmente democrático, que la constitución que Penn dió á su Estado, que más tarde debía servir de base á la de los Estados-Unidos, y la cual valióle por parte de Montesquieu el sobrenombre de moderno Licurgo. Filadelfia, que debióle su fundación, fué la capital de la nueva colonia.

Carlos II no favoreció ménos los progresos de los Estados americanos con la reunión arbitraria de algunos de ellos, para quienes el aislamiento hubiera sido muy peligroso. Rhode-Island, Providencia y Warwick fueron incorporados en 1662 á una sola colonia bajo la denominación de colonia de Rhode-Island, y Connecticut y Nueva-Haven formaron en el mismo año la colonia de Connecticut. Pero no se atrevió á atentar contra las libertades de estos diversos Estados; contentóse con mante-

ner vigente la ley de 1650 sobre su comercio, aunque todos los decretos del Parlamento Largo y Cromwell se hubiesen anulado.

Por aquel mismo tiempo tambien la autoridad de la corona reemplazó á la de las compañías, á petición de los mismos Estados. Mas no por esto dejaron de subsistir las asambleas coloniales, no siendo los gobernadores reales sino simples intermediarios entre las colonias y la metrópoli, y existiendo desde entónces una tendencia más marcada hácia la unidad.

Miéntas las colonias inglesas iban adquiriendo de día en día más extension y mayor fuerza, la Francia habia colonizado en el Norte la Acadia y el Canadá; y estos establecimientos excitaban ya la envidia de los ingleses, cuando se supo que el caballero de La Salle habia tomado posesion de la Luisiana en nombre de Luis XIV, y concebido el pensamiento de remontar el Mississipi y ocupar el valle, á fin de enlazar por medio de fáciles comunicaciones todas las comarcas que la Francia poseia.

Inglaterra resolvió detener aquellos amenazadores progresos de la influencia francesa, y encontró ocasion en la terrible guerra de Sucesion, de 1702 á 1713.

Ocupada la Francia en Europa, descuidó los asuntos de América, y la paz de Utrecht, entregando á los ingleses la Acadia y Terranova, echó completamente por tierra, en 1712, los grandes proyectos concebidos por La Salle.

Las colonias inglesas no tuvieron ya que combatir sérias rivalidades, y la Inglaterra quedó decididamente dueña de los mares.

Los desastres del reinado de Luis XV vinieron muy pronto á completar este triunfo. La Inglaterra, que queria despojar á la Francia de todo medio de reparar sus reveses, valióse del pretexto que le ofrecian algunas contiendas sobre límites, y el tratado de Paris de 1763 le entregó con el Canadá, arrebatado á los franceses, la Florida, que España se vió obligada á abandonarle.

Luis XV compensó con la cesion de la Luisiana la pérdida de su aliada, y la Francia no tuvo ya un solo establecimiento en la América del Norte.

Fué aquel un momento glorioso para la In-

glaterra. Dominando en los mares, dueña de numerosas islas en las diversas partes del mundo, poseia aún, con los elementos esparcidos de un inmenso imperio en las Indias, todas las playas que se extienden en frente de ella, desde el fondo del Canadá hasta el golfo de Méjico. Desde 1762, todas las comarcas comprendidas entre las Carolinas y las Floridas formaban un nuevo Estado con el nombre de Georgia.

Tan lisonjeros sucesos parecia que presagiaran otros aún más halagüeños; pero no fué así. Poderosas desde mucho tiempo por su comercio y por su poblacion, las colonias de América acababan de persuadirse, combatiendo por su metrópoli, que se encontraban en estado de bastarse en lo sucesivo. Con esto aumentó el espíritu de independencía, y los lazos que las unian á Inglaterra no fueron ya, á los ojos de muchos, sino una traba, cuando presentóse la ocasion más oportuna de romperlos.

En 1750 Turgot, en un discurso pronunciado en la Sorbona, predijo ya la emancipacion de la América.

La guerra de los siete años habia terminado victoriosamente; pero aquellas victorias costaronle á Inglaterra enormes sumas, y concibió el proyecto de hacer que contribuyeran las colonias de América.

Por otra parte, comenzaban á inspirar algunos temores, y era preciso contenerlas por nuevos medios, puesto que las restricciones comerciales ya no bastaban para garantir su obediencia y no dejar que aumentara el peligro con sus fuerzas.

La ocupacion de las colonias francesas facilitaba esta empresa, y ya no habia necesidad de halagar á los colonos para impedirles que se echaran en brazos de la Francia.

Obrando así, olvidaba Inglaterra que los colonos de América eran hijos de los que buscaban en los bosques seculares del Nuevo-Mundo un abrigo para su libertad, y sin duda no querian mostrarse degenerados, y, por consiguiente, indignos de sus padres.

Varias medidas, restringiendo súbitamente el comercio de las colonias, habian menoscabado su prosperidad y tenian sublevada gran parte de los ánimos contra la metrópoli, cuando en 1764 votó el parlamento el famoso bill del timbre.

Nunca hasta entónces pagaron las colonias á

Inglaterra impuesto alguno directo. Las leyes inglesas no reconocian, por otra parte, sino el impuesto consentido. La indignacion fué por lo tanto general.

Sin embargo, dióse principio á la lucha por medio de las reclamaciones, que fueron inútiles. Mas nadie se sometió al nuevo impuesto, y los tres Estados enviaron representantes á Nueva-York, en cuya asamblea redactóse la célebre declaracion de los derechos.

Jamás se vió resistencia más legítima; pero tampoco más firme á la vez y mesurada.

Las colonias encontraron en el mismo parlamento defensores enérgicos, y cayó el ministerio. Pero quedó subsistente el derecho de tarifar los artículos de las colonias, y cada día se daba lugar á que nacieran nuevos motivos de contienda, cuando el impuesto sobre el té, el vidrio y el papel reemplazó en 1767 al del timbre.

En vano se trató de disimular lo odioso del hecho por medio de aparentes ventajas; las asambleas coloniales comprendieron que iban á ser invadidas por la tiranía, y protestaron unánimemente.

Disueltas por los gobernadores, renacieron con el nombre de convenciones, se juró abstenerse de las mercancías inglesas, y todo anunció una próxima revolucion. Sólo se mostraron extrañas á aquel movimiento el Canadá, la Acadia y las Floridas, que no tenian ni el mismo origen, ni el mismo culto, ni las mismas leyes, ni los mismos intereses.

El gobierno no lo tomó en cuenta. Fuese temor de parecer tímido, fuese confianza en su derecho y en su fuerza, respondió á las quejas con el envío de algunos regimientos á Pensacola.

Su presencia aumentó la irritacion, y el parlamento retrocedió una vez más, aboliendo todos los nuevos impuestos, excepto el que pagaba el té.

Era insignificante, pero someterse equivalia á reconocer el derecho de la metrópoli. Los colonos se negaron á acceder, y juraron defender el principio, por ligera que fuese la violacion.

Las concesiones parciales de Inglaterra, sus riquezas, su alejamiento, les alentaron en su resistencia, y por fin, en 1773, el pueblo de Boston arrojó al mar un cargamento de té enviado por la compañía de las Indias.

Esta violencia fué en cierto modo la declaracion de guerra, y la Inglaterra decidió el bloqueo de Boston.

Las colonias respondieron á esta medida prohibiendo el comercio con Inglaterra y promoviendo abundantes suscripciones. Se ordenó

un día de ayuno y de rezos, y abrióse sin tardanza un congreso general en Filadelfia.

Todas aquellas colonias, de origen, de costumbres, de religion diversos, comprendieron que las ligaba un mismo interés y que la sujecion de Boston no seria sino el preludio de su propia servidumbre.

No obstante dominó en su conducta la calma y la dignidad, y tentaron de nuevo la vía de las reclamaciones. Pero tuvieron por resultado hacer extensivas á todas las colonias las medidas adoptadas contra Boston. Burk y Chatam se levantaron en vano contra un bloqueo tan ilegal como imposible: diez mil hombres fueron á reunirse á las tropas expedidas.

Los americanos vieron entónces que no les quedaba otro remedio que la guerra, y la primera sangre que vertióse fué en el combate de Lexington, el 18 de abril de 1775.

Algunas victorias obtenidas por las milicias aumentaron el entusiasmo de los rebeldes, y nada descuidóse para el triunfo de la buena causa. Pocos dias despues del sangriento suceso de Lexington, treinta mil hombres sitiaban en Boston al general Gage y su ejército.

Sin embargo, era aquella una inmensa empresa para los americanos. Tenian en su favor la justicia de su causa, el entusiasmo y la distancia; pero la Inglaterra que les amenazaba al Norte por el Canadá, al Sud por las Floridas, era además dueña del mar, de donde podia excluir su comercio, miéntas que sus buques destruirian sus ciudades y arrojarian sin cesar sobre sus playas nuevos ejércitos de soldados aguerridos. Sus recursos financieros eran tambien muy superiores, y, por último, debia creerse que un numeroso partido apoyaria en el interior sus esfuerzos y la falta de union restableceria muy en breve la dominacion de la metrópoli sobre las subyugadas colonias.

Todo parecia anunciar este resultado. Pero no se contaba con que aquellos colonos eran dignos retoños de los que con su ilustracion, su cultura, sus creencias, sus usos, sus costumbres, aportaron á aquellas comarcas su entrañable amor á la libertad y á la independencía, y conservaban incólumes todos los dones que les legara una raza esencialmente democrática y eminentemente autónoma; ni se contaba tampoco con que entre aquellos ciudadanos se distinguian caracteres entusiastas y enérgicos como Washington, sabios y diplomáticos tan eminentes como Franklin, tribunos y hombres de estado tan ilustres como Adams, Jefferson, Madison

y tantos otros, que á sus prendas personales, de la mayor estima, reunian el genio, las virtudes cívicas y el puritanismo propios de su raza.

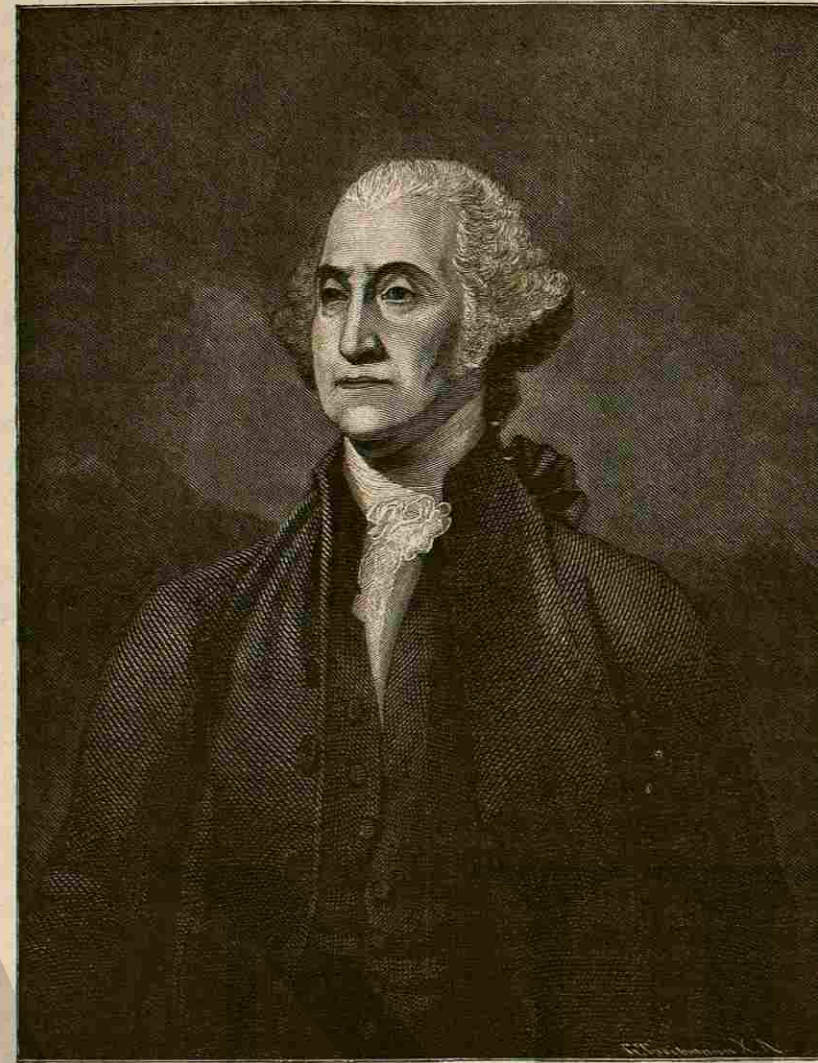
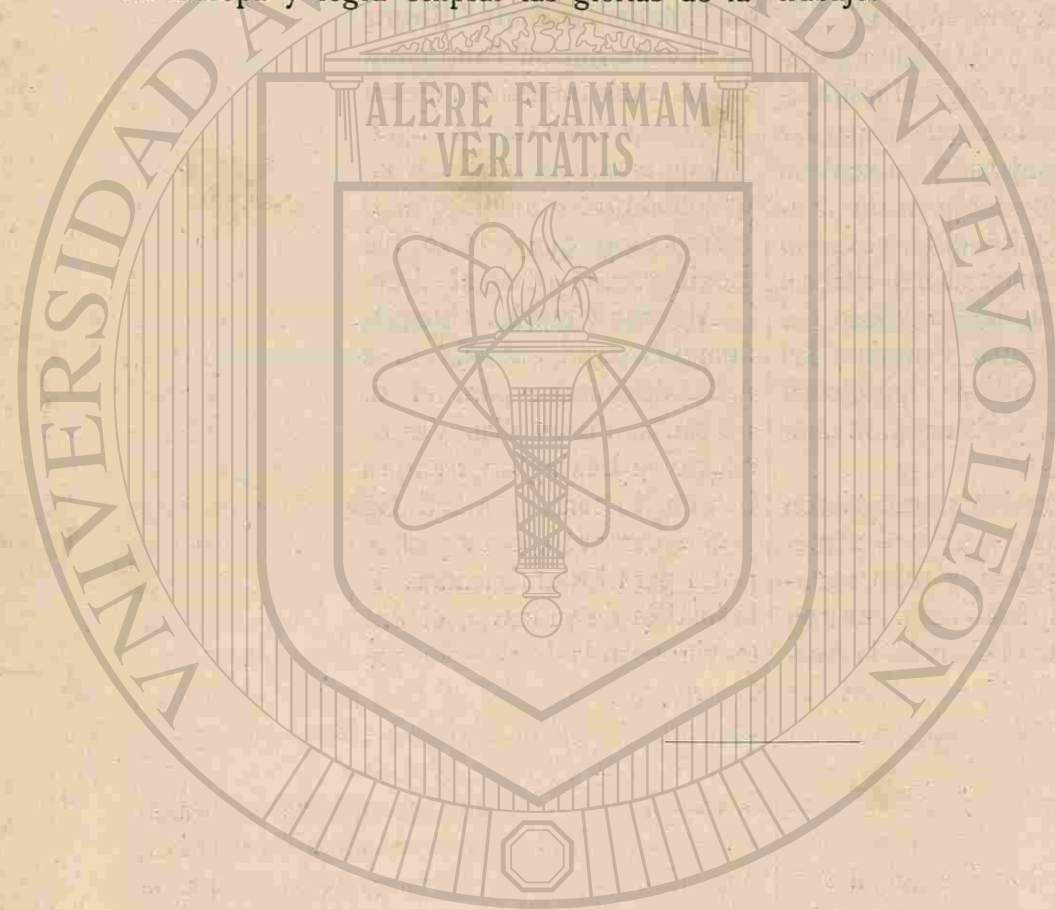
*
*
*

Dar á conocer á estos grandes hombres, que han regido los destinos de esa gran República que alza su poderosa frente más allá del Atlántico, y que llegada apenas á su pubertad consiga sobreponerse á los progresos de la moderna Europa y logre eclipsar las glorias de la

antigua Atenas, de Roma y de Cartago, es el resúmen de nuestros propósitos.

Viva encarnación de las aspiraciones de un pueblo que por tan grandes medios tiende á la mayor preponderancia, bien pueden servir de modelo á los que encumbrados á los primeros puestos del Estado, tengan el sagrado deber de hacer la felicidad de la patria.

Fuera la más apreciable y valiosa recompensa que pudiéramos obtener por nuestro árduo trabajo.



JORGE WASHINGTON

(Copia del retrato hecho en 1795 por Gilberto Cárlos Stuart, y que se conserva en el Ateneo de Boston)

I

La primera figura que se nos presenta al fijar la vista en los Estados-Unidos, es la figura colosal, titánica de Washington.

En la alta esfera en que le cupo la gloria de representar el papel que le estaba destinado, se destaca entre todas las celebridades de las antiguas y modernas épocas como roble secular entre multitud de árboles que le circundan. Comparado con los Pericles y los Césares, los Fabios y los Curcios, deslumbran los rayos de su brillantez. Los americanos lo veneran, los hijos de las demás naciones lo admiran, el mundo entero consagra con asombro su memoria.

En las apuradas circunstancias que acabamos de reseñar someramente, la América tuvo la dicha de encontrar en su seno un hombre que, dotado de una prudencia igual á su valor, supiese reunir todos los elementos esparcidos de la resistencia, y dar á los esfuerzos de los ame-

ricanos lo que sobre todo les faltaba, la unidad, sin la cual fuera imposible su atrevida empresa.

Ningun otro supo mostrar todo lo que la grandeza del alma añade al brillo del talento; ningun otro supo realizar con mayor sencillez mayores hechos; ningun otro supo imprimir más profundamente el curso á los acontecimientos.

En Washington puede decirse que se resume la revolucion de América. Su biografía contiene casi la historia de veinte años de los Estados-Unidos.

Poco ménos de un siglo ántes de que naciera el que habia de tener la inestimable honra de ser considerado como padre de la patria, dos hijos de una noble y honrada familia de Inglaterra, Juan y Andrés Washington, emigraron á Virginia y fueron á establecerse en el condado de Westmoreland, entre los rios Potomac y Rappahannock.

El nieto de Juan Washington, llamado Agustin, nacido en 1694, heredó las tierras de la

y tantos otros, que á sus prendas personales, de la mayor estima, reunian el genio, las virtudes cívicas y el puritanismo propios de su raza.

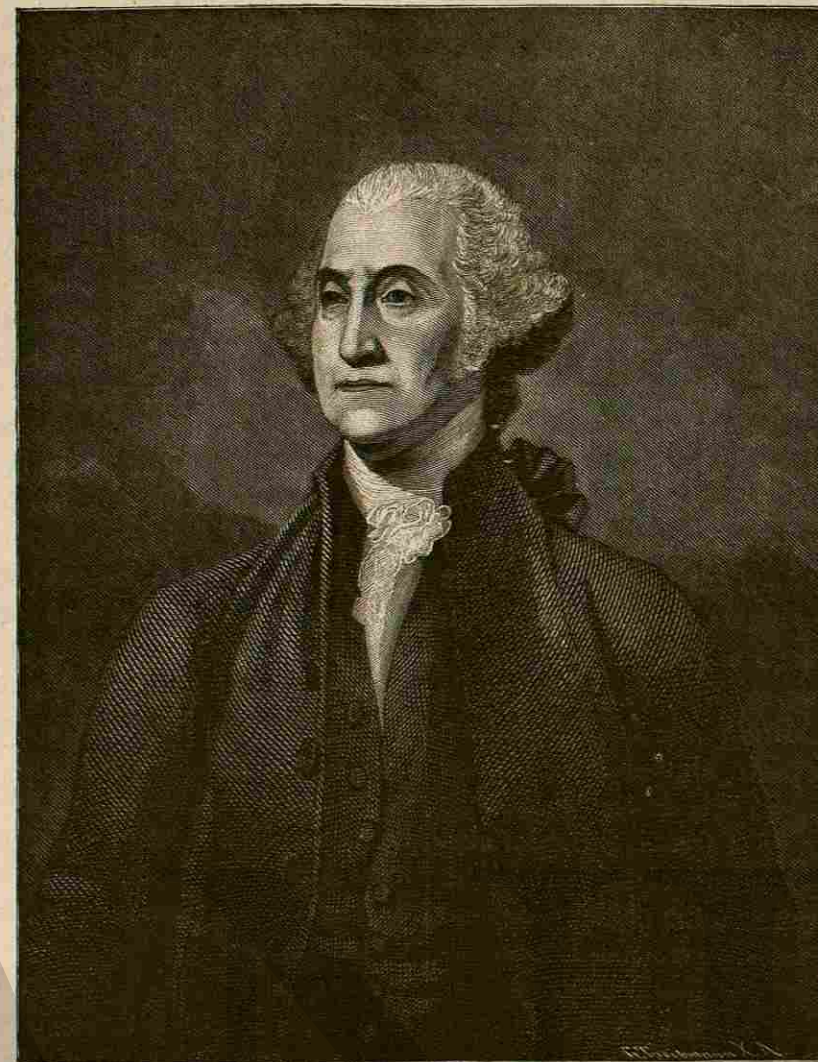
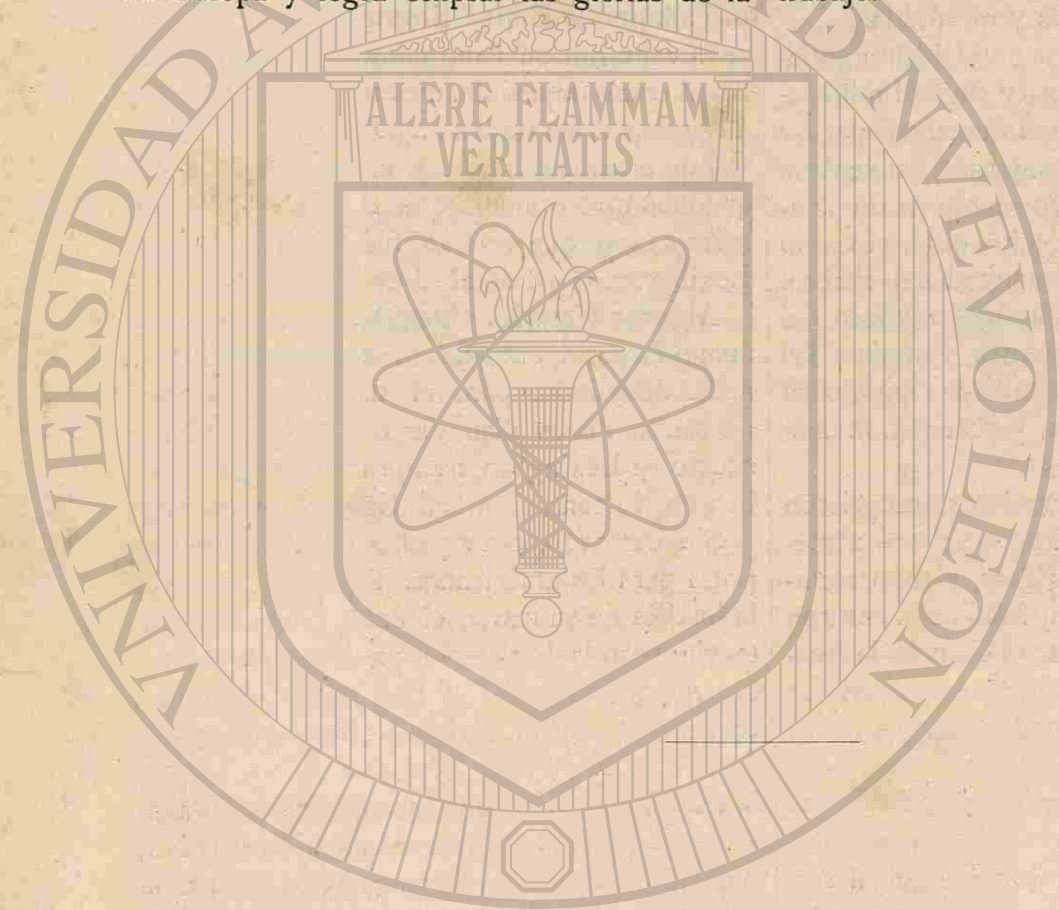
*
*
*

Dar á conocer á estos grandes hombres, que han regido los destinos de esa gran República que alza su poderosa frente más allá del Atlántico, y que llegada apenas á su pubertad consigne sobreponerse á los progresos de la moderna Europa y logre eclipsar las glorias de la

antigua Atenas, de Roma y de Cartago, es el resúmen de nuestros propósitos.

Viva encarnación de las aspiraciones de un pueblo que por tan grandes medios tiende á la mayor preponderancia, bien pueden servir de modelo á los que encumbrados á los primeros puestos del Estado, tengan el sagrado deber de hacer la felicidad de la patria.

Fuera la más apreciable y valiosa recompensa que pudiéramos obtener por nuestro árduo trabajo.



JORGE WASHINGTON

(Copia del retrato hecho en 1795 por Gilberto Cárlos Stuart, y que se conserva en el Ateneo de Boston)

I

La primera figura que se nos presenta al fijar la vista en los Estados-Unidos, es la figura colosal, titánica de Washington.

En la alta esfera en que le cupo la gloria de representar el papel que le estaba destinado, se destaca entre todas las celebridades de las antiguas y modernas épocas como roble secular entre multitud de árboles que le circundan. Comparado con los Pericles y los Césares, los Fabios y los Curcios, deslumbran los rayos de su brillantez. Los americanos lo veneran, los hijos de las demás naciones lo admiran, el mundo entero consagra con asombro su memoria.

En las apuradas circunstancias que acabamos de reseñar someramente, la América tuvo la dicha de encontrar en su seno un hombre que, dotado de una prudencia igual á su valor, supiese reunir todos los elementos esparcidos de la resistencia, y dar á los esfuerzos de los ame-

ricanos lo que sobre todo les faltaba, la unidad, sin la cual fuera imposible su atrevida empresa.

Ningun otro supo mostrar todo lo que la grandeza del alma añade al brillo del talento; ningun otro supo realizar con mayor sencillez mayores hechos; ningun otro supo imprimir más profundamente el curso á los acontecimientos.

En Washington puede decirse que se resume la revolucion de América. Su biografía contiene casi la historia de veinte años de los Estados-Unidos.

Poco ménos de un siglo ántes de que naciera el que habia de tener la inestimable honra de ser considerado como padre de la patria, dos hijos de una noble y honrada familia de Inglaterra, Juan y Andrés Washington, emigraron á Virginia y fueron á establecerse en el condado de Westmoreland, entre los rios Potomac y Rappahannock.

El nieto de Juan Washington, llamado Agustin, nacido en 1694, heredó las tierras de la

familia, situadas en Bridges, cerca del Potomac. Agustín Washington casó dos veces y tuvo dos hijos llamados Laurencio y Agustín, que quedaron huérfanos de madre el año 1728. Dos años más tarde casó en terceras nupcias con una jóven de renombrada hermosura, llamada María Ball, de cuya union nacieron seis hijos, cuatro varones y dos hembras. El mayor de estos varones era Jorge, el ilustre personaje que nos ocupa.

La de Washington era una antigua familia nobiliaria y de reconocida honradez, como poco antes indicamos, cuya última circunstancia le hizo observar á uno de sus más notables historiadores (1): «El rango hereditario puede ser una ilusión, pero no así las virtudes, que dan un título de nobleza innata mucho más apreciable que todos los blasones de la heráldica.»

Jorge Washington nació el 22 de febrero de 1732 en la casa de Bridge, de la cual morada no se conserva vestigio alguno. Su padre se trasladó poco despues á una de sus posesiones del condado de Stafford, frente á Fredericksburg, en donde pasó su infancia nuestro héroe. Tampoco quedan de esta última habitacion sino unos pobres fragmentos de ladrillo. Los americanos debieran haber procurado salvar ambos edificios de la mano destructora del tiempo, para perpetuar en ellos las venturosas fechas en que el salvador de sus libertades abriera sus ojos á la luz del día y trascurrieran los primeros años de su existencia.

Laurencio, el hermano mayor de Jorge, fué enviado por su padre á Inglaterra, y disfrutó de privilegios que no pudieron alcanzar los demás hijos de Agustín Washington. Jorge sólo recibió la instruccion propia de la educacion inglesa, y no aprendió sino el idioma natal.

Cuando éste contaba ocho años volvió Laurencio de la Gran Bretaña hecho un cumplido caballero, y despertó en los dos hermanos el entrañable cariño que, segun cuentan, se profesaron toda su vida.

El 12 de abril de 1743 bajó al sepulcro Agustín Washington, despues de una corta enfermedad, rebotando aún de vigor y de vida. Hombre de intachable conducta, y que merecia gran reputacion entre sus conciudadanos y cuantos con él tuvieron relaciones, fué muy sentida su muerte y produjo el mayor desconsuelo en la familia, que tanto necesitaba de sus desvelos y paternal cariño.

(1) Irving, *Vida de Washington*, tom. 1, pág. 18.

María Ball, madre de Jorge, mujer de gran energía y muy buen criterio, hubo de encargarse del gobierno de la casa y administrar los bienes que su difunto esposo dejara á sus hijos. No tardó en probar que era digna del sagrado cargo que se la confiara; y, con su buen sentido, su decision de carácter, su estricta, aunque no severa, disciplina y sus constantes afanes por educar cumplidamente á los que eran el más tierno pedazo de su alma, consiguió merecer el aplauso de los extraños y el mayor respeto, á la par que el afecto más entrañable, de toda su familia. Otra fuera la sociedad si hubiese muchas madres como la virtuosa viuda de Agustín Washington.

Uno de los primeros historiadores, á quien principalmente seguimos en este trabajo (2), hace constar que María procuró formar á su hijo Jorge para la futura posicion que más tarde tenia que ocupar. No debe extrañarnos, pues sabemos que las madres tienen intuiciones verdaderamente milagrosas, y en la historia de la humanidad se registran algunas que parecen increíbles, como la que se cuenta de la madre de Pico de la Mirándola, Napoleon Bonaparte y otros varios.

Bajo los auspicios de tan buena madre, y más tarde del protectorado de su hermano Laurencio y de lord Fairfax y familia, deslizaronse los primeros años de Jorge Washington.

Poco á poco fué desarrollándose en él la afición á la milicia, y, apénas hubo cumplido los catorce años, concediósele el nombramiento de guardia marina. Mas cuando ya tenia su equipaje á bordo de un buque de guerra, su buena madre, anegada en llanto, mostróse poseida del mayor desconsuelo, y el obediente y amante hijo se apresuró á renunciar á los propósitos de buscar en la Armada su anhelada gloria. «¡Cuán grande diferencia hubiera habido si le hubiesen dejado seguir su infantil inclinacion!» —exclama con tal motivo un ilustre historiador (3). Sin duda hubiesen tomado otro giro los actos de su vida, y tal vez no hubiera podido ser tan útil á su patria y cubrirse de tanta gloria.

Al volver á la escuela emprendió con afán el estudio de todas las materias que son indispensables tanto para la carrera militar como para la civil, consagrándose principalmente á las matemáticas.

(2) J. A. Spencer, *Hist. de los Estados Unidos*, tom. 1, pág. 114. —Edición Montaner y Simon, en Barcelona.

(3) Spencer, *Hist. de los Estados Unidos*, tom. 1, pág. 224.

Desde el primer día mostróse en él la mayor aplicacion y perseverancia, pudiendo notarse constantemente en sus hábitos el orden y buen método que le distinguió toda su vida. Nunca le faltaba tiempo suficiente para todo, procurando siempre sobresalir en lo posible, y, con su buen arreglo y su exactitud, vencía cuantas dificultades se le presentaban. Era uno de esos genios que revelan desde un principio que han nacido para servir de guía á los demás y ejercer sobre ellos cierta honrosa preeminencia. Sus condiscípulos recurrían á él siempre que se suscitaba alguna cuestion, y pronto quedaba dirimida la contienda. Con su franqueza, su muy probada integridad y buen carácter, consiguió adquirir un ascendiente que nadie trató de disputarle. Era activo, enérgico, ardiente, apasionado, tenia gran afición á los ejercicios de agilidad y de fuerza; lo mismo sabia mandar que obedecer, y reunia, en fin, todas las cualidades necesarias para dominar á sus compañeros, dejando con esto comprender á qué altura podría llegar algun día en su carrera.

Cuando salió de la escuela continuó estudiando las matemáticas, dedicándose particularmente á la trigonometría; examinó con escrupulosidad y vivo interés las obras de táctica y cuantas se referían á operaciones militares; se amaestró en el manejo de las armas, y, buscando siempre la compañía de oficiales que habian servido en las últimas guerras, alimentaba la llama de su ambicion y su ardiente anhelo de adquirir gloria en belicosas empresas.

Pero no le era posible vivir contento si no se ocupaba en algo, y por lo mismo decidió dedicarse en otro país á ciertos trabajos que, aunque bastante arduos, no dejaban de ser muy útiles y provechosos. Como no le faltaban los necesarios conocimientos y la práctica de un consumado agrimensor, lord Fairfax le encargó de levantar el plano y determinar los límites de sus posesiones, especialmente más allá de Blue Ridge, con el objeto de ver si podría expulsar á los indios intrusos que iban estableciéndose en sus tierras y dejar espacio para otros más dignos de colonizar aquellas fértiles regiones.

En marzo de 1748, cuando acababa de cumplir diez y seis años, salió Washington con lord Fairfax, provisto de los indispensables instrumentos para medir los vastos desiertos que iban á recorrer. Era precisamente la clase de trabajo que más se adaptaba á sus gustos y á su carácter, y el jóven se avezó muy pronto á trepar por los precipicios, á atravesar los rios á caba-

llo, á dormir por la noche sobre la dura tierra, á guisar su propia comida, á identificarse con el peligro que ofrece el encuentro de las fieras en medio de los bosques y las selvas, á ejercitarse, en fin, en las fatigas y trabajos que debían desarrollar su vigorosa naturaleza. Supo cumplir con su cometido tan satisfactoriamente, que se le confirió luégo el cargo de agrimensor público, el cual desempeñó por espacio de tres años con gran contentamiento de todos los que tuvieron que recurrir á sus servicios. La gran confianza que llegó á merecer valióle el que se le destinara á desempeñar muy pronto más elevadas funciones, á la temprana edad de diez y nueve años, nombrándole al efecto comandante de uno de los distritos militares en que estaba dividida la Virginia.

El puesto que se le confirió era de la mayor importancia á consecuencia de la próxima lucha que se temía iban á promover los franceses en el Ohío, y se le nombró Mayor (1) con 150 libras anuales de paga. Siendo sus obligaciones atender á la organizacion y equipo de la milicia, excusado es decir que Washington se consagró con toda su energía y actividad al mejor desempeño de sus nuevas funciones.

Mientras tanto la salud de Laurencio, que siempre habia sido delicada, llegó á un estado crítico, y Jorge acompañó á su hermano en un viaje que hizo á la Barbada para ver si encontraba algun alivio. Los dos jóvenes pusieron en camino el día 28 de setiembre de 1751, y como al pronto parecia que Laurencio se mejoraba, Jorge regresó á principios de 1752 para buscar á la esposa de su hermano.

No obstante, este segundo viaje no se llevó á cabo, porque Laurencio Washington se empeoró, y volvióse apresuradamente á su casa, donde espiró al siguiente día de su llegada. Su muerte, acaecida en 26 de julio de 1752, á la temprana edad de treinta y cuatro años, impuso á Jorge nuevos y delicados deberes; pues tué nombrado albacea de su hermano, debiendo heredar, en el caso de morir su sobrina, el vasto territorio de Monte Vernon. Inútil es decir que en esto como en todo lo demás procedió con la mayor integridad y conciencia.

Hay que notarse, pues, que sin haber traspasado el período de la juventud, Jorge Washington se hizo ya notable; sólo faltaba que se ofreciera ocasion oportuna para saber de lo que era capaz colocado en posicion más eleva-

(1) Oficial con carácter de jefe, ó sea comandante.

da, y esta oportunidad no debía tardar en presentarse.

Habiendo decidido el gobernador Dinwiddie enviar un mensajero al puerto francés más próximo, para pedir explicaciones con motivo de sus proyectos de usurpacion de territorios de Su Majestad británica, se pensó en confiar tan delicada y difícil mision á Jorge Washington. Aunque sólo contaba á la sazón veintidos años, se tenía ya gran confianza en el que poco tiempo ántes había sido nombrado ayudante general, encargándole el mando de la division del Norte.

Empleado como oficial de milicia en algunas expediciones á la frontera occidental de la Virginia contra los franceses y los salvajes,—dice un ilustre historiador (1), refiriéndose á aquellos primeros pasos de la carrera de nuestro héroe—excitó la admiracion de los superiores y de los compañeros, de los gobernadores ingleses y de la poblacion americana. Los primeros escribian á Lóndres recomendándole á la bondad del rey (2); los otros, reunidos en los templos para invocar la proteccion divina, oían con orgullo que un predicador tan elocuente como Samuel Davies, exclamaba, celebrando el valor de los virginios: «Debo citaros un glorioso ejemplo; el de ese heróico jóven, el coronel Washington, á quien la Providencia salvó milagrosamente, por hallarse sin duda destinado á prestar á su país algun servicio importante.»

Esta oscura esperanza, esta confianza precoz, no nos atrevemos á decir en la predestinacion de un hombre, nunca fué quizás tan natural como á propósito de Washington; pues ninguno ha parecido ni realmente háse adaptado más desde su juventud y en sus primeras acciones, á su porvenir y á la causa que debía hacer triunfar.

Dedicado á la agricultura por condicion y por inclinacion, hallábase entregado á los intereses, á los hábitos, á la vida que constituía la fuerza de la sociedad americana.

Cincuenta años más tarde, decia Jefferson, para justificar su confianza en la constitucion absolutamente democrática de aquella sociedad: «Nuestra confianza no nos puede engañar mientras seamos virtuosos; y lo seremos en tanto que la agricultura forme nuestra principal ocupacion.» Así lo consideraba Washington, de edad de veinte años, conformándose perfecta-

(1) Writings, tom. II, pág. 97.

(2) Ibid.

mente con las inclinaciones dominantes, con las buenas y enérgicas costumbres de su país. Viajes, cacerías, exploracion de tierras lejanas, relaciones amigas ú hostiles con los indios de las fronteras; tales fueron las diversiones más gratas, los placeres de su juventud. Tenia ese activo y osado temperamento que se complace en las aventuras y en los peligros que le suscitan al hombre la naturaleza grandiosa y silvestre; la fuerza física, la perseverancia y la serenidad y prontitud de ánimo que le hacen triunfar. En su primera juventud sentia hasta una confianza presuntuosa. «Puedo afirmar que poseo un temperamento capaz de soportar las más duras pruebas, y pareceme que la suficiente resolucion para aspirar á cuanto está en la esfera humana (3);» le dijo en cierta ocasion al gobernador Dinwiddie.

En cumplimiento de la mision que este gobernador le confiara, salió el 30 de octubre de 1753 de Williamsburg, llevando en su compañía á Van Braam, soldado veterano que debía servirle de intérprete, por no conocer nuestro jóven el idioma francés. Llegó á Wills' Creek (Cumberland River) el día 14 de noviembre, en cuyo punto encontró á Mr. Gist, intrépido militar muy conocedor del país, á quien invitó para que le acompañara y guiase en aquella comprometida expedicion.

Seguido de Van Braam, Gist y otros cinco individuos, prosiguió su marcha al día siguiente á través de una region agreste y salvaje, por la que apenas se podía dar un paso á causa de las recientes tempestades y nevadas. Al llegar á Logstown, punto donde se reunen el Monongahela y el Allegany para formar el Ohío, Washington celebró una conferencia con varios jefes de las tribus indias, y pudo formar cabal idea de su especial diplomacia, que entre algunos es muy semejante á la de los pueblos más civilizados, tocante á la falta de sinceridad y de franqueza.

Aquellos jefes facilitáronle una escolta hasta Venango, poblacion que distaba unas 70 millas; pero tal era la inclemencia del tiempo y las dificultades con que tropezaron durante el viaje, que los expedicionarios no pudieron llegar á aquel punto hasta el 4 de diciembre. Llegado que hubieron á Venango, Washington encontró allí á un tal Joncaire, veterano intrigante, segun le clasifica Irving, á quien, despues que le hubo hablado y reconocido que era persona de

(3) Writings, tom. II, pág. 29.

suficiente tacto y habilidad para tratar con los indios, invitó tambien para que le acompañase. Nuestro jóven tuvo ocasion de tratar á algunos oficiales franceses en el resto del viaje, y averiguó cuáles eran sus planes y designios respecto al Valle del Ohío, con lo cual se halló suficientemente enterado para dirigirse en busca de Mr. de Saint Pierre, comandante francés de un puesto 15 millas distante del lago Erie.

El hijo de San Luis recibió al jóven embajador con la urbanidad y cortesía propias de los de su nacion; pero, despues de un día ó dos de espera, manifestóle que no podía acceder á los deseos de Dinwiddie, porque el gobernador del Canadá le había confiado aquel puesto, y esto le imponía el deber de no abandonarlo sin una orden superior expresa.

Mientras tanto Washington no perdió el tiempo inútilmente; valiéndose de los medios que le sugirió su natural perspicacia, procuró adquirir seguras noticias sobre las fuerzas, posicion y planes de los franceses, enterándose perfectamente de cuanto pudiera convenirle y consideraba de alguna importancia.

Por fin el 15 de diciembre recibió de Saint Pierre un pliego sellado, que encerraba la contestacion para el gobernador Dinwiddie, y se puso inmediatamente en marcha, ansioso de dar cuenta de la comision que se le encargara.

Llegó á Venango el 22, y el día de Noche buena continuó su marcha por tierra. No nos detendremos á describir los peligros que tuvo que afrontar y las pruebas que tuvo que sufrir; Irving dice, al relatar su historia, que entró en Williamsburgo el 16 de enero de 1754, y añade: «La prudencia, sagacidad y energía de Washington pusieron á prueba más de una vez durante aquella expedicion, que puede considerarse como el principio de su afortunada carrera, puesto que desde aquel instante la Virginia depositó en él todas sus esperanzas (1).»

La contestacion de Saint Pierre daba á comprender claramente que convenia adoptar sin tardanza medidas de precaucion. Dinwiddie fué de opinion que inmediatamente se procurase reunir fondos para tomar la ofensiva; pero la Asamblea no se mostró tan complaciente como el gobernador esperaba. Desde luégo suscitáronse dudas sobre la legitimidad del derecho que el rey pudiera tener al territorio en cuestion, y aunque por último se votó una cantidad de diez mil libras para atender á la proteccion

(1) Marshall, *Vida de Washington*, tom. I, pág. 461.—*Cartas de Washington*, tom. I, pág. 432.

de los colonos del Mississippi, se puso la condicion de que se nombraran encargados de cuidar que nadie se apropiara más terreno del que le correspondiese. Las demás colonias acogieron con bastante indiferencia el llamamiento que se hizo para que contribuyesen con los auxilios que les fuera posible, y por consiguiente no podía esperarse de ellas gran cosa. Sin embargo, con los recursos que ya tenía á su disposicion, Dinwiddie pudo aumentar las fuerzas militares, consiguiendo reunir seis compañías, que puso á las órdenes del coronel Yohua Fry, de quien fué nombrado Washington segundo jefe con el grado de teniente coronel.

Para estimular el celo de las tropas y organizar militarmente un cuerpo de colonos, Dinwiddie les ofreció doscientos mil acres de tierra en el Ohío; pero esta medida no mereció la aprobacion de la legislatura de Pensilvania, por considerar que semejante concesion podría dar lugar á reclamaciones.

II

Mientras tanto habíase dirigido ya á las intermediaciones del Ohío una partida de cuarenta hombres, á las órdenes del capitan Trent, y comenzado á construir un fuerte, por consejo de Washington, el cual salió de Alexandria á primeros de abril con dos compañías, y llegó el 20 á Wills' Creek, donde supo que los franceses, reuniendo una respetable fuerza, habían ido á terminar las obras del fuerte Duquesne, así llamado del nombre del gobernador del Canadá. Podía considerarse esto como el primer acto hostil, y por lo mismo celebró Washington un consejo de guerra, y despues de despachar emisarios pidiendo refuerzos, avanzó decididamente en direccion al Ohío.

Lenta en extremo hubo de ser la marcha; pero al fin llegaron aquellas fuerzas á Great Meadows, donde Washington mandó levantar una trinchera, procurando fortificar más cuidadosamente aquel punto al saber que á pocas millas se había visto un destacamento francés que hacia recelar que no abrigaba muy buenas intenciones.

En su consecuencia resolvió buscar al enemigo. Guiado por los indios, no tardó en encontrarlo en un sitio rodeado de árboles y peñascos, donde los franceses habían construido varias cabañas para resguardarse de la lluvia. Así que le divisaron, corrieron á las armas, y siguióse una corta escaramuza durante la cual

silbaron algunas balas al rededor de nuestro héroe, cayendo á su lado un hombre muerto.

La victoria estuvo de su parte: perecieron en la lucha el jefe de los franceses, Jumonville, y otros nueve, y los que quedaron con vida tuvieron que rendirse (1). Entre los veintidos prisioneros que enviáronse á Winchester, donde estaba el gobernador Dinwiddie, figuraba un tal La Force, hombre muy entendido, á quien Washington consideró siempre como un peligroso adversario.

Hubo quien trató de vituperar la conducta de nuestro jóven por los tristes resultados de aquel encuentro, y hasta no faltó alguno que se atreviera á calificar la muerte de Jumonville de asesinato, alegando que se hallaba investido del carácter de embajador y dirigíase á intimar á los ingleses que evacuaran aquel territorio; pero Washington se apresuró á contestar á tales cargos, diciendo: «que si el enemigo se hubiera presentado franca y lealmente anunciándose como se suponía, en vez de permanecer oculto en un retirado paraje, desde donde enviaba espías á reconocer la posición de los ingleses para dar luégo conocimiento á Mr. Conraccour, no hubiera procedido de aquel modo.»

Con motivo de aquel encuentro, seguramente, el rey Jorge III se hizo leer un despacho enviado á Lóndres por el gobernador de Virginia, segun refiere un historiador de nota (2), en el que el jóven mayor Washington terminaba con esta frase la relacion de su primer combate: «He oído el silbido de las balas, y he encontrado en él algo que enamora.—No hablaría así,—dijo el rey,—si hubiese oído muchas.»

Washington pensaba como el monarca; pues cuando el mayor de la milicia de Virginia ascendió á general supremo de los Estados- Unidos, como alguno le preguntara si vertió aquella frase, contestó: «Si la dije, es señal de que era muy jóven (3).»

Pero su juvenil ardor, á la par grave y sereno, tenía toda la autoridad de la edad madura. Desde el primer día de su carrera, le agradaba en la guerra más que en el combate, ese grande uso de la inteligencia y la voluntad provistas de fuerza y encaminadas á conseguir un buen plan, esa poderosa mezcla de accion humana y de fortuna, que conmueve y trasporta así á las al-

(1) Bancroft, Historia de los Estados- Unidos, tom. IV, páginas 117-119.

(2) Writings, tom. II, pág. 29.

(3) Ibid.

mas más sublimes como á las sencillas. Colocado por el nacimiento en las primeras clases de la sociedad colonial, como se ha dicho, educado en las escuelas públicas, en medio de sus compatriotas, llegó naturalmente á ponerse á su cabeza, siendo al mismo tiempo superior é igual, formado en las propias costumbres, hábil en los propios ejercicios, ajeno como ellos á toda instruccion elegante, á toda afectacion de doctrina, no pidiendo nada para sí y empleando sólo en el servicio público esa autoridad que en una situacion desinteresada y segura da siempre un alma penetrante y serena, una índole enérgica y tranquila.

Entró en la sociedad y en la profesion militar en 1754. Era un oficial de veintidos años, que mandaba batallones de milicia, ó tenía correspondencia con el representante del rey de Inglaterra, sin que le embarazara ninguna de estas dos ocupaciones. Amaba á sus compatriotas, respetaba al rey y al gobernador; pero ni aquel amor ni aquel respeto alteraban la independencia de su juicio y de su conducta; dotado de un admirable instinto de accion y de mando, sabia, veia con qué medios, con qué condiciones podia dar cima á las cosas que emprendia por el rey ó por el país. Si se trataba de disciplina, de exactitud, de actividad en el servicio militar, pedia esas condiciones, esos medios á los soldados; si de la paga de las tropas, de las provisiones, de la eleccion de oficiales, al gobernador. Sus ideas, sus palabras, ya se dirigieran al superior á quien daba cuenta, ya á los subalternos que le obedecian, eran siempre claras, prácticas, decisivas y revestidas de ese imperio que la verdad y la necesidad dan al que obra en su nombre. Desde entónces fué Washington el eminente americano, el fiel representante de su país, el hombre que mejor debia comprenderle y servirle, ya se tratara de discutir ó de combatir por él, ya de defenderlo ó de gobernarlo. Antes que los hechos le revelasen, sus contemporáneos le presentian. «Se brinda á vuestra salud y por vuestra fortuna en todas as mesas,» le escribia dos años más tarde el coronel Fairfax, su primer protector (4).

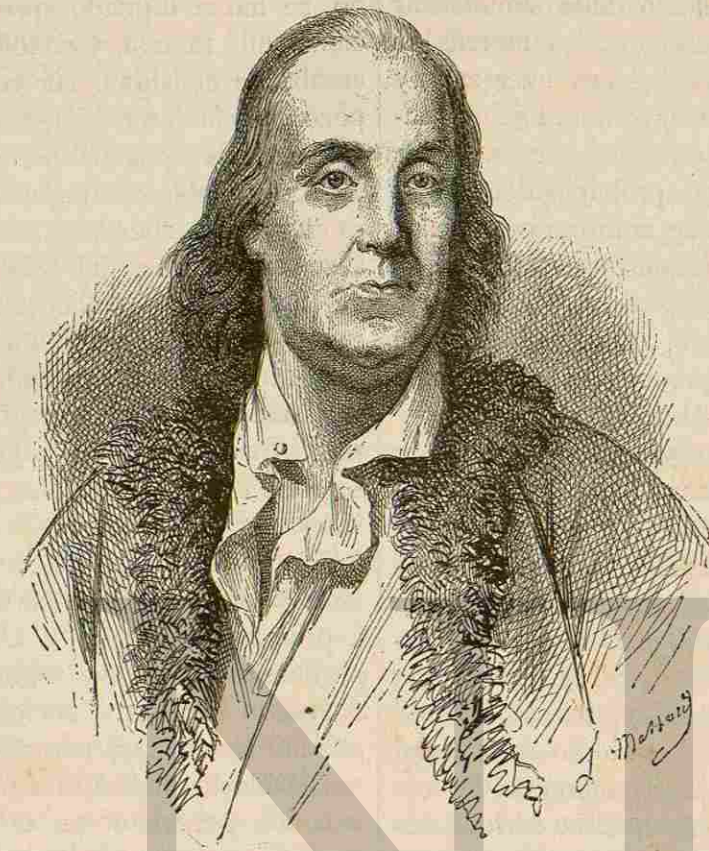
La repentina muerte del coronel Fry, hizo que recayera todo el mando en Washington (5).

(4) Writings, tom. II, pág. 145.

(5) Guillermo Fairfax escribió con tal motivo á Washington, aconsejándole que mandara á sus soldados cumplir públicamente, en el campamento, con los deberes religiosos, sobre todo cuando hubiese familias indias; y así se hizo por primera vez en Meadows, ofreciendo un espectáculo verdaderamente admirable, á la par que imponente, la vista del jóven jefe presidiendo con serena gravedad aquella multitud donde se confundian los soldados á medio equipar, los leña-

cuya posicion fué desde entónces más difícil y peligrosa; pues eran mucho mayores las fuerzas enemigas, y empezaban á escasear las provisiones. En virtud de esto, nuestro jefe dispuso que el capitán Mackay quedase con la compañía de la Carolina del Sur custodiando el fuerte Necesidad, situado en Great Meadows, y avanzó

decididamente hácia el fuerte Duquesne; pero muy pronto tuvo que retroceder obligado por una fuerza de mil quinientos hombres, indios y franceses, que salióle al encuentro, cayendo sin tardanza sobre el primero de los mencionados fuertes. Washington se resistió por espacio de algunas horas con la mayor energía; mas á pe-



B. FRANKLIN

sar de todos sus esfuerzos no tuvo más remedio que contentarse con una capitulacion honrosa, y á la mañana del siguiente día, 4 de julio de 1754, se puso de nuevo en marcha en direccion á Wills' Creek donde se habia hecho construir el fuerte Cumberland, y hallábanse reunidas sus fuerzas.

Si bien el resultado de aquella primera campaña no fué satisfactorio, comprendióse desde luégo que nuestro héroe hizo cuanto humanamente fué posible en tales circunstancias, y en su consecuencia cúpole el honor de que la Asamblea le diese un voto de gracias, y que sus soldados, entre quienes se distribuyó una suma de trescientas pistolas, ó sean mil cien libras, depositaran en él toda su confianza, reconociéndole como un jefe entendido y dotado de las más relevantes condiciones.

Mientras Washington se hallaba ocupado en

dores, los voluntarios, las mujeres y los niños, con los salvajes de abigarrados colores, entonando todos sus oraciones con ejemplar devocion.—Irving, *Vida de Washington*, tom. I, pág. 128.

esta expedicion contra los franceses, reuníanse en Albania varios delegados enviados por las Asambleas coloniales de Nueva-York, Pensilvania, Maryland y Nueva-Inglaterra. El principal objeto de tal reunion era renovar el tratado con las seis naciones cuya amistad y ayuda debia considerarse en aquella ocasion de la mayor importancia. Por otra parte, se debatía la cuestion de confederarse ó no las colonias, para la mutua defensa y auxilio, la cual se resolvió afirmativamente, en vista de la gravedad de la situacion, y nombróse un delegado de cada una de ellas para que presentase un proyecto de union. El redactado por Franklin obtuvo el lauro de ser aprobado por todos los individuos de la comision, excepto el representante de Connecticut.

Su contenido era el siguiente:

«Se formará un Gran Consejo compuesto de cuarenta y ocho miembros: siete de Virginia, siete de Massachussets, seis de Pensilvania, cinco de Connecticut, cuatro de cada una de las

colonias de Nueva-York, Maryland y las dos Carolinas, tres de Nueva-Jersey, dos de New-Hampshire y otros dos de Rode-Island. Este número de cuarenta y ocho debe ser fijo, y ninguna colonia estará representada por más de siete individuos ni menos de dos. El Consejo cuidará, por punto general, de la defensa de las colonias, y al efecto debe suministrar hombres y dinero, inspeccionar las fuerzas de las colonias, expedir las órdenes necesarias y atender, en fin, al bienestar comun. Dicho Consejo tendrá un presidente general nombrado por la Corona, el cual podrá aprobar ó desestimar los actos de aquél, y no se nombrarán oficiales militares sin el consentimiento de dicho presidente.»

«Tal era el documento, que puede decirse sirvió de base para lo que había de ser la constitución de los Estados-Unidos (1).»

Sin embargo, este proyecto no fué apoyado por ninguna de las Asambleas coloniales, ni por la Junta superior de las colonias.

Franklin decía veinte años despues, refiriéndose á este asunto: «Las Asambleas opinaron que en aquel documento había demasiada *pre-rogativa*, y en Inglaterra fueron de parecer que era excesivamente democrático.»

Debe suponerse que el gobierno de la Gran Bretaña no tomaría á bien la union de las colonias, calculando que esto podría darles á conocer su fuerza, y sugerirles la idea de romper los vínculos que las tenía sujetas al predominio de la metrópoli, proclamándose independientes. Lo cierto es que despues de reflexionar con madurez, resolvióse continuar la guerra con tropas reales, debiendo facilitar las colonias cuantos auxilios fuérase posible.

Aún no era un hecho oficial la declaración de la guerra entre Inglaterra y Francia, por más que los enemigos se inquietaran mutuamente; pero como esperábase que de un momento á otro se romperían seriamente las hostilidades, los gobernadores reales de las colonias se apresuraron á tomar disposiciones para proceder á la organizacion de una milicia, y viéronse en esta parte secundados con la mayor eficacia, lo mismo por las colonias del Sud que por las del Norte.

Noticiosos de que preparábase en Brest una escuadrilla francesa con cuatro mil hombres de desembarco, envióse al almirante Boscawen para que procurase interceptar su marcha; mas

(1) Hildreth, *Hist. de los Estados-Unidos*, tom. II, pág. 443.

léjos de conseguir tal objeto, no pudo impedir que la mayor parte de aquellas fuerzas desembarcaran en el Canadá y en Luisburg, cayendo únicamente uno ó dos de aquellos buques en poder de los ingleses.

Disgustado en extremo se andaba en tanto el gobernador Dinwiddie, porque la Asamblea no se había dignado aprobar ciertas disposiciones que tomara, y en todos sus despachos no cesaba de consignar sus repetidas quejas. De poco parecía que habían de servirle, cuando por fin resolvióse por unánime votacion levantar un considerable contingente de hombres, y para evitar toda suerte de disputas que pudieran suscitarse á causa del rango y la preeminencia de los oficiales, publicóse una orden general, segun la que se concedía á los oficiales del rey que fueran preferidos, sin excepcion alguna. Esta medida hubo de disgustar en gran manera á Washington y los suyos, y, llevado de un impulso de su ofendido amor propio, presentó sin vacilar la dimision.

En su consecuencia, nombróse al general Braddock comandante en jefe, el cual dirigióse á principios de 1755 á Chesapeake con dos regimientos de tropas inglesas.

Nueva-Inglaterra recibió orden de alistar dos mil hombres, y tres mil Pensilvania.

Braddock celebró una junta en Alexandria con los gobernadores de las colonias, y se acordó organizar tres expediciones, que debían ponerse en movimiento sobre la marcha: la primera, al mando de dicho jefe, debía dirigirse contra el fuerte Duquesne, para arrojar á los franceses del Ohío; la segunda, á las órdenes del mayor general Shirley, marcharía contra el Niágara, y la tercera, mandada por Johnson, se encargaría de apoderarse de Crown Point, fuerte situado en la orilla oriental del lago Champlain.

Asegúrase que Braddock era un valiente militar, que se había distinguido en los campos de batalla; pero tenía el defecto de no conocer el modo de guerrear en el Nuevo-Mundo, y lo que era peor, de no querer admitir consejos de los más entendidos que él en esta parte. Sumamente contrariado por la lentitud con que se desempeñaba el servicio, y en particular el de transporte de bagajes, no le era posible disimular su enojo, y consiguió indisponerse con todos, mostrándose de cada día menos inclinado á escuchar ninguna suerte de advertencias.

Franklin fué á visitarle en Fredericktown, en cumplimiento de su deber como director de

correos, y le ofreció sus servicios respecto á la expedicion de partes, mensajes y todo cuanto dependiese de su ramo, permitiéndose hacerle algunas indicaciones sobre los peligros que había de ofrecer la guerra que iba á emprenderse. Braddock aceptó gustoso tales ofrecimientos, y unos días más tarde le dijo hablando de su plan de campaña:

«Despues de tomar el fuerte Duquesne, pienso dirigirme á Niágara, y luégo marchar sobre Frontenac, si el tiempo lo permite, lo cual es probable, porque Duquesne no me detendrá más que tres ó cuatro días, y en este caso no veo inconveniente en continuar mi marcha hácia Niágara.»

Y añade Franklin:

«Habiendo reflexionado cuán larga era la línea que tenía que recorrer el ejército por un sendero muy estrecho que debían abrir los soldados á través de los bosques, y recordando la derrota que sufrieron mil quinientos franceses al querer en cierta ocasion invadir el Illinois, concebí algunos recelos y temores acerca del éxito de la expedicion; pero no me atreví á dirigirle más que estas observaciones:

»Es indudable, señor, que si llegais sin contratiempo á Duquesne con esas brillantes tropas y tan provisto de artillería, no tardará en caer en vuestro poder el fuerte, por más que esté muy bien fortificado y tenga una numerosa guarnicion; pero en mi concepto las emboscadas de los indios son un grave peligro que puede oponerse á vuestra marcha. Esos salvajes, por su rara destreza y conocimiento del terreno, pueden interceptar la estrecha y prolongada senda que ha de recorrer vuestro ejército y caer de repente sobre el flanco de las tropas, cortando la columna como si fuera un hilo sin dar tiempo á que se concentren los soldados para socorrerse mutuamente.

»Braddock se sonrió como compadeciéndose de mi ignorancia, y repuso:

»Esos salvajes serán ciertamente un formidable enemigo para vuestra bisoña milicia americana; pero tratándose de las disciplinadas y aguerridas tropas reales, no es posible que nos inspiren temor alguno.

»Comprendí que era impropio seguir discutiendo con un militar sobre asuntos de su profesion, que naturalmente debía entender mejor que yo, y no quise proferir una palabra más.»

El resultado vino á demostrar desgraciadamente en tal ocasion, que el filósofo juzgó con más acierto y perspicacia que el hombre de

guerra, entendido en la ciencia militar, aunque poseido de preocupaciones establecidas por la rutina.

Miéntas tanto, accediendo, por fin, á las repetidas instancias de Braddock, Washington se avino á servirle de ayudante de campo, lo cual juzgaba que le había de proporcionar ocasion de estudiar el arte de la guerra bajo las órdenes de un jefe tan inteligente y experto.

«El único móvil que me induce á tomar parte en la lucha,—decía nuestro jóven en una carta que dirigió á sus amigos,—es el laudable deseo de servir á mi país, no los beneficios que pudiera alcanzar bajo el punto de vista lucrativo. Me lisonjeo de que se me considerará como un voluntario, y por lo tanto no espero una recompensa, ni aspiro tampoco á obtener mando alguno, puesto que no está al arbitrio del general Braddock el darme un nombramiento que por otra parte nunca aceptaría.»

En vista de que trascurría el tiempo y las tropas avanzaban muy lentamente, Braddock consultó el parecer de Washington. Este le aconsejó que siguiera adelante con una division armada á la ligera, encargando al coronel Dunbar de formar la retaguardia con el resto de las tropas.

Aceptado el consejo, Braddock se puso en marcha con mil doscientos hombres y diez piezas de artillería de montaña, aunque sin hacer aprecio de las advertencias de su ayudante respecto á precaverse contra las emboscadas de los enemigos.

Había tardado un mes en recorrer cien millas, y faltábanle aún unas quince para llegar al fuerte Duquesne, que era su objetivo. Al día siguiente debía darse el ataque, y Washington pidió que se le permitiese destacar á los exploradores de Virginia para que examinasen los pasos peligrosos que aún tenían que atravesar; pero recibió una rotunda negativa.

Curioso espectáculo fué el que ofrecieron al siguiente día, 9 de julio de 1755, la pompa y aparato militar con que aquellas tropas, cual si estuvieran de gala, pusieron en marcha para dirigirse á Monongahela, al toque de cornetas y tambores, con la bayoneta armada y sueltas al viento las banderas. Washington contempló deleitado la belicosa escena, y dicese que algunos años despues se le oyó repetir distintas veces que fué una de las más magníficas que durante su vida presenciara.

Cerca de las dos de la tarde serian cuando

las tropas acabaron de pasar el río. Llenas de confianza iban ascendiendo por una cuesta cubierta de altas yerbas y robustos troncos, y flanqueada por dos barrancos ocultos entre espesos árboles y pobladas malezas, cuando oyóse de repente una nutrida descarga. Confirmáronse los temores de Washington. Sorprendida y atemorizada la vanguardia al ver que iba perdiendo la mitad de su gente, diezmada por el fuego enemigo, retrocedió hasta reunirse con Braddock, que al oír menudear las descargas, avanzó con las fuerzas restantes. Los salvajes alaridos de los indios, la incésante y nutrida lluvia de balas y la imposibilidad de hacer frente al oculto enemigo, introdujeron muy pronto el desorden, la confusión y el espanto entre las filas, sin que lograran evitarlo los heroicos esfuerzos que por espacio de tres mortales horas estuvo haciendo el intrépido jefe. Habíanle muerto ya cinco caballos, y aún seguía animando á los suyos, cuando recibió un balazo que le atravesó los pulmones. Al sentirse herido de muerte, se empeñó en que le dejaran exhalar el último soplo de su vida en el mismo lugar de la derrota; pero sus soldados le condujeron á sitio más seguro, distante del campo de la lucha.

Los ayudantes de campo Orme y Morris, del mismo modo que Sir Peter Halket y su hijo cayeron también heridos mortalmente. Sólo Washington se mantenía ileso. Desplegó un valor extraordinario unido á una gran presencia de ánimo, llevando y trayendo las órdenes de su jefe, y á pesar de servir constantemente de blanco á las balas enemigas, matándole dos caballos y atravesándole por cuatro partes la levita, tuvo la suerte de no recibir ni un leve rasguño. Fué verdaderamente milagroso, y bien pudiera decirse que la Providencia le otorgó su protección, en aquella como en otras ocasiones, porque le tenía destinado á prestar mayores servicios á la causa de la libertad y á la independencia de su patria.

Cuentan algunos historiadores que, quince años después, en un viaje que Washington hizo al Occidente por las orillas del Ohio, un anciano y venerable jefe indio, salióle al encuentro á la cabeza de su tribu, y suplicó le permitieran verle, refiriendo que en la batalla de la Monongahela dispararon repetidas veces él y sus guerreros contra el comandante de Virginia, sin que las balas dieran en el blanco. Por lo que fiel á sus creencias y convencido de que el joven héroe se hallaba bajo la protección

del Gran Espíritu, cesaron de tirarle, y venía á la sazón á tributar homenaje al que el cielo librara en el campo de batalla de la muerte. Los hombres se complacen en pensar que la Providencia les deja presentir sus secretos designios. La relación del anciano jefe se esparció por América, y sirvió de argumento á un drama titulado: *La profecía india*.

Horacio Gates, que más tarde, durante la revolución, fué un general de nota, cayó también gravemente herido en la acción de la Monongahela; y aunque las fuerzas de la Virginia se batieron con la mayor bravura, todo fué inútil: el pánico se apoderó de las tropas, que se dispersaron en todos sentidos, huyendo á la desbandada, y abandonando bagajes y artillería al enemigo, que según vióse luego sólo constaba de un corto destacamento de franceses y soldados del Canadá, y unos seiscientos indios. Perecieron veintiseis oficiales, quedando treinta y seis fuera de combate, y contáronse de la clase de tropa más de setecientos hombres entre muertos y heridos, no pasando de sesenta las bajas que tuvo el enemigo.

El malogrado Braddock reconoció su error en no haber querido seguir los consejos de su prudente, aunque joven, ayudante, y sus últimas palabras, fueron: «¡Quién lo hubiera creído!» Washington rezó junto á sus restos mortales el oficio de difuntos.

Dunbar y el resto de las tropas dirigiéronse apresuradamente al fuerte Cumberland, y no quisieron detenerse hasta llegar á Filadelfia.

Aquella inesperada victoria no dejó de producir su efecto en las colonias, que comprendieron por primera vez que eran algo exageradas sus altas ideas respecto á la fuerza y poderío de las tropas inglesas.

Mientras el almirante Boscawen cruzaba la costa de Terranova para sorprender á la flota francesa, embarcábase en Boston un cuerpo de ejército de diez mil hombres con dirección á la bahía de Fundy. El territorio en que se hallaba aquella colonia francesa se había usurpado á la provincia de Nueva-Escocia.

No fué difícil arrojar al enemigo de dicha bahía; pero no se supo luego qué partido tomar respecto á los colonos, que en lenguaje, en religión y en afecciones eran aún franceses, y se temía que intentasen infringir las condiciones de neutralidad á que se habían sujetado. Reuniéronse los principales jefes para deliberar sobre este asunto, y al fin resolvieron expulsar á los colonos franceses, y trasportarlos á distin-

tas provincias británicas. Prevalcieron la crueldad y la traición sobre el honor y la lealtad, sin que los autores de tamaña injusticia demostraran compasión alguna. El 10 de setiembre fueron conducidos aquellos desgraciados al punto de embarque y arrojados á los buques destinados al transporte. Las mujeres viéronse separadas de sus maridos y los hijos de sus padres, para ser conducidos á distintas colonias, sin esperanza de volver á reunirse. Sus tierras, sus cosechas, sus ganados, todos sus bienes, excepto el mueblaje de las casas, fueron declarados propiedad de la Corona, y para obligar á que se entregaran los que huyeron á los bosques, la tropa destruyó las nacientes cosechas, y entregó á las llamas los graneros y las casas con todo cuanto contenían. Cada colonia tuvo que recibir una parte de aquellos errantes prisioneros, y si bien algunos consiguieron encaminarse á Francia, al Canadá, á Santo Domingo y á la Luisiana, la mayoría murieron de pena en tierra extraña.

Shirley, que con motivo de la derrota de Braddock fué ascendido á comandante en jefe, dirigióse entre tanto á Oswego para avanzar hacia Niágara; pero los obstáculos, las enfermedades y el abatimiento de las tropas le hicieron abandonar la empresa, lo cual le valió una severa censura.

Johnson, que mandaba la fuerza expedida contra Crown Point, era un hombre notable por todos conceptos. Nacido en Irlanda, sus relevantes disposiciones, su imponente aspecto y agradables maneras le hicieron alcanzar gran influencia entre los indios, cuyo traje adoptó, y cuya vida parecía agradaarle en extremo. Mientras avanzaba con seis mil hombres en dirección al lago Jorge, el baron Dieskau, desembarcando en el extremo oriental de dicho lago, subía por Champlain con dos mil, y marchaba á su vez contra el fuerte Eduardo. Variando su plan de ataque, el jefe francés se propuso sorprender á Johnson; mas como acertara á encontrar en un estrecho desfiladero un cuerpo de tropas del Massachussets, con unos cuantos indios mohawks, lo derrotó fácilmente, pereciendo en la lucha el jefe inglés y el indio, llamado comunmente el rey Hendrick (1). Dies-

(1) Hendrick era hijo de un jefe Mohegan, casado con una mujer de la tribu de los mohawks, y se distinguió entre las Seis Naciones, extendiéndose su fama hasta Massachussets, donde en 1751 le consultaron los comisionados acerca del modo de educar á los jóvenes de su nación. En el encuentro con Dieskau, mandaba como jefe unos 300 mohawks. Era grave y sentencioso en el consejo, intrépido en la lucha, y son dignos de especial mención algunos de sus dichos. Cuan-

kau avanzó victorioso resuelto á atacar el campamento de Johnson; pero éste, protegido por su posición y fortificado con algunos cañones, resistió el ataque y rechazó al enemigo, causándole grandes pérdidas. Dieskau, mortalmente herido, fué hecho prisionero, y su gente apeló á la fuga en dirección á Crown Point.

A pesar de lo que todos esperaban, Johnson no quiso marchar contra este último punto; y aunque los colonos de Nueva-Inglaterra le tildaron de incapaz y poco enérgico, concretóse á hacer construir el fuerte William Henry cerca del último campo de batalla, y licenció las tropas.

Las colonias de Pensilvania, Maryland y Virginia se veían continuamente amenazadas por los indios, que, instigados por los franceses, hacían en ellas frecuentes incursiones. Morris, el gobernador de Pensilvania, excitó á la Asamblea á que facilitase medios para defender la frontera; pero hizo poco aprecio de tales indicaciones. Sin embargo, votó una suma de cincuenta mil libras para atender á la defensa pública.

La Asamblea de Virginia votó también cuarenta mil libras, y se dispuso que se consignaran trescientas para Washington, por su brillante conducta en la acción de la Monongahela.

Se organizó de nuevo el regimiento de Virginia, confiándose el mando á Washington y nombrando teniente coronel á Stephens, y púsose en marcha en dirección á Winchester, donde estableció el cuartel general.

El año 1755 no terminó muy satisfactoriamente para los que esperaban que abundara en grandes acontecimientos; y habiendo celebrado Shirley una junta en Nueva-York con los gobernadores de las colonias, les halló poco dispuestos á emprender nuevas expediciones contra los fuertes Duquesne, Niágara y Crown Point.

Cuando Washington, de regreso de un viaje que hizo á Boston, volvió á sus cuarteles, encontró que toda la frontera estaba alarmada por las frecuentes incursiones y atrocidades

do se propuso enviar un destacamento al encuentro del enemigo, y se quiso fijar el número de individuos que había de componerlo, dijo Hendrick:—«Son pocos para pelear, y demasiados para morir.»—Al indicarse la conveniencia de dividir el destacamento en tres grupos, el jefe indio cogió tres estacas y replicó:—«Poned las tres juntas y no las rompereis; tomad una sola, y os será fácil conseguirlo.»—Siguióse el consejo del viejo guerrero; pero no se observaron las precauciones que indicó, y esto fué causa de que Williams cayera en una emboscada. Hendrick fué un buen amigo de los blancos y mereció la amistad que le profesaron.

cometidas por los indios. Nuestro jóven consagróbase con el mayor celo á la mision que se le confiara; pero falto de medios para atender á todo y profundamente conmovido por las escenas que tenia que presenciar, escribió al gobernador Dinwiddie una carta en la cual se leía: «Las amargas lágrimas de las mujeres y las súplicas de los hombres me inspiran tan doloroso sentimiento y tan honda afliccion, que me sacrificaría gustoso entregándome al enemigo, si esto bastara para evitar tantas desgracias.»

Washington no perdonó medio alguno para hacer frente á aquella apurada situacion, y todos reconocieron en él un varon esclarecido que honraba á su patria.

Inglaterra declaró formalmente la guerra á Francia, en el mes de mayo de 1756, y el general Abercrombie se puso en marcha poco despues con algunas fuerzas.

Lo primero en que se debía pensar era en reforzar la guarnicion de Oswego, y envióse por lo tanto un destacamento al mando del teniente coronel Bradstreet. Indios y franceses fueron batidos, y poco despues reforzó las filas de los ingleses otra partida de tropas. La morosidad de lord Loudon, comandante general, y el haberse negado Abercrombie á ser responsable de las medidas que se adoptaran, hicieron que aquel fuerte cayera en poder de los franceses, mandados por el marqués de Montcalm.

Pasó la estacion sin que se adelantara nada, y á principios del siguiente año 1757 celebróse un consejo en Boston en el cual se acordó defender las fronteras y enviar una expedicion contra Luisburg.

La Asamblea cuáquera de Pensilvania votó una suma de cien mil libras, alegando que lo hacia por fuerza, y envió á Franklin á Inglaterra para que expusiera sus quejas.

Washington hizo por su parte en Virginia cuanto pudo para la defensa del país.

Lord Loudon se vió obligado á desistir de su expedicion á Luisburg, teniendo que regresar á Nueva York, al paso que el marqués de Montcalm se apoderó del fuerte William Henry, permitiendo el sacrificio de centenares de víctimas, atropelladas por el salvaje furor de los indios.

Con esto, despues de tres campañas y los grandes esfuerzos de los colonos, los franceses quedaron aún dueños del campo. No es de extrañar, pues, que las descontentas colonias pensaran en adoptar medidas más vigorosas para rechazar al enemigo.

Guillermo Pitt, despues conde de Chatham,

fué por aquella época llamado, más bien por el voto popular que por la voluntad de Jorge II, á encargarse de los negocios tanto del extranjero como de las colonias. Adoptó desde luégo las enérgicas disposiciones que la situacion requería, y sus proyectos de conquista del Canadá comunicaron nueva vida á las colonias. Reuniéronse al momento considerables fuerzas, que aumentadas con las procedentes de Inglaterra, formaron un contingente de cien mil hombres, á las órdenes del comandante en jefe Abercrombie.

El 27 de julio de 1758, los ingleses se apoderaron de Luisburg, debiéndose el éxito de esta primera campaña al intrépido Wolfe. Abercrombie, acompañado de Israel Putnam, que más tarde debía hacerse famoso en la revolucion, marchó contra Ticonderoga (1); pero vióse obligado á desistir del ataque despues de cuatro horas de sangrienta lucha. En cambio el coronel Bradstreet se apoderó fácilmente de Frontenac, y el general Forbes se hizo dueño de Duquesne, que cambió su nombre por el de Pitt, abandonado por la guarnicion á la aproximacion del enemigo. Las fronteras de Virginia, Maryland y Pensilvania quedaron así libres de las incursiones de los indios.

Merced al buen éxito de la campaña de 1758, Pitt encontró al Parlamento dispuesto á secundarle en la guerra contra el Canadá, y las Asambleas coloniales obraron pronta y enérgicamente, reuniendo en su consecuencia veinte mil hombres.

En la primavera de 1759, Amherst, en combinacion con el general Prideaux y el heroico Wolfe debían marchar contra Niágara, Ticonderoga, Crown Point, y por último Quebec. Gracias á la superioridad naval de la Gran Bretaña, Ticonderoga y Crown Point cayeron en poder del general Amherst, Niágara no tuvo más remedio que rendirse, despues de costarle la vida al general Prideaux y de encargarse del mando de las fuerzas sitiadoras Sir Guillermo Johnson, y Quebec fué tomado por Wolfe, que cayó mortalmente herido en el campo de batalla, lo mismo que el general francés, el marqués de Montcalm. Posteriormente se erigió en Quebec un monumento á la memoria del primero. (Véase el grabado de la pág. 14.

El marqués de Vaudreuil intentó hacerse

(1) Ticonderoga es una corruptela de la palabra iroquesa Cheonderoga, que significa *aguas ruidosas*, y que aplicaron los indios á las aguas de las cascadas del lago Jorge. Los franceses construyeron cerca de este, en 1756, un fuerte que se llamó *Fuerte Carillon*.

fuerte en Montreal, donde se concentró el ejército francés; pero rodeado por las tropas del general Amherst y las que llegaron de Quebec y de Niágara, tuvo que capitular el 8 de setiembre de 1760, y con esto quedó en poder de los ingleses todo el Canadá. De este modo terminó la lucha entre Inglaterra y Francia, que tanto tiempo se disputaron el predominio, siendo de notar que el primer tiro se disparó en el encuentro que tuvo Washington con Jumonville.

El día 6 de enero de 1759 casó Washington con Mistres Marta Custris, y algunos meses despues fué elegido miembro de la cámara de los ciudadanos de Virginia. La cámara acordó celebrar este suceso; y apénas Washington hubo entrado en el salon para ocupar su puesto, el orador Robinson pronunció un elocuente discurso en nombre de Virginia, expresando con animadas y lisonjeras palabras el reconocimiento de la Asamblea por los servicios que prestara al país tan distinguido hijo. Washington se levantó para dar las gracias; pero su turbacion era tal, que no acertó á pronunciar una palabra. El orador acudió en su auxilio, diciendo: «Sentaos, señor Washington: vuestra modestia iguala á vuestro valor, el cual excede al poder de la palabra que acaso yo posea.» Estas breves frases bastaron para hacer la apología de nuestro héroe.

En medio del natural regocijo por el feliz éxito de la guerra con Francia, las colonias no dieron señales de llevar á mal la intervencion de la madre patria respecto á sus derechos y privilegios. Pero á consecuencia de haber empezado las colonias á mantener cierto tráfico con las islas francesas, el gabinete inglés dictó rigurosas órdenes para que se observaran las disposiciones relativas al comercio, tan perjudiciales á los intereses mercantiles, y á fin de que no se eludiese la ley, autorizó á los agentes para que practicasen registros en las casas ó lugares sospechosos. Los comerciantes resolvieron oponerse á esta medida, é instaron á los abogados Thatcher y Otis para que defendiesen su causa. El día señalado abrió la sesion el abogado de la Corona, pronunciando un extenso discurso en el cual fundaba sus reclamaciones en el principio de que el parlamento de la Gran Bretaña se debía considerar como supremo legislador del reino. Thatcher le contestó rebatiendo sus argumentos y extendiéndose en consideraciones legales; pero Otis atacó luégo las disposiciones relativas al comercio, calificán-

dolas de opresoras y anti-constitucionales, y se expresó con tal vehemencia, que entusiasmó al público, y le hizo reflexionar sobre ciertos puntos de la mayor importancia. Adams dice al describir esta escena: «Otis se expresó con fuego, y haciendo un rápido sumario de los sucesos históricos, con citacion de fechas, extendióse en observaciones respecto á la legalidad de las autoridades, y profetizó los acontecimientos futuros, destruyendo todos los argumentos de sus contrarios con el rápido torrente de su impetuosa palabra. Desde aquel momento comenzaron á germinar las ideas de patriotismo; aquel fué el primer acto de oposicion á las medidas de la Gran Bretaña, y allí fué, en fin, donde nació la independencia que se proclamó por unanimidad quince años más tarde.» Poco tiempo despues fué elegido Otis representante de Bretaña y jefe de la cámara.

Conquistado el Canadá, las armas británicas se volvieron contra las islas francesas de la India oriental, que al fin cayeron en poder de los ingleses. Pero á consecuencia de cierto enlace entre las distintas ramas de la casa de Borbon, España tuvo que concertar una alianza con Francia para declarar la guerra á la Gran Bretaña; y haciéndose preciso humillar á este nuevo enemigo, se organizó una expedicion, que en agosto de 1762 se apoderó de la Habana.

Las armas de Inglaterra viéronse triunfantes en todas partes, y el enemigo no tuvo más remedio que consentir en una paz humillante, cuyos preliminares se firmaron en Fontainebleau en noviembre de 1762. Toda la América del Norte, desde el Mississippi hasta el Atlántico, fué cedida á la Gran Bretaña, y la isla y ciudad de Nueva-Orleans á España, con toda la Luisiana y la parte Oeste del Mississippi, devolviéndole tambien la Habana en vez de la Florida, que fué en adelante una de las provincias británicas.

La rendicion del Canadá y de las tribus indias en el Nordeste, impulsó los adelantos de las colonias del Maine, que se hallaban en notable atraso por las continuas guerras con los indios. Nuevos pobladores comenzaron á ocupar el Kennebec inferior, extendiéndose á lo largo de la costa hácia Penobscot; el Connecticut superior empezó á poblarse tambien con muchas familias procedentes del lago Champlain y los emigrantes de Pensilvania, Maryland y Virginia; en la Carolina del Sur se hicieron las más aceptables proposiciones para inducir á los labradores de Irlanda y Alemania

á que poblasen los distritos superiores de aquella provincia; la poblacion de la Florida experimentó asimismo notable aumento; varios emigrantes del Canadá se establecieron en Luisiana, y en las más antiguas colonias notáronse evidentes señales de progreso. Hildreth dió á aquella época el nombre de «la edad de oro de Virginia, Maryland y la Carolina del Sur,» cuya

poblacion y productos se acrecentaron como nunca.

La dureza de costumbres y la desconfianza de los primitivos tiempos fué desapareciendo poco á poco; comenzó á desarrollarse la afición á la literatura y á las ciencias; el estudio de las leyes adquirió cierta importancia, y hasta las bellas artes tuvieron sus partidarios.



Monumento erigido en Quebec á la memoria de Wolfe

Con esto la energía de las colonias fué vigorizándose notablemente, y se revelaba con la mayor evidencia su firme resolución de hacer valer sus derechos y mantenerlos á todo trance. «En el corazón de aquel pueblo,—como dice muy bien Juan Quincy Adams—comenzaba á inflamarse la llama de la LIBERTAD.»

Inglaterra, no obstante, abusando de su victoria en la reñida contienda que acababa de sostener con Francia, quiso hacerse dueña de cuanto le rodeaba, y sobre establecer un constante monopolio en el comercio de todas sus colonias, cometió la imprudencia de intentar imponerles contribuciones sin su consentimiento.

Esto ocasionó una coalición inevitable, acelerando el momento de la lucha en que iban á defenderse indisputables derechos y augustas libertades.

En medio de la gloria que acababa de adquirir, Inglaterra encontróse con una deuda (1) que la obligaba á crear impuestos difíciles de satisfacer, y que las colonias habían de considerar como un depresivo é intolerable ataque al indiscutible derecho de no facilitar recursos sin la legal y estricta mediación de sus representantes.

(1) Ascendía en aquella época á 14.000.000 de libras esterlinas.

Al ocuparse de este asunto, dice Mr. Guizot en su *Ensayo sobre el carácter y la influencia de Washington*: «Es una honrosa distinción para Inglaterra el haber dado á sus colonias desde su infancia el principio seminal de la libertad; pues todas ellas, ya al establecerse, ó poco tiempo despues, recibieron Cartas concediéndoles los privilegios de la madre patria, y estas Cartas no eran papeles inútiles ni docu-

mentos de valor dudoso, puesto que por ellas se establecían y reconocían esas poderosas instituciones que indujeron á los colonos á defender sus libertades y á reprimir el poder dividiéndolo. Por esto se reservaron el derecho de votar los impuestos, de crear, previa elección, los diversos cuerpos administrativos, de elegir un jurado para el crimen, y de reunirse, en fin, para deliberar sobre los asuntos de interés ge-



Samuel Adams

neral. Así es que la historia de esas colonias no es más que el práctico y activo desarrollo del espíritu de libertad, extendiéndose bajo la protectora influencia de las leyes y tradiciones del país...» Al nacer las colonias inglesas, encontramos en ellas, una junto á otra, tres potencias distintas, con sus libertades, consagradas por las mismas Cartas. Estas tres potencias eran: la Corona, los propietarios fundadores, ya fuesen individuos ó compañías, y la madre patria. La primera, reconocida en virtud del principio monárquico, con sus tradiciones derivadas de la Iglesia y del Imperio; la segunda, á quien se había otorgado el territorio en virtud de los principios feudales que conceden la soberanía al propietario del terreno; y la tercera, por úl-

timo, en virtud del principio colonial, que en todas épocas y entre todas las naciones, por una relación natural, otorga á la madre patria una gran influencia sobre la población que procede de su seno. Desde el principio, así en el curso de los sucesos como en la concesión de las Cartas, hubo una gran confusión entre estos poderes, que se unían ó separaban, protegiéndose ó declarándose enemigos para favorecer ó combatir las franquicias de los colonos, y no hay para qué decir que al verificarse estos cambios se alegaron pretextos, citáronse hechos, y presentáronse pruebas en justificación y apoyo de las pretensiones de cada uno. Cuando la Gran Bretaña anuló con el sangriento drama de Carlos I las instituciones monárquicas, pudo crear-

se que las colonias se aprovecharían de tales circunstancias para declararse libres de la dominación de la metrópoli; pero si bien es cierto que algunas de ellas, como el Massachussets, se mostraron dispuestas á gobernarse sólo por sí mismas, instigadas por los severos puritanos, en otras continuaron dominando las tendencias realistas, y por otra parte, Cromwell, siguiendo la política moderada del parlamento y al amparo de un juicioso y firme principio de protección, impidió ó reprimió las aspiraciones á la independencia. En aquella no existían aún ni la unidad moral ni la fuerza física suficientes para fundar un Estado.

Cuando Inglaterra tuvo un gobierno libre, después de 1668, las colonias no experimentaron grandes ventajas, teniendo que depender de un senado aristocrático, que es el amo más intratable que darse puede; porque todos en él poseen el poder supremo, sin que ninguno sea responsable.

Pero aumentaban, sin embargo, en población, en riqueza y en preponderancia, y en vez de ser unas cuantas comarcas que sólo se ocupaban de sus particulares asuntos, contando apenas con elementos de vida, íbase formando un pueblo cuya agricultura, comercio, carácter emprendedor y posición respecto de otros, le hacían acreedor á ocupar un importante puesto.

Tan pronto como se aseguró la paz, los sucesores de Pitt, en 1763, resolvieron ensayar un sistema de impuestos, decretados por el parlamento, que seguramente ejercía sobre las colonias una autoridad cuyos límites con dificultad podían precisarse, si bien debemos observar que nunca procedió á imponer contribuciones. El astuto ministro Walpole se negó á acceder á las repetidas instigaciones para que impusiera una directa á las colonias, diciendo: «Dejaré ese trabajo á aquel de mis sucesores que tenga más valor que yo y menos consideración por los intereses comerciales de Inglaterra; porque opino que si favoreciendo el comercio de las colonias con los demás países, ganan 500,000 libras, al cabo de dos años más, la mitad de esa suma ingresará en las arcas reales por los grandes pedidos que se harán á nuestras fábricas. Este modo de imponerles contribuciones me parece más conveniente y más conforme con sus leyes y especial constitución.»

Pero Grenville, ansioso de escalar el poder y de gozar del favor del parlamento, prescindiendo de las cuerdas observaciones de Walpole, presentó una proposición que tenía por

objeto obligar á los colonos á satisfacer un impuesto por medio de los sellos, y al año siguiente siendo primer ministro, resolvió entre otras cosas fijar derechos sobre los artículos que se importaban á las colonias. Estas resoluciones fueron aprobadas sin dificultad, opinando que el parlamento estaba en su derecho; pero los agentes coloniales que se hallaban en Londres, enviaron copia de tales proyectos, y apenas se tuvo conocimiento de ellos en América, se consideraron como el principio de un sistema de opresión que, si no se combatía vigorosamente, privaría á los colonos de sus libertades.

En el mes de junio de 1764, reunióse el congreso general de Massachussets, y acordó: «Que sólo la cámara de representantes tenía derecho para disponer de los fondos de aquella provincia y entender en su administración; y que el imponer contribuciones á un pueblo que no estaba representado en el parlamento, era de todo punto incompatible con sus derechos.» El eminente Samuel Adams, expuso: «Si nuestro comercio ha de pagar contribución, ¿por qué no se fija otra sobre nuestras tierras y sobre los objetos de nuestro uso ó los que poseemos? Es evidente que esto anula los derechos que nos confieren nuestras Cartas para gobernarnos nosotros mismos, atacando al propio tiempo los privilegios de que gozamos en comun con nuestros compañeros de la Gran Bretaña. Si se nos imponen contribuciones sin que tengamos una representación legal donde se decreten, nos veremos reducidos á la triste condición de esclavos, en vez de ciudadanos libres.» La cámara escribió luego una carta muy enérgica al agente de la colonia en Inglaterra, remitiéndole copia de un folleto escrito por Otis, bajo el título de *Defensa de los derechos de las colonias británicas*, en el que se demostraba la suma importancia de la cuestión que se debatía.

A fines del año, redactáronse en Massachussets y en Connecticut varias exposiciones dirigidas al parlamento; Nueva-York y Rhode Island remitieron otras más enérgicas, y en la cámara de los comunes de Virginia, un comité de hombres eminentes entre los que se distinguía Ricardo Enrique Lee, redactó una petición al rey, un memorial á la cámara de los lores y una exposición á la de los comunes manifestando los perjuicios que podrían seguirse por las medidas que se pensaba adoptar. Sin embargo Grenville insistió en llevar á cabo su proyecto.

La fermentación en América iba entre tanto

siendo más violenta, no sólo entre los ciudadanos, sí que también entre los miembros de las corporaciones públicas y privadas; en todas partes se formaron clubs y círculos políticos; el afecto de los americanos á la Gran Bretaña iba disminuyendo por instantes, y mostrábase cada día más persistente el espíritu de oposición. Las murmuraciones á que dió lugar la política inglesa, tomaban un carácter alarmante que debió llamar la atención del ministro; pero éste siguió adelante con su plan, sin hacer aprecio de nada, y al reunirse el parlamento en 1765, sometió á su aprobación el *bill* decretando el impuesto del sello. La cámara se manifestó desde luego dividida, y suscitóse reñida oposición entre los que condenaban tales medidas y los que sostenían que la Gran Bretaña tenía derecho de imponer contribuciones á las colonias. Townshend, uno de los ministros, observó: «¿Será posible que ahora esos americanos, niños á quienes dimos el sér, alimentados por nuestra indulgencia y protegidos por nuestras armas hasta que fueron fuertes y opulentos, se nieguen en este momento á contribuir con su ayuda á sobrellevar vuestra pesada carga?»

Al oír la el coronel Isaac Barré, que sabía apreciar á los americanos en su justo valor, levantóse, y en medio del más profundo silencio, objetó: «¡Decís que les habeis dado el sér! yo no lo creo así; vuestra opresión fué la que obligó á esos hombres á refugiarse en América, huyendo de la tiranía, y una vez allí, en medio de un país inculto é inhospitalario, donde no sólo tenían que sufrir todas las fatigas y privaciones imaginables, sino luchar también con una horda de salvajes quizás los más terribles de cuantos puedan encontrarse sobre la haz de la tierra, esos hombres se mostraron resignados y llevaron con paciencia sus penalidades, que no eran muchas en comparación con las que les ocasionaban en su país los que debieron ser siempre sus amigos.»

«¡Que les habeis alimentado por vuestra indulgencia! Decid más bien que han crecido por vuestro abandono; pues tan pronto como empezasteis á ocuparos de ellos, fué sólo para enviarles personas que los reglamentasen á vuestro antojo, y que acaso eran agentes de algunos de los miembros de esta cámara, encargados de vigilar sus actos y coartar sus libertades.»

«¡No digais tampoco que les habeis protegido con vuestras armas! Esos hijos de la libertad las tomaron noblemente en defensa vuestra, luchando con valor para proteger un país cuya

frontera estaba cubierta de sangre, mientras su constante industria os producía buenos beneficios. Y creedme, el mismo espíritu de libertad que animaba ántes á esa gente, les animará todavía... Pero al llegar aquí la prudencia me aconseja que no continúe...»

La elocuencia patriótica de Barré produjo un efecto de momento; pero el *bill* se aprobó por doscientos cuarenta y nueve votos contra uno ó dos, sin que hubiese la menor oposición por parte de los Lores.

Un americano que había escuchado el discurso de Barré desde la galería, transcribió inmediatamente sus palabras al otro lado del Atlántico, y el nombre de HIJOS DE LA LIBERTAD fortaleció todos los corazones, comunicándoles la suficiente energía para defender sus derechos.

La misma noche en que se aprobó el *bill*, Franklin escribió una carta á su amigo Carlos Thompson, y en uno de los párrafos le decía: «El sol de la libertad se ha puesto; los americanos tendrán que encender en adelante las lámparas de su industria y su economía.» Thompson le contestó poco después: «Lo que encenderemos no serán lámparas, sino antorchas; estad tranquilo sobre este punto.»

El *partido liberal* levantóse al instante numeroso y ardiente, pronto á resistir en nombre del derecho y del honor del país. Tratábase, en efecto, de derecho y honor, no de intereses materiales. Las contribuciones eran ligeras y no causaban grave perjuicio á los colonos; pero éstos eran de los que sienten las heridas del alma más que ningunas otras, y que no aman el reposo á costa del honor. «¿De qué se trata y sobre qué disputamos? ¿Acaso el pagar la libra de té á seis sueldos es una contribución demasiado onerosa? No; lo que disputamos es el derecho (1).» Tales eran al principio de la contienda el lenguaje del mismo Washington y el sentimiento público, no menos político que moral, y que prueba tanto juicio como virtud.

Causa agradable admiración el ver las muchas reuniones que entónces se formaron en las colonias; reuniones locales ó generales, momentáneas ó permanentes, cámaras de ciudadanos, de representantes, convenciones, congresos. Se encontraban allí hombres de inclinaciones opuestas, los unos llenos de respeto y adhesión á la metrópoli, los otros apasionados por aquella patria americana que nacía á su vista y que

(1) Writings, tomo II, pág. 392.—Escritos de Washington, volumen II, pág. 392.

era obra de sus manos; éstos afligidos é inquietos, aquellos ardientes y confiados; todos excitados y unidos por un mismo sentimiento de dignidad, por una misma resolución de resistencia. Manifestaban libremente sus diversas ideas é impresiones, sin resultar entre ellos ninguna separación profunda ni duradera; ántes bien, se respetaban en su libertad recíproca, y trataban juntos la gran cuestión del país, con esa conciencia y ese espíritu de circunspección y de justicia que aseguran la victoria y la hacen menos costosa.

El ministerio inglés se hallaba resuelto á proseguir en su desatinada política, en tanto que los colonos, que iban profundizando de cada día más la gravedad de la cuestión, mostrábase por momentos menos dispuestos á sufrir la presión del Parlamento. Dickinson escribió una obrita, con el título de *Cartas de un arrendatario de Pensilvania á los habitantes de las colonias británicas*, en la que se discutía el asunto de los nuevos impuestos, negando el derecho del parlamento para imponerlos, y los periódicos de las colonias, que entonces ascendían á veinticinco, comenzaron también á ocuparse de la cuestión con ardor patriótico. La circulación de las *Cartas* de Dickinson ejerció poderosa influencia en Londres, llevando á todos el convencimiento de cuán injusta é inconstitucional era la imposición tributaria á las colonias de América.

El gobernador Bernard se negó á reunir el congreso general para que se tomaran en consideración los nuevos decretos; pero á fines de octubre de 1767 hubo una sesión pública en la que se acordó proteger las fábricas y la industria del país, suprimiendo la importación de los géneros ingleses, cuyo ejemplo fué seguido por Massachusetts, Connecticut, Nueva-York y Filadelfia.

El 30 de diciembre reunióse el congreso general y se nombró un comité para que se enterase detalladamente de la situación de las provincias remitiéndose al propio tiempo al agente colonial en Londres una solicitud suplicando la confirmación de la Carta original, con cuyas condiciones se conformaron los colonos en otro tiempo. Los exponentes se expresaban en los términos más comedidos y respetuosos, principiando por reconocer la respectiva autoridad del parlamento. Además se escribieron cartas á lord Shelburne, al general Conway, al marqués de Rockingham, á los lores Camden y Chatham, y á los lores comisarios del Tesoro.

En febrero de 1768 se redactó una circular invitando á las demás colonias á que contribuyesen á la defensa común de sus derechos.

El ministerio inglés no podía tolerar cualquier medida que tuviese por objeto la unificación de las colonias, y lord Hillsborough, nombrado últimamente secretario de éstas, dirigió una circular á los gobernadores para que influyesen en las respectivas asambleas, á fin de que desistiesen de semejante conducta.

Cuando Bernard trasladó aquella circular á la nueva asamblea, ésta manifestó que «el votar un acuerdo desaprobando la medida adoptada por la asamblea anterior, equivalía á negar el derecho que tiene todo súbdito de elevar sus quejas al monarca; y que si los votos de la cámara habían de sufrir la presión del ministerio, debían considerarse las colonias privadas completamente de su libertad de acción, añadiendo á esto que por una mayoría de noventa y dos votos contra diez y siete, se había resuelto *no rescindir* los acuerdos.» Al día siguiente Bernard disolvió la asamblea.

En las demás colonias tampoco se hizo aprecio alguno de las intimaciones del ministerio, y la asamblea de Maryland contestó atrevidamente: «No podemos menos de reconocer que la medida adoptada por los ministros de Su Majestad tiene por único objeto privarnos de la libertad de comunicarnos con las colonias y de unir nuestras súplicas para elevarlas al rey. Profesamos el más leal y profundo afecto á nuestro soberano y reconoceremos siempre la autoridad constitucional del parlamento británico; pero nunca dejaremos de hacer lo que creamos justo, sin que nos intimiden algunas pomposas palabras.» Las asambleas de Nueva-York, Delaware, Virginia y Georgia expresaron los mismos sentimientos, y con arreglo á las instrucciones del gobierno inglés, fueron también disueltas por los gobernadores reales.

La llegada de los oficiales encargados de proceder á la recaudación de los derechos de Aduanas, aumentó la excitación pública é hizo presagiar graves disturbios. Y en efecto, en junio de 1768 se apresó la balandra *Libertad* por haberla sorprendido haciendo el contrabando; pero ántes de proceder á la captura, los oficiales, que temían encontrar resistencia, solicitaron el auxilio de un buque de guerra anclado en el puerto, y obligaron á la balandra á ponerse al alcance de sus cañones. A los pocos instantes estalló un tumulto; apoderóse la multitud de los oficiales, que por fortuna pudieron escapar con

vida, asaltaron sus casas, arrastraron su bote por la ciudad, y le prendieron fuego.

En la imposibilidad de poder proteger á los oficiales, el gobernador hizo que se embarcaran en un buque de guerra, que les condujo al castillo Guillermo. Reunido luego un comité para entender en el asunto, acordó que debía procederse á la captura de los trastornadores. Este

dictamen no se tomó en consideración en la cámara, por haberse disuelto la asamblea, y dejaron de seguirse los procedimientos.

Vino á aumentar la excitación de Boston el abuso de una ronda de matrícula que se apoderó de varios marineros hijos de la ciudad, contraviniendo á lo prevenido en una orden del parlamento, en la cual se decía: «Que no pu-



Antigua casa de Boston donde se supone que se fraguó la conspiración para destruir los cargamentos de té

diese ser cogido por ningún oficial de los buques de guerra de S. M. ningún marinero ó individuo que estuviese sirviendo en un crucero ó buque mercante de América, así como los que se encontrasen en tierra.» Reuniéronse los notables de Boston, y elevaron una solicitud al gobernador, suplicándole la intervención de su autoridad, para evitar que se reprodujeran tales abusos. Dicha solicitud terminaba con estas palabras: «Luchar contra la madre patria, es en nuestro concepto recurrir al último extremo; pero rendirnos y renunciar á los derechos que aseguran nuestras vidas y haciendas, sin oponer resistencia, es tan humillante que ni siquiera debemos pensar en ello (1).»

(1) Pitkin, Historia civil y política de los Estados-Unidos, vol. I, pág. 229.

El aviso de que se buscara alojamiento para dos regimientos que en breve iban á llegar á Boston, hizo que se reunieran en sesión pública los principales habitantes de la ciudad, y pidieran al gobernador que convocara con la mayor urgencia un nuevo congreso. Bernard se negó, y en su consecuencia acordóse organizar una junta, con pretexto de que se temía una guerra con Francia. Reunida la junta, se aconsejó á todos de una manera harto significativa, que se proveyesen de armas de fuego lo más pronto posible. El 22 de setiembre congregáronse los delegados de más de cien pueblos, y pidieron nuevamente al gobernador que se convocara al congreso general. Bernard no sólo volvió á negarse rotundamente, sino que calificó aquella reunión de sediciosa. «De este modo,

dice un historiador (1), empezaron á organizarse aquellas juntas populares que á los pocos años habian de asumir toda la autoridad política de las colonias.»

Cuando llegaron los dos regimientos, temióse que el pueblo se opusiera á su desembarque, y el Consejo se negó á facilitarles alojamiento. Con tal motivo, apuntáronse los cañones de los buques á la ciudad, y, bajo su proteccion, saltaron las tropas á tierra y penetraron en Boston con bayoneta armada y seguidas de numerosa artillería. Uno de los regimientos se acuarteló provisionalmente en Faneuil Hall, y el otro armó sus tiendas á corta distancia. Al día siguiente el gobernador dispuso que parte de las tropas ocupara la Casa de la ciudad, dejando sólo libre la cámara del Consejo, y que se estableciese en la puerta una guardia con dos piezas de artillería. Hubiérase dicho que la ciudad se hallaba sitiada, pues todos los edificios públicos estaban ocupados por la tropa, y las calles cuajadas de centinelas que provocaban á los transeuntes. ¿Cómo no habia de resentirse el pueblo de aquellos insultos, y tratar de oponer una enérgica y obstinada resistencia?

Al abrirse el nuevo parlamento produjéronse en ambas cámaras los documentos relativos á las colonias, y en particular los que se referian á los últimos acontecimientos de Boston. Sobrecitados contra los colonos, y casi considerándolos como esclavos, las dos cámaras elevaron una exposicion al monarca recomendando la adopcion de vigorosas medidas para obligarles á una obediencia pasiva, y aún se llegó á suplicar que se procediese á la averiguacion de los culpables del crimen de traicion desde 1767 y se remitiesen á Inglaterra para la aplicacion del correspondiente castigo.

La legislatura de Massachusetts no se hallaba reunida cuando se tuvo noticia en América de aquella incalificable proposicion; pero la cámara baja de Virginia, que comenzó á celebrar sus sesiones poco despues, se apresuró á tomar aquel documento en consideracion, y se dictaron varios acuerdos declarando que sólo los representantes de la colonia podian crear impuestos, y que el rey no tenia derecho para exigir la extradicion de ningun criminal de la colonia.

Cuando el gobernador lord Botetour tuvo noticia de esto, disolvió inmediatamente la asamblea; pero la corriente de la oposicion era

demasiado impetuosa para que pudiese resistirse, y reuniéndose aquellos representantes del país en una casa particular, eligieron como orador á Peyton Randolph y dictaron varias medidas para impedir la importacion de géneros ingleses. Las demás colonias siguieron el ejemplo, y al poco tiempo dejaron de recibirse todos los artículos que por la vía de Boston llegaban de Inglaterra á Salem, Nueva-York y Connecticut.

El 31 de mayo reunióse en Boston el congreso general, y en virtud de negarse el gobernador á dar la orden de que se retirasen las tropas, resolvió suspender sus tareas. El 13 de junio dispuso el gobernador que la asamblea se reuniese en Cambridge, cuando volviera á reanudar sus sesiones. La asamblea acordó por unanimidad elevar una solicitud pidiendo la destitucion de aquella autoridad. El 12 de julio convocó dicho gobernador á los miembros de la cámara para que manifestaran terminantemente si querian ó no facilitar alojamiento á las tropas, y contestaron que «de todos los impuestos, incluso el del sello, era el de que se trataba uno de los más injustos, y por lo tanto que se les permitiese manifestar claramente que tanto por su honra y decoro, como por respeto á sus representantes, no podian ni debian acceder á las exigencias que se les imponian.» El gobernador prorogó el congreso hasta el 10 de enero, y á principios de agosto marchó á Inglaterra.

Todas las demás colonias siguieron las huellas de Virginia y Massachusetts, conviniendo en que debian defender sus derechos á todo trance. Sólo Nueva-York se mostró dispuesta á contemporizar, absteniéndose de tales demostraciones. Entonces empezaron á nacer los dos partidos que se distinguieron con el nombre de *tories* y *whigs*, compuesto el primero de los partidarios de la madre patria, y el segundo de los que se oponian á los impuestos decretados por el parlamento.

Lord Husborough dirigió una circular á los gobernadores de las colonias anunciándoles que el ministerio pensaba desestimar todas las cláusulas del decreto de Townshend contrarios á los verdaderos principios del comercio. Los comerciantes reunidos en Boston hicieron presente que el desestimar sólo una parte del decreto era sin duda con el fin de apaciguar los ánimos de los fabricantes ingleses, y resolvieron que no se importaran más géneros de la Gran Bretaña, excepto algunos artículos de poca monta, mién-

tras no se suprimieran los impuestos. En su consecuencia nombróse una comision que se encargara de obtener de todos los habitantes un compromiso por escrito, mediante el cual se obligaran á no comprar géneros importados del extranjero, y otra comision que diera á saber al público los cargamentos de los buques procedentes de la Gran Bretaña y los nombres de los consignatarios.

El gabinete inglés no se atrevia entre tanto á adoptar una determinacion decisiva, y aunque insistiendo el parlamento en el propósito de obtener una renta de los colonos, no acababa de resolverse á poner en ejecucion sus proyectos, haciendo y deshaciendo, amenazando y retractándose, siguiendo la misma política de dudas y vacilaciones, poco franca, generosa y magnánima para llegar á un arreglo honroso para ambas partes.

Los colonos, al propio tiempo, comenzaron á reflexionar con más detencion sobre los derechos del hombre, á conocer el valor de la libertad, á convencerse más y más de que sus bienes y haciendas no estarian seguros mientras se hallasen á discrecion del parlamento británico, en el cual no tenian representacion alguna, y resolvieron, no sólo oponerse á toda disposicion encaminada á crear impuestos, si que estar alerta para todo lo que pudiese sobrevenir en lo sucesivo.

La presencia de las tropas en Boston fué motivo de constantes insultos y provocaciones de una y otra parte, que dieron al fin por resultado un conflicto que tuvo graves consecuencias. El día 5 de marzo un grupo del pueblo, armado de palos y azadas, insultó groseramente á los soldados, de quienes seguramente sufrieron algunos días ántes algun atropello. Pudo contenerse á los soldados; pero creció el tumulto, y un centinela, temiendo por su vida, llamó á la guardia en su auxilio. El capitán envió un piquete de ocho hombres. El populacho los recibió con una silba, y acabó por apedrearles, encerrándolos en un círculo de hierro. Los soldados cargaron sus mosquetes. En aquel momento presentóse un robusto mulato excitando á la multitud y gritando: «¡A ellos! ¡a ellos! no temáis, que no harán fuego: ¡vamos á matarlos!» Y viendo que el capitán se dirigia á él, le descargó un golpe, que aquel paró con la espada. El mulato se apoderó de la bayoneta de un soldado. Este y otros cinco más hicieron fuego, y resultaron cuatro muertos y algunos heridos de más ó ménos gravedad. Cundió la

alarma, las campanas tocaron á rebato, y pronto oyéronse los gritos de *¡Los soldados atacan al pueblo!* Miles de ciudadanos corrieron en todas direcciones á tomar las armas, y algunos dirigiéronse presurosos á dar parte al gobernador interino Hutchinson. «¡A la Casa de la ciudad! ¡a la Casa de la ciudad!» gritaba el populacho furioso. Y Hutchinson tuvo que buscar refugio en la cámara del Consejo. El pueblo exigió que se retirasen las tropas á sus cuarteles. Hutchinson prometió que tomara las más rigurosas medidas para castigar á los culpables, si cada cual se retiraba á su casa. El pueblo se retiró pacíficamente y las tropas volvieron á sus cuarteles. Hutchinson puso preso al capitán y mandó instruir las consiguientes diligencias.

El pueblo insistió al día siguiente en la misma actitud y nombróse una comision para que fuera á ver al gobernador y al comandante real, y les manifestara que les hicieran salir de Boston, si no querian exponerse á que de un momento á otro estallara un nuevo motin mucho más espantoso. Despues de algunas vacilaciones, las tropas se retiraron al castillo Guillermo. Aquel hecho, llamado despues *La matanza de Boston*, produjo honda sensacion en el pueblo, que celebró con gran pompa los funerales de las víctimas y resolvió commemorar en lo sucesivo su aniversario, para recordar la fecha en que se vertió la primera sangre á consecuencia de la lucha con Inglaterra.

Miéntas tanto reunióse la asamblea en Cambridge y protestó contra las medidas del gobernador, considerándolas como una violacion de sus derechos. Además se nombró una comision que se encargara de comunicarse con los agentes de la Gran Bretaña, y se ratificó el acuerdo de la asamblea de Massachusetts, relativo á impedir el uso de los géneros extranjeros.

Lord North subió al ministerio y presentó un proyecto para que se derogase el decreto de Townshend, excepto el derecho sobre el té, para demostrar que el gabinete estaba autorizado para crear impuestos.

Trascurrió el año 1771 sin que ocurriese en las colonias nada que merezca particular mencion. Hutchinson fué nombrado gobernador de Massachusetts, y al reunirse la asamblea en 1772, manifestó que en lo sucesivo percibiria su sueldo de la corona, lo cual le eximia en adelante depender de la cámara. Con esto se removia la primitiva cuestion, y bastó para excitar en alto grado la cólera del congreso cuyos

(1) Hildret, Hist. de los Estados- Unidos, vol. II, pág. 547.

individuos se apresuraron á manifestar que consideraban aquella medida como una violación de la Carta. Hutchinson lo rebatió en un extenso escrito; mas fué ventajosamente contestado por Juan Adams, que, haciendo gala de sus conocimientos jurídicos y sin salirse del terreno constitucional, redactó uno de los documentos de Estado más notables que se conocieron en la época revolucionaria.

Un inesperado incidente vino á aumentar la impopularidad de Hutchinson. Franklin, que era entonces agente de Massachusetts, adquirió ciertas cartas de dicho gobernador y de Oliverio, en las cuales se expresaba Hutchinson con harta ligereza respecto al carácter y la conducta de los jefes de partido de las colonias, y se ocupaba de la necesidad de enérgicas medidas para impedir el progreso de lo que llamaban las libertades inglesas. El contenido de aquellas cartas, que á pesar de haber encargado Franklin la mayor reserva al remitirlas á Massachusetts, vieron la luz pública, causó la consiguiente indignación, y el congreso general pidió, en el mes de junio de 1773, la destitución de aquel gobernador. Franklin fué interpelado violentamente ante el Consejo privado por el abogado de Hutchinson, se le depuso del cargo de administrador de correos, y calificóse de injuriosa é improcedente la petición elevada al rey.

La cámara baja de Virginia, estimulada por el celo de hombres como Jefferson, Lee y otros, secundaron vigorosamente las medidas adoptadas por el congreso general de Massachusetts, y nombróse un comité con el encargo de averiguar los actos del parlamento ó del ministerio que pudieran afectar á los derechos de los colonos. El gobernador, lord Dunmore, disolvió la cámara; pero no pudo evitar que se formara un comité, el cual pasó una circular á las diversas asambleas coloniales, y New-Hampshire, Rhode-Island, Connecticut, Pensilvania y Maryland les secundaron creando al efecto otros comités, con lo que se dieron los primeros pasos para la union política de las colonias.

La política irritante del gobierno inglés no podía ménos de aumentar la excitación del pueblo, y los constantes abusos á que necesariamente habia de dar lugar, inducir á los americanos á recurrir á los medios extremos. El tenaz empeño de obligar á las colonias á recibir cargamentos de té, aceleró la crisis.

El 2 de octubre celebróse en Filadelfia una

sesion pública, y se redactó una protesta contra los impuestos del parlamento, acordando además, «que todo el que ayudase á desembarcar té, lo recibiese ó pusiera á la venta, seria declarado enemigo del país.» La llegada de tres buques, con cajas de dicho artículo aceleró los hechos. El pueblo pidió que los buques se volviesen á Inglaterra con su cargamento; pero ni los consignatarios ni el gobernador quisieron acceder, contestando este último á las repetidas instancias con una rotunda negativa. Las masas populares se mostraron dispuestas á adoptar una pronta determinacion, cuando Josías Quincy les arengó con su fogosa elocuencia en los siguientes términos: «El espíritu que domina en esta ciudad debe inducirnos á obrar desde luégo sin más vacilaciones, y los sucesos de este día serán el preludio de otros de más importancia que pueden conducirnos al puerto de salvacion. Mirad siempre al fin, y advertid que todo el que suponga que las pruebas por que teneis que pasar hoy terminarán con aclamaciones y gritos de triunfo, abriga una loca esperanza. Debemos ignorar la importancia y valor del objeto por que luchamos; debemos ignorar tambien cuál es la fuerza de los que contra nosotros se han unido; debemos ser ciegos ante la malicia é insaciable saña de nuestros enemigos políticos y privados, y no debeis esperar, en fin, que termine la lucha sin los más graves conflictos, ni lisonjearos tampoco de que las reuniones populares, las arengas y las vanas aclamaciones serán suficientes para vencer á nuestros enemigos. Consideremos desde luégo cuál podrá ser el resultado de la contienda; reflexionemos ántes de adoptar estas enérgicas medidas que serán el origen de la lucha más espantosa que ha presenciado este país. ¿Persistis en la resolucion de no permitir que se desembarque el té (1)?» Una inmensa aclamacion fué la contestacion á esta pregunta. Y como empezara á oscurecer la multitud pidió luces, poseida del mayor entusiasmo.—¡Vamos á tomar el té á la bahía de Boston!—gritó una voz. Eran las seis de la tarde, hacia un tiempo magnífico y el populacho corrió en tropel hácia el puerto, donde se hallaban amarrados los tres buques, uno al lado de otro. Cincuenta hombres disfrazados de mohawks precedian á la multitud, y al llegar al sitio donde estaban los buques saltaron á bordo, se apoderaron de trescientas cuarenta cajas de té y las arrojaron al mar. Ni

1 Memoria de la vida de Josías Quincy, pág. 266.

la tripulacion ni la tropa se atrevieron á hacer la menor demostracion para impedirlo. El pueblo se retiró tranquilamente á sus casas (1).

Merced á las advertencias é indicaciones de la junta popular, los consignatarios de té en Nueva-York se negaron á recibir dicho artículo. El capitán de un buque destinado á Filadelfia tuvo noticias de la destruccion del té en Bos-

ton y ántes de llegar á la ciudad hizo rumbo de nuevo hácia Inglaterra; y otro buque que arribó á Charleston el mismo día que el de Nueva-York á este punto, aunque desembarcó su cargamento, tuvo buen cuidado de depositarlo en sótanos húmedos para que se echara á perder. Con esto las resoluciones del gobierno inglés quedaron burladas.

My Dear Child, West Wickham, the Seat of
Lord Le Despencer, Bucks
July 6. 1773. -

*I am here in my way to Oxford, where
I am going to be present at the Installation,
& shall stay a few Days among my Friends there.
By Capt. All who sails next Week I shall write
fully to you, & to Friends in Philadelphia.
This is my only Letter of Packet. Love to our
Children, & to Benny Boy. I am, Thanks
to God, very well and hearty, and ever*

Your affectionate Husband
B. Franklin

Facsimile de una carta de B. Franklin

Mientras tanto, concluida la paz con los indios del noroeste, tomó gran impulso la emi-

(1) «Anoche,—decia Juan Adams en su diario el día siguiente,—se arrojaron al mar tres cargamentos de té, y esta mañana ha salido un buque de guerra. Semejante resolucion es de gran importancia, y no puedo ménos de admirar este último esfuerzo de los patriotas, que es á la vez digno, majestuoso y sublime. El pueblo no debiera nunca alzarse sino para hacer alguna cosa notable y digna de ser recordada. La determinacion de destruir el té es en sí tan atrevida, tan enérgica, tan intrépida é inflexible, y debe producir tan importantes consecuencias, que no puedo ménos de considerarla como un hecho que formará época en la historia.... Esto, sin embargo, no ha sido más que un ataque á la propiedad; más tarde pudiera adoptarse otra resolucion cuyo resultado fuera la pérdida de muchas vidas; pues no pocas personas desearian ver flotar tantos cadáveres como cajas de té, aunque opino que no se necesitarian tantas vidas para destruir la causa y origen de todas nuestras calamidades. La deplorable complacencia con que Hutchinson, los consignatarios de té y los empleados de aduanas han contemplado la miseria y los apuros del pueblo y sus constantes esfuerzos para conseguir que el té se devolviese á Londres, resolviéndose al fin á destruirlo, es una cosa que asombra. Es triste pensar que haya personas tan apáticas y endurecidas.»

gracion; pero el egoismo y la inmoralidad de costumbres fué causa de que se cometiesen grandes abusos é injusticias, de lo cual resultó una reñida contienda entre los blancos y aquellos indígenas. Despues de varias reclamaciones, que no merecieron la gracia de ser atendidas por los gobiernos locales, presentóse al fuerte Pitt una comision de las Seis Naciones y entregó una peticion, que fué inmediatamente-trasladada á la asamblea de Virginia, y dió lugar á la intervencion del gabinete inglés, mediante la cual se estipuló un tratado concediendo una gran extension del terreno que se halla hácia el Ohío.

Los frecuentes desórdenes de que fué teatro durante algun tiempo la Carolina del Norte,

produjeron al fin una insurrección tan ajena al movimiento general que dominaba en América, que no tardó en formarse un partido realista que, desintendiéndose de la opinión de la mayoría de sus paisanos, favoreció todo lo que pudo las pretensiones de la Gran Bretaña. La corrupción y la ineptitud de los funcionarios del gobierno inglés, los abusos administrativos, las exacciones más irritantes, los exorbitantes derechos en toda suerte de procedimientos y principalmente en la otorgación de escrituras y otros títulos de propiedad, y la escandalosa impunidad de los dilapidadores, promovió el general descontento y dió ocasión á que se formara una sociedad compuesta de gran número de colonos pobres, con el nombre de *reguladores*, los cuales juraron no pagar impuesto alguno hasta que se corrigiesen todos aquellos excesos y se castigara á los culpables. Dicha asociación fué tomando incremento con motivo de la imposición de nuevos tributos y la mala administración de justicia, de modo que llegaron á reunirse en número de dos mil, y concibieron el proyecto de suprimir los tribunales, exterminar todos los funcionarios públicos y proclamar la anarquía. La parte sensata de la población se puso en guardia, y el gobernador vióse en la necesidad de emplear prontas y severas medidas. Al efecto reunió once mil hombres de milicia provincial, y cayó sobre aquella horda de furiosos trastornadores, trabándose una reñida lucha, de la cual resultaron derrotados por completo con una pérdida de trescientos muertos y setenta heridos, sin los que cayeron prisioneros y sufrieron la última pena.

La activa hostilidad de los indios no impidió que hombres atrevidos como Daniel Boone persistieran en explorar las inhabitadas regiones del Oeste. Bone y Stuart fueron los primeros que acertaron á descubrir la fértil llanura de Keutucky, y por espacio de un año los únicos pobladores de aquella tierra prohibida, consiguiendo escapar de la persecución de los indios. Habiendo sido varias veces rechazados por aquellos indígenas, concluyóse por fin en 1773 un tratado por el cual se cedieron algunas tierras al Sur de Keutucky, y Bone se puso en marcha al frente de una expedición y abrió un camino que llegaba hasta las orillas del río de aquel nombre, en cuyas márgenes se echaron dos años después los primeros cimientos de Boonesborough.

«Durante el período de su controversia con la Gran Bretaña,—dice Grahame,—América fué en-

grandeciéndose, tanto física como moralmente, á consecuencia de la emigración europea, ofreciendo entónces sus territorios curiosas variedades de la especie humana, con toda la diversidad de gustos y costumbres que era consiguiente. Aquellos rudos colonos, cansados de la tranquilidad y del reposo, fueron avezándose á las aventuras y á los peligros, á dejar el silencio y la soledad de los bosques, á buscar el refinamiento de la vida culta, y á formar, en fin, una sociedad floreciente y populosa, donde la desenfrenada libertad de los primitivos tiempos se redujo al dominio de una prudente legislación y de la más austera moral que jamás se conociera.» Pero la mayor parte de los emigrantes, y en particular los de Escocia y de Irlanda, abandonaron su patria, descontentos de su situación ó por el mal trato que recibieron, y su ingreso en la población colonial no disminuyó ni contrarestó las tendencias hostiles contra la Gran Bretaña, que adquirían de cada día más proporciones. Sin embargo, principalmente los escoceses, mostrábase opuestos á que se rechazara la autoridad de Inglaterra, pues su afecto patriótico, enardecido al verse tan lejos de su país, prevaleció sobre sus prudentes convicciones; de modo que, durante su última lucha, viéronse más de una vez favorecidos los intereses de la Gran Bretaña.

Aquel mismo año de 1773, el gobernador Wright celebró en Georgia una conferencia con una numerosa diputación de las tribus de Greeks, quienes cedieron al rey de Inglaterra varios millones de acres de tierra en la parte más fértil y salubre de aquel país, en pago de ciertas deudas contraídas con los mercaderes europeos.

En Virginia estalló, mientras tanto, una guerra entre los colonos y los indios del Ohío, durante la cual se hicieron acreedores los primeros de que se les tachase de ser más feroces que sus salvajes enemigos, por las terribles represalias que ejercieron. Por fin, el gobierno de la colonia destacó un respetable cuerpo de milicias, que, después de un rudo combate, consiguió rechazar á los indios, y ajustóse la paz al poco tiempo (1).

Hacia treinta años que la guerra y la política tenían ocupada la atención pública, y el severo puritanismo iba desapareciendo ante el progreso de otras ideas y sentimientos. Las opiniones emitidas por Whitfiel fueron adopta-

(1) Grahame, Hist. de los Estados Unidos, tom. II, pág. 481.

das por toda la colonia, al paso que la secta de los *metodistas* dejaba su puesto á los *universalistas*, que debían producir un cambio en el pueblo de Nueva Inglaterra. «La lucha armada con la madre patria,—dice Hildreth,—y las ardientes pasiones excitadas por la revolución, impidieron el desarrollo intelectual del pueblo, que en recompensa adquirió grandes conocimientos en la guerra y en la política (1).»

La noticia de la colisión de Boston produjo gran indignación en el gabinete inglés, y en su consecuencia el 7 de marzo de 1774 lord North presentó un mensaje del rey á las dos cámaras, concebido en los siguientes términos: «En vista de los ilegales procedimientos que se vienen observando de algún tiempo acá en la América del Norte, y teniendo en cuenta muy particularmente la violencia y los excesos á que se ha entregado la ciudad de Boston, con la manifiesta intención de entorpecer el comercio de esta nación, y otros fines subversivos, se ha creído prudente someter este asunto al parlamento, para que, tomándolo en consideración, dicte las medidas que crea más necesarias, á fin de que se respeten las leyes y se reconozca la autoridad de la corona y del parlamento de la Gran Bretaña sobre las colonias.» La cámara contestó: «que haría cumplir las leyes por cuantos medios estuviesen á su alcance, asegurando la dependencia de las colonias respecto á la corona y al parlamento.»

El 14 de marzo presentóse un *bill* referente á la destitución de los recaudadores de aduanas y á la prohibición de embarque y desembarque de géneros y mercancías en el puerto de Boston. Poco después presentaron los irritados ministros otro, que equivalía á la absoluta derogación de la Carta, y según el cual se autorizaba al gobernador real para nombrar todas las autoridades y funcionarios públicos, y se prohibían las juntas populares, por considerarlas un foco de oposición al gobierno. En un tercer *bill* se pedía que «todo individuo acusado de asesinato ó de otro crimen cualquiera, pudiese enviarse por el gobernador á otra colonia ó á la Gran Bretaña para que se le juzgase.» Barré, Conway, Johnstone, Burke, Fox y otros hicieron abierta oposición, y Burke combatió el último de los tres *bills* con su acostumbrada energía; pero fué aprobado, de la misma manera que los otros dos y un cuarto que presentóse luego, pidiendo el acuartelamiento de tropas en Amé-

(1) Hildreth, Hist. de los Estados Unidos, tom. II, pág. 579.

rica, y que combatió lord Chatham con su acostumbrada animación.

A todo esto, el general Gage, comandante en jefe de las tropas reales, fué nombrado además gobernador de Massachusetts, en sustitución de Hutchinson, lo cual significaba que el gobierno inglés estaba dispuesto á hacer uso de la fuerza en caso de necesitarlo. Gage llegó á Boston el 13 de mayo de 1774, y á pesar de la excitación popular, por haberse recibido días antes la orden de que se cerrase el puerto, se le dispensaron todos los honores y distinciones debidas á su rango. Habiendo Hutchinson disuelto el congreso general antes de su partida, celebróse una reunión en la Casa de la ciudad, al día siguiente de la llegada de Gage, á la cual asistió numerosa concurrencia, y al tratar de la cuestión del puerto, emitióse el siguiente dictamen: «La injusticia y la crueldad de esta medida excede á todo cuanto pudiera esperarse, y por lo tanto la someteremos á la censura de otros, apelando á Dios y al mundo.» Al propio tiempo se convino en que si las demás colonias se resolvían á no importar ni admitir géneros de la Gran Bretaña, á menos que no se anulara el decreto, podía darse por seguro que la América del Norte se salvaría con sus libertades.

La situación de los habitantes de Boston llegó á ser extremadamente crítica: no sabían si veríanse luego abandonados por sus conciudadanos ó serían secundados por sus esfuerzos en defensa de la causa común. A este último efecto, apelaron á todos los recursos posibles para atraerse las simpatías de los demás colonos. Se imprimió el *bill* relativo al puerto en papel orlado de negro y encabezado con una calavera sobre dos huesos cruzados; enviáronse agentes á las demás colonias, invitándolas á tomar parte en la causa común; numerosos sacerdotes excitaban desde el púlpito á oponer una tenaz resistencia, y los periódicos hicieron, por medio de animados artículos, un llamamiento al patriotismo y valor de los habitantes.

La cámara baja de Virginia hallábase reunida cuando se recibió la orden disponiendo que se cerrase el puerto de Boston, é hizo constar su oposición en los siguientes términos: «Hondamente impresionada esta cámara ante la expectativa de los grandes peligros que amenazan á la América Británica por la hostil invasión de la ciudad de Boston, en nuestra colonia hermana de Massachusetts-Bay, cuyo puerto debe cerrarse al comercio el día 1.º de junio próximo, después de ser ocupado por la fuerza arma-

da, creemos de todo punto necesario consagrar dicho día al ayuno y al rezo, para implorar humildemente la intercesion de la divina Providencia, á fin de que aparte de nosotros las terribles calamidades que amenazan anular nuestros derechos, dando lugar á una guerra civil con todas sus funestas consecuencias. Asimismo debemos pedir al Todopoderoso que fortalezca nuestro corazon y nuestro espíritu, para oponernos por los medios legales á todas las disposiciones que tengan por objeto atacar los fueros de las colonias americanas, suplicándole á la vez que inspire al monarca y al parlamento la sabiduría, justicia y moderacion con que necesitan proceder para librar á este pueblo de los peligros que acarrearían su ruina si persistiesen en llevar á cabo las medidas últimamente adoptadas. En su consecuencia, ordenamos que los individuos de esta cámara se reúnan á las diez de la mañana de dicho día 1.º de julio, á fin de dirigirse á la iglesia de esta ciudad con el mencionado objeto, acompañados del reverendo señor Price, quien deberá pronunciar un sermón adecuado á las circunstancias.» El gobernador Dunmore disolvió la asamblea al día siguiente; pero reuniéronse sus individuos en sitio á propósito, formaron un comité de vigilancia y se propuso que se organizara cuanto ántes un congreso general.

Washington estuvo en su puesto durante aquellas circunstancias, como individuo de la cámara, y tomó una parte activa en sus procedimientos, á pesar de mantener íntimas relaciones con el gobernador Dunmore, cuya amistad no fué obstáculo para que se interesara en la cuestion palpitante, disponiéndose á obrar enérgicamente, en union con sus conciudadanos, para oponer resistencia á la tiránica política del parlamento. En una carta dirigida á sus amigos, les decia: «Entre las colonias y la Gran Bretaña debe haber una línea divisoria; y si bien no me atreveré á determinar la forma en que debe establecerse, reconozco que es de todo punto indispensable consignar cuáles son nuestros derechos. Yo hubiera deseado dejar esta cuestion para que la resolviese nuestra posteridad; pero, llegada la crisis, se hace preciso obrar sin tardanza, ó someternos á cuantas condiciones se nos impongan, corriendo el riesgo de vernos reducidos á la esclavitud.»

El día 1.º de agosto reuniéronse en Williamsburg los delegados de varias colonias, y despues de permanecer seis dias en sesion permanente, designaron á Washington, Randolph, Henry y

otros para representar á Virginia en el congreso general.

Tan pronto como en las demás colonias se tuvo noticia de la orden de cerrar el puerto de Boston, manifestóse la más resuelta oposicion y votáronse auxilios para socorrer á los ciudadanos que se encontraran apurados. En Nueva-York entablóse una reñida contienda entre los amigos del gobierno inglés y los hijos de la libertad, y por fin predominó la influencia de estos últimos patriotas, que tantas veces habian demostrado su ardiente celo é infatigable actividad contra las medidas del ministerio británico. Connecticut, Pensilvania, las Carolinas y otras colonias remitieron al comité de Boston varios acuerdos ofreciendo su cooperacion y apoyo, y declarando que su causa era la de todo el país (1).

El 25 de mayo reunióse el congreso general, y viéronse confirmados sus pronósticos con el primer acto oficial del general Gage, que, abusando de su autoridad y contra lo prevenido en la Carta, no quiso admitir trece consejeros de los veintiocho que acababan de elegirse. Los representantes del pueblo no por esto se desanimaron, y persistieron en su obra, sin hacer caso de la medida que luego tomó el gobernador, disponiendo que la asamblea se reuniera más tarde en Salem. La cámara acordó recomendar á los

(1) En un luminoso artículo que con el título de *El Congreso de 1774*, publicó la *Revista de Nueva-York*, en abril de 1839, se encuentra un resumen tomado de los *Archivos Americanos*, en el cual se expresan las primitivas fechas en que las juntas públicas de cada colonia discutieron por primera vez el proyecto de formar un congreso general. Dicho resumen es como sigue:

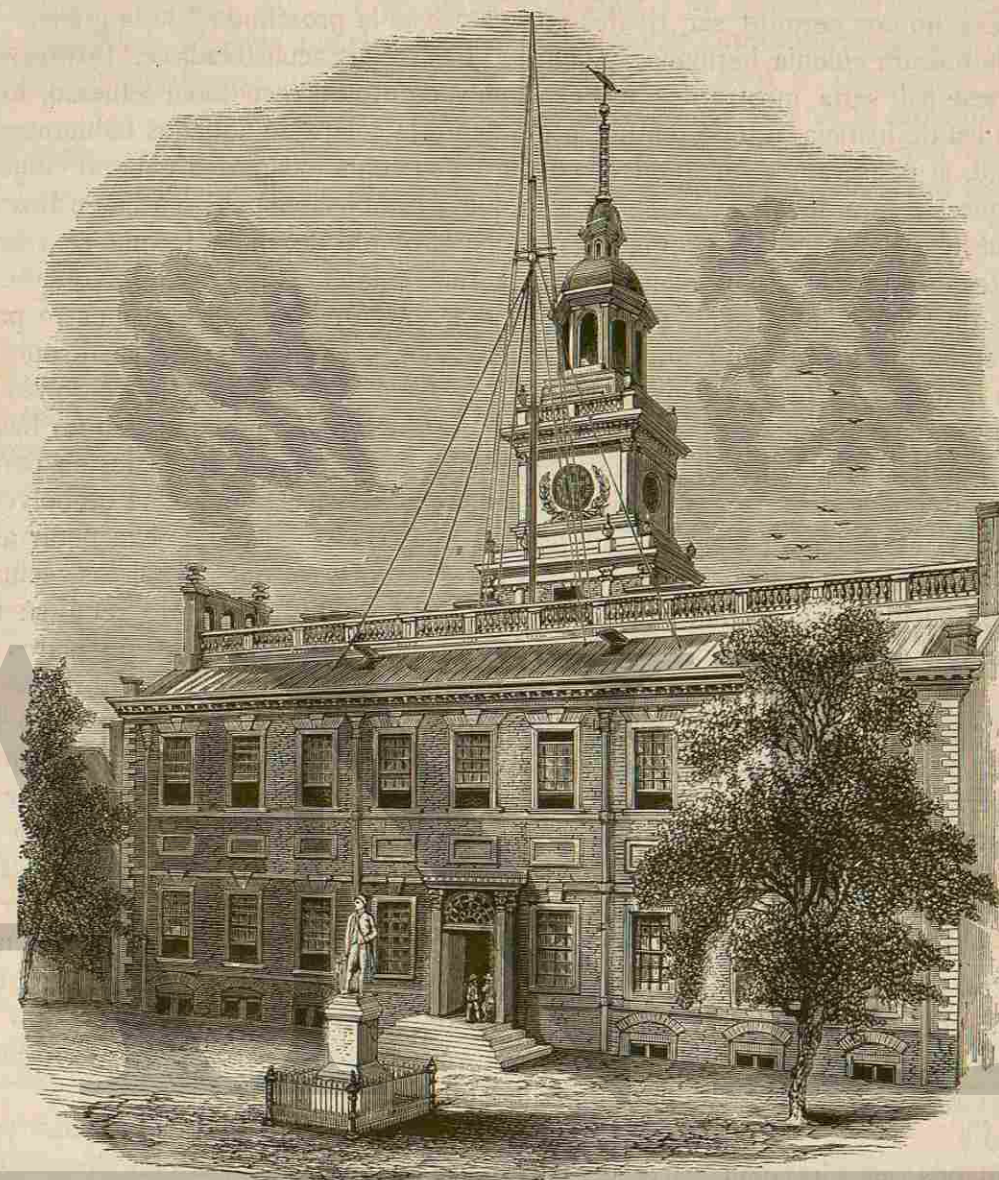
AÑO 1774

| | |
|--|--------------|
| Sesion de la Casa de la ciudad de Providencia (Rhode-Island) | Mayo — 17 |
| Reunion del comité de Filadelfia. | id. — 21 |
| Reunion del comité de Nueva-York. | id. — 23 |
| Reunion de los individuos de la cámara baja de Virginia y otros de Williamsburg. | id. — 27 |
| Comité de Baltimore. | id. — 31 |
| Sesion de la Casa de la ciudad de Norwich (Connecticut). | Junio — 6 |
| Reunion de Newark (Nueva-Jersey). | id. — 11 |
| Sesion de la cámara de representantes de Massachusetts. | id. — 17 |
| Reunion en Newcastle (Delaware). | id. — 29 |
| Comité corresponsal de Portsmouth (New-Hampshire). | Julio — 6 |
| Reunion general de la provincia, en Charleston. | id. 6, 7 y 8 |
| Reunion del distrito, en Wilmington. | id. — 21 |

Comparando estas fechas entre sí, se comprenderá cuán poderoso era el instinto de union que en aquella época predominaba en el país, y cuán pronto adoptaron las colonias la idea de combinarse, que fué la que opuso el obstáculo más directo á la política del gabinete inglés, cuyo objeto era aislarlas para que no se resistiesen á la vez. Al fijarse en esas fechas debe recordarse que en algunos casos el movimiento colonial no se relacionaba con el de épocas anteriores. En Virginia se pensó en la formacion de un congreso general dos dias ántes de tener conocimiento de la adopcion de esta medida, y aún se anticiparon más en Filadelfia y Nueva-York.

ciudadanos de Boston la más enérgica firmeza, unida á la prudente paciencia necesaria; al pueblo de la provincia que ayudara á sus hermanos con todas sus fuerzas, y á todos en general que no consumieran géneros británicos ni ninguno de los artículos que pagaran derecho. Además

resolvióse que se procediera al nombramiento de un numeroso comité que se encargara de elegir cinco individuos de la Cámara para representar á la colonia como delegados en el Congreso general del continente, y se diera conocimiento de esta disposicion á las demás colonias, invi-



Casa de Filadelfia don le se reunió el primer Congreso

tándolas á seguir su ejemplo. Fueron elegidos por Massachusetts Tomás Cushing, Samuel Adams, Roberto Treat Paine, Jaime Bowdoin y Juan Adams, los cuales debían reunirse en Filadelfia el 1.º de setiembre con los que nombraran las demás colonias.

Noticioso de esto el general Gage, envió á su secretario para que disolviese la Cámara; pero encontró la puerta cerrada y tuvo que contentarse con leer en la escalera la orden del gobernador en alta voz, retirándose luego.

Alas doce del día señalado para cerrar el puerto de Boston, todos abandonaron sus trabajos y quedó prohibida desde aquella hora la entrada de

los buques en la rada. Esta medida privaba á muchos ciudadanos de medios de subsistencia; pero todos se manifestaron dispuestos á resistirlo con la mayor entereza. Ratificóse el convenio de no importar ni admitir géneros ingleses, y todos los colonos formaron una solemne liga. Inmediatamente llovieron de todas partes las felicitaciones, las pruebas de simpatía y los ofrecimientos para socorrer á sus hermanos, y el gobierno inglés que se prometia fomentar una colision entre las colonias, se vió defraudado en sus esperanzas. Los habitantes de Salem, que se creía que habian de rogocijarse en secreto por las ventajas que pudiera reportarles aquella

medida, dirigieron una exposicion al general Gage, que puso á gran altura su patriotismo y generosos sentimientos. «Al cerrar el puerto de Boston, expusieron, creen algunos que las ventajas y beneficios del comercio serán todos para nosotros; pero nuestro puerto, por su posicion y su naturaleza, no nos permite ser rivales en este punto de nuestra colonia hermana, y aún cuando no fuese así, sería mostrarnos insensibles á toda idea de justicia, á todo sentimiento de humanidad, si pensáramos en apoderarnos de ajenas riquezas para levantarnos sobre las ruinas de nuestros desgraciados compañeros.» Los habitantes de Marblehead ofrecieron á los comerciantes de Boston sus muelles y almacenes para el embarque y desembarque de sus géneros. En la mayor parte de las ciudades se hicieron públicas manifestaciones de general sentimiento, la poblacion de Filadelfia sintióse dominada de profunda tristeza, y en Virginia se observó el día 1.º de junio el acordado ayuno con las debidas solemnidades.

Washington hace notar en su diario que cumplió puntualmente con todos los preceptos religiosos.

Después de esto recibíéronse en Boston el segundo y tercer decreto expedido por el Parlamento, y para aumentar la general ansiedad, se dispuso que pasara á aquella provincia un respetable cuerpo de tropas, que debía acuartelarse, según la órden que el gobernador recibiera. «De este modo, dice Bradford, la Carta que otorgaba á los colonos los derechos y privilegios mediante los cuales se libraron siempre de una tiranía sistemática, fué violada sin miramiento por la arbitraria voluntad de un ministerio favorito.»

Los ciudadanos que formaban parte de los comités, y otros que se distinguían por su actividad y firmeza de carácter, viéronse amenazados por los serviles instrumentos del despotismo; pero afortunadamente ni consiguieron intimidarles ni que decayera su aliento lo más mínimo, resueltos á jugar el todo por el todo con tal de poner en salvo sus sagrados derechos y caras libertades. El pueblo parecía que comprendiera instintivamente que el resultado final debía ser una encarnizada lucha, pues, según refiere Botta, no se oía por doquier más que el ruido de las armas, el eco de los añafles y el redoble de los tambores, notándose el deseo general de aprender el manejo de las armas y las evoluciones militares. Jóvenes y viejos, grandes y chicos, hasta las mujeres, compla-

ciáanse en aquellas belicosas escenas; los unos con el afán de instruirse y las otras con el anhelo de animar á sus compañeros y entusiastas defensores. Hacer balas y cartuchos llegó á ser la ocupacion diaria de todos, previéndose fácilmente á la vista de aquellos imponentes preparativos la proximidad de la guerra.

Las tropas acuarteladas en Boston recibieron muy pronto un respetable refuerzo, lo cual aumentó la cólera de aquellos habitantes, que llegó á su colmo cuando el general Gage dispuso que se estableciera una guardia en Boston-Neck con el objeto de impedir que se trasportasen armas de la ciudad al campo. No había día que no se promovieran cuestiones entre paisanos y soldados, y el pueblo parecía dispuesto á sublevarse á todas horas. Gage resolvió fortificar á Boston-Neck, y como si esto no bastara, envió un destacamento á Charleston para que se apoderase de cierta cantidad de pólvora allí almacenada. Esto acabó de exasperar al pueblo, y los habitantes de las comarcas vecinas corrieron á las armas, acordando reunirse todos en Cambridge, donde los jefes populares pudieron á duras penas impedir que se dirigieran á Boston para atacar á la guarnicion, si no se les devolvía la pólvora. Durante aquellos momentos de agitacion popular, circuló el rumor de que la guarnicion había roto el fuego, y no tardaron en acudir al supuesto campo de la lucha más de treinta mil hombres armados. Al ver que no era cierta la noticia, todos se retiraron tranquilamente; pero el general Gage debía comprender desde entónces que el pueblo no vacilaría en recurrir á las armas, si necesario fuese, para defender sus vidas y haciendas.

Puede decirse que el gobernador se hallaba materialmente bloqueado en Boston; el pueblo declaró que no reconocería ningun tribunal que no emanase de las antiguas leyes del país, y una junta popular administraba en realidad la provincia.

A pesar de la órden del Parlamento y de la circular del gobierno, prohibiendo las reuniones públicas, el condado de Suffolk, cuya capital era Boston, eligió sus diputados, á fin de que se pusieran de acuerdo respecto á la política que convendría adoptar en tales circunstancias. Los delegados expidieron varias circulares manifestando que constitucionalmente no se consideraban obligados á obedecer las últimas disposiciones del Parlamento, que el gobierno de la provincia quedaba de hecho destituido, y que todo el que se atreviese á desempeñar funcio-

nes oficiales con arreglo á los últimos decretos fuese declarado enemigo de la patria.

El día 5 de setiembre se reunió el Congreso continental en Filadelfia, donde se presentaron cincuenta y tres delegados de doce colonias, revestidos de varios poderes que expresaban las instrucciones de cada uno. El venerable Peyton Raudolph, de Virginia, fué elegido presidente, y Carlos Thompson, de Filadelfia, secretario.

«Reuniéronse por primera vez, dice Wirt, los hombres más eminentes de las diversas colonias, que sólo se conocían por su respectiva fama. La primera sesion fué solemne; pues el asunto de que iban á ocuparse era de la mayor importancia, puesto que se trataba de la libertad de tres millones de hombres y de la posteridad de todo un pueblo. No es de extrañar, por lo tanto, que para organizar el Congreso se procediese con la mayor prudencia y cautela, que fuese grande la ansiedad con que todos se miraban, y que todos sintiesen repugnancia de ser los primeros en abordar tan peligrosa empresa. Sin embargo, en medio del silencio que reinó al principio de la sesion, que ya se iba haciendo embarazoso, levantóse lentamente Henry, como agobiado bajo el peso de la tarea que iba á emprender, y después de pronunciar un brillante y conmovedor exordio, en el que declaró que no se hallaba con fuerzas suficientes para llevar á cabo su cometido, fué extendiéndose gradualmente, recitando la historia y la situacion de las colonias, y elevándose luego con la grandeza del asunto y la majestad del acto que reunía á tantos hombres ilustres, terminó su discurso... Y sentóse entre los murmullos de admiradores y los aplausos de la concurrencia que, así como ántes le proclamaba el más grande orador de Virginia, reconocíale como el primero de América (1).

Para revestir de más solemnidad los actos del Congreso, se acordó que al abrirse las sesiones se rezara el oficio divino, y al efecto se propuso que fuese invitado el reverendo Jacobo Duché, rector de la iglesia de Filadelfia. Este oficio según el rito de la Iglesia Episcopal, distinguiéndose entre los concurrentes á Jorge Washington, que oró con la mayor devocion y religioso recogimiento.

Juan Adams describe gráficamente aquella escena, en una carta dirigida á su esposa, en la cual, después de decir que el reverendo Du-

ché apareció revestido de pontifical, añade: «Cuando aquel santo varon hubo recitado varias oraciones, leyó el Salmo 35. Ya recordaréis que esto fué al día siguiente de circular el rumor de haberse roto el fuego en Boston. Nunca he visto escena semejante ni más imponente, y no parecía sino que el Salmo se hubiese escrito expresamente para aquella ocasion. Después del acto el reverendo Duché recitó otras oraciones que nadie esperaba y que cautivaron á todos, pues el mismo doctor Cooper, aunque es episcopal, nunca oró con tanto fervor. El efecto producido en la Asamblea no podía ser más sublime y profundo, y os ruego que leáis el Salmo de que os hablo. El reverendo Duché es uno de los hombres más amables é ingeniosos que conozco y uno de los primeros oradores del continente, sin dejar de ser un amigo celoso de las libertades de su país.»

Uno de los primeros actos del Congreso fué proceder al nombramiento de un comité compuesto de dos individuos de cada colonia, que se encargara de examinar cuáles eran sus derechos y en qué casos se habían violado, designando los medios que convendría adoptar para su restablecimiento. Seguidamente se acordó por unanimidad publicar una *Declaracion de los derechos coloniales*. Dickinson y Jefferson, diputados, el uno por Pensilvania y el otro por Virginia, formaron parte de la comision encargada de redactarla, y el mismo Jefferson nos dice en sus memorias (2): «Preparé un proyecto de declaracion; pero el señor Dickinson, que alimentaba esperanzas de reconciliarse con la metrópoli y no quería usar palabras ofensivas, lo juzgó muy fuerte. Era hombre tan apreciado y tan hábil, que hasta los que no compartían sus escrúpulos le consideraban mucho. Le rogamos que se llevase el proyecto y lo rehiciese, lo cual ejecutó, no conservando del primero sino los cuatro últimos párrafos y la mitad del párrafo precedente. En seguida lo aprobamos y comunicamos al Congreso, el cual lo adoptó, dando así evidente prueba de su aprecio al señor Dickinson y de sus vivísimos deseos de no marchar de un modo que se creyese precipitado por una de las respetables fracciones de la Asamblea.» La humildad del proyecto disgustaba á los más, y muchos lo votaron por consideracion al señor Dickinson. En seguida, aunque cualquier observacion era ir-

(1) Vida de Patricio Henry, pág. 124.

(2) Jefferson, *Memoirs and correspondance*, tomo I, págs. 9 y 10.—Londres, 1829.

regular, no pudo ménos de levantarse y manifestar su satisfacción, concluyendo: Una sola palabra desapruebo en este escrito, señor presidente, y es la palabra congreso. Y yo, señor presidente, no apruebo en ese escrito más que una sola palabra, la de congreso, dijo Benjamin Harrison poniéndose en pié.

Tan buena armonía, en medio de tanta libertad, no supone una prudencia pasajera ni el feliz resultado del primer entusiasmo; por espacio de diez años, mientras duró la gran lucha,



Jorge III de Inglaterra

los hombres más diferentes del partido nacional, jóvenes y viejos, exaltados y moderados, obraron siempre de acuerdo, los unos bastante prudentes y los otros bastante firmes para impedir todo rompimiento. Y cuando al cabo de cuarenta y seis años, después de haber asistido al nacimiento y á la violenta lucha de los partidos engendrados por la libertad Americana, Jefferson, jefe del partido vencedor, escribía sus Memorias, no sin un sentimiento mezclado de placer y de dolor, encontraba en aquella época ejemplos de moderación y de justicia.

Los hombres dotados de sentimiento y de virtud consideran acto gravísimo la insurrección, el trastorno del orden establecido y la fundación de otro nuevo, observa un historiador profundo. Los más previsores no aprecian

toda su importancia; los más resueltos temblarían si conociesen todo su peligro. La independencia no era el designio premeditado ni siquiera el deseo de las colonias americanas; algunas inteligencias penetrantes ó ardientes la presentaban ó la anhelaban al terminarse la resistencia legal; el pueblo americano no aspiraba á ella ni impulsaba á sus jefes por ese camino. «A pesar de vuestra decantada lealtad, decía á Franklin en 1759 Pratt, que luego fué el ilustre lord Camden, á pesar de vuestro decantado afecto á Inglaterra, sé muy bien que un día rompéis los lazos que á ella os unen, y desplegaréis la bandera de la independencia.» «No existe ninguna idea de tal magnitud, contestó Franklin, ni jamás se ocurrirá á los americanos, si vosotros no los maltratais escandalosamente.» «Es verdad, dijo Pratt, y precisamente es esa una de las causas que preveo han de producir tal acontecimiento (1).»

No andaba equivocado lord Camden: la América inglesa se vió escandalosamente maltratada; y no obstante, un año apenas antes de la declaración de la independencia, y cuando era ya inevitable, Washington escribió al capitán Mackenzia (2): «Os hacen creer que el pueblo de Massachusetts es un pueblo de rebeldes que se han insurreccionado para conquistar su independencia. Permitid que os diga, querido amigo, que estais engañado. Puedo aseguraros que la independencia no es el deseo ni el interés de esta colonia ni de ninguna otra de Tierra firme, separada ó colectivamente. Pero al mismo tiempo podeis estar seguro de que ninguna de ellas tolerará jamás la pérdida de los privilegios y preciosos derechos que son esencialmente necesarios á la felicidad de todo Estado libre, y sin los cuales la libertad, la propiedad y la vida no pueden estar seguras.» «Creed que no existe en todo el imperio británico un hombre que desee más cordialmente que yo la unión con la Gran Bretaña, escribía también por aquel tiempo Jefferson á Randolph (3); pero, por el Dios que me creó, os juro que moriré antes que aceptar esta unión con las condiciones propuestas por el Parlamento, y en esta parte creo expresar los sentimientos de toda la América. No nos faltan motivos ni medios para declarar y sostener nuestra separación. Sólo nos falta la voluntad, y ésta va creciendo poco á poco con la conducta de nuestro monarca.»

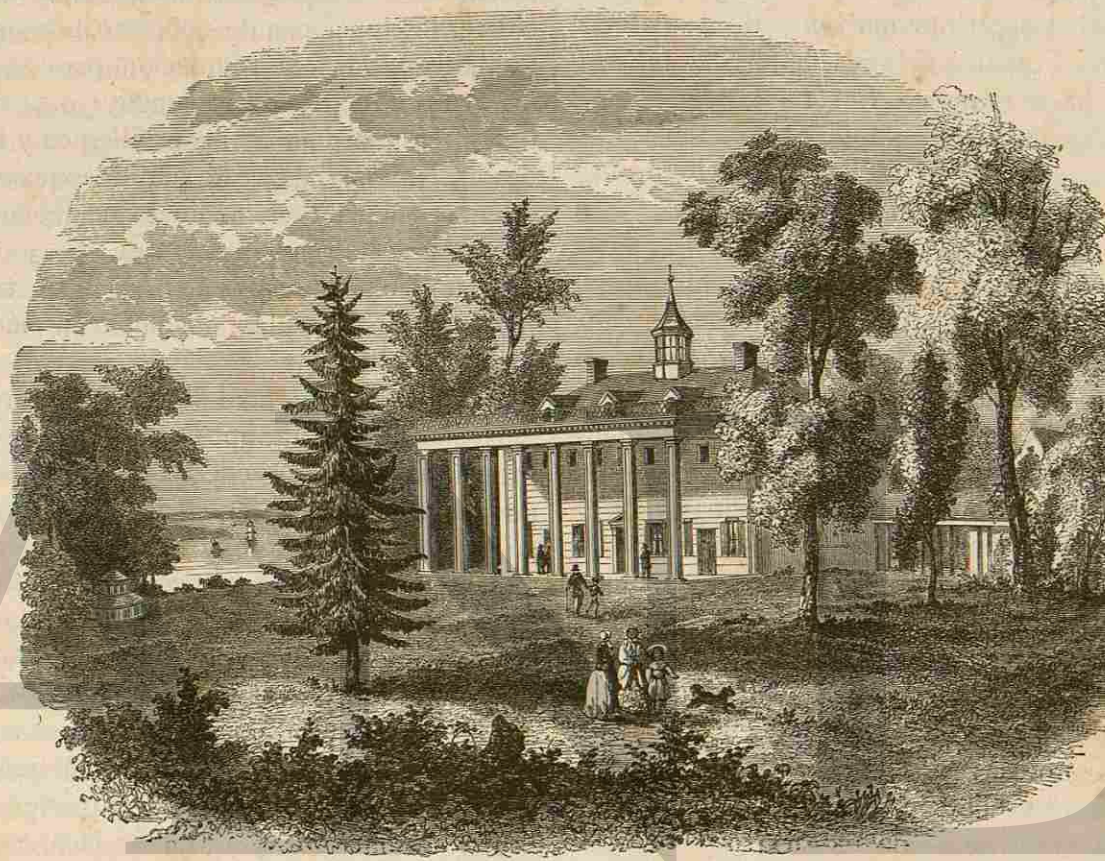
(1) Writings, tomo II, pág. 496.

(2) Writings, tomo II, pág. 100.

(3) Jefferson, tomo I, pág. 153.

Jorge III, comprometido é irritado, sostenía y hasta excitaba á la lucha á los ministros y al Parlamento. En vano le llegaban nuevas peticiones, siempre leales y respetuosas; inútilmente se pronunciaba y recomendaba á Dios su nombre, según costumbre, en las solemnidades religiosas: no se cuidaba ni de las súplicas que se le dirigían ni de las que se hacían por él al cielo, y la guerra continuaba de orden suya, sin habilidad, sin esfuerzo eficaz ni bien combinado, sino con la dura y orgullosa obstinación que

destruye en los corazones el afecto y la esperanza. Había llegado el día en que el gobierno perdiera el derecho á la fidelidad, y nacía para los pueblos el de protegerse por sí mismos con la fuerza, no hallando ya en el orden establecido ni seguridad ni apoyo: día formidable é ignorado, que ninguna ciencia humana puede prever, ninguna humana constitución regularizar, y que sin embargo está marcado por superior voluntad y providencial designio. Si estuviese completamente vedada la prueba que entónces



Residencia de Washington en Mount Vernon

comienza, si desde el punto misterioso en que se encuentra no pesara ese gran derecho sobre la cabeza de los gobiernos mismos que lo niegan, el género humano, uncido al yugo de una fatalidad inexorable y una inquebrantable tiranía, hubiera perdido hace mucho tiempo toda dignidad, y ni la esperanza quedara de felicidad posible.

Agregábase, como condición esencial, á la legitimidad de la insurrección de las colonias inglesas, la razonable presunción de un buen éxito. Ningun entendimiento vigoroso dirigía á la sazón la política de la Gran Bretaña; el ministerio de lord North era en todos conceptos una evidente medianía, y el único varón de

talla del país, lord Chatham, formaba en la oposición.

La época de la gran tiranía había terminado. La devastación general y sistemática que poco antes, en el corazón mismo de Europa, habían sufrido los holandeses por una causa igualmente justa, las proscripciones, las crueldades militares y judiciales, no podían tolerarse por los espectadores de la lucha americana. En el seno mismo del Parlamento británico hubo oradores elocuentes apoyados por un partido poderoso, que hablaron en favor de las colonias y de los derechos. No era posible que Europa contemplara con indiferencia tal lucha. Dos grandes potencias, Francia y España, tenían recientes

injurias y graves pérdidas que vengar contra Inglaterra en la misma América. Dos potencias de nueva grandeza, Rusia y Prusia, manifestaban hacia los principios liberales un afecto algo altivo, pero inteligente, y mostrábase dispuestas á aprovechar aquella ocasion para desacreditar ó perjudicar en nombre de la libertad á la Gran Bretaña. Una república gloriosa y temida poco ántes, rica y respetada todavía, Holanda, no podía ménos de prestar á América sus capitales y su crédito contra una antigua rival. Y finalmente, todas las potencias de órden inferior, á quienes por su posición era perjudicial y odioso el despotismo marítimo de Inglaterra, Nápoles, Toscana, Génova, habian de experimentar hacia el nuevo Estado americano una benevolencia, tímida quizás y sin inmediato resultado, pero útil y consoladora por lo pronto, eficaz y provechosa más tarde.

Por una rara fortuna, todo concurría á favorecer la insurreccion de aquellas colonias. Justa era su causa, grande su fuerza, morales y prudentes sus disposiciones. En el propio suelo, las leyes y costumbres, los hechos antiguos y las ideas modernas, se ponian de acuerdo para sostenerlas y animarlas en su vasto plan; preparábanse en Europa grandes aliados á apoyarlas; en los mismos Consejos de la metrópoli enemiga contaban con poderosos atletas; nunca habia obtenido tanto favor el derecho nuevo y disputado, ni habia empezado la lucha con tantas probabilidades de un feliz éxito. No obstante, muchos obstáculos habia de encontrar tan grande empresa; muchos sufrimientos habia de imponer á los encargados de realizarla, y muchos esfuerzos habia de exigir para llevarla á cabo.

El Congreso dispuso que se estableciera un convenio mediante el cual se interrumpiesen las relaciones comerciales con Inglaterra, recomendando eficazmente á los colonos el más estricto cumplimiento de tan importante compromiso. Al propio tiempo acordóse que se publicaran los nombres de los que no se adhiriesen al proyecto, declarándoles enemigos de la patria, y se propuso á petición de muchos la abolicion del comercio de esclavos, como perjudicial y ofensivo para los intereses de América.

Curtis observa que «por las relaciones que mediaron entre el primer Congreso y las colonias que lo instituyeron, no puede decirse que tuviera el carácter de gobierno, toda vez que sus miembros no fueron elegidos con el propósito de promover una revolucion. Aquella Asamblea

se estableció por mutuo convenio de las colonias, que, teniendo graves motivos de queja contra la metrópoli, consideraron esencial y necesario para sus intereses el formar causa comun entre sí, á fin de obtener la debida justicia. Los colonos, en general, no tenian intencion de proclamarse independientes, pues todos sus procedimientos desde el principio de la contienda hasta la eleccion de los delegados del primer Congreso, prueban que sólo deseaban el restablecimiento de sus derechos, considerados por todos como la parte esencial de la Constitucion británica. Y aunque este Congreso no trató de ejercer las funciones de gobierno, ni se propuso tampoco apelar á la revolucion para remediar los males de los colonos, constituyóse, sin embargo, en guardian de los privilegios y libertades de América, y en este sentido expuso cuáles eran las quejas y las medidas que debian adoptarse para la rehabilitacion de sus derechos. Aunque dichas medidas no fuesen directamente revolucionarias, tenian, sin embargo, cierta tendencia á serlo (1).»

Las medidas adoptadas por el Congreso no dejaron de encontrar oposicion en muchos hombres influyentes y poderosos que tenian sus dudas acerca de la legalidad de los procedimientos, y temian al propio tiempo romper abiertamente con la metrópoli, con cuyo motivo dice Mr. Guizot: «Allí se encontraron hombres de muy distintas opiniones, y mientras unos profesaban el mayor respeto y afecto á la madre patria, sentíanse otros arrastrados por su amor á la nacion americana, que gradualmente iba engrandeciéndose á sus ojos. Los primeros mostrábanse inquietos y recelosos, los segundos atrevidos y confiados; pero dominaba en todos el mismo sentimiento de dignidad, lo cual daba lugar á una mezcla de encontradas ideas que sin embargo no ocasionó ninguna division entre ellos. Por el contrario, respetábanse mutuamente, y discutian el gran asunto del país con la mayor integridad, con ese espíritu de deferencia y justicia que por lo general siempre aseguran el éxito.»

Despues de haber estado reunido por espacio de cincuenta y un dias, el Congreso suspendió sus sesiones, quedando enteramente discutidos los puntos más interesantes.

No se puede saber la parte que tomó Washington en aquellos debates; pero no cabe duda que hubo de distinguirse y ejercer poderosa

(1) Curtis, *Historia de la Constitucion*, tomo I, págs. 17-20.

influencia, á juzgar por las sintéticas y elocuentes frases de uno de sus eminentes compañeros. Dícese que habiéndose preguntado á Patricio Henry al salir del Congreso, cuál era el hombre más notable de aquella Asamblea, respondió: «Si se trata de elocuencia, el más eminente orador es el señor Rudledge, de la Carolina del Sud; pero si se trata de conocimiento sólido de las cosas y de sano juicio, incontestablemente es el coronel Washington (1).»

Sin contar la elocuencia, aún faltaban á Washington aquellas brillantes dotes extraordinarias que arrebatan la imaginacion. No era de esos genios ardientes, ansiosos de manifestarse, arrastrados por la grandeza de su idea ó de su pasión, que esparcen en torno suyo los tesoros de su naturaleza. Aquella alma tan firme, aquel corazón tan noble y elevado, era profundamente modesto y triste. Capaz de los más ilustres destinos, hubiera permanecido ignorado, sin importársele de ello, hallando en el cultivo del campo la satisfaccion de sus facultades, que debian bastar para el mando de los ejércitos y la fundacion de tan grande y poderoso Estado.

Cuando se presentó la ocasion y la necesidad, sin esfuerzo alguno por su parte, ni maravilla por la de los demás, ántes bien segun se esperaba, encontróse en el sabio plantador un grande hombre. Poseia en grado eminente las dos cualidades que en la vida activa hacen al hombre capaz de grandes cosas; confianza firme de su opinion, y resolucion para obrar de conformidad con esta, sin temor de incurrir en responsabilidad alguna.

La conducta débil proviene, sobre todo, de débiles convicciones; porque el hombre obra, más que por otros motivos, por impulso de sus ideas y sus sentimientos. Tan pronto como estalló la guerra, Washington se convenció de que la causa de su país era justa, y que por lo tanto no podia faltarle un feliz éxito.

Despues del primer Congreso, los asuntos de Massachusetts fueron complicándose más por momentos. A pesar de la prohibicion del general Gage, reuniéronse los representantes, y acordaron constituir un Congreso provincial que debia congregarse en Concord. Elegido presidente Hancock, envióse una manifestacion á Gage, reprobando sus últimas disposiciones y pidiendo que dejara de fortificar á Boston Neck. Contestó que era necesario para la seguridad

(1) Sparks, *Washington's Life*, tomo I, págs. 107 y 152.

de las tropas, y que el modo de proceder de los individuos de la Cámara era ilegal. Estos, despreciando semejante observacion, resolvieron organizar un comité con el encargo de trazar un plan para la defensa de la provincia, y alistar cierto número de ciudadanos que pudieran empuñar las armas cuando lo exigiesen las circunstancias. Pocas semanas despues se dispuso la organizacion de un cuerpo de doce mil hombres, convenientemente armados y equipados, y se invitó á las colonias de New-Hampshire, Rhode-Island y Connecticut á que prestaran su ayuda.

«Los sucesos de aquella época, observa Ramsay, podrán trasmitirse á la posteridad; pero la agitacion popular no es fácil que se describa sino por los que la presenciaron.» Y Botta se expresa al dar á conocer la situacion de Boston durante aquel período, en los siguientes términos: «La guarnicion era formidable, las fortificaciones imponentes, y poca esperanza quedaba al pueblo de eludir la dominacion británica; pues ni aun tenia el medio de huir por mar, toda vez que el puerto se hallaba bloqueado por una escuadra. Estrechados entre una irridada soldadesca, los habitantes de Boston se vieron expuestos á todos los insultos y ultrajes que podian esperarse, y la ciudad llegó á ser para ellos una prision guardada por los jefes británicos. Esto sólo bastaba para impedir las operaciones militares proyectadas por los americanos; pero no dejaron de proponerse varios medios para salir de tan embarazosa situacion, los cuales, si no prueban gran prudencia, demuestran al ménos una obstinacion poco común. Algunos fueron de parecer que todos los habitantes abandonaran la ciudad y se refugiasen en otros puntos donde se les socorriera; pero este designio era impracticable, puesto que dependia del general Gage su ejecucion. Otros recomendaron que se elevasen las casas y los efectos pertenecientes á los habitantes, que se pegara fuego á la ciudad, y que se exigiese luégo el reembolso al tesoro público; pero este proyecto pareció á todos muy difícil si no imposible de ejecutar. Muchos habitantes, sin embargo, salieron de Boston secretamente, retirándose al interior del país: unos, disgustados por aquella especie de cautividad, otros temiendo las próximas hostilidades, y no pocos por evadir un interrogatorio acerca de los actos del pueblo; mas un considerable número de ciudadanos prefirió permanecer resueltamente en su puesto y arrostrar todas las consecuencias. Los solda-

dos de la guarnición, cansados de su largo destierro, deseaban acabar de una vez y expulsar á los rebeldes, que interceptaban sus víveres, y á los cuales despreciaban en alto grado, y los habitantes de Massachusetts, por su parte, indignábanse al pensar que las tropas les creían cobardes, por lo cual ansiaban probarles lo contrario, tomando una ruidosa venganza.»

Todos aprobaron calurosamente las medidas tomadas por el Congreso, y cada uno de por sí empezó á prepararse por lo que pudiera suceder, resuelto á no cejar ni en el último trance. «La idea dominante de los americanos, decía Warren en una carta que escribió á Josías Quincy (1), es conservar la libertad, aunque sea á costa de su vida; su resolución no es el resultado de una loca temeridad, sino el de una firme convicción, y estoy persuadido de que en ningún pueblo de los que existen sobre la tierra se difundió nunca tan universalmente el espíritu de libertad como en la América del Norte.»

El gabinete inglés, engañado por las manifestaciones de los *tories*, y creído de que la aristocracia, así como la numerosa secta de los cuáqueros y el clero episcopal se declararían en favor de Inglaterra, supuso que las medidas coercitivas habían de bastar para someter á los americanos; y en este concepto el monarca anunció su resolución de hacer que se respetara en todos sus dominios la suprema autoridad del Parlamento. Éste reunióse el 20 de enero de 1775, y aquel mismo día presentó lord Chatham una proposición en la Cámara de los Lores, para que se elevase á S. M. una solicitud suplicando se dignase expedir al general Gage las oportunas órdenes para que se retirasen las tropas de Boston, y se calmaran de este modo los ánimos, evitando en aquella ciudad una fatal catástrofe, que pudiera ocasionar peligrosas consecuencias. A pesar de los esfuerzos de aquel elocuente abogado de la verdad y la justicia, fué desestimada la proposición, de la misma manera que la solicitud presentada pocos días después á la Cámara, por Franklin, Lee y Bollen, que se encontraban de agentes de las colonias, alegando que los americanos se quejaban de supuestas vejaciones y mentidos atropellos.

El 10 de febrero lord North presentó un *bill* restringiendo el comercio de todas las colonias representadas en el Congreso de Filadelfia, excepto Nueva-York y la Carolina del Norte, y prohibiendo que se establecieran pes-

(1) *Memorias de la vida de Josías Quincy*, pág. 205.

querías en los bancos de Terranova y otros puntos, por un tiempo limitado.

Los americanos procuraban entre tanto aprovechar el tiempo, insistiendo en sus legítimos propósitos. El 1.º de febrero reunióse el Congreso provincial de Massachusetts, y después de suspender sus sesiones en Cambridge, para reanudarlas en Concord, acordó adoptar las medidas más convenientes para oponer una vigorosa resistencia, y excitó á la milicia á que procurase sin tregua imponerse de la instrucción militar, recomendando al propio tiempo la construcción de armas de fuego, y que el pueblo se abstuviera de facilitar á las tropas nada de cuanto fuese necesario para la guerra. La junta de salvación se encargó por su parte de comprar pólvora, cañones y otros efectos indispensables, que se depositarian en Concord y Worcester.

En vista de esto el general Gage envió al coronel Leslie con un destacamento para que se apoderase de unos almacenes de efectos y pertrechos de guerra que supo tenían en Salem los colonos; pero no encontrando allí nada, marcharon aquellas tropas inmediatamente á Danvers, á donde acababan de trasladarse dichos acopios. Los colonos se empeñaron en interceptar el paso á aquella fuerza; pero gracias á la intervención de Bernard, individuo del Congreso de Salem, pudo evitarse el derramamiento de sangre, aunque este hecho sirvió para aumentar la irritación del pueblo.

El 20 de marzo reunióse en Richman la Junta de Virginia y discutiéronse y aprobaron con la mayor actividad todos los proyectos. Washington, que era uno de los delegados, contribuyó en primer término á dar animación á las sesiones, comunicando á todos los acuerdos el espíritu patriótico de que se hallaba poseído. Patrio Fleury propuso que se armase y disciplinara la milicia de la colonia, á lo cual se opusieron muchos de los individuos y hombres notables de Virginia, esperanzados de que aún podría conseguirse la reconciliación con la metrópoli; pero aquel ilustre ciudadano rebatió cuantos argumentos se adujeron en contra de su proposición, concluyendo, con la impetuosidad de su elocuencia: «¡Ya no queda esperanza alguna! ¡Es preciso luchar! Lo repito, señores, ¡no queda otro recurso que la lucha; sólo debemos apelar á Dios y á las armas!» La proposición fué aprobada hasta por el mismo Washington, que ya no confiaba en ningún arreglo posible. Pocos días después Washington escribió una carta á

su hermano manifestándole que estaba resuelto á sacrificar su vida y hacienda á la causa de la patria, que no podía menos de considerar santa y justa.

El general Gage, despechado por el mal éxito que obtuvo la expedición á Salem y Danvers, y noticioso de que los americanos tenían almacenados una porción de pertrechos de guerra en Concord, distante unas diez y seis millas de Boston, decidió enviar secretamente otro fuerte destacamento para que se apoderase de aquellos efectos. A favor de las sombras de la noche pusieronse en marcha con la mayor cautela ochocientos hombres, de lo más escogido del ejército, al mando del teniente coronel Smith y el mayor Pitcairn. Inútilmente creían que habían de encontrar á los colonos desprevenidos; éstos estaban siempre alerta, y por otra parte no les faltaron amigos que se apercibieron del proyecto, á pesar del secreto con que se procuró ocultar, y diéronles pronto y detallado aviso. Sin tardanza salieron mensajeros en todas direcciones, que fueron transmitiendo la noticia, y pronto el toque de campanas y los tiros de mosquete dieron á conocer á los expedicionarios que su cautela había sido inútil y que la alarma iba cundiendo por todo el país. Sin embargo, prosiguieron su marcha, y el 17 de abril llegaron á Lexington entre cuatro y cinco de la madrugada. Hallábanse cerca del camino unos sesenta hombres de la milicia ciudadana; mas comprendiendo que con tan poca fuerza fuera vana temeridad cuanto intentasen, se abstuvieron de hacer la menor demostración de resistencia. No fué esto bastante para contener al mayor Pitcairn, que avanzaba con la infantería ligera, el cual se adelantó gritando: «¡Dispersaos, rebeldes! ¡dispersaos y arrojad las armas!» Y como los colonos tardasen en obedecer, dió algunos pasos más, descargó su pistola, y tiró de la espada, haciendo inmediatamente fuego sus soldados. Cayeron algunos milicianos, y dispersáronse los restantes; mas al ver que los ingleses les seguían tirando, algunos de los fugitivos les contestaron.

No tardó en llegar la demás fuerza, al mando del teniente coronel Smith, al punto de la refriega, y dirigiéndose á Concord, penetraron reunidos en la ciudad, destruyeron dos piezas de artillería y cierto número de ruedas y cureñas, y arrojaron al río todo el material de guerra que encontraron.

Se había derramado sangre, y tan grave hecho no podía quedar impune. Los indignados

colonos corrieron en busca de refuerzos, y muy pronto viéronse llegar, capitaneados por el mayor Butrick, de Concord. Éste ordenó á su gente que avanzara, é ignorando lo que acababa de pasar en Lexington, encargó que no se hiciera fuego mientras no tomaran la ofensiva los ingleses. Poco tuvieron que esperar; pues viendo que los milicianos avanzaban, los soldados hicieron una descarga. Los colonos contestaron resueltamente, y entablóse una reñida escaramuza, resultando por ambas partes varios muertos.

Conseguido el objeto principal de la expedición, las tropas emprendieron la retirada. Difícil había de ser; la sangre vertida pedía venganza. Pronto viéronse acudir de todas partes valientes ciudadanos que no cesaban de hostilizarles con nutridas descargas de mosquetería.

Noticioso el general Gage de que todos los colonos corrían á las armas, destacó novecientos hombres más con dos piezas de artillería al mando de lord Percy, para proteger á los expedicionarios, á quienes encontraron en Lexington en el mayor apuro. No había tiempo que perder; los americanos iban engrosando de tal modo, que podía ser desastrosa la menor tardanza. Cuando los ingleses emprendieron la marcha, se renovó el ataque, y con dificultad pudieron continuar la retirada bajo el incesante fuego del enemigo, al cual apenas consiguieron mantener á respetuosa distancia, merced á la artillería.

Concedores del país y guiados por su patriótico entusiasmo, sin jefe ni orden alguno, pero unidos á la vez y obedeciendo á los sagrados deberes de una santa causa, los americanos corrían de un punto á otro, situándose convenientemente para herir con la menor exposición posible, sin dejar al enemigo un solo momento de reposo. Muchos, cansados de la persecución, se retiraban; pero al instante veíanse reemplazados por otros, que entraban de refresco, ansiosos de vengar á sus hermanos; de modo que aunque sólo unos quinientos hombres tomaban parte en la lucha, continuábase sin tregua, hasta que por fin consiguieron los ingleses llegar al anochecer á Bunker's Hill, extenuados de fatiga y faltos de municiones, á pesar del gran acopio que hicieron por la mañana. Los ingleses tuvieron sesenta y cinco muertos, ciento ochenta heridos y veintiocho prisioneros. Las pérdidas de los americanos ascendieron á cincuenta muertos y treinta y cuatro heridos (1).

(1) Lardner, *Historia de los Estados-Unidos*, tom. I, pág. 124.

Washington decía poco después en una carta que las tropas británicas no tuvieron más remedio que retroceder ante el pueblo de Massachusetts, y añadía en el último párrafo: «Si la retirada no se hubiera hecho tan aceleradamente, y Dios sabe que no pudo ser más precipitada, las tropas reales habrían tenido que rendirse, para no verse completamente destruidas.»

Los sucesos de Lexington acabaron de exasperar á las indignadas colonias, y de todas partes acudieron voluntarios, ansiosos de tomar venganza, que recorrieron el campo de la lucha. Como intentara lord Dunmore imitar la conducta del general Gage, levantóse en masa toda la Virginia. En Nueva-York, Filadelfia y toda la parte del Sud, el espíritu popular era el mismo que el de los ciudadanos de Massachusetts. Todos unánimemente convenían en que una vez desenvainado el acero, con él debía dirimirse la contienda.

«Es muy doloroso, decía Washington en una carta que escribió á Fairfax, hablándole sobre los acontecimientos de Lexington, pensar en la lucha fratricida que ha presenciado nuestro país, tanto más si se reflexiona que las tranquilas llanuras de América han de verse en lo sucesivo cubiertas de sangre ó habitadas por esclavos. ¡Triste alternativa! Pero ¿puede un hombre virtuoso vacilar en la cuestión?» Aquel grande hombre, dotado de una recta conciencia, poseído de un espíritu de justicia superior, animado del más ardiente amor á la patria, pero incapaz de dejarse arrastrar por la indigna parcialidad que rebaja el valor individual, había seguido con profunda atención todos cuantos sucesos hemos creído conveniente detallar á grandes rasgos para más exacta idea del estado en que se encontraban aquellas colonias y los abusos, arbitrariedades, injurias y vejámenes que precedieron á su rebelión, y no podía dejar de reconocer la santidad de su causa y la enorme injusticia de la usurpadora metrópoli. No debía, pues, vacilar en adoptar el partido que su conciencia, su criterio, su corazón, su honor le designaban como el más digno, más grande, más augusto. No se debía á sí, á sus particulares intereses, á su familia; debía á la gran familia americana, á su país, al destino que le tenía designado para representar tan glorioso papel, para realizar la grande obra que había de inmortalizarle. Tal vez, en medio de su modestia y de su decidido amor al retiro, sentía en su corazón el noble latido que le anunciaba

los prodigiosos hechos que estaba llamado á cumplir; tal vez ardía en su cerebro la luminosa idea de su futura gloria; tal vez sentía el presentimiento de que era el único capaz de labrar la felicidad de su patria. Los grandes genios se revelan á sí mismos por misteriosa intuición.

El Congreso de Massachusetts puso sin dilación en conocimiento de Inglaterra que la agresión había partido de las tropas británicas, exponiendo al monarca «que apelaban al cielo para la justicia de su causa, y que estaban resueltos á morir ó ser libres.» Inmediatamente el pueblo se apoderó de los fuertes, arsenales y almacenes, reuniéronse fuerzas, y se hizo una emisión de papel. Un cuerpo de veinte mil hombres sitió la ciudad de Boston, y Ward fué nombrado capitán general de las milicias procedentes de las vecinas colonias, que se hallaban resueltas á defender á Massachusetts.

Hombres atrevidos, como Alen y Arnold, forjaron el plan de apoderarse de Ticonderoga y Crown Point, como lo consiguieron por sorpresa, con lo cual se hicieron dueños de doscientas piezas de artillería y una gran cantidad de pólvora. Con esto se posesionaron de los lagos Jorge y Champlain, y quedó expedito el camino del Canadá.

El 10 de mayo reunióse en Filadelfia el segundo Congreso continental. La situación era mucho más difícil y comprometida: en el primer Congreso sólo era la guerra una probabilidad, y no viéndose tan cercano el peligro y las vicisitudes á que había de dar origen, había de ser tanto mayor el entusiasmo cuanto menor fuera el miedo y más lejana apareciera la desagradable perspectiva de los compromisos que tuvieran necesidad de contraer; pero en aquel segundo Congreso la guerra era un hecho, y una vez comenzada, hacía preciso continuarla con vigor, exigiendo obligaciones y sacrificios, que tal vez no todos se hallaran dispuestos á soportar. Podíase esperar que algunos se enfriaran ante tal aspecto; que otros se mantuvieran quietos en la esperanza de que la Inglaterra accediese por fin á sus peticiones; quiénes quisieran permanecer fieles á la monarquía y se declararan partidarios de la causa del rey; quiénes, pasado el primer impulso, recordaran la vida tranquila y las apacibles horas de otros mejores días y depusieran su odio á la tiranía para implorar la clemencia del que abusando de su poderío creíase con derecho á erigirse en su señor, y quiénes se mantuvieran en el retraimiento, desconfiando de la aptitud y nece-

sarias condiciones para la guerra, de un pueblo esencialmente comercial y agricultor. Difícil tarea era, pues, la de aquel Congreso si había de tomar las convenientes medidas para mantener el celo y la energía populares, y esforzarse á fin de que sus procedimientos ejercieran la misma influencia que ántes en la pública opinión. El estado en que se encontraban las cosas exigía que con la mayor urgencia se estableciese una buena disciplina, se buscara dinero, se proveyeran de armas y pertrechos de guerra, se atendiese sobre todo al socorro de los que lo necesitaran, y se pusieran en inteligencia con las tribus indias, á fin de evitar que los ingleses les indujeran á tomar parte en la guerra en favor suyo, por medio de ofertas más ventajosas. Con tal motivo, el Congreso resolvió hacer uso de toda su autoridad, y al efecto acordó unánimemente que se reuniesen fuerzas sin tardanza, se construyeran fuertes en varios puntos, se acopiaran armas y demás pertrechos, y para atender á todos cuantos gastos se ocasionaran, votóse una emisión de papel moneda con la inscripción de LAS COLONIAS UNIDAS.

La Junta de Massachusetts pidió al Congreso que se encargara de las fuerzas situadas delante de Boston, y en su consecuencia, acordóse que se organizaran diez compañías de tiradores de Pensilvania, Maryland y Virginia, y se pagaran de los fondos públicos.

Igualmente se dispuso que se procediera á la formación de comités encargados de proponer los medios más convenientes para la defensa del país, y tal confianza se tenía en los conocimientos, pericia y demás aptitudes de Washington, que se le nombró presidente de todas estas especiales comisiones. Nuestro héroe aceptó gustoso el arduo y comprometido cargo, por más que aún fueran sus mayores deseos que se arreglara amistosamente la desagradable excisión con la metrópoli, convencido del todo de que ya era inevitable la lucha.

El pueblo de Nueva-York reunióse á fines de abril en junta, y nombró delegados para que le representasen en el Congreso, al cual consultó poco después acerca de la conducta que había de observar con las tropas que se esperaban de Inglaterra. El Congreso contestó que se vigilara y se procediese con la mayor actividad, rechazando, si fuese necesario, la fuerza con la fuerza.

En tales circunstancias el problema más difícil y delicado que había de resolverse era el nombramiento de un jefe para el ejército conti-

ental. Varios podían con justo motivo aspirar á tan distinguido honor, y por lo mismo no faltaron envidias y ambiciones difíciles de satisfacer; pero además de las indispensables condiciones, era de suma importancia que el elegido fuera aceptable para todas las colonias, lo cual hacía mucho más dificultosa la solución. El asunto se debatió entre los individuos del Congreso con el más vivo interés; y si bien desde el primer momento pareció á todos que la persona indicada era Washington, como había otros más antiguos en la carrera militar, ocurrió la duda de si sería bien recibido el nombramiento. Por otra parte la importancia de Virginia en aquellas circunstancias y la necesidad de hacer todo lo posible para conservar el ardiente patriotismo de aquella aristocracia, exigía en cierto modo que se nombrase un jefe de aquella colonia, por todo lo cual el 15 de junio Johnson, de Maryland, propuso á Washington, y quedó elegido por unanimidad.

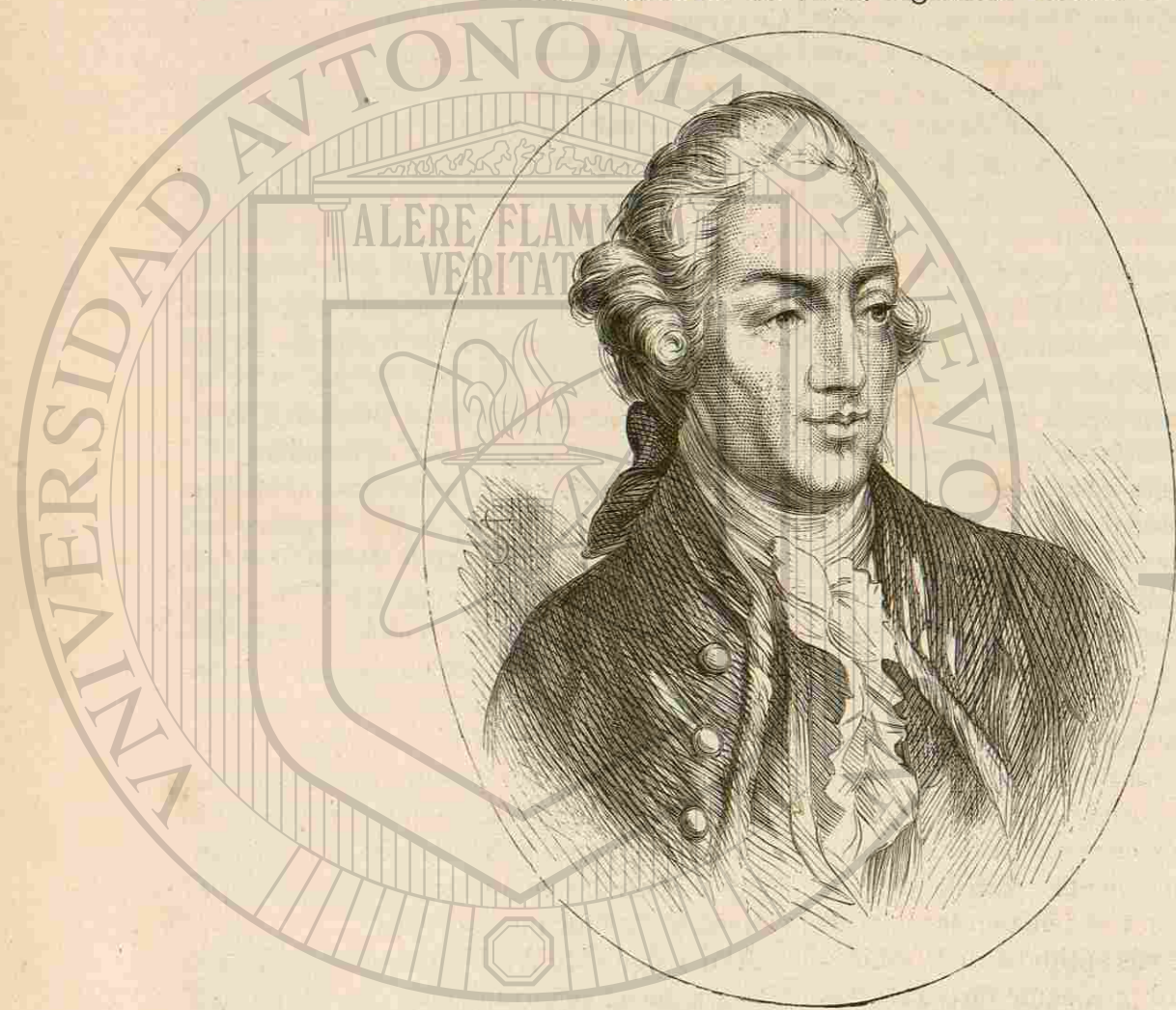
Curtis nos dice en una interesante nota, «que sin duda alguna Washington fué elegido general en jefe por su indisputable mérito, y no por un compromiso de otra especie.» Y la mayor parte, si no todos los historiadores, convienen en que era el más competente para el desempeño de su cometido, lo cual añaden que no se ha de extrañar si se atiende á que toda su carrera fué la más á propósito para ocupar tal puesto, y que debe creerse que Dios favoreció la causa de aquel país enviando á los americanos un hombre como aquel para conducir el ejército y obtener un éxito feliz.

Al día siguiente Washington dió gracias á la Cámara por el señalado honor que se le acababa de dispensar, y después de expresar con su acostumbrada modestia que no se consideraba suficientemente apto para desempeñar el cargo que se le confiaba, terminó manifestando que desde luego renunciaba á sus honorarios y respectivo sueldo. «Como el deseo de aumentar mis bienes, — dijo, — hubiera podido inducirme á aceptar este importante cargo, aún á costa de mi felicidad doméstica, no deseo aprovecharme de mi sueldo, y lo único que haré será formar una cuenta exacta de los gastos que ocurran, los cuales no dudó me abonará el Congreso. Esto es todo cuanto deseo.»

El 20 de junio recibió su nombramiento, que fué redactado en los siguientes términos: «Depositando toda nuestra confianza en vuestro patriotismo, valor, conducta y fidelidad, hemos tenido á bien nombraros por el presente gene-

ral en jefe del ejército de las Colonias Unidas y de todas las fuerzas reunidas ó que se reunan, así como tambien de los voluntarios que ofrezcan sus servicios en defensa de la libertad americana. Por lo tanto quedais revestido de los suficientes poderes y autoridad para obrar como os pareciese más oportuno, en bien del país, y en su consecuencia mandamos á todos los ofi-

ciales y soldados que se hallen bajo vuestras órdenes que sean obedientes y activos en el cumplimiento de sus deberes. Asimismo os encargamos seais cuidadoso en el desempeño de vuestras funciones, que establezcáis una rigurosa disciplina en el ejército, y que los soldados se ejerciten constantemente. Por lo demas, regulareis vuestra conducta en todos los



John Hancock

casos con arreglo á la disciplina militar, cumpliendo puntualmente las órdenes que de vez en cuando recibireis de este Congreso, ó de otro cualquiera de las Colonias Unidas. Este nombramiento es válido hasta que sea revocado por uno de aquellos cuerpos.—Firmado, Hancock, Presidente.»

Los individuos del Congreso se comprometieron unánimemente á prestarle toda clase de auxilios, ofreciéndole sus vidas y fortunas en favor de la causa de la libertad. Despues nombráronse cuatro mayores generales, que fueron Artemas Ward, Israel Putnam, Felipe Schuyler y Carlos Lee, y ocho brigadieres: Seth Pomeroy, Ricardo Montgomery, David Wooster, Guillermo Heath, José Spencer, Juan Thomas,

Juan Sullivan y Nathaniel Greene, agregándose á estos, por recomendacion de Washington, Horacio Gates en clase de ayudante general, con el grado de brigadier. Siendo Gates y Lee extranjeros, nunca les hubiera conferido el Congreso aquellos elevados cargos, á no ser por la recomendacion de nuestro héroe, quien por desgracia tuvo despues motivo de arrepentirse, porque aquellos dos individuos fueron para él causa de grandes disgustos.

Ansioso de tomar cuanto ántes posesion de su cargo, Washington salió de Filadelfia el 21 de junio en direccion á Cambridge donde estaba el cuartel general. Durante su tránsito recibió los más cordiales testimonios de confianza, y merece citarse el discurso que al llegar á Nue-

va-York dirigióle Livingston, presidente del Congreso, por la significativa alusion que en su última parte encierra. «Confiando en vos, señor,—le dijo,—y en los dignos generales que están á vuestras órdenes, abrigamos la fundada esperanza de que se obtenga un éxito feliz en la gloriosa lucha por la libertad de América. Tambien creemos que cuando haya terminado

la contienda podrá hacerse un arreglo con nuestra madre patria, y que entónces os apresuréis á resignar el importante mando que os han confiado, volviendo á ser otra vez nuestro digno ciudadano.»

El 2 de julio llegó al cuartel general, siendo recibido por el ejército con el mayor entusiasmo, como era de esperar.



Monumento erigido en memoria de la batalla de Bunker's Hill

Poco ántes el general Gage recibió considerables refuerzos, y el 12 de junio publicó la ley marcial en toda la provincia, ofreciendo perdonar á todos los que depusieran las armas. Los colonos formaban ya un contingente de diez y seis mil hombres, y creyeron necesario poner en práctica alguna decisiva resolucion. Noticiosos de que Gage se disponia á tomar la ofensiva, envióse al coronel Prescott con mil hombres y dos piezas de artillería, para que cortase las comunicaciones y se posesionara de una eminencia situada al extremo norte de Charlestown, conocida con el nombre de Bun-

ker's Hill. Mas por un error involuntario los expedicionarios dejaron atrás á Bunker's Hill, y empezaron las operaciones en Breed's Hill, punto que se halla al sud de la península, dominando la ciudad de Boston. Llegados allí, comenzaron los trabajos á favor de la oscuridad de la noche, bajo las órdenes del ingeniero, coronel Gridley, con tal actividad, que al rayar el alba habíase levantado un fuerte reducto en la cima de la colina, donde acabaron de construir una trinchera.

El general inglés quedó asombrado al ver á los colonos posesionados de aquel punto, y acto

continuo mandó romper el fuego desde los buques y las baterías de Boston. Los americanos prosiguieron su trabajo, y al medio día terminaron una de las obras avanzadas, que se extendía por la pendiente de la colina hasta cerca del agua, de modo que si conseguían armar de cañones el reducto dominarían el puerto, y Boston dejaría de poder sostenerse por más tiempo. El general Gage resolvió desalojarles de una vez, y al efecto dispuso que las tropas desembarcasen enfrente de las obras y atacaran la colina. Tres mil hombres mandados por los generales Howe y Pigot se encargaron de arrojar de aquella posición al enemigo. Pero los americanos, aunque fatigados por el trabajo de la noche anterior, faltos de víveres y sofocados por una ardiente temperatura, sostuvieron valientemente el ataque, demostrando que estaban dispuestos á morir por su libertad é independencia.

Poco ántes de comenzar la acción llegó Stark al sitio de la lucha con dos regimientos de New Hampshire, y tomó posición á la izquierda de las obras avanzadas, al amparo de una especie de parapeto que improvisó precipitadamente.

Las tres de la tarde serían cuando las tropas inglesas se lanzaron al asalto, con la correspondiente artillería para abrirles brecha. Los cañones de los buques y de las baterías de la ciudad protegían la marcha de los que contaban como segura la victoria. Los americanos dejaron que se acercaran á la distancia de treinta ó cuarenta pasos, y rompieron un terrible fuego, procurando no desperdiciar un solo tiro. La mortandad fué espantosa, y las tropas británicas retrocedieron en el mayor desorden. Reanimadas por los supremos esfuerzos de sus oficiales, airados por aquel principio de derrota, avanzaron de nuevo; mas otra vez tuvieron que retroceder, diezmados por el fuego de sus valientes enemigos. El general Gage dió orden entónces, para que se incendiara Charleston, y Clinton avanzó desde Boston para prestar auxilio. Costó mucho trabajo reunir á las amedrentadas tropas y conducir las de nuevo á la colina. Por último, escasos de municiones los americanos y reforzadas las fuerzas y la artillería de los ingleses, estos consiguieron destrozarse la obra avanzada con el fuego incesante de las baterías.

En vista de esto el coronel Prescott dispuso la retirada; pero los americanos siguieron resistiéndose contra los que atacaron el reducto por tres puntos á la vez, muriendo muchos án-

tes que consiguieran apoderarse de la posición.

Mientras tanto la infantería ligera de los ingleses trataba de posesionarse de la izquierda de la colina para cortar la retirada á los colonos; pero no contaban con que habían de encontrar allí las fuerzas del veterano Stark, que reservaron sus tiros para una ocasión como aquella, y que rompieron el fuego con tal acierto que introdujeron el mayor desorden en sus filas. La lucha fué encarnizada; mas los ingleses no consiguieron hacer retroceder á los americanos, hasta que observando estos que sus compañeros abandonaban la colina, emprendieron la retirada disputando el terreno palmo á palmo, y fueron á atrincherarse nuevamente en Prospect Hill, donde ya dejaron de ser perseguidos por sus enemigos, los cuales quedaron posesionados del reducto, que tan caro les costara, para mengua del pabellón británico.

El triunfo que las tropas inglesas acababan de alcanzar, después de haber sido rechazadas varias veces, contra un enemigo indisciplinado, inferior en número y que sólo contaba por toda defensa con un reducto construido en una noche, era más desastroso y humillante que una verdadera derrota. Sus pérdidas fueron tan considerables como si se hubieran batido con veteranos aguerridos; pues ascendieron á mil cincuenta y cuatro, entre muertos y heridos, mientras que los americanos sólo tuvieron cuatrocientas cincuenta bajas. Este resultado inspiró confianza á los colonos, é hizo comprender á los ingleses que no debían confiar demasiado en la victoria. «Los americanos acababan de probar que podían medir sus armas con las disciplinadas tropas de Europa, sin cederles en nada la ventaja (1).»

Tan pronto como Washington se encargó del mando del ejército, procuró cerciorarse ante todo de cuáles eran sus fuerzas y su posición; y si bien pudo reconocer que no faltaban elementos para organizar un buen ejército, encontró también que se carecía de armas, municiones y almacenes militares. Los individuos se hallaban animados del mejor espíritu patriótico y dispuestos á seguir á su jefe en las más arriesgadas empresas; pero se hacía notar en todos ellos la falta de subordinación y de disciplina militar. Revelábanse en todos sus actos las tendencias más independientes y democráticas, inherentes al espíritu de libertad que les reuniera en defensa de una causa común, á la par

(1) Irving, *Vida de Washington*, tom. I, pág. 482.

que individual: todas las órdenes eran discutidas, todos los cuerpos pretendían obrar por sí y según su particular conveniencia. Las tropas de los varios Estados sólo querían obedecer á sus generales, los soldados á oficiales, á veces elegidos directamente, y siempre aprobados por ellos, resultando de todo esto envidias y descontentos, y principalmente la falta de la precisa unidad.

Triste y dolorosa duda despiértase en el alma al ver tantas y tan duras pruebas infligidas á la más legítima revolución, tantas y tan peligrosas vicisitudes impuestas á la revolución mejor preparada para un éxito feliz. El hombre por orgullo es ciego en la esperanza, y ciego por debilidad en el desaliento. La más justa, la más afortunada revolución deja entrever el mal moral y material, siempre grande, que toda sociedad humana encierra en su seno. Pero el bien no perece en esta prueba ni en la impura liga á que se ve condenado; aunque imperfecto y confuso, conserva su poder lo mismo que su derecho, predomina, y como en los hombres, prevalece también tarde ó temprano en los acontecimientos, y nunca faltan instrumentos para su victoria.

Conservarán eternamente los Estados- Unidos respetuosa y agradecida memoria de los jefes de la revolución que conquistó su independencia y fundó su gobierno. No es posible nombrarlos á todos; porque en el momento en que se empeñó la lucha había en cada colonia, casi en cada condado, algunos hombres apreciados por sus conciudadanos, probados en la defensa de las libertades públicas, autorizados por su riqueza, talento y carácter, fieles á las antiguas virtudes y partidarios de las nuevas doctrinas, sensibles al lustre de la civilización y adictos á la sencillez de las costumbres, de corazón altivo y ánimo modesto, ambiciosos y á la par prudentes en sus patrióticos deseos; hombres raros que esperaron mucho de la humanidad sin presumir demasiado de sí mismos, y arriesgaron por su país mucho más de lo que debían recibir de él después del triunfo. Su jefe era Washington.

La misión de Washington se manifestó desde el principio en su conjunto y en su extensión. Para hacer la guerra era preciso crear un ejército, y faltaba para esta difícil obra hasta el poder creador. El Congreso, mera apariencia, unidad mentirosa, no tenía derecho, no podía, no osaba hacer nada.

Ningún vínculo, ningún poder central había

unido hasta entónces las colonias. Fundadas y administradas cada una separadamente, encargadas de proveer por sí mismas á su seguridad, de atender á las obras públicas y á los negocios grandes y pequeños, habían contraído hábitos de aislamiento y casi de rivalidad, que la recelosa metrópoli tenía buen cuidado de fomentar. Hasta la ambición y deseo de conquistas se introdujeron en sus relaciones como si se tratase de Estados extranjeros: las más poderosas intentaron alguna vez ocupar los establecimientos vecinos, y en sus mayores apuros, que era cuando tenían que defender las fronteras contra los salvajes, seguían demasiado á menudo una política interesada y se abandonaban recíprocamente. ¿Cómo, pues, reunir de golpe elementos tan divergentes y discordantes sin usar de medios violentos? ¿Cómo, dejándoles libres, hacerles obrar de consuno bajo el impulso de un poder único? Las disposiciones individuales eran contrarias como las públicas instituciones, y las pasiones como las leyes. Las colonias desconfiaban unas de otras; todas desconfiaban del Congreso, nuevo y vacilante rival de las asambleas locales, y mucho más aún del ejército, que consideraban igualmente peligroso á la independencia de los Estados y á la libertad de los conciudadanos, en lo cual las nuevas y doctas máximas convenían con los instintos populares. Una de las ideas favoritas del siglo XVIII era el peligro de los ejércitos permanentes y la necesidad, para los países libres, de contrariar y atenuar continuamente su fuerza, su influencia y sus costumbres. En ningún punto se ha adoptado quizá esta máxima más generalmente ni con más ardor que en las colonias americanas. En medio del partido nacional, las personas más exaltadas y más decididas á luchar vigorosamente hasta el fin, eran también los amigos más celosos de la libertad, y miraban con ojos hostiles al ejército y al espíritu y disciplina militar; de modo que se encontraban obstáculos justamente donde se iban á buscar esperanzas y medios.

En la ocasión, pues, á que nos referimos, la obra de la guerra estaba por principiarse, el ejército puede decirse que no existía. La inesperienza era en esta parte absoluta; reinaba la misma falta de unidad, el propio deseo de independencia individual, igual lucha de intenciones patrióticas y de instintos anárquicos. Era preciso reunir elementos discordantes, retener elementos siempre prontos á disolverse, ilustrar, persuadir, obrar por medio de consideraciones

é influencias, obtener, en suma sin arriesgar su dignidad ni su poder, la adhesión moral, la cooperación libre de los oficiales y hasta de los soldados. Entónces, y sólo entónces, podía Washington obrar como general. Y esta fué la ardua tarea á que se consagró desde el primer momento.

Casi todas las operaciones se habían retardado por falta de ingenieros; y Washington no perdonó medio alguno para arreglarse sin ellos, formando al efecto brigadas de soldados y acostumbrándoles á la obediencia. En vista del descuido en que se encontraba el arma de artillería, hizo que muchos de los más activos se ocuparan asiduamente del manejo de las piezas, en lo cual se había procedido hasta entónces con bastante descuido, y pidió al Congreso que se nombrara un comisario general, de cuyo importante cargo se había prescindido. No perdiendo de vista un sólo instante los deberes que le imponía la misión que tenía el encargo de cumplir, tal fué su actividad, y de tal modo coronó el éxito sus esfuerzos, que al poco tiempo quedó el ejército organizado, en cuanto lo permitían los recursos con que podía contar y los elementos de que se componía, y dispuesto para entrar en servicio. Poco despues llegaron al campamento varias compañías de tiradores que formaban un total de mil cuatrocientos hombres, procedentes de Pensilvania, Maryland y Virginia.

Las fuerzas del ejército americano llegaron á componer entónces un contingente de catorce mil hombres, y fueron situándose en las alturas que hay alrededor de Boston, formando una línea de doce millas de extensión, desde Roxbury hasta el río Mystic.

Las tropas británicas ascendían á unos once mil hombres perfectamente equipados, que ocupaban Bunker's, Breed's Hill y Boston Neck; pero carecían de provisiones, y su jefe no se atrevía á tomar la ofensiva, deseoso de salvar aquella desventajosa situación.

Washington estaba resuelto á no abandonar las posiciones que ocupaban sus tropas, porque, á su juicio, los ingleses se habían de ver obligados á arriesgar una batalla ó á evacuar la ciudad.

Miéntas tanto el Congreso se esforzaba en tomar las disposiciones más convenientes, y al efecto votó una emisión de tres millones de duros en letras de crédito para pagar al ejército, acordó redactar una *Declaración* manifestando las causas, y la necesidad que obligaba á las co-

lonias á apelar á las armas, elevar una petición al monarca intentando por última vez una reconciliación, publicar un manifiesto dirigido á los habitantes de la Gran Bretaña suplicándoles que no sancionasen la política tiránica del gabinete inglés, y rechazando los cargos que éste les imputaba, y dirigir otro manifiesto al pueblo de Irlanda y una carta á la Asamblea de Jamaica, cuyos documentos bastaran por sí solos para convencer de que los colonos lo mismo sabían usar la pluma que el acero.

Al propio tiempo, comprendiendo que era de gran importancia poder contar con el auxilio, ó por lo ménos la neutralidad de los indios, procedió al nombramiento de tres juntas que entendiesen en este asunto, y para asegurar el éxito de sus gestiones, acordó celebrar una conferencia con los delegados de las Seis Naciones, que debían reunirse en Filadelfia, para lo cual preparóse una estudiada y halagadora alocución. Mas por desgracia las Seis Naciones profesaban íntima amistad á la familia del coronel Guy Johnson, intendente general del rey, y ofrecieron su apoyo al general Carleton en Montreal, lo cual, según Holmes, fué origen de la guerra india.

A fin de establecer la conveniente comunicación, se organizó una línea de postas que debía recorrer los Estados Unidos, y nombróse á Benjamin Franklin director general, con amplias facultades para introducir cuantos empleados creyese necesarios para la conducción de la correspondencia desde Falmouth, en Nueva Inglaterra, hasta Savannah, en Georgia.

Esta última provincia se mostró parte en la contienda á principios de julio, y habiendo elegido diputados para que la representaran en el Congreso, la confederación adoptó luego el título de LAS TRECE PROVINCIAS UNIDAS.

Miéntas tanto lord North propuso un plan de reconciliación; mas habiendo sido discutido en Congreso, y examinado detenidamente fué desechado por unanimidad.

La situación de Washington no era de las más envidiables: á pesar de la legitimidad de la causa, había de tropezar con obstáculos y peligros que surgían diariamente. Los motivos de la insurrección eran puros, y en nombre de los derechos que había que mantener y del honor que era preciso salvar, el primer movimiento fué general; pero en las grandes empresas, la obra es difícil, el resultado lento, y la generalidad de los hombres experimenta pronto el cansancio ó la impaciencia. Cada día y á cada paso

se necesitaban nuevos esfuerzos, nuevos sacrificios. El desaliento, la tibieza, la inercia, el deseo de sustraerse de las cargas, de las fatigas, fueron pronto el mal esencial, el peligro apremiante con que debían luchar incesantemente los jefes. En estos y en las primeras clases continuaban el entusiasmo y la adhesión, así como en otras partes, en ocasiones análogas, ha procedido del pueblo el impulso de la perseverancia y del sacrificio. En América, las clases independientes é instruidas tuvieron que sostener y reanimar al pueblo en la lucha empeñada en nombre del país. En el orden civil, los magistrados, los ricos cultivadores, los grandes comerciantes se mostraron constantemente decididos y firmes; en el ejército, los oficiales daban el ejemplo, y el consejo y la población, lejos de impulsarlos, los seguían de mala gana. Washington escribía con tales motivos á Bryan Fairfax: «Creo, ó á lo ménos espero, que aún habrá entre nosotros bastante virtud política para privarnos de todo, excepto del necesario sustento, á fin de llevar á cabo nuestra empresa (1).» Sublime esperanza, que merecía ser recompensada, como lo fué, por el triunfo; pero que no podía elevar á la necesaria altura á la población sin cuyo apoyo era imposible lograr el fin apetecido.

En tales circunstancias, Washington veíase obligado á acudir al Congreso; pero éste, privado de fuerza para hacer ejecutar sus órdenes, y hasta de derecho para decretar nada sobre impuestos, reducido á indicar las necesidades y á pedir á los trece Estados confederados que las remediasen, sólo podía dirigir nuevas exhortaciones y encargar á nuestro héroe que consiguiese de los gobiernos locales los alistamientos de tropa, el dinero, los víveres, todo, en suma, cuanto requería la guerra.

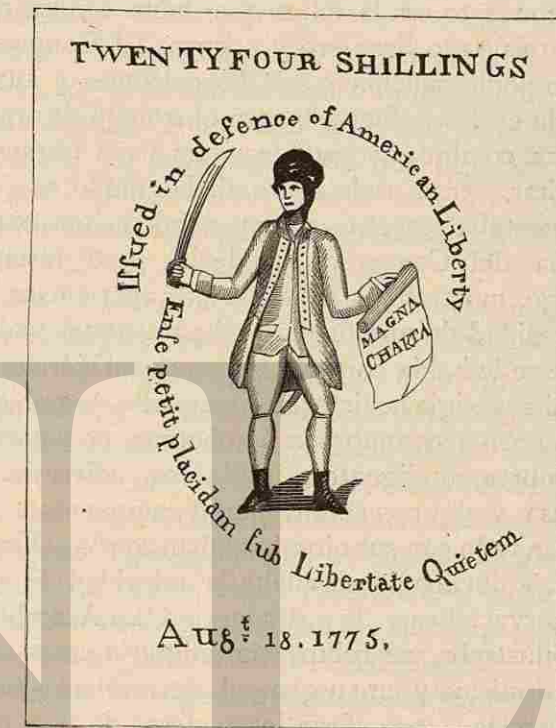
Washington aceptó esta difícil misión; pero no tardó en tropezar con nuevos obstáculos y peligros, á causa de la absoluta descentralización de las colonias. De modo, que no sólo vióse obligado á pedir sin cesar, desde su campamento, sino á sugerir providencias, á indicar al Congreso lo que era menester hacer para llenar su cometido, á fin de que éste y el ejército no fuesen un vano nombre.

Sus cartas eran leídas en sesión, y se discutía sobre ellas. Discusiones llenas de inexperiencia, de timidez, de desconfianza, terminando todo por prometer y remitir la ejecución á los

(1) Writings, tomo II, pág. 395.

gobiernos locales, inducidos del temor que les causaba el poder militar.

Muchos de los miembros del Congreso no estaban conformes con que la autoridad militar residiese en un solo individuo, y no pocos temían que el ejercicio del poder pudiese tentar, aún al gran héroe é ilustre patriota, á cometer algún abuso. Un ejército permanente era para los más un espectro terrible, y no sin gran dificultad consiguió Washington convencer á muchos de que la causa era desesperada, miéntas no se pudiera contar con fuerzas suficientes para servir todo el tiempo que durase la guerra.



Papel moneda americano

«El error de alistar hombres sólo por un año,—observa un notable historiador (2),—fué debido al carácter del gobierno, á la opinión y las preocupaciones que predominaban en el Congreso, y á las equivocadas ideas de muchos de sus miembros, según los cuales, aunque se había desenvainado la espada, no debía perderse la esperanza de llevar á cabo un arreglo con el ministerio inglés, del cual podría obtenerse una justa reparación, restableciéndose así las buenas relaciones entre las colonias y la madre patria, bajo una base constitucional. Washington, sin embargo, no pensó así desde un principio, ni opinó que fuera posible un arreglo, sobre todo en vista de las medidas adoptadas despues de la acción de Bunker's Hill. En la época á que nos referimos no se procedió de la

(2) Curtis, *Historia de la Constitución*, tomo I, pág. 61.

manera que deseaba Washington, teniendo en cuenta el estado de los negocios ántes de que se resolviera la Declaracion de la independencia; y si reflexionamos atentamente sobre el objeto que el Congreso se proponia y la naturaleza de sus poderes, podremos venir en conocimiento de cómo se incurrió en el error de no organizar el ejército de una manera permanente.»

Por más que Washington se resintiese por las indignas sospechas que de él se concibieron, no dejó de seguir la misma línea de conducta que desde el primer momento se trazara, y que en su concepto era la única que debía conducir á un resultado lisonjero y seguro. El Congreso sólo podía sancionar sus disposiciones y auxiliarle en sus esfuerzos; pero el trabajo de organizar, combinar y establecer un buen régimen militar, recaía todo sobre él. De modo es que contestaba respetuosamente á todo cuanto emanaba del Congreso, obedecía, pero insistía luégo, mostraba la falacia de las apariencias, la necesidad de una fuerza real para aquel poder que se le había conferido, para aquel ejército al cual se exigía la victoria. En aquella Asamblea, tan poco acostumbrada á gobernar, no faltaron hombres inteligentes, intrépidos, adictos á la causa, y algunos se dirigian al campamento, lo veían todo con sus ojos, hablaban con Washington, y llevaban á su vuelta la autoridad de sus observaciones y de sus consejos. La Asamblea se ilustraba, se robustecía, adquiría confianza en sí misma y en su general, decretaba las providencias y le confería los poderes de que necesitaba. Entónces entablaba correspondencias, negociaciones con los gobiernos locales, y tambien con juntas, magistrados, simples ciudadanos, exponiéndoles los hechos, invocando su sano juicio, su patriotismo, sacando partido en beneficio público de sus amistades personales, respetando las desconfianzas democráticas, las susceptibilidades de la vanidad, conservando su categoría, hablando con cierta autoridad pero sin ofender, y con persuasiva moderacion, siendo admirablemente hábil, en medio de los más prudentes miramientos hácia las debilidades humanas, en ejercer influencia sobre los hombres con los sentimientos honrados y con la verdad.

De este modo llegó Washington á ser el punto céntrico, el eje de aquella inmensa y complicada máquina que dirigía cuidadosamente, haciendo los mayores esfuerzos para impedir á todo trance su destruccion. La distancia que del Congreso le separaba, la lentitud de los pro-

cedimientos y el largo tiempo que trascurría ántes de que llegara á saber el resultado de las deliberaciones, hacia muchas veces que vacilaba y se inquietase; pero gracias á su prevision y á que muchas veces anticipaba en sus comunicaciones los hechos, consiguió vencer ciertas dificultades en cuanto era posible (1).

Aparte de esto veíase precisado á mantener numerosa correspondencia con varios cuerpos é instituciones de las colonias, cuyo celo era indispensable estimular, á fin de que conservaran su ardiente patriotismo, y facilitaran los auxilios que se pidieren.

Noticioso á principios de agosto de 1775 de que se trataba á los prisioneros cogidos por los ingleses en Bunker's Hill con la mayor severidad y dureza, escribió al general Gage con este motivo. Ambos habian servido juntos en clase de ayudantes del general Braddock, peleando uno al lado del otro en la sangrienta batalla de Monongahela, y desde entónces habian mantenido amistosas relaciones.

Gage negó que se maltratara á los prisioneros, expresándose de un modo algo insultante en cuanto á los rebeldes, que, segun él, debian terminar sus vidas en el cadalso con arreglo á las leyes vigentes del país. De modo que Washington se vió obligado á ejercer represalias con los prisioneros que tenia; pero muy pronto procuró dulcificar su situacion, y con noble generosidad les dejó libres bajo su palabra, esperando que semejante conducta realizaria á los americanos. Su contestacion á la carta de Gage fué tan digna como enérgica, como lo acredita el siguiente párrafo: «Aparentais, caballero, despreciar á todos los que no participan de vuestras opiniones ni han obtenido donde vos su grado; pero debo deciros que el que se adquiere por la eleccion de un pueblo libre es tan honroso como lo pueda ser el vuestro, y toda persona verdaderamente magnánima y de nobles ideas no podrá menos de respetarlo.»

Al poco tiempo el general Gage fué llamado á Inglaterra, y sustituyóle en el mando el general Howe.

Aunque no habia discordancia de pareceres entre los colonos respecto á la necesidad de defender sus derechos y libertades, y aunque el pueblo no vaciló en posesionarse de los edificios públicos para asumir la autoridad del gobierno, habia muchos que no estaban aún resueltos á proclamarse independientes. En confirmacion

(1) Spark, *Vida de Washington*, pág. 139.

de esto pueden citarse las declaraciones del Congreso, de las Asambleas coloniales y de las Juntas que funcionaron durante el año. La Junta de la Carolina del Norte declaró que su más ardiente deseo era volver á encontrarse en la misma situacion en que se hallaba ántes del año 1763; la de Virginia, miéntras procedía á poner aquella colonia en estado de defensa, redactó una declaracion justificando tal medida; la de la Carolina del Sud declaró que ni deseaban introducir innovaciones, ni alterar la Constitucion ni proclamarse independientes, anhelando tan sólo seguir disfrutando de sus inapreciables derechos, y reconciliarse con la madre patria; la Asamblea de Pensilvania encargó á sus delegados en el Congreso que rechazaran toda propuesta que tuviese por objeto su separacion de la madre patria ó un cambio de gobierno; los delegados de Maryland recibieron tambien instrucciones para que no apoyasen ningun proyecto de independencia de las colonias, á no ser que una mayoría juzgase absolutamente necesaria tal medida para conservar sus libertades; la Asamblea de Nueva-Jersey expresó que nada deseaban tanto como la reconciliacion con la Gran Bretaña, y, por último, la Junta provincial de Nueva-York declaró que la situacion turbulenta de aquella colonia sólo reconocia por causa las medidas opresoras del Parlamento británico y los proyectos hostiles del ministerio para ponerlas en ejecucion y esclavizar á las colonias.

Sin embargo, es un hecho reconocido, que á pesar de las encontradas opiniones que segun hemos dicho predominaban en la Carolina del Norte, gran parte de sus habitantes se mostraban más opuestos al Parlamento, y abrigaban más ardientes deseos de libertad que los que la Junta hubiese anhelado. En prueba de esto, el 21 de mayo los ciudadanos del condado de Mecklenburgo llegaron hasta á tomar las necesarias medidas para que se declarase formalmente la independencia, y con tal motivo se formularon los siguientes acuerdos:

«1.º Todo el que directa ó indirectamente apoye ó favorezca en cualquier forma ó manera las peligrosas medidas adoptadas por la Gran Bretaña, que tienen por objeto despojarnos de nuestros derechos, será declarado enemigo de este condado y de toda la América.

»2.º Nosotros, los ciudadanos del condado de Mecklenburgo, declaramos, por lo tanto, disueltos los lazos que nos unian con la madre patria, considerándonos además libres de toda

intervencion de la Corona británica, á consecuencia de lo cual no reconocemos relaciones ni contrato alguno con aquella nacion, que ha querido despojarnos de nuestros derechos y libertades de una manera indigna, derramando luégo en Lexington la sangre de los patriotas americanos.

»3.º En virtud de lo expuesto, nos declaramos libres é independientes, sin reconocer otro soberano que una asociacion que nos gobierne, ni más autoridad que la del Congreso General, cuyo sostenimiento mantendremos, prometiendo cooperar para ello con nuestras vidas y haciendas.

»4.º No reconociendo la existencia de ninguna ley ni autoridad civil ó militar dentro de este condado, adoptaremos de consuno para lo sucesivo las primitivas leyes que nos rigieron, y por lo tanto nunca podrá considerarse que la Gran Bretaña tenga aquí derechos, privilegios, inmunidades ni autoridad alguna.

»5.º Todo oficial militar de los que existen en el condado podrá seguir desempeñando sus funciones miéntras se sujete á los presentes acuerdos, y todo individuo de este comité podrá desempeñar un cargo civil, aunque fuere el de Juez de paz, siendo en este caso de su deber instruir los procesos y sentenciar con arreglo á nuestras leyes, quedando asimismo obligado á conservar la paz, union y armonía, y hacer todos los esfuerzos posibles para que se propague el amor al país y á la libertad de América, hasta tanto que se organice y establezca un gobierno general en esta provincia.»

Sin duda estos acuerdos fueron dictados por el comité del Congreso, que al año siguiente se encargó de proclamar en todas las colonias la DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA.

Después de la toma de Ticonderoga y de Crown Point, Allen y Arnold pidieron repetidas veces al Congreso que se les permitiera avanzar hasta el Canadá, para apoderarse de las fuertes posiciones de aquella provincia, lo cual consideró el mismo Washington como una medida defensiva. Al efecto se organizaron dos expediciones: una que salió por el lago Champlain, al mando del general Schuyler, y otra por el rio Kennebeck á las órdenes de Arnold. El general Lee marchó al propio tiempo con dos mil doscientos voluntarios de Connecticut hácia Nueva-York, para fortificar con la ayuda de aquellos habitantes la ciudad y las tierras altas del rio Hudson.

A fin de llevar á cabo su plan, los generales

Schuyler y Montgomery dirigieron á Ticonderoga con dos regimientos de la milicia de Nueva-York y algunos voluntarios de Nueva-Inglaterra que componian un total de dos mil hombres.

Montgomery recibió orden de avanzar con las tropas que se hallaban dispuestas, á poner sitio á San Juan, primer fuerte británico del

Canadá, distante unas ciento cincuenta millas de Ticonderoga, y poco despues siguióle Schuyler, quien al llegar á la isla de las Nueces, á doce millas al sud de San Juan, envió circulares á los canadenses exhortándoles á que defendieran sus libertades y declarando que los americanos invadian su territorio como amigos y protectores. Los datos que dichos jefes reci-



El general Lee

bieron referentes á la situacion de San Juan les obligaban á permanecer donde se encontraban hasta la llegada de tropas y artillería, por lo cual regresó el general Schuyler á Albania para apresurar la marcha de aquellas fuerzas. Pero habiendo enfermado, y no siéndole posible incorporarse de nuevo á su division, encargóse Montgomery del mando de todas las tropas. Tan pronto como llegaron los esperados refuerzos, se emprendió el sitio de San Juan; mas tuvo que suspenderse el ataque, por falta de artillería y municiones.

El coronel Allen, que servía á las órdenes de Montgomery, fué enviado con ochenta hombres á batir una partida de indios hostiles; y al regresar de la expedicion encontróse con el

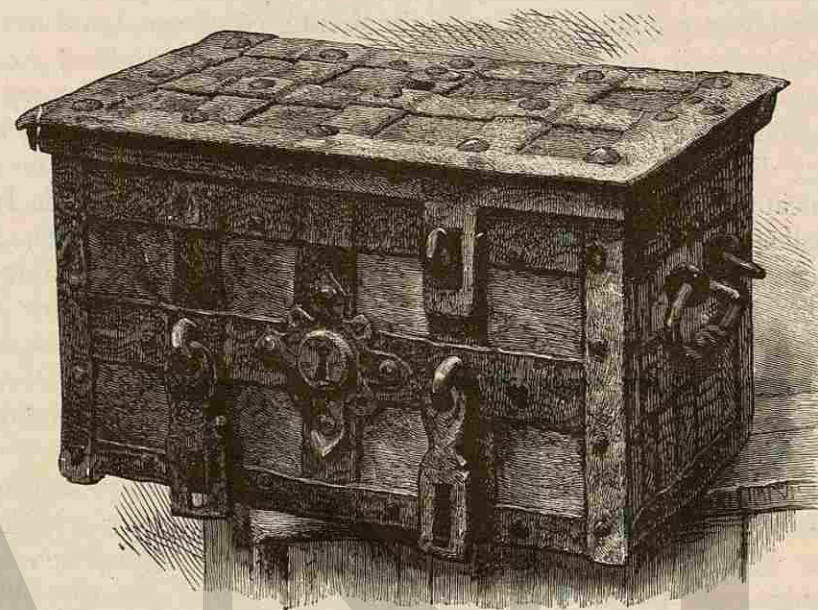
mayor Brown, que, acompañado de algunos hombres, había ido á recorrer el país para hacerse cargo de las disposiciones del pueblo é inducirle á que tomara parte en favor de la causa americana. Allen y Brown acordaron dirigirse á Montreal, divididos en dos secciones, con el fin de atacar á la vez por dos puntos distintos la ciudad. Allen cruzó el rio durante la noche, conforme convinieran, mas por circunstancias que se ignoran, Brown no se le pudo reunir luego. El intrépido Allen, lejos de retroceder, resolvió mantenerse firme; pero llegada la mañana, el general inglés Carleton, al frente de varias tropas regulares y de milicia, atacó á los americanos. Allen se batió desesperadamente con sus ochenta hombres; mas al fin

tuvo que rendirse, y fué enviado á Inglaterra con todos sus bravos compañeros. Despues de grandes trabajos y sufrimientos, regresó á América, y estuvo prisionero en Nueva-York, no obteniendo la libertad hasta luego de la victoria de Saratoga en mayo de 1778.

El 13 de octubre se tomó un pequeño fuerte en Chamblet, apoderándose de varios cañones y unos ciento veinte barriles de pólvora, que le vinieron muy bien al general Montgomery para atacar á San Juan. A pesar del incesante fuego del enemigo, los americanos consiguieron le-

vantar una batería cerca de aquel fuerte y se dispusieron á dar el asalto, si necesario fuese.

Enterado el general Carleton de la situacion de San Juan, reunió cierto número de fuerzas para acudir en su auxilio; y apostando al coronel Lean con un regimiento escocés en la embocadura del Sorel, trató de cruzar el Longueil; pero el coronel Warner, que se hallaba estacionado en este último punto, con trescientos montañeses y una pequeña pieza de artillería, rompió un fuego tan certero contra los botes, que los



Arca de dinero de Washington (Copia de una fotografia)

ingleses se vieron obligados á volverse á Montreal.

Considerando inútil toda resistencia, se expidió una orden al mayor Preston, jefe de la guarnicion del fuerte sitiado, para que se rindiera, y el 3 de noviembre tomaron los americanos posesion del fuerte de San Juan.

Carleton abandonó á Montreal á su suerte, y escapóse durante la noche en una canoa por el rio, mientras que Montgomery hizo su entrada en aquella ciudad, permitiendo á sus habitantes que se rigieran por sus leyes, y concediéndoles el libre ejercicio de su religion y el privilegio de gobernarse por sí mismos. Su benévola conducta indujo á muchos á unirse á su bandera; pero en cambio varios soldados de su division desertaron por serles perjudicial el clima, y otros se volvieron á sus casas por haber cumplido el tiempo de su empeño.

Con el resto de sus fuerzas, que ascendian á unos trescientos hombres, emprendió Montgomery la marcha hácia Quebec, esperando en-

contrar el destacamento mandado por Arnold que debia haber penetrado por el Maine.

Arnold emprendió su marcha á la cabeza de mil hombres, y despues de luchar con un sin número de contrariedades, llegó por fin á Point-Leví, frente á Quebec. Cruzó el San Lorenzo, trepó por el precipicio escalado algun tiempo ántes por Wolfe, y formando su pequeño ejército, reducido sólo á setecientos hombres, por las pérdidas que tuvo en las memorables llanuras de Abraham, se puso en marcha hácia Quebec con la esperanza de sorprenderlo; pero avisado por un cañonazo que dispararon desde sus murallas, que estaban dispuestos á recibirle, se vió obligado á retirarse, dirigiéndose á Point Trembles, para esperar en aquel punto á Montgomery.

Arnold entregó á un indio una carta para el general Schuyler, en la cual le noticiaba sus progresos; mas el salvaje la llevó al general Carleton, lo cual fué causa de que fracasara la empresa.

Montgomery tomó inmediatamente de su llegada el mando de todas las fuerzas, que sólo ascendían á novecientos hombres, y dirigióse á Quebec. A pesar de la crudeza de la estación, los americanos pusieron sitio á aquella plaza, no contando sino con unos cuantos cañones, que montaron sobre cureñas de hielo, y que no produjeron efecto alguno en las sólidas murallas. Por espacio de tres semanas sufrieron los sitiadores los rigores del frío, y al finalizar este tiempo declaróse en el campamento la viruela. Muchos se marcharon por haber cumplido el plazo de su servicio; empezó á generalizarse el descontento, y Montgomery comprendió que sólo intentando un vigoroso esfuerzo podría evitar que se perdiera por completo la expedición. En su consecuencia resolvió aventurar un asalto desesperado, y dispuso que parte de sus tropas simulasen un ataque á la ciudad desde las llanuras de Abraham, mientras él y Arnold á la cabeza de sus respectivas divisiones, darian el asalto por dos puntos á la vez, para apoderarse de la ciudadela.

El frío era intensísimo y caía la nieve en espesos copos, cuando Montgomery, atravesando el angosto sendero que se encuentra al pié de los precipicios de la ensenada de Wolfe, marchó resueltamente sobre Quebec. A la entrada de dicho sendero y bajo la elevada roca de Cabo Diamante, había una pequeña batería cuyos cañones apuntaban hácia el camino, mandada por el capitán Barnsfare, teniendo á sus órdenes algunos marinos y un destacamento de milicias del Canadá. Al avanzar Montgomery por una senda cubierta de trozos de hielo, encontró una especie de estacada que le estorbaba el paso; pero abriéndose camino con sus propias manos, gritó á sus valientes: «¡Hijos de Nueva-York, no temáis marchar por donde vuestro general os conduzca!» Y se lanzó con bravura al asalto de la batería. Mas el capitán Barnsfare, que aguardaba á pié firme, dejó que estuvieran á pocos pasos, y mandó romper el fuego, barriendo mortífera lluvia de balas todo el frente, y dejando muerto en el acto al intrépido Montgomery y otros valientes oficiales. Los americanos huyeron en desórden.

Arnold avanzaba entre tanto por el opuesto lado y emprendía el ataque con no menos resolución y bravura; pero al asaltar la primera empalizada, fué gravemente herido en una pierna, y tuvo que retirarse. El capitán Morgan, que pasó en seguida á ocupar su puesto, hizo avanzar á su gente, tomó la primera empalizada, y

llegó hasta la segunda, que también cayó en poder de los americanos, después de reñida lucha; mas en aquel momento acudió un refuerzo que envió Carleton, sabedor de la muerte de Montgomery, y cercando la retaguardia americana, la obligó á rendirse.

Los ingleses, tan pronto como se retiraron los sitiadores, salieron de la plaza, y sacaron de entre la nieve trece cadáveres, entre los cuales se reconoció el de Montgomery (1).

Arnold se encargó del mando de todas las fuerzas y trató de mantenerse firme; pero el estado de sus tropas, que se hallaban en el mayor desaliento, sólo le permitió bloquear la plaza á la distancia de tres millas, y en abril de 1776 fué reemplazado por el general Wooster, que trajo consigo un refuerzo é hizo varias tentativas para avanzar, aunque inútilmente. A primeros de mayo llegaron de Inglaterra varios buques con tropas y víveres, y los americanos se vieron precisados á levantar el sitio y retirarse á Montreal (2). Desde entonces fueron rechazados en todos los puntos, y abatidos, dispersos y agobiados por los mayores sufrimientos, viéronse forzados á evacuar aquella provincia.

A fines de setiembre Washington creyóse obligado á dar cuenta al Congreso de la situación en que se encontraba en frente de Boston, y con este motivo expuso: «Me causa profundo sentimiento verme precisado á llamar la atención del Congreso sobre el estado en que se halla el ejército, en términos que se pueda creer que este servicio se descuida. Mi situación es sumamente precaria, pues veo que se acerca el invierno, que las tropas están medio desnudas, que el tiempo de su servicio terminará dentro de pocas semanas, y, en fin, que todavía no se ha tomado medida alguna para atender convenientemente á tan urgentes necesidades. Además de esto la caja está totalmente exhausta,

(1) Montgomery era hijo de una ilustre familia del norte de Irlanda, y había servido á las órdenes de Wolfe; pero habiéndose enlazado luego en América, abrazó con entusiasmo la causa de su país adoptivo. Su carácter caballeresco, unido á sus virtudes privadas, le granjearon el general aprecio, haciéndole ocupar un lugar preferente entre los bravos oficiales que cayeron bajo los muros de Quebec. Después de su muerte, se olvidaron los resentimientos que contra él se tenían, y se le enterró pomposamente por orden del general Carleton, mientras que hicieron su elogio en el Parlamento hombres tan ilustres como lord Chatham, Burk y Barré. Sus restos mortales se trasladaron en 1818 á Nueva-York, donde el Congreso dispuso que se erigiese un monumento á su memoria con una inscripción en la cual se expresaran sus relevantes cualidades, citándose sus señalados servicios y ensalzando su patriotismo, su constancia, su bravura y arrojo. Poco después, á consecuencia de lo dispuesto, elevóse un monumento de mármol blanco con divisas y emblemas, frente á la capilla de San Pablo en Nueva-York.

(2) Murray, *Historia de la América británica*, tom. I, pág. 181.

el habilitado no tiene un cuarto, y el comisario general me asegura que ha usado de todo su crédito para atender hasta ahora á la subsistencia del ejército. La mayor parte de las tropas, por otro lado, se insurreccionarán si no se les paga lo que se les debe.»

El Congreso no pudo ménos de atender á las justas reclamaciones del general en jefe, y á mediados de octubre nombróse un comité compuesto de Franklin, Lynch y Harrison, que dirigióse en seguida á Cambridge para avistarse con los delegados de las colonias de Nueva-Inglaterra y adoptar las necesarias medidas. Con arreglo á las indicaciones de Washington, se autorizó la organización de veintiseis regimientos que debían formar un total de veinte mil hombres, suponiendo que en las cuatro colonias de Nueva-Inglaterra podrían reunirse treinta y dos mil que sirvieran el tiempo máximo de enganche determinado por el Congreso, que era el de un año. Las consecuencias de este método fatal de alistamiento dejáronse sentir durante toda la guerra, y en medio de sus escenas y sus peligros tenía que volverse á empezar siempre la misma obra de organización y de disciplina. Washington tuvo que sufrir rudas pruebas ántes de conseguir formar un ejército con arreglo al plan que las necesidades le impusieron. Algunos han querido poner en duda su mérito militar; pero si bien es verdad que no dió de él esas brillantes pruebas que en nuestra Europa han formado la reputación gloriosa de los primeros capitanes, también lo es que al frente de un pequeño ejército en una inmensa extensión de país no pudo poner en práctica la gran estrategia, ni dar grandes batallas. Su superioridad reconocida, proclamada por sus compañeros, nueve años de guerra, y el éxito definitivo, son un testimonio irrefutable, y justifican su gloria.

Además de las indicadas tropas, el Congreso celebró un contrato para aumentar su número con varios regimientos de las colonias del Sud, de Pensilvania, Nueva-Jersey y Nueva-York, y publicó una proclama manifestando que se adoptarían medidas severas para castigar á los que favorecieran la causa realista.

La falta de pólvora en el campamento y las grandes dificultades para adquirir municiones, colocaron á Washington en la situación más crítica; de modo que si el general inglés hubiese sabido aprovecharse, activando sus medidas para atacar á los americanos, desordenados durante aquellos días, á consecuencia de las tropas

que se iban y los reclutas que llegaban, casi es seguro que hubiese sido completa su derrota.

Spencer dice que las fuerzas del Connecticut decidieron marcharse juntas cuando iba á espirar el plazo de su servicio, lo cual hubiese causado una sensible baja en el ejército, ya de sí muy débil. Tan censurable conducta disgustó en gran manera á Washington, quien á pesar de sus esfuerzos no pudo conseguir que aquellas tropas permanecieran más de diez días en el campamento, para dar lugar á que llegase la nueva milicia. Con tal motivo refiere Sparks que Washington escribió al gobernador Trumbull, y éste le contestó: «Es muy difícil defender la libertad, desempeñar el gobierno y mantener la subordinación, impidiendo al mismo tiempo que se lleven á cabo las operaciones de alistamiento y leva de tropas. Los hijos de Nueva-Inglaterra ansian la libertad, pero creen que su enganche en el servicio es puramente voluntario, y por lo tanto, cuando termina el plazo por que se alistaron, se consideran libres de todo compromiso. Esto es lo que sucedió en la pasada guerra, y temo que ocurra lo mismo con los soldados de las demás colonias, pues en mi concepto tal es el carácter y espíritu de nuestro pueblo.» Irving consigna á propósito que los hombres de Connecticut encontraron tan pocas simpatías en el camino cuando regresaban á sus casas, que apenas hallaron quien les diese de comer, y cuando se presentaron á sus mujeres, les reprendieron tan duramente, que los reclutas consideraron preferible hacer frente al enemigo y á los cañones británicos que oír las recriminaciones de las matronas de aquella colonia.

Por fortuna el general Howe cometió la torpeza de permanecer inactivo, y esto dió lugar á que pasado cierto tiempo fueran desvaneciéndose los temores de Washington.

El Congreso y algunos otros patriotas opinaban que nuestro héroe debía hacer algo más que sitiá á Boston, y hubo no pocas murmuraciones censurando la falta de actividad de las tropas, y extrañando en gran manera que no se atacase á la ciudad, sin respetar los planes del que más de una vez se mostró tan cuerdo general como soldado valiente, á quien llamaron el Fabio americano, diciendo que su talento así como su inclinación, consistía en evitar los hechos de armas, frustrar los designios del enemigo y ganar tiempo, y precisamente cuando sus impulsos le inclinaban á intentar terminar la guerra de golpe, atacando resueltamente al

ejército inglés, al cual esperaba destruir por completo. En su consecuencia celebró tres consejos de guerra; pero en los tres se dictaminó en contra, oponiéndose resueltamente al ataque, y vióse obligado á desistir, muy á pesar suyo (1), como se desprende de una carta que escribió, en la cual se expresaba en estos términos: «Si yo hubiera previsto las dificultades en que nos hemos visto luégo, y hubiese sabido cuánta era la desanimación de nuestros adversarios, todos los generales del mundo no habrían podido convencerme ni inducirme á que dilatase por más tiempo el ataque á la ciudad (2).»

Un mes más tarde, Washington escribió á José Reed hablándole de las duras pruebas y los grandes disgustos que tuvo que sufrir por espacio de algunos meses, y le decía: «Conozco cuál es mi triste situación; no ignoro que se espera mucho de mí; sé que sin hombres, sin armas, sin municiones y sin nada de lo que se necesita para las tropas, se puede hacer muy poco, y no se me oculta, en fin, que será difícil justificarme ante el mundo, sin manifestar, en perjuicio de la causa que defiendo, cuántas son mis necesidades, y cuán crítica mi posición, cosa que estoy resuelto á no hacer, á menos que no llegue á conocimiento de todos por inevitables circunstancias. Mi situación es á veces tan precaria, que si no consultase el bien público, y si sólo mi tranquilidad, hace tiempo que habría abandonado el puesto. Léjos de tener un ejército de veinte mil hombres bien armados, sólo cuento con la mitad de ese número á consecuencia de las bajas por enfermedades, y áun esos ni están bien armados ni vestidos como debieran. En una palabra, me he visto tan apurado, que he tenido que hacer todos los esfuerzos imaginables para ocultar á los oficiales lo que pasa.» Por fortuna para la causa que defendía y á que consagrara su vida, Washington no se dejó vencer por las dificultades y obstáculos, y tuvo siempre una ciega confianza en la protección de la Divina Providencia.

Habiendo resuelto el Consejo provincial que los Tories que se ausentaran no se llevasen sus efectos, los habitantes de Falmouth, al Norte de Massachusetts, ahora Portland, en el Maine, se opusieron á que se cargara un buque, cuya medida dió lugar á que se decretara la destrucción de la ciudad para que sirviese de ejemplar castigo. Con este objeto el almirante

(1) Writings, tom. III, págs. 82, 127, 259, 287, 290, 291, 292, 297.
(2) Spencer, *Hist. de los Estados-Unidos*, tom. I, pág. 359. Edición Montaner y Simon, Barcelona.

Greaves envió con varios buques de guerra al capitán Mowat, quien llegando el 17 de octubre á Falmouth, comunicó á los habitantes que les daba dos horas de término para que se pusieran en salvo. Habiéndose pedido explicaciones al capitán sobre aquella extraordinaria intimación, contestó que tenía orden para incendiar todos los puertos comprendidos entre Boston y Halifax, y que suponía que el de Nueva-York estaba ya reducido á cenizas. El capitán añadió que no podía eludir aquellas órdenes sino con la condición de que los habitantes hiciesen entrega de sus armas y municiones y de cuatro personas principales de la ciudad, que quedarían en rehenes para garantir que la población no haría armas contra la Gran Bretaña. En el caso de negarse á estas condiciones, aseguró el capitán que en el término de tres horas reduciría la ciudad á cenizas. No sabiendo qué hacer ante aquella imprevista intimación, los habitantes pidieron y consiguieron al fin que se alargara el plazo hasta la mañana siguiente, y entre tanto ocupáronse en trasladar sus familias y efectos. Al otro día, el capitán Mowat comenzó el bombardeo con inusitada furia, y muchos habitantes que se habían subido á las alturas, fueron espectadores de un terrible incendio que redujo á muchas personas á la miseria y á la desesperación. Más de cuatrocientas casas quedaron totalmente destruidas y Newport y Rhode-Island, que se vieron amenazadas luégo, tuvieron que contemporizar con el enemigo, facilitándole una remesa de víveres.

Atentados de esta naturaleza no podían menos de exasperar á los colonos, y no pasó mucho tiempo sin que proyectaran emprender expediciones en el mar contra las fuerzas británicas. Al efecto dispusieron varios buques, y el Congreso provincial de Massachusetts aprobó, en 10 de noviembre de 1775, una ley por la cual se concedía autorización para ejercer represalias contra los buques de la Gran Bretaña, y además de esto, instituyóse un tribunal de marina por las autoridades provinciales. Las colonias del Sur imitaron el ejemplo, y bien pronto estuvieron en estado de hacerse al mar cinco ó seis buques armados, que Washington ocupó desde luégo para impedir, en cuanto fuese posible, que Boston recibiera socorros por mar. Hicieron á poco varias capturas, y entre ellas una muy importante, debida al capitán Manly, que en 29 de noviembre se apoderó de varias municiones de guerra, muy convenientes entonces para el ejército americano. Pero estas empresas

no daban en general muy buen resultado, pues la mayoría de los oficiales era incompetente para aquel servicio y los hombres de la tripulación se mostraban muchas veces dispuestos á insubordinarse, por manera que todo aquello entorpecía más bien que auxiliaba al jefe americano. Debemos consignar aquí que, hácia mediados de diciembre, el Congreso resolvió montar trece buques de diferentes tamaños y capacidad que fueron la base de una magnífica escuadra que llevó á cabo brillantes hechos de armas.

Los continuados abusos y las medidas de restricción adoptadas por los gobernadores de las colonias desvanecían toda esperanza de reconciliación que pudieran abrigar los hombres amantes de la paz y temerosos de los horrores de la guerra, y la gran mayoría de los americanos llegaron á convencerse muy pronto de la necesidad y las ventajas de proclamar su independencia.

Sin embargo, el partido realista se mostraba formidable en varios puntos, y principalmente en Nueva-York y sus alrededores, así como en el condado de Tryon, en la provincia situada al Oeste del río Schoharie, donde la familia de Johnson ejercía gran influencia. Guy Johnson reclutaba en el Canadá la mayor parte de los mohawks en favor de la causa de la Gran Bretaña, y Sir Juan logró organizar dos batallones que llegaron á ser muy pronto el terror de las fronteras de aquella provincia.

Washington esperaba, entre tanto, con viva impaciencia delante de Boston, el momento oportuno.

El Congreso, suponiendo que tal vez nuestro héroe vacilara en emprender el ataque por los daños y perjuicios que pudieran sufrir las propiedades que muchos patriotas tenían en la sitiada ciudad, manifestóle que no se detuviera ante ninguna clase de consideraciones, y obrase del modo que juzgara más conveniente.

Muy importante era por todos conceptos desalojar al enemigo, y Washington abrigaba la esperanza de poder tomar la ciudad por asalto.

Noticioso de que escaseaban en Boston las provisiones, convocó un consejo de guerra, y expuso su resolución; pero no mereció la aprobación de la mayoría, que optó por que se obligase al enemigo á evacuar la ciudad ocupando las alturas de Dorchester que la dominaban por completo.

Washington dió una prueba más de su habi-

tud prudencia, y habiéndose de llevar á cabo tal medida, hicieronse los consiguientes preparativos, permitiendo los cañones cogidos en Ticonderoga y Crown Point organizar una poderosa artillería.

A fin de distraer la atención del enemigo, los americanos construyeron fuertes baterías en varios puntos cerca de Roxbury, y en la noche del 2 de marzo de 1776 rompieron un fuego tan terrible, que las bombas caían incesantemente en la ciudad, obligando á la guarnición á ocuparse sin descanso en apagar el fuego de las



Sello de Washington

casas que ardían. Los americanos preparáronse entre tanto á posesionarse de las alturas, auxiliados por varias compañías de milicia que iban llegando para reforzar el ejército.

Designóse la noche del 4 de marzo para poner por obra el decidido plan, confiando que el recuerdo de los sucesos ocurridos el día 5 del mismo mes del año 1770, en que vertióse en Boston la primera sangre de aquellos ciudadanos, excitara la sed de venganza y aumentara el ardor de los que tan resueltos se mostraban á combatir contra el enemigo común.

Dispuesto ya todo, emprendieron la marcha con el mayor silencio hácia la península de Dorchester, en la tarde del señalado día, siéndoles propicios la oscuridad de la noche y el viento que impedía que pudiese llegar hasta el enemigo el rumor de sus pasos, mientras que por otra parte atronaban el espacio los disparos de las baterías.

Componían la vanguardia ochocientos hombres, seguidos de varios carros cargados de

herramientas para levantar trincheras, y mil doscientos zapadores al mando del general Thomas. Iban en la retaguardia trescientas carretas cargadas de faginas y gabiones destinados á cubrir el flanco de las tropas durante el paso del istmo de Dorchester que podía ser barrido por la artillería de los buques ingleses.

Consiguieron llegar á las alturas sin ser vistos ni molestados por el enemigo, y pusieron sin demora á trabajar con tan prodigiosa actividad, que á las diez de la noche ya habian construido dos fuertes: uno en la altura más próxima á la ciudad, y otro en la que mira hácia Castle Island ó sea isla del Castillo. Cuando se dispó la niebla de la mañana, los ingleses quedaron sorprendidos y llenos de asombro al divisar aquellas nuevas fortificaciones.

Después de proceder al consiguiente reconocimiento, el almirante inglés declaró que si no se desalojaba al enemigo de aquella posición, los buques no podrian permanecer en el puerto sin exponerse á ser destruidos por completo, y la ciudad corria el riesgo de quedar reducida á cenizas.

Con tal motivo, puestos los ingleses en la alternativa de desalojar á los colonos de su posición ó evacuar de una vez la ciudad, el general Howe se decidió por el ataque, y en su consecuencia tomó las oportunas disposiciones. Washington se preparó para rechazarlo.

Al efecto, acabaron de perfeccionarse los atrincheramientos, reunióse toda la milicia de las vecinas poblaciones, y se convino en las señales con que debian entenderse desde las eminencias que forman una especie de cinturón alrededor de la playa de Boston, desde Roxbury hasta el río Mistyc.

Washington exhortó á sus soldados á que no olvidasen la jornada del 5 de marzo de triste memoria, y no queriendo concretarse á la defensiva, adoptó sus medidas para caer sobre el enemigo en ocasion oportuna.

El general Howe mandó preparar las escalas para el asalto de las fortificaciones de los colonos, y dispuso al propio tiempo que lord Percy se embarcase con un considerable cuerpo de ejército para ir á ocupar la punta opuesta á Castle Island.

Los americanos, excitados por el recuerdo de los sucesos de Breed's Hill y enardecidos por las exhortaciones de sus jefes, esperaron al enemigo, no sólo sin temor, sino con vehemente deseo de empeñar la lucha. El viento que comenzó á soplar con violencia impidió el paso

de las tropas, y el general inglés vióse obligado á aplazar el ataque hasta el día siguiente, que tampoco pudo efectuarse, porque estalló durante la noche una tempestad que embraveció el mar, á lo cual agregóse una copiosa lluvia que acabó de extremar los obstáculos.

Los americanos se aprovecharon de tales circunstancias para construir un tercer reducto y completar las demás obras de fortificación, mientras el coronel Mifflin preparaba gran número de barriles, llenos de piedras y arena, para arrojarlos sobre el enemigo en el momento en que intentara el asalto.

En vista de tales preparativos, y persuadidos los ingleses de su desventajosa situación, decidieron abandonar la ciudad, y, siguiendo las instrucciones comunicadas por lord Dartmouth, uno de los secretarios de Estado, embarcarse, para trasladarse á Halifax, con el fin de apoderarse de Nueva-York.

Con tal propósito, el general Howe reunió á los notables de Boston, y les manifestó su resolución, si Washington no se oponia á su marcha.

Los notables presentáronse á Washington, que, según parece, no vaciló en aceptar las condiciones que le propusieron, y á las primeras horas de la mañana del 17 de marzo de 1776, efectuaron su embarque las tropas inglesas y los realistas, cuyo número ascendia á mil quinientas familias.

Apénas acabó de salir de la ciudad la retaguardia, hizo por otro lado Washington su entrada triunfal con banderas desplegadas y tambor batiente, siendo recibido por sus habitantes con las más entusiastas demostraciones.

El Congreso acordó por unanimidad darle un voto de gracias, y acuñar una medalla de oro que conmemorase la evacuación de Boston, al propio tiempo que la valerosa conducta de Washington y el público aprecio.

Pocas semanas después de la marcha del general Howe, llegaron á Boston varios buques ingleses, y como ignoraban que la ciudad se hallase en poder de sus enemigos, los americanos tuvieron ocasion de capturar tres trasportes cargados de municiones, y doscientos cincuenta soldados que quedaron detenidos como prisioneros de guerra.

La América vió en este triunfo el augurio de su libertad; y cuando poco más tarde vino á confirmar su confianza la noticia de algunas ventajas importantes obtenidas en tierra y en el mar, no vaciló en rechazar vanas protestas

de obediencia que los hechos contradecian á cada paso.

Hay que advertir que en medio de aquel pueblo, aparentemente y por algun tiempo tan unánime, se hallaron pronto muchos y activos adversarios. Apénas se habian disparado los primeros tiros en Lexington, en medio del mayor entusiasmo, y ya fué preciso un cuerpo de tropas del Connecticut para sostener en Nueva-York al partido republicano contra los *tories* ó leales (1); en 1775 esta misma ciudad envió importantes refuerzos al ejército inglés, capitaneado por el general Gage, y en 1776, cuando llegó el general Howe á las costas de la misma provincia, multitud de habitantes manifestaron su alegría, renovaron el juramento de fidelidad á la corona, y empuñaron en su favor las armas. Idénticas fueron las disposiciones de Nueva-Jersey, y las tropas leales alistadas en aquellas dos provincias, igualaban en número á los contingentes republicanos (2).

En tales circunstancias, no se encontraba seguro ni el mismo Washington. Dentro y fuera de Nueva-York se fraguaron varias conspiraciones, de las cuales era el alma el gobernador Tryon, y en su consecuencia nuestro héroe obtuvo del Congreso que se nombrase un Comité secreto encargado de examinar las personas sospechosas, no pudiendo consentir que los que aparentaban mantenerse neutrales estuviesen auxiliando de una manera encubierta á los enemigos de la patria.

En Nueva York y en Long-Island fueron desarmados, detenidos y presos muchos *tories*, por haberse descubierto una vasta conspiración mediante la cual los agentes del gobernador Tryon se ocupaban en alistar hombres en el campamento americano, ofreciéndoles grandes recompensas, y tal mafia supieron darse, que lograron sobornar algunos individuos de la guardia de Washington, uno de los cuales fué juzgado y ejecutado, después de haberse probado su culpabilidad, y sus propósitos de apoderarse del ilustre general y entregarlo á los ingleses (3).

Maryland y la Georgia estaban divididas. En la Carolina septentrional y en la meridional se formaron en pocos días dos regimientos de

(1) Marshall, tom. II, pág. 151.

(2) Marshall, tom. II, págs. 55 y 445—Spark, *Vida de Washington*, tom. I, pág. 261.

(3) Marshall, tom. II, pág. 326.—Spark, *Vida de Washington*, pág. 169.—Irving, *Vida de Washington*, tom. II, pág. 242 á 46.

leales, uno de mil quinientas plazas y otro de setecientas (4).

El Congreso y los gobiernos locales emplearon al principio mucha moderación contra estas hostilidades interiores, reuniendo los amigos de la independencia: sin cuidarse de sus adversarios, sobre todo se dedicaron por medio de escritos, correspondencias, reuniones, envío de comisionados á los condados indecisos, á reanimar los ánimos, estirpar escrúpulos y demostrar la justicia de su causa, la necesidad de sus actos. Sentimientos sinceros y respetables, si se quiere, la fidelidad, la gratitud, el respeto á las tradiciones, el amor al orden, habian dado origen y fuerza al partido leal. Por corto espacio de tiempo se contentaron con no perderle de vista, y en algunos distritos llegaron hasta á tratar con él, para asegurarse su neutralidad; pero el curso de los acontecimientos, el peligro inminente y la violencia de las pasiones los indujeron á usar en breve de mayor rigor. Menearon las prisiones y los destierros, llenáronse las cárceles, empezaron las confiscaciones, á los rigores arbitrarios de los magistrados uniéronse á veces los excesos de la multitud, y el espíritu de odio y de venganza se encendió más y más.

En medio de aquella natural anarquía, originada por las circunstancias, varias provincias viéronse obligadas á pedir consejo sobre la forma de gobierno que debian adoptar, y el Congreso contestó que se sometiese la cuestion á la voluntad del pueblo, lo cual dió impulso á la idea de independencia que en aquellos momentos preocupaba la atención de todos ó la inmensa mayoría, por lo ménos, de los americanos.

Ricardo Enrique Lee, delegado de Virginia, fué de los primeros que suscitaron en el Congreso esta importante cuestion, sometiendo á la aprobación de la Cámara la proposición, y pidiendo que se suprimiesen al efecto las relaciones políticas con la Corona.

En su consecuencia se nombró una comisión con el encargo de redactar la declaración de la independencia, y mientras tanto se dieron los convenientes pasos para obtener el asentimiento de la mayoría.

Dicha declaración presentóse al Congreso tan pronto como Tomás Jefferson hubo terminado de escribirla, y después de discutirse con la detención y escrupulosidad que tan capital

(4) Irving, tom. II, pág. 309; III, pág. 50; IV, pág. 111.

asunto requería, corrigiéndose y modificándose en varios puntos, quedó aprobada. El 4 de julio de 1776 proclamóse la independencia de los Estados Unidos de América.

Washington, que había contribuido en primer término á la solución del intrincado cuanto salvador problema, comprendiendo que mer-

ced á esta declaración dejarían de tener los negocios el carácter anómalo que entorpecía la realización de algunos de sus planes encaminados á mantener los derechos y las libertades de la patria, experimentó el colmo de la más lisonjera satisfacción, y dispuso que se leyese á cada una de las brigadas del ejército. La orden



Tomas Jefferson

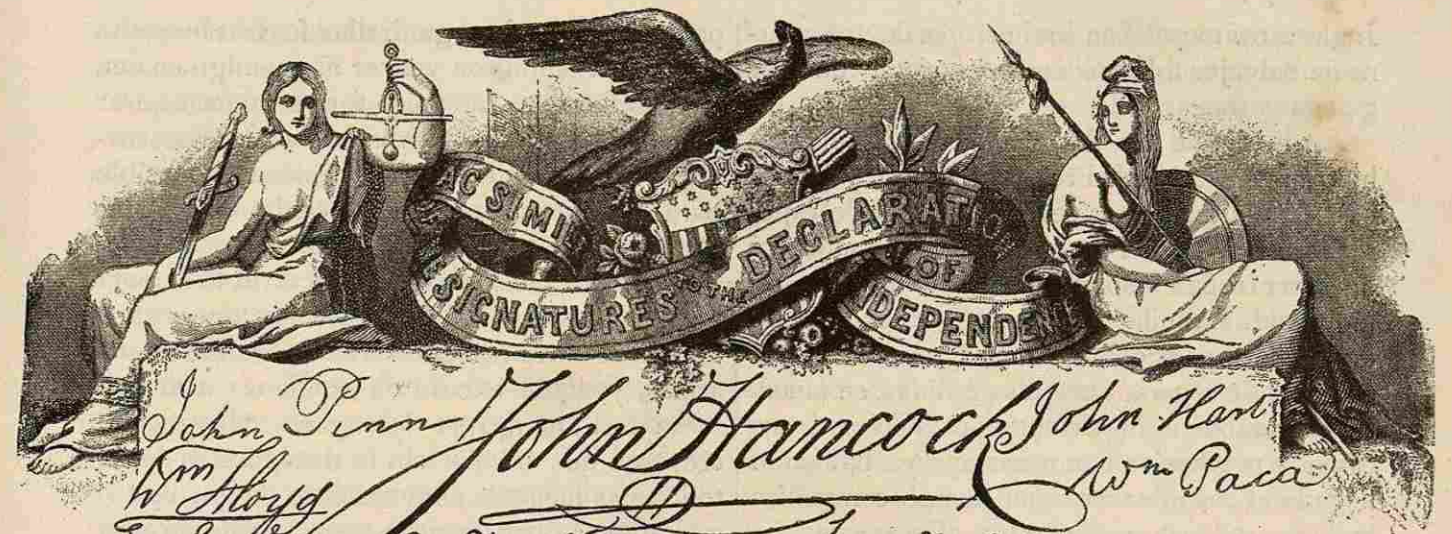
del día que publicó con este objeto, estaba concebida en los términos siguientes: «El general espera que este importante acontecimiento servirá de nuevo incentivo á todos los oficiales y soldados para conducirse con lealtad y valor, puesto que la paz y la libertad del país dependen ahora sólo del éxito de nuestras armas, y vuestro jefe tiene amplios poderes para recompensar el mérito y otorgar todos los honores que puede conceder un país libre.»

Esta gran resolución debía dar por resultado no sólo la extinción de las falsas esperanzas que aún alimentaba Inglaterra, sino que se debilitara el partido realista en América, que acaban de comprometerse del todo los partidarios

de la independencia, y que se abriera la vía á las alianzas extranjeras.

Pero en el momento mismo en que la América se erigía así en Estado, avanzaba un poderoso ejército para ahogar la insurrección; cincuenta mil hombres de tropas aguerridas iban á combatir á un pueblo que no tenía aún ni ejército organizado, ni hacienda regularizada, ni verdadera unidad.

El general Howe se apoderó poco después de Long-Island, venció en Brooklyn, ocupó á Nueva-York, centro del comercio americano, y obligó á Washington á abandonar la isla, mientras que los realistas volvían á levantar la cabeza, y las tribus indias, asalariadas por la



John Penn John Hancock John Hart
Wm Hoag Wm Parson
Sam Adams
John Adams
Step. Hopkins
Charles Carroll of Carrollton
Thos M. Ilean Roger Sherman
Wm Whipple Thomas Lynch Junr
Geo Taylor Josiah Bartlett Benj Franklin
Wm Williams Richd Stockton
Oliver Wolcott Jno Witherspoon Gro Ross
Thos Stone Samuel Chase Robt Treat Paine
George Wythe Matthew Thornton
Gran' Lewis Wm Jefferson Mary Harrison
Lewis Morris Abra Clark Genl Livingston
Arthur Middleton Fran Hopkinson
Geo Walton Cary Braxton James Wilson
Richard Henry Lee John Jay Wm Ward
Benjamin Rush John Adams Robt Morris
Lyman Hall Joseph Hewes Button Gwinnett
Francis Lightfoot Lee
William Ellery Edward Rutledge Jas Smith

Facsimile de las firmas de la Declaración de la independencia

Inglaterra, mezclaban los horrores de una guerra de salvajes á las sábias operaciones de una guerra europea.

En medio de una de aquellas derrotas, Washington escribió al Presidente del Congreso: «Nuestra situación es verdaderamente desesperada; la derrota del 27 ha desanimado mucho á nuestras tropas, inspirándoles tanto temor como inquietud. La milicia, en vez de sacar fuerzas de flaqueza para oponer una vigorosa resistencia, á fin de reparar nuestras pérdidas, se muestra intratable é impaciente por volver á sus casas, y muchos se han marchado ya, habiendo llegado el caso de irse á un tiempo compañías enteras, y hasta regimientos. Esta sola circunstancia, independientemente de otras, es ya de por sí bastante enojosa cuando hay que luchar con un enemigo formidable que cuenta con fuerzas superiores; pero cuando este ejemplo es causa de que se desmoralice el resto de las tropas que carecen de la necesaria subordinación y disciplina, sin las cuales no puede sacarse el menor partido de un ejército, nuestra situación se hace mucho más alarmante y con el más profundo sentimiento debo confesar que no tengo confianza en la mayoría de mis tropas.»

Suponiendo Howe que la derrota de Long-Island había quebrantado á los americanos, envió á Filadelfia al general Sullivan, para ofrecer al Congreso la renovación de un tratado de paz, encargándole al propio tiempo manifestase que deseaba conferenciar privadamente y como caballero con algunos miembros de la Cámara, toda vez que no le era posible reconocer su posición oficial. El Congreso resolvió enviar un Comité para que se avistara con Howe, y en su consecuencia Franklin, Juan Adams y Eduardo Rutledge marcharon como diputados á la isla de Staten, para oír á Lord Howe. La conferencia se celebró el 11 de setiembre, pero su resultado fué nulo.

No habiéndose conseguido nada con las negociaciones, hacíase preciso prepararse de nuevo á las hostilidades; pero el estado de los negocios era tan crítico, que acaso ninguno, excepto Washington, se hubiera atrevido á seguir adelante con la empresa en vista de las numerosas dificultades y obstáculos que por todas partes la rodeaban. El carácter de la lucha era tal, que apenas podía sostenerse ésta sin llevar á cabo alguno de esos brillantes hechos de armas que son necesarios para reanimar el espíritu público, excitando el entusiasmo del

país; y con sus desorganizadas fuerzas no podía esperar Washington vencer al enemigo en una batalla decisiva. Lo único á que podía aspirar era á entorpecer la marcha de los ingleses, cortando las comunicaciones y haciendo lo posible para que no adelantasen, lo cual parecía más prudente que buscar inevitables derrotas ó victorias imposibles. Hasta que ocurrió la derrota de Long-Island, lisonjeábanse los americanos de que el éxito favorecería constantemente sus armas, y aquel exceso de confianza hizo que fuese más amargo su desengaño. Al principio creyeron que el valor sin la disciplina lo haría todo, mas luego se convencieron de que se necesitaban ambas cosas, y esto desanimó á la milicia, induciéndola á volver á sus casas, abandonando sus banderas por compañías y hasta por regimientos.

El general Howe no creyó conveniente bombardear á Nueva-York, por encontrarse allí muchos de sus partidarios, y envió varios buques por los ríos del Norte y Oriente, dando orden para que, protegidos por el fuego de los cañones, desembarcasen sus tropas el día 15 en Kip's Bay, á unas tres millas de distancia de la ciudad. Los americanos habían hecho en aquel punto algunas obras para resistir al enemigo hasta que llegasen nuevos socorros; mas apenas saltaron en tierra los ingleses, sintieron sobrecojidos de pánico las tropas allí apostadas y huyeron apresuradamente, comunicando su terror á las dos brigadas de Connecticut, que á las órdenes de Parson y Felow acababan de llegar hacia poco, por haberse recibido la noticia del proyectado desembarque.

Precisamente en aquel crítico momento llegaba Washington rápidamente, y al ver el vergonzoso desorden y confusión de su gente, trató de reunir á la aterrada milicia, pero todo fué en vano, pues sus esfuerzos no bastaron para evitar la ignominiosa fuga de su tropa. En un arranque de indignación y de cólera, Washington arrojó su sombrero al suelo exclamando: «¡Estos son los hombres que me dan para que defiendan las libertades de América!» Así diciendo apuntó sus pistolas á varios de los fugitivos, y sacando luego su espada para contener á los que pasaban á su lado, acercóse tanto al enemigo que fácilmente se le hubiera podido coger prisionero, pero uno de sus ayudantes de campo se apoderó entonces de las riendas del caballo del jefe y le hizo abandonar aquel sitio peligroso. Actos como aquel eran suficientes para dar á conocer hasta qué punto se excitaba la vehe-

mencia de Washington en los momentos más críticos.

Diéronse entonces inmediatamente órdenes para evacuar la ciudad de Nueva-York de una vez, y como la retirada se hizo apresuradamente, esto ocasionó algunas pérdidas, porque hubo que abandonar al enemigo toda la artillería pesada y una considerable cantidad de municiones y otros efectos de guerra. Á no haber sido porque los ingleses tuvieron que detenerse en Murray-Hill hasta que llegasen nuevos refuerzos, es casi seguro que todas las tropas americanas á las órdenes de Putnam habrían sido completamente derrotadas por el enemigo. Bien puede decirse que esta circunstancia, según manifestó también el coronel Grayson, fué la que salvó al ejército americano.

Las tropas reales entraron inmediatamente en la ciudad, donde fueron recibidas por los Tories con el mayor entusiasmo. El resentimiento entre los dos partidos contrarios que luchaban en Nueva-York, había llegado ya á su colmo, y prueba de ello fué el suceso ocurrido algunas noches después. El 21 de setiembre, estalló en la ciudad á las altas horas de la noche un terrible incendio que á causa de la fuerza del viento, se propagó en breves instantes con alarmante rapidez. Más de mil edificios, incluso la iglesia de Trinidad, fueron pasto de las llamas, y á no ser por los esfuerzos de los soldados y marineros, es muy probable que toda la ciudad habría sido destruida. Al comentar este suceso, díjose que los hijos de la libertad eran los incendiarios, y que habían hecho aquello con el fin de obligar al ejército á que se retirase. Los soldados ingleses arrojaron á las llamas á varias personas que se sospechó eran culpables.

Pocos días después Washington tuvo la satisfacción de ver conducirse valerosamente á las mismas tropas que de una manera tan vergonzosa habían abandonado el campamento de Kip's Bay, pues en una escaramuza ocurrida el día 16, después de haberse posesionado los ingleses de Nueva-York, un destacamento, al mando del coronel Knowlton, apoyado por las tropas del mayor Leitch, encontró al enemigo y lo rechazó con sin igual denuedo, costando no poco trabajo obligar á los americanos á que suspendieran la lucha. Esta victoria costó, sin embargo, muy cara, pues tanto el mayor Leitch como el coronel Knowlton quedaron mortalmente heridos. Al hablar de este último, dijo Washington: «que era un hombre que hubiera

honrado á cualquier país.» Este encuentro influyó favorablemente en el ejército americano.

Como Washington se hallaba perfectamente atrincherado en las alturas de Harlem, el general Howe no creyó prudente atacarle y permaneció quieto en las llanuras por espacio de tres semanas. Sin embargo, en el campamento americano comenzaron á reinar bien pronto las enfermedades, y como se carecía de un hospital á propósito, los soldados se veían en la precisión de acomodarse lo mejor posible en los pajares, en los establos y hasta en las orillas del camino. Tanto por esto como por otras circunstancias, hicieron al poco tiempo muy frecuentes las deserciones, notándose una escandalosa tendencia á desobedecer las órdenes de los jefes y á cometer varios excesos. No es extraño, pues, que el comandante en jefe se mostrase sumamente inquieto por el porvenir, con tanta más razón cuanto que el ejército, alistado por un año, se hallaba en vísperas de cumplir el tiempo de servicio, lo cual hizo reflexionar de nuevo á Washington sobre aquel fatal sistema de enganches, gracias al cual las veteranas tropas del enemigo sólo tenían que luchar con una milicia bisoña.

Robando algunos momentos á las horas que dedicaba al sueño, Washington escribió en la noche del 24 de setiembre una enérgica y admirable carta al presidente del Congreso demostrando de una manera concluyente la insuficiencia, la confusión y los contratiempos que acarrea la mal entendida organización del ejército. Después de indicar el único remedio que podía aplicarse, el jefe terminaba su carta con estas palabras: «No hay en el mundo situación más miserable que la de un hombre que como yo se haya encargado de un ejército compuesto de tropas indisciplinadas y que carecen de todo lo necesario. Las dificultades de que me he visto rodeado desde que me hallo en el servicio; los disgustos que continuamente he recibido por ver frustradas todas mis esperanzas y deseos; el deplorable estado de los asuntos, que me hacen siempre temer que el Congreso censure mi conducta, y por último, la imposibilidad de dirigir un ejército compuesto de elementos tan heterogéneos, es más de lo que se necesita para persuadirse íntimamente de que á menos de que se cambie nuestro sistema militar, no me será dable llevar á cabo las operaciones á satisfacción del público, que es la única recompensa que he deseado desde un principio.»

La más profunda consternación parecía haberse apoderado de los Estados vecinos, pues cada uno de ellos, temiendo por sí mismo, rehusaba prestar socorro á los demás. Aún quedaban algunos regimientos de tropas regulares en las fronteras del Canadá, mas era preciso conservarlas en aquel punto para contener el progreso del enemigo, prescindiendo de que el tiempo de su servicio iba á concluir muy pronto. Añádase á todo esto el inminente peligro de las sediciones por parte de los descontentos, que ya en varios puntos hacían lo posible en favor de la causa de la Gran Bretaña; y tanto es así, que habiéndose sabido que en el condado de Monmouth, en la provincia de Nueva-Jersey, iba á estallar una insurrección, vióse precisado Washington á destacar una parte de sus mercedas fuerzas para contener á los trastornadores. La presencia del victorioso ejército inglés, por otra parte, disipó el terror que en un principio inspiraran los patriotas á los realistas, los cuales se abandonaron sin reserva al resentimiento que les animaba contra sus enemigos.

En aquel triste estado de cosas, los comisionados ingleses resolvieron dirigirse al pueblo por segunda vez, de una manera más enérgica, y al efecto el 30 de noviembre circularon una proclama en la cual se ordenaba que volvieran á sus casas todos aquellos que hacían armas contra el Gobierno de S. M., y que las personas que se ocupasen en reunir tropas, armar buques ó molestar á los súbditos del rey, dejaran de ejecutar semejantes actos, que no podía autorizar el poder usurpador. Al mismo tiempo los comisionados prometieron «que todo aquel que en el término de sesenta días, á contar desde la fecha de la proclama, se presentase á cualquier gobernador ó al comandante en jefe del ejército británico en América, ó á un oficial, jefe de un puesto, para obtener el beneficio que se ofrecía, sometiéndose á obedecer á S. M. y no hacer armas contra el Gobierno, se le perdonaría por completo el crimen de traición.»

Al ver que Lord Cornwallis avanzaba, Washington abandonó á Newark y se retiró á Brunswick, pequeño pueblo de Raritan, y mientras se hallaba allí espiró el tiempo de servicio de las tropas de Maryland y Jersey, sin que bastaran las observaciones del comandante en jefe para inducir las á quedarse. Como el general británico continuaba avanzando, Washington no tuvo más remedio que proseguir su retirada. «El día 7 de diciembre, dice Steadman, nuestro ejército salió de Brunswick á las cuatro de la

mañana y llegó á Princeton á la misma hora por la tarde, desde cuyo punto partió Washington con la brigada Stirling una hora ántes que llegara el jefe británico. Este último descansó en Princeton diez y siete horas, y habiéndose puesto en marcha á las nueve de la mañana del 8, llegó á Trenton á las cuatro de la tarde, precisamente cuando el último bote del general Washington cruzaba el río, como si se hubiera calculado con toda exactitud cuál era el tiempo necesario para dejar escapar al enemigo.

Habiendo llegado á Trenton un refuerzo de unos dos mil hombres procedentes de Pensilvania, que pudieron reunirse merced á los esfuerzos del general Mifflin en Filadelfia, tuvo intenciones Washington de atacar al enemigo; mas como llegara á su conocimiento que Cornwallis acababa de recibir también refuerzos, desistió de su idea, y el 8 de diciembre interpuso el Delaware entre sus tropas y los ingleses.

El día 12 de diciembre el Congreso juzgó prudente trasladarse á Baltimore, donde se propuso esperar algún tiempo hasta ver qué giro tomaban los negocios.

Cuando el comandante en jefe se retiraba por Jersey, envió un mensaje al general Lee, que se había quedado con una división del ejército en North-Castle, encargándole eficazmente que se pusiera en marcha á toda prisa hacia Delaware, á fin de reunirse con el resto de las tropas; pero aquel oficial, á pesar de lo crítico de las circunstancias y de las apremiantes órdenes de Washington, no se dió prisa alguna á obedecer. Deseoso sin duda de mandar separadamente y de no someterse á una autoridad superior, no emprendió la marcha hasta el 4 de diciembre, y entonces avanzó lentamente hacia el Sur, á la cabeza de sus tres mil hombres, movimiento que fué fatal para su propia persona. Al llegar á Baskingridge, en el condado de Morris, el día 13 de diciembre, separóse de sus tropas á cierta distancia para descansar un rato, sin tomar ántes la precaución de poner centinelas, reprehensible descuido que dió lugar á que el coronel Harcourt, que con un destacamento de caballería ligera tenía orden de observar los movimientos de la división de Lee, pudiera acercarse á éste, guiado por un tory, y haciéndole prisionero, le enviara acto continuo á Nueva-York, donde estuvo incomunicado por algún tiempo, considerándosele, no como prisionero de guerra, sino como desertor del ejército británico.

La captura del general Lee se consideró como una gran desgracia por los americanos, pues en aquella época habíase granjeado el aprecio y confianza del ejército y del país; mas los ingleses, por su parte, se alegraron tanto como si hubiesen obtenido una victoria, pues dijeron que tenían ya en su poder al paladín americano.

Poco después de su retirada, conociendo Washington que las amargas lecciones de la experiencia habían hecho comprender suficientemente que era preciso organizar de una manera estable el servicio militar si se quería salvar la causa americana, dirigió una memorable carta al presidente de la Cámara, en la cual le expresaba con la mayor claridad y energía sus particulares y fundadas opiniones. «Mis sentimientos como militar y como hombre,—le escribía,—me han obligado á decir que ninguno tuvo nunca que luchar con tantos contratiempos como yo, é inútil es añadir que el sistema de alistamientos y la mal entendida organización de la milicia han sido el origen de todas nuestras desgracias y de la sensible acumulación de la deuda. Estamos viendo que las fuerzas del enemigo aumentan diariamente con los descontentos, y esas fuerzas, cual otra bola de nieve que al rodar recoge nuevas partículas, irán progresando, á menos que no se adopten enérgicas medidas para contener tal progreso. La milicia podría servir por lo pronto; pero dentro de muy poco tiempo ya no debemos contar con ella, porque se marchará para no volver. El ejemplo lo tenemos en Nueva-Jersey, en Pensilvania. ¿Qué salvó á Filadelfia sino el río Delaware? ¿Puede haber nada más perjudicial que el sistema de dar diez duros de premio á los individuos de la milicia que se enganchan para servir seis semanas, que vienen sin que sepais cómo, que se van sin que sepais cuándo, que consumen vuestras provisiones, dejan exhaustos vuestros almacenes, y se marchan luego en el momento más crítico? Esos son los hombres que tengo á mis órdenes desde hace diez días á esta parte; esa es la base de que depende vuestra causa hasta que tengais un ejército permanente bastante numeroso para oponerse al enemigo.» Y luego de añadir que no eran suficientes para continuar la guerra los ochenta y ocho batallones que se había dispuesto organizar, concluía: «Podrá creerse que me salgo del límite que me imponen mis deberes, y que adopto y aconsejo medidas con harta ligereza; pero mi carácter, mi situación y el haber consagrado mi vida á la causa de la libertad, me

parece suficiente excusa para que se me dispense.»

El Congreso se sintió hondamente impresionado ante tales observaciones, y resolvió conferir ilimitados poderes á Washington, invistiéndole de hecho con la dictadura militar, con cuyo motivo se consignó el siguiente acuerdo: «El general Washington queda desde ahora revestido de amplios poderes para organizar y reunir de la manera más expedita, en los Estados-Unidos, diez y seis batallones de infantería, además de los que ya se votaron por el Congreso. También podrá nombrar los oficiales que juzgue necesarios, equipar tres mil hombres para caballería ligera, tres regimientos de artillería y un cuerpo de ingenieros, señalando á todos la paga que en su concepto fuese debida. Asimismo se le autoriza para que recurra á cualquiera de los Estados á fin de que se le provea de la milicia que crea necesaria, pudiendo igualmente establecer almacenes donde sea conveniente, nombrar ó suprimir oficiales hasta la categoría de brigadier, tomar en donde quiera que se halle cuanto le haga falta para el ejército, y prender ó desterrar á todos aquellos que rehusen tomar parte en la concurrencia continental, ó que no favorezcan la causa americana, enviando á los culpables á los Estados de su naturaleza para que se les juzgue por el delito en que hubieren incurrido.»

Estos poderes se le confirieron por seis meses, y al participar al Congreso que quedaba enterado de tal medida, se expresó en las siguientes frases: «Si mis esfuerzos no se vieran coronados con el feliz éxito que deseo, confío que se achacará la falta á la verdadera causa, esto es, á la aflictiva situación de nuestros negocios, y á las dificultades con que tengo que luchar; nunca á la falta de celo por mi país y sus intereses, que siempre he defendido y defenderé á todo trance.»

Se sabía que la libertad nada tenía que temer de él, y nunca, por consiguiente, hizo uso de aquellas facultades extraordinarias sino en bien de la patria.

Las victorias de Trenton y de Princeton, el 25 de diciembre de 1776, le valieron el título de salvador de la patria. Se reanimó el entusiasmo, y acudieron á su campamento numerosas milicias.

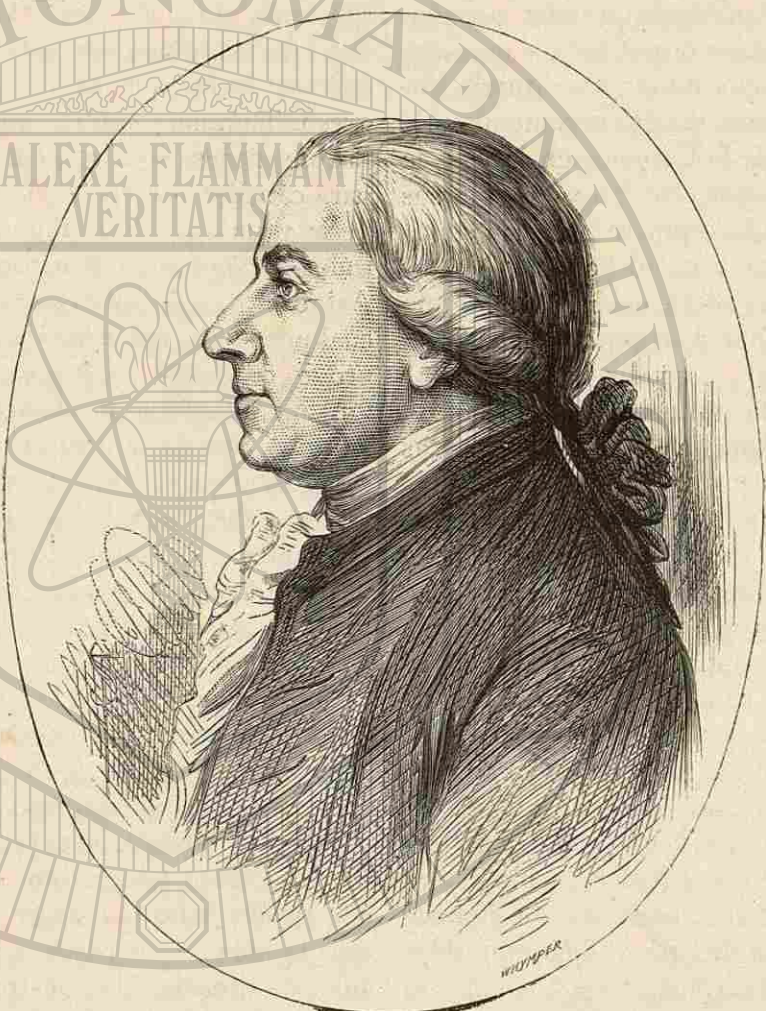
Sin embargo, los ingleses todavía tenían sobre él incontestables ventajas, por lo que resolvió no exponer al azar de una batalla la libertad de su país, y parapetado en las montañas

de Jersey, tuvo, por decirlo así, la guerra en suspenso. La campaña, pues, de 1776 se terminó sin acontecimiento decisivo.

Uno de los principales méritos del ilustre general americano consistía en saber evitar los hechos de armas, frustrar los designios del enemigo y ganar tiempo. Además de saber hacer la guerra, sabía dirigirla. La consideraba sólo como un

medio, dependiente siempre del fin principal y definitivo, el buen éxito de la causa, la independencia del país.

Ni los consejos de algunos generales, amigos suyos, ni las calumnias de sus rivales, ni las quejas de los Estados devastados por el enemigo, ni los clamores populares, ni el deseo de la gloria, ni las instancias del Congreso pudieron



Enrique Laurens

hacerle desistir de su sistema, hijo de su arraigada convicción, producto de su reconocida prudencia. «Conozco mi posición,—decía en tales circunstancias;—sé que se espera mucho de mí; sé que sin tropas, sin armas, sin municiones, sin ninguna de las cosas que son necesarias á un soldado, no se puede hacer casi nada. Y lo más doloroso es que no me puedo justificar ante el mundo sino declarando mis necesidades, divulgando mi debilidad, y perjudicando la causa que defiendo. Pero he decidido no hacerlo... Mi situación me desagradaba á veces tanto, que si no atendiese más al bien público que á mi reposo, mucho tiempo hace que lo hu-

biera aventurado todo á la suerte de una batalla (1).»

El año siguiente, 1777, fué más abundante en importantes acontecimientos. La Inglaterra, que había concentrado fuerzas considerables en el Canadá, y que cubría de buques las costas de los Estados-Unidos, no descuidó nada para ahogar de una vez la insurrección. Un cuerpo de ejército descendió del Canadá, mientras que otro recibió la orden de invadir por Rhode-Island el centro del país, y un tercero de penetrar en el Sur por Nueva-York y Filadelfia. Estos

(1) Writings, tomo III, pág. 284.

tres ejércitos debían mantenerse á conveniente distancia el uno del otro, para reunirse en caso necesario. Nunca la libertad americana se había visto en tan gran peligro.

El general Howe venció á Washington en Brandywine, el 11 de setiembre, y apoderándose de Filadelfia, obligó al Congreso fugitivo á establecerse en Trenton, y después en York.

Pero la constancia del ilustre general americano no tardó en hacer casi estéril aquella victoria. Inquebrantable en su perseverancia, cuando la duración de la lucha y el cansancio nacional producían un desaliento demasiado próximo á la apatía, se apresuraba á obrar, á probar fortuna, sin prescindir por esto de su habitual prudencia, para hacer sentir al país la



El general Burgoyne

presencia de su ejército y confortar los corazones.

A esta paciencia patriótica, añadía aún otra más meritoria. Los sucesos prósperos de sus tenientes no le causaban ni molestia ni envidia; por el contrario, cuando el bien público lo aconsejaba les proporcionaba generosamente las ocasiones y los medios de alcanzarlos. Admirable desinterés, raro aún en las almas grandes, hermoso en medio de las envidias de una sociedad democrática, y que quizás se unía en él á una profunda tranquilidad interior sobre su superioridad y su gloria.

Cuando el horizonte estaba oscuro, cuando repetidos desastres y largos padecimientos pa-

recían poner en peligro al general, y provocaban los desórdenes, las cábalas, las insinuaciones hostiles, levantábase pronto una voz poderosa, la voz del ejército que rodeaba á Washington con afectuoso respeto, y le ponía á cubierto de quejas y enemistades.

En aquel invierno de 1777 á 1778, mientras el ejército, acampado en Walley Forge, estaba expuesto á las más duras pruebas, algunos hombres desleales urdieron una trama contra Washington, la cual llegó hasta el Congreso. El general les opuso una severa franqueza, diciendo sin reserva, sin falsas consideraciones, lo que pensaba de sus enemigos, y dejando que hablase por él su conducta.

Era aventurarse mucho en aquellos momentos; pero la estimación pública se hallaba tan arraigada, y le sostenían tan calurosamente sus amigos lord Stirling, Lafayette, Green, Knox, Patrick, Laurens, y el ejército manifestó tan vivamente su opinión, que triunfó casi sin defenderse. El irlandés Conway, principal autor de la cábala, después de retirarse, seguía injuriándole. El general Cadwalader se irritó, y nació de esto un duelo. Conway, herido gravemente y creyéndose próximo á morir, escribió á Washington: «Pudiendo sostener aún la pluma algunos minutos, los aprovecho para expresar á V. E. mi sincero sentimiento de haber hecho, escrito ó dicho nada que haya podido desagradarle. Mi vida se acerca á su término, y la justicia y la verdad me impulsan á hablar así. Considero en V. E. un grandé hombre, un hombre excelente. Dios le deje gozar muchos años del amor, del aprecio y de la veneración de estos Estados, cuyas libertades ha sostenido con sus virtudes (1).»

De este modo el respeto á Washington se revelaba aún en las tramas urdidas contra él, encontrándose hasta en la desobediencia.

En el estado de penuria y de desorden en que recaía continuamente el ejército americano, la influencia personal de Washington, el afecto que le profesaban, el deseo de imitar su ejemplo, el temor de perder su estimación, ó sólo de afligirle, deben contarse entre las principales causas que impidieron dejar las filas á muchos oficiales y soldados, reanimando su celo y formando entre ellos ese espíritu militar, esa amistad de los campamentos, fuerza grande, noble compensación de una profesión tan fatigosa.

Es un privilegio, frecuentemente corruptor, de los hombres grandes, inspirar afecto y adhesión sin experimentarlos á su vez; pero Washington estuvo exento de este vicio. Amaba á sus compañeros, á sus oficiales, á su ejército; se lastimaba de sus males y protegía sus intereses, no sólo por justicia y deber, sino por un tierno sentimiento que le unía á ellos, y en el que se mezclaban la compasión y la gratitud.

En el estado poco tranquilizador en que se encontraban las cosas, sobre mediados de 1777, llegaron del Norte las noticias más consoladoras. El ejército del Canadá se había visto obligado á retroceder, después de algunos insignificantes triunfos. La jornada de Saratoga había

quedado indecisa, y Burgoyne, que mandaba los restos de aquel ejército, tuvo que deponer las armas ante el general Gates, el 17 de octubre.

La causa americana ganaba terreno; pero la mala organización del ejército y la impotencia del Congreso hacían siempre muy incierto el éxito de aquella gran lucha. En honor de la verdad y si se ha de juzgar por lo que los más autorizados historiadores consignan, hasta el mismo Washington, expuesto incesantemente á servir de blanco de la calumnia, sólo se mantenía en su puesto, á pesar de su perseverancia y su firmeza, por la adhesión que había jurado á un partido que no aceptara sino por deber, cuando un acontecimiento súbito exaltó todos los ánimos y pareció decidir la cuestión.

Desde el principio de su insurrección, las colonias americanas procuraron atraer á su causa á las naciones mal dispuestas contra Inglaterra, y en 1776 enviaron á Franklin cerca de Luis XVI. Pero fuera cual fuese el interés que excitaban en él las rebeliones, y el deseo que experimentaba de borrar la vergonzosa mancha de la paz de París, el gobierno francés había negado hasta entonces á intervenir, contentándose con favorecer secretamente los envíos de armas que el comercio hacía, con abrir puertos á los corsarios americanos, ó con dejar en completa libertad á los que querían tomar una parte activa en aquella filosófica cruzada. Los triunfos de los americanos, sin embargo, y el anhelo de la opinión pública, altamente declarada, lo consiguieron al fin, y Franklin, apresurando esta resolución, mereció el bien de su país. El 6 de febrero de 1778, Luis XVI reconoció la independencia de los Estados Unidos, y concluyó un tratado de comercio, acompañado de otro de alianza ofensiva y defensiva, en el caso en que estallara la guerra entre Inglaterra y Francia.

Esta noticia consternó á Inglaterra; pero semejante consternación convirtióse pronto en furor, y quedó declarada la guerra. El parlamento, hasta entonces dividido, se mostró unánime, y lord Chatam, defensor constante de las colonias, murió llamando á sus conciudadanos á la venganza y lanzando contra la Francia terribles imprecaciones.

Los ingleses llegaron á ofrecer en su cólera más de lo que la América pedía; pero ésta negóse á hacer traición á la Francia, y no quiso creer en la sinceridad de las promesas de lord North.

A la accesión de la Francia siguióse muy pronto la de España en 1779, y la de Holanda en 1780, y cambiaron el alcance y carácter de la guerra.

Merced á la posición que ocupaba Washington y á su actividad durante el invierno y la primavera, el ejército inglés comenzaba á verse muy estrechado en Filadelfia, donde se iba acabando el forraje y las provisiones. Es cierto que una parte del pueblo de Pensilvania favorecía la causa del rey y que muchos llevaban víveres á Filadelfia, donde se les pagaba en oro ó plata, mientras que el ejército de Valley Forge sólo podía abonar sus compras en papel moneda de valor dudoso; pero no era tan fácil llegar á Filadelfia, pues las partidas de americanos interceptaban con frecuencia á los especuladores, apoderándose de los víveres sin pagarlos, y no pocas veces añadían á esto el castigo corporal.

Como era probable que pronto llegara una escuadra francesa á las costas de los Estados Unidos, ordenó el gobierno inglés á Sir Enrique Clinton que evacuase Filadelfia á la mayor brevedad, recomendándole al propio tiempo enviase una parte de sus fuerzas á las posesiones francesas de la India occidental y las demás á Nueva-York. En su consecuencia, Clinton embarcó parte de sus tropas, y haciendo los preparativos necesarios para atravesar por Nueva Jersey con el grueso de las fuerzas, abandonó el 18 de junio á Filadelfia, en tanto que Arnold marchaba con un pequeño destacamento á encargarse del mando en aquel punto. A los pocos días volvió el Congreso á dicha ciudad para reanudar sus tareas.

En aquella época el ejército inglés, que ocupaba á Nueva-York, Filadelfia y Rhode-Island, se componía de treinta mil hombres, mientras que el de Washington no pasaba de la mitad, siendo probable que no pudiera elevarse á más de veinte mil hombres. Aun cuando el consejo de guerra suponía que las fuerzas inglesas eran mucho más inferiores, no se creyó oportuno tomar la ofensiva, y á excepción de Washington y otros dos ó tres oficiales, la mayoría optó por no atacar al enemigo ni dar una batalla decisiva. Lee, que acababa de ser canjeado, llegó hasta el punto de decir que sería criminal arriesgar una acción con un enemigo tan superior en disciplina, y como otros muchos oficiales opinaron del mismo modo, Washington tuvo que resignarse, pues aunque él estaba por la batalla, no quería obrar contra

las opiniones de su consejo en asuntos de tanta importancia.

De los dos caminos que conducían desde Filadelfia á Nueva-York, tanto el de la orilla oriental del Delaware como el de la occidental iban á terminar en Trenton, y como el ejército inglés no se viera molestado por los americanos, cruzó el río por Gloucester Point, tomando luego el último de los citados caminos.

Comprendiendo Sir Enrique Clinton que tenía que atravesar un país que le era hostil, tuvo la prudencia de llevar consigo un gran número de bagajes y de víveres; pero precisamente esto entorpeció la marcha del ejército, que tardó siete días en recorrer ménos de cuarenta millas. Aquella lentitud hacía creer á los americanos que Sir Enrique Clinton estaba dispuesto para el ataque, razón por la que el general Maxwell, que se hallaba apostado en Mount Holly, se retiró al aproximarse los ingleses, y ni este jefe ni Dickinson tuvieron por conveniente molestarle.

Como el ejército inglés se hallaba á corta distancia del Delaware, Washington, que había salido de Valley Forge el mismo día en que Sir Clinton evacuó á Filadelfia, creyó necesario dar un rodeo y cruzar el río por Coryell's Ferry, cuyo movimiento practicó el día 22 de junio, situándose luego en Hopewell, donde estuvo todo el día 23.

Washington volvió á pedir parecer al consejo de guerra cuando se hallaba en Hopewell, y como Lee persistiera en la opinión emitida anteriormente, opinión de que participaron los demás oficiales, el comandante en jefe, creyendo ya comprometida la reputación del ejército y sabiendo además que el país esperaba que se atacase al enemigo, resolvió obrar según le pareciese mejor y por su propia cuenta. Washington, aunque prudente, no dejaba de ser emprendedor y no podía persuadirse de que las probabilidades de éxito fuesen tan inciertas como querían suponerlo Lee y otros al anunciar que serían fatales las consecuencias de un ataque.

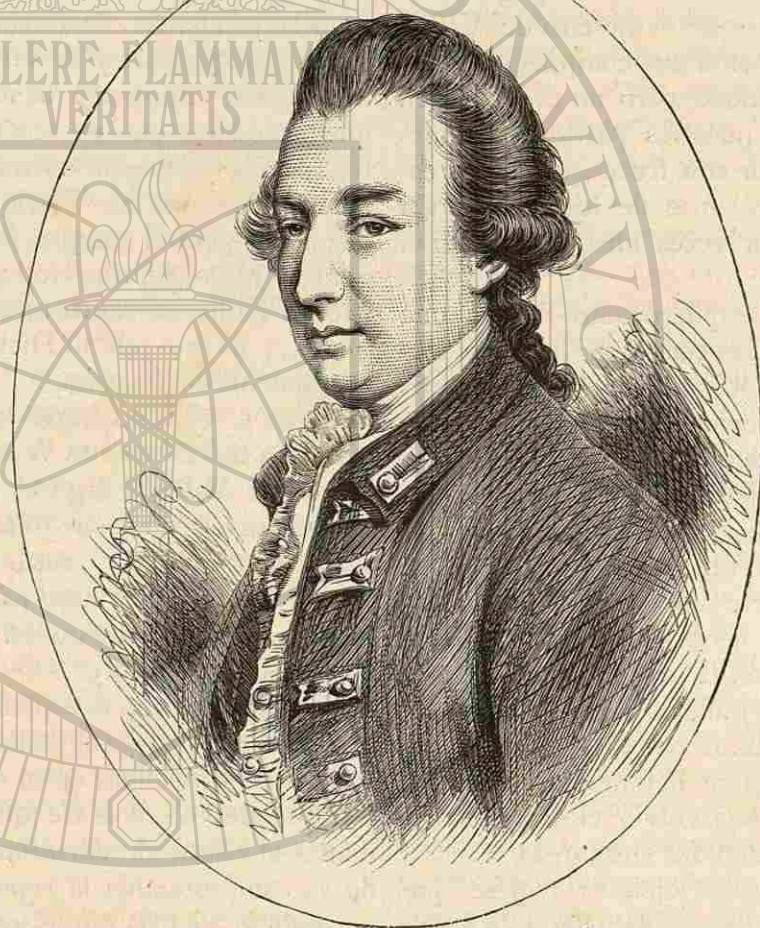
Al recibir noticia Washington de que Sir Enrique Clinton marchaba hacia Montmouth Court-House, se decidió á acometerle, como en efecto lo hizo el 28 de junio. Después de un día de reñida refriega, los ingleses se alejaron durante la noche silenciosamente. El enemigo dejó tras sí cuatro oficiales y cuarenta soldados tan mal heridos que no fué posible trasladarlos

(1) Writings, tomo V, pág. 517.

á otra parte, y luégo se supo que los ingleses habian continuado su marcha sin más interrupcion hasta llegar á las cercanías de Sandy Hook. Washington no creyó oportuno perseguir al ejército real y poco despues condujo á sus tropas á las orillas del Hudson. Los americanos perdieron en aquella accion doscientos cincuenta hombres, entre muertos y heridos, y los ingleses trescientos cincuenta, incluso los pri-

sioneros. En realidad no puede decirse que la victoria se declarara en favor de los americanos, mas á pesar de esto el resultado fué satisfactorio, pues aquellos se batieron valerosamente, y á no ser por la extraña conducta del general Lee, hubiérase obtenido á no dudarlo un triunfo completo.

Nueve dias despues de la batalla, el Congreso resolvió por unanimidad: «que se diesen las



Lord Cornwallis

gracias al general Washington por la actividad con que abandonó el campamento de Valley Forge para perseguir al enemigo; por sus acertadas disposiciones al formar la línea de batalla y por su valerosa conducta en el ataque, gracias á la cual se habia obtenido la importante victoria de Montmouth sobre el ejército inglés al mando del general Sir Enrique Clinton.»

A principios de julio, precisamente cuando el ejército inglés llegaba á Nueva-York, apareció en las costas de Virginia la escuadra francesa al mando del conde D'Estaing, que á pesar de haberse hecho á la vela en Tolon el 13 de abril, no pudo llegar ántes por serle los vientos

contrarios. Esperábase confiadamente que el conde D'Estaing encontraría aún á los ingleses en Filadelfia; y de suceder así, es seguro que aquellos no hubieran podido escaparse, viéndose cogidos entre los franceses por mar y los americanos por tierra. Al saber que las tropas británicas habian evacuado Filadelfia, el conde D'Estaing se dirigió hácia el Norte, presentándose el 11 de julio en las inmediaciones de Sandy Hook, donde lord Howe, cuya flota ascendía sólo á seis buques de línea, algunas fragatas y otros barcos menores, y que ya estaba informado de la llegada del conde, ocupábase en distribuir convenientemente sus fuerzas

para atender á la defensa de Nueva-York. Poco tiempo despues, presentáronse á la vista los buques franceses, mas no siéndoles favorable el viento, viraron de bordo el 22 de julio, y entónces se creyó que atacarían inmediatamente á la flota británica por otro punto. Sin embargo, los pilotos franceses opinaron unánimemente que no podrian atravesar la barra por Sandy Hook, y como rehusasen penetrar en el canal,

vióse D'Estaing en la precision de dirigirse hácia los cabos del Delaware, y una vez allí, variando el rumbo, encaminóse directamente á Rhode-Island, á donde arribó el dia 29 con la intencion de dar un ataque, en el cual debia auxiliarle el general Sullivan con un cuerpo de tropas del ejército de Washington y algunas fuerzas de Nueva-Inglaterra.

Al presentarse la escuadra francesa en Rho-



Coche de Washington

de-Island, envióse inmediatamente un parte á Nueva-York, y entónces Lord Howe, acudió con la suya, pero un temporal impidió el combate, y ambas armadas volvieron á sus respectivos puntos de partida; y esta empresa no tuvo inmediato resultado.

Sin embargo, con el reconocimiento de los Estados Unidos por parte de Francia, España y Holanda, con el auxilio prestado por la escuadra de la primera de estas potencias, ya no se trató solamente de la independencia americana, si que de la libertad tambien de las mares, y desde entónces la lucha, que fué extendiéndose de dia en dia, no tardó en abarcar los inmensos espacios que se dilatan desde el fondo de las Indias orientales al fondo de la América.

Sola contra tantos enemigos, la Inglaterra desplegó tan maravillosos recursos, tan increíble energía, que más de una vez faltó muy poco para que quedara victoriosa.

En el mar fué donde sobre todo dió más alta idea de su potencia. Ni la union de varias ma-

rinas poderosas, ni la habilidad de los almirantes que á la sazón mandaban las flotas francesas, ni las malas disposiciones de la Rusia, la Suecia y la Dinamarca, que concertaron una liga de neutralidad armada, pudieron triunfar de su constancia. A la toma de varias islas en las Antillas, del Senegal, de Menorca, los ingleses opusieron varias victorias navales, la ocupacion de numerosas colonias, el levantamiento del sitio de Gibraltar, y la fundacion de un nuevo imperio en las Indias orientales, lo cual bastó para hacer indecisa una lucha que parecia habia de anonadarles.

Sin embargo, fuera cual fuere el éxito de aquella guerra marítima, en último término no tuvo otro resultado que el afianzamiento de la libertad americana. Los ingleses, distraidos de sus colonias por una lucha que amenazaba todo su poderío, no consagraron ya á combatir las sino parte de sus fuerzas, y la América, por quien estallara la guerra, sólo fué desde entónces un teatro secundario de ella.

Apesar de esto, Washington tuvo que trope-

zar con grandes dificultades, ya por la equivocada opinion, que llegó á generalizarse con motivo de la alianza francesa, juzgándola como causa bastante para que quedara asegurada la independencia de los Estados-Unidos, ya por la extraordinaria baja del papel moneda, que produjo en el ejército el general descontento. Esto último dió lugar en mayo de 1779, á que los oficiales de un regimiento de Nueva-Jersey, mal pagados, cargados de deudas contraídas durante el servicio, temerosos de su suerte futura y la de sus familias, elevasen á la asamblea de aquel Estado una exposicion declarando que presentarían la dimision dentro de tres dias, si no se atendía á sus reclamaciones y se les pagaba mejor.

Washington comprendió las funestas consecuencias de tal resolucion, si se llevaba á cabo, y con este motivo escribió una carta al general Maxwel, á cuya division pertenecían aquellos oficiales, expresándose en los siguientes términos:

» Nada me ha sido tan doloroso durante toda la guerra, como la medida tomada por los oficiales del primer regimiento de Nueva-Jersey, presentando la exposicion de que me habláis, y no puedo ménos de calificarlo de un paso imprudente que acaso condenarian tambien los mismos interesados si reflexionaran un poco. Comprendo cuántas son las contrariedades que sufren los oficiales del ejército, y espero que esos señores me harán la justicia de creer que son incesantes mis esfuerzos para procurarles algun alivio; pero deben conocer, sin embargo, que satisfacer sus deseos es más difícil de lo que parece. Nuestros recursos han sido hasta aquí muy escasos, pues el estado de la Hacienda entorpece la marcha de los negocios, y aunque para todo hay remedio, debe tenerse en cuenta que no es obra de un momento. No se le ocultan al gobierno el mérito y los grandes sacrificios de los oficiales, y anhela recompensarlos; pero es preciso fijarse mucho para persuadirse de que los medios de que hoy dispone son muy limitados.

» Algunos Estados han procedido de la manera más generosa que les era posible, y si otros no pudieron imitarles, debe atribuirse sin duda á alguna causa particular, que estoy seguro desaparecerá con el tiempo. La paciencia y perseverancia del ejército en todas ocasiones, son cualidades que no pueden ménos de honrarle, tanto en el país como fuera, y esto siempre me inspiró más ciega confianza en sus vir-

tudes, lo cual me ha consolado en medio de los disgustos y reveses de fortuna á que tanto yo como los demás nos habíamos de ver expuestos en la presente lucha.

» Y precisamente ahora que estamos á punto de llegar al término de nuestros propósitos, de modo que no pueden defraudarse nuestras esperanzas, á no ser que abandonáramos vergonzosamente nuestros intereses, un cambio de principios, y acaso el olvido de lo que nos debemos á nosotros mismos y al país, esterilizaria tantos esfuerzos. Si yo creyera que podia suceder tal cosa, fuera indecible mi disgusto y mi pena, considerándome herido en mi honor, que aprecio tanto como el de todo el ejército. Pero esto me parece imposible: cualquier cuerpo de nuestras tropas que pensara sentar tal precedente, pesaría muy bien ántes las consecuencias, y estoy seguro que ningun oficial de algun discernimiento y buen criterio se atrevería á ello. Y áun cuando algunos quisieran dar semejante paso aisladamente, ¿no sentirían luego haberse puesto en evidencia ante el resto del ejército bajo un punto de vista tan mezquino? Y dado caso de que los demás siguieran el ejemplo, ¿cómo se consolarían despues de haber causado la ruina y la desgracia de nuestro país? Seguramente no podrian ménos de recordar que por su culpa habia recaído un padron de ignominia sobre todo el ejército y el carácter de un oficial americano seria entonces tan despreciable como glorioso es ahora.

» Confieso que las apariencias no son favorables en este caso; pero á mi ver suponen más de lo que en efecto hay. Los oficiales de Jersey se distinguieron siempre como ciudadanos y como soldados, y confio que ninguno de ellos es capaz de hacer cosa alguna que pueda ser una mancha para su intachable reputacion. Esos caballeros no tratan seriamente de hacer lo que dicen; han elegido mal los medios de llegar á un buen fin, pero me lisonjeo de que si reflexionan un poco renunciarán á dar un paso impropio.

» Al empezarse la campaña, precisamente en el momento de recibir órdenes de marcha para un importante servicio y cuando su honor, sus deberes al país y á sí mismos, y su consideracion militar les imponen graves obligaciones, no es de creer que esos oficiales persistan en semejante idea, pues se ofendería su delicadeza, sólo al pensar que pudiera creerse que trataban de dictar órdenes á su país, aprovechándose del apuro del momento.

» La declaracion que han hecho al Estado en tan críticas circunstancias, manifestando que á ménos que no se atiende á sus reclamaciones en el término de tres dias presentarán la dimision, no puede seguramente inducir á creer otra cosa de lo que digo.

» Espero, pues, que participareis mi opinion á esos caballeros, procurando hacerles comprender su error, pues el servicio que debe prestar su regimiento no admite la menor dilacion, puesto que las tropas deben ponerse en marcha en la mañana del lunes con direccion al campa-

mento. Confio ciegamente que no se dejará de obedecer esta órden.»

Los oficiales insistieron en sus reclamaciones, y para dar una satisfaccion á su general en jefe, dirigiéronle un escrito que terminaba con los siguientes párrafos:

«La razon y la experiencia nos inducen á no confiar en el Congreso. Entre nosotros son muy pocos los que poseen una fortuna, y muchos los que, teniendo familia, son víctimas de la ingratitude de su país. ¿Hemos, pues, de sufrir todos los contratiempos de la vida militar, miéntras



Papel moneda de Virginia

que nuestras mujeres é hijos carecen de lo más necesario, sin que haya esperanza de una recompensa, y cuando nuestra paga es puramente nominal? Seguros estamos de que V. E. no desea semejante cosa.

» Sentimos infinito piense que tratamos de desobedecer sus órdenes, cuando es nuestra intencion, y siempre lo ha sido, marchar con nuestro regimiento y cumplir con nuestro deber, hasta que la asamblea legislativa nombre los oficiales que nos hayan de reemplazar.

» Aseguramos á V. E. que siempre hemos apreciado su valor y sus virtudes, que siempre hemos cumplido sus órdenes con el mayor gusto, y que amamos á nuestra patria. Pero cuando esta es tan injusta que olvida á los que la sirven y no les recompensa como es debido, tienen que renunciar á su servicio.»

Esto nos confirma cuán grande era el ascendiente que Washington llegó á alcanzar en el ejército, cuando el respeto y la consideracion que infundía encontrábanse hasta en la desobediencia.

Reconociendo que tal justificacion reclamaba eficaces medidas, pero que al propio tiempo era

imposible acceder á su demanda, Washington concretóse á contestar á dichos oficiales, por conducto del general Maxwell, «que miéntras cumplieren con su deber no olvidaría sus servicios;» y la asamblea legislativa de Nueva-Jersey procuró adoptar algunas medidas en beneficio de las tropas, lo cual bastó para que los oficiales retirasen su reclamacion y continuaran en sus puestos.

Pero á pesar de estas y otras muchas dificultades y contratiempos, Clinton no se atrevió á permanecer en Filadelfia, y marchó precipitadamente hácia Nueva-York como ya hemos dicho.

El año siguiente, 1780, no pudo el general inglés, falto de tropas, tomar la ofensiva; y si Washington hubiese encontrado más ardor en sus conciudadanos, hubiérales sido fácil asegurar desde entónces el triunfo de los Estados-Unidos, por medio de victorias decisivas.

La llegada de Rochambeau con cinco mil franceses, trajo muy pronto estos triunfos. En vano los ingleses se apoderaron de Savannah; en vano la guarnicion de Charlestown depuso las armas ante ellos; en vano Gates y Green

fueron batidos en la Carolina; en vano la causa de la independencia perdió, con la traición de Arnold, uno de sus más valientes defensores, mientras que el ejército de Pensilvania se rebelaba y no cesaba de tomar incremento la anarquía; nada podía en adelante restablecer la dominación de Inglaterra. Todos los triunfos que

ésta obtuvo fueron estériles, y la capitulación de lord Cornwallis, en 1781, ante las fuerzas de Washington, Rochambeau, y la flota de Grarse, no le dejó muy pronto más que Savannah y Nueva-York.

El 28 de marzo de 1782 cayó el ministerio North, y la Inglaterra se resignó á tratar.



Lord Rawdon, marqués de Hastings

Intentó inútilmente separar á los americanos de la alianza francesa, y en 1782 abriéronse en París negociaciones generales, que al principio dieron por resultado un tratado mediante el cual se reconocía provisionalmente la independencia de los Estados- Unidos, y después el tratado definitivo de Versalles, en 1783. Inglaterra devolvió á Francia todas las posesiones que le había arrebatado, y reconoció el derecho de volver á levantar las fortificaciones de Dunkerque; cedió á España las dos Floridas y la isla de Menorca, y la Holanda recobró también sus colonias.

Así terminó aquella lucha gloriosa que tuvo por resultado la fundación de una nueva poten-

cia, y que sólo por esto influyó poderosamente en el porvenir del mundo entero.

Pero no fué únicamente esto lo que se obtuvo, si que desde aquel momento quedó establecido también un nuevo principio. Sin embargo de las muchas revoluciones que en nombre de la libertad habían agitado á los pueblos antes de la de América, esta fué la primera que dió por fundamento á la libertad los derechos imprescriptibles de la humanidad, proclamados más tarde por la filosofía del siglo XVIII. Bajo este punto de vista, la revolución francesa no hizo sino imitar á la América; el mundo antiguo ha sido aleccionado por el nuevo.

Tan pronto como vió asegurada la libertad

americana, Washington se apresuró á depositar en manos del Congreso los poderes extraordinarios que recibiera. Los adquirió sin ambición, y los dejó sin pesar, después de haberse mostrado tan celoso de ellos mientras duró el peligro.

¡Admirable fuerza de voluntad, de grandeza de alma, de virtudes cívicas, las de aquel grande hombre! Durante aquellos nueve años de lucha, y aún después de ella, no faltaron á Washington obstáculos, contratiempos, enemigos, traiciones, errores, cansancio público; pero su fe y esperanza no vacilaron un momento. En los días más aciagos, decía: «No puedo dejar de esperar y creer que al fin el sano juicio del pueblo triunfará de sus preocupaciones... No puedo pensar que la Providencia haya hecho tanto para nada... El gran Soberano del universo nos ha conducido tan lejos en la senda de la dicha y de la gloria, que no querrá abandonarnos á la mitad del camino. Nuestra locura y mala dirección es fácil que nos desvien de tiempo en tiempo; pero estoy convencido de que conservamos el sano juicio y la virtud suficientes para volver al buen camino antes de perdernos del todo (1).»

Una gran confianza en su manera de obrar, unida á la más poderosa energía de convicción, le acompañaban en la estimación de las cosas así como en la práctica de los negocios. Dotado de entendimiento muy libre, más bien á fuerza de exactitud, que por riqueza y flexibilidad, no recibía de nadie sus ideas, ni las adoptaba por prevención, sino que las formaba con la simple vista ó con el atento estudio de los hechos, sin ninguna interposición ó influencia, siempre en relación directa y personal con la realidad. Por esto cuando había observado, meditado y fijado su plan, nada le interrumpía; no se estancaba en la duda ó en la incertidumbre por las ideas de otro, ni tampoco le detenía el deseo de aprobación ó el temor de que le contradijesen. Confía en Dios y en sí mismo: «Si fuera dado á algún poder terreno—decía—ó si el gran Poder supremo quisiera desplegar el estandarte de la infalibilidad en las opiniones políticas, ninguno acudiría á alistarse bajo él más pronto que yo, mientras sirviese al público. Pero habiendo visto hasta ahora que la mejor guía son las rectas intenciones y el atento examen de las cosas, no seguiré otras máximas mientras viva (2).»

(1) Writings, tom. IX, págs. 5-383-392.

(2) Writings, tom. XI, pág. 70.

Al entendimiento libre y firme unia un gran corazón, dispuesto siempre á obrar según le dictaba su pensamiento, y que aceptaba la responsabilidad de su acción. Fuese la ocasión grande ó pequeña, próximas ó remotas las consecuencias, Washington, una vez convencido, seguía adelante, fiando en su convicción. Al ver su tranquilidad, hubiérase dicho que le era natural decidir asuntos y salir garante de ellos: indicio seguro de un genio nacido para gober-



Pablo Jones

nar; admirable poder cuando va unido á un concienzudo desinterés.

En varias ocasiones dió de ello eficaces y elevadas pruebas: en 1782 rechazó el poder supremo y la corona, que le ofrecieron oficiales descontentos, expresándose en los siguientes términos en su contestación á la carta que le escribió el coronel encargado de transmitirle semejante proposición: «Con la mayor sorpresa y asombro he leído atentamente el contenido de vuestra carta, y puedo aseguraros que nada de lo ocurrido en el trascurso de la guerra me ha causado tanta aflicción como el saber que el ejército abunda en las ideas que acabais de comunicarme, y que repruebo severamente. A nadie daré por esta vez conocimiento del hecho, y guardaré el secreto religiosamente, á no ser

que me vea precisado á descubrirlo, por suscitarse de nuevo esta cuestion.

»No acierto á explicarme cómo puede haber dado lugar mi conducta á que se me haga una proposicion que, en el caso de aceptarla, habia de ocasionar males sin cuento á mi país. Seguramente no podriais haber encontrado una persona á quien fuera más desagradable vuestra proposicion, si bien al mismo tiempo debo confesar que ningún hombre desea más sinceramente que yo hacer justicia al ejército, y que en cuanto lo permitan mis medios é influencia consagraré todos mis esfuerzos á conseguir dicho objeto, si se presentara ocasion oportuna. En este caso, permitidme aconsejaros que por consideracion á vuestro país, á vos mismo, y á la posteridad, ó por respeto hácia mí, desecheis esas ideas, teniendo especial cuidado de no comunicarlas á nadie.» ¡Dura y merecida leccion, que prueba de una manera inequívoca y sublime la elevacion de miras, el patriotismo, la incorruptible rectitud é integridad del ilustre jefe americano, del eminente republicano.

Al año siguiente, 1783, próximo ya á licenciarse el ejército, tuvo ocasion de prestar un nuevo servicio á la patria, calmando el descontento de las milicias que querian obtener por medio de la fuerza los atrasos que el Congreso injustamente les negaba. Con tal motivo, reunió á los oficiales, bajo la presidencia del general Gates, y luego de dirigirles la palabra exponiéndoles varias razones de la manera que sabia hacerlo para calmar sus ánimos y disponerles á que adoptasen medidas de moderacion, terminó diciéndoles: «Mis fuerzas se han gastado sirviendo á mi patria; mas nunca he puesto en duda su justicia.» Y procedió á la lectura de un manifiesto en el que se revelaban los sentimientos más caballerescos y patrióticos, excitando al ejército á que no recurriese á la violencia, manchando su buen nombre despues de haber hecho tantos sacrificios, y prometiendo emplear todos sus esfuerzos para que se reconociesen los derechos y privilegios de los oficiales.

Todos se sintieron conmovidos, y Washington se retiró silencioso, sin que ninguno se atreviera á oponer la menor observacion.

En cumplimiento de su promesa, escribió al presidente del Congreso una enérgica carta, en la cual le decia: «El resultado de los procedimientos de la gran junta de oficiales, cuyos acuerdos tengo el honor de incluir á V. E. para

que los someta al exámen del Congreso, me lisonjeo se considerará como la última y más gloriosa prueba de patriotismo que pueden dar hombres que aspiran á obtener distinciones en el ejército. Esto no sólo confirma la justicia de su reclamacion, sino que les hace acreedores á un título más de gratitud por parte de la patria.

.....» Mucho me engaño si no son acreedores los oficiales á que se les recompense por sus padecimientos y sacrificios, además de satisfacerles sus atrasos; y mi opinion estará sin duda basada en un error, si no se juzga como yo que el ejército es digno de obtener lo que un pueblo agradecido debe dar. Si este país no satisficase las reclamaciones hechas por los interesados en las últimas solicitudes elevadas al Congreso, debo confesar que habrán quedado defraudadas mis esperanzas; y si como ya se ha indicado, con el objeto de excitar sus pasiones, han de ser los oficiales del ejército las únicas víctimas de la revolucion; si al retirarse del campamento han de verse sumidos en la miseria ó sujetos á una vil dependencia ó á vivir de la caridad, despues de haber gastado la flor de su vida en el campo del honor, entónces sabré lo que es la ingratitud, entónces se habrá realizado un hecho que ha de amargar todas las horas de mi existencia. Pero léjos de mí semejante desconfianza; un pueblo que se ha liberado de una ruina tan inminente por la fuerza de las armas, no dejará nunca de pagar tal deuda de gratitud.»

El Congreso dictó varios acuerdos favorables á los oficiales, y á principios de julio liquidáronse las cuentas del ejército para abonarles todos los atrasos.

Más tarde, cuando los oficiales retirados, para conservar algun vínculo en su dispersion, y sostenerse recíprocamente á la par que á sus familias, trataron de formar la asociacion de *Cincinnati*, Washington, viendo á la sola indicacion de asociacion militar, de orden militar, surgir la desconfianza y el descontento en su recelosa patria, no obstante su personal inclinacion, hizo modificar los estatutos, rehusó la presidencia, y hasta cesó de formar parte, diciendo á este propósito: «Si no podemos vencer al pueblo de lo infundado de sus temores, es preciso ceder (1).»

Cuando mediaba el interés público, no cedia, ni aun al pueblo; pero sabia apreciar bastante bien la importancia de las cosas, para emplear

(1) Writings, tom. VIII, pág. 35.

la misma inflexibilidad cuando no se trataba sino de interés ó sentimientos particulares, aunque fuesen legítimos.

Obtenido el objeto de la guerra, al separarse de sus compañeros de armas, junto con un afectuoso pesar y la alegría del reposo despues de la victoria, asomó en su alma otro sentimiento, si bien oscuro y quizá desconocido para él mismo; el sentimiento de dejar la vida militar á cuya profesion habia dedicado con tanta fortuna sus más preciosos años. Esa vida agradaba mucho á Washington, genio regular, más firme que fecundo, justo y benévolo con los hombres, pero grave y algo frio, nacido para el mando ántes que para la lucha, que en la accion amaba el orden, la disciplina, la jerarquía, y preferia en una buena causa el empleo sencillo y poderoso de la fuerza á las complicaciones sutiles y á las acaloradas cuestiones de la política.

Satisfecho de haber librado á su patria de una guerra civil así como de la guerra extranjera, fué á ocultar su gloria en Monte Vernon, mientras la América, reconocida, le pagaba en homenajes y en respeto el único salario digno de sus grandes y heroicos servicios. Es preciso remontarse á la antigüedad para encontrar á la vez en un hombre tanta sencillez y grandeza.

Al despedirse de sus tropas, dirigióles una patriótica arenga sembrada de afectuosas frases y amistosos consejos, terminando con estas últimas palabras: «Poco falta ya para que el soldado deje su uniforme y se convierta en un buen ciudadano, observando siempre esa prudente é irreprochable conducta que distinguió, no sólo al ejército que estuvo bajo mis órdenes durante la guerra, si que tambien á los demás cuerpos que sirvieron separadamente. Esto producirá los mejores resultados; y á la vez que os felicita por la gloriosa causa que hace ya inútiles los servicios de todos en el campo del honor; vuestro general en jefe se complace en dar á todas las clases del ejército sus más expresivas gracias por el auxilio que le prestaron, y en este caso no puede ménos de expresar su gratitud á los oficiales generales por sus acertados consejos en distintas ocasiones, así como por su celo en llevar á cabo el adoptado plan; á los jefes y oficiales de los regimientos por su pronto cumplimiento de las órdenes que se les dieron; al estado mayor por la puntualidad con que desempeñó sus respectivos deberes, y á las tropas en general por su mucha paciencia y resignacion, así como por el valor de que dieron prue-

bas en distintas batallas. Vuestro general en jefe aprovecha esta ocasion solemne para manifestar al ejército cuán profunda es la amistad que le profesa, y á más de esto desearia favorecer á todos en lo futuro, pero se lisonjea, no obstante, de que le harán la justicia de creer que todo lo que pudo obtenerse por los medios que estuvieron á su alcance, se hizo inmediatamente. Y ahora que ha llegado el momento de dictar sus últimas órdenes, despojándose de su carácter militar para despedirse de los ejércitos de que tuvo el honor de ser jefe por tanto tiempo, sólo le resta ofrecerles de nuevo sus recomendaciones para el país, y sus oraciones al Todopoderoso para que les proteja. ¡Permita el cielo que haya justicia para todos, y que la Providencia favorezca á cuantos contribuyeron al auxilio de sus semejantes! Animado de estos deseos, vuestro general en jefe se retira del servicio militar, y pronto se verá alejado del teatro de la guerra y de sus fieles compañeros.»

Esto sucedia el 3 de noviembre de 1783; el día 4 del siguiente mes, Washington tuvo su última entrevista con sus queridos compañeros de armas con quienes tan estrechos vínculos le unian. Todos los primeros oficiales del ejército se reunieron en el café Francés, donde llegó poco despues el general en jefe. Su emocion era demasiado profunda para que pudiera ocultarla, del mismo modo que la de todos los que allí se hallaban congregados y que en tantas ocasiones arrostraran juntos los mayores peligros por la salvacion de la patria. Por fin Washington llenó su vaso, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: «Al despedirme de vosotros, mi corazon rebosa de gratitud, y mi más ardiente anhelo es que vuestros últimos días sean tan prósperos y felices como gloriosos fueron los primeros. No puedo despedirme particularmente de vosotros; pero mucho os agradeceré que me estrecheis uno á uno la mano sucesivamente.»

El general Knox, que se hallaba más cerca, fué el primero que se apresuró á tributarle el indicado testimonio de afecto, en señal de despedida, y Washington, que, en fuerza de su emocion, no podia pronunciar una palabra, le estrechó la mano y le abrazó en silencio, repitiendo luego la misma operacion con todos los demás oficiales. De los ojos de aquellos bravos guerreros brotó una lágrima, muda, pero elocuente expresion del sentimiento de que se hallaban embargados los actores de aquella escena.

Washington dirigióse luego á Whitehall, donde le aguardaba un barco para conducirlo á Paulus Hook, y todos le fueron acompañando, sin poder ocultar su verdadera melancolía y tristeza. Al saltar á la embarcación, el general en jefe agitó su sombrero saludando por última vez, y los acompañantes se retiraron silenciosos, yendo á reunirse poco después al mismo punto de donde partieron (1).

Washington se dirigió á Annapolis, á donde se había trasladado el Congreso, para terminar su carrera pública. Durante su tránsito no cesó



Una de las primeras banderas de las tropas americanas

de ser objeto de las mayores demostraciones de gratitud y señalado afecto, y todas las legislaturas y el pueblo de los diversos Estados dirigiéronle numerosas manifestaciones.

Después de haber entregado al superintendente que se hallaba en Filadelfia, una cuenta exacta y detallada de sus gastos durante la guerra, escrita de su propia mano, Washington llegó á Annapolis el 17 de diciembre, y anunció al Congreso que estaba dispuesto á resignar el mando. Para mayor solemnidad del acto, el Congreso acordó que tuviese lugar la ceremonia en sesión pública y en presencia de los compatriotas del ilustre héroe, digno de la mayor consideración de la patria.

Inmensa concurrencia, entre la cual figuraban numerosas y distinguidas señoras americanas, llenaba el salón del Congreso aquel señalado día, 23 de diciembre de 1783, hallándose presentes todos los funcionarios públicos del Estado de Maryland y el cónsul general de

(1) Marshall, *Vida de Washington*, tom. II, pág. 57.—Gordon, *Historia de la Revolución americana*, tom. III, pág. 377.

Francia, cuando fué introducido Washington por el secretario, el cual, después de una breve pausa, para imponer silencio, anunció que: «Los representantes de los Estados Unidos, reunidos en sesión, se hallaban dispuestos á recibir las comunicaciones del general en jefe.»

Washington entregó al Presidente del Congreso, junto con su nombramiento y los poderes extraordinarios que se le confirieron, el siguiente escrito, que se leyó en alta voz:

«Señor Presidente:—Terminada la importante misión que me fué encomendada, tengo el honor de ofrecer mi más sincero afecto al Congreso, y depositar en sus manos la dimisión del cargo que venía desempeñando, pidiendo al mismo tiempo permiso para retirarme del servicio.

»Considerándome feliz por el establecimiento de nuestra independencia y soberanía, y sumamente complacido al pensar que mi patria puede llegar á ser una nación respetable, resigno con el mayor gusto el mando que acepté con desconfianza, pues, en efecto, debía tenerla para llevar á cabo tan ardua empresa, sin otro apoyo que la rectitud de nuestra causa, el poder supremo de la Unión y la protección del cielo.

»La feliz conclusión de la guerra ha satisfecho los más ardientes deseos; mi agradecimiento á la interposición de la Providencia y al auxilio que recibí de mis conciudadanos, aumenta doblemente ante el éxito lisonjero de la lucha.

»Al manifestar mi gratitud á todo el ejército en general, cometería una injusticia si no reconociese en este sitio los servicios particulares y el distinguido mérito de los que fueron agregados á mi persona durante la guerra; pues no pudo ser más acertada la elección de los oficiales que compusieron mi estado mayor. Por lo que me permitireis que recomiende particularmente al favor y protección del Congreso á los que continuaron en el servicio hasta el postrer instante de la lucha.

»Considero un deber indispensable terminar este último acto de mi vida oficial, encomendando al Todopoderoso los intereses de mi querida patria y de los que están encargados de gobernarla.

»Y habiendo terminado la misión que se me confió, me retiro del gran teatro de la guerra, despidiéndome de esta augusta corporación, bajo cuyas órdenes he servido tanto tiempo, teniendo el honor de resignar en sus manos mi alto cargo, para alejarme de la vida pública.»

El Presidente del Congreso contestó:

«Los Estados, en Congreso reunidos, reciben con el más afectuoso sentimiento la solemne dimisión del cargo que ejercisteis para dirigir á nuestro ejército durante una peligrosa guerra. Llamado por nuestro país para defender sus derechos, aceptasteis tan sagrado cargo cuando el gobierno no contaba aún con recursos para apoyaros. Durante la lucha, habeis dado pruebas de vuestro valor y talento, respetando en todas ocasiones los derechos del poder civil, y granjeándoos el aprecio y la confianza de vuestros

conciudadanos, les habeis facilitado el medio de desplegar su genio guerrero y transmitir su fama á la posteridad. Os habeis sostenido hasta que los Estados, con el auxilio de un rey magnánimo y una nación poderosa, han podido terminar felizmente la guerra, obteniendo la libertad y la independencia, por cuyo satisfactorio acontecimiento nos felicitamos como vos.

»Después de haber defendido el estandarte de la libertad en este nuevo mundo; después de haber dado una lección útil á los opresores



El general Arnold

y á los oprimidos, os retirais del lugar de la acción llevándoos las bendiciones de vuestros compatriotas; vuestra gloria y vuestras virtudes nunca podrán olvidarse, aunque resignéis vuestro mando, y estad persuadido que se conservará su recuerdo hasta las más remotas edades.

»Reconocemos como vos vuestras obligaciones para con el ejército en general, y cuidaremos particularmente de los intereses de los oficiales que formaron vuestro estado mayor hasta el último momento.

»Así como vos, en fin, encomendamos los intereses de nuestra querida patria á la protección del Todopoderoso, pidiéndole que incline el ánimo de todos nuestros conciudadanos á que aprovechen la oportunidad que se les presenta de llegar á ser una nación respetable. Asimismo le suplicaremos conserve vuestra

preciosa vida y os colme de la felicidad que mereceis, esperando, por último, os conceda una recompensa que este mundo no puede daros.»

Terminado el acto, Jorge Washington, que desde aquel momento quedaba igual en representación al más humilde de sus conciudadanos, se retiró cubierto de gloria.

Al día siguiente llegó á su ansiado y modesto retiro de Monte Vernon, del cual había estado ausente nueve años.

Pocos días después, decía á algunos de sus buenos amigos: «La acción marcha por último á su término.... La víspera de Navidad, por la noche, vieron las puertas de esta casa entrar un hombre nueve años más viejo de lo que era cuando las abandoné.... Empiezo á sentirme bien, y libre de cuidados públicos. Procuero

perder la costumbre de meditar al despertarme cada día sobre los cuidados del siguiente, y después de pensar en muchas cosas, descubro, no sin sorpresa, que ya no pesa sobre mí ningún espinoso cargo, que ya no tengo nada que ver con la cosa pública..... Espero pasar el resto de mis días cultivando el afecto de los hombres honrados y practicando las virtudes domésticas..... La vida de un agricultor es la más deliciosa de todas; es honrosa, alegre, y, conduciéndose con prudencia, hasta lucrativa..... No sólo he dejado los cargos públicos, sino que entro en mí mismo. Puedo en la soledad mirar alrededor, y cruzar los senderos de la vida privada con una conciencia tranquila. No envidiando á nadie, estoy dispuesto á contentarme con todos, y en esta disposición descenderé suavemente el río de la vida, hasta que me adormezca con mis padres (1).»

Produciéndose así, Washington no expresaba sólo una impresión momentánea, la alegría del reposo después de una larga fatiga, de la libertad después de una pesada sujeción. La existencia activa y tranquila del rico propietario, las faenas abundantes en interés y exentas de cuidados, el poder doméstico de poca responsabilidad, la buena armonía entre el hombre inteligente y la naturaleza fecunda, la hospitalidad grave y sencilla, los nobles placeres de la estimación y la beneficencia obtenidos sin esfuerzo; todo esto formaba la preferencia constante de su alma. Esta es la vida que probablemente hubiera escogido, y disfrutaba de ella con la añadidura de la gratitud pública y la gloria, caras aunque importunas.

Siempre grave y activo, mejoraba el cultivo de los campos, hermoseaba su casa, se ocupaba en los intereses locales de Virginia, proyectaba la gran navegación interior del Este al Oeste, que debía dar un día á los Estados-Unidos la mitad del Nuevo-Mundo, fundaba escuelas, arreglaba sus mapas, mantenía una extensa correspondencia y se complacía acogiendo en su casa y sentando en su mesa á sus leales amigos.

«Deseo,—escribía á uno de ellos, á Jonatan Trumbull, pocos días después de su vuelta á Monte Vernon,—que el aprecio y el afecto recíprocos sembrados por nuestras manos y que han crecido en el tumulto de la vida pública, no se entibien y mueran en la calma del retiro. Debemos, al contrario, hermosear

nuestras horas de la tarde cultivando esas caras plantas y promoviendo el desarrollo de toda su belleza, ántes de que sean trasplantadas á mejor clima (2).»

A últimos de 1784, fué á Monte Vernon Lafayette, á quien Washington profesaba un cariño verdaderamente paternal, quizá el más tierno de su vida. Aparte de los servicios prestados, aparte del aprecio personal, del atractivo del carácter, y aún de la entusiasta adhesión que le mostraba el simpático hijo de San Luis, aquel jóven de la aristocracia elegante, caballeresco, que dejó la corte de Versalles para ofrecer á los plantadores de América su espada y sus riquezas, agradaba mucho al austero general americano. Lo consideraba un homenaje tributado por la nobleza del antiguo mundo á su causa y persona, como un vínculo entre él y aquella sociedad francesa tan brillante, tan ingeniosa, tan celebrada. Sentíase complacido en su modesta gravedad, y su mente se fijaba con gusto en aquel amigo jóven que lo abandonara todo por militar á su lado.

«Al separarnos,—le escribía más tarde,—en el camino, durante el viaje, y desde entonces acá he sentido todo el afecto, toda la consideración que el trascurso de los años, una estrecha amistad y vuestro mérito me inspira acerca de vos. Mientras nuestros coches se alejaban uno de otro, me preguntaba á mí mismo si os habría visto por la última vez, y á pesar de mi deseo de decir *no*, mis temores respondían *sí*. Recordaba los días de la juventud, y conocía que habían huido para no volver, y que bajaba la colina que había subido durante cincuenta y dos años; pues sé, que, no obstante la fuerza y vigor de mi temperamento, perteneczo á una familia en la que se suele vivir poco, y debo prepararme á descansar pronto en el sepulcro de mis padres. Estas ideas nublaban mi horizonte, y esparcían una sombra en mi porvenir, robándome la esperanza de volveros á ver. Pero no quiero quejarme, he tenido mi época.»

A pesar de este siniestro presentimiento, y de la sincera inclinación al reposo, ocupábase su mente sin cesar en la condición y en los negocios de su país.

Firmada la paz, los progresos de los Estados-Unidos, interrumpidos por la guerra, volvieron á comenzar con nuevo ardor. Inmensos territo-

(2) Writings, tomo IX, pág. 5.

(3) Writings, tomo IX, pág. 77.

rios en el Oeste, comprados á los indios ó cedidos por los Estados particulares, recibieron nuevos colonos y formaron nuevos Estados bajo la dependencia del Congreso, mientras se entablaban activas negociaciones con Inglaterra para fijar sus relaciones comerciales y los límites precisos de sus posesiones en el Norte.

Pero en medio de estos acrecentamientos tan rápidos, faltaba á los Estados-Unidos lo que constituye principalmente la fuerza de las naciones, faltábales la unidad.

La Constitución federal que el Congreso adoptara el 4 de octubre de 1776, había bastado, á pesar de todas sus imperfecciones, para mantener la concordia entre los Estados mientras se vieron amenazados por un peligro común; pero tan pronto como cesó este, reconocióse que era insuficiente durante la paz, y las inteligencias más ilustradas comprendieron la necesidad de una nueva Constitución, si no se quería tropezar con la anarquía en el interior y la impotencia en el exterior, que habían de conducir á una segura ruina.

Era una empresa por demás laboriosa, la de llevar á una transacción pacífica, á concesiones mutuas, á todos aquellos Estados no menos celosos de su independencia individual que de la independencia común recientemente conquistada á costa de tantos trabajos y vicisitudes, sufrimientos y sacrificios.

El hombre no puede separarse del sitio donde ha ocupado un gran puesto; y Washington, aunque extrañado en su retiro, ocupado en la agricultura, en recibir sus numerosas visitas y en mantener una extensa é importante correspondencia, no dejaba de cuidarse de los asuntos públicos y mostrarse preocupado por la política. Sus cartas revelan cuánto le interesaba la triste situación de su país, y con qué insistencia pensaba en los medios que podrían ser más convenientes para la consolidación de la paz y la prosperidad de su patria.

En octubre de 1785, escribía á Jaime Warren de Massachusetts: «La Confederación me parece tan sólo una sombra, y el Congreso una cosa completamente inútil, puesto que sus órdenes no se cumplen. Esto es para mí un solecismo en política, y en verdad es una de las cosas más extraordinarias que puedan verse, el que nos confederemos para constituir una nación, y temamos dar á los jefes de esta, que son los representantes elegidos por nosotros y responsables de sus actos y de las consecuencias que estos puedan producir, suficientes poderes

para gobernar el país. Con semejante política la nave del gobierno naufragará irremisiblemente; tendremos que desistir de nuestras más halagüeñas esperanzas, ante el mundo admirado, y desde el elevado puesto á donde nos habíamos encumbrado, caeremos en un abismo de confusión y oscuridad. En mi humilde opinión, no admite duda que podemos llegar á ser una de las naciones más importantes del mundo, observando una política tan sabia como liberal, y obrando de buena fe con todas las demás potencias. Nadie puede negar que nuestros recursos son muchos; pero si no se manejan como es debido, daremos un golpe mortal á nuestro crédito, mereciendo el desprecio de toda la Europa.»

«Opino como vos que nos amenaza una crisis alarmante para los negocios públicos,—decía al propio tiempo á Juan Jay,—mas no está á mi alcance cuál será el desenlace de la situación por que estamos atravesando. Tenemos muchos defectos que corregir; hemos formado una opinión demasiado favorable al organizar nuestra Confederación, y la experiencia acaba de enseñarnos que los hombres no quieren adoptar las medidas más convenientes para su propio bien sin que intervenga una fuerza coercitiva. No concibo que podamos subsistir mucho tiempo como nación si no se confiere á algún individuo la autoridad suprema que deba regir á todos los Estados de la Unión de una manera enérgica y vigorosa. Para mí es un absurdo y una locura el que se tema revestir al Congreso, tal como está constituido, de los poderes necesarios para gobernar debidamente el país.

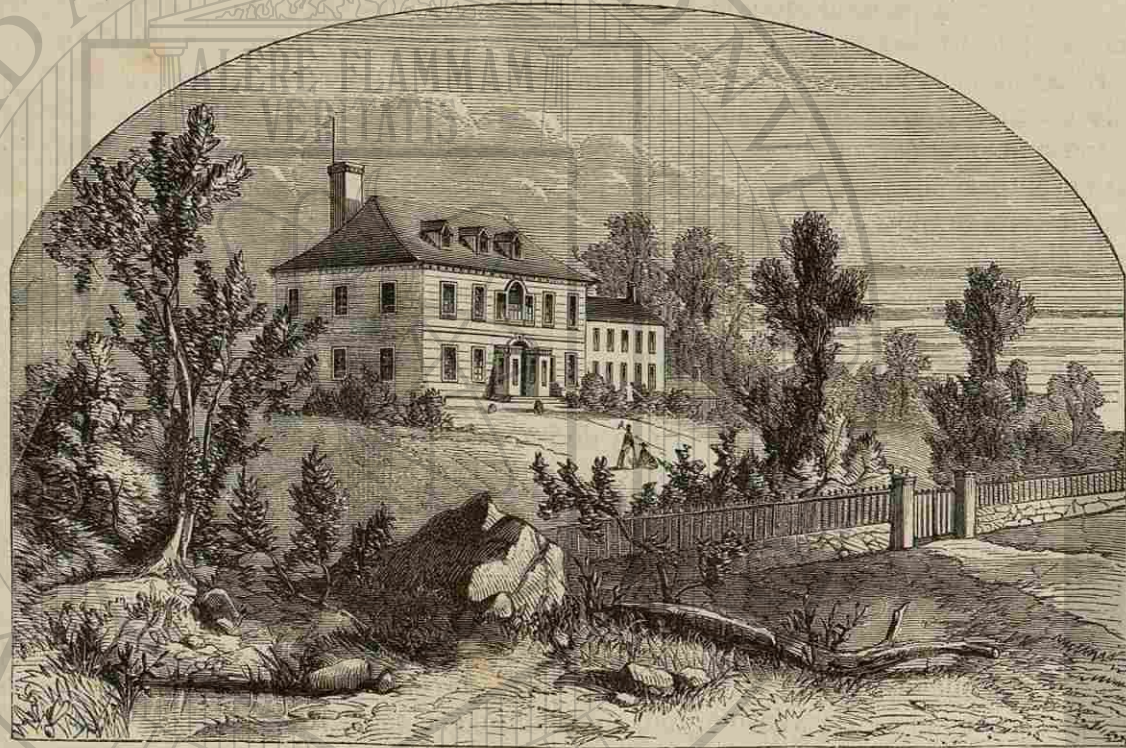
»¿Cómo es posible que el Congreso hiciera mal uso de ellos sin perjudicarse á sí mismo? ¿No están acaso sus intereses íntimamente relacionados con los de sus representantes? ¿Habría quien dude que si el Congreso pudiera disponer de esos poderes, usaría de ellos con la mayor prudencia, aún cuando no fuera más que por el temor de perder su popularidad? Debemos aceptar la naturaleza humana tal como es, puesto que la perfección no es una cualidad de los mortales. Muchos opinan que el Congreso empleó muchas veces al dirigirse á los Estados un estilo humilde y suplicante, cuando tenía derecho para indicar su voluntad y exigir la obediencia; pero sea de ello lo que fuere, en mi concepto los requerimientos son completamente nulos donde hay treinta Estados soberanos, independientes y desunidos, que tienen la costumbre de discutir y rehusar ó aceptar según su libre voluntad. Si decís á las

(1) Writings, tomo IX, págs. 1-17 21-323.

legislaturas que han infringido el tratado de paz, invadiendo las prerogativas de la Confederación, se reirán en vuestras barbas, y en este caso, ¿qué podremos hacer? Las cosas no pueden seguir así, y mucho es de temer, como decís muy bien, que disgustada con semejantes contratiempos aún la parte más sensata de la población, estará siempre dispuesta á insurreccionarse. Nos hallamos en el caso de caer en un extremo ó en otro, es decir, podemos anticipar

ó evitar desastrosas consecuencias. Esto último sería lo más sabio y patriótico.

» ¡Qué asombrosos cambios pueden producirse en pocos años! Se me ha dicho que personas respetables han hablado sin horrorizarse de establecer una forma de gobierno monárquico. Después de pensar, se habla; y de la palabra al hecho no hay más que un paso; pero ¡qué temible puede ser éste! ¡Qué triunfo alcanzarían nuestros enemigos si se realizaran sus pro-



Casa de Washington en Morristown

nósticos! ¡Qué triunfo para los abogados del despotismo si viesan que somos incapaces de gobernarnos y que los sistemas basados en la libertad son puramente ideales y falaces! ¡Quiera Dios que puedan adoptar oportunamente sabias medidas para evitar las funestas consecuencias que con razón podemos temer!

» Aun cuando esté retirado del mundo, debo confesar que no puedo ser espectador indiferente en las actuales circunstancias, por más que después de haber contribuido á llevar la nave al puerto de salvación, no deba ya embarcarme de nuevo para luchar con las tempestades. Ni es tampoco de esperar que mis ideas y opiniones tengan mucho peso en el ánimo de mis compatriotas, pues las olvidaron completamente y no quisieron apreciarlas como mi último legado, cuando me hallaba en una situación en que debían atenderme. No es de creer que

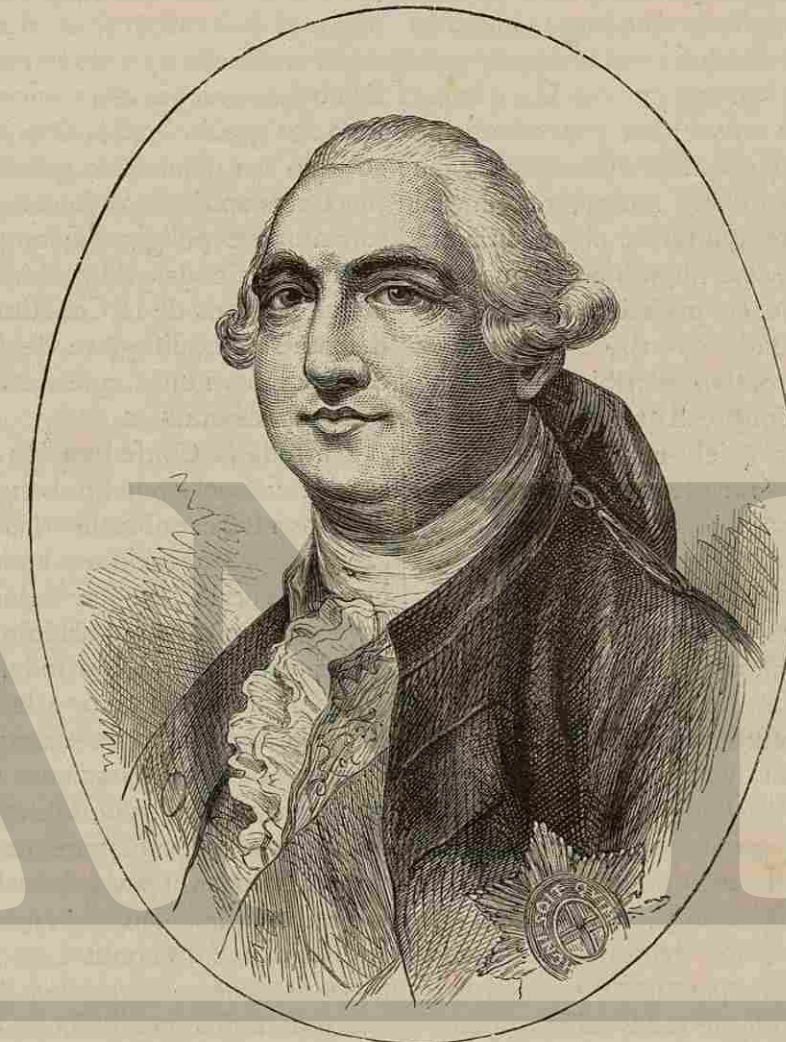
lo hicieran ahora que me hallo retirado de la vida pública.»

Nuestro héroe tenía sobrados motivos para expresarse de tal modo y vivir disgustado é inquieto. La Confederación perecía; el Congreso, su vínculo, estaba dotado de escaso poder y no se atrevía á hacer uso de él. A la debilidad política de las instituciones se agregaba la debilidad moral de los hombres; los Estados volvían á las enemistades, á las desconfianzas, á las miras interesadas y mezquinas; los tratados que habían asegurado la independencia nacional, no se cumplían sino de una manera imperfecta y precaria. Ni en el antiguo ni en el nuevo mundo se pagaban las deudas, y las contribuciones destinadas á este fin no entraban en el tesoro público. La agricultura decaía, el comercio se atrasaba, la anarquía se iba extendiendo espantosamente. En el país mismo, fuese la causa el

gobierno ó la falta de gobierno, se supiese ó no el estado de las cosas, todos estaban descontentos. En Europa iba declinando rápidamente la reputación de los Estados- Unidos, dudándose que lograsen consolidarse, y la Inglaterra se afanaba en fomentar esta duda, esperando hora y ocasión de sacar provecho.

En medio de tan deplorable situación, acertáronse á tomar en Virginia ciertas medidas en-

caminadas á regularizar el comercio, y por consejo é influencia de Washington se utilizaron para promover el gran movimiento que últimamente tuvo lugar en la Constitución federal. La Asamblea de dicho Estado nombró comisionados para que examinasen la situación del comercio, y propusieran las medidas en su concepto necesarias para que el Congreso pudiera organizarlo como era debido. Reuniéronse en



Lord Selbourne

Annápolis dos comisionados de Nueva-York, tres de Nueva-Jersey, uno de Pensilvania, tres de Delaware y tres de Virginia, constituyendo una especie de Junta, y resolvióse que debía celebrarse otra reunión en Filadelfia, á la cual era preciso que concurrieran los representantes de todos los Estados, recomendándose eficazmente que se revisara la Constitución del Gobierno federal, á fin de que estuviese conforme con las exigencias de los Estados- Unidos.

Esta recomendación recibióse de muy distinto modo en los diversos puntos del país, y el Congreso pareció al principio vacilar; pero en

vista de los inminentes peligros de la situación, resolvióse por fin á decretar que se constituyera una Convención compuesta de delegados de todos los Estados, y se procediese á la revisión de los artículos de la Confederación, proponiendo luego al Congreso y á las distintas legislaturas las alteraciones que se juzgaran convenientes para la formación definitiva de la Constitución federal, que pusiera á salvo todos los intereses del país.

Una de las principales causas que contribuyeron á apresurar esta resolución fué la formidable insurrección de Massachusetts, que

amenazaba invadir otros puntos, y que llegó á dominar también en New-Hampshire y Connecticut.

Al tener noticia Washington de tales disturbios, exclamó poseído de la mayor agitación, como si aún pesara sobre él la responsabilidad de los acontecimientos: «¡Buen Dios! ¿qué es el hombre para mostrar en su conducta tanta inconstancia é infidelidad? ¡Ayer derramábamos nuestra sangre para obtener las constituciones bajo cuyo amparo vivimos, que fueron elegidas por nosotros, y hoy desnudamos la espada para destruirlas! Esto es tan incomprensible, que me cuesta trabajo creer sea verdad y persuadirme de que no estoy soñando... (1). Cuando lloraba la muerte de nuestro pobre amigo, el general Green, no dejé de preguntarme si no hubiera él preferido salir de este mundo ántes que asistir á las escenas que es probable tengan que deplorar sus conciudadanos (2).»

Y con el mismo motivo escribía á Enrique Lee, que dijo en el Congreso que sería necesario recurrir á la influencia del general en jefe para dominar la insurrección: «El carácter y las circunstancias de los numerosos cuerpos del país oriental, dan lugar á un estado de cosas por demás lamentable, y á que se realicen los pronósticos de nuestros enemigos de allende el Atlántico, que podrán ahora decir, con razón, que no somos capaces de gobernarnos por nosotros mismos. Me causa profundo dolor el ver cómo se oscurece con densas nubes el brillante porvenir de nuestra patria, y me asombra que las intrigas de los hombres ignorantes recelosos de la minoría, basten para inducir al error á vuestros buenos compatriotas, pues no es de suponer que la gran masa del pueblo sea tan ciega que no vea los resplandores de una brillante aureola en medio de todas estas agitaciones y trastornos hijos de la locura.

»Me habláis, amigo mío, de emplear mi influencia para reprimir los tumultos de Massachusetts; mas yo no sé dónde estará esa influencia, ni en el caso de tenerla, si sería suficiente para remediar todos esos desórdenes. *Influencia no es gobierno*: tengamos un *gobierno* con el cual podamos asegurar nuestras vidas, nuestras libertades y nuestros bienes, ó sepamos á qué atenarnos. En semejantes circunstancias, mi parecer es que debe tomarse una pronta determinación, averiguando ántes cuál es el objeto

(1) Writings, tomo IX, pág. 221.

(2) Id., pág. 226.

de los insurrectos. Si realmente pesan sobre ellos esas vejaciones de que hablan, remedíense si es posible, y si no, dígaselos al ménos que no os halláis en estado de hacerlo en este momento. Pero si las quejas son infundadas, emplead la fuerza de una vez, pues de lo contrario pudiera creerse que careceis de apoyo, y os expondríais á que el mundo formase de vosotros un triste concepto. No debe vacilarse en adoptar uno de esos medios, pues de otro modo aumentará la exasperación ó se infundirá demasiada confianza en esas masas que, semejantes á la bola de nieve, van aumentando de volumen, á no ser que lo impida un obstáculo ántes que su peso sea demasiado grande é irresistible.

»Estas son mis opiniones: los precedentes son siempre peligrosos; empuñense vigorosamente las riendas del gobierno y castíguense las violaciones de la Constitución; y si ésta es defectuosa, modifíquese desde luego, mas no consintamos nunca que se atente contra ella mientras exista.»

En toda la Confederación se sentía el mal y se entreveía el remedio. La envidia de los Estados, los intereses locales, las antiguas costumbres, las preocupaciones democráticas repugnaban los sacrificios que debía imponerles una organización más importante y más fuerte del poder central; pero con todo, el espíritu de orden y de unión, el amor á la patria, el disgusto de verla declinar en la estimación del mundo, de presenciar las agitaciones subalternas, interminables y estériles de la anarquía, la evidencia de los males, el conocimiento de los peligros, todas las ideas justas, todos los sentimientos nobles, que llenaban el alma de Washington, se difundían, se acreditaban y preparaban un porvenir mejor.

Los Estados procedieron al nombramiento de sus delegados para la Convención. Virginia puso en primer término de la lista de los suyos el nombre de Jorge Washington.

El 14 de mayo de 1787 reuniéronse en Filadelfia los designados para deliberar sobre el trascendental asunto de que parecía depender todo el porvenir de los Estados-Unidos. Aquel mismo día procedióse á la elección del que debía ocupar la presidencia, y Washington obtuvo sin oposición tan distinguido honor. El que fundó la libertad de su patria, tuvo también la gloria de conciliarla con el orden.

Deliberando diariamente á puerta cerrada, y guiados por los más sabios y puros principios que han presidido jamás á una obra de tal cla-

se, aquellos buenos ciudadanos, que sacaban su fuerza de sus luces y de la necesidad, consiguieron al fin llegar al término de su difícil tarea, y el 17 de setiembre quedó reformada la Constitución.

Pocos días ántes de cerrarse la Convención, Washington preparó y sometió á la aprobación de sus compañeros la siguiente carta, que, junto con la Constitución, trasmitióse al Congreso para la consiguiente aprobación:

«En la Convención á 17 setiembre de 1787.

»MUY SEÑOR MIO: Tenemos el honor de someter á la consideración de los Estados en el Congreso reunidos, la Constitución que en nuestro concepto es más conveniente.

»Los amigos de nuestro país deseaban hace mucho tiempo que todos los poderes y autorizaciones para regir los destinos de la nación se confriesen por completo al Gobierno general de los Estados-Unidos; pero comprendiendo cuán impropio sería delegar en un solo cuerpo tan extensas atribuciones, se ha hecho necesario establecer una distinta organización.

»Es evidentemente imposible para el Gobierno federal de nuestros Estados conceder todos los derechos de soberanía independiente á cada uno de ellos, y proveer al mismo tiempo á sus intereses y seguridad. Los individuos que entran á formar parte de las sociedades, deben ceder una parte de la libertad para conservar el resto, pues la grandeza del sacrificio depende tanto de la situación y de las circunstancias como del objeto que se trata de obtener. Es difícil en todo tiempo establecer con exactitud una línea divisoria entre los derechos que se pueden conferir y los que se deben reservar, y en la presente ocasión aumentaba la dificultad por la diferencia que hay entre los Estados respecto á su situación, territorio, costumbres y particulares intereses.

»En todas nuestras deliberaciones hemos tenido siempre á la vista que lo principal y de más interés para todo verdadero americano, es consolidar la Unión, porque en ella va envuelta nuestra prosperidad, nuestro bienestar, y acaso nuestra existencia nacional. Esta importante consideración, fija en nuestra mente, indujo á los Estados presentes en la Convención, á ser ménos exigentes en ciertos puntos de inferior importancia, y de este modo la Constitución que ahora presentamos es el resultado de ese espíritu amistoso y de mutua deferencia que el carácter de nuestra situación política hacia indispensable.

»Acaso no pueda esperarse que todos los Estados aprueben completamente nuestro plan; pero cada uno de ellos comprenderá, á no dudarlo, que si se hubieran consultado sólo sus propios intereses, podrían haber resultado desagradables consecuencias y graves perjuicios para unos ó para otros. Creemos que esta Constitución, con raras excepciones, es tan aceptable como se pudiera esperar; que sirva para promover el bienestar del país, tan querido por nosotros, y para asegurar su libertad y su dicha, es nuestro más ardiente deseo.

»Con el mayor respeto, señor, tenemos el honor de ofrecernos como los más humildes y obedientes servidores de V. E.

»JORGE WASHINGTON, Presidente.

»Por orden unánime de la Convención.

»A S. E. el Presidente del Congreso.»

Inspirada en parte en la de que sólo Inglaterra ofrecía á la sazón el modelo, la Constitución de los Estados-Unidos de 1787 tuvo por objeto conciliar la forma federal y la imitación mediante un exacto contrapeso de los poderes.

Los últimos años habían demostrado demasiado los inconvenientes que ofrecía para el buen despacho de los negocios, y hasta para la libertad, la existencia de un solo Congreso investido del doble poder de ordenar y ejecutar, y en su consecuencia sustituyeron á este Congreso dos Cámaras legislativas y un poder ejecutivo por separado: la Cámara de los diputados, el Senado, y la Presidencia.

Sin embargo, aquella Constitución con tan rectos fines, sabio juicio y puros principios preparada, hubo de encontrar poderosa oposición, y tanto en el Congreso como en las respectivas legislaturas de los Estados fué causa de que se suscitaran distintos y reñidos debates ántes de ser aprobada.

Con tal motivo Washington escribió á Patricio Henry: «Vuestro buen juicio es muy suficiente para que comprendáis al momento las ventajas y los defectos de la Constitución, y vuestra experiencia os dará á conocer con cuántas dificultades se ha tropezado cuando se han querido conciliar los diversos intereses y desterrar las preocupaciones locales que predominan en los Estados. Yo quisiera que fuese más perfecta la Constitución que hemos hecho, pero creó sinceramente que es la mejor que podría formarse en esta época, tanto más cuanto que se deja abierto un camino para introducir las enmiendas que se juzguen necesarias, y esto es á no dudarlo, un motivo más para que se acep-

Our domestic animals, as well as our agriculture, are inferior to yours in point of size, but this does not proceed from any defect in the Stamina of them, but to deficient care in providing for their support; experience having abundantly evinced that, where our pastures are as well improved as the soil & climate will admit;—where a competent store of wholesome provender is laid up—and proper care used in serving it, that our horses, black cattle, sheep &c are not inferior to the best of their respective kinds which have been imported from England.—Nor is the wool of our sheep inferior to that of the common sort with you:—as a proof—after the Peace of Paris in 1783, and my return to the occupation of a farmer, I paid particular ^{attention} to my breed of sheep (of which I usually kept about seven or eight hundred).—By this attention, at the shearing of 1789 the fleeces yielded me the average quantity of $5\frac{1}{2}$ of wool;—a fleece of which promiscuously taken, I sent to Mr. Arthur Young, who put it, for examination, into the hands of Manufacturers.—These pronounced it to be equal in quality to the bestish wool.—

Facsimile de una página de una carta escrita por Washington á sir J. Sinclair

te dicha Constitucion en las actuales circunstancias.»

«Hay algunas cosas en el nuevo sistema, decia en cartas á otros amigos, que nunca obtuvieron ni obtendrán mi aprobacion; mas entonces pensé, y ahora pienso lo mismo, que despues de todo, es la Constitucion mejor que pudiera obtenerse en estos tiempos, y estoy seguro que de no aceptarla, la inmediata consecuencia será una disolucion.»

Más explícito con su joven y querido compañero de armas, el marqués de Lafayette, le escribió: «Espero que se harán muchos elogios de nuestro nuevo gobierno, cuyas ventajas se deberán principalmente á los hábitos de industria y economía á que el pueblo se ha venido entregando desde algun tiempo por necesidad. Creo que nunca se trabajó ni economizó tanto en este país como ahora, y si todos persisten en las buenas costumbres que van contrayendo,



Monedas de los Estados Unidos (1793-1795)

pronto tocaremos sus buenas consecuencias. Cuando el pueblo reconozca que tiene un gobierno enérgico que le proteja, cuando las naciones extranjeras nos concedan iguales ventajas que á otros países, cuando se hayan cubierto los gastos que la guerra ocasionara, vendiendo los terrenos de la parte occidental, cuando la simiente del bienestar que se va sembrando poco á poco, comience á dar sus frutos y cuando, en fin, disfruten todos de la libertad bajo el árbol de la paz, ninguno dejará de reconocer seguramente que tan favorable resultado se debe al nuevo gobierno. Ya veis que no soy ménos entusiasta que lo fui siempre, si entusiasmo puede llamarse el estar persuadido que este país será dichoso. No puedo creer que la Providencia nos haya favorecido en un principio, para abandonarnos ahora, y siempre fué mi opinion que no daremos lugar á que el mun-

do diga que en circunstancias tan favorables como las nuestras, no fuimos capaces de gobernarlos por nosotros mismos.»

Adoptada la Constitucion por once Estados, todas las miradas convergieron hácia un mismo objetivo al pensar en el nombramiento del que debía hacerla respetar, y llevar á cabo tan radical reforma, todos los verdaderos americanos se fijaron por espontáneo impulso en Washington, considerándolo como el único hombre que podia salvar aquella difícil situacion.

Sabíase cuánto le habia de repugnar el tener que abandonar su retiro; pero tampoco se ignoraba que su patriotismo triunfaba siempre de todas las consideraciones personales, y esperábase de él este nuevo sacrificio en aras de la felicidad de su patria.

No se le ocultaba á nuestro esclarecido héroe el vivísimo anhelo del país en este punto, y

su inquietud, á causa de su aversion á tomar parte de nuevo en la vida pública, se expresa en la correspondencia dirigida á sus íntimos amigos y corresponsales.

Contestando á una carta de Hamilton, le decia: «Mucho me alegraría que los electores, dando sus votos á otra persona, no me pusieran en la alternativa de aceptar ó rehusar. Deseo de todas veras averiguar si no existe ninguna probabilidad de que el gobierno se organice satisfactoriamente sin mi cooperacion. Trato de obtener con la mayor solicitud todos los informes que puedan facilitarme las actuales circunstancias para determinar luégo con arreglo á los principios de la sana razon y en virtud de lo que me dicte mi conciencia, prescindiendo en cierto modo de lo que pueda despues afectar á á mi persona ó mi reputacion. Por lo que hace á vuestro argumento lo tomaré en consideracion tan desapasionadamente como me sea posible.

»Al examinar detenidamente el asunto, y bajo cualquier punto de vista que lo mire, debo confesaros, amigo mio, que experimento una especie de tristeza, cuando pienso en la probabilidad de que me llame el país para entrar de nuevo en la vida pública, y estoy muy seguro de que me creereis, aún cuando no suceda lo mismo con los que me conocen ménos que vos, al decirnos que si se me nombrase y me viera precisado á aceptar, experimentaria más disgusto que nunca en mi difícil situacion. Estad seguro, sin embargo, que sólo me impulsaria el ardiente deseo de hacer el bien de mi patria, y la esperanza de que muy pronto podria el país dispensarse de mis servicios, permitiéndome una vez más retirarme á pasar mis últimos dias en el seno de la tranquilidad doméstica y léjos de las tempestades de la vida.»

En la misma época escribia á Lafayette: «Vuestras opiniones seguramente coinciden mucho mejor con las de mis amigos que las mías propias; y á fe que las dificultades van aumentando para mí, segun va acercándose la época en que, conforme á lo que de público se dice, será necesario que yo dé una contestacion definitiva.

»Si las circunstancias hicieran inevitable una afirmativa, estad seguro, amigo mio, que aceptaré el cargo no sólo con disgusto, sino con verdadera desconfianza, pues no era mi deseo tomar de nuevo una parte activa en los negocios públicos. En el caso de aceptar, trazaré desde luégo mi línea de conducta, proponiéndome por cuantos medios esten á mi alcance, y aún cuando sea á costa de mi popularidad,

sacar al país de los apuros en que se encuentra por falta de crédito, despues de lo cual deseo organizar un sistema general de política, que pueda asegurar, si se prosigue, el bienestar y la dicha de mi país. Parece distinguir una senda que debe conducir, á no dudar, al logro de mis deseos; la buena armonía, la honradez y la industria pueden convertirnos en un gran pueblo que á ningun otro tenga que envidiar la felicidad. Afortunadamente la situacion actual de nuestros asuntos y las buenas disposiciones de mis compatriotas, ofrecen una eficaz cooperacion para establecer las bases sobre que deba fundarse el público bienestar.»

El primer presidente de aquella gran república que es el asombro de las modernas naciones, no podia ser sino el que todos á una voz, propios y extraños, proclamaban como el libertador de los Estados-Unidos. Washington fué elegido por unanimidad para ocupar la presidencia. Juan Adams, que habia trabajado más oscuramente, pero con el mismo celo por la libertad de América y el establecimiento de la Constitucion, obtuvo el honor de ser nombrado vice-presidente.

Aunque se sabia de antemano el resultado de la eleccion, no se le notificó oficialmente á Washington hasta el dia 14 de abril. Este retardo hubo de ser, segun parece, un agradable respiro para nuestro héroe, por cuanto á este propósito escribió á su amigo el general Knox: «Debo confesaros que esta dilacion equivale para mí á que me hubiesen puesto en capilla; pues os aseguro con la mayor franqueza (el mundo no lo creería), que segun me voy acercando á la silla presidencial, lo que siento debe asemejarse algo á lo que siente el reo que marcha al lugar de la ejecucion. Figuraos, pues, cuánto me desagrada, ahora que me aproximo al ocaso de la vida, abandonar mi pacífica morada para lanzarme al océano de los negocios públicos, sin esa competencia, sin esa inclinacion y sin esos conocimientos políticos que son necesarios para manejar las riendas del Gobierno. Todo lo que yo puedo ofrecer es rectitud y firmeza. Ya sea el viaje corto, ya largo, no me abandonarán estas dos cualidades, aún cuando todos los hombres me dejaran aislado; pues el mundo no puede privarme seguramente del consuelo de haber obrado segun me dicte mi conciencia (1).»

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*, tom. II, págs. 189 y 190, edicion Montaner y Simon, Barcelona.—Writings, tom. IX, pág. 488.

Así que llegó el mensaje, Washington partió, obedeciendo al llamamiento de su país. Con tal motivo consignó en su *Diario*: Hoy 16 de abril, á las diez, he dicho adios á Monte Vernon, á la vida privada, á la felicidad doméstica; y con el corazón oprimido por dolorosas sensaciones, que no puedo expresar con palabras, he salido para Nueva-York acompañado de Mr. Thomson y el coronel Humphreys, animado de los mayores deseos de servir á mi patria, respondiendo á su llamamiento; pero con pocas esperanzas de corresponder á lo que de mí aguarda (1).»

Su viaje fué una completa ovacion: en el camino y en las poblaciones, en todas partes, acudían en tropel y llenos de entusiasmo sus compatriotas, á ofrecerle el tributo de su respeto y veneracion. Llovieron las felicitaciones; eleváronse arcos de triunfo cubiertos de expresivos emblemas y lisonjeras inscripciones, y diéronsele, en fin, las mayores pruebas de general contento que pudiera desear. Ninguno de los héroes de la antigua Roma, aún en los mejores tiempos de los Césares, recibió tantas muestras de patriótico entusiasmo, gratitud y cariño, ninguno mereció tan vivos, espontáneos y afectuosos festejos.

Todo su tránsito fué un incomparable triunfo, colmado de vítores, agasajos y bendiciones, y entró en el puerto de Nueva-York, acompañado de los comisionados del Congreso, en una barca elegantemente adornada, tripulada por trece remeros, que eran otros tantos pilotos, en nombre de los trece Estados.

Al desembarcar en el muelle de Murray, fué saludado por repetidas salvas de artillería, y el gobernador del Estado, las corporaciones de la ciudad, el clero, los ministros extranjeros y gran concurso de ciudadanos le acompañaron hasta su residencia.

La disposicion interior de aquel grande hombre continuó siendo la misma en medio de tales demostraciones, y en prueba de lo que durante aquellos momentos experimentaba, anotó en su *Diario*: «Al contemplar los empavesados buques, á bordo de los cuales dejábanse oír alegres músicas; al escuchar las salvas de artillería y las ruidosas aclamaciones del pueblo, que atronaban el espacio, experimenté la más dolorosa sensacion, reflexionando de cuán distinto modo se me trataria si despues de todos mis afanes y trabajos no consiguiera satisfacer las esperanzas del país (2).»

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*, tomo II, pág. 190.—Writings, tom. X, pág. 461.

(2) Spencer, id. id., págs. 190 y 191.—Marshall, tom. V, pág. 68.

El dia 30 de abril de 1789, al mismo tiempo que se abria en Paris la asamblea Constituyente, observa un eminente historiador, Jorge Washington juró «solemnemente desempeñar con la mayor fidelidad el cargo de Presidente de los Estados-Unidos, haciendo todo lo posible para conservar, proteger y defender la Constitucion.»

Ningun hombre ha subido á la cúspide del poder por camino más recto, en virtud de un voto más unánime y universal, ni con más extenso y aceptado influjo. Ya hemos consignado que vaciló mucho tiempo, pero al fin cedió á las repetidas instancias de sus amigos y á los vehementes anhelos del país. Cuando dejó el mando del ejército declaró solemnemente y prometiéndose á sí mismo con la mayor sinceridad, vivir en paz léjos de los negocios públicos; por lo que era para él un inmenso esfuerzo cambiar sus propósitos, sacrificar sus inclinaciones y su apetecido reposo á una cosa de incierto éxito, exponerse á que se le acusara quizá de inconsecuencia y de ambicion. Consideraba justamente el empeño que contraía. La penetracion del saber unida á la adhesion del héroe, forman el supremo honor de la humanidad. Washington reconocia toda la extension del compromiso á que quedaba obligado, y cuanto de él exigia tan difícil y sagrada mision.

Apénas formada, la nacion que habia conducido á la independenciam, y que á la sazón le pedía un gobierno, entraba en una de esas grandes transformaciones sociales que hacen el porvenir tan oscuro, tan peligroso el poder. Se ha repetido con bastante frecuencia, que el estado de la sociedad y de los ánimos de las colonias inglesas, ántes de su separacion de la metrópoli, era esencialmente republicano, y estaban, por consiguiente, preparadas para recibir esta nueva forma de gobierno; pero debe tenerse en cuenta que, sin embargo de que casi todas ellas se mostraron inclinadas á la constitucion republicana, diferian mucho entre sí bajo el punto de vista de su organizacion social y el estado y las relaciones de sus habitantes. En unas, en que el suelo pertenecia generalmente á grandes propietarios, rodeados de esclavos ó de pequeños cultivadores, se respetaban las sustituciones y las primogenituras en las familias; la Iglesia estaba constituida y dotada; la legislacion de Inglaterra, que tantas huellas conserva del feudalismo, se habia mantenido por completo, y el estado social era aristocrático. En otras, en que los puritanos fugitivos

introdujeron su rigidez democrática y su fervor religioso, no había esclavitud ni grandes propietarios en medio de una población inferior, plebeya, ni había inmovilidad en la posesión del terreno, ni Iglesia gerárquica y fundada en nombre del Estado, ni superioridades sociales legalmente instituidas; el hombre lo esperaba todo de su laboriosidad, de su trabajo y de la gracia divina, el espíritu de independencia y de igualdad había pasado del orden religioso al orden civil, y el estado social era puramente democrático.

Aparte de esto, hay que observar que aún bajo el imperio de las máximas puritanas, otros motivos atenuaban en ciertas colonias el carácter del estado social, y modificaban su desarrollo de una manera marcada y casi permanente. Se nota y existe gran diferencia entre el espíritu democrático religioso y el espíritu democrático puramente político. El primero mantiene siempre algo de su origen y conserva en sus procedimientos, en su acción, un poderoso elemento de subordinación y de orden, el respeto, á pesar de su orgullo y puede decirse que tradicional altivez. Por esta razón en aquellos puritanos que se doblegaban diariamente ante un señor, sometiendo á su voluntad soberana la mente, el corazón, la conciencia, la vida; cuando fueron llamados á gobernarse por sí mismos, la sinceridad de su fe y la severidad de sus costumbres impidieron que el espíritu democrático se inclinase á la insolencia individual, al desorden social y político. Los magistrados tenían en cierto modo un punto de apoyo que les daba firmeza y hasta muchas veces les hacía ser rígidos en el ejercicio de su autoridad y el estricto cumplimiento de sus deberes. La autoridad paterna era fuerte, poderosa y respetada, puesto que se hallaba sancionada por la ley, y si bien estaban prohibidas las sustituciones y la desigualdad de las herencias, el padre disponía con entera libertad de sus bienes, y los distribuía según su voluntad entre sus hijos. La legislación civil no se había ajustado por lo general á las máximas políticas, y recordaba las antiguas costumbres; de manera que aunque dominaba el espíritu democrático, no dejaba de encontrar oposición y obstáculos por todas partes. Además, en las ciudades no había multitud, y en los campos sólo se encontraba una población agrupada alrededor de los principales plantadores, dueños del terreno en su mayor parte é investidos con las magistraturas locales. De modo, que si bien las máxi-

mas y tendencias sociales eran democráticas, las situaciones individuales lo eran poco, faltando los instrumentos precisos para la perfecta aplicación de los principios. La principal influencia residía en las clases elevadas, mientras que los elementos populares no pesaban aún bastante para inclinar la balanza de su parte.

La revolución precipitó el curso de las cosas é imprimió á la sociedad americana un movimiento general y rápido en sentido democrático. Allí donde aún imperaba el principio aristocrático, fué combatido y derrotado sin tardanza, y desaparecieron las sustituciones, la Iglesia no sólo perdió sus privilegios, si que su representación en el Estado, el principio electivo tuvo franca entrada en el gobierno, el derecho del sufragio adquirió gran extensión, y la legislación civil se inclinó de día en día más á la igualdad, sin que por esto experimentara cambio radical alguno que de súbito la trastornara por completo.

Y lo mismo que en las leyes, pronto notóse el mismo progreso en los hechos, si se quiere de un modo más decidido y más marcado. No tardó en aumentarse la población en la ciudad, y en la población la plebe, mientras que los campos, merced á un movimiento incesante y acelerado de emigración, se llenaban de pobladores, dispuestos á formar nuevos Estados, ávidos de riquezas, abandonados al egoísmo de su aislamiento y de sus pasiones, audaces, soberbios, luchando con las rudas fuerzas de la naturaleza y los feroces é inveterados odios de los salvajes, enemigos implacables de raza, que habían de ver en ellos á sus aborrecidos usurpadores. Así, lo mismo en el litoral que en el interior del continente, en los grandes centros de población que en los bosques casi vírgenes y apenas hollados por la planta de la civilización, crecían, se extendían y desarrollaban todos los elementos democráticos, todos los principios de la escuela moderna; la independencia individual y la igualdad primitiva, en medio de la actividad comercial y la vida agrícola, ocupando en el Estado y en las instituciones el puesto que les estaba reservado y que hasta entonces no obtuvieron.

Igualmente, como en los hechos y en las leyes, no fué ménos rápido el vuelo que en el orden intelectual fueron tomando los ánimos y las ideas, dando acogida á las teorías radicales más exageradas y á los sueños demagógicos más absurdos. Aun entre hombres de primera talla encontró partidarios la comunidad de las

tierras, la abolición de las deudas y el establecimiento de leyes agrarias mediante la circulación forzosa de un papel-moneda sin garantía (1).

El mal presentaba un aspecto tan grave, que hasta los hombres de más fe y más adictos á la escuela democrática, apenas se atrevían á mantener alguna esperanza de que aquella sociedad, por tan profundas causas conmovida, pudiera encontrar medios de evitar el más deplorable naufragio (2).

Faltaba á la nueva nación americana uno de los dos principales elementos que constituyen la fuerza de un pueblo y contribuyen á vigorizar su vida y á proteger su desarrollo, faltábale la organización política. Había desaparecido el antiguo gobierno y aún no se había formado el que debía sustituirle; y en una sociedad de tan poca conexión y agitada por tan profundas convulsiones, si débiles y dudosas eran las influencias sociales, mucho más lo eran los poderes públicos.

Por esto se redactó la Constitución que debía dar á la Confederación de aquellos Estados un gobierno determinado, fuerte, poderoso, sancionado por la oposición y legitimado por el derecho, capaz de conciliar todos los intereses y de satisfacer en lo posible todas las exigencias.

Con dicha Constitución se consiguió que fuese una verdad el gobierno central, sobreponiéndose á los gobiernos de los Estados, otorgándole la conveniente acción directa sobre los ciudadanos, facilitándole los medios necesarios para imponer la indispensable obediencia sin intervención alguna de los poderes locales.

En cuanto á la organización interior, procedióse de la manera más prudente y mejor calculada para regular los derechos y las relaciones de los diversos poderes según las condiciones de orden y vitalidad política consiguientes á la forma republicana y la sociedad á que debía aplicarse.

Sin embargo, aceptada y promulgada la Constitución, aún no era sino un simple nombre; proporcionaba armas para remediar el mal, pero no lo extinguía; las altas magistraturas por ella misma creadas, encontraban frente á frente los hechos que la habían precedido y reclamado como indispensable, y que desde aquel momento dieron vida á dos poderosos partidos que se

(1) Writings, tom. IX, pág. 207.

(2) Id. pág. 208.

disputaban el poder para amoldar á sus ideas la sociedad y las instituciones: el partido federal, y el anti-federal, ó democrático, defensor obstinado de las libertades locales.

Ambos aspiraban sinceramente á la consolidación de la república y la unión de los Estados; pero disentían de un modo esencial y permanente en las tendencias y aplicación de los principios. El partido federal propendía á la aristocracia, á la preponderancia de las clases elevadas, á la soberanía del poder central; mientras que el partido democrático era partidario de la autonomía local, del imperio del número, de la casi total independencia de los Estados. En sus luchas se adjudicaba este último el nombre de republicano y denominaba al otro monárquico, monócrata y torie, no dejando ni al mismo Washington libre de sus tiros, y acusándose mutuamente de tender el federalista al aislamiento y el democrático á la anarquía; de querer destruir éste la unión y aquél la república.

Un ilustre historiador, después de demostrar que entre estas dos cualidades, federalista y democrático, no existe ninguna diferencia verdadera y esencial, puesto que en el fondo alimentan unas mismas tendencias, propenden á unos mismos fines, observa la opuesta manera con que á menudo se han calificado los partidos americanos respecto de los partidos europeos de la misma escuela, y nos cita á propósito varios ejemplos, tomados de la historia de otras tantas repúblicas, según los cuales, por el contrario, el partido democrático siempre fué el que quiso reforzar los vínculos de la confederación, que es el gobierno central, lo que constituye el poder y vigoriza las instituciones, fortaleciendo la importancia de la nación, mientras que el partido aristocrático nunca dejó de ponerse al frente de los gobiernos locales, defendiendo su soberanía, ávido de conservar sus prerogativas y privilegios. La índole de nuestro trabajo no nos permite entrar en extensas consideraciones que quizá fueran de algún valer para la historia de los partidos de la nación española en estos últimos tiempos.

Además de las dos grandes agrupaciones indicadas, no faltaban por otra parte federalistas cuyas esperanzas quedaron defraudadas por el mal resultado de los artículos de la Confederación, los cuales desalentados por los ataques y las violencias de sus enemigos, desconfiaban que el país pudiese salir de su postración, acusaban á sus adversarios de que trataban de promover la anarquía con el fin de reponer algunas

fortunas arruinadas, y opinaban que el único medio para salir de tan grave situación era la implantación de un gobierno más enérgico e intransigente que el propuesto por las Convenciones.

Hasta hubo otros que mostrábase sinceros admiradores de la Constitución británica, que, como hemos dicho, era la sola que en aquella época podía ofrecer un modelo, algunos, que hubieran preferido la fuerza de aquel gobierno a las verdades evidentes de la declaración de la independencia, mezclándose entre todas estas ideas y encontradas opiniones, ambiciones e intereses particulares difíciles de conciliar, como siempre ha sucedido en todas las cuestiones humanas, y principalmente en las contiendas sociales y convulsiones políticas de más ó menos trascendencia.

Los servicios que en tal ocasión prestó Washington, prueban hasta qué punto era necesario su ascendiente para afirmar tan titánica obra. En medio de una sociedad tan conmovida y trabajada, sin ambición ni ilusiones, más por deber que por inclinación, por el deber de contribuir una vez más á la salvación de la patria confiando en la verdad antes que en el buen éxito, procuró fundar el gobierno decretado por la Constitución, á cuya formación de un modo tan directo y eficaz contribuyera.

Subió al poder provisto del gran influjo que hasta sus mismos adversarios reconocían y aceptaban, juzgándolo necesario, por más que él dijera que «la influencia no es gobierno.» é interesándole muy poco, en la lucha de los partidos, lo que pertenecía á la organización del estado social. Fué preciso sostener una enérgica lucha y todo el patriotismo de Washington, para mantener la paz interior y evitar una disolución irreparable.

En 1787, antes de dirigirse á la convención de Filadelfia, procuró instruirse, y al efecto estudió las principales confederaciones antiguas y modernas; pero el extracto de aquel trabajo, encontrado más tarde entre sus papeles, demuestra que se esmeró más bien en reunir datos en apoyo de las sencillas ideas más en armonía con sus sentimientos y su conciencia, que en meditar sobre la naturaleza íntima de las complicadas combinaciones de las sociedades humanas en todas sus formas y en todos sus grados.

Por otra parte, demasiado sabemos que Washington por temperamento, por carácter, se inclinaba al estado social democrático. De entendimiento recto, más bien que de gran ex-

tension, de corazón justo y tranquilo, de conciencia pura, poseído de la mayor dignidad, pero exento de toda pretensión apasionada y orgullosa, amante del aprecio público más que de la ostentación del mando, muy lejos de molestarle la equidad y sencillez de las máximas y costumbres democráticas, no la equidad mal entendida y las máximas y costumbres desastrosamente interpretadas y puestas en práctica, si que la verdadera equidad basada en los más estrictos derechos y los más sagrados deberes, y las máximas y costumbres más esenciales para la salud pública, satisfacían su razón, armonizaban las naturales inclinaciones de nuestro héroe.

Washington no se cuidaba de buscar con los adictos al sistema aristocrático, si se requerían combinaciones más doctas, clasificaciones de esta á la otra clase, privilegios, recursos más ó menos artificiales y estudiados, para conservar la sociedad; vivía tranquilo y en cierto modo descuidado en medio de un pueblo igual y soberano, sometiéndose sin el menor trabajo á su dominio, que consideraba legítimo, sin inquietarse para nada en esta parte: sólo cuando del orden social se pasaba á ocuparse de la cuestión política, cuando se trataba de la organización del gobierno, declarábase federalista acérrimo, enemigo decidido de las pretensiones locales y populares, partidario de la unidad y de la fuerza del poder central, único vínculo de la confederación de los Estados y base de su preponderancia.

Animado de estos sentimientos y poseído de estas ideas, Washington entró á ocupar la presidencia, sin que su elección significara el triunfo de ningún partido, por juzgarle superior á todos hasta sus mismos adversarios. Había aspirado siempre á este lisonjero privilegio, al privilegio de poseer la confianza general que inclinó de su parte el unánime anhelo de todos sus conciudadanos, el espíritu público, y cuya noble aspiración se expresa en algunas frases dirigidas, con tal propósito, á varios amigos con quienes le unía una particular intimidad, hija de sus estrechas y antiguas relaciones. «Quiero conservar mi entendimiento y mis acciones, decía, resultado de mi reflexión, libres é independientes como el aire.... Si es mi destino inevitable administrar la cosa pública, llegaré á la presidencia sin empeño anterior de ninguna clase.... Publíquese lo que se quiera respecto á mí, no contestaré con recriminaciones; ni aún sé si me justificaré algún día.... Todo eso no

tiende más que á alimentar la declaración.... Los entendimientos de los hombres difieren como sus rostros; y cuando las causas de sus acciones son puras, no se les pueden imputar las ideas, como tampoco las facciones.... Las disidencias en política son inevitables, y en cierto modo necesarias.... Pero me duele mucho ver que hombres de talento, celosos patriotas, que se proponen en general el mismo objeto, y tratan de conseguirlo con intenciones igualmente rectas, no empleen más libertad y claridad en sus juicios sobre sus opiniones y acciones recíprocas (1).»

De este modo, huyendo de toda polémica personal, de los apasionamientos y las preveniciones de sus amigos y de sus enemigos, empleaba toda su política en conservar una posición neutral, una actitud independiente que llamaba con la mayor propiedad *justo medio*, y que es difícil sostener cuando no existen en el individuo especiales condiciones.

Washington lo consiguió, por la natural predisposición de su ánimo y la energía de su carácter. Tuvo la suerte de que su país supo hacerle justicia.

Realmente extraño á todos los partidos, sin dejarse dominar por otra idea que la del bien de la patria, hombre de experiencia y de acción, tenía una exactitud de juicio admirable, sin pretensión ninguna sistemática, y sin que se dejara llevar de preveniciones ni preocupaciones de ninguna clase. Por esto no se notaba en su conducta dureza ni violencia lógica, empeños de amor propio ni rivalidad alguna. Siempre que prevalecía su opinión, no significaba para sus adversarios un empeño perdido; pues no venía en nombre de su superioridad ni en representación de un partido, si que en fuerza de la misma necesidad de las cosas.

No obstante, su triunfo no era un hecho injustificado y sin moralidad, un simple resultado de la industria diplomática ó política, sino que apartándose de toda teoría, tenía profunda fe en la verdad, y la tomaba por norma de sus actos. Nunca se proponía que prevaleciera una idea por oposición á los defensores de otra contraria, ni obraba únicamente por mero interés y con la sola mira del triunfo. Nada emprendía sin creer que le asistían la razón y el derecho, y por lo mismo sus acciones, sin hallarse revestidas de un carácter sistemático y humillante para sus adversarios, presentaban un aspecto

(1) Writings, tom. IV, págs. 481-108-148-475-283-280-236.

que hacía que fuera para todos respetables.

Aparte de esto, todos abrigaban el más profundo convencimiento de su desinterés, y la gran confianza que tal circunstancia había necesariamente de inspirar, no dejaba de ejercer inmensa influencia en los ánimos, que abundaban en la seguridad de que sus intereses no se habían de ver sacrificados á miras personales y ruines ambiciones.

Su primer acto, en la formación del ministerio, fué la prueba más elocuente de su imparcialidad; pues no precediendo en su elección sino la idea del afecto que el público les profesaba, á la par que el conocimiento que tenía de su indisputable mérito y reconocida disposición, no reparó en conferir tan importantes puestos á los partidarios de uno y otro bando que creyó habían de satisfacer mejor sus patrióticos deseos. Nombró á Jefferson secretario de Estado; á Hamilton jefe de la Tesorería; al general Knox secretario de la guerra; á Randolph procurador general. Hamilton y Knox federalistas; Jefferson y Randolph demócratas. Hamilton y Jefferson pueden considerarse como los dos jefes de ambos partidos.

Cuéntase Hamilton como uno de los hombres que han conocido mejor los principios vitales y las condiciones fundamentales del gobierno. No hay en la Constitución de los Estados- Unidos un solo principio de orden, de fuerza y de duración á cuya introducción y sostenimiento no haya contribuido energicamente, hasta conseguir su predominio. Tal vez creía preferible el gobierno monárquico al republicano; tal vez dudó que saliese triunfante el ensayo intentado en su país; tal vez arrastrado también de la vivacidad de su imaginación y del ardor lógico de su mente, era exclusivo en sus miras y exagerado en sus deducciones; pero de carácter elevado, como de alma, servía con toda lealtad á la república, y procuraba darle solidez; nunca debilitarla. Sabía por demás que, naturalmente y por ley esencial de las cosas, el poder está en lo alto de la sociedad, como la cabeza en la parte superior del cuerpo del hombre; que debe constituirse conforme á esta suprema ley, y que todo sistema que se separa de ella, todo esfuerzo contrario introduce en el cuerpo social, más ó menos tarde, flaqueza y confusión, falta de vitalidad y de energía. Se engañó, sin duda, al querer atenerse demasiado y con obstinación algo arrogante, á los ejemplos de la constitución inglesa, atribuyendo á veces en estos ejemplos la misma

autoridad al bien y al mal, á los principios y al abuso, y no concediendo á la variedad de las formas políticas, á la flexibilidad de la sociedad humana una parte bastante grande, una confianza bastante generosa. No tenía en consideración que hay épocas en que el genio político consiste en no temer lo nuevo, respetando lo antiguo y lo eterno.

Jefferson era el más fiel y eminente representante del partido democrático. Como es uno de los ilustres personajes que fueron llamados á ocupar la presidencia, nos reservamos la tarea de entrar en más detalles para cuando nos llegue el turno de tener que ocuparnos de su historia biográfica.

Knox era un soldado probo, mediano y dó-



Estatua de Jefferson enfrente de la Casa blanca en Washington

cil; Randolph un abogado de reputación, pero hombre de poca fe, irresoluto y de probidad ambigua. Su reputación, el haber sido ya gobernador de Virginia, y uno de los primeros en aprobar la Constitución, fué suficiente para conferirle dicho elevado cargo.

Llevado de las mismas miras que le guiaron al proceder á estos nombramientos, Washington eligió á Juan Jay para jefe del Tribunal Supremo de Justicia.

El talento, la rectitud, el patriotismo y la reconocida moralidad de tan distinguido juriconsulto, — observa un notable historiador, — eran las cualidades más necesarias para

el que había de ocupar tan elevado puesto (1).

Al comunicarle por escrito su nombramiento, Washington le decía: «Tengo plena confianza en que el amor que profesais á vuestro país, y el deseo de promover el bienestar general, serán motivos más que suficientes para que aprovecheis vuestro talento, rectitud y buenas disposiciones, tan necesarias en ese departamento que puede considerarse como la piedra de toque de nuestro edificio político.»

Cushing, Wilson, H. Harrison, Blair, y Rutledge, todos hombres distinguidos y de gran

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*, tom. II, pág. 201. Edición Montaner y Simon, Barcelona.

valía, fueron nombrados jueces agregados. De manera que con la acertada elección de estos sujetos, quedó constituido un tribunal digno del rango que la Constitución le designaba.

Desde aquel momento pasó á ser un hecho real y seguro el establecimiento del Gobierno de los Estados- Unidos que debía labrar la prosperidad de aquel gran pueblo.

Después de muchas y atareadas sesiones, durante las cuales reinó la más perfecta armonía entre los poderes ejecutivo y legislativo, el Congreso cerró sus sesiones el 29 de setiembre, para reanudarlas el primer lunes de enero de 1790.

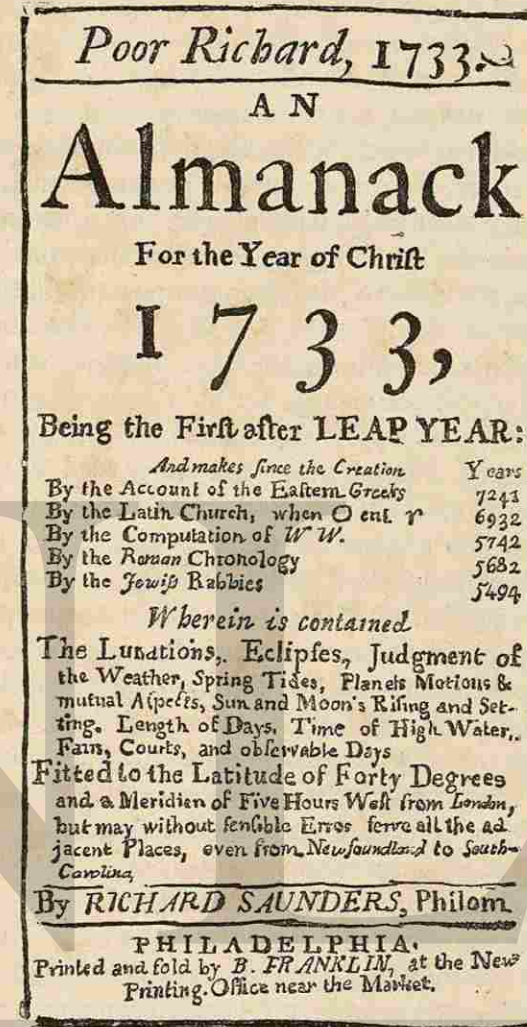
Con tal motivo, Washington escribió una carta de la cual extractamos los siguientes párrafos: «No me cabe la menor duda que este Gobierno, aunque no del todo perfecto por ahora, es uno de los mejores del mundo. Siempre creí que una representación libre é igual del pueblo en la legislatura, juntamente con un eficaz poder ejecutivo responsable, era la más fuerte columna sobre que pueda apoyarse la libertad americana. Verdaderamente es casi milagroso que haya habido hasta unanimidad al tratarse puntos de la mayor importancia entre tan gran número de ciudadanos de tal modo diseminados, y de tan distintas costumbres. Esta unanimidad y buenas disposiciones de los ciudadanos son las más favorables circunstancias para continuar este Gobierno que tenemos, y grandes motivos para creer que satisfará las exigencias del país.»

Sin embargo, sólo el estado crítico de los negocios cuando empezó á regir la Constitución, y la preponderancia imparcial de Washington, pudieron conseguir aplazar, ya que no poner coto á las disidencias que reinaban aún en el seno del mismo gabinete, á consecuencia de la rivalidad entre Hamilton y Jefferson.

Washington procedió con singular constancia y notable prudencia. Mientras estuvo al frente del gobierno y tuvo á su lado aquellos dos hombres eminentes, empleó con ellos mucha circunspección, y les mostró la misma confianza, creyéndoles á ambos sinceros y capaces, necesarios al país y á sus planes. Jefferson, además de servirle de vínculo, de medio de influencia en el partido popular que más tarde se convirtió en oposición, servíale en el interior del gobierno de contrapeso á las tendencias de Hamilton y sus correligionarios. Consultaba por separado á los dos sobre los negocios que debían tratar juntos, para conciliar ó aminorar su discrepancia. Tenía el tacto suficiente para saber convertir el mérito de cada uno y el favor que gozaban en su partido, en ventaja del gobierno y á su vez hasta de ellos mismos. Solía aprovechar todas las ocasiones de envolverlos en una responsabilidad común; y cuando la escisión demasiado profunda ó las pasiones demasiado vivas amenazaban

provocar un rompimiento, sabía interponerse con oportunidad, exhortaba, rogaba, y con su influencia personal, ó invocando afectuosamente el patriotismo y la buena intención de los dos rivales, lograba calmarles, ó por lo menos retardar el conflicto que no podía evitar.

Trataba todos los asuntos con igual prudencia y miramiento que á los hombres: atento siempre á su posición personal, nunca suscitaba ninguna cuestión inoportuna ó superflua; ajeno al prurito de regularlo ó dominarlo todo, dejaba que los grandes cuerpos del Estado, los gobiernos locales, sus propios empleados obraran



Facsimile de la portada del «Almanaque del Pobre Ricardo» publicado por B. Franklin

con la conveniente libertad y desembarazo en el círculo de sus respectivas atribuciones, y nunca anticipaba su opinion y su responsabilidad, sin una necesidad clara y positiva.

Una política tan imparcial, tan circunspecta, tan atenta á no arriesgar las cosas ni á comprometerse á sí misma, no era la de una administracion incapaz é irresoluta, que busca y recibe de todas partes impulsos y pareceres; sí que era la de un gobierno resuelto, activo y firme en sus ideas, eficaz en sus deseos, que obraba por propia voluntad y bajo la inspiracion de sus propias convicciones.

Establecido para consolidar el vínculo federal y combatir la anarquía, el poder central se mantuvo fiel á su elevada mision, contribuyendo eficazmente Washington con sus conferencias, con su prevision y firmeza, y con su adhesion á las sanas doctrinas, á que se diese cima á la obra con el mismo fin que se empezara, con el fin de constituir un gobierno fuerte, digno y por todos conceptos respetable.

Quando Washington, tan imparcial y tan tolerante en la formacion de su ministerio, colocóse en medio de los negocios y de los partidos, imprimió á su administracion una poderosa unidad de miras y de conducta que pudieran considerarse como verdaderamente ejemplares. «Mientras tenga el honor de dirigir los asuntos públicos,—decia,—no concederé á sabiendas ningun empleo importante á hombres cuyas doctrinas políticas sean contrarias al objeto general del gobierno. Esto sería, en mi concepto, una especie de suicidio político... (1)» Y al propio tiempo escribia á Morris, que estaba de embajador en Lóndres: «En un gobierno libre como el nuestro, en que los ciudadanos son dueños de manifestar y efectivamente manifiestan sus sentimientos, á menudo con imprudencia, á veces con injusticia, por estar mal informados, es preciso tolerar algunas efervescencias accidentales; pero despues de la declaracion que he hecho de mi fe política, podeis afirmar sin temor que el poder ejecutivo de este país no ha sufrido ni sufrirá jamás, mientras yo esté á su frente, que quede impune acto alguno culpable de sus agentes (2)»

Aun en las cosas más accidentales, de mera forma y ajenas á los hábitos de su vida, le iluminaba y dirigia un exacto discernimiento, un instinto seguro de lo que correspondia al

(1) Writings, tom. XI, pág. 74.
(2) Writings, tom. IX, pág. 103.

bien entendido decoro. Despues de su eleccion, fueron motivo de graves disputas entre los partidos las ceremonias que debian observarse con el presidente; y mientras algunos federalistas, amantes de las tradiciones y de la pompa y el esplendor monárquico, se mostraban llenos de regocijo cuando en un festin se colocaba un asiento más elevado del piso del salon, en el cual sólo podian sentarse Washington y su mujer, muchos demócratas lo consideraban como los preliminares de una nueva tiranía, y llevaban á mal que, recibiendo en su casa á determinadas horas, se contentase con hacer, á los que iban á verle, una seca y profunda cortesía. Washington, por su parte, reíase del gozo de los unos y del disgusto de los otros, y perseveraba en las reglas por demás modestas que habia adoptado, diciendo: Si hubiese de seguir mis inclinaciones, pasaria en el retiro todos los instantes que pudiese robar á la fatiga de mi elevado puesto. No lo hago, porque creo que conviene dejar á todos en la indispensable libertad para que se presenten á mí, en cuanto lo consienta el respeto debido al jefe del gobierno; respeto que, á mi juicio, no puede adquirirse y mantenerse sino guardando un justo medio entre la pompa y la familiaridad (3).

Mucho más graves dificultades pusieron muy pronto su constancia á más difícil prueba. Las rentas públicas era para el país una cuestion importantísima, quizá la principal, y apenas establecido el Gobierno, bajo los auspicios de la nueva Constitucion, se presentó tan intrincado asunto sobre el tapete, y aumentó la confusion y el desorden. La cuestion de la deuda nacional y extranjera, produjo empeñados debates y graves polémicas, ocupando por algun tiempo en primer lugar la atencion de las Cámaras. La Union debia á propios y extraños, debian los Estados en particular y á su nombre, aunque por la causa común, y habia bonos de requerimientos, contratos de suministros, arriendos no pagados, otros créditos de diversa naturaleza y origen, mal conocidos, no liquidados, y en medio de tal caos, bastantes rentas empeñadas y ninguna segura.

Muchos, y principalmente el partido democrático en general, se oponian á que se aceptasen todas aquellas cargas, ó á que reuniéndolas y englobándolas se procediera á la aclaracion de tan intrincado laberinto. Los partidarios de la descentralizacion querian que cada Estado

(3) Writings, tom. X, pág. 99.

cuidase del pago de sus deudas, por desigual que fuese la distribucion de la carga; que se hicieran entre los acreedores distinciones y clasificaciones fundadas en el origen de los créditos y el desembolso efectivo; que se adoptaran, en suma, todas esas medidas que bajo la atractiva apariencia de verdadera justicia y escrupuloso exámen, son en realidad positivos subterfugios para eludir y desmembrar las obligaciones seriamente contraídas.

El jefe de la Tesorería, ó sea el ministro de Hacienda, el inteligente Hamilton, propuso, por el contrario, concentrar por cuenta de la Union y pagar por entero todas las deudas que hubiesen servido para la causa comun, extranjeras y nacionales, sin distincion de contrayentes, de dueños ni de origen ó procedencia; establecer contribuciones suficientes para satisfacer los intereses de la deuda y amortizarla; fundar un Banco nacional que ayudase al gobierno en sus operaciones rentísticas y afanzara y sostuviera su crédito. Sistema muy conforme con la verdad y la probidad, que consolidaba la Union, asociando á los Estados por medio de las rentas, como lo estaban políticamente; que fundaba el crédito americano con el gran ejemplo de fidelidad tributado á los contratos públicos y las garantías que ofrecia para su satisfaccion; que fortalecia el gobierno central, atrayendo á los capitales, y dándole por medio de ellos poderosa influencia.

A pesar de su completa discrepancia, los adversarios del eminente rentista no se atrevian á oponerse á este plan abiertamente; pero se esforzaban en desprestigiar la autoridad del principio poniendo á discusion la moralidad de los acreedores y clamando contra la bondad de los impuestos. Partidarios de la autonomía ó independencia local, lejos de reconocer y otorgar su aprobacion á las consecuencias políticas, que necesariamente habia de producir la union rentística, las miraban con recelo, y aferrados á sus principios generales, pedian que, tanto respecto á lo pasado como á lo venidero, se dejase á los Estados que saliesen como pudiesen de sus compromisos. Parecía que el crédito americano se pagaba á demasiado precio, que se podia obtener mejor con medios más sencillos y ménos gravosos, tildando, por último, de oscuras ó ilusorias las teorías de Hamilton.

Este sostenia la lucha con su acostumbrada energía, con la pureza de sus propósitos y la firmeza de su conviccion, atento, como estaba,

á la administracion de la Hacienda pública y su fin político, es decir, á la fundacion del Estado y la fuerza de su gobierno.

En tan gravísimo asunto, Washington, extraño á los estudios rentísticos y careciendo de toda conviccion personal y razonada respecto al mérito y valor intrínseco de las medidas propuestas, vaciló al principio, sin saber qué decir y á qué atenerse. No dejaba de reconocer, sin embargo, su equidad y su utilidad política, y tenia confianza en Hamilton, en su rectitud y en su juicio; pero cuando la discusion se prolongaba, y en su consecuencia multiplicábanse las objeciones, algunas turbaban su mente, mientras que otras inquietaban su conciencia, y en tal situacion, preguntábase á sí mismo con cierta ansiedad si la razon estaba toda de parte del gobierno, ó se inclinaba algo en favor de sus adversarios.

La misma imparcialidad que le hacia fluctuar en estas dudas, fué poderosa causa de que al fin se mostrara más inquebrantable su firmeza, cuando bien pesado todo, llegó á persuadirse por completo de la bondad del sistema, desde cuyo instante no cesó de sostener á Hamilton y sus providencias, dando con ello prueba de un gran criterio político. En su consecuencia, si bien se abstuvo de manifestar su opinion mientras se debatía el asunto en el Congreso, no vaciló en aprobar el decreto para el arreglo de la deuda pública, lo cual debia significar que la medida merecia su cabal aprobacion.

Entre otros de los varios asuntos importantes que se trataron durante aquella laboriosa legislatura, fué el del comercio de esclavos, á peticion de los cuáqueros de Pensilvania, Delaware y otros Estados. El venerable doctor Franklin, fundador y presidente de la sociedad para la abolicion de la esclavitud, presentó á principios de febrero una exposicion en la cual se hacia presente cuán justo é importante era que los infelices sujetos á tan inhumano yugo participaran tambien de los beneficios de la libertad. Discutido extensa y acaloradamente por ambas partes, el Congreso acordó: «que no estaba autorizado para intervenir en la emancipacion de los esclavos ni en la manera de tratarlos (1)» Poco tiempo despues, el 17 de abril del mismo año, 1790, aquel grande hombre, aquel gran sabio y sagaz diplomático, Benjamin Franklin, bajó al sepulcro con gran duelo de propios y extraños. Fué enterrado en el

(1) El último escrito de Franklin versa sobre la esclavitud.

cementerio del Cristo en Filadelfia, y más de veinte mil ciudadanos acompañaron el cadáver á su última morada. El Congreso dispuso que sus miembros vistieran luto por espacio de un mes, en testimonio de veneración á la memoria del ilustre ciudadano que no sólo brilló por su genio, sí que también por su ciencia y los grandes servicios que prestó á su patria.

En la Asamblea nacional de Francia pronunció Mirabeau un elocuente discurso en honor al indisputable mérito del finado, y Lafayette apo-



Prensa de imprimir usada por Franklin

yó una proposición para que vistieran luto durante tres días los miembros de dicha Cámara. No hubo nación civilizada que no lamentase la irreparable pérdida del venerable sabio.

La importancia de la figura y el atractivo de sus actos, siquiera por la eficacia con que contribuyó á la libertad de su patria, nos mueven á consignar algunos detalles de su vida, que creemos nos han de agradecer nuestros lectores.

Franklin es una de las primeras glorias de los Estados-Unidos y uno de los hombres que más señalados servicios prestó á la causa de la independencia americana.

Nació en Boston en 1706, siendo el décimotercio de una familia de artesanos. Apenas supo leer y escribir, y cuando sólo contaba diez años, dedicaronle á hacer velas como su padre. Benjamin daba pruebas de gran aplicación; pero siempre que podía disponer de un momento de libertad, corría al mar, donde adquirió gran maestría como nadador y remero. Los cuartos

que ahorraba de su sustento, los convertía en libros, por lo cual su padre le llamaba el *literato de la casa*, y descontento de su conducta, le puso á aprender el oficio de impresor, bajo la dirección de otro hermano. Como trabajaba con apasionada afición, no tardó en ser uno de los mejores operarios. Los dependientes de los libreros, amigos suyos, le proporcionaban libros que leía con la mayor ansiedad, y el *Ensayo sobre los proyectos* de Foe y un tomo suelto del *Espectador* de Addison, le inclinaron á una instrucción variada. Luego quiso escribir, y compuso unas coplas de ciego, que merecieron elogios; mas por fortuna un amigo sincero le dijo la verdad, y le salvó del peligroso naufragio de ser un mal poeta ó un escritor de escaso mérito.

Desde entonces reconoció la necesidad de limar el estilo y no dejarlo á la casualidad, como hacen muchos, y repitió las pruebas diarias y oscuras de que se mofan los presuntuosos, y que sin embargo se ven más tarde compensadas por la facilidad, corrección y demás condiciones necesarias.

A los diez y seis años leyó á Locke, á Port Royal y á Jenofonte, y aprendió á explicarse sus ideas y á establecerlas, refiriendo á su modo de vivir este análisis. Se impuso un régimen estricto de alimento y la mayor economía, renunció al vino, para ahorrar algún cuarto y no imitar á sus beodos camaradas, con lo cual se captó su aprecio, como sucede al que nunca se halla desprovisto de juicio ni de dinero, cuya falta hace al hombre tan despreciable.

Analizaba y descomponía la virtud en sus varios elementos, como Newton la luz y Lavoisier el aire, y al terminar el día, examinaba los maravedises que había gastado más de lo necesario, los defectos corregidos y las buenas cualidades desarrolladas. Se acostumbraba á no asegurar nada, á anularse para llegar á su objeto, á dejar á otros la espuma para obtener lo sólido, á confiar en su actividad, en su sobriedad, en su paciencia y en su perseverancia.

Habiendo emprendido su hermano, el impresor, la publicación de un periódico, que fué el segundo que vió la luz en América, Franklin intercaló un artículo suyo, guardando el incógnito. El artículo gustó, y desde entonces pudo darse á conocer, sin temor á los tiros de la crítica envidiosa y apasionada.

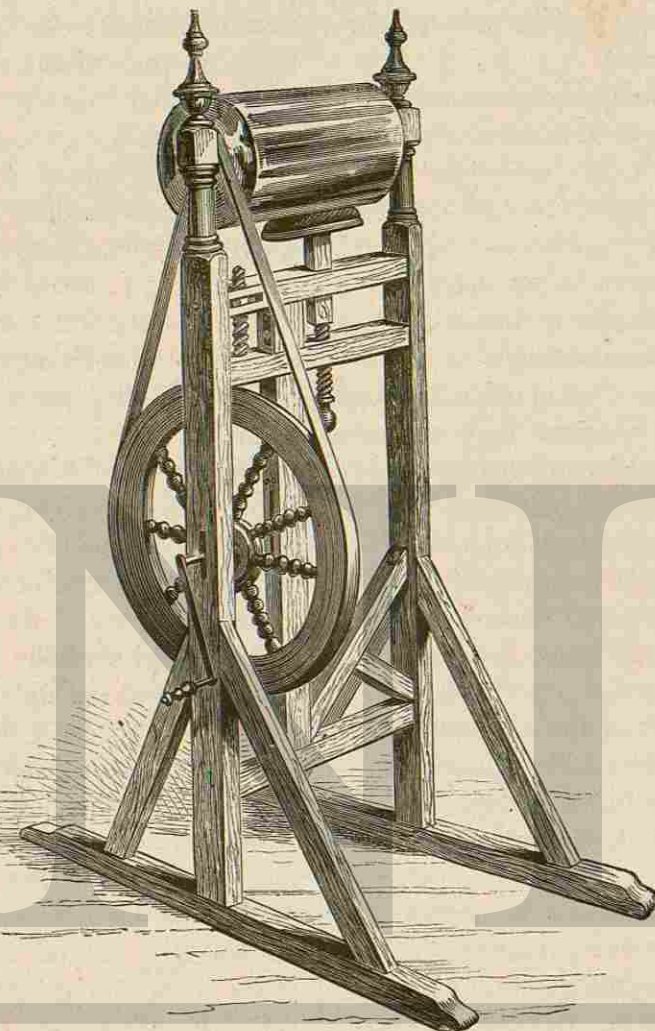
Sin embargo, el que sepa las espinas con que tropieza el hombre honrado al entrar en la carrera literaria y periodística, no extrañará ver

á Franklin irritado con su hermano, con el gobierno, con sus rivales, quejarse, como otros muchos, de su ingrata patria y marcharse á Nueva York y á Filadelfia.

A fuerza de trabajar consiguió algo; pero aconsejado por uno de esos proyectistas que consideran demasiado largo camino para hacer fortuna el trabajo, la paciencia y el ahorro, se fué á Londres, el país de las riquezas y los empleos.

Deshechos sus castillos en el aire y consumido lo poco con que contaba, se encontró aislado en aquel inmenso caos, sin medios ni apoyo, y lleno de amargos desengaños. Desde entonces dejó de confiar en nadie más que en sus propias fuerzas, y ya manejando las prensas de una imprenta, ya los remos de una navicilla ó enseñando natación en el Támesis, se ganaba el pan de cada día.

Vuelto á Filadelfia, se propuso formalmente



Primera máquina eléctrica de Franklin

adquirir dinero y reputación, y consiguió ambas cosas trabajando día y noche, viviendo con gran economía y respondiendo con los hechos á las detracciones de la envidia. Pudo establecer una imprenta y comenzó á publicar el *Almanaque del Pobre Ricardo*, colección de consejos y verdades prácticas, expresadas en forma de proverbio, que están en la memoria de todos y se aplican cien veces al día en propios y ajenos casos, con lo cual fué aumentando su reputación.

Lo costoso es adquirir el primer escudo y dar el primer paso; y Franklin no tardó en ir

de diputado á la asamblea general de Pensilvania, siendo nombrado después director de correos. Pudo dedicarse ya con el preciso desahogo á ser útil á sí mismo, á su país y á sus semejantes. Instituyó un gabinete literario, un cuerpo de bomberos y una asociación para defenderse de los indios limitrofes, consagrándose al propio tiempo á las más estudiosas manipulaciones de la ciencia y los más profundos análisis.

Hacia algún tiempo que los hombres científicos se dedicaban con ardor al estudio de esa fuerza misteriosa de la naturaleza designada

con el nombre de electricidad; pero limitada en sus resultados, nula en sus aplicaciones, objeto de mera curiosidad, se consideraba esta parte de la ciencia como la más especial de la física, y ni aun se conoció su importancia cuando Muschenbroeck y Allamand descubrieron la botella de Leiden, simplificada por Watson, que intentó además medir la rapidez de este fluido. Franklin se aplicó á estudiar y explicar tales fenómenos y restituyó á la electricidad el carácter de ciencia física, mientras el sacudimiento producido por la botella parecía darle el de ciencia fisiológica.

Suponia al principio dos electricidades, la vítrea y la resinosa; pero vino despues en conocimiento de que no habia más que una, ya positiva, ya negativa. Sometiendo al análisis la botella de Leiden, dedujo su teoría de la electricidad, que consiste en suponer un solo fluido eléctrico, cuyas partículas se rechazan entre sí, mientras que la materia las atrae.

Los progresos de la ciencia echaron abajo muchas de sus hipótesis; pero dejó sentadas en sólidas bases dos insignes doctrinas: la desaparición de la electricidad por medio de las puntas, de suerte que no puede acumularse en cuerpos puntiagudos, y la producción del rayo por un exceso de electricidad en la atmósfera.

Asociando ambos principios, concluyó que se podría con las puntas descargar la atmósfera del exceso del fluido, y tal fué el origen de los pararrayos, prodigioso y sencillo aparato de su invención, que destruyó para siempre las ilusiones fantásticas que daban al rayo cierto aspecto sobrenatural.

Habiéndose suscitado entre la metrópoli y las colonias americanas las graves cuestiones que habian de conducir á estas á la revolución, Franklin fué enviado á Londres en representación de los intereses norte-americanos, y logró que se le oyese en la cámara de los Comunes, donde respondió con firmeza, precisión y facilidad á las preguntas que se le hicieron, dió las noticias que se le pidieron sobre el comercio, la hacienda, la política y la administración y salió airoso de su empeño.

Al principio mostróse partidario de la conciliación; mas cuando, en vista del camino que se propuso seguir la Inglaterra, previó que la opresión conduciría á la libertad, no lo llamó á amigos ni á contrarios, aconsejando, no obstante, que no se separasen de la legalidad, principal arma de los oprimidos que quieren emanciparse.

Se le tildó de rémora y pusilánime; pero cuando, agotada la paciencia, pudo justificarse la insurrección, se le vió hacer el primer papel en los tres teatros de aquella acción única: América, Londres, París.

Con su ida á Inglaterra, desconcertó los designios de los ministros, y aumentó los obstáculos. A su vuelta decía: «Os tratan con cierto miramiento, porque os temen; si cedéis, os tratarán como rebeldes; armaos.» Y llegada la hora, fué de los primeros en dar la señal de la insurrección, á pesar de haberla desaprobado hasta no verla madura.

Extraño á la guerra, se empleó en los consejos y tratados para extender la insurrección, consolidarla con la concordia, persuadir que los términos medios no sirven en los casos graves, y hacer que se decretara la independencia de su patria.

Cuando convino atraerse las simpatías y la amistad de la Francia, los americanos enviaron á Franklin, que por cierto la amaba muy poco.

Conociendo lo mucho que cautivan á los franceses las apariencias, Franklin puso en esta parte todo su estudio, y tuvo la satisfacción de ver coronado su objeto. Todos se agrupaban con entusiasmo en derredor suyo, considerándole como el símbolo vivo de las ideas nuevas, y tanto por sus cualidades científicas como por sus dotes sociales y diplomáticas, se granjeó el afecto de los filósofos, la admiración de los sabios y la estimación del pueblo.

Él, por su parte, sabia aprovecharse del aura popular, y mientras se le creía un bonachon, tenia la vista fija en las intrigas de los ambiciosos y en los manejos de sus adversarios, y no se desviaba de sus propósitos.

Fué el milagro de la roca de Horeb, con sólo sus cualidades personales, sacar á la Francia, agobiada de deudas, tres millones prestados en 1776, otros tantos en 1781, y cuatro al año siguiente.

Cuando volvió á su país, nadie puede imaginar las fiestas triunfales con que le recibieron en Filadelfia, donde sesenta años ántes entró sin un cuarto y sin nombre, y donde continuó dedicado al bien de su patria y de sus semejantes, hasta que rindió el inevitable tributo á la madre tierra, el día consagrado.

Dejó en su testamento capitales que acumulándose con el tiempo, sirviesen para grandes obras públicas, y pequeñas sumas con que ayudar los fatigosos pasos del que empieza

una carrera ó quiere ejecutar un noble designio.

Legó á Washington su baston de manzano silvestre.

Conocedores de esta historia, aunque trazada á grandes rasgos, se comprenderá mucho mejor cuán sentida hubo de ser la muerte de tan distinguido varon, de sabio tan eminente, de tan esclarecido ciudadano.

No tuvo la dicha de ver los resultados de la Constitución que fué uno de los primeros en aceptar, diciendo: «Adopto esta Constitución, porque creo que necesitamos un gobierno general, y no hay forma de gobierno que no dé buenos resultados, si se administra cuerda y sabiamente.»

Arreglada la cuestión de la deuda, no habia de tardar en tocarse las consecuencias. Aunque en los planes rentísticos de Hamilton entrase alguna ilusión, y en su ejecución algun abuso, dominaba en ellos una verdad importantísima: fundando la fe pública y ligando estrechamente la administración de las rentas con la política, dió desde los primeros días al nuevo gobierno la consistencia de un poder establecido bajo las más firmes bases. De modo es que pronto la seguridad volvió á los ánimos, la actividad á los negocios, el orden á la administración, la agricultura y el comercio se extendieron y desarrollaron, el crédito aumentó rápidamente, la sociedad prosperó, sintiéndose libre y bien gobernada, el país y el gobierno progresaron á la par en la buena armonía que es la salud de los Estados.

Washington tuvo ocasion de ver por sus propios ojos en todos los puntos de aquel territorio, tan lisonjero, y para él querido y glorioso espectáculo. Despues de tres viajes que hizo, recorriendo detenidamente la Union, y durante los cuales recibió las mismas muestras de la admiración agradecida y tierna digna del verdadero padre de la patria, escribió á David Humphreys: «Me alegro de haber emprendido este viaje; el país parece progresar mucho; el trabajo y las costumbres frugales están de moda..... el pueblo tranquilo y adicto al gobierno general..... el agricultor encuentra fácil venta á sus productos. La experiencia diaria parece consolidar el gobierno de los Estados-Unidos y hacerlo de día en día más popular. La pronta obediencia á sus leyes prueba la confianza de los ciudadanos en sus representantes y en las rectas intenciones de los hombres que administran los negocios públicos (1).»

(1) Writings, tom. X, pág. 170.

Casi al mismo tiempo, escribia Jefferson, como si quisiera legar á la posteridad el mismo testimonio: «Han terminado las nuevas elecciones para el Congreso, y ha habido muy pocos cambios; prueba evidente y cierta, entre otras muchas, de que los actos del nuevo gobierno han producido general satisfacción..... Nuestros negocios continúan prosperando extraordinariamente, fruto de los verdaderos progresos de nuestro gobierno, y de la ilimitada confianza que en él deposita el pueblo, celoso en sostenerle, y convencido de que una firme union es la mejor garantía de nuestra seguridad.»

Al acercarse el término de la presidencia de Washington, año de 1793, y la necesidad de dar un nuevo jefe al Estado, se produjo un movimiento general por el vivo anhelo de todo el país en favor del que con tanto patriotismo, energía y acierto habia sabido regir las riendas del gobierno. Movimiento muy distinto en su aparente unanimidad; pues mientras el partido federalista queria conservar el poder, los demócratas conocian que aún no podian aspirar á él, y que el país necesitaba de la política y el prestigio del hombre que, no obstante, se proponian combatir. El público temblaba al pensar que pudiera interrumpirse el orden y la prosperidad que bajo tan lisonjero aspecto marchaba hácia su completo desarrollo.

Pero Washington, ansioso de descansar de sus fatigas, á la par que disgustado de la actitud de los partidos y viendo los peligros que amenazaban la situación, sólo esperaba que espirase el término de su elección para retirarse de la vida pública.

El rumor de la revolución francesa agitaba ya la América, y por otra parte una guerra inevitable y mal principiada contra los indios, requería poderosos esfuerzos, mientras que en el seno del gabinete habian llegado á tal extremo las escisiones entre Hamilton y Jefferson, que se manifestaban casi oficialmente en los periódicos la *Gaceta nacional* y la *Gaceta de los Estados-Unidos*, órganos respectivamente de los dos rivales, sin que bastaran á ponerles dique las prudentes exhortaciones y el prestigio de su presidente.

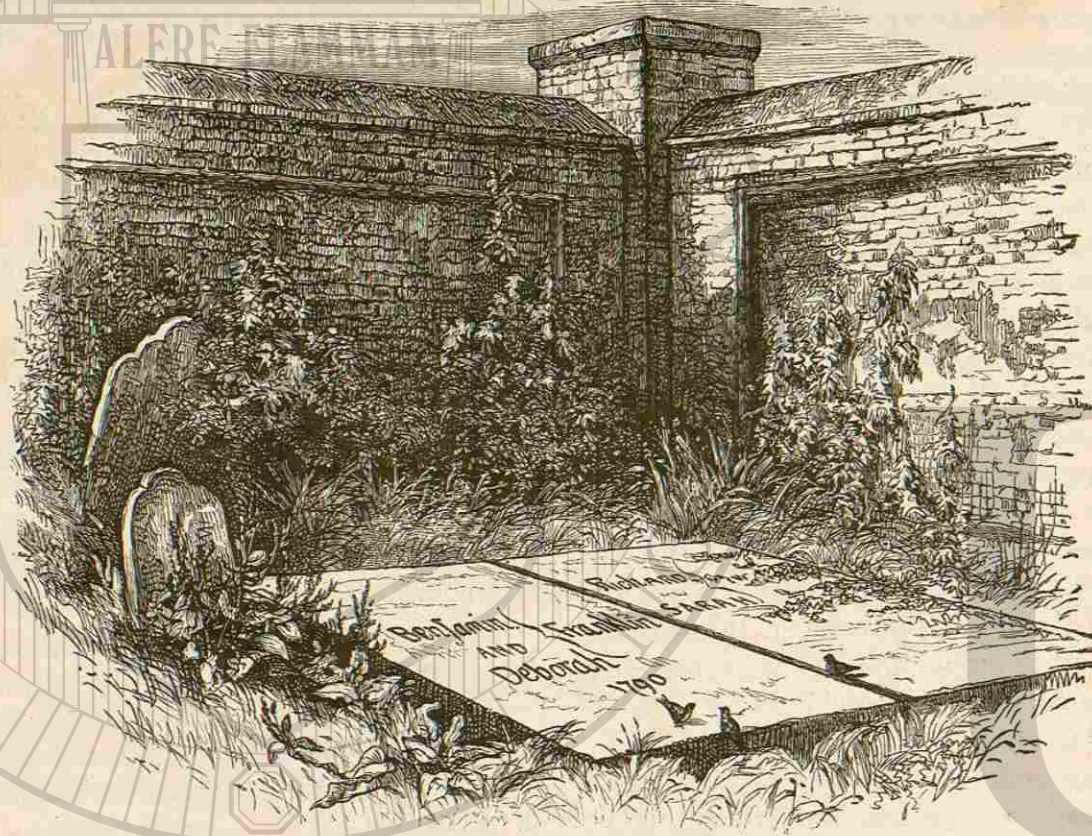
Con tal estímulo, la prensa de la oposición se entregaba á los más violentos ataques y Washington no podia menos de experimentar la mayor inquietud, lamentándose amargamente á los que le inspiraban más íntima confianza. «Si el descontento,—escribia con tal motivo al procurador general Randolph,—la desconfianza

y la irritacion se esparcen así á manos llenas; si el gobierno y sus empleados tienen que sufrir continuamente el ataque de los periódicos sin tener siquiera la paciencia de examinar los hechos ó los motivos, temo que llegue á ser imposible, á quien quiera que sea, dirigir el timon y mantener unidas las partes de la máquina.»

Además, en algunos puntos, y particularmente en la Pensilvania occidental, despertó el espíritu de sedicion uno de los impuestos decretados para extinguir la deuda, el derecho

sobre los espíritus. Formáronse numerosos grupos manifestando que se hallaban dispuestos á negarse al pago de dicho impuesto, y Washington se vió obligado á prevenir solemnemente que estaba decidido á hacer que se respetara la justa autoridad de las leyes, por cuantos medios le permitiera la Constitucion.

Hasta en el Congreso no tenía la administracion un apoyo tan constante y eficaz, siendo Hamilton blanco de repetidas é inconsideradas acusaciones, y no mereciendo siempre sus proposiciones la debida aprobacion.



Tumba de Franklin en Filadelfia

Por otra parte, aunque el estilo de la Cámara de los representantes continuaba siendo adicto y respetuoso, no era tan delicado y tierno; de modo que habiéndose propuesto que se suspendiera la sesion por media hora, para ir á cumplimentarle, el 22 de febrero, aniversario de su nacimiento, combatióse la proposicion rudamente, y por último sólo se aprobó por una mayoría de muy pocos votos.

Nada de todo esto se escapaba á la vigilante sagacidad de Washington; y, celoso de su consideracion y de su gloria, que á pesar de su modestia queria conservar incólumes, sentia aumentarse con doble motivo su natural inclinacion á la vida privada y al reposo de Monte Vernon. Sólo podían contrabalancear en su ánimo su inclinacion y su prudencia, sus pro-

fundas convicciones, el bien público, el evidente interés de los negocios, el deseo, ó más bien el deber de acabar de consolidar su obra; y cuando pesaba y ventilaba consigo mismo estos diversos motivos, mostrábase más solícito de lo que parecía propio de su carácter, y acababa por decir: «El Señor, soberano y soberanamente sabio de los acontecimientos, ha guiado hasta ahora mis pasos, y en la importante resolucion que quizá tenga que tomar dentro de poco, espero que me indicará la senda tan claramente, que no pueda engañarme (1).»

Llegada la hora, redoblaron las instancias de todas partes para que accediera á los generales deseos, y hasta el mismo Jefferson, que

(1) Writings, tom. X, pág. 286.

se hallaba á la cabeza de la oposicion, dirigióle una carta apelando á su patriotismo, y haciéndole presente que la anarquía y los más graves peligros amenazaban al país, si él abandonaba su puesto ó rehusaba servir á la nacion.

Igualmente Hamilton le escribió diciéndole, entre otras cosas, que tanto en obsequio del bien público como por prudentes y patrióticas consideraciones, debería obedecer de nuevo á la voz de la patria, y que rogaba á Dios permitiera que hiciese un sacrificio más en obsequio del bien público.

Randolph también se expresó en el mismo sentido, y estas, y otras muchas cartas que recibió de varios puntos, le decidieron, por fin, á desistir de su resolucion, sacrificando una vez más su tranquilidad en aras del país, que de tal modo le aclamaba.

Reelegido por unanimidad, continuó desempeñando su elevado y espinoso cargo con el mismo desinterés, con la misma energía y quizá con ménos confianza que la vez primera, á pesar del buen éxito. Tenía un fiel presentimiento de las duras pruebas que le estaban reservadas.

Sucédense acontecimientos tan grandes, tan complicados, que superan la inteligencia del hombre, y hasta cuando se manifiestan permanecen largo tiempo oscuros en los hondos abismos donde se preparan los golpes que deciden de la suerte de las sociedades. Uno de tales acontecimientos, fué la revolucion francesa. Cuando el alma y la sociedad humana se agitan, conmueven y trastornan de una manera tan profunda, surgen cosas que ningun plan puede abarcar, porque ninguna imaginacion puede concebirlas.

Sin embargo, la sutil penetracion de Washington lo previó desde el primer día. Apenas empezaba la revolucion que llevó á la guillotina á Luis XVI, y, suspendiendo aquel grande hombre su juicio, se aisló de todos los partidos, de todos los espectadores ajenos á la presuncion de las profecias, á la ceguedad de los sentimientos hostiles ó llenos de esperanza, diciendo á algunos de los que se hallaba en más estrechas relaciones: «El acontecimiento es tan extraordinario en su principio, tan admirable en su progreso y puede llegar á ser tan prodigioso en sus consecuencias, que yo me quedo como perdido en la contemplacion.... Nadie desea más ansiosamente que yo su favorable éxito; nadie forma votos más sinceros por la prosperidad de la nacion francesa.... Si las

cosas concluyen como anuncian las últimas noticias, será la más feliz y poderosa de Europa. Pero aunque haya vencido el primer parasismo, temo que no sea el último.... El rey será mortificado cruelmente. Las intrigas de la reina, el descontento de los príncipes y de la nobleza, fomentarán divisiones en la Asamblea Nacional. La licencia del pueblo y la sangre derramada, asustarán á los mejores amigos del nuevo régimen.... Es difícil no pasar de uno á otro extremo, y en ese caso, la nave pudiera estrellarse contra escollos ahora invisibles, y nacer de ahí un despotismo peor que el antiguo.... Es un mar inmenso desde donde no se divisa ya la tierra (1).»

Desde aquel momento observó gran circunspeccion respecto á las naciones y á los acontecimientos europeos. Consecuente y fiel á los principios que habian fundado la independencia y la libertad de América, y animado de benévola gratitud hácia Francia, aprovechaba todas las ocasiones de poderla manifestar; pero como si presintiese que habia de pesar sobre él alguna grave responsabilidad, no queria expresar anticipadamente su opinion personal ni la política de su país, y procuraba mantenerse silencioso y reservado.

Llegado el temido día, cuando la declaracion de la guerra entre Inglaterra y Francia encendió en Europa la gran lucha revolucionaria, Washington proclamó la neutralidad de los Estados- Unidos, é hizo las siguientes declaraciones: «Mi política es sencilla: mantener relaciones amistosas con todas las naciones del mundo, sin depender de ninguna, ni tomar parte en sus disidencias; observar con todas nuestros tratados; proveer por medio del comercio á las necesidades de todas; tal es nuestro interés, nuestro derecho.... Quiero un comportamiento americano, la reputacion de una política americana; pero que las potencias europeas se convenzan de que obramos por nosotros mismos y no por ajenas inspiraciones.... El trastorno general de Europa no es suposicion absolutamente quimérica. La prudencia nos aconseja acostumbrarnos á no contar más que con nosotros mismos, y á regir con nuestras manos la balanza de nuestro destino.... Situados en cierto modo en medio de los imperios que se desmoronan, debemos procurar conservar esta posicion, y no ser arrastrados con ellos al abismo.... Nada, á no ser el respe-

(1) Writings, tom. X, págs. 88-40-344.

to de nosotros mismos y del honor nacional, debe excitarnos á la guerra: tengo la seguridad de que si este país se mantiene en paz veinte años más, podrá desafiar en una buena causa á cualquiera potencia. Tan grandes serán entonces su poblacion, su riqueza y sus medios.»

Tan acertada política no pudo ménos de merecer al principio la aprobacion general. Dominados los ánimos por el deseo de la paz, vacilaban en manifestar una oposicion capaz de comprometerla. Pero las noticias de Europa llegaban y se difundian con pasmosa rapidez, y la liga urdida contra la Francia que atacaba los principios tutelares de América, la independencia y la libertad interior de las naciones, no dejó de infundir cierta alarma y ser manantial de obstáculos hasta para el mismo Washington.

Al frente de aquella liga estaba Inglaterra, odiosa como enemiga reciente, y á la cual por la misma razon se la miraba con recelo. Sus decretos, sus actos acerca del comercio de los neutrales y el alistamiento forzoso de los marinos, ofendian la dignidad y los intereses de los Estados- Unidos, y por lo tanto suscitáronse, con motivo de la gran cuestion de la neutralidad, otras bastantes para dar pretexto á la variedad de pareceres y la manifestacion de sentimientos. Respecto á algunas, como la restitution de las presas marítimas y la del recibimiento que debía hacerse al enviado de la república francesa, el gabinete dejó de estar de unánime acuerdo. El embajador, Mr. Genet, llegó á Charleston, y desde este punto hasta Filadelfia su viaje fué una verdadera ovacion popular, segun la maña que se dió en prevenir los ánimos. Reuníanse á su tránsito las numerosas sociedades democráticas, le invitaron, le arengaron, le dedicaron los mayores obsequios, y los periódicos apasionados se encargaron de esparcir con la mayor rapidez la relacion de aquellos festejos y las noticias de Francia más entusiasmadores. La pasion pública subió de punto por momentos.

Mr. Genet, deseando arrastrar á la guerra á los Estados- Unidos, en favor de su patria, creyóse autorizado para atreverse á todo, y en estado de salir bien de todo, distribuyó contraseñas, alistó americanos, armó corsarios, distribuyó presas, obró como absoluto soberano en aquel territorio extranjero, en nombre de la fraternidad republicana, puesta en accion á medida de su deseo.

Washington usó al principio de su habitual prudencia, y mostróse hasta cierto punto sufri-

do, ó tolerante; pero en virtud de la audaz insistencia de Genet, pronto tuvo que decidirse á reivindicar los derechos del poder nacional.

Genet entonces emprendió abiertamente una lucha con él; mantuvo sus pretensiones, se desató en injurias, fomentó la sedicion, amenazó hasta con invocar al pueblo contra un presidente que faltaba á sus deberes y á la causa general de la libertad, cometió en fin un sinnúmero de insolencias y desafueros inconcebibles que exigian la consiguiente reparacion.

Ningun otro ha sido más circunspecto que Washington en el ejercicio del poder, ni más cauto en obrar y contraer compromisos; pero tampoco ningun otro ha sido más fiel en el cumplimiento de su palabra, más exacto en la realizacion de sus designios, ni más firme en hacer que se respetaran sus derechos. Era presidente de los Estados- Unidos de América; en su nombre y en virtud de su Constitucion habia proclamado la neutralidad, y la neutralidad debía ser tan verdadera y respetada como su poder.

Sin duda alguna la Francia contaba en el territorio americano numerosos amigos, y entre ellos figuraba el mismo Washington; pero creyó que debía resistir á las inclinaciones de su corazon y al ardor de sus conciudadanos, y, rechazando con todas sus fuerzas, á riesgo de su popularidad, la idea de una guerra que le parecía funesta á los intereses del país, hizo que prevaleciera aquel principio de su política salvadora.

En cinco reuniones sucesivas, dió á conocer á su ministerio toda la correspondencia, todos los documentos concernientes á aquella extraña lucha con el embajador francés, y el ministerio decidió por unanimidad que debía pedirse á su gobierno su inmediata sustitucion. Genet fué reemplazado.

Washington triunfó de la opinion del país. Los federalistas, indignados, se estrecharon en torno suyo; muchos demócratas habian desertado de las filas de Genet, á causa de sus pretensiones y sus trasportes, y Jefferson fué el primero que colocóse sin vacilar al lado de su presidente.

Al manifestarse una reaccion tan favorable, hubiérase creído que la lucha habia terminado; pero la fiebre revolucionaria habíase despertado de tal modo, que no podia calmarse con la salida del plenipotenciario francés. En vez de la reconciliacion de los ánimos, del sosiego de las pasiones, de la prosperidad y tem-

planza general que disfrutaba poco ántes la república americana, los dos partidos que se encontraban frente á frente, se mostraron más separados é irritados que nunca, decididos á hacerse la guerra más irreconciliable. Léjos de limitarse la oposicion á censurar la administracion, las medidas rentísticas, alguna aplicacion dudosa de los poderes legales, encubria en su seno, en las sociedades democráticas, en los periódicos, entre el enjambre de extranjeros que inundaba el país, una verdadera faccion revolucionaria, ansiosa de introducir la perturbacion en el país y el gobierno, para reconstituirlo sobre otras bases, adaptables á una política esencialmente anárquica.

En tal situacion, Washington escribia á Lafayette: «Existe en los Estados Unidos un partido que combate todas las disposiciones del gobierno, y poniendo obstáculos á su manera, quiere cambiar indirectamente su naturaleza y anular la Constitucion. Se han intentado todos los medios para llegar á este fin. Los amigos del gobierno que desean mantener la neutralidad y la paz, son llamados monárquicos, aristócratas, violadores de la Constitucion, que, segun ellos, no es más que una mera cifra, un vano nombre. Se jactan de ser los únicos amigos de la Francia, mientras en realidad se cuidan de ella lo que del Gran Turco, y sólo aman lo que les interesa. Acusan á sus adversarios, hombres de principios puramente americanos, y que aspiran á la estricta observancia de la neutralidad, de estar vendidos á Inglaterra, y dejarse arrastrar de sus consejos.... Si la conducta de semejante gente se mira con indiferencia; si unos son activos y falsos, mientras otros se entregan á la apatía; los extranjeros, intrigantes ó descontentos, que han venido aquí por haberse indispuerto con su gobierno, ó mejor dicho, con todos los gobiernos; aumentará de dia en dia su partido, y sólo Aquel que todo lo sabe, puede prever las consecuencias (1).»

En tan graves circunstancias, Jefferson, que se hallaba poco dispuesto á sostener la lucha, quiso salir decididamente del ministerio.

El país se hallaba en un estado de fermentacion espantoso; los condados occidentales de Pensilvania no querian pagar el impuesto sobre las bebidas espirituosas; en Kentucky y la Georgia belicosas insurrecciones, suscitadas quizás desde el extranjero, amenazaban invadir la Luisiana y las Floridas, y promover escisiones

(1) Writings, tom. XI, pág. 378.

con España. La guerra de los indios continuaba difícil y dudosa. La Cámara de Representantes andábase remisa en aprobar la política exterior, y elegia su presidente entre la oposicion con una alarmante mayoría.

Inglaterra deseaba la paz con los Estados- Unidos; pero ya fuese que no esperase el triunfo de la política de Washington, ó ya que cediera al impulso de su política general, ó quizá aún por arrogante desprecio, lo evidente es, que continuaba dictando medidas cada vez más vejatorias contra el comercio americano, y con esto aumentaba la irritacion de un modo funesto.

A propósito de esto último, escribió Washington á Patricio Henry: «No es la menor de nuestras dificultades haberse desarrollado con más fuerza, en esta crisis, el espíritu dominante de la Gran Bretaña, dando armas á los descontentos y exacerbando á los amigos de la paz con la conducta injuriosa de algunos de sus empleados (2).»

Como se ve, indicaba los obstáculos esparcidos en torno suyo, pero sin intencion de prevalerse de ellos para debilitar su política ó encarecer su mérito: pensaba separarlos sin hacer el menor alarde.

Y en efecto: cuando los mismos federalistas vacilaban y el partido democrático parecia hallarse más persuadido de su triunfo, y presentábanse en el Congreso proposiciones contra Inglaterra, que inducian á creer que era de todo punto inevitable un rompimiento, Washington anunció de improviso al Senado la eleccion de Juan Jay, uno de los principales federalistas, como enviado extraordinario cerca de la corte de Lóndres, á fin de intentar la vía pacífica de las negociaciones.

El Senado aprobó sin vacilar aquel nombramiento. La oposicion, que queria la guerra, porque con la guerra esperaba un cambio radical en la política, puso el grito en el cielo. Continuando los negocios en el mismo estado, podian lograr su objeto: en una situacion tan apurada, en medio de tan exacerbados rencores, el menor accidente podia dar principio á las hostilidades. La repentina resolucion de Washington cambiaba el resultado de los acontecimientos.

A fin de dar á sus negociaciones la autoridad de un poder sólido y fuerte, al propio tiempo que dejaba en el exterior frustradas las espe-

(2) Writings, tom. XI, pág. 390.

ranzas de sus adversarios, Washington decidió reprimir en el interior sus tentativas. La resistencia de algunos condados de Pensilvania al pago del indicado impuesto sobre las bebidas espirituosas, se había convertido en seria rebelion. Washington manifestó su firme resolución de hacer ejecutar las leyes, y al efecto convocó las milicias de Virginia, Maryland, Nueva Jersey y la misma Pensilvania, marchó á aquellos puntos, decidido á tomar el mando, y no volvió á Filadelfia hasta cerciorarse de que los rebeldes no se atreverían á sostener el ataque, los cuales se dispersaron á la presencia del ejército.

Washington tuvo ocasion de experimentar, con motivo de tal acontecimiento, una de esas alegrías profundas, concedidas á veces en los países libres al hombre de bien que lleva con firmeza la carga del gobierno. En todas partes, y principalmente en los Estados más próximos á los insurrectos, comprendieron el peligro y la obligación de ayudarle á hacer respetar las leyes. Los magistrados mostráronse decididos é intrépidos, la milicia solícita, la opinion pública suficientemente abierta para imponer silencio á las hipócritas sutilezas de los partidarios de la rebelion, y Washington pudo llenar satisfactoriamente su deber, con el apoyo del país y el general aplauso.

Pero en medio de aquella justificada alegría, nuevas y amargas pruebas se le preparaban. Por aquel mismo tiempo sus compañeros de glorias y fatigas decidieron abandonar el ministerio. Hamilton, expuesto á un odio que cada día iba en aumento, despues de sostener la lucha en cuanto lo requería el buen éxito de sus designios y el honor propio, se retiró para pensar por último en sí mismo y en su familia; Knox hizo otro tanto y Washington se vió rodeado de hombres nuevos, si bien adictos á su política, pero mucho menos autorizados que sus predecesores.

En esto Juan Jay volvió de Lóndres trayendo el resultado de sus negociaciones, cuyo solo anuncio había levantado gran polvareda y encendió la indignacion en los ánimos.

El tratado no resolvía todas las cuestiones, no garantizaba todos los intereses de los Estados Unidos; pero ponía término á las principales diferencias de ambas naciones, aseguraba la completa ejecucion, diferida hasta entónces por la Gran Bretaña, de las convenciones celebradas al reconocer la independenciam, y preparaba el camino á nuevas y más ventajosas negocia-

ciones: en suma, era la paz, que atenuaba hasta los mismos males que dejaba existentes.

Washington, dotado del raro valor que consiste en elegir con firmeza una idea principal, y aceptar pacientemente las imperfecciones y los inconvenientes á ella anejos, no vaciló, y comunicó en seguida el tratado al Senado, que lo aprobó salvo una modificación que debía reclamarse de Inglaterra, con lo cual quedó la cuestion aún suspensa.

Siempre implacable la oposicion intentó un último esfuerzo. De Boston, Nueva-York, Baltimore, Jorge-Town y otros puntos se enviaron instancias desaprobando el tratado y pidiendo que el presidente no lo ratificase, y las masas populares de Filadelfia se sublevaron y recorrieron la ciudad llevando en la punta de un palo los artículos del tratado, que quemaron solemnemente delante de la casa del embajador y del cónsul de Inglaterra.

Washington, que había ido á pasar unos días en Monte Vernon, volvió apresuradamente á Filadelfia, y consultó á su ministerio sobre la ratificación incontinenti del tratado, sin esperar de Lóndres la modificación que el mismo Senado había creído necesaria.

Muy atrevido era el paso, y Randolph hizo varias objeciones; pero Washington se desentendió de ellas y ratificó el tratado, lo cual motivó la retirada de aquel ministro.

El gobierno británico no tuvo inconveniente en conceder la modificación pedida; mas quedaba la ejecucion, que requería providencias legislativas y la intervencion del Congreso, y renovóse la lucha en la Cámara de los Representantes.

La oposicion triunfó varias veces; pero Washington permaneció firme en nombre de la Constitucion que también invocaban contra él sus adversarios, y por último, al cabo de seis semanas, convencidos de la inflexibilidad del presidente, fatigados más bien que vencidos, cedieron por no romper la paz y se adoptaron, por una escasísima mayoría, las providencias necesarias para la ejecucion del tratado tan debatido y ruidoso.

Miéntas tanto, lo mismo en las reuniones públicas que en los periódicos, el furor de partido no tuvo límites. De todos lados llovian contra Washington peticiones, anónimos, inyectivas, calumnias, amenazas y se atacó su integridad escandalosamente. Pero él se mantuvo firme, impasible, decidido á arrostrarlo todo, y concretándose á contestar á las peticio-

nes: «Nada tengo que decir; he dado á conocer mi dictámen acerca del tratado, ratificándolo. A su tiempo demostré los principios que me inducian á obrar así. No me agrada la diversidad de opiniones; pero si algunas buenas cualidades, manifestadas en el curso de una larga y trabajosa vida, me han merecido la confianza de mis conciudadanos, pueden estar seguros de que aquellas existen intactas y de que continuaré ejerciéndolas siempre que se trate del honor, de la felicidad y de la seguridad de nuestra patria comun (1).»

Y contestando á una carta de Jefferson, decia, refiriéndose á los agravios que por medio de la prensa le había inferido la oposicion: «Hasta estos últimos tiempos no creí posible que mis enemigos fueran capaces de llegar á semejante extremo, ni pude figurarme remotamente que miéntas yo hacia todos los esfuerzos imaginables para que se respetase nuestro carácter nacional, así como nuestra independenciam, y en tanto que trabajaba para librar á este país de los horrores de la guerra, se me acusara de ser el enemigo de una nacion y estar sometido á la influencia de otra. No podía esperar tampoco que para probar esto se censurasen todos los actos de mi administracion, interpretando torcidamente mis intenciones, suponiendo en mí fines insidiosos sin que haya un motivo justificado para ello y desfigurando, por último, los hechos de una manera inconcebible, en términos tan groseros y soeces, que ni aún podrian emplearse al hablar de un Neron, ó del más infame de los hombres. Pero basta: he dicho más de lo que quería (2).»

Los hombres honrados, los amigos del orden y de la justicia, conocieron, al fin, que dejaban á su noble campeón sin defensa y expuesto á indignos insultos, y Washington recibió á su vez numerosas felicitaciones, adhesiones y cartas de agradecimiento. Y en virtud de que se aproximaba el término de su segunda presidencia, en todos los puntos de la Union, aún en los que la oposicion parecía predominar, manifestáronse grandes deseos de que aceptase por tercera vez la suprema magistratura.

Pero había formado su resolución, y esta vez debía ser irrevocable. Hamilton y otros varjos de sus más íntimos amigos trataron de disuadirle, teniendo en cuenta el estado de los asuntos con Francia; pero ni siquiera quiso admitir

la discusion. Firme en su propósito, pensó en aprovechar aquella oportunidad para dirigir á sus conciudadanos las últimas palabras de despedida y sus paternales consejos.

Unos seis meses ántes de terminar el plazo de su administracion, acabó de redactar el precioso documento con el cual, al retirarse de la vida pública, quiso esparcir sobre el pueblo que durante ocho años había gobernado, los últimos rayos de su dilatada experiencia, en testimonio de su entrañable afecto y sin igual patriotismo, y del que extractamos los principales párrafos.

«Mis queridos conciudadanos: al acercarse el período en que se debe proceder á la eleccion del jefe del Estado, y llegado el momento de resolver á quién debéis confiar tan importante cargo, paréceme oportuno anunciaros mi resolución de retirarme para siempre de la vida pública, tanto más cuanto que puedo contarme en el número de aquellos en quienes pudiera recaer vuestra eleccion.

»Espero me hareis la justicia de creer que no he tomado esta resolución sin guardar ante todo las consideraciones que un buen ciudadano debe dispensar á su país. Al propio tiempo me complazco en aseguraros que al separarme de vuestro lado, no disminuye en nada el interés que me inspirais ni la gratitud que debo á vuestras bondades; me retiro convencido de que el paso que doy, tan necesario para mí, no puede ser censurado por vosotros.

»Me felicito de que el estado actual de los negocios, tanto interiores como exteriores, me permite realizar mi deseo sin faltar á las consideraciones que debo á mi patria....

»Harto conocidas son las circunstancias bajo las cuales me hicisteis el honor de conferirme el importante cargo que voy á renunciar, y sólo diré que en su desempeño obré siempre con las mejores intenciones, contribuyendo á la organizacion del Gobierno, sin omitir ningun esfuerzo para llevar á cabo mi ardua tarea.

»Llegado el momento de terminar mi carrera como hombre público, no puedo ménos de reconocer la deuda de profunda gratitud que he contraído con mi querida patria por los muchos honores que tuvo á bien conferirme, por la ilimitada confianza que en mí depositó y por las ocasiones que me ha proporcionado de poder probar mi constante amor al país y prestarle mis servicios, que nunca podrán ser tan grandes como mi celo.... Permita el cielo que en vuestra futura administracion predominen la sabiduría, la virtud y la prudencia, que nada

(1) Writings, tom. XI, pág. 212.

(2) Spencer, tom. II, págs. 289-290.—Writings, t. XI, pág. 139.

turbe la felicidad de estos Estados, bajo los auspicios de su libertad, y que adquiera en fin la gloria y se haga digno del aprecio y la admiración de todas las naciones.

»Acaso debiera detenerme aquí; pero el interés que siento por vuestro bienestar, que no me abandonará sino con la vida, y el temor que naturalmente me inspira mi solicitud por vosotros, me impulsa en esta ocasión á someter á vuestra consideración algunas observaciones que son el resultado de mi experiencia, y que me parecen importantes para asegurar la libertad de este pueblo. En ellas no debeis ver más que los desinteresados consejos de un amigo que se despide de vosotros, y que no puede olvidar vuestra indulgencia y afecto en varias ocasiones.

»Arraigados como están en vuestros corazones el amor á las libertades patrias, no necesito haceros recomendación alguna para que las apreciéis en lo que valen.

»La unidad de gobierno, que os constituye en nación, es también harto querida de vosotros, y debe ser así, porque puede considerarse como la principal columna sobre que descansa el edificio de vuestra verdadera independencia; es la garantía de vuestra tranquilidad, de vuestra paz, de vuestra prosperidad, de esa libertad, en fin, que estimáis en tan alto precio. Pero es fácil prever que por diversas causas y por influencias varias, se emplearán muchos artificios y se recurrirá á distintos medios para que no lleguéis á penetraros de esta verdad, que es en vuestra política la fortaleza contra la que han de dirigirse los tiros de vuestros enemigos. Es de lá mayor importancia que apreciéis debidamente el inmenso valor de vuestra unión nacional, que como es la base de vuestra futura dicha, debeis conservarla como un precioso tesoro, acostumbándoos á considerarla como el fundamento de vuestra prosperidad. Por lo mismo nunca debeis abandonarla, ni permitir que se divida nuestro país en distintas partes, pues esto debilitaría los sagrados lazos que ahora las unen entre sí.

»Pero estas consideraciones, por muy poderosas que sean, no deben haceros olvidar las que se refieren directamente á vuestros intereses, y advertid que las diversas partes de vuestro país tienen poderosos motivos para conservar la unión, formando de todas ellas un solo conjunto.

»Mientras que cada una de las partes de nuestro país comprende el particular interés

que tiene en unirse; todas ellas combinadas no pueden ménos de reconocer que de este modo será mayor su fuerza, más numerosos sus recursos, más estable su seguridad en el caso de ocurrir un peligro, ménos probable la guerra con las naciones extranjeras, y lo que es aún mucho más apreciable, no se verán expuestas con tanta facilidad á esos disturbios y luchas intestinas que afligen con harta frecuencia á los países vecinos que, no estando unidos entre sí por el mismo gobierno, se dejan dominar por rivalidades y resentimientos que emponzoñan á veces las intrigas y las alianzas extranjeras. Con la unión no será además necesario el mantenimiento de esos establecimientos militares que, bajo cualquier forma de gobierno, parecen impropios en un país como el nuestro, y deben considerarse como hostiles á la libertad republicana.

»Al reflexionar sobre las causas que pudieran perjudicar á la unión, ocurre desde luego que al hacer las distinciones geográficas de *norte, sur*, etc., algunos hombres tratan de propagar la idea de que hay una verdadera diferencia de intereses locales entre los diversos Estados; y uno de los medios á que recurren los partidos para adquirir influencia, es el de tergiversar las opiniones de otros distritos, haciendo concebir falsas ideas. No es fácil que comprendais á primera vista hasta qué punto puede esto perjudicaros, pues los que tal hacen tratan de indisponer entre sí á los que siempre deben estar unidos por un fraternal afecto.

»A fin de que vuestra unión sea permanente, es indispensable un gobierno general, al cual no pueden sustituir alianzas de ninguna clase; pues por formales que sean, se hallan inevitablemente sujetas á interrupciones difíciles de evitar.

»Este Gobierno, elección de vosotros mismos, no sujeto á extrañas influencias, adoptado después de una tranquila deliberación, completamente en sus principios, y que reúne la seguridad y energía en sus bien distribuidos poderes, tiene un justo derecho á vuestra confianza y apoyo. El respeto á su autoridad y á sus leyes, y la conformidad en las medidas que adopte, son deberes que se enlazan con los principios fundamentales de la verdadera libertad. La base de nuestro sistema político es el derecho del pueblo para formar ó modificar sus constituciones gubernamentales; mas la que exista en cualquier época, es sagrada y obligatoria para todos, hasta tanto que se cambie por el voto

unánime del pueblo; el mero hecho de estar éste autorizado para establecer un Gobierno, supone en cada individuo el deber de obedecerlo.

»Para que vuestro Gobierno sea permanente y se asegure vuestro bienestar, es necesario no sólo que reprimais la oposición á su autoridad reconocida, sí que eviteis también por todos conceptos que predomine el espíritu de innovación. Cuando se os propusiera algún cambio, recordad que el tiempo y las costumbres son cuando ménos tan necesarios para conocer el verdadero carácter de los gobiernos, como el de las demás instituciones humanas; que la experiencia es el más seguro medio para reconocer la bondad de la constitución de un país; que los cambios que se fundan en simples hipótesis y aventuradas opiniones, pueden dar lugar á que sea necesario hacer luego otros muchos....

»Os he hablado ya del peligro que ofrecen los partidos, especialmente cuando se originan bajo el pretexto de las divisiones geográficas; permitidme ahora que me extienda algo más, aconsejándoos de la manera más solemne que eviteis las desastrosas consecuencias que produce el espíritu de partido en general.

»Desgraciadamente este espíritu es inseparable de nuestra naturaleza, y está arraigado en las pasiones humanas; existe bajo distintas formas en todos los gobiernos, y puede verse más ó ménos reprimido ó dominado; pero en los gobiernos populares es donde principalmente se desarrolla, convirtiéndose en su más temible enemigo.

»La dominación de un partido sobre otro, excitando el espíritu de venganza, que en diferentes edades y países ha dado lugar á las más horribles enormidades, puede considerarse como un espantoso despotismo.

»Opinan algunos que los partidos que existen en los países libres son útiles para tener en jaque al Gobierno, cuando es necesario, y para conservar el espíritu de libertad. Esto es acaso verdad hasta cierto punto, y en los gobiernos de índole monárquica, el patriotismo mira con indulgencia, si no favorece el espíritu de partido; pero en los populares, en los que son puramente de elección, no es conveniente que predomine ese espíritu, que por sus tendencias naturales siempre se encuentra en todas partes, y nunca deja de ser peligroso. Cuando no se quiere apagar un fuego, es necesario vigilar mucho á fin de que no se convierta en llama y queme en vez de calentar.

»Es importante también que los hombres encargados del gobierno en un país libre, se limiten á sus respectivas esferas constitucionales, evitando en el ejercicio de los poderes que un departamento usurpe los derechos de otros.

»El espíritu de usurpación tiende á consolidar los poderes de todos los departamentos en uno, y de este modo se crea, sea cual fuere la forma de gobierno, un verdadero despotismo.

»Entre los diversos elementos que se requieren para la prosperidad pública de un país, la religión y la moralidad son dos cosas indispensables.

»Es un hecho reconocido que la virtud ó la moralidad es una condición necesaria á todo gobierno popular para que sea más ó ménos libre....

»Es también condición importante para el sentimiento de un gobierno conservar el crédito público, y uno de los medios para conseguirlo es usar de él lo ménos posible y evitar gastos innecesarios, procurando conservar la paz, pero sin olvidar que el hacer de vez en cuando algunos desembolsos con objeto de prepararse para el peligro, evita el tener que hacer luego otros mayores....

»Obrad de buena fe y sed justos con todas las naciones, conservando con ellas la paz y la buena armonía; la religión y la moralidad aconsejan esta conducta, pues sin ella no puede haber buena política. Será digna de un pueblo libre é ilustrado, que en una época acaso no muy lejana, podrá figurar como una gran nación, dar á la humanidad el magnánimo ejemplo de un pueblo que se guía siempre por los principios de la más estricta benevolencia y justicia....

»Nada es tan necesario para observar esta conducta, como desterrar esas permanentes é inveteradas antipatías contra ciertas y determinadas naciones, y ese apasionado afecto que se siente hácia otras, debiendo cultivarse en cambio un sentimiento amistoso hácia todas. La nación que profesa á otra una aversión continua ó un decidido afecto, es en cierto modo esclava; lo es por su animosidad ó por su afeción, lo cual basta para que se separe de sus deberes y no mire convenientemente por sus intereses....

»Nuestro plan de conducta, respecto á las naciones extranjeras, debe reducirse á extender nuestras relaciones comerciales, retrayéndonos todo lo posible de la política; cúmplase religiosamente con todos los compromisos que

hemos contraído, pero no pasemos de aquí.

» Nuestra verdadera política consiste en retraernos de las alianzas permanentes hasta donde nos sea posible hacerlo. Tengo por máxima, y ésta es tan aplicable á los asuntos públicos como privados, que la honradez es siempre la mejor política; por lo que repito que debe cumplirse fielmente con los compromisos que se contrajeron, sin que sea en mi concepto necesario aumentarlos.

» Teniendo cuidado de impulsar las medidas convenientes á fin de mantenernos siempre á la defensiva, podremos luégo apelar sin temor á las alianzas en los casos de verdadero apuro.

» La política, la humanidad y los intereses aconsejan la buena armonía y amistosas relaciones con todos los países; pero no deben concederse ni buscarse exclusivas preferencias.....

» Por lo demás, téngase siempre presente que es una locura esperar una nación de otra favores desinteresados.....

» Al daros, queridos conciudadanos, estos consejos, que son los de un antiguo y afectuoso amigo, no me atrevo á esperar que los conserveis en vuestra memoria tanto como yo deseo, ni que puedan detener tampoco la corriente de las pasiones, ni impedir por último que nuestro país siga la marcha que ha señalado hasta aquí el destino de todas las naciones del mundo; pero si me atreviese á lisonjearme de que mis consejos pueden ser en cierto modo útiles, que con ellos se mitigará el furor del espíritu de partido, á fin de disminuir los males que pueda producir la intriga extranjera, combatiendo las imposturas de un falso patriotismo, esta esperanza fuera la mejor recompensa que pudiera recibir por mi solicitud y mi deseo de que se asegure vuestro bienestar.

» Aunque al revisar los actos de mi administración, no me parece haber cometido ningún error voluntario, reconozco bastante bien mis defectos para confesar que acaso incurri en muchas faltas. Cualesquiera que fuesen, ruego al Todopoderoso que mitigue los males á que puedan haber dado lugar, y aún abrigo la esperanza de que mi país se mostrará en esta parte indulgente conmigo. Los servicios que por espacio de cuarenta y cinco años le he prestado con el mayor celo y rectas intenciones, me inducen á creer que legará al olvido mis involuntarias culpas, al retirarme de la vida pública.

» Confiando en su bondad, tanto en esto co-

mo en otros casos, y poseído del ardiente amor á mi patria, tan natural en el hombre que nunca abandonó su país, viendo en él su cuna y la de sus padres por muchas generaciones, me regocijo anticipadamente al pensar en el tranquilo retiro donde pienso entregarme al reposo, á fin de disfrutar entre mis queridos conciudadanos de la benéfica influencia de sus sábias leyes, bajo un Gobierno libre. Esta es la más dulce recompensa que pudiera alcanzar despues de tantos afanes y peligros (1).»

Este notable documento, ejemplo de dignidad y de modestia, modelo del respeto al público y á sí propio, que forma la grandeza moral del gobierno, se recibió en todos los Estados-Unidos con las mayores atenciones, como procedente del padre de la patria. Las diversas legislaturas y otras corporaciones públicas acordaron darle un voto de gracias, y redactáronse varios manifiestos expresando el respeto y veneración que inspiraba su persona y el sentimiento que causaba su retirada, despues de tan dilatados y eminentes servicios.

Washington tenia sobrada razón para retirarse de los negocios públicos. Habíase encargado de dirigirlos en uno de esos momentos, á la vez difíciles y favorables, en que las naciones, rodeadas de peligros, reúnen para superarlos á todos los hombres más sensatos y virtuosos. Convino admirablemente á tal situación; participaba de las ideas y de los sentimientos de su época, sin fanatismo ni servidumbre. La sociedad en que vivía se adaptaba á sus inclinaciones y á su razón; tenía confianza en sus principios y en sus destinos, pero una confianza ilustrada por un sentimiento seguro de los principios eternos del orden social, y la sirvió con simpatía é independencia, con esa mezcla de fe y de temor que constituye la prudencia en las cosas del mundo. Principalmente estas dotes le hicieron apto para gobernarla; pues la democracia necesita dos cosas si quiere vivir con sosiego y buena suerte: sentirse amada y contenida, creer en el sincero afecto y en la superioridad moral de los destinados á ejercer la jefatura. Únicamente así, es como se puede regular, desarrollándose, y aspirar á colocarse entre las formas duraderas y gloriosas de las sociedades. Al pueblo americano le cabe el alto honor de haberlas comprendido y aceptado en aquel tiempo; á Washington la

(1) Spencer, tom. II, págs. 290, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99. — Writings, tom. XII, págs. 233, 34, 35.

inmarcesible gloria de haber sido su más fiel intérprete y noble instrumento.

Realizó las dos mayores cosas que en política le es dado al hombre intentar: mantuvo con la paz la independencia de su país, que conquistó con la guerra, y fundó un gobierno libre en nombre de los principios de orden y restableciendo su imperio. Podía estar satisfecho. Se retiraba libremente como vencedor. No cabe duda que ninguna otra política hubiera podido dar cima á la obra de Washington.

Mr. Guizot, al ocuparse de las causas que influyeron en el triunfo de las revoluciones de Inglaterra y de los Estados-Unidos, traza el siguiente paralelo, que viene en confirmación de nuestras apreciaciones y enaltece el mérito indisputable de nuestro ilustre héroe:

« Tres grandes hombres, Cromwell, Guillermo III y Washington, aparecen en la historia como los jefes y representantes de esas crisis supremas de que ha dependido la suerte de dos grandes naciones. Por la extensión y la energía de su talento natural, Cromwell es quizá el más eminente de los tres; tenía el entendimiento admirablemente pronto, firme, exacto, flexible, ingenioso, y una fuerza de voluntad que no retrocedía ante ningún obstáculo, que ninguna lucha fatigaba, que le impelia en la ejecución de sus designios con un ardor y una paciencia igualmente perennes, ya por las vías más remotas y lentas, ya por las más rápidas y atrevidas. Era superior á todos en el arte de ganar ó dominar á los hombres en sus relaciones personales é íntimas, en la organización ó dirección de un ejército ó de un partido. Tenía el instinto de la popularidad y el don de la autoridad, y supo con la misma audacia desencadenar y reprimir las facciones. Pero habiendo nacido en el seno de una revolución, y llegado de sacudimiento en sacudimiento, al poder supremo, su genio era y continuó siendo esencialmente revolucionario. Había aprendido á conocer la necesidad del orden y del gobierno; pero no sabía restaurar ni practicar las leyes morales y permanentes. Fuese vicio de su situación ó de su naturaleza, faltábanle regla y tranquilidad en el ejercicio del poder; acudía á medidas extremas, como un hombre atacado siempre de peligros mortales, y perpetuaba y agravaba con la violencia de los remedios, los males que quería curar..... Cromwell pudo someter la revolución que había hecho; pero no logró consolidarla.

» Menos felizmente dotados quizá por la naturaleza, Guillermo III y Washington dieron

cima á la empresa que salió mal á Cromwell. Fijaron la suerte y fundaron el gobierno de su patria, y ni aún en medio de una revolución aceptaron ni prácticamente la política revolucionaria. No buscaron ni sufrieron esa situación fatal que consiste en tener al principio por escabel las violencias anárquicas, y luégo las violencias despóticas por necesidad de su poder. Se encontraron, ó bien se colocaron por sí mismos desde los primeros pasos, en las vías regulares y en las condiciones permanentes del gobierno.

» Guillermo era un príncipe ambicioso, y es puerilidad creer que hasta la invitación que le dirigió Lóndres en 1587, había permanecido extraño á ceñirse la corona de Inglaterra, y á la obra emprendida hacia tiempo para ascenderle al trono. Seguía paso á paso los progresos de dicha obra sin aceptar su complicidad, pero sin rechazar su objeto, sin estimular, pero protegiendo á sus autores. Su ambición tenía al propio tiempo ese carácter que va unido al triunfo de una causa grande y justa, la causa de la libertad religiosa y del equilibrio europeo. Ningun hombre ha convertido mejor un gran plan político en el pensamiento y fin único de su vida. Amaba la obra que debía llevar á cabo, y su propia grandeza no era para él más que un medio. En su perspectiva de obtener la corona de Inglaterra, no trató de triunfar con la violencia y el desorden; tenía el entendimiento demasiado sublime y bien regularizado para no conocer el incurable vicio de tales triunfos y aceptar su yugo. Pero cuando la misma Inglaterra le abrió la carrera, no se detuvo ante los escrúpulos del hombre privado; quería la victoria de su causa y los honores del triunfo.

» Washington carecía de ambición; su patria le necesitó, y se hizo grande por servirla, más bien por deber que por gusto, y á veces hasta con penoso esfuerzo. Las pruebas de la vida pública le eran amargas; prefería la independencia de la vida privada, el reposo del alma, al ejercicio del poder. Pero aceptó sin vacilar la fatiga que su país le impuso, no permitiéndose ninguna condescendencia para aliviar su peso. Habiendo nacido para gobernar, aunque poco aficionado al mando, decía al pueblo americano lo que creía verdad, y mantenía lo que creía útil, con una firmeza tan constante como sencilla, y un sacrificio de la popularidad, tanto más meritorio, cuanto menos compensado estaba por la alegría del dominio. Siervo de una república naciente, donde predominaba el espíritu democrático, obtuvo su confianza, y asegu-

ró su triunfo, sosteniendo los intereses de la misma contra sus propias inclinaciones, y practicando aquella política á la par modesta y severa, reservada é independiente, que no parece pertenecer sino al jefe de un senado aristocrático, puesto al frente de un Estado antiguo. Triunfo raro, que honra igualmente á Washington y á su país.»

En efecto, tuvo la purísima gloria de triunfar mientras gobernó, y de hacer posible en lo sucesivo el triunfo de sus adversarios, sin turbar el Estado. El pueblo norte-americano se gobierna desde entónces por sí mismo. Tal fué el sublime objeto de Washington, y lo consiguió. Ningun otro ha visto tan de cerca y tan pronto su triunfo. Ningun otro ha poseído como él hasta lo último la confianza y la gratitud de su país, justa recompensa de sus nunca bastante ponderados merecimientos.

El día 8 de febrero de 1797 quedó elegido el que había de tener el honor de sucederle.

La víspera de dejar la presidencia, escribió al general Knox, diciéndole: «Me comparo ahora con el cansado viajero que consigue llegar al término de su jornada, pero es sensible que algunos no me hayan permitido retirarme en paz. Interpretar torcidamente mis intenciones, reprobar mi política y debilitar la confianza que se tuvo en mi administracion, son cosas que no podían ménos de hacer los que tanto ansiaban un cambio en nuestro sistema político. Sin embargo, el consuelo que me queda de haber obrado con rectitud y el aplauso de mi país, es lo bastante para que no me alcance su aguijón y se reconozca que los esfuerzos de mis enemigos son tan malignos como impotentes. Aunque me halaga la idea de ir á descansar en la tranquilidad de mi retiro, y no deseo tomar parte otra vez en la vida del gran mundo, ni intervenir tampoco en la política, no deja sin embargo de causarme sentimiento el separarme, quizá para siempre, de los íntimos amigos á quienes tanto amo.»

El día 4 de marzo entregó á su sucesor las riendas del gobierno, y simple particular, dirigióse á su modesta morada de Monte Vernon, donde le siguieron las bendiciones de todos los pueblos. Aunque quiso hacer su viaje de incógnito, no pudo conseguirlo, y todas las personas más notables del territorio de su tránsito, se apresuraron á ofrecer nuevos testimonios de respeto y admiracion al que desde el nacimiento de la república todos consideraron como *el primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos.*

Aquí puede decirse que termina la vida política de Washington. La historia no ofrece nada más bello. General mientras fué necesario fundar la libertad de su patria por medio de las armas, empleó en afirmarla, durante la paz, todo el prestigio que le dieron sus servicios militares, sin que jamás tratase de volver contra sus conciudadanos la espada que desenvainó para defenderlos. Sobrado modesto para solicitar los más elevados puestos, se mostró demasiado digno de ocuparlos.

Por aquel mismo tiempo,—observa un notable historiador,—se elevaba en Francia aquel cuyo génio debía dominar en tan alto grado su país y la Europa entera por espacio de quince años. ¡Qué contraste entre aquellos dos grandes hombres! El uno asombró al mundo, el otro le esclavizó; Bonaparte le arrancó su admiracion, Washington obtuvo por último su admiracion y su reconocimiento. Por lo mismo tambien el uno murió pacíficamente en el seno de su patria feliz, mientras el otro, abandonado al fin por la victoria, vió estrellarse contra una roca desierta su deslumbrante trono.

Al dejar Washington la direccion de los negocios públicos quedaba restablecido el crédito en el país, despues de vencer las dificultades que se opusieron á la creacion de impuestos; firmemente establecida la Constitucion, y robustecida la autoridad del gobierno. La riqueza comercial y agrícola progresaba con asombrosa rapidez, y las numerosas tribus guerreras de los indios se habian visto obligadas á firmar la paz, bien por la fuerza de las armas, ó bien principalmente mediante el nuevo sistema de dulzura y de dignidad, empleado por nuestro ilustre héroe, que les protegía contra la codicia de los particulares y les dejaba en la pacífica posesion de las tierras que les garantizaban los tratados.

Por otra parte, quedaban zanjadas las diferencias con España, habiendo obtenido la libre navegacion del Mississippi y el establecimiento de Nueva-Orleans como punto de depósito; desvanecidas las causas que amenazaban comprometer á los Estados-Unidos en una peligrosa guerra con la Gran Bretaña, evacuados los puertos militares que estaban ocupando los ingleses, y, por último, abierto el Mediterráneo á los buques americanos, merced á los tratados concluidos con Argel y Trípoli. Sólo quedaban subsistentes las disidencias con Francia, gracias á los excesivos abusos del Directorio.

La política desatinada de Talleyrand, á la cual fué debido el decreto del 8 de enero de 1798,

declarando buena presa todos los buques neutrales que llevaran á bordo mercancías ó artículos de fabricacion inglesa, causó gran sensacion en el comercio de los Estados-Unidos, y los nuevos ultrajes inferidos por el Directorio hicieron creer en la posibilidad de una guerra.

Washington, á quien, á pesar de hallarse retirado de la vida pública, no dejaba de interesarle todo cuanto tuviera relacion con el bienestar de su patria, no podia permanecer indiferente á los acontecimientos, y desde luégo expresó su aprobacion á las vigorosas medidas adoptadas para la defensa del país.

Como se podia esperar, tan pronto como se previó que tal vez fuese necesario apelar á las armas para hacer que se respetaran los derechos y el honor nacional, todos pensaron en el retirado de Monte Vernon para confiarle el mando del ejército, y entre otros su sucesor le escribió una carta, en la cual le decía: «Es muy importante para nosotros contar con vuestro nombre, y si nos permitís usarlo, creed que esto será para nosotros más eficaz que todo un ejército.»

Washington contestó:

«En la época en que me retiré, una invasion de estos Estados por una potencia europea, ó áun la probabilidad de semejante acontecimiento en mis días, me hubiera parecido una cosa tan improbable que no podia suponer que en tan corto período ocurriera un hecho que me obligara á separar la vista de las sombrías alamedas de Monte Vernon. Pero esto semeja la época de los milagros, y no parece sino que la injusta y aturdida Francia, meditando proyectos que no está á nuestro alcance comprender, trata de sacrificar á sus propios hijos y turbar la paz de todo el mundo.

»Al pensar en el pasado y en el presente, no me es fácil resolver satisfactoriamente acerca de la determinacion que me convendría tomar; pero en el caso de que invadieran el país fuerzas formidables, no trataría de escudarme con mis años y la necesidad de entregarme al reposo si la patria necesitara de mis servicios. Si se espera semejante acontecimiento, lo cual debe saber mejor el gobierno que los particulares, podría ser peligroso un retraso, que no justificaria medida alguna de prudencia. No puedo, sin embargo, creer que cuidándose tan poco los franceses de los tratados y de las leyes de las naciones, y aunque sean capaces de cualquier injusticia ó despotismo, se atrevan á invadir este país despues de haber visto que el pueblo está

dispuesto á resistirseles áun cuando sea á costa de sus vidas y haciendas. Comprendo que los franceses han llegado á creer, por lo que dicen sus partidarios entre nosotros, que somos un pueblo dividido, que no apreciamos á nuestro gobierno, y que la presencia de algunas fuerzas seria suficiente para provocar una revolucion. No sé hasta qué punto podrá influir en ellos semejante creencia; pero más pronto ó más tarde será forzoso que se desenganen. Si el Directorio resuelve que se nos ataque, más bien calificaré su determinacion de locura que de maldad.

»Una vez expuesta mi opinion sobre este punto, sólo me resta añadir que los que me conocen saben muy bien que si una necesidad imperiosa me indujera á dejar una vez más la tranquilidad de mi retiro para lanzarme á la espinosa senda de la vida pública, precisamente en días en que más necesito entregarme al reposo, experimentaría sensaciones más fáciles de concebir que de expresar.»

Al propio tiempo escribió al Secretario de la Guerra ofreciéndole sus consejos é indicándole las medidas más convenientes que debían tomarse en tales circunstancias; pero ántes que sus cartas llegaran á la residencia del gobierno, ya se le habia nombrado general en jefe de los ejércitos de los Estados-Unidos, cuyo nombramiento aprobó el Senado por unanimidad en 3 de julio de 1798.

Washington aceptó el cargo con dos condiciones: que se le autorizara para nombrar los primeros oficiales, y que no se le llamara al campamento hasta que la situacion del ejército ó cualquiera circunstancia imprevista exigiera su presencia.

Además añadió que no necesitaba auxilio alguno para organizar el ejército, renunció á los honorarios que por su empleo le correspondían, como siempre hizo, y escribió una carta al presidente en la que se leían las siguientes expresivas frases: «Creedme, amigo mio, ninguno puede aprobar más sinceramente que yo las prudentes y sábias medidas de vuestra administracion, que en mi concepto deben inspirar general confianza, y combinadas con el actual orden de cosas, bastarán para que el Congreso dicte las leyes más oportunas, á fin de hacer frente á la crisis que atravesamos. Convencidos de que, deseando evitar la guerra, habeis apurado hasta el último extremo los medios de conciliacion, podemos apelar al Todopoderoso, que conoce la justicia de nuestra causa,

confiando siempre en esa Providencia Divina que tan señaladas muestras de protección ha dado hasta aquí al pueblo de los Estados-Unidos.»

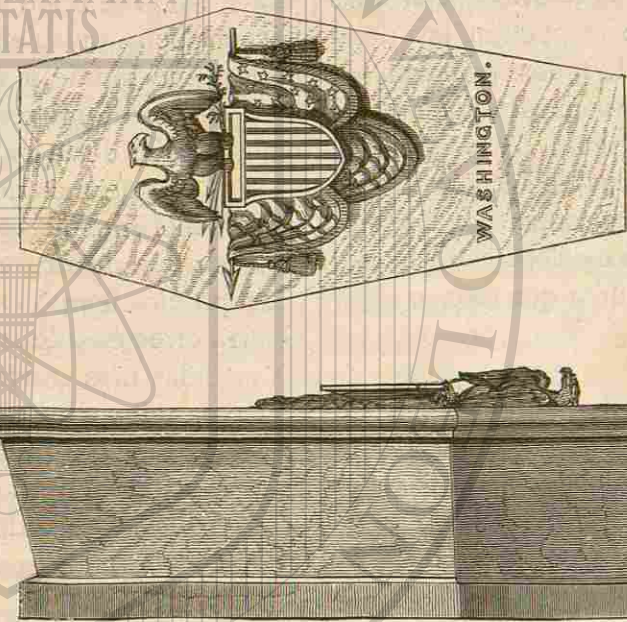
Poco despues se trasladó á Filadelfia, y ocupóse con su acostumbrada actividad de la organizacion del ejército. Desde entónces puede decirse que la mayor parte del tiempo lo dedicó á los asuntos de la milicia, demostrando su mucha experiencia y gran conocimiento de la materia, en su continuada y extensa correspondencia con el Secretario de la Guerra y otros jefes y oficiales.

Nunca creyó formalmente que los franceses

llegaran al extremo de invadir los Estados-Unidos; pero siempre fué una de sus máximas que el prepararse para la guerra es el medio más seguro de conservar la paz, y en aquella ocasion procuró obrar con tanta prontitud y energía como si el enemigo se encontrase ya amenazando la costa.

Despues de haber llenado las atenciones anejas á su cargo, volvióse á Monte Vernon, para aguardar allí, entregado á los trabajos agrícolas y ocupado en atender á las numerosas visitas que recibia diariamente, el giro de los acontecimientos.

El Gobierno habia insistido en entablar ne-



Sarcófago de Washington, en Monte Vernon

gociaciones á fin de arreglar las diferencias entre ambos países, y Washington esperaba ansioso el resultado. No sabia que la Providencia tenia dispuesto que no se vieran cumplidos sus patrióticos deseos; estaba muy léjos de presumir que no debia llegar á ver la conclusion de la paz, que era uno de sus mayores anhelos, siempre que tuviera efecto en las condiciones dignas y levantadas que dejaran á salvo el honor nacional.

El 12 de diciembre de 1799, Washington salió á caballo, á fin de dar algunas instrucciones sobre el mejoramiento de sus tierras. El tiempo estaba lluvioso, y la nieve, cernida por el viento, cubria las copas de los árboles y alombraba los campos de brillante blancura. Al regresar Washington á su casa, su ropa estaba empapada de agua, y la nieve cubria su cabeza. No hizo ningun aprecio de ello, y al dia siguiente volvió á salir, á pesar de caer la nieve mucho más espesa y con mayor abundancia.

Pero al poco rato experimentó cierta aspereza en la garganta y sintióse atacado de una tos violenta, lo cual le hizo conocer que se habia constipado. Nunca pudo creer que de aquello que consideró como cosa muy leve, pudiera resultar alguna grave consecuencia, y pasó la tarde con su familia sin el menor cuidado, retirándose á la hora acostumbrada.

Durante la noche, sintióse atacado repentinamente de una inflamacion en la tráquea, acompañada de aguda fiebre, dolores en la garganta y dificultad en la respiracion. A peticion suya le hizo una sangría un cirujano, y se opuso á que se llamara al médico hasta que llegara el dia.

Serian las once de la mañana, cuando llegó de Alejandría el doctor Craik, y alarmado al ver los síntomas que se notaban en el ilustre paciente, pidió que se le permitiese tener una consulta con el doctor Brown y el doctor Dick, que habitaban cerca de Monte Vernon. Dichos

facultativos agotaron todos los recursos de su ciencia; pero pronto comprendieron que eran inútiles, por la rapidez con que iba agravándose el enfermo.

Washington conoció que no podia salvarse y si se sometió á las prescripciones de los facultativos,

más bien fué porque se creyó en tal deber que porque concibiera la menor esperanza.

Cuando llegó la noche, se desnudó, metióse en la cama, y haciendo un esfuerzo para hablar dijo al doctor Craik, que sostenia su agobiada cabeza: «Doctor, conozco que ha llegado mi



Sepulcro de Washington, en Monte Vernon

última hora...; pero no temo morir...; no tardaré en exhalar el último aliento.» Despues, aunque le costaba bastante trabajo hablar, dió gracias á los médicos por sus buenos servicios y extremadas atenciones, y pidió que le dejaran morir tranquilo. Nada quedaba, por lo tanto, que hacer, y la atribulada familia y afectados amigos, esperaron la hora fatal con ansia desgarradora.

Por último, entre diez y once de la noche espiró el ilustre padre de la patria, á los sesenta y ocho años de edad, sin que hubiese perdido un solo momento sus facultades intelectuales, y dando pruebas en su penosa, aunque corta enfermedad, de su gran resignacion y profunda fe cristiana.

El 18 de diciembre de 1799 fueron depositados los restos mortales de aquel grande hombre en la tumba de su familia, acompañando el cortejo fúnebre las compañías militares de los alrededores, é inmensa multitud de entristecidos ciudadanos.

La patria habia perdido uno de sus más nobles, más rectos, más valerosos y ardientes hijos y eminentes hombres de Estado; el más distinguido de sus defensores, el que más contribuyó á su libertad é independecia, aquel á quien en primer lugar debian los Estados-Unidos la salvacion de sus más caros intereses, la consolidacion de sus instituciones, *el primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos*, segun la elocuen-

te, aunque sintética calificación de sus más ilustrados biógrafos y panegiristas. Profundo había de ser, pues, el duelo de toda la nación, de adictos y contrarios, de amigos y enemigos. Porque después de su muerte es cuando, extinguido el fuego que encienden la envidia y las demás pasiones, se llega á reconocer el mérito y las virtudes de los grandes hombres y la justicia humana ejerce con digna imparcialidad y rectitud los sagrados deberes de su augusto y venerando ministerio.

Acababa el Congreso de abrir sus sesiones, cuando llegó á Filadelfia tan infausta nueva. Tan corta fué su enfermedad que antes de que se tuviese noticia de ella, se supo su muerte.

Tan pronto como la Cámara tuvo conocimiento del inesperado á la par que lamentable suceso, presentóse una proposición pidiendo que se suspendieran las sesiones, y al día siguiente, 19 de diciembre, Juan Marshall, el íntimo amigo del ilustre finado, dirigió al presidente un sentido discurso del cual extractamos los párrafos que creemos más esenciales.

«La triste nueva que ayer se anunció á la Cámara—dijo,—es por desgracia demasiado cierta: ¡nuestro querido Washington ha dejado de existir! El héroe, el esclarecido patriota, el sabio eminente, el hombre á quien se dirigían todas las miradas en momentos de peligro, y en quien se depositaban todas las esperanzas, no es ya más que un recuerdo para nosotros y para este pueblo afligido.

...» Tales eran las prendas personales y los extraordinarios servicios que prestó á su patria aquel cuya pérdida deploramos, que toda la nación americana, á no dudarlo, impelida por los mismos sentimientos, hubiera pedido con una sola voz que se diera á conocer por medio de una manifestación pública, cuán general y profundo es el sentimiento por la pérdida que acaba de experimentar.

»El ilustre difunto, más que ningún otro, contribuyó á fundar este vasto imperio....

»Después de conseguir el gran objeto que se propuso, á la cabeza del ejército, le hemos visto cambiar el acero por la azada, convirtiéndose de general en simple ciudadano.

»Cuando iba debilitándose nuestro sistema federal de una manera manifiesta, y comenzaban á disolverse los lazos que unían este vasto continente, le vimos ponerse al frente de los patriotas que formaron una Constitución por la cual podrán, en mi concepto, perpetuarse las

ventajas y beneficios que la revolución comenzó á prometernos.

»Obedeciendo al ruego de su patria, que le llamaba para presidir á un gran pueblo, le vimos abandonar de nuevo su retiro en una época más tempestuosa que la que podría ofrecernos la guerra, y proseguir con calma y serenidad velando por los verdaderos intereses de la nación, mientras contribuía más que ningún otro á establecer ese sistema de política, con el cual espero que se conservará la paz y la independencia de nuestro país.

»Después de haberse elegido por unanimidad para que rigiera los destinos de un pueblo libre, le hemos visto renunciar á la vida pública cuando su reelección era segura, para entregarse á las ocupaciones del hogar doméstico, dando con esto un gran ejemplo al mundo.

»En virtud de esto, pues, paguemos el último tributo de respeto y cariñoso afecto á nuestro difunto amigo.... Con este objeto no he podido menos de redactar algunos acuerdos que me tomo la libertad de proponer á la Cámara. Son los siguientes:

»Acordamos que esta Cámara vaya á dar el pésame al Presidente por tan doloroso acontecimiento.

»Acordamos que se cubra con un crespon negro la silla presidencial, y que los miembros de la Cámara vistan luto durante la legislatura.

»Acordamos que se nombre un comité para que en unión con otro del Senado, informe acerca de las medidas que se crean más convenientes para honrar la memoria del que fué el primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos.»

El día 23 de diciembre el Senado dirigió al Presidente esta elocuente carta:

«El Senado de los Estados Unidos, señor Presidente, se toma la libertad de manifestaros su profundo sentimiento por la irreparable pérdida que acaba de experimentar con la muerte del general *Jorge Washington*.

»Este acontecimiento, tan doloroso para todo el país, debe serlo particularmente para vos, que tanto tiempo estuvisteis unido por los lazos de la amistad y del patriotismo con el ilustre difunto. Permitidnos, pues, señor, mezclar nuestras lágrimas con las vuestras, puesto que en esta ocasión es digno llorar; perder un hombre como él cuando se atraviesa una crisis como la que aqueja á este país, no es cosa que sucede en el mundo con frecuencia. La patria lamenta la pérdida de un padre; pero ya que el Supre-

mo Árbitro de los destinos humanos ha tenido á bien llamar á sí á nuestro bienhechor, sólo nos resta someternos á sus altos y supremos decretos.

»Poseídos de patriótico orgullo, hemos recordado la vida de Washington, comparándole con los hombres notables de otros países; pero todos nos parecen más inferiores, y su fama será tan imperecedera como brillante. Los trastornadores de las naciones se humillaron avergonzados ante la majestad de las virtudes del que probaba la intemperancia de su ambición, eclipsando el esplendor de la victoria. No tememos que nada manche la gloria del ilustre difunto; ha llegado al término de su carrera después de alcanzar cuantos honores es dable apetecer, y ni los tiros de la maledicencia ni los de la envidia, podrán disminuir en nada el brillo de su fama imperecedera. Favorecido por el cielo, ha exhalado el último aliento sin dar muestras de la debilidad humana, y al mostrarse magnánimo en la muerte, la oscuridad de la tumba no ocultará nunca el esplendor de su gloria.

»Tales eran las cualidades del que lloramos; pero el recuerdo de Washington vivirá eternamente en la tierra, aun cuando su alma se haya elevado hasta el trono de Dios.

»Todos sus conciudadanos rendirán tributo á la memoria del general heroico, del eminente patricio y virtuoso sabio, y enseñarán á sus hijos á no olvidar nunca que el fruto de sus trabajos y su ejemplo, *son su única herencia.*»

El Presidente contestó el mismo día al Senado:

«Recibo con el mayor afecto vuestra atenta y sentida misiva, en la que me manifestais cuán profundo sentimiento os ha causado la pérdida que acaba de experimentar nuestro país con la muerte de su más querido y respetable ciudadano.

»Entre los numerosos recuerdos que se agolpan á mi memoria al pensar en este triste acontecimiento, me limitaré á deciros que conocí á nuestro querido Washington en los días de adversidad y cuando más rudas pruebas tuvo que sufrir, y seguí tratándole cuando llegó al elevado puesto que ocupaba, en época más próspera y feliz; y siempre me admiró su sabiduría, su moderación y su constancia.

»Cuando se formó en 1774 aquella memorable *liga de este continente*, para dar á conocer la soberana voluntad de una nación libre en América, fué el único que permaneció en el Gobier-

no general. Aunque he llegado á la edad en que él creyó necesario retirarse de la vida pública, y aunque me hallo solo en el mundo, por haber perdido mi último hermano, siento un consuelo al ver que todos se encuentran dispuestos á mezclar sus tristezas con la mía, por este doloroso suceso.

»La vida de nuestro Washington no puede compararse con la de ningún hombre notable, por mucha que fuese su fama; los atributos de la *soberanía* sólo hubieran servido para eclipsar la majestad de esas virtudes que le convirtieron de modesto ciudadano en esplendente lumina-ria. Acaso la desgracia, si hubiera vivido más tiempo, habría manchado su gloria, aunque sólo para esos hombres superficiales que, creyéndose que el renombre únicamente se adquiere cuando le favorece á uno la fortuna, nunca se hacen dignos de adquirirla; pero la *malicia* no podía atentar contra su honra, ni llegado nunca hasta él los tiros de la envidia. Nuestro querido Washington ha vivido lo bastante para cubrirse de gloria, aunque nuestros conciudadanos hubiesen querido que fuese inmortal. Para mí, su pérdida es en estos momentos irreparable; pero debemos acatar humildemente y con tranquila resignación los decretos de la Divina Providencia.

»La vida de nuestro difunto amigo ha sido ejemplar, y servirá de modelo de sabiduría y de virtudes, no sólo á los ciudadanos de la edad presente, sí que también á los de las generaciones futuras. Si para Trajano hubo un Plinio, un Marco Aurelio no dejará de encontrar biógrafos é historiadores.»

El comité de ambas Cámaras encargado de proponer los medios más convenientes para honrar la memoria de Washington y expresar el profundo sentimiento de la nación, presentó el día 23 las siguientes proposiciones:

«El Senado y la Cámara de representantes de los Estados-Unidos de América en el Congreso reunido, acordamos: que se eleve un monumento de mármol, á expensas de los Estados, en el Capitolio de la ciudad de Washington, y se pida á su familia permiso para depositar en él los restos mortales del ilustre finado, debiendo conmemorarse en dicho monumento los principales hechos de la vida militar y política de tan eminente patriota.

»Acordamos: que salga del edificio del Congreso una procesión fúnebre que deberá dirigirse á la iglesia Alemana Luterana, para honrar la memoria del general *Jorge Washington*,

el jueves 26 del corriente, y que se prepare una oración fúnebre que ha de entregarse á las Cámaras en dicho día. El Presidente del Senado y el orador de la Cámara de Representantes, se servirán encargar á un individuo del Congreso que redacte dicha oración.

» *Acordamos*: que se recomiende á los ciudadanos de los Estados Unidos que se pongan en el brazo izquierdo, en señal de luto, una gasa negra que deberán llevar por espacio de treinta días.

» *Acordamos*: que se recomiende al Presidente de los Estados Unidos remita copia de las presentes resoluciones á la señora de Washington, en prueba del profundo respeto que la profesa el Congreso y de su sentimiento por la dolorosa pérdida que acaba de experimentar. Asimismo se le pedirá permiso para trasladar los restos mortales del *general Jorge Washington* al monumento que debe elevarse á su memoria.

» *Acordamos*, por último, que se recomiende al Presidente de los Estados Unidos que publique un manifiesto, notificando al pueblo nuestro tercer acuerdo, y encareciéndole su cumplimiento.»

El Presidente puso en conocimiento de la señora del general Washington los acuerdos del Congreso, y la ilustre viuda contestó en estilo muy parecido al de su esposo:

«Aleccionada por el gran modelo que siempre tuve á la vista, comprendo que no debo anteponer mis deseos á la voluntad pública. Accedo, por lo tanto, á la petición del Congreso, que habeis tenido la bondad de trasmitirme, y al hacerlo así, no es necesario, ni puedo decir tampoco, cuán inmenso es mi sacrificio al cumplir con los deberes que la nación me impone.»

Solemnes é imponentes fueron las ceremonias que precedieron á los funerales del gran Washington: en cumplimiento de lo acordado, salió con religiosa pompa del edificio del Congreso, fúnebre y majestuosa procesion, compuesta de los miembros de ambas Cámaras, los funcionarios públicos, y numeroso acompañamiento de ciudadanos, en dirección á la iglesia Alemana Luterana. Al llegar allí, en medio del respetuoso silencio propio de la majestad del santuario, el general Enrique Lee pronunció un notable discurso del cual extractamos los más inspirados párrafos.

«¿Cómo podré enumeraros, amigos míos, sus apreciables cualidades?—dijo refiriéndose al distinguido finado.—¿Cómo expresaré la

nobleza de sus sentimientos? ¿Hablaré de sus hechos de armas, ó quereis que recuerde los eminentes servicios que prestó á su país? ¿Quereis acompañarme á las orillas del Monongahela, para ver á nuestro jóven Washington sosteniendo en sus brazos al moribundo Braddock despues de la funesta victoria de los indios, y salvando por su valor y su prudencia los dispersos restos del ejército perseguidos por el feroz enemigo con salvaje encarnizamiento? ¿Quereis que os le presente cuando la oprimida América, resuelta á perder todo cuanto tenia en defensa de sus derechos, pidió al Congreso que le nombrara general en jefe de nuestros ejércitos? ¿Quereis seguirle á los alrededores de Boston, donde convirtió en ejército aguerrido una juventud indisciplinada, infundiéndola el más noble valor para defender á su patria, ó quereis que os conduzca á Long-Island, York-Island y Nueva-Jersey, donde venciendo á un valeroso ejército de fuerzas superiores, auxiliado por poderosas flotas, y á las órdenes de renombrados jefes, fué el baluarte de nuestra salvacion, sin que luégo se abatiera por los desastres ó los rigores de la suerte? ¿Quereis que le sigamos al sombrío campamento de Trenton, para verle impasible y sereno en medio de sus abatidos soldados? ¡Terrible fué aquella noche! era llegado el invierno; rugia la tempestad; las ondas del Delaware, revolviéndose furiosas, batian las orillas, impidiendo que nadie se acercara; pero Washington, sin inmutarse ante el furor de los elementos, sólo pensó en su país, y despreciando los peligros, lanzóse á la orilla opuesta, luchó, y venció. Volvió á lucir el sol para América; todos cobraron ánimo, y el valeroso jefe completó en las llanuras de Princeton la gran obra que su alma generosa proyectara en las orillas de aquel memorable río.

» Despues de esto dirigióse á Moristown con su escaso, pero valiente ejército, y aunque en el rigor del invierno, merced al esfuerzo de su génio, tuvo en jaque á formidables legiones extranjeras conducidas por un jefe tan experimentado en la guerra como famoso por su valor, de que dió repetidas pruebas en las memorables alturas de Abraham, donde Wolfe, Montcalm y Montgomery cayeron cubiertos de gloria. Animados por el ejemplo de tan valeroso jefe, nuestros padres se alistaron presurosos bajo sus victoriosas banderas, compartiendo con él todas las fatigas de la guerra que nuestro país sostuvo.

» ¿Quién de vosotros habrá olvidado los valles de Brandywine, los campos de Germantown ó las llanuras de Monmouth? ¿Será preciso que os recuerde la generosidad de su alma, repitiendo los elogios que se hicieron del héroe de Saratoga y de su compañero de armas en las Carolinas? No: nuestro Washington á nadie tiene que envidiar su gloria; como todos, aplaudió á Gates y á Green en recompensa de su eminente mérito, y quiera el cielo que los jefes de Saratoga y Eutaw vivan eternamente en el recuerdo de sus conciudadanos.

» Girando en su propia órbita, comunicó calor y luz á sus más distantes satélites, y combinando su fuerza física con la moral, continuó con irrisistible ímpulso su marcha, compadeciéndose de la locura, despreciando el vicio y ahuyentando la traicion, hasta que llegó la hora deseada en que uniéndose con las intrépidas huestes de una nación poderosa y magnánima, logró someter al enemigo comun, terminando de este modo su carrera militar, de la que se retiró cubierto de gloria.

» *El primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos*, no tuvo tampoco igual por su humildad en la vida privada; piadoso, justo, humano, sincero, noble y digno, edificaba con su ejemplo á todos cuantos le conocian y le trataban.

» Era condescendiente con sus iguales, amable con sus inferiores, afectuoso y tierno con su familia; su rectitud de carácter, su desprecio á los vicios y la pureza de sus pensamientos, le convertian en modelo de virtudes.

» La última escena de su vida, probó la grandeza de su alma: aunque sufría acerbos dolores, no exhaló ni un suspiro, ni una queja, y sereno y tranquilo, entregó su alma á Dios con paciente resignacion. ¡Tal era el hombre que ha perdido América! ¡Tal era el hombre por quien llevamos luto y por quien llora la nación entera!»

Y en efecto, estas últimas palabras del panegirista eran fiel expresion de la triste realidad que se manifestaba en aquel gran pueblo. Desde los primeros instantes en que cundió la fatal noticia de la muerte de Washington, todos los ciudadanos se asociaron en el profundo sentimiento que necesariamente habia de causar tan sensible pérdida, y de uno á otro confín de la Union, no se vió sino dominar un mismo impulso para rendir justo tributo al más querido de todos; todos lloraron y vistieron luto. Y todos los que poseian el don de la palabra ó de la

pluma, se hicieron eco de la voz general del país, y se apresuraron á conmemorar el triste suceso y honrar la memoria del eminente Jorge Washington.

Los escritores más ilustres, los más esclarecidos patriotas, los más célebres oradores, y los más eminentes hombres de Estado de todos los países, se han ocupado de la vida y carácter de aquel grande hombre, y han apurado todas las galas de su elocuencia y de su pluma para dispensarle los más brillantes y merecidos elogios. Nosotros poco pudiéramos añadir á lo que llevamos consignado, y por lo mismo nos concretamos á poner fin á nuestro trabajo, reproduciendo algunos párrafos de uno de sus más notables biógrafos, Enrique T. Tuckerman, la inspirada, aunque breve biografía por Juan Marshall, los apuntes publicados en enero de 1800 en uno de los periódicos ingleses de más aceptacion, y el extracto de la oración fúnebre pronunciada por el doctor Mason.

«La memoria de Washington,—dice Tuckerman,—debe ser querida para su patria, y excitar justamente el orgullo nacional.

» Sólo un hombre de un elevado carácter hubiera podido dominar los elementos de discordia que le rodeaban, concentrando las opuestas ideas del pueblo, y bien puede asegurarse que su ejemplar modestia no fué entre todas sus brillantes cualidades la que ménos contribuyó á conciliar los ánimos, cosa tan esencial para el buen éxito de la causa que se defendia. Los divinos cantos del Dante no hubieran podido recordar mejor á los héroes de la edad media que la gran figura de Washington, que tanto por sus cualidades morales como físicas, por sus principios, por sus costumbres é ideas, parecia predestinado por la Providencia á ser el jefe que habia de regir los destinos de América. Por su serenidad en los peligros, por su recto juicio, y sobre todo por su excesiva moderacion, forma notable contraste con los demás héroes que se han conocido en el mundo. ¿Qué pedia como recompensa de la victoria? Conseguir el engrandecimiento de la nación. ¿En qué fundaba sus esperanzas de obtener un buen resultado? En la virtud y en el valor de sus conciudadanos. ¿Cuáles eran sus recursos? Nada más que su rectitud y buenas intenciones.

No se necesita hacer un profundo análisis para reconocer la diferencia entre los rasgos

que hicieron adquirir á Washington su renombre y su fama, y aquellos á que principalmente debieron sus triunfos Alejandro, César y Napoleón; el amor al pueblo y á su patria, hacia que se reflejara en el alma del héroe americano esa sencilla majestad, esa moralidad ejemplar, ese desinterés magnánimo y nobleza de sentimientos que hicieron su nombre querido á la humanidad. Nunca se demostró tan palpablemente que la rectitud y la dignidad son los grandes principios reconciliadores, así de la vida social como de la política; que son el núcleo al rededor del cual se purifican inevitablemente los elementos de la integridad nacional, por

muy dispersos y pervertidos que se hallen; y por último, que los hombres verdaderamente amantes de la verdad y esclavos de sus deberes, se convierten, no en deslumbrantes meteoros ni en heroicos conquistadores, sino en oráculos de la fe pública, en representantes de lo que hay más elevado en nuestra naturaleza, y por lo tanto, en una autoridad que debemos enorgullecernos en reconocer. El apelativo aplicado á Washington es una prueba admirable de esto, y da una profunda significacion á la magnífica idea de que *La Providencia no quiso concederle hijos para que su patria pudiese llamarle Padre.*



JUAN ADAMS

Segundo Presidente de los Estados Unidos

De ese admirable grupo que formaron los fundadores de la República norte-americana, de esos hombres heroicos que con noble desinterés y generosa abnegacion, consagraron su existencia y todas sus fuerzas vitales á conquistar las libertades patrias, arrojando las iras de una nacion que en vano trató de someterlos á su yugo, destácanse en primer término las figuras de algunos esclarecidos varones cuyos nombres vivirán eternamente en la memoria de sus compatriotas, y cuyos hechos han dejado una página brillante en la historia de los pueblos. Si se pudiese dudar que los grandes pensamientos nacen del alma y que los hombres valen más por el carácter que por el espíritu, bastara leer las biografías de la mayor parte de esos ardientes defensores de la libertad para reconocerlo así. Y no fué sólo por la fuerza del genio, por su persuasiva elocuencia y por su heroísmo, por lo que se distinguieron tan gloriosamente de sus contemporáneos, ni tampoco porque llevaran á buen fin su grandiosa empresa; fué sobre todo por su resolucion serena é inquebrantable, siempre hija del sentimiento de su deber. Por eso su historia no es sólo una página importante en los anales del siglo XVIII,

sino tambien una leccion de moral y un tributo rendido á la naturaleza humana.

En primera línea de ese noble grupo de patriotas, despues de Washington, figura Juan Adams, el amigo y el colega del primer Presidente. Nacido el 13 de octubre de 1735 en Braintree (Massachussets), era hijo de una de las principales familias que habian huido de las persecuciones de Jacobo I, prefiriendo el destierro ántes que abjurar de su fe y de sus principios; pudo crecer y educarse teniendo siempre á la vista esos ejemplos domésticos de virtud y de valor, que ejercen una influencia decisiva en las almas naturalmente generosas. Consagrado desde un principio á estudiar la austera ciencia del derecho, hizo tan rápidos progresos, que apenas terminada su carrera de leyes, alcanzó ya la reputacion del más sabio y hábil juriconsulto que se conocia en las colonias americanas. De aquí nació su opulencia, casi régia, que sus adversarios políticos le censuraron más tarde, diciendo que debía haber vivido con una modestia republicana.

Rico, feliz y respetado, Adams se fortalecia cada vez más en su amor á la legalidad, cuyos secretos enseñaba, cuando comenzó el gran

que hicieron adquirir á Washington su renombre y su fama, y aquellos á que principalmente debieron sus triunfos Alejandro, César y Napoleón; el amor al pueblo y á su patria, hacia que se reflejara en el alma del héroe americano esa sencilla majestad, esa moralidad ejemplar, ese desinterés magnánimo y nobleza de sentimientos que hicieron su nombre querido á la humanidad. Nunca se demostró tan palpablemente que la rectitud y la dignidad son los grandes principios reconciliadores, así de la vida social como de la política; que son el núcleo al rededor del cual se purifican inevitablemente los elementos de la integridad nacional, por

muy dispersos y pervertidos que se hallen; y por último, que los hombres verdaderamente amantes de la verdad y esclavos de sus deberes, se convierten, no en deslumbrantes meteoros ni en heroicos conquistadores, sino en oráculos de la fe pública, en representantes de lo que hay más elevado en nuestra naturaleza, y por lo tanto, en una autoridad que debemos enorgullecernos en reconocer. El apelativo aplicado á Washington es una prueba admirable de esto, y da una profunda significacion á la magnífica idea de que *La Providencia no quiso concederle hijos para que su patria pudiese llamarle Padre.*



JUAN ADAMS

Segundo Presidente de los Estados Unidos

De ese admirable grupo que formaron los fundadores de la República norte-americana, de esos hombres heroicos que con noble desinterés y generosa abnegación, consagraron su existencia y todas sus fuerzas vitales á conquistar las libertades patrias, arrojando las iras de una nación que en vano trató de someterlos á su yugo, destácanse en primer término las figuras de algunos esclarecidos varones cuyos nombres vivirán eternamente en la memoria de sus compatriotas, y cuyos hechos han dejado una página brillante en la historia de los pueblos. Si se pudiese dudar que los grandes pensamientos nacen del alma y que los hombres valen más por el carácter que por el espíritu, bastara leer las biografías de la mayor parte de esos ardientes defensores de la libertad para reconocerlo así. Y no fué sólo por la fuerza del genio, por su persuasiva elocuencia y por su heroísmo, por lo que se distinguieron tan gloriosamente de sus contemporáneos, ni tampoco porque llevaran á buen fin su grandiosa empresa; fué sobre todo por su resolución serena é inquebrantable, siempre hija del sentimiento de su deber. Por eso su historia no es sólo una página importante en los anales del siglo XVIII,

sino también una lección de moral y un tributo rendido á la naturaleza humana.

En primera línea de ese noble grupo de patriotas, después de Washington, figura Juan Adams, el amigo y el colega del primer Presidente. Nacido el 13 de octubre de 1735 en Braintree (Massachusetts), era hijo de una de las principales familias que habían huido de las persecuciones de Jacobo I, prefiriendo el destierro antes que abjurar de su fe y de sus principios; pudo crecer y educarse teniendo siempre á la vista esos ejemplos domésticos de virtud y de valor, que ejercen una influencia decisiva en las almas naturalmente generosas. Consagrado desde un principio á estudiar la austera ciencia del derecho, hizo tan rápidos progresos, que apenas terminada su carrera de leyes, alcanzó ya la reputación del más sabio y hábil jurista que se conocía en las colonias americanas. De aquí nació su opulencia, casi régica, que sus adversarios políticos le censuraron más tarde, diciendo que debía haber vivido con una modestia republicana.

Rico, feliz y respetado, Adams se fortalecía cada vez más en su amor á la legalidad, cuyos secretos enseñaba, cuando comenzó el gran

proceso que debía arrancar las colonias americanas á Inglaterra, regenerar el Nuevo mundo, y presentar al Universo el espectáculo de una república floreciente. Sabido es con qué motivo se suscitó aquella famosa cuestion. Inglaterra, agotados sus recursos, no podía soportar el enorme peso de su deuda pública, y en 1765 resolvió recargar con una parte á sus poderosas colonias del Occidente, menospreciando sus antiguas libertades y hasta la constitucion inglesa, que sólo reconoce como legítimos los impuestos consentidos.

El Massachussets, la patria de Adams, fué el Estado que tuvo el honor de oponer la primera resistencia á la incalificable pretension de Inglaterra; y Juan Adams no vaciló en tomar parte, no con el arrebato de que Samuel Adams, su homónimo, dió un funesto ejemplo, sino con esa invencible seguridad que debía al estudio y al amor á las leyes. Miétras que la Asamblea de Nueva York confiaba á Benjamin Franklin la mision de abogar por la causa de la América oprimida ante el Parlamento de Inglaterra, Juan Adams se imponía más oscuramente la misma tarea entre sus conciudadanos vacilantes; y los dos escritos que publicó sucesivamente *sobre las leyes económicas y feudales, respecto á la cuestion entre América y la Metrópoli*, contribuyeron poderosamente á confirmar á sus conciudadanos en el sentimiento de su derecho.

Ese mismo espíritu de justicia y de legalidad inspiraron á Juan Adams más noblemente aún cuando osó encargarse, en 1770, de la defensa del capitán Preston. Acometido por los habitantes de Boston, este oficial habia dado á su gente la orden de hacer fuego, lo cual ocasionó algunas víctimas. Instruyóse al punto la causa, y atendida la efervescencia popular, la condena de Preston á la pena de muerte parecia inevitable, cuando Juan Adams resolvió preservar de un crimen á sus conciudadanos. Ayudado por el ilustre Quincy, demostró que el capitán no habia hecho más que ceder á un deber imperioso, aunque sensible; y tuvo la suerte de que se absolviera á su defendido.

Y honra mucho á los compatriotas de Juan Adams el hecho de que, irritados un momento por habérseles arrancado la víctima que su cólera reclamaba, no dejaron por eso de elegir al célebre jurisconsulto como representante en el Congreso de 1774. No es necesario recordar aquí la inmensa influencia que esta primera asamblea general, reunida en Filadelfia, ejerció en todos los acontecimientos sucesivos; bastará

decir que los cincuenta y cinco diputados reunidos deliberaron á puerta cerrada, para conservar toda su serenidad, y que entre otras cosas acordaron: 1.º que la causa de Boston y de Massachussets era la causa comun; y 2.º que se enviaria un triple informe al rey de Inglaterra, al Parlamento y al pueblo inglés, para recordarles los derechos y la firme resolucion de las colonias americanas. Diputado por Massachussets Juan Adams tomó una gran parte en estos notables acuerdos.

Entre tanto Inglaterra persistiendo en su obstinacion y despues de agotada su astucia, resolvió valerse de la fuerza. Inútilmente prodigaron sus argumentos lord Chatham, Burke y Franklin, en defensa de la justicia y de la prudencia; los partidarios de la guerra vencieron, y al punto se embarcó un ejército para castigar á los rebeldes.

Los americanos contestaron á esto con la victoria de Lexington, y convocando un segundo Congreso, en el que Adams volvió á tener el honor de representar á su país, en 1775. Muchos celebraron ruidosamente la victoria de Lexington, pero Adams deploró la sangre vertida y la guerra civil, diciendo que hubiera sido mucho mejor que hubiese triunfado la legalidad, salvándose la misma Inglaterra por la revocacion de los funestos decretos de un ministerio ciego. Sin embargo, la moderacion de Adams no excluía su vigor, y cuando vió que la Metrópoli desconocia resueltamente todos sus deberes y rechazaba todas las súplicas, lanzando sobre América una multitud de soldados extranjeros y aliándose hasta con los salvajes indios, fué uno de los primeros en tomar su determinacion. La guerra era en adelante el único recurso que al país le quedaba, y hacíase preciso elegir entre la servidumbre y la lucha.

Por otra parte, hacia ya mucho tiempo que los primeros políticos de Europa preveían la necesidad de la emancipacion americana, é Inglaterra se conducia de modo que debía apresurar el acontecimiento. Las colonias eran ya demasiado poderosas para resignarse largo tiempo á la tutela de la Metrópoli; y al fin llegó un día en que se desprendieron de Inglaterra (1775), como el fruto maduro, segun dice Turgot, se desprende del árbol que lo produce.

Lento para decidirse, Adams no vacilaba nunca en poner por obra sus resoluciones una vez las habia tomado, y de aquí la importancia que tuvo en el Congreso de 1775, primeramente por haber obtenido que á Wash-

ington se le confriese el mando supremo de todas las milicias americanas; despues por haber organizado las levas y la construccion de armas; luégo por la administracion de la hacienda; y últimamente por haber atraído á su favor la opinion del mundo, declarando á Inglaterra que América sólo habia esperado, para dar un testimonio de su fidelidad, la justa reparacion de los agravios inferidos.

De aquí la conducta observada por Adams en el Congreso de 1776. Apénas un diputado de Virginia hubo tomado la palabra (8 de junio) para pedir una declaracion solemne de la independencia, Adams apoyó su proposicion, combatiendo con vigor á los pocos representantes que retrocedian ante los peligros incontestables que resultarían de semejante resolucion. Adams triunfó, demostrando la alternativa inevitable

In 1755 I took a decided part against France and Great Britain too; thoroughly disgusted with ^{her} Ignorance, the Cowardice or Treachery of her Conduct of the War against Canada; This Indignation was much increased by her degrading Treatment of our Troops through the whole War.

*In 1760 and 1761, upon the first Appearance of the Design of Great Britain to deprive us of our Liberties by asserting the Sovereign Authority of Parliament over us, I took a decided Part against her, and have persevered for Fifty five Years in opposing and resisting to ^{the} almost of my power every Instance of her Injustice, and arbitrary Power, towards us, I am Sir with much respect
your humble Servant
John Adams*

Fácsimile de una carta de J. Adams

del servilismo ó la emancipacion; y una inmensa mayoría se pronunció en favor de la causa que apoyaba.

Juan Adams obtuvo en cambio una gloriosa recompensa por la energía que acababa de desplegar en aquel grandioso debate, pues fué el encargado de redactar con Rutlege y Ricardo Lee el preámbulo de la declaracion de la independencia. ¿Quién no conoce esas pocas páginas en que América expone con una solemnidad tan conmovedora sus desconocidos sacrificios, sus reclamaciones despreciadas, sus derechos profanados, y lo imposible que le era sufrir más largo tiempo una dominacion insostenible? ¿Qué bien se reconoce en esa declaracion á los dignos herederos de esos orgullosos protestantes que habian interpuesto un Océano entre ellos y la tiranía! La Asamblea entera aprobó la obra de sus comisionados, cambiando sólo algunas palabras; y el 4 de julio de 1776 las colonias

inglesas de América se titularon *Estados- Unidos*.

Desgraciadamente, miétras que J. Adams y sus colegas osaban proclamar así el advenimiento de un nuevo Estado, desafiando á la poderosa Inglaterra, las circunstancias se agravaban cada día más, acumulándose las desgracias sobre la naciente república. Por una parte, acercábase un nuevo ejército de 50,000 hombres para sofocar la insurreccion; por otra, debíanse lamentar la derrota de Brooklyn, la toma de Long-Island y la de Nueva-York; los realistas levantaban la cabeza; desesperábanse los patriotas; el ejército se desbandaba; la hacienda estaba á punto de agotarse; y las tribus indias, sobornadas por Inglaterra, agregaban los horrores de una guerra salvaje á los hábiles ataques de un ejército europeo.

Hubiérase podido creer que los americanos se retraerian de su reciente determinacion cuan-

do el general Howe les propuso tratar del restablecimiento de la tranquilidad. El Congreso designó á tres de sus individuos, Franklin, J. Adams y Rutlege para conferenciar con Howe en Staten-Island; pero las negociaciones no fueron largas, pues los comisionados exigian ante todo que el general inglés los reconociese como representantes de una potencia independiente. Inútil fué que Howe les hiciese las más brillantes promesas, pues ni aun quisieron escucharle. Arrojado el guante así, la jóven América no podía recogerlo ya sin retroceder cada día más para caer de nuevo en la servidumbre.

Las nuevas amenazas de Inglaterra, y los esfuerzos de sus tropas no tuvieron más efecto que demostrar á los americanos la indispensable necesidad de una confederacion más íntima entre los trece Estados unidos; y de aquí nació la constitucion del 4 de octubre de 1776, que trató de conciliar la independencia de cada uno con la seguridad general, organizó el Congreso, el poder ejecutivo, la hacienda, las levas, las negociaciones, etc. Las actas de aquella asamblea, piadosamente conservadas por el Gobierno de los Estados-Unidos, dan suficiente fe del celo infatigable que J. Adams desplegó, bien para suscitar, ó ya para apoyar aquellas grandes medidas. Y sin embargo, el enemigo amenazaba á Filadelfia, y el Congreso llamaba á todos los patriotas en su auxilio; mientras que Adams se dirigia á Dios por medio de oraciones públicas.

Bien sabido era que todos los enemigos de Inglaterra, y sobre todo Francia, aplaudian calorosamente la insurreccion americana; y esto fué una de las razones que indujeron á proclamar la independencia. «Es preciso, habia dicho Adams, que nuestra conducta sea menos equívoca, y que los ciudadanos, así como los extranjeros, sepan si somos ó no una nacion. Elevándonos á la independencia acrecerán nuestras fuerzas sin aumentar los peligros, y adoptamos el único partido que en adelante pueda convenir á nuestra situacion y dignidad.» Adams terminó su discurso demostrando á sus colegas que la cuestion no era solamente de América y de Inglaterra, sino tambien de todos los demás pueblos, atentos á las alternativas de aquella lucha memorable.

No es sólo en América, y en el seno del Congreso, el cual animaba con su poderosa elocuencia, donde debemos seguir los pasos de J. Adams, sino en Europa y entre las naciones del antiguo mundo, al que trataba de asociar á

la causa de sus conciudadanos. Infatigable misionero de libertad y de venganza, le vemos sucesivamente en Francia y en Holanda, donde un partido numeroso se cansaba de ver que América no fuese más que una *chalupa remolcada por Inglaterra*. Adams habia obtenido una cordial acogida entre los holandeses, y consiguió de ellos que firmaran en 1782 el tratado de alianza y de comercio que los jefes de la ciudad de Amsterdam deseaban desde 1778. Este tratado permitia remediar poco á poco el desórden de la hacienda americana, sirviendo además para completar la coalicion marítima de la Europa occidental; mientras que todas las potencias del Norte, Dinamarca, Suecia, Noruega, Prusia y Rusia, reuníanse á la voz de Catalina II para el mantenimiento de la libertad de los mares. Jamás Inglaterra habia estado expuesta á semejante peligro; el cetro del Océano amenazaba escapársele; y la insurreccion de América convirtiése en una conflagracion universal.

Añadamos á esto que J. Adams redactó por entónces la constitucion particular del Estado de Massachussets, que es poco más ó menos la que subsiste hoy. Cautivados por su talento, sus virtudes y su abnegacion, sus compatriotas le confiaron tan gloriosa tarea; y bien podemos decir que Adams fué á la vez el libertador y el Solon de su país.

¡Qué bien recompensado de sus fatigas debió creerse Adams cuando Inglaterra, debilitada, se sometió al fin á la ley de los acontecimientos, y cuando la libertad de América se reconoció y proclamó solemnemente! Adams tuvo el honor de contribuir á este gran triunfo, y su firma figuró entre las de Franklin, J. Jay y Enrique Lawrens en el tratado que se firmó el 30 de noviembre de 1782 con los plenipotenciarios de Inglaterra. Dichoso por haber servido tan bien á su país, J. Adams hubiera deseado, así como Washington, resignar la direccion de los asuntos públicos en manos más jóvenes; pero si él no necesitaba el poder, la naciente república reclamaba sus servicios, los consejos de su experiencia y abnegacion; y forzoso fué someterse á este nuevo sacrificio.

En efecto, América era libre; pero ¿qué resultaria de esa misma libertad, tan laboriosa y noblemente conquistada, si el ejército de libertadores llegase á constituirse en una fuerza enemiga de su país; si la hacienda pública no se rehacia; si los patriotas continuaban persiguiendo á los partidarios de Inglaterra, y los realis-

tas no dejaban de atentar á la más preciosa de las independencias, la libertad de pensamiento y de conciencia? Con celosa actividad Adams se asoció á todas las medidas adoptadas por el Congreso para conjurar estos nuevos peligros. Los realistas, sobre todo, le otorgaron la facultad de pensar como él desease, con la sola condicion de no traducir sus opiniones en tramas y complots. Adams se atrajo así muchos disgustos, y hasta llegóse á calumniarle, acusándole de ser inglés; pero él les dejó decir cuanto quisieron, tranquilo con su conciencia, y confió al tiempo el cuidado de desvanecer el error de sus conciudadanos, demasiado apasionados aún para ser justos.

Aunque la paz entre la Gran Bretaña y los Estados-Unidos se ajustó definitivamente en 3 de setiembre de 1783, hasta mediados de 1785 no se envió á Inglaterra ningun representante de la nueva república; y las causas de esta dilacion no son difíciles de comprender. Ninguno de los dos gobiernos queria ser el primero en reanudar las relaciones. Inglaterra no podia dejar tan pronto de considerar á los americanos como súbditos rebeldes, y mortificábale el mal éxito de sus esfuerzos para someter á las colonias; mientras que América dudaba del recibimiento que se haria á su representante. Sin embargo, semejante estado de cosas no se podia prolongar más tiempo; y el 24 de febrero de 1785, el Congreso eligió á Juan Adams como representante en la corte de Saint James. La posicion de Adams fué entónces muy crítica, y para salir airoso de ella necesitaba mucho talento y buen tacto, pues debia representar á su país en la corte del que habia sido ántes su soberano, el cual no dejaria de considerarle como rebelde; y era además preciso conducirse de un modo que no comprometiese á la nueva república, ni ofendiera tampoco al antiguo gobierno.

Adams se embarcó, pues, para volver á Europa: llevaba el encargo de hacer proposiciones á Inglaterra para la celebracion de un tratado de comercio análogo á los ajustados ántes con Holanda y Francia; tratábase, no sólo de las relaciones comerciales y de las tarifas, sino tambien de la libertad de los mares, y de los más grandes principios del derecho marítimo, que se debian consagrar de una manera más solemne y positiva.

Adams llegó á Inglaterra en el mes de mayo para desempeñar su delicada mision, que convenia muy bien á su sólido talento y reconoci-

da elocuencia; y en 1.º de junio fué presentado á Jorge III en el palacio de Saint James.

Despues de asegurar á S. M. que era el deseo unánime de los Estados Unidos conservar las más amistosas relaciones con Inglaterra, cuya prosperidad ansiaba, lo mismo que todos sus conciudadanos, Adams entró en el verdadero asunto de su discurso, notable como todos los que pronunciaba. «Me creo el más afortunado de mis compatriotas, dijo, por haberseme conferido el honor de ser el primero que se presentara á V. M. con el carácter diplomático; y me consideraré el hombre más feliz si puedo alcanzar para mi patria vuestra real benevolencia, restableciendo la confianza y el afecto que ántes existian entre dos pueblos que, si bien separados por un Océano, y regidos por gobiernos diferentes, hablan el mismo lenguaje, profesan análoga religion, y están enlazados por los vínculos de la sangre.»

«Caballero, replicó el rey, las circunstancias de esta audiencia son tan extraordinarias, el lenguaje que usais tan propio; y vuestros sentimientos se adaptan tan exactamente á este acto, que no sólo recibo con placer la seguridad de las amistosas exposiciones de los Estados Unidos, sino que me es muy grato que la eleccion haya recaído en vos al nombrar representante de ese pueblo. Deseo que se entienda en América que en la última lucha no he hecho más sino lo que en mi concepto debia hacer en cumplimiento de los deberes que mi pueblo me imponia. Para hablaros con franqueza, os diré que fui el último en consentir en la separacion, pero desde que esto se hizo inevitable, siempre dije, como digo ahora, que seria el primero en reanudar amistosas relaciones con los Estados Unidos como potencia independiente. Y desde el instante en que expresais tales sentimientos, asegurándome que mi país merecerá la preferencia de parte del vuestro, complázcome en que las circunstancias del idioma, de la religion y de la sangre tengan su efecto natural.»

Con esto terminó la entrevista, en la cual pareció reinar la mejor inteligencia; y Adams recordó despues que tanto el rey como él se sintieron muy afectados.

A pesar de todo, las animosidades profundas no se extinguen tan fácilmente, y por eso las respectivas situaciones de Inglaterra y de los Estados Unidos no eran aún tales que se pudiera esperar desde luégo una cordial inteligencia.

Los ministros ingleses, aunque dispensaron

buena acogida á Adams, no quisieron aceptar ninguna de sus proposiciones, pues costábales mucho ceder de las tiránicas exigencias que Inglaterra tenia respecto al dominio de los mares. No atreviéndose, sin embargo, á manifestar públicamente sus pretensiones, eludieron las instancias de Juan Adams, objetando la imposibilidad de firmar un tratado general con trece Estados tan independientes como los que constituían la república americana.

En cuanto al rey, despues de su primera entrevista con Adams, manifestó mucha frialdad á sus antiguos súbditos; lo mismo hicieron los cortesanos y los ministros, y la mayoría del pueblo inglés no ocultó en ninguna ocasion cuánto le disgustaba todo lo que era americano. A decir verdad, apenas podía ménos de suceder esto, pues al fin los hombres no son ángeles, y seguramente cualquiera nacion en el caso de Inglaterra habria hecho lo mismo.

Apénas Adams se habia consolado un poco del mal éxito de esta negociacion, obteniendo de Prusia (10 junio 1785), las ventajas que Inglaterra rehusó, presentósele una ocasion de prestar á su patria servicios más importantes. Una experiencia de diez años le habia dado á conocer todos los defectos de la primera constitucion americana; era cuestion de rehacerla, y apenas bastaban todas las luces del país para llevar á cabo tan difícil obra.

Por eso Juan Adams no habia esperado aquel momento para pronunciarse contra la mala organizacion de su país; y aunque residente aún en Europa, no dejaba de escribir continuamente á sus amigos de América, demostrando la indispensable necesidad de reconstruir los fundamentos de la república. Aquellas sábias cartas, llegaron á tomar bien pronto la forma de un libro titulado: *Defensa de la constitucion de los Estados Unidos de América*, ó sea necesidad de establecer el equilibrio en los poderes de un gobierno libre. De este libro se publicó una segunda edicion en 1794, con el título de *Historia de las principales repúblicas del Mundo*.

En sus cartas, Adams pedía el establecimiento de dos Cámaras, entre las cuales se dividiría el poder legislativo y junto á ellas un poder ejecutivo que tambien tomara parte en la confeccion de las leyes. Así se obtendría, segun Adams, el equilibrio necesario á todo país libre; y á los que no quisieran creerlo, recordábales por una parte la autoridad de Ciceron, de Aristóteles, de Platon, de Sydney y de Montesquieu, partidarios todos de aquel feliz equi-

librio; tambien citaba los ejemplos, más persuasivos aún, de todas las repúblicas que han prosperado hasta nuestros dias.

Difícil seria expresar hasta qué punto influyó la aparicion de este libro en las resoluciones que siguieron, y en los destinos lejanos de la nueva república. ¿Qué debia suceder cuando Juan Adams volvió á su país, y cuando él mismo discutió sus doctrinas en el seno del célebre Congreso que se abrió el 2 de mayo de 1787 en Filadelfia, bajo la presidencia de Washington? No exageramos al afirmar que la obra de Juan Adams fué la base de las deliberaciones y el programa de la nueva constitucion.

Sin embargo, faltó mucho para que todos los americanos quedaran contentos, pues la nueva constitucion heria muchos intereses é ideas; y hasta se pudo creer un momento que no resistiria á la violencia de las maldiciones que suscitó. Inútil parece decir que Adams fué tambien blanco de las iras de algunos; acusósele de haber seducido á todo el consejo, de inclinarse en favor de la aristocracia, si no de la misma monarquía; y el lujo que ostentaba en todas partes parecia suficiente prueba de tan detestables inclinaciones. De aquí nacieron dos partidos que debian dividir largo tiempo á la América, el de los republicanos ó demócratas, cuyo jefe era Jefferson; y el de los whigs ó federales, bajo la inspiracion de Washington y de Juan Adams.

Todos aquellos clamores no pudieron triunfar de la verdad y del buen sentido público: de trece Estados, once aceptaron la constitucion; y cuando se trató de elegir el primer presidente de la república, Washington fué quien obtuvo todos los sufragios; mientras que en Adams recayó el cargo de vice-presidente, asociándose así en un triunfo comun aquellos dos grandes ciudadanos, como se habian asociado ántes en sus trabajos y sus luchas. Inútiles fueron los esfuerzos de Jefferson para disputar este honor á su rival, que tomó posesion de su cargo en el año 1789.

En esta ocasion, como siempre, Adams se mostró digno, y tuvo tanta mejor oportunidad de distinguirse, cuanto que Washington desconfiaba de sus propias luces para el importante cargo que se le conferia. Adams le tranquilizó, ayudóle con todas sus fuerzas, y una buena parte de las importantes medidas que tuvieron por objeto organizar la hacienda, la marina, la instruccion pública y el Banco nacional, debiéronse á aquel ilustre ciudadano. Washington

y Adams se completaban uno con otro; eran los dos genios de la guerra y de la paz, velando incesantemente por los destinos de su patria, sin más rivalidad que la de la abnegacion, sin más ambicion que la de labrar la felicidad pública.

Por entónces fué cuando la revolucion francesa sometió el valor de J. Adams á muy crueles pruebas. Apasionado por la libertad, no podia ménos de aplaudir aquella gloriosa regeneracion de un país amigo; y admirábala, en efecto, como Washington y como todos los americanos, pero esto no era suficiente razon para unir la causa de los Estados-Unidos con la de Francia, empuñar de nuevo las armas y exponerse otra vez á todos los males de que se acababa de salir. Ni Washington ni Adams pensaron en ello, y ahogando las secretas simpatías de sus corazones, rechazaron así las súplicas como las amenazas de la Convencion, dejando libre curso á las imprecaciones de sus adversarios políticos y encerrándose en la más estricta neutralidad. ¿Quién podria decir hoy que esa política no fué la más sábía y patriótica, ya que no la más heroica y republicana? Tal vez se necesitaba más verdadero valor para resistir al impulso general que para ceder, á riesgo de perderlo todo.

Como quiera que sea, poco faltó para que Adams expiase muy pronto las inclinaciones impopulares que se le atribuian respecto á Inglaterra y la aristocracia. Cuando Washington fué reelegido, los republicanos hicieron todo lo posible para que M. Clinton obtuviese la vice-presidencia, y Adams no la alcanzó sino por algunos votos (4 marzo 1793).

No era Adams hombre para inquietarse por tan poca cosa. Incapaz de sacrificar sus convicciones á los intereses de su ambicion, no perseveró ménos en la política que siempre habia sostenido. Las quejas y las intrigas del gobierno francés agriaron de dia en dia las relaciones de ambos países, y mientras que Inglaterra se mostraba complaciente, pudo preverse por otra parte un rompimiento entre Francia y la jóven república de América.

Bien fuese porque la opinion habia cambiado ó porque se agradeciera á J. Adams su infatigable desinterés, no tuvo motivos de arrepentirse de no haber hecho sacrificio alguno á la popularidad, pues Washington se retiró en 1797, y mientras que este grande hombre iba á descansar de sus trabajos en Mont-Vernon, Adams tuvo el honor de ser elegido para sustituirle como jefe de la república americana. Ciertamente

no obtuvo sin alguna dificultad tan merecido cargo: las elecciones que tuvieron lugar para el nombramiento del presidente que debia sustituir á Washington, preocuparon mucho á los hombres más notables de la jóven república, porque iban á entrar en juego dos grandes principios. Tratábase de una lucha entre los federales y los demócratas, entre los partidos inglés y francés, entre aquellos que deseaban ante todo mantener un sólido gobierno central y aquellos para quienes nada era tan caro como los derechos de los Estados individuales y la limitacion de la autoridad. Por una parte presentábase Juan Adams, y por la otra Tomás Jefferson: estos dos eminentes políticos podian considerarse como los jefes de dos distintos partidos que influyeron poderosamente en los futuros acontecimientos y en la historia de América. Sus diferencias condujeron á una separacion personal en la mitad de su carrera; pero dos hombres que tan enérgicamente habian preparado el camino para la revolucion americana, tomando parte en la declaracion de la Independencia, no debian mantenerse siempre en error respecto á sus ideas. A decir verdad, no habia razon para que no se hubiesen respetado mutuamente, habiendo contribuido los dos á levantar el gran edificio político; ambos eran republicanos, ambos consideraban á América como el gran ejemplo de los pueblos libres que debia regenerar los antiguos Estados del mundo; pero los principios de Jefferson tenian cierto carácter francés, mientras que los de Adams conservaban algo de su origen inglés.

Las elecciones fueron muy empeñadas. Adams obtuvo setenta y un votos, uno más de los que se requerian, y Jefferson tres ménos, por lo cual fué elegido vice-presidente. Aunque Adams triunfase, lo cual se debió sólo á varios votos inesperados del Sur, las elecciones demostraron cuán fuerte era el partido opuesto á las opiniones de los federales. Adams se dió á sí mismo el título de presidente de los tres votos, y aunque comprendiese que su posicion no tenia nada de segura, ó era cuando ménos sumamente difícil, resolvió no cejar ni un paso en la defensa de sus opiniones; y así lo hizo, con ese valor y serenidad que parecian duplicarse en los mayores conflictos. Seguramente se necesitaba intrepidez para contrarestar los ataques de Francia y las tramas secretas de Inglaterra, haciendo frente á los amigos traidores de su propio país, que no perdian ninguna ocasion de hacerle la

guerra. Los anti-federales le atacaron con la mayor violencia, y si su jefe, el hábil Jefferson, no venció en la lucha, fué sin duda por la imprudencia del agente del Directorio francés Mr. Adet, que irritó la opinion pública llegando hasta el punto de amenazar si la eleccion no convenia á Francia. No se pudo impedir, sin embargo, que Jefferson alcanzase la vice-presidencia, lo cual ocasionó á J. Adams un pesar profundo, pues aquel era el primer triunfo de los demócratas.

Semejante principio anunciaba una presidencia borrascosa, y Adams hubo de luchar, en efecto, penosamente para salir del paso. Las diferencias con Francia fueron la primera cuestion enojosa y la primera dificultad á que Adams debió atender al entrar en el desempeño de sus importantes funciones; y la conducta del gobierno francés demostró muy pronto que se debian adoptar las más enérgicas medidas para mantener á salvo el honor de los Estados Unidos. El Directorio, no contentó con despedir al enviado Pinckney, manifestóle terminantemente que no admitiria á ningun otro ministro del nuevo gobierno hasta que este atendiera á las reclamaciones de la República francesa. Algun tiempo despues, Adams envió otros dos representantes para ver si hallaban medio de arreglar las diferencias. Mr. Talleyrand, el ministro de Estado, les dijo que el Directorio no los recibiria, pero permitióseles permanecer en Paris, donde el gobierno, valiéndose de sus agentes, dió á entender á los enviados que lo que se queria era dinero; Talleyrand pidió para sí y algunos de sus compañeros cincuenta mil libras esterlinas, exigiendo además que América les facilitase recursos por medio de un empréstito. Como los enviados se negaron á dar oidos á semejantes proposiciones, ordenóseles á su vez que saliesen del país.

La publicacion de los documentos, dando cuenta de los resultados de la reciente mision en Francia, excitó las iras de la jóven república contra el gobierno francés. El regreso de los enviados exasperó más aún los ánimos, despertándose un sentimiento de odio contra Francia, que tanto tiempo habia sido el ídolo del pueblo, su refugio en la guerra, y su modelo en el campo de la accion política. Tal fué la indignacion que produjo tan injuriosa conducta, que todos elevaron su voz pidiendo venganza; demócratas y federales rivalizaron en ardimiento; Adams declaró terminantemente que no volveria á enviar ningun representante á Fran-

cia hasta tener la completa seguridad de que se le recibiria con las debidas consideraciones; y hasta el mismo Washington olvidó su amor á Francia, ofreciéndose á sacrificar hasta la última gota de su sangre en honor de su país.

Adams halló en todo esto un gran apoyo para salir airoso de aquella crítica situacion; llovian los mensajes aplaudiendo su actitud resuelta, á la vez que moderada; y el efecto de esta explosion no se sintió ménos en Francia que en América.

Apénas comenzadas las primeras hostilidades, el Directorio comprendió que debia ceder de sus exageradas pretensiones; desaprobó la conducta de sus agentes respecto á sus demandas, y manifestóse dispuesto á un arreglo amistoso. Cuando Adams recibió esta noticia marchó inmediatamente á Filadelfia para celebrar una entrevista con su gabinete; cuando se reunió el Congreso, la cuestion con Francia fué el primer asunto de que se trató; y por fin, despues de los más animados debates acordóse que pasaran otros enviados á dicho país. Los nuevos representantes, que habian salido de su país en 5 de noviembre de 1799, llegaron á Francia despues del 18 brumario, cuando ya habia caido el Directorio; pero esto no podia ménos de facilitar el buen éxito. Bonaparte, harto de gloria y de batallas, sólo aspiraba ya al título de pacificador; recibió cordialmente á los representantes de América; hablóles de los intereses comunes de los Estados Unidos y de Francia en la gran causa de la libertad de los mares; y concluyó con los enviados (octubre 1800) un tratado de paz, quedando establecidas las leyes de la neutralidad marítima.

Entre tanto América olvidaba tambien sus disensiones interiores, ya para llorar la muerte reciente de Washington, ó bien para ocuparse en la traslacion del gobierno á la ciudad neutral que llevaba su nombre. Adams, que presidia todas las ceremonias, no descuidó nunca la ocasion de recomendar á sus conciudadanos el ejemplo de su amigo y el mantenimiento de la concordia. Sólo se consiguió esto en parte, pues las diferencias un momento olvidadas por la muerte de Washington y la reconciliacion con Francia, renováronse más enconadas que nunca. A ello contribuyó principalmente la promulgacion de la *Ley de extranjeros*; y la que se llamó *Ley de sediciones*. Por la primera se dispuso que se abriera un registro de extranjeros residentes, y que se obligara á estos bajo ciertas penas á presentarse á determinados oficiales en

épocas fijas; tambien se autorizó al Presidente para que mandara salir del territorio de los Estados Unidos, por un tiempo dado, á los extranjeros que creyera peligrosos, y en el caso de que alguno de estos últimos no cumpliera la orden y se le encontrara en el país al cabo de cierto tiempo, se le podria encarcelar por tres años ó ménos, inhabilitándole para ser ciudadano de los Estados Unidos. Despues de una declaracion de guerra, ó en el caso de una invasion, los ciudadanos de la nacion enemiga que se encontrasen en el país, serian reducidos á prision cuando así lo ordenase el Presidente.

En cuanto á la *Ley de sediciones*, imponíase en ella que toda combinacion *ilegal* contra las leyes ó medidas autorizadas del Gobierno, se castigara con una multa de cinco mil duros el maximum y prision que no bajara de medio año y excediera de cinco; la publicacion de libelos contra el Gobierno, las Cámaras del Congreso ó Presidente se castigaria asimismo con una multa que no excediera de dos mil duros y prision por dos años lo más. El texto original de la Ley se habia modificado algo, pues no podia esperarse que ni el Senado ni la Cámara de los Representantes admitieran la palabra *traicion*, ni que consideraran como delito que debiera castigar la ley, la justificacion de las hostilidades de los franceses.

Por más que algunos quisieran hacer de esto un arma contra el Presidente, los hombres de gobierno consideraron la medida muy conveniente si no indispensable para cortar de raíz las disensiones intestinas y una causa continua de perturbacion. La prueba fué que la Ley sobre extranjeros comenzó á producir el mejor efecto, aún ántes de ponerse en vigor, pues huyeron del país muchos de los principales trastornadores. Tambien produjo algun descontento la creacion de nuevas contribuciones para remediar el déficit del tesoro público. Los impuestos tocaban á las casas, las tierras, el timbre y la sal; y por moderadas que fuesen, acogieron con mucha repugnancia, sin contar que la oposicion halló en esto un arma para combatir al Presidente.

Pero haciendo uso de su acostumbrada energia, Adams persistió en su línea de conducta; moderó la licencia de la prensa, supo evitar las reuniones sediciosas, y reprimió la insurreccion provocada por las nuevas leyes. Cierta que cumplia con su deber al exigir la exacta observancia de las decisiones del Congreso; pero esto mismo fué causa de que disminuyera su

popularidad de día en día; y cuando llegó al cuarto año de su presidencia, inútilmente trataron los federales de mantenerle en su cargo. Los demócratas, unidos con algunos descontentos, hicieron triunfar la candidatura de Jefferson, lo cual no fué ya un simple cambio de personas, sino el advenimiento de una nueva política, casi una revolucion. Una de las medidas más importantes de la administracion de Adams fué la organizacion de la armada. Hasta entónces, todo lo que se referia al servicio marítimo de la Union, se habia encomendado principalmente al Secretario de la Guerra y á ciertos oficiales del departamento del Tesoro; pero llegado el momento de ser necesario un aumento de fuerzas navales por la cuestion de Francia, juzgóse que los asuntos referentes á la marina no debian confiarse á un departamento separado. A fines de abril se creó el departamento de la Armada aún cuando se opuso á ello el partido republicano, pues se aprobó el *bill* por cuarenta y siete votos contra cuarenta y uno. Ofrecióse el cargo de Secretario á Jorge Cabot, de Massachusetts, persona que reunia excelentes condiciones para desempeñar este destino, mas no habiendo aceptado, se nombró á Benjamin Stodder, de Maryland, quien ocupó la plaza de Secretario de la Armada en 21 de mayo de 1798. Durante el último año de la administracion de Adams dióse principio á los trabajos del segundo censo de los Estados Unidos, que sin embargo no se completaron hasta 1801.

Este Presidente hubiera sido reelegido sin duda alguna si todos los partidos no se hubieran afanado tanto para agitar el país, aprovechándose de todos los medios posibles para que no prevaleciera la candidatura de Adams; y es triste pensar que hasta los mismos que fueron sus ministros confidentiales cooperaron para desacreditar al Presidente. No se le ocultaban á Adams todos estos manejos, y declaró que sus enemigos le atacaban porque habia rehusado sus proposiciones, cuyo objeto era aliarse con Inglaterra para declarar la guerra á Francia. Divididos los votos del partido federal, perdióse la última probabilidad de que Adams fuese reelegido, y nadie dudó ya del triunfo de Jefferson.

Adams no quiso asistir á la toma de posesion de su afortunado rival, lo cual se calificó de una falta de cortesía; pero era hombre de genio vivo y algo irascible, defecto que no rara vez puede aunarse con la nobleza de alma; descon-

fiaba de Jefferson como político, considerándolo casi como enemigo personal, y no le agradó la expectativa de ver á su rival sustituirle en el poder. Estaba irritado también de la derrota de su partido, debida á los traidores manejos de éste; y además había perdido hacia poco á su segundo hijo, Carlos, muerto en Nueva York. Por todas estas causas, Adams no quiso hacer con Jefferson lo que Washington había hecho con él, y abandonó la medio formada ciudad de las orillas del Potomac antes del 4 de marzo, desde cuya época hasta el fin de su carrera dejó de ejercer la menor influencia vital en la marcha de la política americana. Con-

TOMAS JEFFERSON

TERCER PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS

El término de la administración de Adams había venido á cerrar, por decirlo así, cierta fase de la política americana, característica más bien del siglo que acababa de espirar que del que comenzaba. Hasta entonces el principal partido era el de los Estados de Nueva Inglaterra, modificado sin duda por las opiniones de los del Sur y los del centro, pero predominante: los principios que los puritanos fundadores de Massachusetts y sus colonias hermanas habían proclamado, y que no perdían ocasión de exponer, eran los principios de la revolución americana. Los hombres de todas las partes de la Confederación pensaron y obraron en favor de la gran causa; mas las ideas que recibían y propagaban eran las del Norte. Adams, como hijo de Nueva Inglaterra, participaba de los sentimientos generales de su escuela, pero con la moderación y la práctica de un eminente político, no quiso apelar á ciertos medios á que algunos le hubieran impelido, y que más tarde debía adoptar su sucesor, de quien vamos á ocuparnos ahora.

Tomás Jefferson, tercer presidente de la República de los Estados Unidos, nació el 2 de abril de 1743 en Shadwell, condado de Albemarle, en Virginia. Su familia se hallaba hacia largo tiempo establecida en Virginia, donde gozaba de las mayores consideraciones. La primera educación del joven se encomendó á profesores particulares; á los 17 años ingresó en el colegio de Guillermo y María, el más notable que había entonces en el país; allí se de-

taba ya 66 años cuando cesó en el cargo de Presidente, y deseoso, por otra parte, de descansar un poco, sólo sintió la pérdida del poder por la derrota de su partido. Sin más pesar que este, retiróse á vivir tranquilamente entre su familia y sus amigos, y desde entonces su existencia fué tan oscura, que algunos creyeron que había muerto en 1803, siendo así que vivió hasta 1826, alcanzando la edad de 91 años. Entonces era Presidente su hijo, y Adams experimentaba la más dulce alegría á que puede aspirar un buen patriota: la de ver que su país era cada día más libre, más poderoso y más feliz.

dicó asiduamente á los estudios clásicos; y no contento con profundizar los autores griegos y latinos, también cultivó algunos ramos de las ciencias, las matemáticas y la filosofía. Después de esto estudió leyes bajo la dirección de Jorge Wythe, que fué más tarde canciller del Estado de Virginia; como se le dedicaba al foro, sus estudios fueron muy detenidos; y á la edad de 24 años se le admitió como abogado en el Tribunal supremo (1767). Sullivan dice que á esta edad Jefferson era hombre de más de seis pies de estatura, ni delgado ni grueso, y que su pelo era de un rubio amarillento, sin peinar á los lados y formando coleta; su frente elevada y ancha, sus cejas largas y estrechas, sus ojos azules, los pómulos salientes, la barba larga y la boca grande. Vestía levita negra y calzón corto. Sus modales no eran muy finos, pero sí sencillos; su aspecto revelaba cierta calma, y cualquier extraño hubiera podido reconocer que no se hallaba en presencia de un hombre vulgar. No solía hablar con precipitación, y jamás gesticulaba, mas parecía estar convencido de que sus palabras merecían alguna deferencia. Sus facciones revelaban el hombre pensador y observador á la vez, mas reconocíase desde luego que no era la franqueza una de sus cualidades distintivas. Al hablar no miraba nunca á su oyente, sino al techo, á las paredes ó á cualquier otro punto. Era, en fin, una persona de cierta distinción, y habíase convertido en objeto de curiosidad, aun para un joven.

Un incidente de su vida, que él mismo refirió, produjo en su espíritu una viva y profunda impresión. Siendo aún estudiante en derecho, hallábase presente en la célebre sesión de la Asamblea de Virginia, donde Patricio Henry expuso sus atrevidos acuerdos contra el proyecto de ley del timbre, y en que, con una elocuencia tan vehemente como elevada, defendió el derecho de la colonia en materia de impuestos, atacando después las usurpaciones del ministro británico con irresistible energía, y cual si hubiera querido lanzar el rayo á través del Océano hasta las mismas gradas del trono inglés. «Aquellos torrentes de soberbia elocuencia, dice Jefferson, arrebataron á la Asamblea, pero juzguese del efecto que producirían en mi espíritu ardiente aquellos acentos desconocidos hasta entonces del orador, para defender el derecho de los colonos y los principios de la libertad.» Efectivamente, aquello debió ser para el joven como un bautismo de fuego del que aún se pudieron reconocer vestigios en las diversas fases de su vida.

Jefferson ejerció durante algunos años en el Tribunal Supremo, distinguiéndose siempre por su buen juicio y su capacidad, de tal modo que á cada causa acrecentábase su reputación. Sin embargo, las diferencias entre la madre patria y las colonias se agravaban de día en día, y era difícil que un joven abogado de talento se consagrara únicamente á su profesión, sobre todo habiéndosele elegido en 1769 para representar á su condado en la Asamblea de Virginia. En ella se adoptaron por unanimidad varios acuerdos para contestar á las amenazas del Parlamento inglés, reproduciéndose la declaración de que el derecho de crear impuestos pertenecía exclusivamente á la asamblea general de la colonia. Alarmado el gobernador ante aquella oposición, dió por terminada la legislación; pero al día siguiente los individuos que la componían celebraron una reunión particular, acordando que no se importaran ni compraran ciertas mercancías inglesas hasta que el Parlamento revocara el decreto por el cual se creaban nuevas contribuciones. El acta fué firmada por ochenta y ocho individuos, entre los cuales figuraban los nombres de Washington, P. Henry, Jefferson y algunos otros que más tarde debían figurar notablemente en los asuntos públicos. En 1773, Jefferson se unió con varios de los más osados y activos de sus colegas en la legislación y organizó con ellos el sistema de los *Comités de correspondencia* entre las

diversas colonias. Este fué uno de los actos más importantes de la revolución, pues por él se aseguró el medio de concertarse y obtener la unidad de acción, única cosa que podía producir una resistencia eficaz. En el Congreso reunido en Filadelfia en 1775, Jefferson se presentó como delegado de Virginia, y al punto se le nombró individuo de un comité encargado de redactar una declaración de los motivos que obligaban al país á tomar las armas. El proyecto que presentó fué admitido en parte, y contribuyó á que se adoptasen las medidas más decisivas al año siguiente.

Jefferson formó parte del Comité que entonces se nombró para preparar una declaración formal de la independencia; y como reuniera el mayor número de votos, se le nombró presidente, confiándole sus colegas la redacción del proyecto. Grave y delicada era la tarea, necesitándose para su desempeño á la vez muy buen juicio, energía, previsión y tacto, pues no sólo iba á resultar una guerra de semejante declaración, sino que importaba ante todo tener razón á los ojos del mundo entero, sosteniendo principios fundados en el derecho y propios para servir de guía en lo futuro. Jefferson desempeñó su misión con un talento superior; su proyecto, sometido al Congreso, fué objeto de un profundo exámen, y después de introducirse en él algunas modificaciones, adoptóse solemnemente en 4 de julio de 1776, día memorable para el país, firmándole en una grave sesión todos los diputados excepto uno solo, que tuvo escrúpulos de conciencia. Esta declaración célebre fué ciertamente para Jefferson un título de gloria y una prueba más de su claro talento; y aunque citada en muchas obras, es tan notable que creemos oportuno reproducirla aquí. Es como sigue:

DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA

«Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve un pueblo en la precisión de disolver los lazos políticos que le unían con otros, para ejercer por sí solo los poderes de que debe hacer uso por el derecho que le conceden las leyes de la naturaleza y del mismo Dios, un sentimiento de respeto y de dignidad le impone el deber de manifestar al mundo qué causas le obligaron á proclamarse independiente.

»Para nosotros son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que á

fiaba de Jefferson como político, considerándolo casi como enemigo personal, y no le agradó la expectativa de ver á su rival sustituirle en el poder. Estaba irritado tambien de la derrota de su partido, debida á los traidores manejos de éste; y además habia perdido hacia poco á su segundo hijo, Cárlos, muerto en Nueva York. Por todas estas causas, Adams no quiso hacer con Jefferson lo que Washington habia hecho con él, y abandonó la medio formada ciudad de las orillas del Potomac antes del 4 de marzo, desde cuya época hasta el fin de su carrera dejó de ejercer la menor influencia vital en la marcha de la política americana. Con-

TOMAS JEFFERSON

TERCER PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS

El término de la administracion de Adams habia venido á cerrar, por decirlo así, cierta fase de la política americana, característica más bien del siglo que acababa de espirar que del que comenzaba. Hasta entónces el principal partido era el de los Estados de Nueva Inglaterra, modificado sin duda por las opiniones de los del Sur y los del centro, pero predominante: los principios que los puritanos fundadores de Massachusets y sus colonias hermanas habian proclamado, y que no perdian ocasion de exponer, eran los principios de la revolucion americana. Los hombres de todas las partes de la Confederación pensaron y obraron en favor de la gran causa; mas las ideas que recibian y propagaban eran las del Norte. Adams, como hijo de Nueva Inglaterra, participaba de los sentimientos generales de su escuela, pero con la moderacion y la práctica de un eminente político, no quiso apelar á ciertos medios á que algunos le hubieran impelido, y que más tarde debia adoptar su sucesor, de quien vamos á ocuparnos ahora.

Tomás Jefferson, tercer presidente de la República de los Estados Unidos, nació el 2 de abril de 1743 en Shadwell, condado de Albemole, en Virginia. Su familia se hallaba hacia largo tiempo establecida en Virginia, donde gozaba de las mayores consideraciones. La primera educacion del jóven se encomendó á profesores particulares; á los 17 años ingresó en el colegio de Guillermo y María, el más notable que habia entónces en el país; allí se de-

taba ya 66 años cuando cesó en el cargo de Presidente, y deseoso, por otra parte, de descansar un poco, sólo sintió la pérdida del poder por la derrota de su partido. Sin más pesar que este, retiróse á vivir tranquilamente entre su familia y sus amigos, y desde entónces su existencia fué tan oscura, que algunos creyeron que habia muerto en 1803, siendo así que vivió hasta 1826, alcanzando la edad de 91 años. Entónces era Presidente su hijo, y Adams experimentaba la más dulce alegría á que puede aspirar un buen patriota: la de ver que su país era cada dia más libre, más poderoso y más feliz.

dicó asiduamente á los estudios clásicos; y no contento con profundizar los autores griegos y latinos, tambien cultivó algunos ramos de las ciencias, las matemáticas y la filosofía. Después de esto estudió leyes bajo la direccion de Jorge Wythe, que fué más tarde canciller del Estado de Virginia; como se le dedicaba al foro, sus estudios fueron muy detenidos; y á la edad de 24 años se le admitió como abogado en el Tribunal supremo (1767). Sullivan dice que á esta edad Jefferson era hombre de más de seis piés de estatura, ni delgado ni grueso, y que su pelo era de un rubio amarillento, sin peinar á los lados y formando coleta; su frente elevada y ancha, sus cejas largas y estrechas, sus ojos azules, los pómulos salientes, la barba larga y la boca grande. Vestia levita negra y calzon corto. Sus modales no eran muy finos, pero sí sencillos; su aspecto revelaba cierta calma, y cualquier extraño hubiera podido reconocer que no se hallaba en presencia de un hombre vulgar. No solía hablar con precipitacion, y jamás gesticulaba, mas parecia estar convencido de que sus palabras merecian alguna deferencia. Sus facciones revelaban el hombre pensador y observador á la vez, mas reconocíase desde luégo que no era la franqueza una de sus cualidades distintivas. Al hablar no miraba nunca á su oyente, sino al techo, á las paredes ó á cualquier otro punto. Era, en fin, una persona de cierta distincion, y habíase convertido en objeto de curiosidad, aun para un jóven.

Un incidente de su vida, que él mismo refirió, produjo en su espíritu una viva y profunda impresion. Siendo aún estudiante en derecho, hallábase presente en la célebre sesion de la Asamblea de Virginia, donde Patricio Henry expuso sus atrevidos acuerdos contra el proyecto de ley del timbre, y en que, con una elocuencia tan vehemente como elevada, defendió el derecho de la colonia en materia de impuestos, atacando despues las usurpaciones del ministro británico con irresistible energía, y cual si hubiera querido lanzar el rayo á través del Océano hasta las mismas gradas del trono inglés. «Aquellos torrentes de soberbia elocuencia, dice Jefferson, arrebataron á la Asamblea, pero jízguese del efecto que producirian en mi espíritu ardiente aquellos acentos desconocidos hasta entónces del orador, para defender el derecho de los colonos y los principios de la libertad.» Efectivamente, aquello debió ser para el jóven como un bautismo de fuego del que aún se pudieron reconocer vestigios en las diversas fases de su vida.

Jefferson ejerció durante algunos años en el Tribunal Supremo, distinguiéndose siempre por su buen juicio y su capacidad, de tal modo que á cada causa acrecentábase su reputacion. Sin embargo, las diferencias entre la madre patria y las colonias se agravaban de dia en dia, y era difícil que un jóven abogado de talento se consagrara únicamente á su profesion, sobre todo habiéndosele elegido en 1769 para representar á su condado en la Asamblea de Virginia. En ella se adoptaron por unanimidad varios acuerdos para contestar á las amenazas del Parlamento inglés, reproduciéndose la declaracion de que el derecho de crear impuestos pertenecia exclusivamente á la asamblea general de la colonia. Alarmado el gobernador ante aquella oposicion, dió por terminada la legislatura; pero al dia siguiente los individuos que la componian celebraron una reunion particular, acordando que no se importaran ni comprasen ciertas mercancías inglesas hasta que el Parlamento revocara el decreto por el cual se creaban nuevas contribuciones. El acta fué firmada por ochenta y ocho individuos, entre los cuales figuraban los nombres de Washington, P. Henry, Jefferson y algunos otros que más tarde debian figurar notablemente en los asuntos públicos. En 1773, Jefferson se unió con varios de los más osados y activos de sus colegas en la legislatura y organizó con ellos el sistema de los *Comités de correspondencia* entre las

diversas colonias. Este fué uno de los actos más importantes de la revolucion, pues por él se aseguró el medio de concertarse y obtener la unidad de accion, única cosa que podia producir una resistencia eficaz. En el Congreso reunido en Filadelfia en 1775, Jefferson se presentó como delegado de Virginia, y al punto se le nombró individuo de un comité encargado de redactar una declaracion de los motivos que obligaban al país á tomar las armas. El proyecto que presentó fué admitido en parte, y contribuyó á que se adoptasen las medidas más decisivas al año siguiente.

Jefferson formó parte del Comité que entónces se nombró para preparar una declaracion formal de la independéncia; y como reuniera el mayor número de votos, se le nombró presidente, confiándole sus colegas la redaccion del proyecto. Grave y delicada era la tarea, necesitándose para su desempeño á la vez muy buen juicio, energía, prevision y tacto, pues no sólo iba á resultar una guerra de semejante declaracion, sino que importaba ante todo tener razon á los ojos del mundo entero, sosteniendo principios fundados en el derecho y propios para servir de guía en lo futuro. Jefferson desempeñó su mision con un talento superior; su proyecto, sometido al Congreso, fué objeto de un profundo exámen, y despues de introducirse en él algunas modificaciones, adoptóse solemnemente en 4 de julio de 1776, dia memorable para el país, firmándole en una grave sesion todos los diputados excepto uno solo, que tuvo escrúpulos de conciencia. Esta declaracion célebre fué ciertamente para Jefferson un titulo de gloria y una prueba más de su claro talento; y aunque citada en muchas obras, es tan notable que creemos oportuno reproducirla aquí. Es como sigue:

DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA

«Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve un pueblo en la precision de disolver los lazos políticos que le unian con otros, para ejercer por sí solo los poderes de que debe hacer uso por el derecho que le conceden las leyes de la naturaleza y del mismo Dios, un sentimiento de respeto y de dignidad le impone el deber de manifestar al mundo qué causas le obligaron á proclamarse independiente.

»Para nosotros son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que á

todos les ha concedido el Criador ciertos derechos de que nadie les puede despojar; que para proteger éstos se instituyeron, con el beneplácito y consentimiento de los hombres, los gobiernos que debían regirnos, y que cuando uno de aquellos llega á ser perjudicial, por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, éste tiene derecho para modificarlo ó abolirlo, formando otro, fundado en tales principios y organizado de tal modo, que pueda contribuir al público bienestar. La prudencia aconseja ciertamente que no se cambien por pequeñas causas los gobiernos que cuentan mucho tiempo de existencia, pues la experiencia ha demostrado que los hombres prefieren sufrir, mientras sus males sean tolerables, más bien que alterar las leyes á que están acostumbrados; pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, cometidas invariablemente con el mismo objeto, revelan el designio de oprimir á un pueblo despóticamente, éste está autorizado y se halla en el deber de separarse del gobierno que tal haga, buscando nuevas garantías para su futura dicha y tranquilidad. Estas colonias han sufrido con paciencia mucho tiempo, mas ha llegado el caso en que se ven precisadas á modificar su primitivo sistema de gobierno. El rey actual de la Gran Bretaña nos ha inferido repetidos agravios, cometiendo usurpaciones cuyo único objeto era establecer una tiranía absoluta sobre estos Estados, y en prueba de lo dicho sometemos á la opinión pública los hechos que han dado lugar á nuestras repetidas quejas.

» El monarca ha rehusado en primer lugar aprobar leyes que eran muy convenientes y necesarias para el bien público.

» Ha prohibido á sus gobernadores autorizar otras de la mayor importancia, disponiendo se dejaran en suspenso hasta recibir la sanción de la Corona, después de lo cual se descuidó por completo su promulgación.

» Se ha negado á prestar su aprobación á ciertas disposiciones que tenían por objeto poblar grandes distritos, exigiendo que el pueblo desistiera ántes del derecho de estar representado en la legislatura, derecho tan apreciable para nosotros como peligroso cuando se halla á disposición de un tirano.

» Ha dispuesto que los cuerpos legislativos celebraran sus sesiones en puntos donde no acostumbraban reunirse, distantes de su residencia, todo con el único objeto de molestar á los miembros de las Cámaras, para que

accediesen á los deseos de los gobernadores.

» Ha disuelto repetidas veces las Cámaras de los representantes por haberse opuesto éstas con la mayor energía y firmeza á que se violasen los derechos del pueblo.

» Después de la disolución ha prohibido que se formasen nuevas Asambleas, quedando por lo tanto el pueblo sin sus legisladores y expuesto á todos los peligros de una invasión ó de las conmociones populares.

» Ha impedido el acrecentamiento de la población de estos Estados, alterando las leyes que regían para la naturalización de los extranjeros, negándose á dictar otras para que se propagase la inmigración.

» Ha entorpecido la administración de justicia, rehusando aprobar ciertas leyes para establecer la autoridad judicial.

» Ha dispuesto que los jueces dependieran únicamente de la Corona, tanto por lo que toca á la provisión de destinos como al pago de los sueldos.

» Ha creado una infinidad de cargos nuevos, enviando á estas colonias numerosos oficiales que sólo sirven para esquilmar al pueblo.

» Ha dispuesto que en tiempos de paz se mantuvieran en el país ejércitos permanentes, sin el consentimiento de las respectivas legislaturas.

» Ha intentado anteponer la autoridad militar á la civil, declarando á la primera independiente.

» Ha tratado de someternos á una jurisdicción extraña á nuestras constituciones y desconocida por nuestras leyes, aprobando las siguientes medidas:

» El acuartelamiento de un considerable número de tropas.

» La protección á los criminales que cometiesen delitos en estas colonias, dispensándoles de ser juzgados por nosotros.

» La prohibición de comerciar con todas las partes del mundo.

» La imposición de contribuciones sin nuestro consentimiento.

» La prohibición en muchos casos de que nos juzguen nuestros jurados, disponiendo al mismo tiempo seamos conducidos á puntos lejanos para que se nos forme causa por supuestos crímenes.

» La abolición de las leyes inglesas, en una provincia vecina, donde se estableció un gobierno arbitrario, ensanchando los límites de aquella con el objeto de que pudiese dominar de una manera absoluta á estas colonias.

» La supresión de nuestras cartas y la anulación de nuestras más beneficiosas leyes, después de alterar fundamentalmente la forma de nuestros gobiernos.

» Y por último, la suspensión de nuestras legislaturas, declarando al Parlamento autorizado para dictarnos leyes en todos los casos sin excepción alguna.

» El monarca ha renunciado á gobernar en este país, retirándonos su protección para declararnos luego la guerra.

» Ha entorpecido la navegación en nuestros mares y asolado nuestras costas, incendiando las poblaciones y causando la muerte de muchos habitantes.

» Actualmente nos envía un numeroso ejército de mercenarios extranjeros para completar la obra de destrucción y tiranía empezada ya, con una crueldad y perfidia de que apenas se hallará ejemplo en las edades más bárbaras, y que son indignas de una nación civilizada.

» Ha obligado á nuestros conciudadanos cogidos prisioneros en alta mar á que hiciesen armas contra su país, convirtiéndolos así en ejecutores de sus amigos y hermanos.

» Ha provocado disensiones intestinas, tratando luego de armar contra nosotros á los indios, que como es notorio, no tienen más objeto al guerrear que la destrucción completa de sus enemigos.

» Al dictarse tan opresoras medidas, hemos recurrido humildemente al trono suplicando se atendiese á las justas quejas de este pueblo, pero nuestras repetidas solicitudes fueron siempre contestadas con nuevos agravios. Un príncipe que por su carácter y sus actos revela el deseo de constituirse en tirano, no debe ser el jefe de un pueblo libre.

» Guardando las mayores consideraciones á nuestros hermanos de la Gran Bretaña, les hemos advertido varias veces que su Parlamento quería obtener un injustificable dominio sobre nosotros, recordándoles al propio tiempo las circunstancias que concurrieron en nuestra emigración á este país. Hemos apelado á la rectitud y magnanimidad de esos habitantes, conjurándoles en nombre de nuestra mutua amistad á que desaprobaban esas usurpaciones que iban á interrumpir inevitablemente la buena armonía en que siempre hemos vivido; pero ellos también se han hecho sordos á la voz de la justicia, y por lo tanto debemos insistir en una separación que ya es de todo punto necesaria, considerándolos en adelante como á los

demás hombres, enemigos en la guerra, amigos en la paz.

» En vista de lo manifestado, Nos, los representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en el Congreso general, apelamos al Supremo Juez del universo, que conoce la rectitud de nuestras intenciones, y en nombre y con la autorización del buen pueblo de estas colonias, declaramos solemnemente que las Colonias Unidas son y deben ser Estados libres é independientes, y que por lo tanto no están sujetas por compromiso alguno á la Corona británica, debiendo en su consecuencia disolverse los lazos políticos que con ella nos unían. Considerándonos pues Estados libres é independientes, tenemos derecho para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y tomar parte en todos esos actos á que nos da derecho nuestra cualidad de hombres libres.

» En confirmación de lo dicho, y confiando en la protección de Dios, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente Declaración.»

En los meses siguientes, Jefferson continuó tomando una parte activa en las deliberaciones y en los asuntos del Congreso, y su nombre circulaba siempre como individuo de los comités más importantes. Durante una corta ausencia en Virginia eligiósele para acompañar á Franklin y Deane, enviados á la corte de Francia, pues comprendíase la necesidad de asegurarse su apoyo para negociar tratados de comercio; pero el estado de su salud, y el crítico estado de los negocios, sobre todo en Virginia, indujéronle á rehusar, comprendiendo que sería más útil en América que no en el extranjero. Durante la guerra no tomó parte alguna en los movimientos militares, pero consagróse á servir principalmente á su Estado, por lo cual se negó á tomar asiento en el Congreso, á pesar de habersele reelegido como diputado por Virginia.

La revolución, precipitando el curso de los acontecimientos, imprimió á la sociedad americana, en sentido democrático, un rápido impulso. En Virginia habíase adoptado algo apresuradamente una constitución que respiraba el más enérgico espíritu de la igualdad de los derechos y aversión contra todo lo arbitrario; pero esto no impidió que pocos meses después se presentase una proposición formal para nombrar un dictador revestido de todos los poderes, judicial, civil y militar, con derecho de vida y muerte sobre las personas y las propiedades. Jefferson

comprendió lo absurdo y peligroso de semejante proyecto, y no contribuyó poco á que se rechazase, concibiendo entónces el plan más sabio de revisar y reformar las leyes del Estado, lo cual se hizo en sentido democrático. El principio de primogenitura quedó abolido, estableciéndose una distribución igual para todos los hijos; la Iglesia perdió no sólo sus privilegios sino también su puesto oficial en el Estado; el derecho de sufragio se extendió mucho; y la legislación civil, sin sufrir un cambio radical, inclinóse cada vez más hácia la igualdad: Jefferson había sido el alma de todas estas reformas. En 1779 se le nombró gobernador de Virginia por dos años, período que fué muy crítico, exigiendo de parte de Jefferson tanta vigilancia como actividad. El enemigo había invadido el Sur del Estado, sembrando por todas partes el terror y la desolación; y á pesar del celo que Jefferson demostró, al espirar el término de sus funciones acusósele de descuido por varios hechos que la malevolencia había exagerado. No obstante, á instancias suyas, la legislatura entendió en el asunto, y despues de un detenido exámen expidióse por unanimidad un acuerdo elogiando la conducta de Jefferson como gobernador del Estado, por su *buen juicio, su probidad y su talento* (1781).

Entónces fué cuando en medio de los apuros de la política y de la guerra, Jefferson escribió su interesante obra titulada: *Notas sobre Virginia*, en la cual trataba de la geografía, los productos naturales, la estadística, el gobierno, la historia y las leyes del país. Uno de los pocos ejemplares de esta obrita, que M. Marbois, secretario de la legación francesa, hizo traducir á su idioma para sí y algunos de sus amigos, pues Jefferson la escribió sólo á fin de contestar á varias preguntas que aquel le había dirigido, llegó clandestinamente á Londres, donde se publicó en inglés. Esto decidió á su autor á dar á luz la obra en 1787, bajo el título que ha conservado. Lo más agradable de este pequeño volúmen consiste en la sencillez del escrito y en la variedad de los datos; muchas páginas en extremo interesantes mitigan la aridez de otros asuntos; y es por demás notable la descripción de las costumbres de los indios, que evoca el recuerdo de su elocuencia natural, de aquellos discursos de Logan, que por lo bellos y lo patéticos sobrepujaban á cuanto hasta entónces se había conocido en el arte de la oratoria.

Hácia fines de 1782 designóse de nuevo á Jefferson como representante en Europa, para

que en unión de otros compañeros negociase un tratado de paz. Ya se disponía á partir, á pesar de los rigores del invierno, cuando se supo que se acababan de firmar los preliminares entre Inglaterra y los Estados Unidos, por lo cual se aplazó la embajada de Jefferson en Europa, enviándosele al Congreso, como delegado de Virginia.

El tratado definitivo, firmado en Londres y París (1783), pasó al punto á un comité presidido por Jefferson; y en 14 de enero de 1784 ratificóse por unanimidad. La independencia era ya un hecho consumado y solemnemente reconocido; la rama de la raza anglo-sajona que se había separado de la madre patria iba á seguir su nuevo destino en un vasto y magnífico continente. Aquí comienza para América y Europa una era del todo distinta: miéntras que bajo los auspicios de Washington se funda un nuevo gobierno, proclamándose la libertad, los disturbios y las revoluciones, acompañadas de sangrientas luchas, trastornan la Francia y conmueven las antiguas monarquías de Europa hasta en sus últimos cimientos; mas á pesar de un vasto océano, restablécense al fin relaciones, cuya intimidad aumenta entre los dos mundos. Inmensos intereses comerciales, de hacienda y de política desarróllanse y se extienden para enlazar más á los dos países, y para que así la prosperidad como los desastres les sean comunes. ¿Qué sucederá en el porvenir? El secreto es de Dios; pero así el presente como el futuro deben ser para los hombres de Estado, y para todos aquellos que puedan influir en el progreso de la humanidad y de la civilización, un asunto de estudio preferente.

Proclamada la paz y establecido el Congreso, resolvióse enviar á Europa con Adams y Franklin otro representante, y como era natural, eligióse á Jefferson, que aceptó con gusto la misión, emprendiendo la marcha á mediados de 1784. Hacia ya veinte años que vivía en medio de las agitaciones y los rudos trabajos de la política y de los asuntos públicos, y por lo tanto conveníale algun reposo, y distraerse con una nueva sociedad.

Los enviados tenían plenos poderes para negociar alianzas de amistad y comercio con las naciones extranjeras bajo las bases más liberales, y durante todo un año ocupáronse en su cometido, pero sin obtener el éxito que el Congreso esperaba. Sólo consiguieron un buen resultado con Prusia y el gobierno de Marruecos. Jefferson marchó despues con Adams á Lon-

dres, á fin de negociar más activamente, haciendo todos sus esfuerzos para establecer una cordial inteligencia entre ambos países, sobre todo en lo concerniente al comercio y la navegación; pero recibióseles con política frialdad, porque aún predominaban en los ánimos los sentimientos hostiles y el orgullo herido. Despues de perder dos meses en pasos inútiles, Jefferson volvió á París. Muy antipáticos le eran ya ántes el Gobierno y la aristocracia de Inglaterra, pero como veía el beneficio de ambos países en sus relaciones comerciales, había hecho cordialmente proposiciones, y le ofendió ver que se acogieran con tanta frialdad. No debía olvidarlo cuando fué ministro y presidente. Añádirnos de paso que en 1815 el gobierno inglés adoptó al fin una política inteligente, y que hoy existen entre ambos países las más importantes relaciones comerciales.

A principios de 1785, Jefferson fué nombrado unánimemente por el Congreso ministro plenipotenciario en la corte de Versalles, en lugar de Franklin, que regresaba á los Estados Unidos. Sabido es con qué habilidad y buen éxito había desempeñado su misión el filósofo americano, y qué entusiasmo inspiró á la aristocracia y á la sociedad filosófica de la época. Aunque de carácter y talento muy diferentes, Jefferson tenía las cualidades propias para obtener un buen resultado en Francia; su variada instrucción, su conversacion amena y brillante, sus principios liberales y sus íntimas relaciones con los hombres de letras y los filósofos más notables, debían contribuir á proporcionarle una posición tan distinguida como influyente. Las negociaciones en que debía ocuparse eran más bien comerciales que políticas; ante todo tenía la misión de interpretar los tratados, aumentar su eficacia y corregir sus imperfecciones. No se le ofrecía con esto ocasión de dar á conocer toda la superioridad de su talento, pero sus brillantes discusiones revelaron su penetración y habilidad. Entre las ventajas que obtuvo, mantenidas hasta la revolución, cítase la supresión de varios monopolios y la admisión libre del tabaco en Francia, así como del arroz, el aceite de ballena, el pescado salado y la harina procedentes de los Estados Unidos. En aquella época, Jefferson aprovechó algunos días de descanso para visitar la Holanda, emprendiendo también un viaje á Italia, donde le interesaron mucho las obras maestras del arte y las magníficas ruinas que aún se conservan; pero también observó los fatales efectos del despotis-

mo en una nación inteligente, que se había adormecido en los placeres y en la molición. Con su natural penetración, Jefferson se dió cuenta rápidamente de todo lo que en ambos países merecía más la atención; pero nada le gustaba tanto como París. Su correspondencia indica cuán variadas eran sus ocupaciones y hasta qué punto se fijaba en todos los perfeccionamientos que pueden mejorar la condición social del hombre. Deleitábase en los goces de una civilización tan diferente de la de los Estados Unidos, y agradábase sobre todo la alta sociedad, la elegancia, la instrucción profunda y el talento superior que se revelaba en los hombres de letras. Añádase á esto que el embajador americano era obsequiado por las principales familias y los hombres de más alto rango y de mayor reputación, y se comprenderá la simpatía que Francia inspiraba á Jefferson. Según él mismo confesó, los pocos años que residió en aquel país fueron los más felices de su vida.

Hácia fines de 1789, Jefferson aprovechó una licencia para volver á América, llevando consigo la esperanza de que al año siguiente se vería el fin de la grandiosa lucha por la libertad. Llegado á Norfolk el 20 de noviembre, recibió á poco de Washington, elegido para la Presidencia, una carta en que le ofrecía en su gabinete el cargo de secretario de Estado, pero dejándole libre de volver á Francia como ministro en el caso de no aceptar. En razón á sus sentimientos, Jefferson se inclinaba mucho á continuar su carrera diplomática; mas como el Presidente insistiera despues con afectuoso cariño, diciéndole que el país necesitaba su talento y su experiencia, Jefferson aceptó, y en marzo de 1790 tomó posesión de su cargo. Así pues, apenas llegado á su país encontróse de nuevo en la corriente de los negocios públicos y ocupando un puesto de gran importancia.

Como secretario de Estado, Jefferson desempeñó sus deberes con un tacto, una prudencia y un celo tan honroso para él como útiles para su país. En una época difícil mantuvo con la mayor firmeza las leyes de una estricta neutralidad en sus relaciones con las potencias extranjeras, sosteniendo á la vez en el exterior la dignidad del nuevo gobierno y protegiendo cuidadosamente los intereses nacionales. Redactó varios informes relativos á la diplomacia, al comercio y á la política interior, informes que revelaban sus conocimientos y sus ideas liberales. Hubo de tratar las más delicadas cuestiones con Inglaterra y España, y los prin-

cipios que sentó sirvieron de base para negociaciones ulteriores.

En la primavera de 1793 supose que Francia había declarado la guerra á Inglaterra, y entónces suscitóse la gran cuestion de resolver qué conducta deberian adoptar los Estados Unidos. El Presidente temia empeñar á su país en una lucha peligrosa, observando con inquietud los excesos y los crímenes consumados por la revolucion en Francia, y en su consecuencia sometió á su consejo una proclama de neutralidad, la cual se aprobó unánimemente; pero el partido democrático la denunció, calificándola de *edicto real* y de usurpacion del poder. Muy poco despues llegó á América como ministro de la República francesa el *ciudadano* Genet, y algunos ministros vacilaron en recibirle; pero Jefferson demostró que la revolucion no había roto las relaciones entre ambos países y que los tratados anteriores quedaban en pié. El Presidente adoptó este parecer; mas por desgracia, Genet era hombre de carácter ardiente y de cabeza muy ligera, y aun ántes de presentar sus credenciales comenzó á organizar clubs de jacobinos y armar corsarios en los puertos americanos, dándose una importancia que no podía tener. Jefferson se encargó de reprimir las miras exaltadas y las agresiones del enviado, é hizolo con la mayor firmeza, manifestándole que en caso necesario se apelaría á la fuerza si persistía en su empeño. Pasando de la audacia á la arrogancia, Genet amenazó con apelar al Presidente y al pueblo, palabras que hirieron el orgullo nacional. Jefferson, á pesar de sus simpatías por Francia, comenzó á temer que el enviado ocasionase una grave perturbacion hasta en el partido democrático, y viéndose en una difícil posicion, resolvió dimitir; mas el Presidente le contestó que aquello sería desertar en la víspera de la batalla, y Jefferson permaneció en su puesto. En cuanto á Genet, fué llamado á su país á instancias de Washington.

El secretario de Estado siguió teniendo el mayor ascendiente en el consejo; su opinion prevalecia en casi todas las discusiones, y cuando llegó el término de su cargo, retiróse con todos los honores, llevándose el aprecio de la nacion y dejando á su partido, como guía de su línea de conducta, un informe en que planteaba un sistema de represalias contra la Gran Bretaña por medio de reglamentos comerciales.

Jefferson volvió con el más vivo placer á su

posesion de Monticello, pues ya estaba cansado de compartir el poder con sus adversarios políticos, pasando la vida en su sociedad, y viéndose obligado continuamente á sostener una lucha, á disimular y á contenerse para evitar todo compromiso. Jefferson consagró su tiempo á la educacion de sus hijos, al cultivo de sus tierras y á sus estudios filosóficos, interrumpidos algun tiempo.

Sin embargo, este reposo no se avenia bien con su actividad, ni tampoco, forzoso es confesarlo, con su ambicion; y así es que muy pronto volvió á la política y á los intereses de su partido. No sólo comenzó á estimular secretamente la oposicion que sus amigos y los antifederales hacian en el Congreso al Presidente, sino que descendió á secretos manejos, que sus adversarios le han censurado justamente, acusándole de falta de delicadeza y de lealtad.

Cuando Washington se retiró, despues de su segunda administracion, faltó muy poco para que Jefferson le sucediera en el poder, pues su rival Adams sólo obtuvo la Presidencia por tres ó cuatro votos, pero se le confirió el cargo de vice-presidente. En los cuatro años que ejerció sus funciones no tuvo mucha importancia, y dedicóse sobre todo á sostener una activa correspondencia para fortificar la oposicion en la cámara de los representantes, aumentando por una hábil táctica el número de sus partidarios en el exterior. Esta táctica y su reputacion quedaron muy comprometidas con la publicacion de una carta que Jefferson escribió en el mes de abril de 1796 á un italiano amigo suyo, llamado Mazzei, que había vivido en Virginia y se hallaba entónces en Florencia. En esta carta, Jefferson manifestaba sus opiniones respecto á Washington y su política. No se sabe si era ó no su intencion que se publicase en Europa, pero el caso es que Mazzei dió la traduccion á un diario de Florencia, y como el Directorio de la república en Francia estaba indispuerto con el gobierno americano, juzgó que seria de buena guerra revelar la opinion de uno de los ciudadanos más eminentes de los Estados Unidos sobre la política de Washington, y en su consecuencia la carta se publicó en el *Monitor* oficial.

Júzguese cuál seria la agitacion y el escándalo cuando los diarios de los Estados Unidos insertaron á su vez la carta, tomándola del *Monitor*. Todo un partido dejó entónces oír sus quejas, censurando amargamente á Jefferson, que despues de protestar de su amor á la cons-

titucion y de su aprecio á Washington, ocupábase secretamente en atacarle y difamarle. Jefferson, viéndose entónces en gran apuro, escribió á su amigo Madison pidiéndole consejo y confesando que era efectivamente el autor de la carta; pero como aquel no hallase ningun expediente para salir del paso, Jefferson juzgó que lo mejor seria guardar silencio. Desde entónces cesó toda relacion entre este eminente político y Washington, pues el antiguo Presidente no podía perdonar á un hombre que, despues de asegurarle la más profunda amistad le atacaba secretamente con enconadas imputaciones. La historia no puede ocultar que en aquella circunstancia la complicidad de Jefferson con los detractores de Washington quedaba descubierta de tal modo que se justificaban las más graves censuras contra su rectitud. Los hombres de todos los partidos podrán tomar de esto una leccion.

Había llegado la época de una nueva eleccion de Presidente, y el partido de Jefferson le presentó como candidato; sus adversarios políticos le opusieron al coronel Burr, á quien apoyaban muchos republicanos; y la votacion fué muy reñida, pero al fin Jefferson alcanzó una mayoría de siete votos, y su rival quedó elegido para la vice-presidencia.

Con el año 1801, y con la subida de Jefferson al poder, cambió por completo la política del Gobierno federal. El nuevo Presidente había formado un partido cuyos principales fines tendían á debilitar los poderes generales de la Union y á circunscribir la autoridad dentro de más estrechos límites. Jefferson había comunicado á sus partidarios la energía de su genio, la fuerza de su voluntad y el vigor de sus facultades organizadoras; y al encargarse del poder encontróse á la cabeza de un partido numeroso cuyas opiniones comenzaban á predominar en la mayor parte del país. Por eso le fué dado á Jefferson, durante su administracion, imprimir una nueva marcha á los negocios públicos, comunicándoles un impulso que, salvo algunas reacciones, se ha sostenido por espacio de sesenta años. Adams representaba al siglo XVIII, con el cual se retiró, y Jefferson el XIX, con el cual comenzaba su gobierno.

Al encargarse de la Presidencia, Jefferson contaba cerca de cincuenta y ocho años; de modo que tenía de siete á ocho menos que su rival Adams, y representaba ideas mas avanzadas. Comenzando su carrera con toda la confianza del partido democrático, inspiraba no

poca desconfianza á los federales; pero su discurso inaugural fué de tal naturaleza que bastó para hacerles desechar sus temores; mas no por eso estaba el Presidente ménos decidido á llevar á cabo los proyectos de reforma que conceptuaba necesarios para la existencia de las instituciones republicanas.

Con toda la actividad posible Jefferson comenzó á introducir sus reformas y economías: redujo el ejército y la armada, así como el cuerpo diplomático, y presentó al Congreso un *bill* para hacer lo mismo en la magistratura. Esto permitió la supresion de muchos cargos públicos que ya se consideraban como una carga para el Gobierno, y además se adoptaron medidas para pagar gradualmente la deuda; y con esto suprimióse uno de los principales motivos de queja del partido democrático. Las economías son seguramente un beneficio cuando no se obtienen á expensas del servicio nacional; pero debe recordarse, en elogio de las administraciones de Washington y de Adams, que las difíciles relaciones entre los Estados Unidos y Francia hicieron inevitables los gastos extraordinarios, y que el tratado con Bonaparte, debido á la sabiduría, firmeza y moderacion de Adams, permitió á Jefferson reducir los gastos.

La Presidencia de Jefferson es una parte de la historia de los Estados Unidos, y por lo tanto es preciso limitarse á los hechos principales que la caracterizan, á los rasgos que retratan al hombre público y al hombre privado. Demócrata por temperamento y por sus opiniones, Jefferson introdujo desde luégo, como ya hemos dicho, cambios de cierta importancia, anunciando por lo pronto en una carta pública que en lo futuro quedarían suprimidas las recepciones. Esto era inaugurar una sencillez ultra-republicana, poco favorable á las relaciones sociales; y por eso la medida no subsistió más allá de su administracion, habiéndola restablecido M. Madison ocho años despues. También anunció que en vez de pronunciarse discurso inaugural al abrirse la legislatura, el Presidente entregaría un mensaje por escrito para que lo leyera el secretario. Los federales observaron maliciosamente que Jefferson no había introducido este cambio sino por motivos puramente personales, pues careciendo de dignidad y de gracia en sus maneras, así como de elocuencia fácil para hablar en público, temia exponerse á comparaciones enojosas con sus predecesores.

En su administracion interior, Jefferson fué

moderado y hábil, y ocupóse con un celo infatigable de todas las medidas concernientes á la prosperidad general. Los federales desempeñaban casi todos los cargos importantes en los tribunales de justicia y en las aduanas, y bien pronto fueron separados, consecuencia inevitable de la derrota del partido, pues era forzoso recompensar el celo de los contrarios.

La adquisicion pacífica de la Luisiana es uno de los acontecimientos más importantes de aquella época, y el que mejor caracteriza la política de Jefferson. Un año ántes, España había cedido esta colonia á Francia, á la cual había pertenecido en otra época; y el primer cónsul, previendo que si se renovaba la lucha con Inglaterra no le sería posible conservarla, insinuó al ministro americano en Paris que la cedería mediante indemnizacion. Jefferson había pensado ya en esto muchas veces, comprendiendo cuán importante era para los Estados Unidos ser dueños de toda la corriente del Mississippi, adquiriendo un territorio que podría aumentar notablemente su fuerza y su riqueza. Sus dos enviados, Monroe y Livingston, recibieron el encargo de seguir las negociaciones, y despues de algunas conferencias quedaron convenidas las bases del tratado: se pagarían á Francia sesenta millones de francos, obligándose además el gobierno de América á satisfacer á sus naturales veinte millones por lo que pudiesen reclamar sobre Francia. El tratado se ratificó muy pronto, entregándose el territorio solemnemente á las autoridades americanas por el comisario francés (20 diciembre 1803). Esta adquisicion permitió á Jefferson llevar á cabo un proyecto que maduraba hácia mucho tiempo, cual era la exploracion del inmenso territorio del Oeste que se extiende desde el Mississippi al Océano Pacífico. Jefferson nombró para esta mision á dos oficiales inteligentes é instruidos, y él mismo redactó sus instrucciones, disponiendo que fijaran sobre todo su atencion en la geografia, la historia natural, el clima, los recursos del país, la fuerza y posicion de las tribus indias, etc. Este viaje se efectuó con el mejor éxito: los expedicionarios, saliendo de San Luís en mayo de 1804, remontaron el Missouri hasta las cascadas; atravesaron luégo las montañas Pedregosas, siempre cubiertas de nieve, y despues de recorrer diversos rios, llegaron á las aguas navegables del Columbia, cuya corriente siguieron en una distancia de más de doscientas leguas, llegando al fin al Océano Pacífico. Los dos oficiales y sus hom-

bres volvieron á San Luís en setiembre de 1806 despues de haber pasado veintisiete meses léjos de toda civilizacion.

La adquisicion pacífica de la Luisiana, la reduccion de los gastos públicos, el estado próspero de la hacienda y el gran desarrollo del comercio desde que se había renovado la lucha entre Francia é Inglaterra, dieron un mentís á las siniestras predicciones de los federales, los cuales habían dicho que la nueva administracion y el partido democrático no eran capaces de gobernar. Los recursos del país se multiplicaban rápidamente, el dinero abundaba y las empresas adquirían cada vez mayor desarrollo. Esta prosperidad había dispuesto muy favorablemente á los ánimos, y así es que cuando llegó la época de las nuevas elecciones para la Presidencia, Jefferson fué reelegido segunda vez por ciento sesenta y dos votos, miéntras que el candidato federal sólo obtuvo catorce. Así, pues, á pesar de todos los ataques apasionados, la fuerza de la opinion democrática no dejó de consolidarse, y Jefferson recibió de sus conciudadanos el testimonio más lisonjero de confianza por su capacidad y sus talentos.

La conspiracion de Burr exigió muy pronto toda la vigilancia y firmeza del Presidente. Perdida la reputacion despues de su duelo con Hamilton, abandonado por su propio partido y arruinado casi por desgraciadas especulaciones, Burr no halló más recurso que lanzarse en aventuras desesperadas. No se aclaró nunca bien cuáles eran los propósitos de este hombre: dicese que había querido separar el sudoeste de la Union para convertirse en jefe de un nuevo territorio; pero más probable es que intentara una invasion en Méjico para llevar á cabo una revolucion total ó parcial. Como quiera que sea, el Presidente, instruido de los manejos y preparativos belicosos de Burr, dió orden de prenderle y de instruir el proceso, bajo la doble acusacion de haber preparado una expedicion militar contra las posesiones de España y de haberse hecho culpable de traicion contra los Estados Unidos. Los procedimientos fueron muy enojosos y largos, y en la primera vista declaróse á Burr culpable de alta traicion; pero despues los promotores fiscales hallaron que era sumamente difícil probar que el acusado había querido promover la guerra contra el gobierno y el país; y por fin, en la segunda vista, presentóse por el Jurado un veredicto en el cual se le declaraba *no culpable*.

Poco despues, Burr se embarcó para Inglaterra, pero desacreditado ya y reducido á la pobreza, anduvo errante en lejanos países, hasta que al cabo de algunos años regresó á América, donde murió gastado por las enfermedades y casi imbécil.

Las relaciones extranjeras durante este período suscitaban cuestiones de grave importancia. Casi todas las rentas de los Estados Unidos provenían entónces de su comercio exterior; y en medio de la furiosa guerra que se hacían Francia é Inglaterra, los buques americanos redoblaban su actividad para trasportar á todas partes sus productos, de lo cual resultaban grandes beneficios. Inglaterra había ejercido con mucho rigor su derecho de registrar los buques neutrales para ver si contenían municiones destinadas al enemigo; y por su parte Napoleon ejercía el mismo derecho con no ménos rigor, habiéndose confiscado muchos buques americanos bajo el pretexto de que conducían géneros para el enemigo. De aquí resultaron considerables pérdidas para el comercio de la jóven república (1807-1808).

En esta crisis, Jefferson pidió al Congreso autorizacion para impedir la salida de los buques de los puertos americanos. La medida era grave, pero como el Presidente quería adoptarla bajo su responsabilidad, hubo poca discusion, y se expidió la orden de embargo en diciembre de 1807. Este acto, por demás atrevido, constituye uno de los rasgos salientes de la administracion de Jefferson; y si perjudicaba á la industria nacional, era en cambio el medio de obligar á los beligerantes á observar una política más razonable con los Estados Unidos. La modificacion política que el Presidente esperaba por efecto de esta medida, se adoptó al fin en 1809; entabláronse negociaciones, y el Congreso levantó el embargo.

La administracion de Jefferson tocaba á su fin; este Presidente tenía ya 65 años, y despues de una vida tan laboriosa ansiaba la tranquilidad y el descanso. Despues de haber conocido todos los goces y todas las amarguras de la ambicion y del poder, sólo deseaba ya el retiro, al que le acompañaron las alabanzas y el respeto de todo el partido democrático.

Una vez en su retiro, Jefferson compartió el tiempo en los trabajos de su plantacion y en seguir una continuada correspondencia con ambos mundos. Ejercía la hospitalidad generosamente, recibiendo á su mesa muchos amigos y extranjeros de distincion. Protector de la

juventud, estimuló el celo de la legislatura respecto á la creacion de una universidad en Virginia, y al fin consiguió que se aprobara su proyecto. Jefferson fué nombrado rector, y consagró algunos años en desarrollar el sistema de estudios.

En sus últimos años, Jefferson sufrió una crisis pecuniaria á causa de haber perdido mucho la plantacion durante los cuarenta años de su vida pública y de verse obligado á satisfacer deudas para pagar las de un amigo. La causa de esta pobreza era honrosa; pero no sabiendo ya qué hacer, Jefferson pidió permiso al Congreso para vender su dominio por medio de una lotería, permiso que se concedió al punto. ¡Más digno y más justo hubiera sido votar en nombre del Estado una suma conveniente para uno de sus más ilustres ciudadanos, que había consagrado su juventud y su edad madura al servicio público de su país, y que despues de ocupar la primera magistratura de la república, había vuelto al hogar doméstico con una fortuna muy mediana!

En el año 1826, quincuagésimo aniversario de la Declaracion de la independenciam, Jefferson conservaba, á pesar de sus 83 años, el vigor de su espíritu, y dió de ello una prueba con la elocuente contestacion dirigida al alcalde de Washington cuando le invitó á tomar parte en la fiesta pública, como firmante de la Declaracion. Pocos días despues cayó enfermo, agravándose su estado rápidamente; el 3 de julio expresó el más vivo deseo de vivir algunas horas más para llegar al 4, día de la celebracion, á fin de respirar el aire de aquel aniversario; pero murió en este mismo día del año 1826, cuando por todas partes resonaba el rumor de los festejos públicos.

Jefferson fué sepultado en su dominio, y entre sus papeles se encontró el epitafio que había hecho para sí, en el cual recordaba que era el autor de la Declaracion de la independenciam, de los Estatutos de Virginia para la libertad religiosa y el fundador de la universidad de dicho Estado. Nada decía de su dignidad de Presidente de los Estados Unidos.

Sin un profundo estudio de exámen y comparacion para llegar á la verdad, no sería fácil hacer una apreciacion imparcial respecto al carácter, los principios políticos y la administracion de Jefferson, pues el partido democrático, del cual era fundador y jefe, ensalza sus actos y cualidades con los más brillantes elogios; miéntras que los federales llevaron á veces su

severidad hasta el punto de censurarle ágricamente. Por eso al hacer la biografía de Tomás Jefferson se deben exponer los hechos con toda imparcialidad, pues los panegíricos absolutos y las sátiras no son de la historia. M. Guizot, por ejemplo, partidario de aquel eminente hombre político, dice lo siguiente en su *Ensayo sobre Washington*:

«El partido democrático, no el de la democracia turbulenta ó ruda de la antigüedad ó de la Edad media, sino el de la gran democracia moderna, no ha tenido un representante más fiel y eminente que Jefferson. Amigo de la humanidad, de las libertades y de la ciencia, confiando en su virtud como en su derecho, profundamente conmovido ante las injusticias que la generalidad de los hombres sufre, así como de sus padecimientos, aceptó el poder casi por necesidad, para combatir los males y los horrores de su país. Benévolo é indulgente, aunque de carácter vivo é irritable contra sus adversarios, distinguíase por su genio y su penetración, y en los momentos de crisis ó de peligro dió pruebas de una firmeza y energía dignas del mayor aplauso.»

Por otra parte Lord Brugham, al hacer sus observaciones sobre el tercer Presidente de los Estados Unidos, se expresa así:

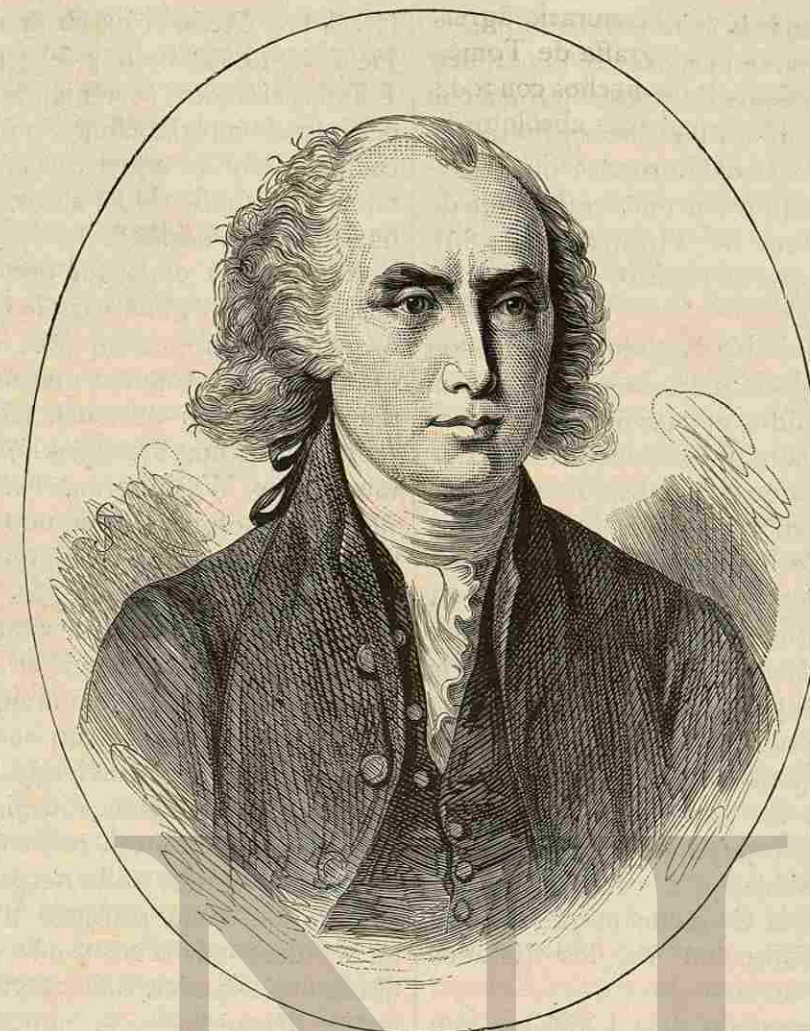
«Aunque no alcanzara la altura de sus dos predecesores, pues no tuvo las eminentes virtudes del uno ni el genio tan notable del otro, prestó sin embargo importantes servicios á la gran causa de la libertad humana. Su vida entera se consagró á la defensa de sus principios, y en los actos importantes en que hubo de tomar parte, distinguíose á la vez por la energía y por el talento. Despues de los nombres gloriosos de Washington y de Franklin, y entre los de aquellos hombres superiores que fundaron la república americana, seguramente corresponde un lugar al de Jefferson.»

En contraposición de estos elogios, véase lo

que se decia en un párrafo del informe redactado por el Comité de la legislatura de Massachusetts en enero de 1809, en el cual se describe la situación del país en los siguientes términos:

«Nuestra agricultura está perdida, nuestras pesquerías abandonadas; se nos prohíbe la navegación; nuestro comercio en el interior se halla coartado por numerosas restricciones, y en el exterior puede decirse que está completamente aniquilado. Nuestros buques se han vendido para adoptar el desgraciado sistema de cañoneras; las rentas disminuyen; el principio de autoridad no es respetado; el fuero militar se antepone al fuero civil; y por último, la nación está debilitada por disensiones intestinas, precisamente cuando se nos ha expuesto á una guerra con la Gran Bretaña, España y Francia.»

Despues de haber dado á conocer la vida pública de Tomás Jefferson y los principales actos que la distinguieron, no creemos necesario entrar en nuevas apreciaciones para formar idea exacta de su carácter y conducta. Sus actos le justificarán ó condenarán en el juicio del pueblo, y por ellos podrá deducirse si era un eminente patriota y gran político, ó un jefe de partido poco escrupuloso, que ansiaba tan sólo el aplauso popular. De todos modos, le corresponderá un lugar preferente en los anales de la historia americana, bien se le juzgue de un modo ó de otro. Si no era un hombre de Estado superior, á pesar de lo que aseguraban sus admiradores, ó un esclarecido patriota, debe reconocerse, cuando ménos, que tuvo gran influencia y que hizo uso de ella con notable acierto durante ocho años. Si era tan sólo un jefe de partido, como aseguraban continuamente sus adversarios políticos, es innegable que siempre defendió con el mayor celo los intereses de aquellos que profesaban sus opiniones.



JACOBO MADISON

Cuarto Presidente de los Estados Unidos

Jacobo Madison nació el 16 de marzo de 1751 en la plantación de su abuela materna, cerca de Port-Royal (Virginia). La residencia de Montpeiller era la de su familia hacia mucho tiempo, y fué también la de Madison durante toda su vida, excepto los años de ausencia que consagró al servicio público. Hábiles profesores cuidaron de su primera instrucción, y en 1769 se le envió al colegio de Princeton (Nueva Jersey), muy acreditado en aquella época, para completar y perfeccionar sus estudios clásicos. Además de estudiar las ciencias y las lenguas antiguas, aprendió también las modernas, sobre todo el francés; y dedicóse con tal ardimiento al estudio que su salud se resintió gravemente, pues su constitución física no era muy fuerte, y fué delicada durante toda su vida. Despues de graduarse, en 1772, volvió á Virginia á fin de prepararse para el foro, al que le destinaba su familia. Recibido de abogado, comenzaba á ejercer para sentar las bases de su reputación

cuando las diferencias suscitadas entre la Gran Bretaña y sus colonias, diferencias que se agravaban cada día más, vinieron á imprimir otra dirección á la carrera de Madison.

Acercábase el día en que se iba á declarar la independencia, y los conciudadanos del futuro presidente, que tenían la más alta idea de su carácter y de su talento, instáronle á tomar parte en la vida pública. Entónces fué nombrado para formar parte de la convención de Virginia (1776), y así fué como entró en la carrera política, la cual siguió cerca de cuarenta años, y en la que, sin buscar la popularidad y los honores, elevóse gradualmente hasta ocupar los más importantes cargos. De carácter modesto, y desconfiando tal vez de su facilidad en la palabra, ocupóse principalmente de los trabajos de comité, en los que siempre podía hacer gala de su elegante pluma y de su lógica.

En 1780, Madison fué enviado al Congreso continental, al que asistió hasta 1784, siendo

severidad hasta el punto de censurarle ágricamente. Por eso al hacer la biografía de Tomás Jefferson se deben exponer los hechos con toda imparcialidad, pues los panegíricos absolutos y las sátiras no son de la historia. M. Guizot, por ejemplo, partidario de aquel eminente hombre político, dice lo siguiente en su *Ensayo sobre Washington*:

«El partido democrático, no el de la democracia turbulenta ó ruda de la antigüedad ó de la Edad media, sino el de la gran democracia moderna, no ha tenido un representante más fiel y eminente que Jefferson. Amigo de la humanidad, de las libertades y de la ciencia, confiando en su virtud como en su derecho, profundamente conmovido ante las injusticias que la generalidad de los hombres sufre, así como de sus padecimientos, aceptó el poder casi por necesidad, para combatir los males y los horrores de su país. Benévolo é indulgente, aunque de carácter vivo é irritable contra sus adversarios, distinguíase por su genio y su penetración, y en los momentos de crisis ó de peligro dió pruebas de una firmeza y energía dignas del mayor aplauso.»

Por otra parte Lord Brugham, al hacer sus observaciones sobre el tercer Presidente de los Estados Unidos, se expresa así:

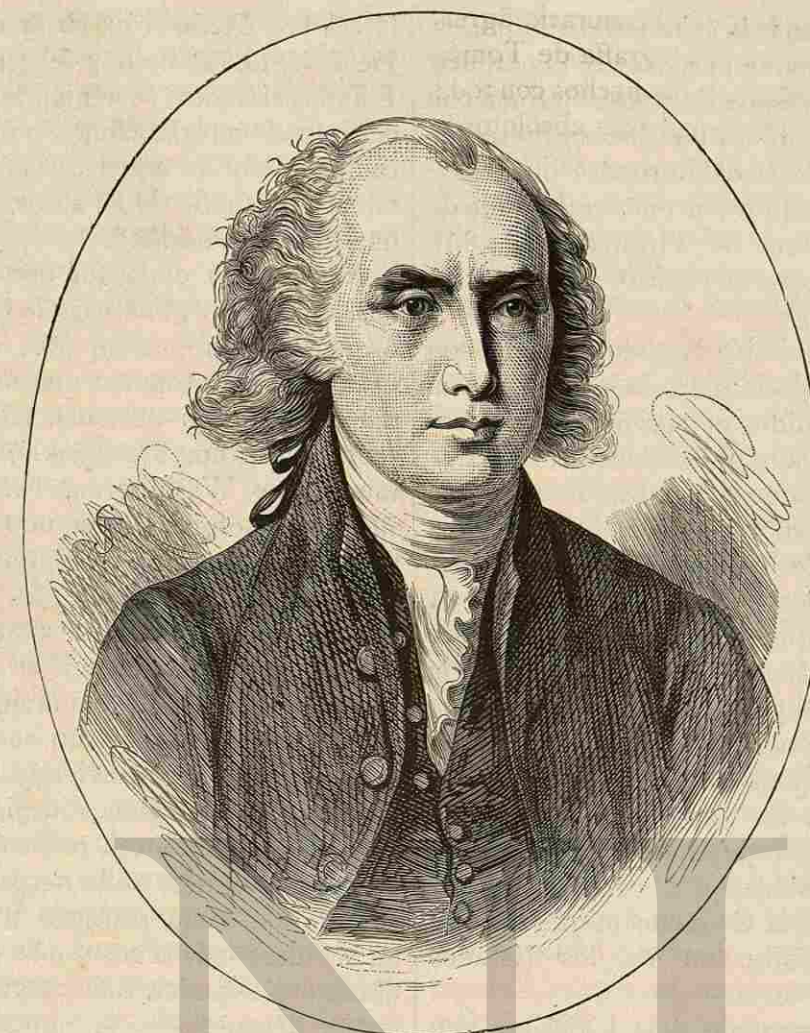
«Aunque no alcanzara la altura de sus dos predecesores, pues no tuvo las eminentes virtudes del uno ni el genio tan notable del otro, prestó sin embargo importantes servicios á la gran causa de la libertad humana. Su vida entera se consagró á la defensa de sus principios, y en los actos importantes en que hubo de tomar parte, distinguíose á la vez por la energía y por el talento. Despues de los nombres gloriosos de Washington y de Franklin, y entre los de aquellos hombres superiores que fundaron la república americana, seguramente corresponde un lugar al de Jefferson.»

En contraposición de estos elogios, véase lo

que se decia en un párrafo del informe redactado por el Comité de la legislatura de Massachusetts en enero de 1809, en el cual se describe la situación del país en los siguientes términos:

«Nuestra agricultura está perdida, nuestras pesquerías abandonadas; se nos prohíbe la navegación; nuestro comercio en el interior se halla coartado por numerosas restricciones, y en el exterior puede decirse que está completamente aniquilado. Nuestros buques se han vendido para adoptar el desgraciado sistema de cañoneras; las rentas disminuyen; el principio de autoridad no es respetado; el fuero militar se antepone al fuero civil; y por último, la nación está debilitada por disensiones intestinas, precisamente cuando se nos ha expuesto á una guerra con la Gran Bretaña, España y Francia.»

Despues de haber dado á conocer la vida pública de Tomás Jefferson y los principales actos que la distinguieron, no creemos necesario entrar en nuevas apreciaciones para formar idea exacta de su carácter y conducta. Sus actos le justificarán ó condenarán en el juicio del pueblo, y por ellos podrá deducirse si era un eminente patriota y gran político, ó un jefe de partido poco escrupuloso, que ansiaba tan sólo el aplauso popular. De todos modos, le corresponderá un lugar preferente en los anales de la historia americana, bien se le juzgue de un modo ó de otro. Si no era un hombre de Estado superior, á pesar de lo que aseguraban sus admiradores, ó un esclarecido patriota, debe reconocerse, cuando ménos, que tuvo gran influencia y que hizo uso de ella con notable acierto durante ocho años. Si era tan sólo un jefe de partido, como aseguraban continuamente sus adversarios políticos, es innegable que siempre defendió con el mayor celo los intereses de aquellos que profesaban sus opiniones.



JACOBO MADISON

Cuarto Presidente de los Estados Unidos

Jacobo Madison nació el 16 de marzo de 1751 en la plantación de su abuela materna, cerca de Port-Royal (Virginia). La residencia de Montpeiller era la de su familia hacia mucho tiempo, y fué también la de Madison durante toda su vida, excepto los años de ausencia que consagró al servicio público. Hábiles profesores cuidaron de su primera instrucción, y en 1769 se le envió al colegio de Princeton (Nueva Jersey), muy acreditado en aquella época, para completar y perfeccionar sus estudios clásicos. Además de estudiar las ciencias y las lenguas antiguas, aprendió también las modernas, sobre todo el francés; y dedicóse con tal ardimiento al estudio que su salud se resintió gravemente, pues su constitución física no era muy fuerte, y fué delicada durante toda su vida. Despues de graduarse, en 1772, volvió á Virginia á fin de prepararse para el foro, al que le destinaba su familia. Recibido de abogado, comenzaba á ejercer para sentar las bases de su reputación

cuando las diferencias suscitadas entre la Gran Bretaña y sus colonias, diferencias que se agravaban cada día más, vinieron á imprimir otra dirección á la carrera de Madison.

Acercábase el día en que se iba á declarar la independencia, y los conciudadanos del futuro presidente, que tenían la más alta idea de su carácter y de su talento, instáronle á tomar parte en la vida pública. Entónces fué nombrado para formar parte de la convención de Virginia (1776), y así fué como entró en la carrera política, la cual siguió cerca de cuarenta años, y en la que, sin buscar la popularidad y los honores, elevóse gradualmente hasta ocupar los más importantes cargos. De carácter modesto, y desconfiando tal vez de su facilidad en la palabra, ocupóse principalmente de los trabajos de comité, en los que siempre podía hacer gala de su elegante pluma y de su lógica.

En 1780, Madison fué enviado al Congreso continental, al que asistió hasta 1784, siendo

uno de los diputados más celosos y distinguidos. Después de firmarse la paz, volvió á continuar el estudio de las leyes, dedicándose también con asiduidad á leer las obras filosóficas y literarias. Sin embargo, este agradable reposo no fué de larga duracion, pues muy pronto se le llamó de nuevo á la legislatura de Virginia (1784-86), donde hubo de ocupar su espíritu en asuntos de gran importancia.

La revolución se había llevado á efecto con buen éxito y con gloria; pero la independencia de los Estados Unidos estaba más bien reconocida que establecida, y era necesario discutir á fondo y resolver graves cuestiones, siendo indispensable una union más fuerte y más íntima para el bienestar de los nuevos Estados, y sobre todo para su porvenir.

Madison tomó, pues, á menudo la palabra para explicar y hacer comprender á todos la necesidad de introducir reformas en el sistema federal, sosteniendo las medidas que debían conducir al perfeccionamiento del gobierno de la nueva república. Por eso contribuyó mucho á decidir la formación de una asamblea especial en Annapolis, asamblea que con su ejemplo preparó el camino á la Convención que elaboró y redactó la constitucion de los Estados Unidos.

Habiéndose presentado á la legislatura un bill en que se pedía el sostenimiento, á expensas de la República, de los ministros de la religion cristiana, apoyáronle los hombres de más talento y más populares de la Asamblea; de modo que se esperó reunir en su favor el mayor número de votos. El partido democrático, que rechazaba esta medida, alegando que en principio cada comunión religiosa debía sostener sus ministros, ó cuando ménos atender á sus necesidades, fundando establecimientos regulares, consiguió con mucha destreza hacer aplazar la discusion hasta el año siguiente, obteniendo además que se imprimiera el *bill* para someterlo al exámen del público. En el intervalo, algunos amigos de Madison le rogaron que redactase una refutacion, y accediendo á su deseo, el futuro Presidente escribió una Memoria basada en los principios más sólidos de tolerancia religiosa, llena de lógica y elocuencia. Repartida por todas partes, esta *Refutacion del bill de los sueldos* produjo el mayor efecto; fué firmada y apoyada por muchos hombres notables de todas las sectas y de todas las iglesias de la Union, y en la legislatura siguiente se rechazó el *bill* por una inmensa mayoría, sustituyéndole

la célebre *Declaracion de la libertad religiosa*. Desde entonces no hay religion nacional en los Estados Unidos, sosteniéndose los gastos del culto por contribuciones voluntarias. Por el ruidoso éxito de aquel escrito, que revelaba el talento profundo de su autor, Madison alcanzó una gran popularidad.

Por eso, sin duda, fué uno de los primeros elegidos por Virginia para la Convencion extraordinaria de representantes de cada Estado, encargada de proponer una constitucion y fundar un gobierno nacional. Allí se encontraron reunidos los hombres más notables de la época, tales como Washington, Franklin, Hamilton, Madison y otros, y cada uno de ellos tuvo su parte de influencia y de gloria en aquella aurora política.

Aunque de opiniones avanzadas en varios puntos, Madison favoreció en general las miras de Washington y de sus amigos en cuanto á la formación de un gobierno nacional organizado uniformemente; y previendo el interés que á las futuras generaciones inspirarían los debates y trabajos de entonces, redactó cuidadosamente y con todo el desarrollo necesario la reseña de cada sesion. Este precioso trabajo, repertorio de las ideas más sanas y más prácticas sobre la libertad y el poder, fué comprado por el Congreso, después de la muerte de Madison, por 30,000 duros.

Establecida la constitucion, Madison se unió con Hamilton y Jay para explicar y defender sus principios y disposiciones en el diario titulado: *Daily Advertiser*, que se publicaba en Nueva York, y en el cual vieron la luz pública muchos artículos y ensayos sumamente notables, con los que se formó una coleccion, y después un volúmen, titulado: *El federal*. De los 85 números de que se compone, cincuenta y uno son de Hamilton, cinco de Juan Jay, y los demás de Madison.

La constitucion se sometió á la sancion del pueblo, representado por sus legislaturas; en la de Virginia, una fuerte oposicion, que tenía por jefe á Patricio Henry, se pronunció contra varios artículos; pero la lógica serena y poderosa de Madison aseguró la adopcion para Virginia. Si no se hubiese admitido en este Estado, según dijeron algunos políticos, este fracaso habría sido una derrota para el autor.

Adoptada la constitucion é inaugurado el nuevo gobierno, Madison marchó en calidad de representante á tomar asiento en el Congreso que comenzó sus trabajos en 1789; asistió á

él hasta 1797, y tomó mucha parte en todas las medidas referentes á la organizacion del ejército y á las relaciones extranjeras. No hablaba nunca de las cuestiones de alguna trascendencia sin haberlas estudiado á fondo; y por su facilidad en el decir, su claridad, y la fuerza de su lógica, llegó á tener gran ascendiente en todas las discusiones.

Dos partidos se habían formado que reconocían como jefes á Jefferson y Hamilton, el federal y el anti-federal, ó republicano; Madison sostuvo en general las opiniones democráticas de Jefferson en las grandes cuestiones de la época, como el Banco nacional, la política extranjera, el sistema de amortizacion, y otras propuestas por el gobierno; y cuando hizo oposicion, esta fué moderada y luminosa, mientras que la de Jefferson era apasionada, predominando en ella los intereses del partido: por esto se mantuvo siempre en la mejor inteligencia con Washington.

En 1794, Madison se casó con la señora Todd, viuda de un abogado de Filadelfia, y que tenía veinte años ménos que él; era una mujer notable por su belleza y talento, por la gracia y distincion de sus maneras, y por la bondad del carácter. Durante toda la vida de Madison fué siempre una esposa solícita y llena de abnegacion; y en medio de las altas funciones que su marido desempeñaba, su tacto y su talento no dejaron de influir favorablemente en el hombre de Estado, de suerte que supo inspirar el mayor afecto y cariño á cuantos la conocían, por lo cual mereció el honor de más de una biografía.

Ya hemos dicho que durante la administracion de Juan Adams, este presidente hizo promulgar dos leyes, una relativa á la expulsion de los extranjeros á quienes se juzgara peligrosos y otra referente á las sediciones. Sus adversarios políticos se valieron de ellas como de un arma para atacar al presidente, y resolvieron hacer un poderoso llamamiento al pueblo; para prevenir este golpe, los amigos políticos de Madison rogaron á este que trabajara en Virginia en el mismo sentido. En la legislatura de 1793, Madison preparó sus *resoluciones*, en las cuales denunció aquellos actos del Congreso como infracciones de la constitucion, invitando á los demás Estados á sostener la oposicion. De aquí resultaron en la prensa y en la mayor parte de las legislaturas los más vivos debates, que debilitaron mucho la popularidad é influencia de la administracion.

Al año siguiente, Madison, deseoso de com-

pletar la victoria de sus principios, preparó nuevas *resoluciones*, con un preámbulo en que trataba el asunto muy á fondo. Este notable trabajo, que dió celebridad á su autor, sirvió después de texto á la doctrina de lo que se llamó *State rights* (derechos de los Estados) tal como los entiende el partido democrático de Virginia y de otros puntos de la Union.

Cuando Jefferson fué elegido para ocupar la presidencia (1801), eligió á Madison para el cargo de secretario de Estado, que es el más importante de la administracion en aquella República. Entre aquellos dos eminentes estadistas no había sólo simpatía por las opiniones políticas, sino también por una afectuosa amistad que duró toda su vida. Desde aquel momento, la existencia de Madison se confunde con la historia de los Estados Unidos, pues durante ocho años desempeñó aquel importante cargo. Convendrá exponer aquí en pocas palabras sus principales actos para comprender mejor los acontecimientos ocurridos después durante su presidencia. Las más graves cuestiones se suscitaban sucesivamente en aquel período de ocho años sobre las leyes del país y las internacionales, los derechos en tiempo de paz y de guerra, el comercio de las colonias, el contrabando, las presas marítimas, el bloqueo, los embargos y la suspension de relaciones. En ninguna de estas cuestiones dejó el secretario de Estado de presentar al Congreso escritos notables por el saber, la fuerza de argumentacion y la claridad en la exposicion de los hechos; y cuando se agitó la cuestion de las presas marítimas, una de las quejas más graves de los Estados Unidos contra Inglaterra en aquella época, las cartas de Madison al ministro americano en Londres y al representante inglés en Washington, fueron modelos de argumentacion vigorosa, con todas las formas que concilian los ánimos. Por eso Madison fué entonces el principal apoyo del país. Dudando que los Estados Unidos fueran en aquella época capaces de luchar con sus fuerzas materiales contra las dos potencias de Europa que se hacían entonces tan terrible y encarnizada guerra, y partidario por otra parte del sistema de neutralidad que Washington había iniciado, Madison consagró toda su energía y su talento á sustituir la fuerza bruta con la fuerza moral de sus escritos. Sin embargo, aquella guerra que tanto empeño tenía en evitar llegó más tarde al fin, aunque muy á pesar suyo; si bien es cierto que habría estallado antes á no ser por los esfuerzos de Madison, y la resolu-

cion de Jefferson de eludir la lucha por lo ménos hasta que él dejara de ser presidente.

Llegado el día en que terminaban los ocho años de la administracion de Jefferson, contábase dos candidatos para sustituirle, Madison y Monroe, los dos pertenecientes al partido democrático y naturales de Virginia; mas el primero era el que reunia mayores probabilidades, pues sabíase muy bien que continuaria la política de su predecesor, en cuyo gabinete ocupaba, como ya hemos dicho, el primer cargo. Efectivamente, en la reunion que tuvieron los demócratas de la legislatura de Virginia para resolver á quién se conferiría el primer cargo de la República, Madison obtuvo la gran mayoría de los votos, y en su consecuencia fué elegido para el cargo de presidente, obteniendo Jorge Clinton el de vice presidente. Monroe no alcanzó más que tres votos (1809).

Madison se encargó del gobierno en uno de los períodos más críticos que se recordaban en la historia del país, pues tal había sido la marcha de los acontecimientos bajo la administracion de Jefferson, que difícilmente se podia evitar la guerra con la Gran Bretaña, como ya indicamos ántes, pues no solamente los ingleses sino tambien los franceses tenían formada una idea muy errónea del espíritu y energía que animaba al pueblo de los Estados Unidos.

La primera medida del nuevo presidente fué restablecer el uso de las recepciones, suprimidas por su predecesor so pretexto de que tenían cierto color aristocrático; y gracias á la solicitud de su esposa, la casa del nuevo presidente se convirtió en centro de las más brillantes y agradables reuniones. En las que se celebraban en otro tiempo en casa de Washington siempre había predominado una etiqueta demasiado ceremoniosa, aunque digna, que con frecuencia resintió á los individuos del partido democrático; pero Madison supo conciliar la franqueza con el buen tono y las conveniencias sociales, aunque no era muy comunicativo. Por lo regular tenía el aspecto impasible y tranquilo; y en la conversacion, su palabra era lenta y grave; pero su esposa, con ese tacto y experiencia que había adquirido desde que era compañera de Madison, dispensaba á todos las más delicadas atenciones, atrayéndose las simpatías de cuantos la conocían, pues siempre supo evitar los resentimientos del amor propio. Comprendía que era necesario mantener las buenas disposiciones de los amigos de Madison, desarmar ó suavizar á los adversarios políticos, y hacer á todos, cualesquiera

que fueran sus opiniones, una acogida benévola y obsequiosa.

Las relaciones exteriores y la proteccion de los intereses nacionales eran para el presidente el asunto que más le preocupaba. En medio de la encarnizada lucha de Inglaterra y Francia, los buques americanos eran registrados continuamente, embargábanse los cargamentos, y se reclamaban los marineros como súbditos ingleses, cuando no se les hacia prisioneros. Por otra parte, las fronteras del Oeste habían sido invadidas y asoladas por tribus indias, á las cuales se impulsaba sin duda por el oro y las intrigas de la Gran Bretaña. De aquí resultó un cambio incesante de notas diplomáticas, de reclamaciones y quejas; y como el gobierno inglés proseguía inflexible su política de vejaciones y de guerra contra los neutrales, sin dar satisfaccion alguna, ó si acaso insuficiente, la irritacion creció de punto en los Estados Unidos; de modo que las amenazas se repetían de continuo en la prensa y en la tribuna, presagiando un rompimiento.

A decir verdad, la primera presidencia de Madison no fué más que el preámbulo de la guerra; y era tal la exasperacion de los ánimos que un ligero incidente la hizo estallar ántes.

Un buque americano se había encontrado durante la noche en la bahía de Chesapeake con una fragata inglesa: en la oscuridad, el comandante americano hizo la señal para ponerse al habla, pero el capitán inglés contestó á cañonazos. Madison aprovechó aquella oportunidad para anunciar al Congreso que la Gran Bretaña no quería renunciar á sus supuestos derechos sobre los buques americanos, y pidió que se adoptaran medidas de represion. Entónces el gobierno votó la guerra por una gran mayoría (junio 1812), y la noticia se recibió con gran entusiasmo en los Estados del Oeste; pero en los de Nueva Inglaterra, y en las grandes ciudades comerciales, cuya principal industria era la navegacion y las pesquerías, la resolucion del gobierno produjo la mayor consternacion. El ejército regular de la República sólo constaba de 5,000 hombres, la escuadra era poco considerable, y el tesoro no estaba dispuesto para gastos extraordinarios.

A pesar de todo, Madison comunicó la mayor actividad á los departamentos de la guerra y de la marina; y en muchos Estados las milicias tomaron las armas para atender á la defensa. Las hostilidades por mar y tierra se prolongaron dos años sin resultados decisivos

por una ú otra parte; algunas negociaciones que al mismo tiempo se intentaron no condujeron tampoco al fin que se deseaba, pues los ministros americanos tenían orden de exigir como condicion *sine qua non* la completa renuncia á la facultad que se arrogaban los oficiales ingleses de apoderarse de los marineros.

Hacia ya tiempo que el almirante inglés Cockburn había amenazado atacar á Washington, pero ni el secretario de la Guerra ni los demás individuos del gobierno creyeron nunca que esto podria realizarse, no sólo porque en su concepto se hallaba suficientemente defendida la ciudad, sino porque no se pensó que los ingleses osaran acometer semejante empresa, aunque contarán con fuerzas numerosas para atacar la capital de los Estados Unidos.

El Presidente, que había recibido por varios conductos confidencias de que en efecto se proyectaba un ataque contra Washington, adoptó las medidas necesarias, disponiendo que se reuniera el mayor número de tropas regulares para la defensa; pero desgraciadamente el mando se confió á jefes de poca pericia militar. Contra todo lo que se esperaba, los ingleses, despues de haber sembrado la devastacion en varios puntos, presentáronse á la vista de Washington, derrotaron á las tropas acampadas en las inmediaciones y avanzaron contra la ciudad. La primera noticia de esta invasion se recibió por los fugitivos americanos que iban buscando un refugio, sin ánimo para hacer frente al enemigo. El pánico cundió al punto por la ciudad, donde ya se abriganaban sérios temores; el Presidente huyó despues de recoger sus papeles más importantes y el retrato de Washington, de cuerpo entero, que aún adorna hoy el Capitolio; el general Armstrong se refugió en una casa de labranza; los demás miembros del gobierno buscaron un asilo donde mejor les pareció, y entre tanto, varios empleados de la administracion guardaron en sitio seguro los documentos más importantes. La ciudad de Washington quedó expuesta al saqueo ántes de la llegada del enemigo, y por algun tiempo reinó la más espantosa anarquía en la capital de los Estados Unidos.

En tal estado de cosas, y á eso de las ocho de la noche, penetró en la desierta ciudad el general Ross acompañado de Cockburn y unos doscientos hombres; los ocho ó diez mil habitantes de Washington habían huido en su mayor parte ántes de llegar el enemigo. Cuando éste iba avanzando por las calles, un descono-

cido disparó un tiro desde la casa de Mr. Serwall, y mató el caballo del general inglés; esta fué la señal de empezar la obra de destruccion. La soldadesca asaltó inmediatamente la casa; se pegó fuego al Capitolio, donde quedó reducida á cenizas la biblioteca del Congreso con otros muchos documentos públicos de gran valor; la residencia oficial del Presidente, así como las oficinas del Tesoro y las del Estado, sufrieron la misma suerte, y por último se destruyó un gran número de cañones y se clavaron otros ó se arrojaron al rio juntamente con una gran cantidad de balas, bombas, granadas y cartuchos. Tal había sido el terror de los americanos que, al proceder á la destruccion de los efectos navales, dejaron varios centenares de cañones de hierro sin tocar; y no sólo estas piezas sino tambien el arsenal, que estaba cerca de allí, se salvaron de la locura de ingleses y americanos.

Miéntas el ejército británico se hallaba en Washington, notáronse señales de una próxima tormenta, que en efecto estalló por la noche, y al mismo tiempo comenzó á soplar un huracan espantoso, que hizo estragos en la ciudad, pues comunicándose las llamas que envolvían al Capitolio á otros varios edificios, declaróse una terrible conflagracion que amenazaba destruir la ciudad entera. El resplandor de los relámpagos, el estruendo de los cañones, la explosion de los depósitos de pólvora y el fragor de los truenos aumentaban la grandiosidad de aquella escena imponente.

Al otro día por la mañana continuó la obra de destruccion: el departamento de la Guerra fué incendiado; el mismo Cockburn dirigió el saqueo de las oficinas del periódico: *El Avisador Nacional*; el gran puente del Potomac quedó tambien destruido, y habiendo caído por casualidad una tea encendida en un pozo seco del arsenal de Greenleaf's Point, destinado á depósito de cartuchos, pólvora y otros combustibles, se produjo una terrible explosion, á consecuencia de la cual quedaron destruidas varias casas contiguas, muriendo una porcion de soldados que se hallaban cerca del lugar del siniestro. Tambien sufrieron mucho las casas particulares por los abusos de los invasores, pero merced á la intervencion del general Ross, quien segun parece se avergonzó de aquella devastacion, no fueron las depredaciones tan numerosas como lo deseaba Cockburn (1).

(1) El valor de lo que se destruyó en Washington excedía de dos millones de duros. No tenemos datos para calcular las pérdidas sufridas por los particulares en aquella desgraciada invasion.

Al hablar de la toma de Washington y de los hechos ocurridos el día en que tuvo lugar este acontecimiento, el cronista Mr. Gleig refiere lo siguiente:

«Inútil me parece decir que la consternación de los habitantes había llegado á su colmo y que aquella noche fué para ellos terrible. De tal modo confiaban en la victoria de sus tropas, que muy pocos trataron de abandonar sus casas, ni mucho menos la ciudad, y hasta que los primeros fugitivos del campo de batalla comenzaron á llegar á Washington desalentados, ni aun el mismo Presidente pensó en atender á su seguridad personal. Madison había ido por la mañana á revistar las tropas, entre las cuales estuvo hasta que se anunció la llegada de los ingleses; pero, bien fuese porque la vista del enemigo resfriara su valor, ó bien por otra causa cualquiera, que esto yo lo ignoro, ello es que al ver brillar las armas de los invasores pareció de pronto que su presencia era más necesaria en el Senado que en el campamento, y después de exhortar á todos á que cumplieran con su deber, se marchó á su casa diciendo que iba á preparar un banquete para obsequiar á los oficiales cuando volvieran coronados con los laureles de la victoria.

»La comida preparada para los oficiales americanos sirvió para satisfacer el ménos delicado apetito de un destacamento de soldados ingleses. Al dirigirse algunos de estos á la casa de Mr. Madison para destruirla, encontraron en el comedor una mesa preparada con cuarenta cubiertos; veíanse allí numerosas botellas de cristal llenas de exquisitos vinos, grandes fuentes de porcelana acercadas al fuego, cuyo contenido despedía un olor agradable para todo estómago hambriento; los cuchillos, tenedores y cucharas, los platos y las botellas, todo estaba simétricamente colocado como para empezar un banquete; y por lo que hace á la cocina, las cacerolas, los asadores y demás utensilios del arte culinario se hallaban bien provistos de abundantes viandas destinadas al espléndido festín; pero todo indicaba que los cocineros habían abandonado precipitadamente aquel lugar poco tiempo antes. El lector comprenderá fácilmente que los hambrientos soldados no miraron con indiferencia todos aquellos preparativos, pues una elegante y succulenta comida, era un exceso de lujo al cual no estaba aquella gente acostumbrada, si bien les pareció muy conveniente para reponerse de los trabajos y fatigas del día. Los soldados tomaron pues asiento al rededor de la

mesa, no de una manera tan ordenada y cortés como lo hubiera sido la de aquellos á quienes estaban destinados los manjares, pero sí con la satisfacción y alegría de unos aldeanos que asisten á una fiesta cívica; y después de satisfecho su apetito, sin haberse quejado en lo más mínimo de la habilidad del cocinero, acabaron de apurar los vinos y pegaron fuego á la casa donde *con tanta liberalidad se les acababa de hospedar.*»

El peligro, y sobre todo la indignación que produjo este acontecimiento, hiriendo en lo más vivo el orgullo nacional, inflamaron todos los ánimos; y el patriotismo hizo olvidar las divisiones de partido. Numerosas milicias, acudiendo presurosas á los puntos amenazados, obtuvieron algunas señaladas ventajas en los combates de Baltimore y de Plattsburg: y esto permitió á Madison reanudar honrosamente las negociaciones interrumpidas con el gabinete de la Gran Bretaña.

Lord Castlereagh exigió, sin embargo, como condición absoluta la cesión de un considerable territorio y el abandono de los ríos y lagos que servían de fronteras á los Estados Unidos; pero como el Congreso rechazara semejantes condiciones, la guerra continuó. Los ingleses concentraron entonces sus fuerzas hácia el Sud, donde sufrieron algunos descalabros; se les arrojó de Pensacola, así como de la desembocadura del Mobile, donde en vano atacaron un fuerte; y sufrieron otra derrota en Nueva Orleans, gracias á la pericia del general Jackson, que derrotó á los ingleses, muriendo su general en jefe durante la batalla.

Después de estas victorias, Madison se apresuró á enviar á Europa embajadores de reconocido talento y sinceramente deseosos de la paz; las negociaciones se reanudaron; y al fin, reunidos en Gante los plenipotenciarios de ambos gobiernos, firmaron en 24 de diciembre de 1814 el tratado que lleva el nombre de aquella ciudad, y que puso fin definitivamente á las hostilidades. Los límites entre el Canadá y los Estados Unidos se fijaron de una manera algo vaga, pero más en favor de estos últimos; y solo ofreció alguna dificultad la cuestión de las presas marítimas, que Inglaterra reivindicaba á pesar de las protestas contra este abuso.

Después de firmada la paz, el fin de la administración del Presidente fué próspero y tranquilo, aunque el partido federal, que había desaprobado la guerra, prosiguió en su oposición, haciendo los mayores esfuerzos para agitar

la opinión pública y cambiar la mayoría del Congreso. Aunque hubieran conseguido esto último, el Presidente y sus ministros habrían continuado en el desempeño de sus funciones hasta que se cumpliera el término legal.

Madison había merecido los honores de la reelección, aunque no sin alguna dificultad por parte de sus adversarios políticos. Pero su administración no duró los ocho años completos. En 1817 se retiró á Virginia, donde estaba la hacienda de su familia, y donde se deslizaron tranquilamente los veinte últimos años de su existencia. Los actos de su administración, así como los de todos los Presidentes, fueron más tarde objeto de críticas más ó ménos apasionadas y severas; pero no se debe olvidar cuál era su origen. El partido federal, unido en las elecciones hácia el año 1800, aspiraba á recobrar el poder, y para ello hacía una oposición tan hábil como vigorosa. El tiempo hizo justicia á tales ataques, y podría decirse que, aun antes de la muerte de Madison, la opinión pública veía en él un verdadero patriota que siempre estuvo animado de las intenciones más puras; que colocado á la cabeza del gobierno, siempre administró con tanta sabiduría como habilidad, y que en todo caso dió pruebas de poseer las más altas cualidades de un eminente hombre de Estado, y las virtudes más envidiables en su vida privada.

Una vez en su retiro, Madison se consagró á los trabajos de la agricultura, á sus libros y á sus amigos, sosteniendo á la vez una continua correspondencia con las personas más notables de su partido. Amante de las ciencias naturales, dedicaba á su estudio todas sus horas de ocio. Algunas veces visitaba á su amigo Jefferson, retirado también en Monticello, pueblo distante una hora de la morada de Madison. Aquellos dos hombres, después de haber recorrido honrosamente una larga carrera pública, ejerciendo ocho años el primer cargo en el gobierno del país, en una época tan difícil como borrascosa, hallábanse ahora reunidos en la dignidad y el reposo de la vida doméstica, rodeados de los objetos de su cariño y disfrutando de todos los goces que pueden proporcionar la filosofía y el cultivo de las letras y de las ciencias.

A Jefferson le tocó antes que á su amigo pasar á mejor vida, y al abrirse su testamento encontróse la siguiente disposición: «Dejo á mi amigo

Jacobo Madison mi reloj de oro, como prenda de la amistad que durante cerca de medio siglo nos hizo trabajar de concierto en lo que al parecer debía asegurar la mayor felicidad de nuestro país.»

En 1829, cuando la constitución de Virginia fué sometida á una revisión, Madison consintió en asistir al Congreso que se reunió; pero ya tenía cerca de ochenta años, y el estado de su salud no le permitió tomar una parte muy activa en los debates; su principal objeto era contribuir con sus consejos á conciliar los partidos, cuyas pasiones é intereses opuestos amenazaban comprometer la tranquilidad del Estado.

Madison desempeñó también por entonces el cargo de inspector de la universidad de Virginia, sustituyendo después á Jefferson como rector. Como ya hemos dicho en otro lugar, su constitución era naturalmente delicada, y aunque se había debilitado mucho por la edad, llegó á los 85 años conservando hasta el último día, 28 de junio de 1836, su espíritu activo, su excelente memoria y su amena conversación. Era reservado con los extranjeros, lo cual consideraban unos como orgullo, y otros como frialdad; pero cuando se llegaba á conocerle bien, muy pronto se borraban estas primeras impresiones. Como político, había procurado siempre mantenerse en la mejor inteligencia con los diversos partidos, guiándose por el sentimiento de su amor á la popularidad. Habíanle preocupado siempre mucho las irritantes discusiones entre el Norte y el Sur (Estados libres y Estados esclavistas), sobre el asunto de la esclavitud, y aconsejaba con la mayor solícitud un arreglo, como si previese la extremada gravedad que debía tener más tarde esta temible cuestión.

Como escritor, muy pocos igualaron á Madison entre los hombres de la república americana, y en los Estados Unidos se hacen grandes elogios, no sólo de la profundidad de sus pensamientos sino también de su elocuencia y de su estilo hasta en los más insignificantes documentos oficiales. Con sus escritos se formaron seis volúmenes en octavo.

Cuando se anunció la muerte de Madison al Congreso, por medio de un mensaje del general Jackson, entonces presidente, rindiéronse los más nobles y elocuentes tributos á su memoria.



JACOBO MONROE

Quinto Presidente de los Estados Unidos

Jacobo Monroe, soldado primero, más tarde político, y después quinto presidente de la república americana, nació en el condado de Westmoreland (Virginia), el 2 de abril de 1759. Era hijo de una antigua y honrada familia, pero se sabe poco acerca de su primera juventud. Impulsado por un ardiente patriotismo, abandonó á los diez y siete años el colegio de Guillermo y María, renunciando á proseguir sus estudios para alistarse en el ejército activo; se acababa de proclamar la independenciam, y era el momento crítico en que Washington se disponía á defender á Nueva York contra las fuerzas superiores de los ingleses.

Monroe participó de todas las fatigas y los reveses del ejército americano, y hallóse en los desastrosos combates de las alturas de Harlem y de las Llanuras blancas, recibiendo en Trenton una herida, cuya señal conservó siempre. Cuando se hubo restablecido promoviósele al grado de capitán, y en 1777 y 1778 desempeñó una comision de importancia como ayudante de

campo del general Stirling. Más tarde se distinguió en los combates de Brandywine, de Germantown y Monmouth; poco ántes de terminarse la guerra se le confirió el grado de coronel por recomendacion de Washington; y entónces volvió á Virginia á fin de estudiar derecho y prepararse para la carrera política.

En 1782, Monroe fué designado para formar parte del consejo legislativo, donde dió las suficientes pruebas de hombre de tacto para que al año siguiente se le enviara como representante del Estado en el Congreso continental. Allí permaneció hasta 1786, y como la ley prohibía una segunda eleccion, establecióse en Fredericksbourg para ejercer como abogado; pero muy pronto se le volvió á llamar, al comenzar la legislatura, y en 1788 eligiósele como delegado en la Convencion del Estado, que debía resolver sobre la adopcion de la constitucion federal. Antes de consagrarse esta solemnemente, Monroe quiso introducir algunas enmiendas, imitando en esto á los políticos más

notables, muy divididos entónces en aquel grave asunto. Monroe figuraba en la oposicion con Patricio Henry, G. Moson y otros. Adoptada la constitucion al fin por 89 votos contra 79, y apenas hubo comenzado á regir, Monroe se presentó candidato á la cámara de representantes, en competencia con Madison; pero no pudo vencer, si bien poco despues se le nombró senador por el Estado de Virginia, habiendo ocupado su cargo en 1790. Monroe continuó en el desempeño de sus funciones hasta 1794, y es de advertir que trabajaba con el partido antifederal, tomando parte en la oposicion contra Washington.

Habiendo resuelto el gobierno americano llamar á Morris, ministro residente en Francia, á quien se acusaba de tener tendencias aristocráticas, aunque habia dado muchas pruebas de su saber y sagacidad, Washington nombró á Monroe para sustituirle, deseando dar con esto una prueba de su deferencia al partido democrático. Pensaba que un hombre bien conocido de la revolucion francesa seria más capaz que otro para restablecer entre los dos países la confianza y las buenas relaciones, alteradas ántes por los acontecimientos y las supuestas preferencias de Hamilton por Inglaterra.

Monroe fué recibido en Francia con mucha cordialidad por parte del gobierno y del pueblo; pero habiendo observado una política demasiado conciliadora, acusósele en los Estados Unidos de sacrificar los derechos y los intereses de su propio país al no conformarse con las opiniones sobre la neutralidad sostenidas hasta entónces por el Presidente, y al fin se le llamó en 1796. El partido democrático opinó que se le habia sacrificado por su afecto á los principios de una política liberal; y el mismo Monroe publicó un libro para justificar sus miras y su conducta durante su mision en Francia, aunque no sin que le censurara el gobierno, por más que no manifestase ningun sentimiento hostil contra Washington. Por eso se mantuvo en buena inteligencia con este último, y más tarde se asoció á sus conciudadanos para rendir un tributo al mérito y á la rectitud de aquel grande hombre.

En la legislatura de 1799 Monroe fué nombrado gobernador del Estado de Virginia, cuyas funciones desempeñó tres años, término prefijado por la Constitucion; y bajo la presidencia de Jefferson se le envió en calidad de ministro extraordinario á Francia, á fin de obrar de concierto con Livingston, que estaba ya en

Paris, sobre la compra de Nueva-Orleans, ó de un derecho de depósito sobre el Mississippi para los Estados Unidos. Monroe consiguió realizar la compra y la cesion de la Luisiana entera, y despues pasó á Lóndres, encargado de sustituir á R. King, que habia presentado su dimision; pero muy pronto se le llamó á España para secundar al ministro Pickney en importantes negociaciones, relativas á la transferencia de la Luisiana por España á Francia, y por esta á los Estados Unidos. En esta cuestion, los esfuerzos de Monroe, juntamente con los de Pickney, no dieron resultado alguno, porque España se resistia enérgicamente á reducir la extension de la Luisiana. La controversia sobre los recíprocos derechos quedó suspendida, y Monroe volvió á Lóndres para defender los de la república americana contra el sistema de usurpacion del gobierno inglés. Para esto recibió el auxilio de Guillermo Pickney, enviado como representante á Inglaterra. Monroe consiguió entónces negociar en 1807 un tratado, que si bien no tan favorable como esperaba, parecióle muy ventajoso para los Estados Unidos; pero el presidente Jefferson, bien fuera por antipatía á los ingleses ó porque temiera el alcance de ciertas condiciones del tratado, no le sometió á la aprobacion del Congreso y devolviólo á Lóndres para que lo revisaran. Por desgracia acababa de efectuarse un cambio de gabinete; los nuevos ministros se negaron á reanudar las negociaciones; y entónces Monroe, comprendiendo que su mision habia terminado, volvió á América, donde durante mucho tiempo se mostró muy resentido contra Jefferson por haber rechazado el tratado sin someterle al Congreso y por haber diferido su vuelta para no disputar á Madison su candidatura á la presidencia.

En 1811 Monroe fué nombrado de nuevo gobernador de Virginia, pero ejerció muy poco tiempo las funciones de tal por habersele elegido secretario de Estado á instancias del presidente Madison.

La guerra con la Gran Bretaña, temida hacia largo tiempo, estalló al fin; y despues de la toma de Washington y de la dimision del general Armstrong, Monroe fué nombrado para el cargo que aquel dejaba vacante en el departamento de la Guerra, pero sin cesar por eso en sus funciones de secretario de Estado. Como ministro de la Guerra dió pruebas de una notable energía y de un carácter valeroso. Al tomar posesion de este cargo, encontró el Tesoro

exhausto, y casi perdido el crédito público; mientras que el enemigo, libre de la guerra con Francia, disponíase á dirigir sus armas contra los Estados Unidos. El primer deber de Monroe era, pues, prepararse para la nueva campaña; y aunque el Congreso habia autorizado ya la formacion de un ejército de 60,000 hombres, propuso que se agregara una fuerza regular de 40,000 más para defender las fronteras y las costas, por medio de una quinta en la masa de la poblacion. Semejante medida, por demás osada, imitacion del sistema de Napoleon, y muy opuesta al genio del país, era de tal naturaleza que debia comprometer gravemente la popularidad de su autor, haciéndole perder las esperanzas de ser elegido para la presidencia; pero Monroe no vaciló, é hizo saber á sus amigos que tenia intencion de retirar su candidatura.

Afortunadamente, la conclusion de la paz hizo inútil semejante aumento en el ejército. Hacia fines de 1814, Nueva-Orleans llegó á estar seriamente amenazada por las fuerzas de mar y tierra de los ingleses; el crédito del gobierno habia perdido mucho, y no era fácil encontrar el dinero necesario para la defensa; pero Monroe empeñó el suyo propio, y pudo encontrar los recursos indispensables en tan urgente caso. Nueva-Orleans fué defendida con buen éxito, y la completa derrota de los ingleses, mandados por el general Packenham, terminó la guerra de una manera honrosa para las armas americanas (1815).

Concluida la paz, fué preciso reanudar las relaciones extranjeras suspendidas hasta entónces, modificando la política interior del país para adaptarla á los grandes cambios que habia producido la pacificacion general de Europa. Monroe se consagró á esta tarea con la mayor laboriosidad, ayudado por la opinion pública, y prestó el más eficaz concurso á Madison para establecer el sistema de política interior adoptado despues de la guerra, que se desarrolló y ensanchó despues de su eleccion para la presidencia.

Hacia ya algunos años que el partido democrático designaba á Monroe como sucesor de Madison, y así es que en la primavera de 1816 los representantes de aquel partido le dieron todos sus votos, limitándose los electores especiales á sancionar la eleccion.

El 4 de marzo de 1817, Jacobo Monroe, seguido de sus numerosos amigos y una multitud de los principales ciudadanos, se dirigió al Ca-

pitolio, donde iba á celebrarse la imponente ceremonia de prestar juramento el quinto presidente de los Estados Unidos. Tambien asistió al acto Mr. Madison, y con él, los jueces del Supremo Tribunal, los ministros extranjeros y otros dignatarios, ante los cuales iba á prometer solemnemente Mr. Monroe velar por los intereses y la prosperidad de su país. Su discurso inaugural era demasiado extenso y detallado para que lo reproduzcamos íntegro, pero sí transcribiremos algunos párrafos para que se pueda formar una idea de tan notable escrito:

«Es muy grato para mí ocupar este elevado cargo cuando en los Estados Unidos reina ya una paz envidiable, tan necesaria para la prosperidad de nuestro país, y que yo procuraré conservar por cuantos medios estén á mi alcance y con arreglo á nuestros principios, sin exigir lo que sea injusto y dando á cada cual lo que se merezca.

»Tambien me es muy satisfactorio ver que reina entre nosotros la mejor armonía en punto á opiniones: la discordia es propia de nuestro sistema; la union se recomienda por sí sola, tanto por los benignos y libres principios del Gobierno que nos rige, como por otras ventajas harto conocidas de todos. El pueblo americano, que se ha visto en los mayores peligros y pasado por las más rudas pruebas, constituye una gran familia cuyos intereses son comunes; la experiencia nos ha ilustrado en algunas cuestiones de esencial importancia para el país, mas el progreso ha sido lento y dictado por una justa reflexion, porque era preciso velar por nuestros intereses. Promover la armonía con arreglo á los principios de nuestro gobierno republicano, á fin de que sigamos marchando por la senda del progreso, será el objeto de mis constantes y celosos esfuerzos.

»Nunca se ha inaugurado gobierno alguno bajo tan favorables auspicios ni han sido tan ventajosos sus resultados: si repasamos la historia, tanto antigua como moderna, de las demás naciones, veremos que no hay ejemplo de un progreso tan rápido, tan gigantesco; de un pueblo cuyo estado sea tan próspero y feliz. Al reflexionar sobre lo que aún nos queda que hacer, el corazon de todo ciudadano debe henchirse de gozo, sobre todo si se tiene presente que nuestro gobierno se aproxima mucho á la perfeccion; que el gran objeto es conservar los principios esenciales que le caracterizan, lo cual se conseguirá observando la virtud é ilustrando al pueblo, y que lo único que debemos ha-

cer es adoptar los medios más eficaces para asegurar nuestra independencia, nuestros derechos y nuestra libertad. Si perseveramos en continuar en esta senda por donde tanto hemos adelantado, no dejaremos de alcanzar, con el auxilio de la Providencia, el elevado puesto que nos parece destinado.

»En las administraciones de los hombres ilustres que me han precedido en este importante cargo, y con algunos de los cuales me unen los lazos de la más sincera amistad, se han visto ejemplos que siempre serán útiles é instructivos para sus sucesores.

»Yo procuraré aprovecharme de ellos; por lo que hace á mi dignísimo antecesor, que tan celosamente ha servido á su patria, me tomaré la libertad de decirle que deseo vivamente disfrutar por largo tiempo en su retiro la dicha y la tranquilidad á que le hacen merecedor los eminentes servicios prestados á su país. Contando con la eficaz cooperacion de los jefes de los diversos departamentos, vengo á ocupar el elevado cargo que debo al sufragio de mis compatriotas, rogando al Todopoderoso que siga dispensándonos como hasta aquí su poderosa proteccion.»

Parece que algun tiempo ántes de ocupar su elevado cargo, el general Jackson, más tarde presidente á su vez, recomendó mucho á Monroe que admitiera en su gabinete y en la alta administracion á los federales más distinguidos; pero Monroe no se atrevió á seguir el consejo, y no solamente continuaron en los mismos cargos los que los ocupaban en tiempo de sus predecesores Jefferson y Madison, sino que respetó todos cuantos dependian de su administracion, confiriéndose despues destinos tan sólo á los que profesaban sus opiniones políticas. Por otra parte, la política de Monroe fué liberal y conciliadora para todos los partidos; sólo se opuso constantemente, ateniéndose á la letra de la Constitucion, tal como él la entendia, á las insinuaciones de aquellos que deseaban aplicar los recursos del Tesoro federal á las mejoras interiores. No cedió en este punto hasta 1824 al sancionar un *bill* votado por el Congreso, destinando 30,000 duros á los estudios preparatorios de los caminos y canales que el Presidente designara.

Durante la primera administracion de Monroe, y á pesar del mal giro que habian tomado los asuntos á consecuencia de la invasion de la Florida por el general Jackson, activáronse las negociaciones con el ministro español, y se con-

cluyó y firmó en 22 de febrero un tratado por el cual se cedia la Florida á los Estados Unidos, mediante el pago de cinco millones de duros, estipulándose que no se promulgaria aquel hasta que lo ratificase España, y que la citada suma se aplicaria á indemnizar por daños y perjuicios á los ciudadanos de la Union que hubiesen sufrido expoliaciones de aquella potencia. Uno de los últimos actos de la legislatura fué aprobar un *bill* autorizando al Presidente para tomar posesion de las Floridas del Este y Oeste. El rey de España, sin embargo, se convino á prestar su aprobacion, con gran disgusto de Mr. Forsyth, el enviado americano, y sólo despues de haber trascurrido unos catorce meses, accedió su majestad á ratificar el tratado, lo cual se hizo en 24 de octubre de 1820.

Así, pues, como ministro primero, y más tarde como presidente, Monroe habia tenido mucha parte en las dos adquisiciones más importantes del Sur (1803-1821).

Terminados los cuatro años de la primera administracion de Monroe, y despues de haberse procedido á las elecciones, reuniéronse las dos Cámaras el día 14 de febrero á fin de contar los votos para presidente y vicepresidente, pero como aún no se habia zanjado la cuestion referente al Missouri, hubo encontradas opiniones sobre si se aceptarían y contarían los votos de aquel Estado. Suscitóse con este motivo un empeñado debate, pero despues de una corta deliberacion del Senado, se resolvió, por último, proceder al recuento sin incluir los de Missouri. Jacobo Monroe obtuvo para la presidencia todos los votos electorales (excepto uno de Massachussets, que recayó en favor de Juan Quincy Adams), cuyo total era de doscientos treinta y uno. Esta reeleccion fué más unánime que la de ninguno de los presidentes anteriores desde Washington, y el resultado era de esperar. El partido federal estaba ya casi extinguido, aunque aún contaba con hombres capaces de hacer una fuerte oposicion en el Congreso, pero faltábale la organizacion de otro tiempo, y no tenian ya influencia generalmente en el país, ó por lo ménos era muy débil. Por otra parte, la política de Monroe habia sido muy popular, obteniéndose durante su administracion los mejores resultados; de modo que los demócratas no hallaron dificultad para mantenerle en el poder. Dos de sus medidas merecian particularmente el aplauso del pueblo: una de ellas fué el decreto del Congreso expedido en 1818, para que se auxiliara á los ofi-

ciales y soldados que habían sobrevivido á la revolucion, extendiéndose el auxilio á las viudas y los hijos de los que murieron en defensa de la patria; la segunda medida fué un arreglo con la Gran Bretaña, por el cual se permitía á los ciudadanos de América compartir con los ingleses las pesquerías de Terranova. Por este tiempo tambien se fijaron definitivamente los límites de los Estados Unidos hácia el Canadá, desde el lago de los Bosques hasta las montañas Pedregosas.

La segunda administracion de Monroe fué más tranquila que la primera, sin duda porque se había mitigado mucho la violencia de las pasiones políticas. El país, cansado ya de lucha, y ansioso del reposo y la tranquilidad, comenzó á ocuparse con el más infatigable celo en desarrollar sus recursos interiores.

Monroe terminó su carrera al servicio del gobierno federal el 3 de marzo de 1825, en cuya fecha se retiró al condado de Lóndres, en Virginia, donde aceptó el cargo de juez de paz, nombrándosele tambien inspector de la universidad de Virginia. En 1830 fué á establecerse en Nueva York para vivir con su yerno, y allí terminó su vida el 4 de julio de 1831, siendo objeto de la mayor solicitud y atenciones de los que le rodeaban.

Monroe no era hombre de una inteligencia y talento superiores, pero sí poseía en alto grado la firmeza, la prudencia, y muy buen juicio, aunque lento, distinguiéndose sobre todo por su perseverancia. Su fisonomía era vulgar; no había distincion en sus modales ni en su lenguaje; pero no dejaba de tener un carácter benévolo y simpático. El cronista Williams dice que aunque Monroe había recibido del Tesoro público durante su vida trescientos sesenta mil duros, al cesar en sus funciones de Presidente, se retiró con muchas deudas. Bien fuese por ligereza, ó por ser insuficientes sus honorarios, siempre estaba faltó de dinero; y si al fin salió de sus apuros, fué porque el Congreso votó en su favor una remuneracion pecuniaria, motivada en los adelantos que hizo durante la guerra. Por otra parte, la inesperada herencia de un tío vino á redondearle, y pudo dejar á sus dos hijos una fortuna conveniente, aunque modesta.

Monroe había sido enterrado en Nueva York; pero en 1859, la legislatura de Virginia expidió un acuerdo para que sus restos mortales se trasportaran con la debida pompa á Richmond, principal ciudad del Estado.

Al hacer una breve reseña sobre la administracion de Monroe, el historiador Spencer dice lo siguiente: «Debe admitirse que durante su gobierno se obtuvieron grandes resultados y aumentó notablemente la prosperidad del país. Monroe, segun aseguró su inmediato sucesor, era un hombre infatigable tratándose de servir á su patria; de reconocida rectitud, cortés aun en medio de los debates más acalorados, enérgico, de claro juicio y de buen criterio. Monroe no era sin embargo un hombre de genio ni de talento profundo; su aptitud no superaba mucho á la de los demás hombres de su época; pero todos le reconocian como hombre muy atento, discreto, amante de la paz y poco amigo de las medidas violentas. Su política, dirigida principalmente por su entendido secretario de Estado, fué siempre digna, enérgica y aceptable para el pueblo, y su administracion se distinguió no sólo por la adquisicion de la Florida, sino tambien por los rápidos adelantos del país, á pesar de la crisis financiera que en parte se oponia á la prosperidad nacional.» Para concluir nos parece más oportuno copiar las palabras de Juan Quincy Adams al hacer el elogio del quinto Presidente de los Estados Unidos, pues ellas dan á conocer la opinion del hombre que mejor que ningun otro podia apreciar sus virtudes y excelentes cualidades. Decia así: «Supliquemos al que tiene en sus manos los destinos de los imperios, al Creador del universo, que dispense á vuestra posteridad los favores que os ha concedido, y roguémosle tambien que ilumine y guie los pasos de la generacion futura. Permita el cielo que en todos los peligros y desgracias que puedan acaecer á nuestra República Unida, sigamos teniendo hombres que nos iluminen con sus consejos, que defiendan las libertades del país, y si es necesario, que conduzcan nuestros ejércitos á la victoria. Si los infortunios del aciago período de la guerra de la independencia volviessen á oscurecer el horizonte de nuestra felicidad, y si de nuevo las metrópolis de nuestro vasto país estuviesen destinadas á sucumbir bajo el yugo del invasor, quiera Dios que entre los hijos de vuestra nacion no falte nunca un guerrero que os defienda, un hombre de Estado que os aconseje, un gobernante que sepa conducir la nave del Estado, y á quien adornen las virtudes, el profundo talento y las excelentes cualidades que distinguieron á Jacobo Monroe.»



JUAN QUINCY ADAMS

Sexto Presidente de los Estados Unidos

Juan Quincy Adams, sexto Presidente de la República americana, hijo mayor de Juan Adams, nació en Massachussets el 11 de junio de 1767. Siendo aún niño acompañó á su padre á Europa, visitando sucesivamente la Haya, París y Lóndres. En 1801 fué nombrado ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Berlín, y poco despues recorrió la Silesia, de cuyo país escribió una magnífica descripción que remitió á su hermano, establecido en Filadelfia, el cual la publicó en forma de cartas en un periódico de dicha ciudad. Estas cartas despertaron desde luego el más vivo interés, no sólo porque su principal objeto era dar á conocer las fábricas de Silesia y sus trabajos, asunto muy útil para América, sino porque contenian preciosos datos y noticias sobre los progresos de la enseñanza y la educación públicas desde el establecimiento de seminarios para este objeto por el gran Federico. Esta reseña se publicó en un volumen en 8.º con una carta geográfica en que se rectificaban varios errores

topográficos é históricos de los autores alemanes que habían escrito sobre la Silesia.

Por aquella época, Jefferson, que ocupaba ya la presidencia, escribió á Adams para que volviere á América; y una vez en su país, el partido federal, del que era fiel adepto, puso en juego su influencia para que se le confriese una plaza de profesor en el colegio de Harvard, en el condado de Massachussets. Más tarde se le envió como representante de esta provincia en el Senado, y entónces fué cuando abandonó el partido á que él y su padre debían toda su fortuna, para unirse á los demócratas.

Poco despues, Quincy Adams fué nombrado embajador en Rusia, y en 1814 se trasladó á Viena, como plenipotenciario de los Estados Unidos. En el mes de marzo de 1815, el gobierno de la República, satisfecho de los servicios de Adams, nombróle embajador en Lóndres; y en 1817, de vuelta á su país, fué elegido por el Presidente para el cargo de secretario de Estado, es decir, el más importante del gabi-

ciales y soldados que habían sobrevivido á la revolucion, extendiéndose el auxilio á las viudas y los hijos de los que murieron en defensa de la patria; la segunda medida fué un arreglo con la Gran Bretaña, por el cual se permitía á los ciudadanos de América compartir con los ingleses las pesquerías de Terranova. Por este tiempo tambien se fijaron definitivamente los límites de los Estados Unidos hácia el Canadá, desde el lago de los Bosques hasta las montañas Pedregosas.

La segunda administracion de Monroe fué más tranquila que la primera, sin duda porque se había mitigado mucho la violencia de las pasiones políticas. El país, cansado ya de lucha, y ansioso del reposo y la tranquilidad, comenzó á ocuparse con el más infatigable celo en desarrollar sus recursos interiores.

Monroe terminó su carrera al servicio del gobierno federal el 3 de marzo de 1825, en cuya fecha se retiró al condado de Lóndres, en Virginia, donde aceptó el cargo de juez de paz, nombrándosele tambien inspector de la universidad de Virginia. En 1830 fué á establecerse en Nueva York para vivir con su yerno, y allí terminó su vida el 4 de julio de 1831, siendo objeto de la mayor solicitud y atenciones de los que le rodeaban.

Monroe no era hombre de una inteligencia y talento superiores, pero sí poseía en alto grado la firmeza, la prudencia, y muy buen juicio, aunque lento, distinguiéndose sobre todo por su perseverancia. Su fisonomía era vulgar; no había distincion en sus modales ni en su lenguaje; pero no dejaba de tener un carácter benévolo y simpático. El cronista Williams dice que aunque Monroe había recibido del Tesoro público durante su vida trescientos sesenta mil duros, al cesar en sus funciones de Presidente, se retiró con muchas deudas. Bien fuese por ligereza, ó por ser insuficientes sus honorarios, siempre estaba faltó de dinero; y si al fin salió de sus apuros, fué porque el Congreso votó en su favor una remuneracion pecuniaria, motivada en los adelantos que hizo durante la guerra. Por otra parte, la inesperada herencia de un tío vino á redondearle, y pudo dejar á sus dos hijos una fortuna conveniente, aunque modesta.

Monroe había sido enterrado en Nueva York; pero en 1859, la legislatura de Virginia expidió un acuerdo para que sus restos mortales se trasportaran con la debida pompa á Richmond, principal ciudad del Estado.

Al hacer una breve reseña sobre la administracion de Monroe, el historiador Spencer dice lo siguiente: «Debe admitirse que durante su gobierno se obtuvieron grandes resultados y aumentó notablemente la prosperidad del país. Monroe, segun aseguró su inmediato sucesor, era un hombre infatigable tratándose de servir á su patria; de reconocida rectitud, cortés aun en medio de los debates más acalorados, enérgico, de claro juicio y de buen criterio. Monroe no era sin embargo un hombre de genio ni de talento profundo; su aptitud no superaba mucho á la de los demás hombres de su época; pero todos le reconocian como hombre muy atento, discreto, amante de la paz y poco amigo de las medidas violentas. Su política, dirigida principalmente por su entendido secretario de Estado, fué siempre digna, enérgica y aceptable para el pueblo, y su administracion se distinguió no sólo por la adquisicion de la Florida, sino tambien por los rápidos adelantos del país, á pesar de la crisis financiera que en parte se oponia á la prosperidad nacional.» Para concluir nos parece más oportuno copiar las palabras de Juan Quincy Adams al hacer el elogio del quinto Presidente de los Estados Unidos, pues ellas dan á conocer la opinion del hombre que mejor que ningun otro podia apreciar sus virtudes y excelentes cualidades. Decia así: «Supliquemos al que tiene en sus manos los destinos de los imperios, al Creador del universo, que dispense á vuestra posteridad los favores que os ha concedido, y roguémosle tambien que ilumine y guie los pasos de la generacion futura. Permita el cielo que en todos los peligros y desgracias que puedan acaecer á nuestra República Unida, sigamos teniendo hombres que nos iluminen con sus consejos, que defiendan las libertades del país, y si es necesario, que conduzcan nuestros ejércitos á la victoria. Si los infortunios del aciago período de la guerra de la independencia volviessen á oscurecer el horizonte de nuestra felicidad, y si de nuevo las metrópolis de nuestro vasto país estuviesen destinadas á sucumbir bajo el yugo del invasor, quiera Dios que entre los hijos de vuestra nacion no falte nunca un guerrero que os defienda, un hombre de Estado que os aconseje, un gobernante que sepa conducir la nave del Estado, y á quien adornen las virtudes, el profundo talento y las excelentes cualidades que distinguieron á Jacobo Monroe.»



JUAN QUINCY ADAMS

Sexto Presidente de los Estados Unidos

Juan Quincy Adams, sexto Presidente de la República americana, hijo mayor de Juan Adams, nació en Massachussets el 11 de junio de 1767. Siendo aún niño acompañó á su padre á Europa, visitando sucesivamente la Haya, París y Lóndres. En 1801 fué nombrado ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Berlín, y poco despues recorrió la Silesia, de cuyo país escribió una magnífica descripción que remitió á su hermano, establecido en Filadelfia, el cual la publicó en forma de cartas en un periódico de dicha ciudad. Estas cartas despertaron desde luego el más vivo interés, no sólo porque su principal objeto era dar á conocer las fábricas de Silesia y sus trabajos, asunto muy útil para América, sino porque contenian preciosos datos y noticias sobre los progresos de la enseñanza y la educación públicas desde el establecimiento de seminarios para este objeto por el gran Federico. Esta reseña se publicó en un volumen en 8.º con una carta geográfica en que se rectificaban varios errores

topográficos é históricos de los autores alemanes que habían escrito sobre la Silesia.

Por aquella época, Jefferson, que ocupaba ya la presidencia, escribió á Adams para que volviere á América; y una vez en su país, el partido federal, del que era fiel adepto, puso en juego su influencia para que se le confriese una plaza de profesor en el colegio de Harvard, en el condado de Massachussets. Más tarde se le envió como representante de esta provincia en el Senado, y entónces fué cuando abandonó el partido á que él y su padre debían toda su fortuna, para unirse á los demócratas.

Poco despues, Quincy Adams fué nombrado embajador en Rusia, y en 1814 se trasladó á Viena, como plenipotenciario de los Estados Unidos. En el mes de marzo de 1815, el gobierno de la República, satisfecho de los servicios de Adams, nombróle embajador en Lóndres; y en 1817, de vuelta á su país, fué elegido por el Presidente para el cargo de secretario de Estado, es decir, el más importante del gabi-

nete, cuyas funciones desempeñó con el mayor celo, dando nuevas pruebas de su inteligencia y talento.

Hacia 1824 comenzaron las elecciones para la presidencia, siendo los principales candidatos Juan Quincy Adams y el general Jackson, pues aunque se presentaron otros dos, Crawford y Clay, la verdadera lucha estuvo entre aquellos. Sin embargo, como ninguno de los cuatro pudo reunir la mayoría requerida, fué preciso apelar á la eleccion de la cámara de representantes, y sus votos favorecieron á Juan Quincy Adams, que fué elegido Presidente, aunque en la eleccion más directa, Jackson habia obtenido la mayoría de los sufragios.

El día 4 de marzo de 1825, Juan Quincy Adams tomó posesion del cargo de sexto Presidente de los Estados Unidos. La ceremonia fué imponente, y á ella asistieron muchos hombres notables y personas de distincion. El nuevo presidente vestia un traje de paño negro de fabricacion americana, y llegado el momento, entregó su manifiesto inaugural, documento muy bien redactado, que revelaba el patriotismo de su autor y sus deseos de favorecer los intereses del país en todo cuanto juzgase bueno y útil.

Uno de los primeros asuntos de que se ocupó el nuevo Presidente fué el de negociar tratados con varias tribus indias para la adquisicion de terrenos, adoptando al propio tiempo otras medidas de utilidad pública para el país; pero esto no impidió que apenas inaugurada su administracion, todos los amigos de los candidatos desairados se reunieran para oponerse á la reeleccion cuando llegase el día. Olvidáronse las diferencias y disensiones personales y reinó el mejor acuerdo para combatir á la administracion. Conviene tener en cuenta estas circunstancias para comprender más fácilmente cuáles serian los obstáculos y dificultades con que hubo de luchar el nuevo Presidente durante los cuatro años de gobierno.

El segundo año de la administracion de Juan Quincy Adams debia ser memorable en los anales de la historia americana, no sólo por la muerte de Tomás Jefferson y Juan Adams, aquellos dos ilustres patriotas que habian tomado una parte tan activa en la gloriosa lucha por la libertad, el uno con su pluma y el otro con su elocuente palabra, sino porque el 4 de julio se celebraba el quincuagésimo aniversario de la Declaracion de la Independencia. No era de extrañar que toda la nacion se pusiera en

movimiento en semejante día, y que los hombres más notables del país discutieran en tal ocasion sobre los asombrosos acontecimientos acaecidos en el último medio siglo. La joven República, despues de romper con todos los viciosos precedentes de la monarquía, habia sido sancionada ya por más de una generacion, y presentábase á los ojos del mundo como una potencia bien organizada, fuerte en sus derechos, y con más brillante porvenir que el de ninguna otra nacion del globo.

Durante la administracion de Juan Quincy Adams no ocurrieron acontecimientos de gran trascendencia, si bien se produjo un incidente que ocasionó cierto pánico. Hacia largo tiempo que las sociedades masónicas se habian desarrollado mucho en los Estados Unidos; pero crefase en general que no tenian nada de censurable. Sin embargo, un hombre llamado Guillermo Morgan se declaró enemigo de tales asociaciones, y sabiendo algo acerca de su organizacion, anunció que iba á publicar un libro para denunciar lo que él llamaba los secretos de la francmasonería. Pocos días despues, Morgan fué cogido en su propia casa; condujosele al condado de Ontario, distante cincuenta millas, y despues de someterle á un interrogatorio se le puso en libertad; en la tarde del mismo día prendiéronle de nuevo bajo el más frívolo pretexto, y tambien se le dejó marchar á las pocas horas; pero al día siguiente, cogido otra vez, se le condujo á la frontera del Canadá con el mayor misterio. Desde entónces, como desapareciera completamente y se sospechase un crimen, la legislatura de Nueva-York nombró un comité para practicar las debidas investigaciones, y de ellas resultó que Morgan habia sido asesinado. La agitacion que este hecho produjo fué tal, que se propuso destituir á todos los francmasones que ocuparan destinos del gobierno; y desde entónces se formó un partido anti-masónico, que extendiéndose pronto por todos los Estados, organizó al fin una Convencion en Filadelfia. Este partido trató de influir en las elecciones, pero despues de un breve período de actividad disolvióse y desapareció. Cuando la cuestion masónica agitaba más al país, preocupando particularmente á los hombres de gobierno, Juan Quincy Adams escribió algunas luminosas cartas sobre el asunto, que se publicaron en Boston en 1847.

Próximo ya el término de la administracion de Quincy Adams, habíase dado principio á las elecciones, que hacia largo tiempo preocupaban

el espíritu público, y no sin razon, segun se vió despues, pues en ninguna de las luchas electorales anteriores habia llegado á tal punto el rencor personal y la animosidad de los partidos. Quincy Adams se ofreció para desempeñar sus funciones otros cuatro años, pero su proposicion no obtuvo mejor éxito que la de su padre en el año 1800, porque tenia un rudo competidor en el general Jackson, el héroe de Orleans y de la Florida, y el favorito del pueblo por sus hechos de armas, su actividad y su influencia en muchas localidades del país. No deja de ser un hecho singular la particularidad de que de los seis presidentes de los Estados Unidos que habian administrado hasta 1829, solamente los dos Adams, padre é hijo, no consiguieron la reeleccion. Las causas que se opusieron al triunfo del primero eran obvias, pues debia luchar contra un partido poderoso de ideas más avanzadas, y por otra parte parecia necesario para el país un cambio de política; pero no existiendo ya tales causas, no habia motivo para rehusar á Quincy Adams la reeleccion, tanto más cuanto que dejaba el país en un estado de floreciente prosperidad, la deuda nacional muy disminuida y un sobrante de más de cinco millones de duros. Es muy probable por lo tanto que Juan Quincy hubiera alcanzado el triunfo á no haber tenido por competidor un hombre que acababa de atraer á su favor el espíritu nacional por hechos más ruidosos que los de la paz; y en nuestra opinion, sólo por esto el político debió ceder su lugar al soldado.

No obstante, algunos atribuian la derrota de Quincy Adams á la preponderancia de los adversarios del nuevo sistema de aduanas, introducido durante la gestion administrativa del sexto Presidente, á quien el partido democrá-

tico, por otra parte, acusaba tambien de mostrar demasiada deferencia á la diplomacia europea.

«La cuestion de partidos, dice uno de los principales historiadores americanos, dió lugar á que el sexto Presidente tuviera más enemigos que ninguno de sus predecesores. En la cámara, la mayoría se pronunció contra él; y en el Senado, una mitad de este, cuando ménos, se opuso siempre á sus medidas. Cualesquiera que fuesen las faltas y errores de Juan Quincy Adams, lo cierto es que se condujo con la mayor rectitud y que obró con tanto acierto é inteligencia como sus predecesores. Juan Quincy Adams habia trabajado siempre con el mayor celo en favor de los intereses de su país, y esto lo sabian todos sin excepcion; pero no era un hombre popular; su instruccion, su talento y su ardiente patriotismo nunca produjeron el efecto que era de esperar; y no debe extrañarse, por lo tanto, que su rival, Andrés Jackson, favorito del pueblo y admirado por su audacia y energia, obtuviese el mayor número de votos. La futura conducta de Juan Quincy Adams demostró cuánta era la pureza de sus principios, y su deseo de servir al país en cualquiera situacion que se hallase; y bien se puede asegurar, sin temor á la contradiccion, que fué uno de esos nobles patriotas de que podian enorgullecerse los Estados Unidos, presentándolo como un modelo á las futuras generaciones.»

En 1828 Juan Quincy Adams se retiró á su dominio, situado cerca de Boston, y en 1830 fué elegido diputado para representar á su provincia en el Congreso, donde defendió calurosamente la causa de la abolicion de la esclavitud hasta su muerte, ocurrida en Washington el 17 de febrero de 1848.



ANDRÉS JACKSON

Séptimo Presidente de los Estados Unidos

Andrés Jackson, general americano, séptimo Presidente de la república de los Estados Unidos, nació en la Carolina del Norte el 15 de marzo de 1767. Su familia, originaria de Escocia, había ido á establecerse en Irlanda en el siglo xvi; y en 1765 su padre emigró á los Estados Unidos con su esposa y dos hijos muy jóvenes. Allí compró cierta extension de terreno en el distrito de Waxhaw; y á los dos años, su esposa dió á luz el tercer hijo. Andrés Pocas caricias debía prodigarle su padre, pues á los pocos días murió este, dejando sólo á su viuda una granja medio cultivada, sin ningun esclavo, y pocos recursos para educar á sus tres hijos.

Andrés, que era al parecer el favorito de la madre, fué destinado á la iglesia, y con este objeto se le hizo ingresar muy pronto en la academia de Waxhaw para estudiar el latin y la teología, dándosele al mismo tiempo la educacion inglesa; pero sus estudios no duraron mucho, pues muy pronto estalló la guerra de la in-

dependencia y el entusiasmo patriótico se apoderó de la jóven generacion. El hijo mayor se alistó en la milicia de la Carolina del Sur, y poco despues murió en un combate; Andrés, que sólo contaba entónces trece años, alistóse á su vez con su otro hermano en 1780, y ambos sirvieron hasta el fin de la guerra. Habiendo caido Andrés en poder del enemigo durante una encarnizada refriega, un oficial le ordenó cierto día que le limpiase las botas; pero el jóven, poseido de la mayor indignacion, negóse terminantemente á obedecer, diciendo que él era prisionero de guerra y no criado; y entónces el oficial descargándole un sablazo, le infirió una herida de no poca gravedad. Aquel acto era odioso, y debió producir una impresion profunda en el ánimo del indomable jóven, pues más tarde, ya hombre, trató con desapiadada severidad á cuantos ingleses cayeron en su poder.

Desde su más temprana juventud, Andrés Jackson había dado á conocer ya ese genio impe-

rioso é irritante que le debía caracterizar toda la vida; aunque fanfarron, todos reconocian en él un valor á toda prueba, que rayaba en temeridad; pero era generoso con los débiles, que reconociendo su superioridad buscaban su proteccion, y sólo se enfurecia con aquellos que se le presentaban como contrarios ó enemigos. Cierta día, siendo aún muchacho, amenazó con la muerte al primero de sus camaradas que se atreviera á reirse de él. Algunos años más tarde, cuando ejercia en el Tribunal de justicia de Tennessee, enredóse un día de palabras con un abogado que le insultó; ciego de cólera, descargóle un tremendo puñetazo que le derribó en tierra, y no contento con esto, le pisoteó á su sabor. De carácter iracundo, buscando siempre altercados y duelos, conservó sus tendencias belicosas hasta el fin de su existencia. Cuando hablaba en sus momentos de irritacion, renegaba y juraba como un carretero, si bien parece que abandonó esta costumbre despues de la muerte de su esposa, á quien amaba tiernamente, y cuya pérdida le entristeció mucho. Citaremos, por último, un hecho que nos revela mejor que todo lo demás hasta qué punto podia llegar el carácter irascible y casi salvaje de Andrés Jackson. En 1806, un tal Cárlos Dickinson le desafió, y el duelo, que debía tener un resultado fatal, se llevó á cabo con una sangre fría y ferocidad que casi le comunicaban el carácter de asesinato. Dickinson, que pasaba por uno de los mejores tiradores del país, debía disparar primero; pero Jackson se había propuesto matar de todos modos á su contrario si este no le heria mortalmente. Dickinson hizo fuego é hirió á su antagonista, aunque no de gravedad, y entónces Jackson, apuntando cuidadosamente, atravesó de un balazo el pecho de su enemigo, que cayó en tierra moribundo, y á quien no quiso confesar que él había sido herido antes sólo para agravar el padecimiento de Dickinson, resintiendo su amor propio al hacerle creer que su decantada destreza como tirador no era merecida. Tal refinamiento de crueldad basta para formar idea del grado que podia alcanzar á veces el espíritu vengativo de Jackson. Este sangriento drama no le causó la menor impresion, y tanto es así, que guardaba en su alcoba como una reliquia la pistola fatal, y enseñábasela á sus amigos con la mayor complacencia, diciéndoles que era el arma con que había matado á Dickinson. Sin embargo, Jackson tenia impulsos de bondad cuando nadie le hacia la contra, y en sus últimos días mostróse

muy religioso. Hay muchas figuras más grandes y nobles que la suya, pero muy pocas tan notables.

La madre y el único hermano de Jackson murieron poco ántes de terminar la revolucion; y entónces, abandonado á sí mismo y dejándose llevar por el desórden de la vida militar, entregóse á la disipacion; pero con rara energía supo contenerse á tiempo, y rompiendo de pronto con sus costumbres, resolvió en 1784 estudiar leyes en casa de un distinguido abogado. Despues de trabajar tres años asiduamente, el gobernador de la Carolina del Norte le nombró abogado general para la parte oeste de dicho Estado, que despues fué el Tennessee (1787). Allí, alistado en la milicia, hubo de guerrear á menudo contra los indios que ocupaban las fronteras del territorio, demostrando siempre tanto valor y energía que sus enemigos le distinguieron con los expresivos apodos de *Cuchillo cortante* y *Flecha acerada*.

Jackson continuó desempeñando así sus dobles funciones de magistrado y miliciano hasta 1796, en cuyo año, despues de contribuir como diputado de una convencion á establecer la Constitucion del Tennessee, se le eligió como representante en la Cámara. Al año siguiente nombrósele senador de los Estados Unidos, pero terminada la legislatura presentó su dimision, pues debía volver á su Estado para desempeñar las dobles funciones de juez del Tribunal supremo y Mayor general de la milicia.

En 1804. Jackson resignó su dignidad de juez y fué á establecerse en una granja á pocas millas de Nashville, donde se dedicó activamente á la agricultura, permaneciendo allí hasta que estalló la guerra de 1812 con Inglaterra; y entónces comenzó una fase muy notable de su carrera.

Jackson tenía por aquella época cuarenta y cinco años; hasta entónces había distinguido como hábil é intrépido jefe de la milicia en las guerras contra los indios, desempeñando despues con inteligencia los cargos de representante en el Congreso, senador y juez; pero sin adquirir una de esas reputaciones que hacen célebre á un hombre. La fortuna, sin embargo, le deparó muy pronto nuevas oportunidades para alcanzar gloria, sirviendo á su país.

Habiendo reunido dos ó tres mil voluntarios, diósele órden de avanzar por el Mississipi, rio abajo, para ir á proteger la ciudad de Nueva Orleans y sus inmediaciones (1812); pero al

cabo de algunas semanas, los servicios de aquel reducido cuerpo de ejército no se juzgaron ya necesarios y dióse orden de disolverle. A principios de 1813, Jackson obtuvo el mando de una expedición contra los indios creeks, del Sur, que de concierto con los del Norte cometían muchas devastaciones en las fronteras, entregándose á la matanza y al pillaje; y mientras que el general Harrisow operaba en el Norte, Jackson activó la guerra en el Sur con la mayor energía. Tan audaz como infatigable, persiguió sin tregua por todas partes á los indios, los batió, matólos á centenares, y los aniquiló ó dispersó. Su principio era no hacer las cosas á medias; la guerra no era para él más que el exterminio completo del enemigo.

Aquella sangrienta lucha terminó por un tratado, segun el cual los indios consentían en deponer las armas (1814).

En el mes de mayo de este mismo año Jackson obtuvo el título de Mayor general (teniente general) del ejército de los Estados Unidos; y poco despues, habiendo sabido que un cuerpo de tropas inglesas estaba en Pensacola (entónces posesion de España) para reclutar indios y ejercitarlos, aconsejó á su gobierno apoderarse de este punto. Como la contestacion se difiriera demasiado, Jackson tomó sobre sí toda la responsabilidad, púsose á la cabeza de 3,500 hombres, y cayendo sobre Pensacola se apoderó de la ciudad. Seguro entónces por esta parte, volvió á Luisiana y estableció en este punto su cuartel general.

Hablábase hacia algun tiempo de una próxima invasion de los ingleses, pero no se sabía á punto fijo por qué punto llegarían, y así es que la inquietud y el temor embargaban los ánimos. El general Jackson comenzó por fortificar la ciudad, hizo publicar la ley marcial y se arrogó poderes absolutos. Muy pronto supo que los ingleses acababan de establecerse á diez millas de la ciudad, en número de diez ó doce mil hombres, y sin vacilar marchó atrevidamente á su encuentro, recomendando ántes á la poblacion que en caso de necesidad se defendiera hasta el último trance, y declarando que estaba resuelto á pegar fuego á la ciudad ántes que ver á los ingleses dueños de ella.

La situacion era muy crítica, y la más angustiosa ansiedad embargaba los ánimos, mientras que Jackson, habiendo alcanzado á los ingleses les libró el primer combate, pero sin resultado decisivo por una ni otra parte. Entónces, remontando un poco el Mississipi, fué

á establecerse á seis millas más abajo de la ciudad, en una buena posicion, que fortificó más aún por medio de anchos fosos y muros de balas de algodon; tenía consigo seis mil hombres, con un cuerpo de hábiles tiradores de Kentucky y del Tennessee.

Despues de algunos dias de escaramuzas, los ingleses resolvieron atravesar el rio para atacar la posicion, mas al llegar fueron recibidos por un mortífero fuego graneado que contuvo á las tropas. El general en jefe, Pakenham, que se habia lanzado para animar á su gente, cayó herido de un balazo, y aunque los demás sostuvieron la accion con el denuedo de soldados veteranos, las descargas de los tiradores, protegidos por las balas de algodon, así como de las otras tropas, llegaron á ser tan destructoras que á las dos horas de lucha los ingleses se retiraron en desórden, dejando dos mil hombres entre muertos y heridos, entre ellos dos jefes superiores y varios oficiales, que habian sido el blanco preferente de los tiradores americanos (1815). Esta brillante y decisiva victoria, debida principalmente á las hábiles disposiciones de Jackson y á la energía que supo comunicar á sus tropas, produjo el mayor entusiasmo, alcanzando con esto el general una inmensa popularidad, pues no sólo lisonjeaba el orgullo nacional, sino que las consecuencias debían ser importantes.

El ejército inglés se habia reembarcado apresuradamente, y por tanto el Norte América no tenia ya nada que temer, pero Jackson no dejó de mantener por eso las severas medidas adoptadas en un principio. Habia prohibido por una orden del dia á todos los diarios publicar nada que se refiriese al ejército; pero algunas semanas despues de la batalla, y cuando ya se hablaba de la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos, un periódico creyó que ya se podía contravenir dicha orden. Jackson mandó prender al redactor, y como este declarase que el autor del artículo era un individuo de la legislatura, el general dió orden de arrestar al diputado indiscreto; el juez del Tribunal de los Estados Unidos se interpuso á su vez, y Jackson, sin atender á razones, mandó prenderle también y conducirlo fuera de la ciudad. Por este hecho el general fué citado ante los tribunales y se le condenó á pagar una multa de 1,000 duros, cuya cantidad, sin embargo, recobró despues gracias á una suscripcion pública. Este incidente nos da á conocer muy bien el carácter de aquel hombre y las costumbres del país.

Tres años despues (1818) dióse orden á Jackson para que, de concierto con el general Gaines, fuese á reprimir las depredaciones de los seminolas de la Florida en la frontera, siendo de advertir que este territorio pertenecía entónces á España. El general americano, que sólo veía en la guerra contra los indios el objeto que se trataba de alcanzar, penetró atrevidamente en el interior, persiguiendo á los enemigos sin descanso; apoderóse de varios fuertes pertenecientes á España, con cuya nacion se estaba entónces en paz, y hasta se hizo dueño de Pensacola, donde estableció á varios oficiales americanos. Despues entró á sangre y fuego en los pueblos indios y obligó á sus guerreros á ocultarse en los pantanos ó en el interior de los bosques. Dos ingleses, Arbuthnot y Ambrister, habian sido sorprendidos, el primero en un fuerte español con dos jefes indios, y el otro cuando dirigía una expedición encargada de destruir un pueblo de los seminolas; los dos jefes indios fueron ahorcados al punto sin formacion de proceso; y los dos ingleses, despues de algunos dias de prision, entregáronse á un tribunal de guerra para que los juzgara. El uno fué condenado á muerte, y el otro á ser azotado; pero esta sentencia no convino á Jackson, y por su propia autoridad mandó ahorcar al uno y fusilar al otro.

Los partidarios del general dijeron que no era dudoso que aquellos dos ingleses hubieran excitado á los indios á la guerra, y que por lo tanto habian merecido la muerte; pero más tarde, este acto y otras violencias análogas suscitaron enérgicas acusaciones contra Jackson en el seno del Congreso, por parte de sus adversarios políticos, y pidióse con insistencia una censura formal. Sin embargo, los amigos del jefe americano, apoyados por el entusiasmo popular, que le exaltaba mucho, no sólo por sus victorias sino por sus opiniones democráticas, defendiéronle con el mayor empeño y obtuvieron una mayoría de votos en su favor. El proceder de Jackson para con las autoridades españolas hubiera podido producir graves dificultades, pero sofocáronse en su gérmen por la cesion de la Florida á los Estados Unidos mediante una indemnizacion. Este hecho, lisonjeando el orgullo nacional, no dejaba de tener, por otra parte, mucha importancia, pues daba al Sur la unidad y una posicion más fuerte (1821).

El general Jackson se encargó de las negociaciones relativas á dicha cesion; y cuando hubieron terminado, el presidente Monroe le

nombró primer gobernador de dicho territorio; pero sólo ocupó un año este destino, pues su Estado le acababa de elegir otra vez como senador en el Congreso (1823).

Hacia 1824, cuando comenzaron las elecciones para el cargo de presidente, Jackson fué uno de los cinco candidatos que aspiraban á esta suprema magistratura, y obtuvo más votos que sus competidores, pero no los suficientes para ser elegido.

Segun la Constitucion, la cámara de representantes debió resolver sobre la eleccion definitiva, y dió la preferencia á Juan Quincy Adams, que pertenecía al partido federal; pero terminados los cuatro años de su primera administracion, Jackson se presentó de nuevo como candidato. Sus amigos y partidarios habian tenido tiempo para organizar sus fuerzas, exaltar el espíritu popular por el elogio de sus hazañas y de sus eminentes cualidades, y gracias á esto triunfó de Quincy Adams por una gran mayoría (1828).

Muchos hombres sabios y notables políticos no vieron sin cierta inquietud las probabilidades de aquella victoria, pues recordaban su carácter violento, audaz y obstinado, sus odios implacables contra todos aquellos á quienes consideraba enemigos, y su proceder despótico, del que habia dado tantas pruebas durante el mando militar. Sin embargo, por otra parte, su lealtad, su honradez y su patriotismo parecieron á muchos hombres ilustres garantías suficientes; y como el pueblo le idolatraba á causa del prestigio de la victoria de 1815 y de sus demás triunfos, su elevacion á la presidencia pareció muy natural. Cuando fué elegido para desempeñar su elevado cargo, Jackson tenia ya 62 años, es decir, la edad en que ya se deja sentir el amor al reposo, en que las pasiones se han amortiguado y en que la experiencia y la moderacion llegan á ser los guías dominantes de la vida; pero los años se habian deslizado sin hacer gran mella en la constitucion de hierro y en el carácter indomable de aquel hombre, y durante sus dos administraciones (1829 á 1837) siempre demostró la actividad, la energía, la violencia de pasiones, y al mismo tiempo la inteligencia y el juicio superior, que recordaba las cualidades y defectos de la juventud y que admiraron á la vez á partidarios y enemigos. Ningun presidente, excepto Washington, habia tenido tanta popularidad; pero ninguno tampoco excitó contra sí tantas enemistades. Dos cosas explican este fenómeno: la extremada energía

de su carácter, que conservó hasta el fin, y la circunstancia de haber sido el jefe y la más alta personificación de la democracia americana.

La toma de posesión del general Jackson como séptimo Presidente de los Estados Unidos se efectuó con todas las ceremonias que dan mayor realce é interés á este acto. Habiendo llegado á Washington con un mes de anticipación, y hechos todos los preparativos necesarios, Andrés Jackson se presentó el 4 de marzo en el Capitolio, y ante un inmenso concurso, entregó su manifiesto inaugural, que era breve, conciso, y expresaba con toda claridad cuáles eran las opiniones del jefe del poder ejecutivo y la política que se proponía observar al empuñar las riendas del gobierno.

Al principio de su administración, Jackson se mostró tan moderado y digno, que muy pronto se desvanecieron los temores que había inspirado. El Presidente se mantuvo fiel por el pronto á sus promesas y á su declaración de principios; escuchaba los consejos de los individuos del gabinete y de los jefes influyentes del partido democrático; pero poco á poco prevalecieron sus tendencias absolutas.

La posición de los funcionarios públicos en los Estados Unidos no es la misma que en Europa; todos dependen sólo de la voluntad del Presidente; y como cada vez que sube al poder uno nuevo hay muchas ambiciones que satisfacer y no pocos servicios que recompensar, habíase establecido la costumbre de cambiar los empleados, en mayor ó menor número, sólo para dejar lugar á los amigos del que triunfaba. Los demás presidentes habían usado de su privilegio hasta entonces con cierta moderación y equidad; pero no sucedió lo mismo con el general Jackson. Durante el primer año de su administración casi todos los federales fueron declarados cesantes y sustituidos con demócratas, de lo cual resultaron vivas quejas y reprimendas, así en la prensa como entre el público; pero Jackson no era hombre para afectarse por esto. Bien claramente había anunciado al principio de su administración que recompensaría á sus amigos, desdénando á sus adversarios, y aprovechó la oportunidad de todas las elecciones para imprimir bien la idea, por medio de circulares y de sus agentes, que sería ventajoso trabajar en su favor y peligroso hacerle la contra. Al dirigirse así al interés personal, comunicaba á sus partidarios un singular estímulo para hacer triunfar sus opiniones; y por medio de comités en todos los Estados, que

se organizaban en cada condado, ciudad ó pueblo, los electores obraban en toda la Union con la regularidad de un ejército bien disciplinado. Durante la administración de este Presidente fué cuando se estableció como doctrina que á los vencedores correspondían los despojos, doctrina que, preciso es confesarlo, fué adoptada también por el partido contrario, que en caso de victoria debía considerar como muy legítimo ponerla en práctica.

En Europa se debe considerar como un asunto grave y enojoso este cambio casi general de empleados públicos según las opiniones que triunfan en la elección presidencial; pero es un resultado inevitable del juego de las instituciones. Una vez en el poder, Jackson no quiso guardar consideraciones de ninguna especie en este punto, ni tuvo la menor moderación; en prueba de ello baste decir que durante los ocho años de su gobierno fueron separados de sus destinos seiscientos noventa funcionarios públicos; mientras que el número total de cesantías en las anteriores presidencias, desde 1789 á 1829, no excedió de setenta y cuatro.

Por lo demás, hay tantos recursos en los Estados Unidos, que para muchos americanos los efectos se neutralizan en gran parte; lo que produciría en Europa la ruina y la miseria, no conduce entre aquellos más que á un cambio de carrera, de oficio ó de profesión; y esa inestabilidad no impide que se busquen con afán los destinos del gobierno.

Un conflicto muy grave, el asunto de la *anulación*, vino á reclamar muy pronto toda la energía y la habilidad del general Jackson. Los Estados del Sur son exclusivamente agrícolas, y en los del Norte, próximos al Océano, hállanse casi todas las fábricas de la Union; para protegerlas contra la competencia inglesa, así como para crear una renta pública habíanse aprobado varias leyes cada vez más restrictivas desde 1816 á 1828, y así se establecieron derechos que, excepto para algunos artículos principales de lana y algodón, así como para el hierro, eran generalmente inferiores al 40 por 100.

En 1832, habiéndose renovado varias quejas por parte de los Estados del Sur, redoblaron sus reclamaciones más enérgicamente, pasando de las amenazas á las medidas graves. En octubre de 1832, la legislatura de la Carolina del Sur organizó una convención con delegados del pueblo, á fin de resolver sobre las leyes del Congreso relativas á las aduanas, y sobre las

que podrían hacerse para el porvenir, debiéndose proponer igualmente los medios á que el gobierno federal podría apelar para satisfacer las reclamaciones. En el mes de noviembre, esta convención aprobó, por una mayoría de 136 votos contra 26, un decreto que debía ser ejecutivo á contar desde 1.º de febrero de 1833, á menos que el Congreso no hubiese reducido para entonces las tarifas; en dicho decreto preveníase que las diversas leyes vigentes hasta entonces sobre las aduanas, y particularmente las de mayo de 1828 y de julio de 1832, no estaban autorizadas por el pacto federal, cuyo espíritu violaban, y que por lo tanto eran *nulas y sin efecto*, y que el Estado se resistiría á cumplimentarlas. En apoyo de esta declaración de guerra, la Carolina armó y ejercitó á su milicia; los demás Estados del Sur, y particularmente Virginia, Georgia y Alabama manifestaron su satisfacción ante semejante actitud, y sostuvieron también que la soberanía de los Estados era tan absoluta que tenían derecho para *anular* toda orden del gobierno que contra él atentara. Esperábase ya sólo el momento oportuno para obrar y se hablaba de una alianza en todo el Sur; de modo que el peligro era grave, pues hasta la misma existencia de la Union estaba pendiente de un hilo, como suele decirse. En tan crítica circunstancia el general Jackson demostró un carácter admirable de firmeza y moderación; después de llevar las cosas con mucha paciencia, contestó al fin al manifiesto de la Carolina con un elocuente mensaje, en el cual tuvo cuidado de no estampar ninguna palabra ofensiva, y en el que conjuraba á los disidentes con ardiente patriotismo, á no rebelarse contra la santa causa de la Union. Al mismo tiempo hizo preparativos de guerra, y obtuvo del Congreso la aprobación de un *bill* autorizándole á emplear todos los medios necesarios para que se respetasen los derechos del gobierno.

En aquellos momentos de crisis, la menor imprudencia, una sola chispa hubiera bastado para encender el fuego de la guerra en todo el país; pero muy oportunamente intervino Enri que Clay, que doce años ántes había servido también de mediador en una cuestión igualmente grave, aunque producida por una causa diferente. Defensor de las fábricas, en su calidad de federal, propuso una nueva ley de aduanas, de tal naturaleza que conciliase los intereses opuestos; y habiéndola aprobado ambas cámaras, fué sancionada por el Presidente el 1.º de marzo.

En esta ley estipulábase la reducción gradual de la tarifa de dos en dos años, por décimas partes de la diferencia entre la cifra actual y la definitiva, con una reducción considerable de las cinco décimas partes de este excedente el 30 de junio de 1842. A partir de esta fecha, el derecho no debía exceder del 20 por 100 en ningún artículo.

Algunos días después, la Convención de la Carolina retiró su acuerdo del mes de noviembre; mas para mantener su derecho sostuvo las leyes de la legislatura sobre la milicia, y hasta aprobó una orden que anulaba otra del Congreso, llamada *bill de Fuerza*, cuyo objeto era conferir al Presidente ciertos poderes para asegurar la percepción de los derechos debidos al tesoro federal. Sin embargo, la nueva ley restablecía de hecho la buena inteligencia en la Union en lo concerniente á las aduanas; y si la doctrina de los derechos absolutos de los Estados particulares está apoyada todavía por un partido poderoso en el Sur, es porque se ve un peligro en el porvenir.

La crisis que tan violentamente había sobrecitado los ánimos, produciendo tan profunda inquietud, se acababa de conjurar; la satisfacción pública fué inmensa, y se proclamó al general Jackson salvador de la constitución. El elogio era merecido, pues en todo este asunto el Presidente demostró una rara mezcla de moderación, de energía y de prudencia.

Casi inmediatamente prodújose otra grave cuestión entre el Presidente y el Banco de los Estados Unidos. Al hablar de ella, Mr. Chevalier dice lo siguiente en una de sus cartas sobre la América del Norte: «En el calor del debate, y al ruido de las aclamaciones que siguieron al restablecimiento del orden (cuestión de la Carolina), el antiguo espíritu guerrero se despertó en el alma del general Jackson, y sin permitirse un momento de reposo, emprendió una vigorosa campaña contra el Banco; pero esta era una lucha casi sin provocación, y seguramente sin justicia.»

Natural era emitir semejante opinión en 1834 en medio de la lucha apasionada de los poderes, el Presidente y el Banco; pero veinte años después, los hombres pensadores de aquella República habían tenido tiempo para reflexionar, apreciando bien los resultados de aquella cuestión; y hoy, las opiniones en los Estados Unidos están completamente de acuerdo para dar la razón á Jackson, si no en las formas, por lo menos en el fondo y el objeto que el Presi-

dente quería alcanzar, es decir, «el restablecimiento del oro y de la plata como única señal representativa reconocida por la constitucion,» en vez de los innumerables billetes de Banco, que excedían por mucho á todo el numerario del país, dando lugar á desenfrenadas especulaciones y escandalosos fraudes.

El Banco de los Estados Unidos se había autorizado en 1816 hasta el 3 de marzo de 1836, y su capital era de treinta y cinco millones de duros, divididos en trescientas cincuenta mil acciones. Era un Banco de descuentos, de circulación y de depósitos, y gozaba de los beneficios inherentes á sus operaciones. Su centro principal estaba en Filadelfia; tenía veinticinco sucursales en las ciudades más importantes de la Union, con derecho á multiplicarlas cuando lo juzgase oportuno; sus billetes se recibían en todo el país, y ántes de las hostilidades del general Jackson sus acciones tenían una prima de 25 ó 30 por ciento. Hacia negocios enormes, y acusábanle sordamente de aventurarse en algunos tan temerarios y peligrosos, que podrían acarrear una catástrofe.

Hacia mucho tiempo que el Presidente había formado su opinion sobre el Banco, y ya en 1830 lo dió á entender en su mensaje de fin de año, al hablar sobre la renovacion de la Carta, que no caducaba hasta 1836: «La constitucionalidad y la ventaja de la ley que ha creado ese Banco se han puesto en duda por una gran parte de nuestros conciudadanos, y todos convienen en que no ha llenado su principal objeto, cual era establecer una circulacion de valores sólidos y uniformes.» Jackson insinuaba así al Congreso que debía rehusar la renovacion.

En 1832 se presentó el *bill* para renovar la Carta del Banco, y se aprobó por ambas Cámaras; pero el Presidente opuso su *veto*, lo cual produjo un concierto de quejas y acusaciones violentas por parte de la prensa, que protegía al Banco, y de los numerosos defensores de aquel establecimiento. «Jackson no hizo el menor aprecio de toda esta oposicion, y en la nota que contenía su *veto* limitábase á decir: «He cumplido con el deber que me impone el país: si mis compatriotas me apoyan les quedaré agradecido, y si no, siempre estará tranquila mi conciencia. A pesar de los contratiempos que nos rodean y de los peligros que amenazan nuestras instituciones, no hay motivo alguno para abatirnos ó alarmarnos, y debemos confiar en la bondad de la Providencia,

que á no dudarlo vela sobre los destinos de nuestra república y de la patria, para que se conserve la libertad y la union entre nosotros.»

Cuando se recibió el *bill* con el *veto* del Presidente, comenzóse de nuevo á discutir sobre la renovacion de la Carta del Banco, pero como no se obtuvieron dos terceras partes de los votos en favor, se desechó al fin. El asunto quedó por lo pronto así, por estar muy adelantada la legislatura, y porque llegaba el día de las elecciones; pero no debía ser este el desenlace, segun veremos.

El día 2 de marzo de 1833 terminaba el plazo de la primera administracion de Jackson, á quien se había reelegido el otoño anterior por una inmensa mayoría, á pesar de los esfuerzos de sus adversarios políticos. Martin Van Buren se presentó esta vez como su más fuerte competidor, pero sólo alcanzó ciento ochenta y nueve votos, mientras que Jackson obtuvo doscientos diez y nueve, por lo cual fué elegido aquél vicepresidente. Esto demostraba claramente la influencia del partido democrático, que apoyaba con la mayor decision la política de su jefe.

El 4 de marzo se celebró la ceremonia de la toma de posesion del Presidente, que entregó su mensaje inaugural despues de haber prestado el juramento de costumbre. La excitacion política parecía haberse calmado un poco, y deseando Jackson aprovechar esta oportunidad, resolvió hacer un viaje á los Estados del centro y del Occidente, donde fué recibido con muestras de estimacion y aprecio, sobre todo de parte de aquellos que defendían sus principios. Más cordial acogida se hizo, sin embargo, á Enrique Clay, que había disputado á Jackson su segunda presidencia, y que así como este, hizo un viaje en la misma época.

De vuelta de su excursion, Jackson, preocupado siempre con la cuestión del Banco, y resuelto á conseguir sus fines, adoptó medidas más enérgicas y hostiles, tomando atrevidamente la iniciativa para un golpe decisivo. A pesar de las observaciones de la mayoría de su gabinete, mandó retirar del Banco los fondos del gobierno, que se le habían confiado en virtud de su Carta, y que le permitían extender ventajosamente sus operaciones, puesto que el capital se elevaba entonces á diez millones de duros. El gabinete desaprobaba, pero Jackson se limitó á contestarle: «Tomo sobre mí toda la responsabilidad.»

El Secretario del Tesoro, que rehusaba

llevar á cabo una medida considerada por él como un funesto abuso de poder, recibió orden de presentar su dimision, y los fondos fueron retirados. El Banco elevó entonces profundas y ruidosas quejas; los ánimos de muchos se exasperaron, y la cuestion se envenenó de cada vez más. Por vía de represalias, y para excitar el descontento público contra el Presidente, el Banco redujo por lo pronto sus descuentos, en primer lugar, segun alegó, porque la retirada de los fondos del gobierno disminuía mucho la cantidad de numerario que tenía en sus cajas; y además porque, estando amenazada su existencia gravemente por el *veto* del general Jackson, la prudencia aconsejaba que se preparase muy de antemano una liquidacion. De aquí resultó que los demás Bancos, sobre los cuales ejercía el principal una poderosa influencia, redujeron también sus descuentos y operaciones; las fuentes del crédito quedaron casi cerradas, y prodújose así en las ciudades comerciales de la Union un trastorno general, siguiéndose muy pronto el malestar, la crisis y centenares de quiebras. Entonces fué cuando estallaron más ruidosas quejas, y hasta furiosas imprecaciones contra un Presidente «que violaba las leyes, y que infringía la constitucion, para satisfacer sus odios, tan injustos como implacables.» Hasta se produjeron formales acusaciones á fin de hacer al Presidente odioso al país, y para que se le juzgase y degradara por el Congreso.

Parecía que el general Jackson iba á sucumbir ante la violencia de aquel huracan; pero mantúvose firme, sin doblegarse ni ceder un palmo de terreno: en aquella ocasion el Presidente demostró que aún era el *Hickory* (1) que los indios hallaban siempre pisándoles los talones sin tregua ni descanso, y al que no podían cansar ni sorprender, porque ni la astucia ni la fuerza servían para aquel hombre. Violentamente atacado, y abandonado por muchos de sus partidarios, defendióse con tanta energía como habilidad en nombre de los principios y de la independencia; y como tenía mucho talento para dominar las masas, sabiendo muy bien que su fuerza estaba en la clase agrícola, la más considerable, todos sus argumentos fueron elegidos para producir en ella una favorable impresion.

(1) El *Hickory* es una especie de negal propio de América, cuya madera, muy dura y compacta, no se puede romper sin mucha dificultad. Los indios habían dado este nombre al general, y como sus amigos se le conservaron, llegó á ser muy popular este calificativo.

En setiembre de 1833, en su último mensaje anual, y en un documento leído á sus amigos y á sus ministros, el Presidente acusó al Banco: 1.º «De haber intrigado para que la renovacion de su Carta se sometiera al Congreso durante la legislatura de 1831 á 1832, á fin de poner al jefe del gobierno en la alternativa de dar su consentimiento á la aprobacion del Congreso ó de exponerse á perder los votos de los amigos del Banco cuando se hicieran las elecciones de la Presidencia, si se oponía á la resolucion favorable. 2.º De haberse mezclado en la política, trabajando contra el Presidente en las elecciones de 1832, aumentando con este fin la suma de sus descuentos y adelantos en la cantidad de 28 millones de duros; y 3.º De haber querido pervertir la libertad de la prensa, ya por medio de publicaciones sin fin, de discursos y folletos, ó bien ganando á los periódicos para favorecer su causa.»

Además de estas declaraciones oficiales, los amigos del Presidente publicaron en los periódicos una serie de artículos hábilmente redactados, en los que, bajo todas las formas y todos los tonos, demostraban que «el Banco, que acusaba al poder ejecutivo de usurpacion y tiranía, era el verdadero tirano; que se valía de todos los medios para derribar el gobierno, pervirtiendo al pueblo; que prodigaba el oro para comprar los votos del Congreso y la prensa; que con marcada intencion ocasionaba el malestar y la ruina, paralizando el comercio y la industria, lo cual debía conducir á los trabajadores á la miseria; y que todo esto lo hacía para asegurar el triunfo de su sistema financiero y la duracion de su existencia.»

Como se sabía muy bien que el presidente del Banco, los directores y los hacendistas que mantenían relaciones con él no estaban en buena inteligencia con la gran mayoría del pueblo, añadíase: «¿No es muy extraño que en un país libre el presidente del Banco viva con el fausto y la magnificencia de un príncipe de sangre real; y que desde su palacio de *Andalucía* vaya diariamente á su palacio de mármol de Filadelfia para publicar los ukases que producirán el alza ó la baja en todo el país? ¿No es un verdadero soberano del oro aquel cuya voluntad basta para que el dinero abunde ó escasee, para que la propiedad aumente ó baje de precio, haciendo á los hombres ricos ó pobres, y cuyo favor ó enemistad suponen la riqueza ó la ruina? ¿No es ese director un gobierno sobre el cual no tiene ni puede tener

accion el pueblo? ¡Y cuando el general Jackson, el héroe de dos guerras, que con peligro de su vida rechazó de la Union las bayonetas inglesas, quiere purificar el suelo de la patria de ese centro de tiranía y de corrupcion, se tiene la audacia de insultarle, acusándole de tiranía!»

El Banco sostuvo la lucha hasta el fin, oponiendo la astucia á la astucia, la violencia á la violencia; pero el resultado de las elecciones en 1833 le habia sido adverso, y aumentó el número de partidarios de la administracion en la cámara de los representantes; de modo que el Banco no pudo obtener la renovacion. Entónces se reformó como Banco local del Estado de Pensilvania, y pocos años despues su liquidacion definitiva fué tan desastrosa, que muchas familias se arruinaron.

Sólo nos falta considerar un hecho importante, cual es el carácter que el general Jackson imprimió á su política exterior. Organó de la democracia, mostróse algunas veces en sus relaciones con las potencias extranjeras imperioso hasta la arrogancia, y en una ocasion insolente hasta las amenazas con el soberano de Francia. Véase con qué motivo: hacia largo tiempo que los Estados Unidos reclamaban de Francia una indemnizacion considerable por el valor de los buques americanos apresados y confiscados en cumplimiento de los decretos de Berlin y de Milan; el Imperio habia desechado la demanda, y la Restauracion la eludió, aplazándola varias veces. En 1830 reprodujose de nuevo con mas empeño que antes, y el ministro de los Estados Unidos, Mr. Rives, aprovechándose de los apuros de la dinastía de Orleans, consiguió negociar un tratado el 4 de julio de 1831, por el cual se fijaba la indemnizacion en 25 millones de francos, con tal que el gobierno americano abonara de su parte 1.500.000 francos para satisfacer las reclamaciones dirigidas por ciudadanos franceses. Por un singular descuido, en este tratado, que contenia una promesa de dinero, se olvidó reservar los derechos de las cámaras; la indemnizacion se debia satisfacer en seis plazos, y el gobierno de los Estados Unidos, confiando en que el pago de una deuda reconocida por tratado no ofreceria ninguna dificultad, envió su primera letra para atender á las reclamaciones de los franceses. El ministerio, que habia aplazado varias veces la peticion á las cámaras, contando con una resolucion favorable, la reprodujo en 1834; pero entónces se rehusó el dinero, y el tratado fué devuelto á los Estados Unidos con protesta.

Ya hemos visto hasta dónde llegaba la paciencia y la mesura del general Jackson: resentido de aquellas tardanzas, y conociendo el carácter débil del rey Luis Felipe, pero olvidando que se dirigia á Francia, la primera y generosa aliada de los Estados Unidos, escribió en un mensaje de 1834 un párrafo altivo hasta la amenaza, en el que proponia que los Estados Unidos *se hicieran justicia por su mano*, pidiendo al Congreso, en el caso de que el tratado no se votara en la próxima legislatura, que autorizase la confiscacion de propiedades francesas. Semejante declaracion en un documento oficial produjo en América una impresion profunda, al pronto de asombro; pero despues, el orgullo nacional, tan fácil de excitarse, se exaltó bajo la influencia de los periódicos; y las pasiones populares, cuyo grito fué siempre: «Nuestro país, con razon ó sin ella,» proclamaron como un acto de sublime patriotismo y de hábil táctica el arranque de su Presidente favorito; de modo que una inmensa mayoría de votos sostuvo que los Estados Unidos tenian razon, y que Francia habia faltado. En cuanto al gobierno francés, contestó con muy pocas palabras á la amenaza del Presidente, limitándose á decir: «Hacéos la justicia por vuestra mano si os atreveis á ello;» y despues aguardó con una actitud tan digna como firme. De creer es que á pesar de toda su fogosidad y persistencia, el general Jackson, que no era un atolondrado, no se habria atrevido, por muchas graves razones, á lanzar á su país en una guerra contra Francia. ¿Qué sucedió entónces en Francia, donde aquel insulto habia causado tanto asombro como indignacion? La misma mayoría parlamentaria que rechazara el tratado por las vías pacíficas, cediendo á las secretas instancias del rey y á las intrigas de los ministros, concedió lo que se le pedia en sôn de amenaza; pero justo es reconocer que ántes de pagar se juzgó digno exigir una retractacion en lo relativo á la amenaza. Esto se obtuvo en parte, y el asunto terminó con esta escena de comedia.

Hacia fines de 1836 el general dirigió al Congreso su último mensaje, justificativo de toda su política, y en el cual recomendaba á Van Buren, cuya eleccion habia preparado y apoyado, que perseverara en su misma línea de conducta.

En 4 de marzo de 1837 Jackson se retiró de la vida pública y fué á residir en su dominio de la Ermita, cerca de Nashville (Tennessee),

conservando siempre su popularidad, y donde le visitaban y consultaban los principales jefes del partido democrático.

Jackson murió el 8 de junio de 1845, y muy poco ántes, conociendo que se acercaba su fin, pronunció las siguientes palabras: «Abrigo la esperanza de veros en el cielo á todos, negros y blancos.» Habia cumplido ya los setenta y ocho años, y en los últimos dias de su vida se mostró muy religioso. A pesar de sus largos servicios como militar y como político, sólo dejó una mediana fortuna, pues siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores, siempre fué probo y desinteresado, á lo cual debió en parte su popularidad y su influencia. En la plaza del Presidente, en Washington, se le ha erigido una estatua colosal.

En la época de la primera administracion de Jackson, el coronel Burr, antiguo vicepresidente de los Estados Unidos, hablando un dia del general con dos ó tres amigos, les decia: «Jackson tiene todas las cualidades de un presidente propio para gobernar este pueblo, porque es un hombre de voluntad de hierro, y de hierro puro sin mezcla.—Pero ¿es hombre de talento cultivado y de educacion clásica?—preguntó uno de los oyentes.—Esto no es necesario para ser Presidente de los Estados Unidos.—replicó Burr;—Andrés Jackson no gobierna segun los libros; es hombre de recto juicio, y administra á su voluntad.»

Esto era juzgar á aquel hombre notable en pocas palabras. Jackson no era orador, ni sabia escribir bien; su instruccion política no era muy vasta; apenas conocia la historia antigua y mo-

derna, pero su sagacidad era notable para las cosas presentes y prácticas; consideraba á los hombres como sus libros, estudiábalos con gran atencion y los penetraba á fondo. Nadie como él comprendió el genio del pueblo americano; conocia perfectamente sus secretos deseos y sus antipatías, y su política consistió en lisonjearle y servirse de él hábilmente.

El resultado de su administracion fué organizar y fortalecer su partido, para asegurarle un poder dominante que aún subsiste; comunicar más fuerza y resolucion al gobierno; suprimir un Banco colosal que aspiraba á dominar al Presidente, al Congreso y al país por la fuerza del dinero; modificar profundamente el sistema monetario de aquella república comercial, y devolver al oro y la plata la preeminencia que les habia usurpado el papel de los Bancos.

El general Jackson ha dejado en el país un sello profundo de su carácter, de sus pasiones y de sus opiniones, que aún subsiste, y que para muchos actos ha llegado á ser regla de gobierno. Un escritor célebre, tan juicioso como profundo, decia lo siguiente al hablar de los Estados Unidos: «De todas las formas de gobierno, la democracia en un gran pueblo es la que electriza más fuertemente, generalizando ántes las pasiones; desarrolla ese amor á la dominacion que constituye el segundo instinto del hombre; devolvedle hoy la independenciam, y mañana la amará como medio de obtener el mando; y una vez que se haya sustraído á la fuerza de las leyes, su primera necesidad será usurparla.»



MARTIN VAN BUREN

Octavo Presidente de los Estados Unidos

Martin Van Buren, político americano y octavo Presidente de los Estados Unidos, nació el 5 de diciembre de 1782 en Kinderhook, condado de Columbia. Era hijo de Abraham Van Buren, perteneciente á una familia de colonos holandeses establecidos en las orillas del Hudson. Desde Washington hasta Jackson, todos los siete Presidentes fueron de origen inglés más ó ménos remoto; Van Buren era el primero de procedencia extranjera.

Después de haber aprendido en las escuelas los primeros elementos de su instrucción, admitiósele á la edad de quince años en casa de un conocido abogado, Francisco Silvester, bajo cuya dirección trabajó hasta la edad de veintiuno; y á fines de 1802 marchó á Nueva York para continuar el estudio de las leyes en casa de un jurisconsulto. Algun tiempo después obtuvo el derecho de ejercer en el Tribunal Supremo, y más tarde volvió á Kinderhook para desempeñar las funciones de su profesión. Desde en-

tónces comienza también su vida política: demócrata pronunciado, como lo había sido su padre, apoyó la candidatura de Luis Morgan al gobierno de Nueva York contra la de Aaron Burr; y en 1809 fué á establecerse en Hudson como abogado.

En 1812, Van Buren, elegido senador de Nueva York, hizo notar por su talento oratorio, y sobre todo por sus esfuerzos para promover la guerra contra los ingleses. En 1815 se le nombró procurador general; pero siendo adversario político de Wit Clinton, cesó en sus funciones en 1817, cuando este último se encargó del gobierno de Nueva York. El 6 de febrero de 1821 fué á ocupar su puesto como senador en el Congreso de los Estados Unidos. Durante la legislatura, Van Buren fué uno de los que más sistemáticamente declaró la guerra al Banco de los Estados Unidos, oponiéndose también á la subida de las tarifas en materia de aduanas, y á la extensión indefinida é

ilimitada del derecho electoral; y al mismo tiempo declaróse por la venta y la cesión de tierras pertenecientes á la República á los Estados que tenían interés en ello.

Acérrimo partidario del general Jackson, y uno de sus más entusiastas admiradores, fué elegido por este Presidente para el cargo de secretario de Estado en 12 de marzo de 1829; y en 1831 Jackson le nombró ministro residente en Londres; pero el Senado se opuso á la ratificación del nombramiento. Más tarde tuvo en cambio una compensación, pues en 1832 la votación en las elecciones le favoreció para obtener el cargo de Vicepresidente al ser reelegido el general Jackson.

Aunque Van Buren era demócrata puro, sus opiniones no eran las que generalmente alimentaba este partido; manifestábase siempre opuesto al sufragio universal; exigía que los electores tuvieran ciertos conocimientos para comprender bien sus importantes deberes, y opinaba que todos debían ser cuando ménos propietarios. Estas ideas políticas distaban mucho de ser populares para la mayoría de sus conciudadanos; mas á pesar de ello, Van Buren sabía atraerse la voluntad del público; tenía buen cuidado de hacerse ver en todas partes, y aunque no fuese hombre de genio notable, no le faltaba cierto talento para hacer carrera en la política. Detestando los principios y la práctica de Juan Quincy Adams, había sabido granjearse el aprecio del general Jackson, como si comprendiera de cuánto podía servirle su apoyo, y esto bastó para que al fin llegase á ocupar el primer cargo de la República.

La Convención nacional de Baltimore designó á Van Buren en 1835 como candidato á la Presidencia, y aunque tuvo por competidores á Enrique Clay, Webster y Harrison, consiguió el triunfo por 24 votos.

Llegado el término de la segunda administración de Jackson, Martin Van Buren fué elegido definitivamente para sustituirle en la Presidencia; y el día 4 de marzo de 1837 se dirigió al Capitolio, con una escolta de infantería y caballería, y seguido de un gran número de personas notables, para tomar posesión de su importante cargo. Van Buren iba sentado junto al general Jackson en una carretela construida con madera de la fragata *Constitucion*, que tanto había figurado en la guerra de 1812 á 1815.

Después de efectuarse las acostumbradas ceremonias, y de entregar su manifiesto inau-

gural, el nuevo Presidente prestó juramento ante el jefe de justicia Tancy. Su discurso, muy bien escrito, revelaba bien los principios y opiniones de Van Buren, el cual decía entre otras cosas: «Al ocupar la silla presidencial, me mostraré inflexible en lo tocante á oponerme á toda tentativa del Congreso que tenga por objeto abolir la esclavitud en el distrito de Columbia, contra los deseos de otros Estados, y asimismo no consentiré que se intervenga en aquellos tratándose de esta cuestión.» Van Buren terminaba su mensaje invocando el auxilio del Todopoderoso para nuestro país.

El estado de los negocios comerciales al encargarse Van Buren de la presidencia, era por demás crítico y alarmante, atribuyéndose la causa de esto principalmente á la traslación de los depósitos y á la circular sobre los pagos en metálico. Los hombres del comercio opinaban que el único medio de remediar los males y perjuicios que ocasionaba la falta de circulación y la dificultad en los cambios, era crear un Banco nacional. No pasó mucho tiempo sin que comenzaran á menudear las quiebras; en las tres primeras semanas del mes de abril suspendieron sus pagos doscientas cincuenta casas de Nueva York; en Nueva Orleans, sólo en el espacio de dos días, se declararon en quiebra varios comerciantes por valor de veintisiete millones de duros, y en otras ciudades otros casos análogos vinieron á demostrar cuán peligrosa era la crisis por que atravesaba el país. Las demandas contra los bancos se repetían diariamente; estos no podían poner en circulación sus billetes; la alarma se convirtió en pánico y al fin, el 10 de mayo, todos los bancos de Nueva York suspendieron sus pagos en metálico, y como si esto no fuera bastante, el Congreso expidió una orden el 16, por la cual autorizaba que la suspensión durase un año. Los bancos de otros Estados siguieron el ejemplo de los de Nueva York, y entónces pudieron ya reconocer todos anticipadamente que la ruina y la miseria serían la consecuencia de aquel aflictivo estado de cosas.

El 3 de mayo se reunieron los comerciantes y banqueros de Nueva York, y se resolvió por unanimidad enviar una diputación á Washington á fin de rogar al Presidente que anulara la circular sobre los pagos en metálico.

Otros pueblos y ciudades siguieron el ejemplo, apelando á la protección del Poder ejecutivo, pero Van Buren se negó á tomar en consideración las peticiones, y sólo consintió en

convocar al Congreso en sesion extraordinaria, á cuyo efecto expidió una circular en 15 de mayo á fin de que aquel se reuniera el primer lunes del mes de setiembre. Entre tanto, dirigiéronse recriminaciones los amigos y enemigos del Gobierno, á quien se censuraba por haber dado lugar á tantos apuros y conflictos.

Otra causa de perturbacion para el gobierno de Van Buren fué el hecho de haberse renovado la guerra con los indios seminolas, estimulados por su famoso jefe Osceola. Las tropas de los Estados Unidos sufrieron entónces graves pérdidas, persiguiendo á sus enemigos en su territorio. La muerte del famoso jefe salvaje no puso término á la lucha, que se prolongó por espacio de cinco años, costando á los Estados Unidos más de quince millones de duros y muchos miles de vidas.

A fines de 1837, varios americanos intentaron revolucionar el Canadá, para lo cual fueron á posesionarse de Nary Island, en el Niágara, promoviendo con esto tal conflicto, que muy pronto se temió una lucha que seguramente comprometería el buen nombre y dignidad de los Estados Unidos. El Presidente, comprendiéndolo así, expidió una proclama amenazando con un castigo á los ciudadanos que tomaran parte en la invasion del Canadá, exhortando á todos á que desistieran de sus designios si no querian sufrir las consecuencias. El general Scott marchó luégo á la frontera para encargarse del mando; y el dia 14 de enero evacuaron los insurgentes á Nary Island, entregando todas sus armas y municiones. Así terminó este incidente, que pudo ocasionar un grave trastorno al gobierno de Van Buren.

Próximo ya el término de la primera administracion de este Presidente, habíase dado principio á los trabajos electorales, que produjeron una gran excitacion, pues todos se cuidaban más que de otra cosa de las cuestiones políticas de los dos partidos que siempre estaban en pugna para disputarse el poder, siendo innumerables las convenciones, los discursos, los folletos y los artículos de la prensa que daban lugar á empeñados debates. El partido democrático deseaba reelegir á Van Buren; pero los federales habian presentado ya tambien sus candidatos, y por lo mismo la lucha fué más porfiada. Los apuros porque atravesaba el país á causa de la dificultad que ofrecia la circulacion de valores, que llevaba consigo el entorpecimiento en las transacciones mercantiles, era lo que más perjudicaba al Presidente para

triunfar de sus contrarios políticos, por más que todo esto fuese consecuencia inevitable de las medidas adoptadas por su antecesor. En un congreso extraordinario, Van Buren habia propuesto crear en Washington, en vez del Banco, una tesorería central, de la que deberian depender las cajas provinciales; pero el proyecto se rechazó, y esto fué el golpe decisivo contra la popularidad del Presidente. Los federales vencieron en la votacion presidencial, y Van Buren cesó en sus funciones el 4 de marzo de 1840.

La administracion de este Presidente no habia sido de las más brillantes; mas á pesar de los apuros comerciales, del subido precio de los artículos, y de las muchas quiebras que ocurrieron, el país se hallaba en un estado floreciente; y no habia motivo para que la votacion que se declaró contra él fuera tan numerosa como la que le habia proclamado cuatro años ántes.

Dos hechos notables datan de la época de Van Buren: la navegacion por vapor á través del Atlántico, y la aplicacion del gran sistema de la telegrafia eléctrica. En aquella época fué cuando el primer buque de vapor, el *Sirius*, se aventuró en su largo viaje de Cork á Nueva York (1838); y muy poco despues, el *Great Western*, buque de cerca de 1,400 toneladas, hizo la travesía de Bristol á Nueva York en el breve plazo de dos semanas, sin más ayuda que el vapor.

El profesor Morse, natural de Charleston en Massachusetts, habia llamado ya la atencion en 1832 sobre la electricidad como medio de comunicarse á largas distancias; y en el otoño del mismo año construyó algunos de los instrumentos propios para este fin, los cuales expuso en la universidad de Nueva York. En 1837 perfeccionó su maquinaria, y en 1838 sometió al Congreso sus aparatos, pidiendo los recursos necesarios para construir una línea de suficiente longitud á fin de ensayar si el resultado seria práctico y útil. El Presidente nombró un comité para que informase sobre el asunto, y el dictámen fué favorable; mas el proyecto no se puso en práctica hasta 1843. Se ha discutido mucho sobre si la prioridad pertenece á Inglaterra ó á América; pero como quiera que fuere, lo cierto es que ambos países coadyuvaron á la perfeccion de un sistema que ha contribuido poderosamente á facilitar la rápida comunicacion entre las naciones y personas, y que debe tener los más notables efectos en la futura condicion del globo.

GUILLERMO ENRIQUE HARRISON

NOVENO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Guillermo Enrique Harrison, Presidente de los Estados Unidos, nació el 9 de febrero de 1775 en el Estado de Virginia. Hijo de Benjamin Harrison, uno de los firmantes de la Declaracion de la Independencia de América, y despues gobernador de Virginia, perdió á su padre en 1791. Terminada su primera educacion, tratábase de darle la carrera de médico, pero careciendo de bienes de fortuna apenas se quedó huérfano, destinósele á la carrera militar, é ingresó en clase de cadete de artillería en el ejército que el general Wayne debia mandar contra los indios en las fronteras del Ohio. Nombrado teniente poco tiempo despues, distinguióse en la batalla de Miami, en la que los americanos alcanzaron una gran victoria; y despues obtuvo el mando del fuerte de Washington, puesto militar de gran importancia, situado en las fronteras del Oeste.

Harrison era ya capitán en 1797, cuando presentó su dimision por habersele nombrado comandante gobernador del territorio del noroeste, que comprendia todo el país situado en esta direccion por el Ohio.

En 1799 Harrison fué elegido diputado en el Congreso de este territorio; y en 1801, cuando Indiana se erigió en gobierno territorial, nombrósele gobernador. Delegado en el Congreso, consiguió que se aprobara la ley relativa á las ventas en pública subasta de las tierras federales, por pequeñas porciones, ley á la cual deben los condados del Oeste su floreciente estado. Esta medida, y otras varias del mismo género, le valieron el calificativo de *Padre del Oeste*.

En la guerra emprendida en 1811 contra los indios llamóse á Harrison para confiarle el mando en jefe de las tropas americanas, y entónces dió pruebas de su gran talento militar, ganando el 5 de noviembre de dicho año la gran batalla decisiva de Tipecanee, que dispersó completamente á los indios.

Como se habia renovado la guerra contra los ingleses, Harrison continuó la campaña con bastante buen éxito, tomando los puntos más importantes de los territorios conquistados. Despues, prosiguiendo la lucha en el Alto Canadá,

batió al general Procter el 5 de octubre de 1813; y sin tomar descanso marchó al punto hácia las fronteras del Bajo Canadá para arreglar los asuntos del país; pero contrariado en sus planes por el gobierno, presentó su dimision el 5 de abril de 1814. Entónces, justamente resentido, retiróse á la vida privada, y para sostener á su familia, vióse en la dura precision de aceptar una plaza de ujier en uno de los tribunales de justicia del Ohio. Allí le fué á buscar el presidente Madison para encargarle la negociacion de un tratado de paz con los indios.

En 1816 Harrison volvió á la Cámara de representantes como diputado del Ohio, y en 1824 se le nombró senador. En 1828 eligiósele para el cargo de enviado extraordinario en Colombia; pero fué llamado poco despues á su país á instancias de Bolívar, á quien desagradó mucho una carta que le habia escrito Harrison haciéndole varias observaciones y dándole consejos sobre su política.

Excepto en la presidencia de Juan Quincy Adams, á quien no se quiso reelegir, el partido democrático habia dominado hasta entónces desde la administracion de Jefferson; pero los federales, deseosos siempre de recobrar el poder, y viendo que el nombre de Harrison habia llegado á ser muy popular, creyeron que ya era tiempo de hacer triunfar sus ideas, y en 1836 habíánle propuesto como candidato á la presidencia, aunque inútilmente. Sin embargo, cuando estuvo próximo el término de la administracion de Van Buren, reiteraron sus esfuerzos, y esta vez con mejor éxito, favoreciendo la votacion á Harrison, que fué elegido Presidente, con lo cual se efectuó otra vez un cambio de política.

El general Harrison, que habia llegado á Washington en el mes de febrero, prestó el juramento de su nuevo cargo el 4 de marzo, llamando la atencion su manifiesto inaugural principalmente porque aseguraba en él que no admitiria la reeleccion, atendido que esta era á su modo de ver un defecto en la Constitucion del país, que podia conducir al abuso. Sin pérdida de tiempo, el nuevo Presidente eligió su gabinete, que compuesto de personas de reco-

convocar al Congreso en sesion extraordinaria, á cuyo efecto expidió una circular en 15 de mayo á fin de que aquel se reuniera el primer lunes del mes de setiembre. Entre tanto, dirigiéronse recriminaciones los amigos y enemigos del Gobierno, á quien se censuraba por haber dado lugar á tantos apuros y conflictos.

Otra causa de perturbacion para el gobierno de Van Buren fué el hecho de haberse renovado la guerra con los indios seminolas, estimulados por su famoso jefe Osceola. Las tropas de los Estados Unidos sufrieron entónces graves pérdidas, persiguiendo á sus enemigos en su territorio. La muerte del famoso jefe salvaje no puso término á la lucha, que se prolongó por espacio de cinco años, costando á los Estados Unidos más de quince millones de duros y muchos miles de vidas.

A fines de 1837, varios americanos intentaron revolucionar el Canadá, para lo cual fueron á posesionarse de Nary Island, en el Niágara, promoviendo con esto tal conflicto, que muy pronto se temió una lucha que seguramente comprometería el buen nombre y dignidad de los Estados Unidos. El Presidente, comprendiéndolo así, expidió una proclama amenazando con un castigo á los ciudadanos que tomaran parte en la invasion del Canadá, exhortando á todos á que desistieran de sus designios si no querian sufrir las consecuencias. El general Scott marchó luégo á la frontera para encargarse del mando; y el dia 14 de enero evacuaron los insurgentes á Nary Island, entregando todas sus armas y municiones. Así terminó este incidente, que pudo ocasionar un grave trastorno al gobierno de Van Buren.

Próximo ya el término de la primera administracion de este Presidente, habíase dado principio á los trabajos electorales, que produjeron una gran excitacion, pues todos se cuidaban más que de otra cosa de las cuestiones políticas de los dos partidos que siempre estaban en pugna para disputarse el poder, siendo innumerables las convenciones, los discursos, los folletos y los artículos de la prensa que daban lugar á empeñados debates. El partido democrático deseaba reelegir á Van Buren; pero los federales habian presentado ya tambien sus candidatos, y por lo mismo la lucha fué más porfiada. Los apuros porque atravesaba el país á causa de la dificultad que ofrecia la circulacion de valores, que llevaba consigo el entorpecimiento en las transacciones mercantiles, era lo que más perjudicaba al Presidente para

triunfar de sus contrarios políticos, por más que todo esto fuese consecuencia inevitable de las medidas adoptadas por su antecesor. En un congreso extraordinario, Van Buren habia propuesto crear en Washington, en vez del Banco, una tesorería central, de la que deberian depender las cajas provinciales; pero el proyecto se rechazó, y esto fué el golpe decisivo contra la popularidad del Presidente. Los federales vencieron en la votacion presidencial, y Van Buren cesó en sus funciones el 4 de marzo de 1840.

La administracion de este Presidente no habia sido de las más brillantes; mas á pesar de los apuros comerciales, del subido precio de los artículos, y de las muchas quiebras que ocurrieron, el país se hallaba en un estado floreciente; y no habia motivo para que la votacion que se declaró contra él fuera tan numerosa como la que le habia proclamado cuatro años ántes.

Dos hechos notables datan de la época de Van Buren: la navegacion por vapor á través del Atlántico, y la aplicacion del gran sistema de la telegrafia eléctrica. En aquella época fué cuando el primer buque de vapor, el *Sirius*, se aventuró en su largo viaje de Cork á Nueva York (1838); y muy poco despues, el *Great Western*, buque de cerca de 1,400 toneladas, hizo la travesía de Bristol á Nueva York en el breve plazo de dos semanas, sin más ayuda que el vapor.

El profesor Morse, natural de Charleston en Massachusetts, habia llamado ya la atencion en 1832 sobre la electricidad como medio de comunicarse á largas distancias; y en el otoño del mismo año construyó algunos de los instrumentos propios para este fin, los cuales expuso en la universidad de Nueva York. En 1837 perfeccionó su maquinaria, y en 1838 sometió al Congreso sus aparatos, pidiendo los recursos necesarios para construir una línea de suficiente longitud á fin de ensayar si el resultado seria práctico y útil. El Presidente nombró un comité para que informase sobre el asunto, y el dictámen fué favorable; mas el proyecto no se puso en práctica hasta 1843. Se ha discutido mucho sobre si la prioridad pertenece á Inglaterra ó á América; pero como quiera que fuere, lo cierto es que ambos países coadyuvaron á la perfeccion de un sistema que ha contribuido poderosamente á facilitar la rápida comunicacion entre las naciones y personas, y que debe tener los más notables efectos en la futura condicion del globo.

GUILLERMO ENRIQUE HARRISON

NOVENO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Guillermo Enrique Harrison, Presidente de los Estados Unidos, nació el 9 de febrero de 1775 en el Estado de Virginia. Hijo de Benjamin Harrison, uno de los firmantes de la Declaracion de la Independencia de América, y despues gobernador de Virginia, perdió á su padre en 1791. Terminada su primera educacion, tratábase de darle la carrera de médico, pero careciendo de bienes de fortuna apenas se quedó huérfano, destinósele á la carrera militar, é ingresó en clase de cadete de artillería en el ejército que el general Wayne debia mandar contra los indios en las fronteras del Ohio. Nombrado teniente poco tiempo despues, distinguióse en la batalla de Miami, en la que los americanos alcanzaron una gran victoria; y despues obtuvo el mando del fuerte de Washington, puesto militar de gran importancia, situado en las fronteras del Oeste.

Harrison era ya capitán en 1797, cuando presentó su dimision por habersele nombrado comandante gobernador del territorio del noroeste, que comprendia todo el país situado en esta direccion por el Ohio.

En 1799 Harrison fué elegido diputado en el Congreso de este territorio; y en 1801, cuando Indiana se erigió en gobierno territorial, nombrósele gobernador. Delegado en el Congreso, consiguió que se aprobara la ley relativa á las ventas en pública subasta de las tierras federales, por pequeñas porciones, ley á la cual deben los condados del Oeste su floreciente estado. Esta medida, y otras varias del mismo género, le valieron el calificativo de *Padre del Oeste*.

En la guerra emprendida en 1811 contra los indios llamóse á Harrison para confiarle el mando en jefe de las tropas americanas, y entónces dió pruebas de su gran talento militar, ganando el 5 de noviembre de dicho año la gran batalla decisiva de Tipecanee, que dispersó completamente á los indios.

Como se habia renovado la guerra contra los ingleses, Harrison continuó la campaña con bastante buen éxito, tomando los puntos más importantes de los territorios conquistados. Despues, prosiguiendo la lucha en el Alto Canadá,

batió al general Procter el 5 de octubre de 1813; y sin tomar descanso marchó al punto hácia las fronteras del Bajo Canadá para arreglar los asuntos del país; pero contrariado en sus planes por el gobierno, presentó su dimision el 5 de abril de 1814. Entónces, justamente resentido, retiróse á la vida privada, y para sostener á su familia, vióse en la dura precision de aceptar una plaza de ujier en uno de los tribunales de justicia del Ohio. Allí le fué á buscar el presidente Madison para encargarle la negociacion de un tratado de paz con los indios.

En 1816 Harrison volvió á la Cámara de representantes como diputado del Ohio, y en 1824 se le nombró senador. En 1828 eligiósele para el cargo de enviado extraordinario en Colombia; pero fué llamado poco despues á su país á instancias de Bolívar, á quien desagradó mucho una carta que le habia escrito Harrison haciéndole varias observaciones y dándole consejos sobre su política.

Excepto en la presidencia de Juan Quincy Adams, á quien no se quiso reelegir, el partido democrático habia dominado hasta entónces desde la administracion de Jefferson; pero los federales, deseosos siempre de recobrar el poder, y viendo que el nombre de Harrison habia llegado á ser muy popular, creyeron que ya era tiempo de hacer triunfar sus ideas, y en 1836 habíánle propuesto como candidato á la presidencia, aunque inútilmente. Sin embargo, cuando estuvo próximo el término de la administracion de Van Buren, reiteraron sus esfuerzos, y esta vez con mejor éxito, favoreciendo la votacion á Harrison, que fué elegido Presidente, con lo cual se efectuó otra vez un cambio de política.

El general Harrison, que habia llegado á Washington en el mes de febrero, prestó el juramento de su nuevo cargo el 4 de marzo, llamando la atencion su manifiesto inaugural principalmente porque aseguraba en él que no admitiria la reeleccion, atendido que esta era á su modo de ver un defecto en la Constitucion del país, que podia conducir al abuso. Sin pérdida de tiempo, el nuevo Presidente eligió su gabinete, que compuesto de personas de reco-

nocido talento, consideróse como una garantía para la buena administracion de los negocios públicos.

Al encargarse del poder, el general Harrison contaba ya 69 años de edad, pero aunque hombre enérgico y acostumbrado al trabajo, las penosas tareas del gobierno agotaron pronto sus fuerzas. Vióse rodeado de personas que sollicitaban empleos; trató de complacer á los numerosos amigos y partidarios del gobierno; consagróse incesantemente al despacho de los asuntos públicos, y trabajó de tal modo, que al concluirse el mes cayó enfermo; y habiéndosele declarado una pulmonía, falleció el 4 de abril, exactamente al cabo de un mes de haber tomado posesion de su cargo. Así terminó su breve carrera este Presidente; sus últimas palabras, pronunciadas cuando ya empezaba á perder el conocimiento, y como si las dirigiera á un sucesor ó asociado, fueron: «Deseo, caballero, que os atengais á los principios del gobierno..... y quiero que se observen..... es lo único que pido.»

El 5 de abril fueron expuestos en la Casa Blanca los restos mortales del general Harrison, cuyo cadáver se había colocado en un ataúd de plomo con cubierta de cristal. Los funerales se efectuaron el 7, y despues se condujo el cuerpo á su última morada. El cortejo fúnebre se extendia en el espacio de dos millas, y fué el más numeroso que hasta entónces se había visto en Washington.

Como aquel era el primer caso que se daba de morir un Presidente en el desempeño de sus funciones, prodújose la mayor alarma é inquietud al reflexionar sobre cuáles serian las consecuencias de tan inesperado acontecimiento. Para el partido que había dado sus votos al general Harrison, era aquel un golpe contundente, porque siendo éste el jefe del gobierno, tenían la seguridad de administrar á satisfaccion de todos; pero tratándose del hombre, que en cumplimiento de lo prevenido por la Constitucion iba á ocupar la silla presidencial, el partido federal, ó *whig*, no podía ménos de experimentar fundados temores. Juan Tyler había sido designado vice-presidente sin que se pensara en sus principios políticos y aptitud, atendido que tratándose de dicho cargo, no se miraba esto mucho; pero cuando por la muerte de Harrison se vió Tyler llamado á ocupar la silla presidencial por espacio de cuatro años, el partido dominante experimentó la mayor ansiedad respecto á la conducta que observaría en las muchas y graves cuestiones en que iba á tomar parte.

Juan Tyler llegó á Washington en 6 de abril; reunió desde luégo á todos los jefes de los departamentos, invitándoles á que continuasen en el ejercicio de los cargos que les había conferido su antecesor; y hecho esto, á fin de evitar cualquiera cuestion que pudiera suscitarse, prestó un nuevo juramento ante el jefe de justicia del distrito de Columbia.

Tyler, así como otros muchos eminentes políticos americanos, era natural de Virginia, donde nació en el mes de marzo de 1790. Jóven de precoz talento, ejercia ya como abogado á los diez y nueve años; y á los veintiuno comenzó á prestar sus servicios á la legislatura de Virginia; á los veintiseis ocupó un lugar en el Congreso, y á los treinta y cinco fué nombrado gobernador de su provincia. Desde 1827 á 1836 fué senador de los Estados Unidos; y á fines de 1840 eligióse para la vice-presidencia, pasando á ocupar despues el sillón presidencial al cabo de un mes, por la repentina muerte del general Harrison, segun hemos dicho ya.

Tyler, que había comenzado su administracion asegurando enfáticamente que mermaría las prerogativas presidenciales, porque en su concepto estaban en peligroso antagonismo con las libertades del pueblo, olvidó sin duda á poco sus buenos propósitos, dando lugar á que se le acusara de que trataba de establecer una especie de dictariado. El Presidente se mostraba pocas veces dispuesto á someterse al juicio de los comités del Senado, y en un mensaje particular que dirigió á la Cámara de representantes sostenia que su derecho de rechazar los *bills* aprobados, aunque no usual, estaba dentro de la Constitucion, y en un todo conforme con el sentido de la responsabilidad que se le había confiado. De esta irreconciliable diferencia de accion y opiniones entre los poderes legislativo y ejecutivo debian resultar forzosamente continuas y acaloradas discusiones; y por esto la administracion de Tyler fué una de las más borrascosas que hasta entónces se habían conocido.

La creacion de un Banco nacional, recomendada por el secretario del Tesoro, y la cuestion de las tarifas, habían sido el caballo de batalla de las discusiones, tanto más cuanto que los *bills* que sobre estos asuntos aprobó el Senado fueron devueltos por el Presidente con su *veto*, lo cual produjo mucha irritacion, de la que se aprovecharon las oposiciones para hacer la guerra al gobierno. Juan Quincy Adams redac-

tó en aquella ocasion un informe en que censuraba severamente la conducta de Tyler por haber abusado de su derecho al imponer cinco veces el *veto* en el espacio de quince meses.

Los federales no ocultaron su creciente enojo al ver que las medidas conciliatorias del Congreso eran rechazadas por el Presidente, quien se condenaba justamente por su proceder. Tyler había proyectado, no sólo crear impuestos por valor de algunos millones, sino tambien prescribir reglas para su recaudacion, y para averiguar el valor de las mercancías importadas, lo cual, segun prevenia la ley terminantemente, era de la exclusiva incumbencia del poder legislativo; de modo que el Presidente se arrogaba poderes de que no le revestia la Constitucion del país. La voluntad de un hombre había anulado cinco veces la accion legislativa de los representantes del pueblo; y por primera vez, en la historia de los Estados Unidos, dábese el caso de que la Cámara, haciendo uso del derecho otorgado por los fundadores de la República, pudiese procesar al Presidente; pero se consideró que sería perjudicial, atendido el estado de los negocios públicos, apelar á este expediente, que no podría ménos de producir un trastorno, prescindiendo de que, en rigor, podía ser mala política de Tyler usar tan á menudo del derecho de imponer su *veto*, pero no era posible considerarlo como un crimen contra la ley escrita.

Sin embargo, el Presidente, que deseaba distinguirse por algun acto importante á los ojos de sus compatriotas, había hecho los mayores esfuerzos para conseguir la anexion de Texas, á cuyo efecto negoció un tratado en 1844, pero la Cámara alta lo desechó, aunque al año siguiente se aprobaron varios acuerdos para que el Congreso consintiera en reconocer aquel territorio, comprendido en la república de México, declarándolo como Estado, con objeto de organizar un gobierno, segun la regla establecida, para que pudiera ser admitido despues en la Union. Este asunto produjo tambien mucha agitacion en el país, pues se temió, muy fundadamente, una guerra con México, cuyo gobierno declaró que consideraría la citada anexion como un *casus belli*, lo cual inspiró á la Repúbli-

ca americana más vivos deseos de posesionarse de Texas á la primera oportunidad. Muchos ciudadanos de los Estados del Sur aprobaban la medida; pero los del Norte la consideraban injusta, alegando que conduciría á una guerra con México, y que serviría sólo para fortalecer y perpetuar la esclavitud, dándola mayor extension.

La oposicion contra Tyler, que en 1841 se había visto precisado á nombrar otro gabinete, por haber presentado su dimision el que tenia, á cuyos individuos irritó que se desechase con el *veto* un bill relativo al Banco, era cada vez más fuerte; y así es que en la Convencion federal reunida en Baltimore en 1.º de mayo de 1844, nadie pensó en la reeleccion del Presidente, cuya conducta había censurado con acritud el senador Benton, diciendo, entre otras cosas, «que los esfuerzos del jefe del poder ejecutivo no tenían otro fin sino el de atraerse votos para que se le reeligiera; que semejante proceder sólo podía considerarse como una *vil é indigna intriga presidencial*, fraguada con mezquinos fines; y que las apelaciones de Tyler no pasaban de ser una injustificable infraccion de la Constitucion del país, que merecia formacion de causa.»

Aunque el presidente Tyler había resuelto no dar ningun paso para que se le reeligiera, por más que el senador Benton y otros creyesen lo contrario, algunos partidarios y amigos suyos le dieron sus votos; pero bien pronto reconocieron que no se podian abrigar esperanzas de que triunfase su candidato. Tyler se había granjeado demasiados enemigos, excitando el justo resentimiento de muchos, y no se podía olvidar tan fácilmente su borrascosa administracion. En su consecuencia, hubo de cesar en el elevado cargo que había ocupado por una de esas contingencias que dependen más ó ménos de los destinos humanos, y se retiró de la vida pública; pero no lo hizo sin publicar ántes un manifiesto, cuyo último párrafo decia así:

«Apelo á la imparcialidad de la historia contra aquellos que me han vituperado, en la confianza de que ni mis opiniones ni mis actos merecen la interpretacion que con siniestros fines se ha hecho.»

JAIME POLK

UNDÉCIMO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Jaime Polk nació el 2 de noviembre de 1795 en el condado de Mecklenburgo (Carolina del Norte). Era hijo de una familia que había emigrado de Irlanda á principios del siglo XVIII; en 1806 su padre fué á establecerse en el Tennessee, Estado naciente entonces, y muy poco despues colocó á su hijo en casa de un comerciante, pero el jóven mostraba tan poca afición á seguir este camino, que al fin obtuvo el permiso de estudiar para seguir otra carrera. Desde luégo distinguióse por la energía y la perseverancia para el trabajo; consagraba á sus libros muchas horas, y así es que en 1818 pudo obtener ya su título. Despues cursó derecho en casa de un célebre abogado, y en 1820 admitiósele en el foro.

Tres años despues, Polk comenzaba su carrera política, como diputado en la legislatura del Tennessee, manifestando relevantes pruebas de su talento para los debates y los negocios públicos. Como pertenecía al partido democrático se granjeó muy pronto la amistad del general Jackson; y en 1825 enviósele como representante al Congreso, donde combatió con mucho calor las medidas de la administración de los federales y del presidente Juan Quincy Adams, declarándose enérgicamente en contra de todo lo que podía consolidar ó extender la dominación de dicho partido, y debilitar las legítimas funciones del gobierno de la República americana; también se declaró enemigo del Banco nacional y de la tarifa protectora.

Desde el advenimiento del general Jackson al poder (marzo 1829) reconocióse en Polk uno de sus más celosos defensores; y cuando en 1833 fueron retirados del Banco de los Estados Unidos los fondos del gobierno, en virtud de una orden del Presidente, produciéndose por esta causa un borrascoso debate en las Cámaras, Polk fué uno de los que con más energía sostuvieron á Jackson; sus hábiles y elocuentes discursos contribuyeron en gran manera á que se aprobara la medida contra el Banco.

En diciembre de 1835 Polk fué elegido presidente de la Cámara de representantes, y el mismo honor obtuvo en 1837; y aunque el espíritu de partido fuera entonces muy exaltado,

desempeñó sus funciones con tal dignidad, prudencia y buen juicio, que mereció los elogios de la cámara.

Despues de prestar sus servicios en el Congreso durante catorce años, declinó su reelección en 1839; despues se le nombró gobernador del Tennessee; y en 1841 retiróse á la vida privada.

Tres años más tarde, en 1844, la Convención del partido democrático, reunido en Baltimore, presentó á Polk como candidato á la Presidencia de los Estados Unidos; y aunque en el colegio de los electores especiales tenía un rival temible en el candidato del partido federal, que era Enrique Clay, alcanzó 170 votos, mientras que su adversario sólo reunió 105.

Polk tomó posesión del cargo de Presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1845; su manifiesto daba á conocer claramente las opiniones del victorioso candidato del partido demócrata, y en dicho escrito extendíase principalmente sobre la anexión de Texas y la cuestión del Oregon, asuntos ambos de tanto interés para América como lo eran entonces las relaciones con México y la Gran Bretaña.

El antecesor de Polk, Juan Tyler, se había congratulado en su último mensaje del estado floreciente en que dejaba el país, demostrando que el crédito del gobierno, algo disminuido algun tiempo ántes, se había recobrado por completo; que las cajas, vacías durante cierto período, estaban llenas de nuevo; que la circulación de valores era casi uniforme; y que la industria, paralizada ántes por diversas causas, revivía otra vez. Tal era la situación próspera en que Polk heredaba el poder, y la cual le permitió fijar su atención en ambiciosos proyectos; en su manifiesto inaugural indicaba ya su resolución de seguir una política vigorosa, si no agresiva como algunos creyeron; y no hay duda que su gabinete estaba muy dispuesto á secundarle, contando con demócratas bien conocidos, como por ejemplo Jaime Buchanan, á quien se nombró Secretario de Estado, y que más tarde debía ser á su vez presidente. Polk demostró desde luego un celo infatigable para los negocios públicos; y como los individuos de su

gabinete eran hombres hábiles y ambiciosos, auxiliaron con todas sus fuerzas al jefe del Poder ejecutivo.

El bello ideal de los demócratas era el mantenimiento, si no la extensión de la esclavitud, y el ensanchamiento de territorio; y para conseguir ambos objetos tenían el más fiel auxiliar en su Presidente, que en su primer mensaje, despues de ensalzar los principios políticos contenidos en la Constitución, decía: «Es muy sensible que en ciertas partes del país algunas personas extraviadas en su modo de ver las cosas hayan promovido una agitación que tiene por objeto aniquilar las instituciones domésticas de otras localidades, y que existían al adoptarse la Constitución, siendo reconocidas por ella. Todos deben reflexionar y comprender que si á esas personas les fuese posible conseguir su objeto, seguiríanse forzosamente la disolución de los Estados Unidos, y la pérdida de nuestra feliz forma de gobierno.» En otro lugar, refiriéndose á las cuestiones de Texas y el Oregon, expresábase en estos términos: «El mundo no tiene nada que temer de la ambición militar de nuestra república, y los gobiernos extranjeros deben considerar por lo tanto la anexión de Texas como la pacífica adquisición de un país que desea incorporarse á nosotros.»

La cuestión de los límites del Oregon fué uno de los asuntos que Polk deseaba terminar cuanto ántes, porque si no se llegaba á un arreglo, era muy posible que resultase una lucha sangrienta. Las negociaciones al efecto comenzaron desde luego, y fueron muy largas y enojosas; pero al fin terminaron satisfactoriamente, celebrándose un tratado por el cual dicho territorio quedó dividido, recibiendo la parte norte una existencia separada bajo el nombre de territorio de Washington.

Terminado este asunto, que había hecho temer á muchos una nueva guerra con la Gran Bretaña, Polk se ocupó desde luégo en la cuestión de Texas, y los incidentes que sobrevinieron debían ser los más propios para acelerar el desenlace, que debía ser la anexión de Texas, provincia situada en el Sudoeste, y que nueve años ántes había sido parte integrante de México, pero que despues subsistió como república independiente. El general Almonte, ministro mexicano en Washington, protestó contra la resolución del Congreso de admitir á Texas en su Union, considerando esto como un acto agresivo; pidió sus pasaportes y volvió á su país. Debe advertirse que la independencia de

Texas había sido reconocida, no sólo por los Estados Unidos, sino por Inglaterra, Francia y otros países.

El presidente Polk se adelantó á sus enemigos para adoptar medidas militares, y en julio de 1845 ordenó ya al general Zacarías Taylor que marchara á Texas y ocupase una posición lo más cerca posible de Río Grande. Este fué el preámbulo de las hostilidades, pues á causa de las recriminaciones y actos agresivos que se siguieron despues por parte del presidente Santana, Polk no pudo ménos de declarar la guerra á México (1847). Esta medida hizo temer al principio que Polk perdería su popularidad, pues fué atacada vivamente por los federales; pero muy pronto los peligros y las victorias inflamaron el orgullo nacional, y la mayoría del país aplaudió la energía del gobierno.

No seguiremos aquí las peripecias de aquella encarnizada lucha, en la que despues de una serie de combates y batallas quedaron por fin vencedores los americanos, aunque no sin sufrir sensibles pérdidas en hombres y dinero.

«La guerra con México, dice el historiador Spencer, por más que sus resultados lisonjearan el orgullo nacional, se presta á muchas y graves reflexiones. Cierto que las tropas de la república tuvieron una oportunidad de probar una vez más su arrojo é intrepidez, y que conducidas por sus intrépidos jefes, fué su marcha una serie de continuadas victorias; es verdad que se adquirieron grandes extensiones de territorio, y que además de Texas, Nueva México y California llegaron á formar parte de los Estados Unidos, habiendo figurado desde entonces nuestra nación entre las primeras potencias del mundo, pero también debemos pensar en lo que costó aquella guerra, no sólo en dinero sino en hombres, que es lo más sensible. En cuanto á lo primero, no es de gran importancia, pues por el territorio nuevamente adquirido sólo se pagaron veinte millones de duros, mientras que los datos estadísticos demuestran que el total de gastos para el sostenimiento del ejército y la armada y las pensiones concedidas, no excedió de ciento cincuenta millones; pero aun cuando dicha cantidad sea considerable, esto no tiene gran importancia para una nación de tan vastos recursos como la nuestra. Lo que más debe lamentarse es que aquella guerra costase tanta sangre: el número de tropas regulares que marcharon á México ascendía á veintisiete mil quinientos hombres, y á setenta y un mil trescientos el de los volun-

tarios, componiendo un total de noventa y nueve mil hombres; ahora bien: de estos unos cuarenta mil se retiraron ó fueron dados de baja; cuatro ó cinco mil desertaron, y las pérdidas, por muerte en los combates, por enfermedad ú otras causas, no bajaron de veinticinco mil hombres! Fácilmente comprenderá el lector cuántos sufrimientos, cuántas miserias y aflicciones y cuántos males resultarían de aquella sangrienta guerra que causó tantas víctimas. A los futuros historiadores les corresponde hacer sus observaciones sobre la moralidad de aquella terrible lucha, demostrando si Dios en sus altos fines habría dispuesto que por ella se obtuviesen grandes resultados para la civilización y el progreso de la raza humana.»

Entre tanto, el Presidente Polk llevaba á cabo en el interior dos importantes medidas: por una de ellas hacía obligatorio el pago de los derechos de aduanas en oro ó plata, consiguiéndose con ello que el Tesoro fuera independiente del Banco; por la otra modificáronse las tarifas en un sentido más liberal, y se introdujo el sistema *ad valorem*.

A pesar de haber alcanzado Polk mucha popularidad con estas útiles medidas, el partido federal no había dejado de aumentar sus fuerzas en 1846 y 1847, llegando á tener así en el Congreso numerosos partidarios, que hacían una oposición incesante así al Presidente como á su gabinete. La Convención que reunieron en Filadelfia se había ocupado activamente en las elecciones, y atendido el carácter de los candidatos que presentaron para la Presidencia que eran Daniel Webster, Enrique Clay y los generales Scott y Taylor, no podía esperarse la reelección para Polk, cuyos partidarios no contaban con suficientes fuerzas para sostener la oposición del partido federal.

Llegado el término de la administración de Polk, este Presidente entregó su cuarto y último mensaje anual, en el que trataba de las cuestiones más importantes para el país, haciendo una breve reseña de los principales hechos ocurridos durante su gobierno. Después de hacer mención de los ventajosos tratados de comercio concluidos con diversas naciones, extendiéndose en observaciones acerca de los nuevos territorios adquiridos por el país durante su administración, y decía que su extensión era más de la mitad mayor que la de los Estados Unidos, añadiendo que sería difícil calcular el valor de aquellas vastas regiones, con tanta más razón cuanto que se habían descubierto en

California minas de incalculable riqueza (1). Polk aseguraba que de este modo se abría un ancho campo para la nueva población y adquirirían así los Estados Unidos una preponderancia sobre los dos grandes Océanos que se extienden hasta ambos polos. «La adquisición de California y de Nuevo México, añadió, la fijación de los límites del Oregon y la anexión de Texas, son resultados de la mayor importancia que contribuirán al aumento de la riqueza del país, mucho más que los obtenidos hasta aquí desde que se adoptó la Constitución.»

La administración de Polk había sido efectivamente fecunda en acontecimientos; mas á pesar de todo su celo y buena voluntad, no faltó quien censurara su gobierno, si bien es cierto que esto no podía menos de suceder, pues, así como sus antecesores, no le era posible contentar á todos, aunque se opinó en general que los errores cometidos mientras estuvo en el poder se debían atribuir más bien á su gabinete. «La guerra con México, dijo un conocido senador, favorable para los especuladores y debida á las intrigas de Santana, es un baldón para el gobierno, y todo esto fué obra del Gabinete de Polk..... La adquisición de Nuevo México y California, fruto de la guerra con México, fué el principal suceso durante aquel Gobierno, pero esto se habría conseguido sin esa guerra sangrienta, si el Presidente hubiera contado con un Gabinete menos intrigante y que dejando á un lado su egoísmo y ambiciosas miras, se hubiese ocupado más del bienestar y de los intereses del país.»

El Presidente Polk se retiró á la vida privada cuando cesó en su administración, volviendo á su hogar doméstico de Nashville, pues los fatigosos y continuos trabajos del Gobierno habían quebrantado bastante su salud. Habíase propuesto emprender después un largo viaje por Europa; pero á los pocos meses, es decir, á fines de 1849, murió á consecuencia de una disentería.

(1) Cavando la tierra para construir un molino, se descubrió por primera vez el oro en los terrenos del capitán Suter, por el mes de febrero de 1848; los rumores de que se acababa de encontrar el filón de aquel metal precioso, en el que habían soñado los primeros aventureros del mundo occidental, excitaron bien pronto la atención de todos, y no sólo desde los más remotos puntos de los Estados Unidos, sino también de todas las partes del mundo, acudieron en tropel todos aquellos que ansiaban buscar el oro en las entrañas de la tierra con una avidez que apenas podría expresarse convenientemente el *auri sacra fames* del poeta. Durante el mes de diciembre de 1848 y enero de 1849, salieron de los puertos de los Estados Unidos más de cien buques con rumbo á California, y excitada por el deseo de hacerse rica, trasladóse á la costa del Pacífico, con extraordinaria rapidez, una población inmensa mucho más variada de lo que se había visto en ninguna región del mundo.



ZACARIAS TAYLOR

Duodécimo Presidente de los Estados Unidos

Zacarias Taylor nació el 24 de setiembre de 1784 en el condado de Orange (Virginia). Era el tercer hijo del coronel Ricardo Taylor, que se había distinguido en la guerra de la independencia, y que en 1785 fué á establecerse en lo que más tarde debía ser el condado de Kentucky, apenas poblado en aquella época. Esta circunstancia contribuyó á que se considerara más tarde al hijo como ciudadano del Oeste, lo cual le sirvió para adquirir más popularidad.

En 1808 Zacarias Taylor obtuvo de Jefferson, entonces jefe del Gobierno, el grado de teniente de infantería; y desde entonces pasó la mayor parte de su vida en las fronteras guerreando contra los indios, ó vigilándolos continuamente para evitar en lo posible sus sangrientas depredaciones.

En 1812, habiendo obtenido ya el grado de capitán, encargóse la defensa del fuerte Har-

risson, situado en la orilla del río Wabash; y en 1816 fué nombrado mayor en el puesto militar de Green Bay (Michigan).

Siendo Presidente el general Jackson, alcanzó el grado de coronel (1833), y sirvió con gloria en la célebre guerra contra el Halcon Negro, jefe de las tribus indias; pero la insurrección general de los seminolas en la Florida abrió un horizonte más espacioso á su carrera.

En 1838 fué nombrado general en jefe, y entonces distinguióse por su actividad y sus triunfos, hasta que en 1840 se le confirió el mando de la división del Sudoeste. Cuando se efectuó la anexión de Texas (1845) recibió orden de concentrar sus tropas en el punto llamado Cuerpo del Cristo, donde permaneció hasta el mes de marzo de 1846.

Cuando los mexicanos dieron principio á las hostilidades, Taylor avanzó hácia el Río Gran-

tarios, componiendo un total de noventa y nueve mil hombres; ahora bien: de estos unos cuarenta mil se retiraron ó fueron dados de baja; cuatro ó cinco mil desertaron, y las pérdidas, por muerte en los combates, por enfermedad ú otras causas, no bajaron de veinticinco mil hombres! Fácilmente comprenderá el lector cuántos sufrimientos, cuántas miserias y aflicciones y cuántos males resultarían de aquella sangrienta guerra que causó tantas víctimas. A los futuros historiadores les corresponde hacer sus observaciones sobre la moralidad de aquella terrible lucha, demostrando si Dios en sus altos fines habría dispuesto que por ella se obtuviesen grandes resultados para la civilización y el progreso de la raza humana.»

Entre tanto, el Presidente Polk llevaba á cabo en el interior dos importantes medidas: por una de ellas hacía obligatorio el pago de los derechos de aduanas en oro ó plata, consiguiéndose con ello que el Tesoro fuera independiente del Banco; por la otra modificáronse las tarifas en un sentido más liberal, y se introdujo el sistema *ad valorem*.

A pesar de haber alcanzado Polk mucha popularidad con estas útiles medidas, el partido federal no había dejado de aumentar sus fuerzas en 1846 y 1847, llegando á tener así en el Congreso numerosos partidarios, que hacían una oposición incesante así al Presidente como á su gabinete. La Convención que reunieron en Filadelfia se había ocupado activamente en las elecciones, y atendido el carácter de los candidatos que presentaron para la Presidencia que eran Daniel Webster, Enrique Clay y los generales Scott y Taylor, no podía esperarse la reelección para Polk, cuyos partidarios no contaban con suficientes fuerzas para sostener la oposición del partido federal.

Llegado el término de la administración de Polk, este Presidente entregó su cuarto y último mensaje anual, en el que trataba de las cuestiones más importantes para el país, haciendo una breve reseña de los principales hechos ocurridos durante su gobierno. Después de hacer mención de los ventajosos tratados de comercio concluidos con diversas naciones, extendiéndose en observaciones acerca de los nuevos territorios adquiridos por el país durante su administración, y decía que su extensión era más de la mitad mayor que la de los Estados Unidos, añadiendo que sería difícil calcular el valor de aquellas vastas regiones, con tanta más razón cuanto que se habían descubierto en

California minas de incalculable riqueza (1). Polk aseguraba que de este modo se abría un ancho campo para la nueva población y adquirirían así los Estados Unidos una preponderancia sobre los dos grandes Océanos que se extienden hasta ambos polos. «La adquisición de California y de Nuevo México, añadió, la fijación de los límites del Oregon y la anexión de Texas, son resultados de la mayor importancia que contribuirán al aumento de la riqueza del país, mucho más que los obtenidos hasta aquí desde que se adoptó la Constitución.»

La administración de Polk había sido efectivamente fecunda en acontecimientos; mas á pesar de todo su celo y buena voluntad, no faltó quien censurara su gobierno, si bien es cierto que esto no podía menos de suceder, pues, así como sus antecesores, no le era posible contentar á todos, aunque se opinó en general que los errores cometidos mientras estuvo en el poder se debían atribuir más bien á su gabinete. «La guerra con México, dijo un conocido senador, favorable para los especuladores y debida á las intrigas de Santana, es un baldón para el gobierno, y todo esto fué obra del Gabinete de Polk..... La adquisición de Nuevo México y California, fruto de la guerra con México, fué el principal suceso durante aquel Gobierno, pero esto se habría conseguido sin esa guerra sangrienta, si el Presidente hubiera contado con un Gabinete menos intrigante y que dejando á un lado su egoísmo y ambiciosas miras, se hubiese ocupado más del bienestar y de los intereses del país.»

El Presidente Polk se retiró á la vida privada cuando cesó en su administración, volviendo á su hogar doméstico de Nashville, pues los fatigosos y continuos trabajos del Gobierno habían quebrantado bastante su salud. Habíase propuesto emprender después un largo viaje por Europa; pero á los pocos meses, es decir, á fines de 1849, murió á consecuencia de una disentería.

(1) Cavando la tierra para construir un molino, se descubrió por primera vez el oro en los terrenos del capitán Suter, por el mes de febrero de 1848; los rumores de que se acababa de encontrar el filón de aquel metal precioso, en el que habían soñado los primeros aventureros del mundo occidental, excitaron bien pronto la atención de todos, y no sólo desde los más remotos puntos de los Estados Unidos, sino también de todas las partes del mundo, acudieron en tropel todos aquellos que ansiaban buscar el oro en las entrañas de la tierra con una avidez que apenas podría expresarse convenientemente el *auri sacra fames* del poeta. Durante el mes de diciembre de 1848 y enero de 1849, salieron de los puertos de los Estados Unidos más de cien buques con rumbo á California, y excitada por el deseo de hacerse rica, trasladóse á la costa del Pacífico, con extraordinaria rapidez, una población inmensa mucho más variada de lo que se había visto en ninguna región del mundo.



ZACARIAS TAYLOR

Duodécimo Presidente de los Estados Unidos

Zacarias Taylor nació el 24 de setiembre de 1784 en el condado de Orange (Virginia). Era el tercer hijo del coronel Ricardo Taylor, que se había distinguido en la guerra de la independencia, y que en 1785 fué á establecerse en lo que más tarde debía ser el condado de Kentucky, apenas poblado en aquella época. Esta circunstancia contribuyó á que se considerara más tarde al hijo como ciudadano del Oeste, lo cual le sirvió para adquirir más popularidad.

En 1808 Zacarias Taylor obtuvo de Jefferson, entonces jefe del Gobierno, el grado de teniente de infantería; y desde entonces pasó la mayor parte de su vida en las fronteras guerreando contra los indios, ó vigilándolos continuamente para evitar en lo posible sus sangrientas depredaciones.

En 1812, habiendo obtenido ya el grado de capitán, encargóse la defensa del fuerte Har-

risson, situado en la orilla del río Wabash; y en 1816 fué nombrado mayor en el puesto militar de Green Bay (Michigan).

Siendo Presidente el general Jackson, alcanzó el grado de coronel (1833), y sirvió con gloria en la célebre guerra contra el Halcon Negro, jefe de las tribus indias; pero la insurrección general de los seminolas en la Florida abrió un horizonte más espacioso á su carrera.

En 1838 fué nombrado general en jefe, y entonces distinguióse por su actividad y sus triunfos, hasta que en 1840 se le confirió el mando de la división del Sudoeste. Cuando se efectuó la anexión de Texas (1845) recibió orden de concentrar sus tropas en el punto llamado Cuerpo del Cristo, donde permaneció hasta el mes de marzo de 1846.

Cuando los mexicanos dieron principio á las hostilidades, Taylor avanzó hácia el Río Gran-

de con un reducido ejército de tropas regulares y de voluntarios, alcanzó dos victorias en los combates de Palo Alto y de Resaco de la Calma (8 y 9 de mayo) y apoderóse en dos días de Monterey, que estaba bien fortificado y defendido por fuerzas superiores (23 setiembre); pero la victoria decisiva, la que le coronó de gloria, fué la que obtuvo en Buena Vista (23 febrero 1847). Hallábase en una situación muy crítica, solo con 6,000 hombres; y Santana, que contaba con 20,000 para combatirle, creyendo tenerle ya en su poder, dirigióle una larga carta, invitándole á que se rindiese, y asegurando que si se resistía iba á ser destrozado con todas sus tropas. El heroico Taylor se limitó á dar la siguiente y lacónica contestación: «Rehuso respetuosamente hacer lo que me pedís.»

Poco despues comenzó la batalla, que duró hasta el anochecer, hora en que Taylor se trasladó á un punto llamado el Saltillo para socorrerle en caso necesario, mientras que el general Santana trataba de excitar el ardor de sus tropas haciendo que se tocara una música guerrera. El ataque se renovó al amanecer del 23 de febrero, y aunque el enemigo se batía con el mayor encarnizamiento, los americanos sostuvieron el ataque con sin igual bravura. Sólo merced al inflexible valor, á la perseverancia é intrepidez de las tropas de Taylor, se podía hacer frente y aún derrotar á un ejército como el del general Santana. En un principio, cuando la caballería mexicana atacó la línea izquierda de los americanos, pareció imposible no perder la jornada, pero en aquel momento volvía Taylor de Saltillo; su presencia infundió nuevo vigor á las tropas; los impetuosos tiradores del Mississippi rechazaron valerosamente al enemigo, y la artillería jugó con tan admirable acierto que los mexicanos no pudieron seguir avanzando y se ganó la batalla. Cuando llegó la noche se hallaba el campo cubierto de cadáveres, y Taylor y sus tropas esperaban con la mayor ansiedad á que amaneciese para renovar la pelea, lo cual no tuvo efecto, porque Santana se retiró el 24 con todas sus tropas.

La retirada de los mexicanos fué desastrosa en extremo, pues á cada instante tenían que abandonar alguno de sus enfermos, heridos y moribundos, á pesar de no verse perseguidos por los americanos, que muy pocos en número y rendidos además de cansancio, sólo podían ocuparse en enterrar á los muertos y cuidar de los heridos. El total de las pérdidas de los ame-

ricanos se redujo, en las tropas regulares, á ocho muertos y cincuenta y tres heridos, y en los voluntarios á doscientos sesenta y cuatro de los primeros y trescientos treinta y cinco de los segundos; los mexicanos tuvieron unas dos mil quinientas bajas entre muertos y heridos, sin contar, segun lo dicho por ellos mismos, que en la retirada perdieron diez mil quinientos hombres. Ciertamente es que se apoderaron de tres cañones de batalla, pero fueron derrotados de una manera desastrosa. Hacia mediados de marzo quedaron restablecidas las comunicaciones entre los americanos, y en poder de sus tropas toda la frontera de México.

Esta victoria, y los triunfos que despues alcanzó el general Scott dieron lugar á las negociaciones, de las que resultó un tratado, en virtud del cual se cedían á los Estados-Unidos California y Nuevo México. Terminada esta guerra, Taylor volvió á su residencia de Baton Rouge, en Luisiana, donde compró una plantación; pero sus amigos tenían los ojos fijados en él, viendo en el general una gloria y una influencia que explotar para la política. Sus eminentes cualidades, y las grandes disposiciones de que dió prueba durante sus campañas, fueron principalmente un motivo para recomendarle al partido federal como candidato á la presidencia, pues era evidente también que el voto popular estaría á su favor. Su profundo talento, su firmeza, su excelente carácter y sus opiniones políticas, sin contar su brillante reputación como bravo general, hacían esperar que podría obtener la victoria en la gran lucha política que se acercaba, y muchos miraban al héroe veterano como al futuro presidente. Sus cartas, al hablar sobre este asunto, revelan su exquisito tacto y el deseo de servir á su país en cualquier cargo que tuviera que desempeñar, obedeciendo á la voz de sus compatriotas.

En efecto, la Convención federal reunida en Filadelfia el 1.º de junio de 1848 designó al general Taylor como candidato á la presidencia; y llegado el día de las elecciones populares del mes de noviembre, la inmensa mayoría de los votos recayó en favor de Taylor, que tomó posesión de su cargo de presidente de los Estados-Unidos en 5 de marzo de 1849, porque el 4 caía en domingo.

A pesar de la gran popularidad del general Taylor, reconocióse bien pronto que en ambas cámaras del Congreso iba á organizarse una gran mayoría para hacer la oposición al gobierno, y tanto por la actitud de éste como por el

descontento que había causado la separación de los demócratas de algunos destinos, y el nombramiento de varios federales, el presidente y su gabinete tenían motivo para inquietarse segun iba acercándose el día de la apertura del Congreso.

Aunque el estado del país era próspero al encargarse Taylor del gobierno, predominaba una profunda inquietud en ciertas esferas, y había motivos para temer graves perturbaciones, pues los esclavistas y los abolicionistas comenzaban á agitarse, deseando estos últimos que se suprimiera la esclavitud en toda la República, mientras que los otros se mostraban resueltos á protegerla. En el Norte era donde principalmente se hallaban los abolicionistas; pero aún en los Estados del Sur contábanse algunos que secretamente creían que la esclavitud era un mal, y que ni el país, ni parte alguna de él podría alcanzar un estado próspero hasta que aquel mal desapareciese. La esclavitud había existido en las colonias americanas hacia mucho tiempo, alcanzando aún á mediados del siglo XVIII alarmantes proporciones, pues llegó á desplegarse una brutalidad que excitaba la indignación de todas las personas sensatas; y el mismo contraste de la libertad, así como las legítimas aspiraciones de la mejor parte del pueblo americano á una vida más virtuosa, realzaban más la miseria del esclavo, despertando á la vez los temores de su dueño.

La existencia de la esclavitud en los Estados del Sur viciaba á toda la sociedad del país; pero la «institución peculiar» de aquellas regiones, segun se llamó, hallábase tan arraigada por las leyes penales, que nadie se atrevía á discutir sus derechos. Varios decretos de la legislatura local amenazaban con la muerte ó prisión perpetua á todos aquellos que escribieran, imprimieran, publicasen ó distribuyesen papel alguno que tendiera á excitar el descontento ó la insubordinación; é imponíanse fuertes multas á todos cuantos usasen un lenguaje que pudiera atacar la seguridad de los amos para con sus esclavos, ó disminuir el respeto que los hombres de color deben profesar á los blancos.

El gobierno federal era en su mayor parte aliado de los propietarios de esclavos; y el Sur contaba con una mayoría entre los senadores, así como con una respetable minoría en la cámara de los representantes. Los más de los presidentes habían sido naturales de aquella parte del país; y con muy pocas excepciones, los políticos influyentes procedían también de

Virginia y de las Carolinas, por lo cual no debe extrañarse que se mirara tanto por los intereses del Sur en la capital.

La cuestión de la esclavitud, cada vez más amenazadora, fué una de las principales que debían preocupar al presidente Taylor, que en 24 de diciembre de 1849 hubo de llamar la atención de la legislatura para que se modificaran las leyes existentes sobre el comercio de esclavos, á fin de preparar su completa supresión; Taylor recomendó también á las dos cámaras que propusieran un medio para que no se abusara de la bandera nacional en tan lamentable tráfico. La creciente actividad de los que se ocupaban en aquel indigno comercio indicaba bien claramente la resolución del Sur de consolidar la esclavitud por todos los medios posibles, aunque para ello fuera necesario desafiar á todo el Norte, si trataba de intervenir en la ejecución de sus proyectos. Los propietarios de esclavos temían los progresos del movimiento abolicionista, considerando que si no lograban paralizarle les sería difícil sostener sus pretensiones; y por otra parte los hombres del Norte parecían también resueltos á suprimir la esclavitud á todo trance, aunque fuese por la fuerza de las armas. De este modo se iban preparando los ánimos para la gigantesca lucha que tanta sangre debía costar al país algunos años despues.

La adquisición de California y Nuevo México, por provechosa que fuera al país, costó también muchos disgustos, y no fué el asunto que menos hubo de preocupar al Presidente á causa de los continuos y acalorados debates que se suscitaron sobre la manera de efectuarse la anexión, tan ruidosos algunos que rayaron en verdadero escándalo. Así, por ejemplo, en un debate que se produjo en el Senado, el general Foot y el coronel Benton, empeñados en una polémica, llegaron á los insultos, y el general, sacando una pistola, apuntó á su contrincante, á quien tal vez hubiera muerto si no le hubiesen detenido los que estaban á su lado. Las escenas de este género no eran las más propias para infundir esperanzas de un arreglo pacífico de las diferencias.

En medio de la excitación que producían todas estas cuestiones, el presidente Taylor, gastado por las rudas fatigas de su vida militar, y además por las que le ocasionaban sus nuevas funciones, cayó enfermo y murió casi repentinamente á consecuencia de una disentería, el 9 de julio de 1850, á las diez y media de la

noche. Daniel Webster había ido al Senado por la mañana, precisamente cuando se estaba discutiendo sobre la esclavitud, y habiendo hecho una seña al orador, por la que se comprendió que deseaba comunicar algo importante á la Cámara, prodújose al punto el más religioso silencio. Webster, pronunciando lentamente sus palabras, dijo con acento contristado: «Soy portador de una triste noticia, y tengo el sentimiento de anunciaros que el Presidente de los Estados Unidos, general Taylor, está moribundo, y probablemente no acabará el día.» La cámara se afectó mucho al oír esta noticia, y se suspendió la sesión.

El Presidente difunto contaba 66 años de edad, y la muerte le sorprendió sin dejarle tiempo para llevar á cabo los planes que se había propuesto al empuñar las riendas del gobierno. La pérdida de aquel héroe fué en extremo sentida, y las honras fúnebres que se le tributaron revelaban que aunque hubiese muchos que no participasen de sus opiniones políticas, ninguno ponía en duda que el general Taylor era un esclarecido ciudadano amante de su patria, y que había desempeñado siempre sus deberes con el mayor celo y rectitud. El Presidente difunto dejaba dos hijas y un hijo; este último, que llegó á obtener el grado de coronel en el ejército de los confederados, fué muerto en uno de los numerosos combates de la famosa guerra civil, en el año 1864.

Justo será hacer aquí una breve reseña biográfica de Millard Fillmore, que pasaba á ser décimotercero Presidente por la inesperada y sentida muerte del general Taylor.

Fillmore había nacido el 7 de enero de 1800 en Summer-Hill (Estado de Nueva York); su padre, Nataniel Fillmore, descendiente de una familia inglesa, era un modesto labrador, clase muy numerosa en los Estados Unidos, y con sus propias manos cultivaba un reducido terreno de su pertenencia. A causa de la pobreza de su familia, el joven Fillmore sólo recibió al principio una instrucción muy imperfecta en una escuela de pueblo, y á la edad de quince años se le envió al condado de Livingstone, entónces región salvaje, para aprender el oficio de tejedor; y despues fué aprendiz de un cardador de lana en la pequeña ciudad donde su padre habitaba.

Durante los cuatro años que trabajó en este oficio, aprovechaba todos los ratos de ocio para cultivar su espíritu, consagrando sus veladas á la lectura.

Tenia ya 19 años cuando trabó conocimiento con un juez del condado, persona rica y distinguida, que creyó reconocer en el humilde aprendiz una rara inteligencia, propia para hacerle aspirar á una posición más elevada. El juez se interesó por el joven Fillmore, ofreciéndole darle ocupación en sus oficinas, y pagarle los gastos que ocasionaran sus estudios. El joven, profundamente agradecido, aceptó la generosa oferta del juez, consagróse con el mayor ardor á sus libros, y á fin de disminuir en lo posible los sacrificios de su protector, consagró una parte de su tiempo á dar lecciones en una escuela.

En 1821, Fillmore marchó á Búfalo para continuar sus estudios, y en 1823 se recibió de abogado. Ya tenía abierta la carrera; sus recursos y su reputación se extendieron poco á poco; y en 1829 comenzó su vida política, cuando se le envió á la asamblea de Nueva York como representante del condado de Erie. Perteneciendo al partido federal, hallóse entónces en la oposición, y no tuvo muchas ocasiones para distinguirse, porque en aquel país, el partido que está en mayoría ó que ocupa el poder es el que más figura. Sin embargo, su probidad y su modestia conciliáronle el aprecio general.

La prisión por deudas en el Estado de Nueva York había llegado á ser una especie de calamidad pública; pero muchas personas interesadas defendían esta cuestión. Fillmore tomó una parte muy activa en los debates que tenían por objeto estirpar el abuso, y su lógica y sus esfuerzos triunfaron al fin, habiendo quedado suprimida desde entónces la prisión por deudas en Nueva York.

En 1832, Fillmore fué elegido representante en el Congreso, pero como no figuraba en la mayoría, tampoco pudo esta vez representar un papel importante.

Terminada la legislatura, Fillmore volvió á continuar sus trabajos de abogado; pero poco despues, cediendo á las instancias de sus compatriotas, volvió al Congreso en 1837. Fué reelegido en las dos legislaturas que se siguieron, y entónces se distinguió por su capacidad para los negocios, por la rectitud de su juicio y por la elegante facilidad en la palabra.

En 1841 rehusó las ofertas de sus constituyentes, que deseaban enviarle otra vez al Congreso, pues érale forzoso continuar en el ejercicio de su profesión á fin de atender á sus necesidades particulares, porque su fortuna

distaba mucho de estar al nivel de su nombramiento. Pocos años le bastaron para redondearse, y en 1847 se le nombró por una gran mayoría para el importante cargo de administrador de Hacienda. Cuando desempeñaba estas funciones, los federales le propusieron como candidato para la vicepresidencia de los Estados Unidos, y habiéndosele aceptado, presentó la

dimisión de administrador para desempeñar sus nuevas funciones.

A pesar de todo, la carrera de Fillmore, por más que se diga, no había sido notable por ningún concepto; sólo fué en la moderna historia de América el ejemplo de uno de esos muchos casos en que un mediano político alcanza una elevada posición en la república por su



MILLARD FILLMORE

Décimotercero Presidente de los Estados Unidos

buena estrella, ó por algun inesperado accidente; mientras que otros hombres de verdadero genio no consiguieron jamás llegar á tanta altura á pesar de sus esfuerzos, ó rehusaron darse á conocer en lo que valían.

Al encargarse Fillmore de la Presidencia hubo un cambio de gabinete, porque todos los que formaban el del general Taylor presentaron su dimisión; pero el que le sucedió se componía también de personas ilustradas y bien conocidas, que inspiraron confianza así en el interior como en el exterior.

El primer mensaje del Presidente Fillmore, muy concienzudo, excitó bastante interés, sobre todo porque en él se proponían útiles medidas para el país, entre las cuales aconsejábale la organización de varios regimientos de caballería para proteger las fronteras de Nuevo México y reprimir las depredaciones de los indios; la revisión del código; el establecimiento de faros, y el nombramiento de un tribunal que entendiese en las reclamaciones dirigidas al gobierno. En cuanto á la parte política, muchos la criticaron; pero otros aprobaban el modo de

noche. Daniel Webster había ido al Senado por la mañana, precisamente cuando se estaba discutiendo sobre la esclavitud, y habiendo hecho una seña al orador, por la que se comprendió que deseaba comunicar algo importante á la Cámara, prodújose al punto el más religioso silencio. Webster, pronunciando lentamente sus palabras, dijo con acento contristado: «Soy portador de una triste noticia, y tengo el sentimiento de anunciaros que el Presidente de los Estados Unidos, general Taylor, está moribundo, y probablemente no acabará el día.» La cámara se afectó mucho al oír esta noticia, y se suspendió la sesión.

El Presidente difunto contaba 66 años de edad, y la muerte le sorprendió sin dejarle tiempo para llevar á cabo los planes que se había propuesto al empuñar las riendas del gobierno. La pérdida de aquel héroe fué en extremo sentida, y las honras fúnebres que se le tributaron revelaban que aunque hubiese muchos que no participasen de sus opiniones políticas, ninguno ponía en duda que el general Taylor era un esclarecido ciudadano amante de su patria, y que había desempeñado siempre sus deberes con el mayor celo y rectitud. El Presidente difunto dejaba dos hijas y un hijo; este último, que llegó á obtener el grado de coronel en el ejército de los confederados, fué muerto en uno de los numerosos combates de la famosa guerra civil, en el año 1864.

Justo será hacer aquí una breve reseña biográfica de Millard Fillmore, que pasaba á ser décimotercero Presidente por la inesperada y sentida muerte del general Taylor.

Fillmore había nacido el 7 de enero de 1800 en Summer-Hill (Estado de Nueva York); su padre, Nataniel Fillmore, descendiente de una familia inglesa, era un modesto labrador, clase muy numerosa en los Estados Unidos, y con sus propias manos cultivaba un reducido terreno de su pertenencia. A causa de la pobreza de su familia, el joven Fillmore sólo recibió al principio una instrucción muy imperfecta en una escuela de pueblo, y á la edad de quince años se le envió al condado de Livingstone, entónces región salvaje, para aprender el oficio de tejedor; y despues fué aprendiz de un cardador de lana en la pequeña ciudad donde su padre habitaba.

Durante los cuatro años que trabajó en este oficio, aprovechaba todos los ratos de ocio para cultivar su espíritu, consagrando sus veladas á la lectura.

Tenia ya 19 años cuando trabó conocimiento con un juez del condado, persona rica y distinguida, que creyó reconocer en el humilde aprendiz una rara inteligencia, propia para hacerle aspirar á una posición más elevada. El juez se interesó por el joven Fillmore, ofreciéndole darle ocupación en sus oficinas, y pagarle los gastos que ocasionaran sus estudios. El joven, profundamente agradecido, aceptó la generosa oferta del juez, consagróse con el mayor ardimiento á sus libros, y á fin de disminuir en lo posible los sacrificios de su protector, consagró una parte de su tiempo á dar lecciones en una escuela.

En 1821, Fillmore marchó á Búfalo para continuar sus estudios, y en 1823 se recibió de abogado. Ya tenía abierta la carrera; sus recursos y su reputación se extendieron poco á poco; y en 1829 comenzó su vida política, cuando se le envió á la asamblea de Nueva York como representante del condado de Erie. Perteneciendo al partido federal, hallóse entónces en la oposición, y no tuvo muchas ocasiones para distinguirse, porque en aquel país, el partido que está en mayoría ó que ocupa el poder es el que más figura. Sin embargo, su probidad y su modestia conciliáronle el aprecio general.

La prisión por deudas en el Estado de Nueva York había llegado á ser una especie de calamidad pública; pero muchas personas interesadas defendían esta cuestión. Fillmore tomó una parte muy activa en los debates que tenían por objeto estirpar el abuso, y su lógica y sus esfuerzos triunfaron al fin, habiendo quedado suprimida desde entónces la prisión por deudas en Nueva York.

En 1832, Fillmore fué elegido representante en el Congreso, pero como no figuraba en la mayoría, tampoco pudo esta vez representar un papel importante.

Terminada la legislatura, Fillmore volvió á continuar sus trabajos de abogado; pero poco despues, cediendo á las instancias de sus compatriotas, volvió al Congreso en 1837. Fué reelegido en las dos legislaturas que se siguieron, y entónces se distinguió por su capacidad para los negocios, por la rectitud de su juicio y por la elegante facilidad en la palabra.

En 1841 rehusó las ofertas de sus constituyentes, que deseaban enviarle otra vez al Congreso, pues érale forzoso continuar en el ejercicio de su profesión á fin de atender á sus necesidades particulares, porque su fortuna

distaba mucho de estar al nivel de su nombramiento. Pocos años le bastaron para redondearse, y en 1847 se le nombró por una gran mayoría para el importante cargo de administrador de Hacienda. Cuando desempeñaba estas funciones, los federales le propusieron como candidato para la vicepresidencia de los Estados Unidos, y habiéndosele aceptado, presentó la

dimisión de administrador para desempeñar sus nuevas funciones.

A pesar de todo, la carrera de Fillmore, por más que se diga, no había sido notable por ningún concepto; sólo fué en la moderna historia de América el ejemplo de uno de esos muchos casos en que un mediano político alcanza una elevada posición en la república por su



MILLARD FILLMORE

Décimotercero Presidente de los Estados Unidos

buena estrella, ó por algun inesperado accidente; mientras que otros hombres de verdadero genio no consiguieron jamás llegar á tanta altura á pesar de sus esfuerzos, ó rehusaron darse á conocer en lo que valían.

Al encargarse Fillmore de la Presidencia hubo un cambio de gabinete, porque todos los que formaban el del general Taylor presentaron su dimisión; pero el que le sucedió se componía también de personas ilustradas y bien conocidas, que inspiraron confianza así en el interior como en el exterior.

El primer mensaje del Presidente Fillmore, muy concienzudo, excitó bastante interés, sobre todo porque en él se proponían útiles medidas para el país, entre las cuales aconsejábale la organización de varios regimientos de caballería para proteger las fronteras de Nuevo México y reprimir las depredaciones de los indios; la revisión del código; el establecimiento de faros, y el nombramiento de un tribunal que entendiese en las reclamaciones dirigidas al gobierno. En cuanto á la parte política, muchos la criticaron; pero otros aprobaban el modo de

ver del Presidente, que en su manifiesto indicaba la resolución de apoyar la ley sobre esclavos fugitivos, sin duda porque no tenía suficiente fe en el orden moral del mundo para comprender que la legislación sobre la esclavitud estaba preparando infaliblemente el camino para producir una espantosa convulsión que más tarde debía conducir al país á un período de angustia, de sangre y de lágrimas.

Durante la administración de Fillmore se admitió á California en la Union como nuevo Estado, lo cual se consideraba como una magnífica adquisición, atendida la inmensa riqueza de aquel territorio. Sabíase ya que en California había minas de oro, pero las noticias que llegaban continuamente respecto á sus riquezas, creyéronse en un principio exageradas. Sin embargo, no se tardó en saber positivamente que las de aquel territorio sobrepujaban á cuanto se decía. El terreno de Sacramento, según testimonio de los que le habían visitado, estaba lleno de pepitas auríferas; y otros ríos arrastraban el oro en sus aguas; añábase que los torrentes que bajaban de las montañas acarreaban el precioso metal, y que todos los habitantes del país ocupábanse en recoger aquellos repentinos tesoros. Según noticias recibidas del país, siete hombres, después de haber trabajado seis semanas y dos días, ayudados de cincuenta indios, halláronse dueños de doscientas setenta y cinco libras de oro puro. Los ensayadores americanos que habían reconocido el precioso metal, aseguraron que era de primera clase. En una carta recibida también de California, decíase que un hombre solo había reunido dos libras y media de oro en quince minutos, y esto sin más que lavar con agua la tierra que había recogido. Ya se comprenderá que todas estas noticias bastaron para que muchos ciudadanos emigraran al fabuloso país, donde muy pronto viéronse mezcladas todas las clases de la sociedad, hombres instruidos, aventureros, marinos, soldados, indios, traficantes, y toda la hez de las poblaciones. El gobierno de los Estados Unidos había enviado ya ántes una comisión para que informase sobre el estado de aquel rico territorio.

El producto de las minas no se podía calcular con exactitud; pero lo cierto es que durante un largo período aumentaba todos los años, llegando á ser enorme la cantidad de oro introducida en la circulación general del mundo. Calculábase que en 1850 no bajaba de cuarenta y ocho millones de duros el valor de lo que se recogió. En 1852, el oro embarcado en los vapores que salió de San Francisco había ascendido á la suma de cincuenta y seis millones de duros.

Francia é Inglaterra habían propuesto á Fillmore que su gobierno se asociara á un tratado cuyo objeto era proteger en el presente y el porvenir á la isla de Cuba contra una revolución interior ó agresiones exteriores; pero la proposición no fué aceptada, por efecto de las secretas miras de los federales, que se proponían halagar las pasiones de sus partidarios.

El aumento en el número de Estados y territorios había llegado á ser tan considerable durante el gobierno de este Presidente, que la capital Washington era ya demasiado reducida para las necesidades de la nación, y en su consecuencia, Fillmore aconsejó un nuevo ensanche que fué aprobado por unanimidad.

La administración de Fillmore terminaba el 3 de marzo de 1853, y el Presidente presentó la dimisión del cargo que había estado desempeñando tan dignamente por espacio de tres años. Aquel fué un importante período de la historia americana, y todos los hombres de recto juicio convinieron en que durante su gobierno Fillmore había sabido conservar la dignidad y el honor de la nación en sus relaciones con las potencias extranjeras, procurando al mismo tiempo adoptar siempre las más acertadas disposiciones para la conservación de la paz y la buena inteligencia en los Estados Unidos. La mayoría del país demostró su satisfacción, tributándole los elogios que merecía.

Fillmore se retiró de la vida pública, y en 1855 emprendió un viaje á Europa, deteniéndose principalmente en Inglaterra y Francia, donde se le trató con todas las consideraciones debidas al que había ocupado el primer cargo en la república americana.



FRANKLIN PIERCE

Décimo cuarto Presidente de los Estados Unidos

Franklin Pierce, nacido en Hilleboroug (Nueva Hampshire) el 23 de noviembre de 1804, era hijo de Benjamin Pierce, que se había distinguido por su valor y sus servicios durante la guerra de la independencia, habiéndose retirado en 1784 con el grado de capitán. Como no tenía más medios de subsistencia que su trabajo, compró un terreno y se hizo labrador.

El joven Pierce recibió una buena instrucción en el colegio de Bawdoin y en el de Brunswick, y como deseaba seguir la carrera de abogado, consagró tres años á sus estudios profesionales, tanto en Portsmouth como en Northampton. Antes de terminar el año 1837 obtuvo el título de abogado; pero hasta después

de trabajar algunos años con infatigable asiduidad, no comenzó á darse á conocer y á conquistar una merecida influencia. A ejemplo de la mayor parte de los abogados jóvenes, el atractivo de las luchas políticas le indujo á presentarse en el palenque para medir sus fuerzas. Su padre era un demócrata pronunciado, y él abundaba en los mismos principios; de modo que su ambición parecía natural.

En 1829, Franklin Pierce fué elegido diputado en la legislatura de New Hampshire, de la cual llegó á ser Presidente en 1831, y allí se hizo notar por su viva inteligencia, su buen criterio, su finura y cortesía.

En 1833 se le eligió representante en el Congreso, cosa rara para un hombre de su

ver del Presidente, que en su manifiesto indicaba la resolución de apoyar la ley sobre esclavos fugitivos, sin duda porque no tenía suficiente fe en el orden moral del mundo para comprender que la legislación sobre la esclavitud estaba preparando infaliblemente el camino para producir una espantosa convulsión que más tarde debía conducir al país á un período de angustia, de sangre y de lágrimas.

Durante la administración de Fillmore se admitió á California en la Unión como nuevo Estado, lo cual se consideraba como una magnífica adquisición, atendida la inmensa riqueza de aquel territorio. Sabíase ya que en California había minas de oro, pero las noticias que llegaban continuamente respecto á sus riquezas, creyéronse en un principio exageradas. Sin embargo, no se tardó en saber positivamente que las de aquel territorio sobrepujaban á cuanto se decía. El terreno de Sacramento, según testimonio de los que le habían visitado, estaba lleno de pepitas auríferas; y otros ríos arrastraban el oro en sus aguas; añábase que los torrentes que bajaban de las montañas acarreaban el precioso metal, y que todos los habitantes del país ocupábanse en recoger aquellos repentinos tesoros. Según noticias recibidas del país, siete hombres, después de haber trabajado seis semanas y dos días, ayudados de cincuenta indios, halláronse dueños de doscientas setenta y cinco libras de oro puro. Los ensayadores americanos que habían reconocido el precioso metal, aseguraron que era de primera clase. En una carta recibida también de California, decíase que un hombre solo había reunido dos libras y media de oro en quince minutos, y esto sin más que lavar con agua la tierra que había recogido. Ya se comprenderá que todas estas noticias bastaron para que muchos ciudadanos emigraran al fabuloso país, donde muy pronto viéronse mezcladas todas las clases de la sociedad, hombres instruidos, aventureros, marinos, soldados, indios, traficantes, y toda la hez de las poblaciones. El gobierno de los Estados Unidos había enviado ya ántes una comisión para que informase sobre el estado de aquel rico territorio.

El producto de las minas no se podía calcular con exactitud; pero lo cierto es que durante un largo período aumentaba todos los años, llegando á ser enorme la cantidad de oro introducida en la circulación general del mundo. Calculábase que en 1850 no bajaba de cuarenta y ocho millones de duros el valor de lo que se recogió. En 1852, el oro embarcado en los vapores que salió de San Francisco había ascendido á la suma de cincuenta y seis millones de duros.

Francia é Inglaterra habían propuesto á Fillmore que su gobierno se asociara á un tratado cuyo objeto era proteger en el presente y el porvenir á la isla de Cuba contra una revolución interior ó agresiones exteriores; pero la proposición no fué aceptada, por efecto de las secretas miras de los federales, que se proponían halagar las pasiones de sus partidarios.

El aumento en el número de Estados y territorios había llegado á ser tan considerable durante el gobierno de este Presidente, que la capital Washington era ya demasiado reducida para las necesidades de la nación, y en su consecuencia, Fillmore aconsejó un nuevo ensanche que fué aprobado por unanimidad.

La administración de Fillmore terminaba el 3 de marzo de 1853, y el Presidente presentó la dimisión del cargo que había estado desempeñando tan dignamente por espacio de tres años. Aquel fué un importante período de la historia americana, y todos los hombres de recto juicio convinieron en que durante su gobierno Fillmore había sabido conservar la dignidad y el honor de la nación en sus relaciones con las potencias extranjeras, procurando al mismo tiempo adoptar siempre las más acertadas disposiciones para la conservación de la paz y la buena inteligencia en los Estados Unidos. La mayoría del país demostró su satisfacción, tributándole los elogios que merecía.

Fillmore se retiró de la vida pública, y en 1855 emprendió un viaje á Europa, deteniéndose principalmente en Inglaterra y Francia, donde se le trató con todas las consideraciones debidas al que había ocupado el primer cargo en la república americana.



FRANKLIN PIERCE

Décimo cuarto Presidente de los Estados Unidos

Franklin Pierce, nacido en Hilleboroug (Nueva Hampshire) el 23 de noviembre de 1804, era hijo de Benjamin Pierce, que se había distinguido por su valor y sus servicios durante la guerra de la independencia, habiéndose retirado en 1784 con el grado de capitán. Como no tenía más medios de subsistencia que su trabajo, compró un terreno y se hizo labrador.

El joven Pierce recibió una buena instrucción en el colegio de Bawdoin y en el de Brunswick, y como deseaba seguir la carrera de abogado, consagró tres años á sus estudios profesionales, tanto en Portsmouth como en Northampton. Antes de terminar el año 1837 obtuvo el título de abogado; pero hasta después

de trabajar algunos años con infatigable asiduidad, no comenzó á darse á conocer y á conquistar una merecida influencia. A ejemplo de la mayor parte de los abogados jóvenes, el atractivo de las luchas políticas le indujo á presentarse en el palenque para medir sus fuerzas. Su padre era un demócrata pronunciado, y él abundaba en los mismos principios; de modo que su ambición parecía natural.

En 1829, Franklin Pierce fué elegido diputado en la legislatura de New Hampshire, de la cual llegó á ser Presidente en 1831, y allí se hizo notar por su viva inteligencia, su buen criterio, su finura y cortesía.

En 1833 se le eligió representante en el Congreso, cosa rara para un hombre de su

edad; pero no tardó en dar á conocer su talento y disposicion, que se apreciaron en lo que valian. Muy pronto llegó á ser íntimo amigo del general Jackson, que aún en su lecho de muerte ensalzaba con calor el patriotismo y la capacidad de Franklin Pierce, cuya elevacion presagiaba, diciendo que en tales manos debian estar seguros y bien colocados los intereses del país.

Apénas llegado á la edad requerida, Franklin Pierce fué nombrado senador de los Estados Unidos en 1837: era la época en que brillaban los políticos eminentes de gran reputacion, Webster, Clay, Calhoun, Benton y otros. Pierce era el individuo más jóven de la Asamblea, y con ese tacto y ese sentimiento de las conveniencias sociales que demostró en todas las circunstancias importantes de su vida, no trató nunca de presentarse en primera línea. Consagrado enteramente al estudio profundo de los negocios, y al cumplimiento de sus deberes, su rectitud y su habilidad le aseguraron muy pronto un lugar distinguido. Su voz era escuchada con gusto y confianza en las reuniones en que los senadores del partido democrático, entónces en minoría, concertaban sus planes y proyectos. No obstante, á pesar de los triunfos alcanzados ya en su carrera política, Franklin Pierce dimitió su cargo legislativo en junio de 1842 para fijar su residencia en Concorde (New Hampshire) y continuar allí el ejercicio de su profesion de abogado: tenia hijos, y sus funciones públicas le habian dejado pobre; de modo que le era forzoso volver á su antigua vida á fin de que no le faltaran los recursos necesarios. Entónces se le confiaron muchas causas, cuyo triunfo aseguró, y así pudo reponerse.

Su reputacion de orador y de jurista, y sobre todo la notoria probidad de que dió pruebas en todas ocasiones, condújeronle al poco tiempo á figurar en primera línea en el foro, y entónces llegó al más alto grado la influencia de que gozaba entre sus compatriotas.

En 1846, el presidente Polk, poco despues de su advenimiento al poder, ofrecióle el cargo de procurador general de los Estados Unidos, es decir, el más elevado en la magistratura del país; pero Pierce rehusó con tanta modestia como dignidad, contestando: «Cuando me retiré del Senado, lo hice con la firme resolucion de consagrarme del todo á los intereses de mi familia, y no separarme de ella sino en el caso de llamarme mi país; aceptar hoy la proposicion que teneis á bien hacerme seria comprometer esos intereses. Por otra parte, la plaza

vacante hoy será aceptada muy pronto, si es que no la solicitan ya hombres que os prestarán el apoyo de un mérito muy superior al mio.»

Al hacerse la declaracion de guerra contra México, fiel á los deberes que se habia impuesto á sí mismo, fué el primero en inscribirse como voluntario en la compañía que se organizaba en la ciudad de Concordia. Entónces se presentó en las filas, y sometiése á todos los ejercicios militares; pero despues de votarse el *bill* que ordenaba el aumento del ejército, concediósele el grado de coronel; y muy pronto, en marzo de 1847, elevósele al de brigadier general.

A fines de junio, Pierce llegó á Vera Cruz con su brigada, y allí se distinguió mucho, tanto por su intrepidez como por su golpe de vista militar, habiendo tomado una parte gloriosa en las acciones de Molino del Rey y de Chapultepec, que apresuraron la sumision de México. Pierce se habia hecho muy popular en su brigada por el celo, la bondad y la abnegacion con que se ocupaba de sus hombres en las penosas marchas, en los combates y en las ambulancias.

Terminada la guerra, Pierce devolvió su despacho de brigadier y regresó á sus hogares para continuar en el ejercicio de su profesion de abogado.

En 1850, habiéndose reunido una Convencion, en virtud de los deseos manifestados por él, para revisar la Constitucion del Estado de New Hampshire, un sufragio casi unánime designó al general Franklin Pierce como presidente de la Asamblea. Dos años despues fué objeto de un testimonio de aprecio más ruidoso aún, y que demostraba hasta qué punto se habia granjeado las simpatías generales. La Convencion del partido democrático se acababa de reunir en Baltimore (junio de 1852) para elegir un candidato á la presidencia; muchos hombres notables habian anunciado abiertamente su candidatura, sin que Pierce se hubiese atrevido á oponérseles como competidor; pero treinta y cinco escrutinios consecutivos demostraron que ninguno de los nombres propuestos llegaría á reunir las dos terceras partes de los votos necesarios. Hasta entónces no se habia dado ninguno á Franklin Pierce, pero al efectuarse el siguiente escrutinio, los delegados de Virginia presentaron su candidatura, y poco á poco los votos aumentaron de tal modo en su favor, que el general obtuvo en el último escrutinio doscientos ochenta y dos, quedando sólo once para

los otros tres candidatos. Los federales opusieron al general Scott, que habia tenido á Pierce á sus órdenes en la guerra con México; pero las corrientes de la opinion y la hábil táctica del partido democrático, aseguraron en el mes de noviembre la eleccion de Franklin Pierce por una mayoría muy considerable, que recordaba la de los presidentes más populares: de doscientos noventa y seis votos del colegio electoral, obtuvo doscientos cincuenta y cuatro, y el general Scott sólo cuarenta y dos. Este triunfo, y el honor de representar así á la democracia americana, se mezcló con un amargo disgusto para Pierce, pues en febrero de 1853, poco tiempo ántes del día en que debia tomar posesion del importante cargo que se le destinaba, y en ocasion de dirigirse á Washington con su esposa y el único hijo que le quedaba, tuvo el indecible pesar de ver morir á este último á consecuencia de un accidente ocurrido en el camino de hierro.

Pocos dias despues de ocurrir esta sensible desgracia, es decir, el 4 de marzo de 1853, Franklin Pierce hubo de presentarse para tomar posesion de su cargo de presidente, y en medio de aquella solemne ceremonia sin duda le fué preciso dominarse mucho para mostrar un semblante sereno ante la inmensa multitud, pues tenia lacerado el corazon por la desgraciada muerte de su hijo. Su mensaje mereció la aprobacion general, pues parecia indicar que el nuevo gobierno seria satisfactorio para todos si se guiaba por los principios que debian asegurarle el apoyo de todo el país. Franklin Pierce eligió un gabinete en que figuraban personas muy notables, tales como Marcy, Guthrie, Caleb Cushing y Jefferson Davis, el mismo que los Estados separatistas nombraron en 1860 presidente de la confederacion del Sur.

Franklin Pierce contaba ya 48 años al empuñar las riendas del gobierno; habia figurado desde su juventud en la legislatura de su Estado natal, New-Hampshire, en la Cámara de representantes y en el Senado, y se le conocia como ardiente defensor de la democracia, sabiéndose que sus opiniones eran las mismas del general Jackson.

El país se hallaba bastante tranquilo cuando Franklin Pierce subió al poder, pero muy pronto se temió la renovacion de la guerra con México, á causa del desacuerdo que hubo sobre el señalamiento de la línea divisoria entre la provincia de Chihuahua y Nuevo México, entónces territorio de los Estados Unidos; pero al

fin se arregló la cuestion por un tratado, quedando dicho valle como pertenencia de la república de la Union.

La tranquilidad de los Estados Unidos no debia ser muy duradera, pues apénas habia transcurrido un año desde el advenimiento de Franklin Pierce al poder, cuando comenzaron á dividirse más que nunca las opiniones; los partidos se agitaban; los demócratas, los federales, los propietarios de esclavos y los abolicionistas amenazaban turbar la tranquilidad pública; y la ley sobre los esclavos fugitivos seguia siendo origen de escenas violentas, preludio de las convulsiones que algunos años despues debian ocasionar un gran trastorno á la República. Muchos recordaron entónces que el antiguo presidente Madison habia condenado en uno de sus mensajes el uso de la palabra *esclavo*, palabra que expresaba en su concepto una cosa repugnante; no admitía la idea de que un hombre pudiera ser propietario de otro, ni comprendia que esto se pudiera reconocer en la ley orgánica de su país. En los tiempos de Madison, sin embargo, los políticos americanos eran más sensibles que en la época de Pierce, durante la cual muchos creian que no se podría suprimir la esclavitud sin exponer al país á graves peligros.

Los acontecimientos durante la administracion de Franklin Pierce pertenecen á la historia. Este presidente permitió á los jefes del partido democrático gobernar más que él; durante dos años estuvo bajo la influencia de los hombres más ardientes de la democracia, y de aquí resultaron graves disensiones con México, segun hemos indicado ántes; con España, respecto á la isla de Cuba; con Inglaterra, sobre el tratado Clayton Bulwer; y con el antiguo continente, á consecuencia de la resurreccion de la doctrina de Monroe, y del estímulo que se comunicó á las empresas de los filibusteros. El hábil y sabio Marcy, secretario de Estado, acabó por tomar y conservar el ascendiente, y por eso la administracion de Pierce terminó con más tranquilidad de la que hubo al principio; pero las divisiones interiores del partido democrático se agravaban cada vez más; y por esto temióse con justa razon que el presidente no seria reelegido.

En efecto, en la Convencion democrática reunida en Cincinnati el 2 de julio de 1856, los candidatos propuestos para la Presidencia, en primer término, fueron los señores Douglas, Pierre y Buchanan, pero este último fué el que

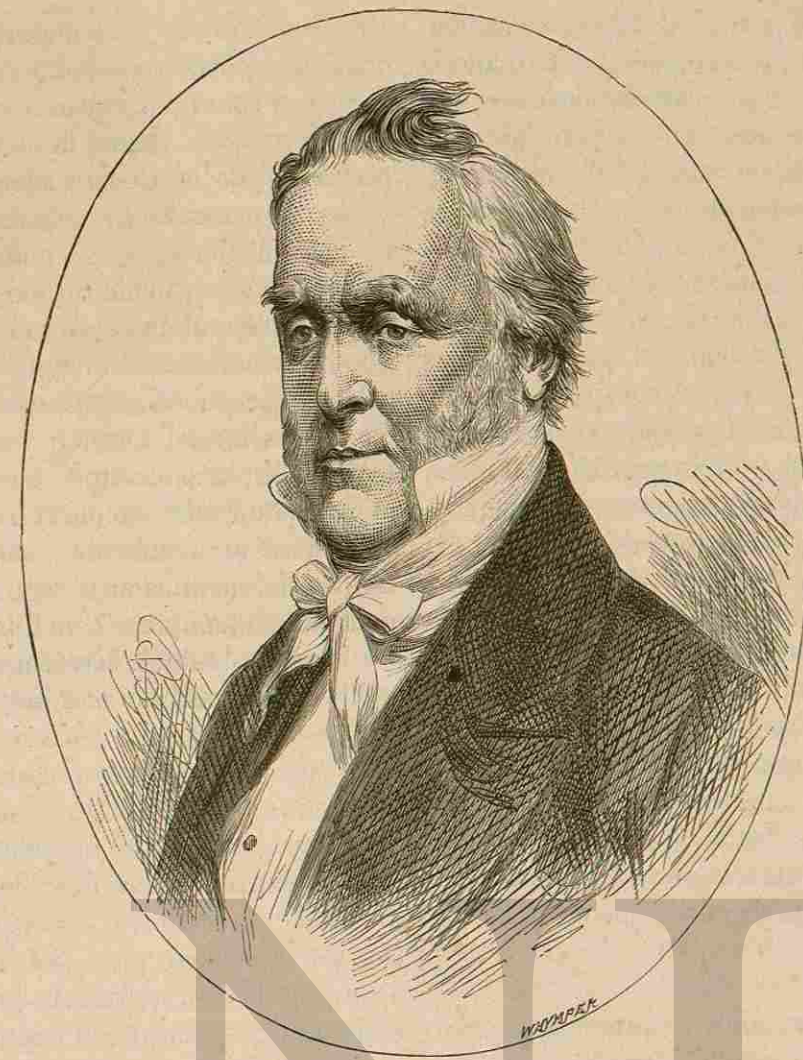
obtuvo la mayoría, no habiéndose dado ni uno solo, según la táctica ordinaria, al Presidente cuya administración estaba próxima á espirar.

En 1.º de diciembre de 1856 Franklin Pierce entregó su último mensaje anual, más interesante que los anteriores, por cuanto trataba muy extensamente las grandes cuestiones origen de la hostilidad entre el Norte y el Sur, y el 3 de marzo de 1857 cesó en el desempeño de sus funciones de Presidente de los Estados Unidos.

La administración de Franklin Pierce dejó de satisfacer por muchos conceptos las aspiraciones del país, sin llenar las esperanzas que en un principio abrigaba el pueblo al encargarse este Presidente del gobierno. Pierce subió al poder con mucho prestigio, como candidato de los demócratas, que debía regirse sólo por los principios de su partido; pero al cesar en su importante cargo, era opinión general que no

había hecho tanto como se esperaba de él, siendo el parecer de todos que ya era tiempo de entregar las riendas del Gobierno á otras manos, á fin, sobre todo, de que los demócratas pudieran conservar su ascendiente y llevar á cabo sus planes. Esto, en cuanto á la carrera del Presidente, pues en todo lo demás, como hombre, como caballero y amante de su patria, de la justicia y de la verdad, Pierce es digno de elogio. También se debe reconocer que á juicio del país, la administración de Franklin Pierce no fué fecunda en resultados, ni satisfizo tampoco los deseos y legítimas aspiraciones de todos sus compatriotas.

El 4 de marzo de 1857, Franklin Pierce se retiró á la vida privada; pero en la guerra civil que estalló más tarde, algunas veces elevó su voz para dar enérgicos y sabios consejos, aconsejando la defensa y mantenimiento de la unión de América y de la libertad.



JAIME BUCHANAN

Décimoquinto Presidente de los Estados Unidos

En las elecciones para la Presidencia efectuadas en el mes de noviembre de 1856, Jaime Buchanan fué el favorecido por los sufragios, y designado para sustituir á Franklin Pierce. Su competidor, el coronel Fremont, obtuvo también muchos votos, y tal vez hubiera alcanzado el triunfo si no se hubiera tenido en consideración, aún entre aquellos que no participaban de las opiniones generales de Buchanan, que éste podría administrar el país con tendencias menos separatistas que las de su contrincante, prescindiendo de que al coronel Fremont se le conocía más bien como intrépido explorador que como hombre político. Buchanan, por el contrario, había alcanzado cierta reputación en los círculos diplomáticos; creíasele bien penetrado del sistema de gobierno de su país, y naturalmente debía conocer muy bien la condición de los partidos y el espíritu de la Cons-

titución. Poco tiempo bastó para que se reconociese cuán poca confianza se debía tener en su patriotismo y sabiduría.

Jaime Buchanan, hijo de padres irlandeses, había nacido en Pensilvania el 23 de abril de 1791. Después de recibir la primera instrucción, estudió leyes, pues habíase resuelto que siguiese la carrera de abogado; y tal fué su aplicación, que en 1812, es decir, á los veintinueve años, comenzó ya á ejercer, dando evidentes pruebas de su claro talento y brillantes disposiciones. En 1814 pudo ya ocupar un asiento como diputado en la legislatura de Pensilvania, y más tarde adquirió cierta reputación uniéndose con los que combatían al Banco de los Estados Unidos.

En 1820, Buchanan fué elegido para representar á su condado en el Congreso, y allí llamó pronto la atención por la facilidad de su pala-

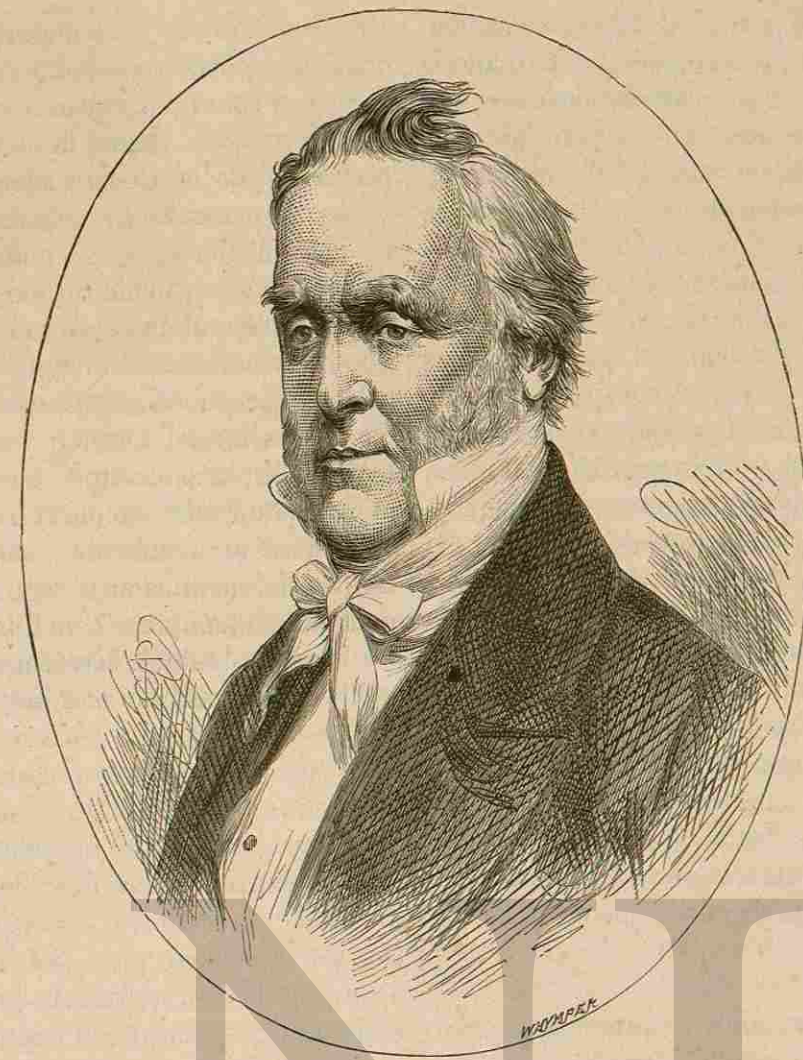
obtuvo la mayoría, no habiéndose dado ni uno solo, según la táctica ordinaria, al Presidente cuya administración estaba próxima á espirar.

En 1.º de diciembre de 1856 Franklin Pierce entregó su último mensaje anual, más interesante que los anteriores, por cuanto trataba muy extensamente las grandes cuestiones origen de la hostilidad entre el Norte y el Sur, y el 3 de marzo de 1857 cesó en el desempeño de sus funciones de Presidente de los Estados Unidos.

La administración de Franklin Pierce dejó de satisfacer por muchos conceptos las aspiraciones del país, sin llenar las esperanzas que en un principio abrigaba el pueblo al encargarse este Presidente del gobierno. Pierce subió al poder con mucho prestigio, como candidato de los demócratas, que debía regirse sólo por los principios de su partido; pero al cesar en su importante cargo, era opinión general que no

había hecho tanto como se esperaba de él, siendo el parecer de todos que ya era tiempo de entregar las riendas del Gobierno á otras manos, á fin, sobre todo, de que los demócratas pudieran conservar su ascendiente y llevar á cabo sus planes. Esto, en cuanto á la carrera del Presidente, pues en todo lo demás, como hombre, como caballero y amante de su patria, de la justicia y de la verdad, Pierce es digno de elogio. También se debe reconocer que á juicio del país, la administración de Franklin Pierce no fué fecunda en resultados, ni satisfizo tampoco los deseos y legítimas aspiraciones de todos sus compatriotas.

El 4 de marzo de 1857, Franklin Pierce se retiró á la vida privada; pero en la guerra civil que estalló más tarde, algunas veces elevó su voz para dar enérgicos y sabios consejos, aconsejando la defensa y mantenimiento de la unión de América y de la libertad.



JAIME BUCHANAN

Décimoquinto Presidente de los Estados Unidos

En las elecciones para la Presidencia efectuadas en el mes de noviembre de 1856, Jaime Buchanan fué el favorecido por los sufragios, y designado para sustituir á Franklin Pierce. Su competidor, el coronel Fremont, obtuvo también muchos votos, y tal vez hubiera alcanzado el triunfo si no se hubiera tenido en consideración, aún entre aquellos que no participaban de las opiniones generales de Buchanan, que éste podría administrar el país con tendencias menos separatistas que las de su contrincante, prescindiendo de que al coronel Fremont se le conocía más bien como intrépido explorador que como hombre político. Buchanan, por el contrario, había alcanzado cierta reputación en los círculos diplomáticos; creíasele bien penetrado del sistema de gobierno de su país, y naturalmente debía conocer muy bien la condición de los partidos y el espíritu de la Cons-

titución. Poco tiempo bastó para que se reconociese cuán poca confianza se debía tener en su patriotismo y sabiduría.

Jaime Buchanan, hijo de padres irlandeses, había nacido en Pensilvania el 23 de abril de 1791. Después de recibir la primera instrucción, estudió leyes, pues había resuelto que siguiese la carrera de abogado; y tal fué su aplicación, que en 1812, es decir, á los veintiún años, comenzó ya á ejercer, dando evidentes pruebas de su claro talento y brillantes disposiciones. En 1814 pudo ya ocupar un asiento como diputado en la legislatura de Pensilvania, y más tarde adquirió cierta reputación uniéndose con los que combatían al Banco de los Estados Unidos.

En 1820, Buchanan fué elegido para representar á su condado en el Congreso, y allí llamó pronto la atención por la facilidad de su pala-

bra como orador y por su persuasiva elocuencia. El presidente Jackson, que había fijado la atención en aquel nuevo partidario de sus opiniones, le nombró en 1831 ministro plenipotenciario en Rusia; y cuando Polk alcanzó el poder, eligió á Buchanan para ocupar uno de los principales cargos de su gabinete, es decir, el de Secretario de Estado. Por último, en 1853 fué nombrado ministro residente en Inglaterra, donde ensanchó mucho el círculo de sus relaciones.

El 4 de marzo de 1857, día señalado para inaugurarse la nueva administración, reinaba en Washington más entusiasmo que el de costumbre, y Buchanan se presentó á jurar su cargo ante los jueces del Tribunal Supremo, los senadores y el cuerpo diplomático; Franklin Pierce honraba también el acto con su presencia. El nuevo Presidente entregó en el Capitolio su mensaje inaugural, del que reproduciremos sólo algunos párrafos, porque se relacionan con las cuestiones más palpitantes entónces en el país, dando á conocer el estado de la República y haciendo ver hasta qué punto dejó Buchanan de llenar su cometido. Decía así:

«Ciudadanos:

»Me presento hoy ante vosotros para jurar solemnemente que cumpliré con toda fidelidad los deberes que me impone mi elevado cargo, sin perdonar esfuerzo alguno para conservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos de América. Al contraer tan sagrado compromiso, invoco humildemente al Dios de nuestros padres á fin de que me conceda la suficiente sabiduría y firmeza en el desempeño de mi cometido, para restablecer la armonía y la tranquilidad entre el pueblo de los diversos Estados, conservando nuestras libres instituciones. Persuadido de que debo mi elección á mi constante amor á la patria y á los buenos deseos que animan al pueblo americano, yo me atreveré á pedirle su eficaz apoyo cuando se trate de adoptar las medidas más oportunas para la dicha y prosperidad de esta nación. Resuelto ya á no presentarme como candidato en la reelección, no habrá motivo alguno que influya en mi conducta al dirigir la nave del Gobierno sino el deseo de servir fielmente á mi país y dejar un grato recuerdo á mis compatriotas.

»Acaba de terminarse una lucha presidencial en que las pasiones de nuestros compatriotas se excitaron en el más alto grado al discu-

tir cuestiones de una importancia vital; pero cuando el pueblo proclamó su libertad, cesó la tormenta como por encanto y renació la calma, porque habló la voz de la mayoría en la forma prescrita por la Constitución, y esto bastaba para que cesaran los debates y las polémicas. ¡Sólo en nuestro país se podría presenciar tan admirable espectáculo! ¡Qué feliz idea fué la del Congreso al establecer la sencilla regla de que la voluntad de la mayoría bastara para resolver la cuestión de la esclavitud doméstica en los territorios! De hoy más el Congreso no legislará en este asunto y en vez de establecer la esclavitud ó de excluirla en cualquier Estado, dejará al pueblo en completa libertad de formar sus instituciones según tenga por conveniente, sujetándose sólo á la Constitución de los Estados Unidos. El Congreso ha dispuesto también que cuando se admita al territorio de Kansas como Estado se le reciba con esclavitud ó sin ella, según lo prescriba su Constitución, en el momento de formar parte de los Estados Unidos. Las opiniones no han estado conformes respecto á fijar la época en que el pueblo de un territorio deberá decidir esta cuestión por sí mismo; pero felizmente este es un asunto de poca importancia práctica y además una cuestión judicial que legítimamente corresponde al Supremo Tribunal de los Estados Unidos, quien es de esperar la resolverá bien pronto. De todos modos, es un deber indispensable del Gobierno de la Unión asegurar á todo habitante residente la libre emisión de su voto; este sagrado derecho de cada individuo debe conservarse siempre, y una vez conseguido, nada mejor que dejar al pueblo de un territorio libre de toda intervención extraña para que trace su línea de conducta teniendo presentes las disposiciones de la Constitución de los Estados Unidos. Resuelta la cuestión territorial bajo el principio de la soberanía del pueblo, principio tan antiguo como lo es el mismo gobierno libre, pueden considerarse zanjadas todas las demás que corresponden á la práctica; y siendo así, ¿no podrá esperarse que cese la agitación de los ánimos y se olviden las causas que á ello dieron lugar? ¡Feliz será nuestro país el día en que el espíritu público legue al olvido esta cuestión para ocuparse de otras de más importancia!

»Durante el largo período en que ha predominado esta agitación, no ha resultado bien alguno para nadie, y ella ha sido el origen continuo de grandes males para el amo, para el

esclavo y para el país en general, pues se ha introducido la discordia entre los Estados hermanos hasta el punto de poner en peligro la existencia misma de la Unión. Lo peor de todo es que este peligro existe aún: bajo nuestro sistema hay un remedio para todos los males políticos, merced al criterio y recto juicio del pueblo; el tiempo es un gran correctivo: las cuestiones políticas que sólo hace algunos años exasperaban el espíritu público, se han olvidado ya casi del todo; pero el asunto de la esclavitud doméstica es de mayor importancia que aquellas, porque si la agitación continuase podría poner en peligro la seguridad personal de una gran parte de nuestros compatriotas allí donde la institución existe. En este caso, ninguna forma de gobierno compensaría la pérdida de la paz y de la seguridad en nuestra gran familia, y por lo mismo yo aconsejo á todos los hombres amantes de la Unión, que no perdonen esfuerzo alguno para que cese esa agitación que no tiene un objeto legítimo.

»Es un verdadero mal de la época que algunos hombres se hayan ocupado en hacer cálculos acerca del valor material de la Unión, razonando sobre los beneficios pecuniarios y ventajas locales que resultarían á los diversos Estados en el caso de disolverse, aunque sin olvidar los perjuicios que semejante suceso podría ocasionar. Aun descendiendo á este mezquino cálculo en cuestión de tamaña importancia, debe ser aquel naturalmente defectuoso, y una sencilla consideración bastará para probarlo.

»En la actualidad disfrutamos en nuestro vastísimo país de un comercio libre que admira al mundo, y este comercio se hace por vías férreas, por canales y por ríos que unen entre sí al Norte y al Sur, al Este y al Oeste de nuestra Confederación; ahora bien, aniquilad ese comercio, contened su libre curso por las líneas geográficas de Estados hostiles y envidiosos, y habreis destruido la prosperidad, habreis puesto fin á la dicha de todo el país, envolviéndole en una ruina común.

»Por importantes que sean en sí estas consideraciones, pierden su significancia cuando reflexionamos sobre los terribles males que para todos nosotros resultarían de la desunión, lo mismo para el Norte que para el Sur, lo mismo para el Este que para el Oeste. No trataré sin embargo de describirlos, porque confío en que esa Divina Providencia que inspiró á nuestros padres la suficiente sabiduría para fun-

dar la más perfecta forma de gobierno que podía regir á los hombres, no consentirá que esto se destruya y aniquile, y que dejemos de ser un poderoso auxiliar para la extensión de la libertad civil y religiosa en todo el mundo.

»Lo más importante, despues de atender á la defensa de la Constitución y al mantenimiento de la Unión es combatir la inmoralidad, pues la virtud es el espíritu vital de la República, y cuando aquella se pierde y es reemplazada por la pasión al dinero, se llegan á perder del todo las formas de gobierno libre, aún cuando se conserven al principio por algún tiempo. Nuestra situación financiera no tiene paralelo en la historia; ninguna nación ha contado con tantos fondos en las arcas de su Tesoro, y esto necesariamente da lugar á una constitución extravagante; hace concebir locos proyectos y produce una raza de especuladores cuyo ingenio sólo se consagra á buscar medios para obtener el dinero público. Esto es ya en sí un gran mal, y para evitarlo, parece más conveniente destinar los sobrantes del Tesoro á grandes objetos nacionales. Queda fuera de cuestión que el verdadero principio de nuestro Gobierno es no exigir al pueblo más rentas que las necesarias para atender á los gastos de una sábia, económica y celosa administración; para conseguir esto era necesario modificar la tarifa, y ya se ha hecho del modo que ha parecido más conveniente para no perjudicar á nuestras fábricas, especialmente aquellas que más faltan nos hacen para la defensa del país.

»Ninguna nación posee tan rica y vasta extensión de terreno como la que tiene la nuestra, y aún cuando sea conveniente ir cediendo una parte de las tierras públicas para el aprovechamiento de las restantes, no debemos olvidar que uno de los principios de nuestra política es reservar parte de aquellas para los actuales pobladores, pues de este modo no sólo se asegura la prosperidad de los nuevos Estados y se crea una raza independiente de honrados é industriosos ciudadanos, sino que conservamos un territorio para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, así como también para los desterrados que llegan á pedirnos hospitalidad desde lejanas tierras, deseosos de mejorar su condición y disfrutar los beneficios de la libertad civil y religiosa. Estos han contribuido mucho á los adelantos y prosperidad del país; han sido fieles lo mismo en la paz que en la guerra, y despues de llegar á ser ciudadanos, adquieren por nuestra Constitución y por nues-

tras leyes, el derecho de que se les considere iguales á los que nacieron en el país.

»Por la Constitución federal conceden los Estados al Congreso ciertos poderes específicos, y la manera de interpretarlos ha dado lugar á una cuestion que divide más ó ménos á los partidos políticos desde hace algun tiempo. Sin entrar ahora á discutir sobre este punto, creo de mi deber manifestar aquí que una larga experiencia y la observacion me han convencido de que, interpretar estrictamente y á la letra los poderes conferidos al Gobierno, es la verdadera teoría de la Constitución, y obsérvese que cuando en nuestra pasada historia ha ejercido alguna vez el Congreso atribuciones dudosas no han dejado nunca de resultar funestas consecuencias. Muchos ejemplos hemos tenido de esto, mas no me parece oportuno citarlos en esta ocasion. Convencido de tales verdades, considero sin embargo que al conferirse al Congreso autorizacion para declarar la guerra, la tiene tambien para disponer la construccion de un camino militar cuando sea absolutamente necesario para la defensa de cualquier Estado ó territorio de la Union en el caso de una intervencion extranjera. Segun la Constitución, el Congreso está autorizado para levantar ejércitos, mantener una escuadra, llamar á la milicia y rechazar á los invasores, debiendo tambien por consiguiente proteger á todos los Estados en general y á cada uno en particular; pero, ¿cómo sería posible, por ejemplo, dispensar esta proteccion á California y á nuestras posesiones del Pacífico, si no hubiera un camino que cruzara el territorio de la Union y por el cual habian de trasportarse rápidamente hombres, armas y municiones para rechazar al enemigo? Es imposible concebir que mientras la Constitución previene terminantemente que corresponde al Congreso atender á la defensa de los Estados, les privara de los únicos medios de defensa.»

El advenimiento de Buchanan al poder fué precedido de síntomas que parecieron anunciar un trastorno general en la sociedad del país: muchos ciudadanos estaban perdiendo tontamente sus vidas en una desatentada empresa contra Nicaragua, cuyo territorio querian agregar á la Union á fin de que tuviera un Estado más que votara en favor de la esclavitud; los indios molestaban mucho en las fronteras; la cámara de representantes se entregaba á ciertos manejos contra determinadas personas, muy dignos de censura; los asesinatos y las violen-

cias inquietaban ya á la conciencia pública; la nacion se dividia evidentemente en dos bandos hostiles; y era por lo tanto dudoso que se pudieran mantener largo tiempo las más simples formas de orden público.

Al poco tiempo de haber empuñado Buchanan las riendas del Gobierno, los partidarios de la esclavitud hicieron vigorosos esfuerzos para aumentar su poder, extendiendo la aplicacion de sus principios. El comercio de esclavos, aunque ilegal, efectuábase sin el menor rebozo en las costas del Sur; los diarios de Texas anunciaban la llegada de cargamentos de negros del Africa, los cuales eran vendidos como cualquiera otra mercancia; y á pesar de esta libertad los Estados del Sur pedian con insistencia que se legalizara su tráfico una vez más; pero esto hubiera sido ir demasiado lejos, y el gobierno de Buchanan no accedió, prosiguiendo sin embargo tan escandaloso tráfico, el cual daba lugar á incidentes en que debian intervenir de continuo las autoridades.

Para que se vea con qué energía abogaban algunos por la esclavitud, y hasta qué punto defendian sus principios, reproducimos algunos fragmentos del brillante discurso que pronunció un senador del Sur, M. Hammond, cuando hubieron comenzado los debates con motivo del segundo mensaje del presidente Buchanan.

«La fuerza de una nacion depende más que todo de su riqueza, y la riqueza de una nacion así como la de un hombre, debe apreciarse por lo que produce. Si un hombre posee millones de duros y malgasta todo su patrimonio, ¿podremos decir que es rico? ¿Le será dable acometer ninguna empresa? ¿Podrá construir buques ó caminos de hierro, ni levantar un ejército para sostener una guerra? Podrá ser feliz, vivir con comodidad, disfrutar de lo que tiene mientras lo conserve, pero nunca será rico, nunca será fuerte.»

»Un senador de Nueva York ha dicho que el mundo entero habia abolido la esclavitud; ¡ah! habrá suprimido el nombre, pero no la cosa; todos los poderes de la tierra no podrían conseguirlo, sólo Dios puede hacerlo..... Nosotros creemos que los blancos no serian esclavos ni por ley ni por necesidad; nuestros esclavos son negros y una raza inferior, pero nosotros los hemos sacado de la triste condicion en que se hallaban, elevándolos en cierto modo. Ni uno solo de esta raza, diseminada en toda la extension del globo, podrá compararse nunca con los esclavos del Sur, porque ellos son felices, viven

contentos, no ambicionan nada, y aunque de clara inteligencia, nunca tememos nada de sus aspiraciones.

»Circunstancias casuales os han favorecido hasta ahora; habeis aumentado vuestra poblacion con esas hordas de emigrantes semibárbaros que acuden numerosas al Norte un año y otro, y que dan lugar á un continuo movimiento. A esto lo llamais progreso: lo es en efecto, pero nada envidiable. El Sur es quien más ha contribuido á prestaros su apoyo; sois nuestros factores; traeis y llevais para nosotros; anualmente pasan por vuestras manos ciento cincuenta millones de duros de nuestro propio dinero, con una gran parte del cual os quedais, sirviendo lo demás para sosteneros en vuestra situacion. Suponed ahora que os retiramos el apoyo; suponed que no os dejáramos tomar parte en nuestros negocios; ¿sabeis lo que sucedería entónces? Que quedaríais sumidos en la pobreza.

»El senador de Nueva York dice que se trata de quitarnos el Gobierno, de que no tengamos participacion en él; quizás sea esto verdad, pero no olvideis, porque esto está escrito en la página más brillante de la historia humana, que nosotros, los defensores de la esclavitud en el Sur, hemos gobernado nuestro país por espacio de setenta años, y os lo entregaremos puro y sin mancilla, próspero y vigoroso hasta el punto de excitar la admiracion del mundo. Con el tiempo veremos lo que hareis de él, pero nunca disminuirá nuestra gloria ni tampoco vuestra responsabilidad.»

Este discurso no hizo más que excitar doblemente los ánimos sin evitar el conflicto, y dos años despues de pronunciadas estas palabras, estalló la gigantesca lucha que debia ser la admiracion del mundo.

Los abolicionistas, por su parte, tenian tambien resueltos partidarios, como lo demostró un suceso muy notable, ocurrido dentro del primer año de la administracion de Buchanan, y que debia ejercer una marcada influencia en los destinos de la República americana. Fué la famosa conspiracion de Juan Brown, que tenia por objeto producir una revolucion en los Estados del Sur, tentativa que constituye uno de los más sorprendentes episodios de la historia de los Estados Unidos.

Juan Brown, natural de Kansas, enemigo fanático de la esclavitud, estimulado por las excitaciones de ciertos hombres, en desprecio de la Constitución y de las leyes del país, y sin

escuchar la voz de la conciencia, fraguó una conspiracion cuyo objeto era caer sobre el pueblo de Harper's Ferry, robar el arsenal, saquear las casas y promover la insurreccion, habiéndose trazado al efecto un plan que ofrecia las mejores probabilidades de éxito. Los conspiradores alquilaron en el Estado de Maryland una hacienda situada á pocas millas de Harper's Ferry, en la que permanecieron durante algunos meses, al parecer con el fin de ocuparse de sus asuntos particulares, pero en realidad para inspirar confianza á los habitantes del pueblo vecino y en particular á los de Harper's Ferry. De este modo pudieron reconocer perfectamente todas las localidades, las calles, las casas y las tiendas, de tal manera, que en un momento dado, sin confusion y sin vacilaciones, pudieran llevar á cabo su proyecto. Los conspiradores no ignoraban que reinaba la mayor confianza, y sabian muy bien que no habia un solo hombre en todo el Estado de Virginia que se retirara á su casa por la noche con temor alguno, ni que sospechara mucho ménos que pudiera ser atacado por ciudadanos de los Estados Unidos. La seguridad, pues, era completa, pues no se temia nada de la poblacion esclava, y en esto no se engañaron los conspiradores segun veremos, de modo que todo contribuia á favorecer su proyecto.

Despues de haber cortado los alambres del telégrafo, Brown y los suyos, protegidos por la oscuridad de la noche, penetraron en el pueblo sin ser vistos; apoderáronse del único vigilante nocturno que habia en el arsenal, y ocuparon inmediatamente todos los edificios que contenian armas ó podian servir para una conveniente defensa. Hecho así, los conspiradores arrestaron por sorpresa á varios ciudadanos de los más principales, á quienes ya conocian, y á los que encerraron en sitio seguro. Todo esto se llevó á cabo durante la noche, pero á la mañana siguiente, cuando se averiguó en parte lo que pasaba, el pueblo se dirigió hácia el arsenal, donde empezaba á reinar la mayor confusion. Entónces los conspiradores hicieron fuego sobre los ciudadanos, y por la primera vez comprendióse por todos la enormidad de los designios de aquellos hombres, pero sin que se hubiese notado, por extraño que esto parezca, que ningún ciudadano tuviese armas ni municiones para su defensa. A pesar de esto, reuniéronse bien pronto algunos mosquetes y rifles, y habiéndose armado inmediatamente algunos hombres de los alrededores, se contestó al fuego

del enemigo, con tan buen resultado que á las pocas horas se le desalojó de sus posiciones, con una gran pérdida entre muertos y heridos, y sólo el jefe de la conspiración pudo escapar con media docena de los suyos llevándose diez ó doce prisioneros con el fin de que los ciudadanos no hicieran fuego á la casa donde consiguieron refugiarse. En esto llegó la noticia de aquel acontecimiento á Washington; comenzaron á circular los más exagerados detalles acerca del combate de Harper's Ferry, y en su vista adoptáronse inmediatamente cuantas disposiciones se creyeron necesarias, y se ordenó al coronel de caballería Roberto E. Lee, que marchase en el acto al lugar de las ocurrencias con un destacamento de marineros y dos compañías de voluntarios de Maryland, que ofrecieron espontáneamente sus servicios. Las tropas marcharon en tren especial, y á primera hora de la mañana siguiente, el coronel Lee dió orden de atacar la casa donde los conspiradores se habían fortificado, la cual fué tomada bien pronto sin más pérdida que la de un muerto y un herido. Los conspiradores, entre los cuales se hallaba su jefe Juan Brown, fueron entregados á las autoridades de Virginia, y habiéndoseles juzgado por las leyes del país, y reconocidos culpables, se les condenó á muerte y fueron ahorcados al otro día.

Así terminó la conspiración de Juan Brown, una de las más atrevidas que se habían conocido en el país, y cuyas consecuencias no debían conocerse hasta más tarde.

La intentona de Brown había tenido mal éxito; fué descabellada, si se quiere, y apenas podía abrigar su autor la esperanza de obtener un buen resultado; pero debía fructificar en un período futuro, que no estaba muy lejos, é hizo más patente la absoluta incompatibilidad entre el Norte libre y el Sur protegiendo la esclavitud. Desde entonces se propagó por algunos Estados rápidamente un poderoso espíritu de reforma, que se había estado preparando hacia largo tiempo, pero que necesitaba algún estímulo, como la intentona de Brown, para convertirse en devoradora llama. Aquel dramático suceso, despertando los temores de los hombres del Sur, armó sus manos haciéndoles comprender que no estaba lejos el día de ajustar cuentas, y que la temible cuestión de la esclavitud debía tener un terrible desenlace. Los dos bandos podían conocer ya, mejor que lo habían conocido ántes, cuáles eran sus deseos y sus aspiraciones; disipáronse entonces muchos er-

rores é incertidumbres, la ley moral se sobrepuso á la constitucional, y excitó enérgicamente á todos los hombres á elegir su bandera. Los principios abolicionistas del Norte recibieron un poderoso impulso con el acto de Juan Brown.

Como si las perturbaciones que agitaban al país no hubieran sido bastantes para preocupar de sobra al Presidente, surgió de pronto otro conflicto de carácter amenazador, promovido en el territorio de Utah, del que era gobernador Brigham Young, por influencias de los federales. Ahora bien, Young se había erigido en jefe de la famosa secta de los mormones, á los cuales pretendía gobernar, disponiendo de sus propiedades, por inspiración directa y autoridad del Todopoderoso, según él decía; de modo que comenzó á ejercer autoridad absoluta como jefe de un Estado y de una Iglesia, la de «Los últimos Santos», como dieron en llamarla. Todo esto fué origen de escandalosos abusos, llegándose al extremo de que en Utah no se hiciera caso alguno de las órdenes y amonestaciones del presidente Buchanan, quien reconoció la urgencia de nombrar otro gobernador ántes que las cosas pasaran más adelante. Sin embargo, parece que Brigham Young se había ocupado hacia mucho tiempo en reunir armas, haciendo fabricar muchas, proveyéndose al mismo tiempo de abundantes municiones de guerra; mientras que por otra parte acostumbraba á los mormones al servicio militar, como hubiera podido hacerlo el general en jefe de un ejército.

Cuando Buchanan supo todo esto, fué forzoso, como primer magistrado ejecutivo, adoptar enérgicas medidas para restablecer el primer principio de autoridad de la Union; y la cámara de representantes aprobó un acuerdo, por el cual se organizaban cuatro regimientos más para que fuesen al territorio de Utah, al que se declaraba en estado de rebeldía.

Brigham Young, al tener noticia de las medidas que se habían adoptado, escribió al jefe de la expedición militar una carta concebida en estos términos: «Si viene V. con intenciones pacíficas, no necesita las armas; nosotros deseamos la paz, lo mismo ahora que siempre, y en virtud de mis atribuciones como gobernador de Utah, le intimo á retirar sus tropas del territorio.» Después, el jefe de los mormones armó su gente, haciendo los preparativos que juzgó necesarios en aquel caso. No obstante, cuando hubo reflexionado más detenidamente

sobre su situación, resolvió abandonar el territorio, y hasta salir de los Estados Unidos; pero como se le presentaran dos comisionados, haciéndole proposiciones para arreglar amistosamente la cuestión, firmóse un tratado de paz, y el ejército entró en la ciudad poco después. De este modo terminó el conflicto, publicando el presidente Buchanan una proclama en la que concedía perdón á los que habían intentado resistir á su autoridad por la fuerza de las armas. El peligro se conjuraba por el pronto, pero debía reproducirse algunos años más tarde.

Al reunirse el Congreso el 5 de diciembre de 1859, la agitación del país llegaba á su colmo, hallándose preocupado aún el espíritu público por el reciente suceso de Harper's Ferry. Hablábale ya abiertamente en el Sur de la separación de los Estados, y aún algunos hombres del Norte comenzaban á dudar que se pudiera conservar la union mucho tiempo más, ó que valiese la pena á costa de tantas animosidades y perversiones de la libertad constitucional. Que Buchanan dispensaba su favor á los intereses de los esclavistas era ya cosa bien conocida, pues manifestábase constantemente en sus principios y en sus actos políticos; cierto que hizo algo para aparentar que trataba de reprimir en lo posible el tráfico de negros, pero la verdad es que este proseguía con la misma libertad.

La posición de Buchanan se hizo más embarazosa aún por habersele dirigido á principios de 1860 algunos cargos bastante graves: acusábasele, no sólo de haberse valido de su autoridad para asegurar la aprobación del *bill* sobre Kansas, sino de haber prodigado el dinero para conseguir este fin; de haber sancionado también ciertos abusos de las oficinas públicas del Estado, como las de correos y de marina; y á consecuencia de esto, aprobáronse varios acuerdos hostiles en la Cámara de representantes, nombrándose un comité de cinco individuos para fiscalizar la conducta del Presidente y otros altos funcionarios del gobierno acerca de dicho asunto.

El presidente Buchanan contestó al punto con un mensaje, demostrando la sinceridad de sus actos y negando la competencia de la Cámara de representantes para dirigir acusación alguna contra el Presidente, si bien no discutía su derecho de practicar una averiguación respecto á los supuestos abusos administrativos. «En su consecuencia, decía, protesto solemnemente contra esos procedimientos de

la Cámara de representantes, porque constituyen una violación de los derechos del jefe del gobierno y son subversivos de su independencia constitucional; porque tienden á favorecer las miras de hombres de mala fe, siempre dispuestos á jurar que han tenido conversaciones privadas con el Presidente, dando lugar, por el carácter de ellas, á que se hostigue al primer magistrado de la Union, degradándole á los ojos del país. Si esto se hiciera con un hombre débil ó tímido, se sometería á indebidas influencias para evitar semejantes persecuciones, las cuales tienden á destruir esa armonía para el bien común que yo deseo sinceramente conservar á toda costa. Por último, adviértase que si yo no resistiera se establecería un precedente peligroso para todos mis sucesores, sea cual fuere el partido político á que puedan pertenecer.» Esta enérgica contestación puso fin al asunto.

Como se acercaba ya el término de la administración de Buchanan, habían comenzado ya las elecciones para designar el nuevo presidente, y estas elecciones eran mucho más importantes que todas las precedentes, atendida la agitación del país, siendo esperado con ansia el último mensaje de Buchanan, que se entregó el 4 de diciembre de 1860. En este documento, que trataba en gran parte de la grave cuestión política del día, es decir, de la esclavitud, reconocíanse muy bien las tendencias del Presidente en favor del Sur, pues atribuía la causa de la crítica situación del país á la continua é inmoderada intervención de los hombres del Norte en los asuntos de los protectores de la esclavitud. Buchanan, basando al parecer su política en el mantenimiento de la Union, había sido, sin embargo, invariablemente amigo de una parte del país y porfiado enemigo de la otra; habíase valido de todo su poder oficial para favorecer los propósitos del Sur, manteniendo al Norte en el estado de sujeción en que, salvo algunas excepciones, hallábase ya hacia sesenta años; y ahora que iba á cesar en su gobierno, su animosidad contra los Estados libres se manifestaba sin medida, y hasta casi sin decencia. Algunos párrafos del mensaje nos dan á conocer bien claramente sus opiniones sobre aquel grave estado de cosas, cuyo desenlace debía ser el más sangriento conflicto.

«El Sur, decía, hubiera podido soportar los ataques de que es objeto, con la esperanza de que más tarde se hallaría el medio de satisfacer las exigencias de todos, por cuyo medio no

sería de temer una separacion, pues el verdadero peligro no depende tanto de los sucesos como del hecho de que la incesante y violenta agitacion que predomina en el Norte á consecuencia del asunto de la esclavitud, ha producido al fin su pernicioso influencia en los esclavos, inspirándoles vagas ideas de libertad. Por esto ha llegado á reinar la inquietud en el hogar de las familias; por esto no se confía ya en la paz y todos temen á cada minuto una insurreccion. Más de una matrona del Sur se retirará á su casa por la noche poseída de inquietud al pensar que acaso ya no encuentre á sus hijos, y cuando esta inquietud, ya real ó imaginaria, llegue á extenderse por todo el país, entónces la desunion será inevitable. La propia conservacion es una de las primeras leyes de la naturaleza, y la que el Creador hizo comprender desde luego al hombre; y ninguna union política es posible, por grandes que fueran sus beneficios, si una de sus consecuencias ha de ser la inquietud de las familias y su poca seguridad. Más pronto ó más tarde se disolverian los lazos de semejante union. Yo creo que este fatal período no ha llegado aún, y por mi parte rogaré á Dios que no se rompan los lazos que nos unen y que se conserve la Constitucion á través de las futuras generaciones.

» Debemos, sin embargo, tomar nuestras medidas con tiempo para evitar el peligro. No puede negarse que por espacio de veinte años, la hostilidad del Norte contra el Sur, en la cuestion de la esclavitud, ha producido una agitacion incesante. En 1835 comenzaron á circularse en los Estados del último, manifiestos incendiarios, proclamas y otros escritos que tendian evidentemente á excitar las pasiones de los esclavos, y usando las mismas palabras del general Jackson, *á estimularles á la insurreccion, dando lugar á todos los horrores de una guerra civil*. Esta agitacion ha ido en aumento siempre, tanto por culpa de la prensa como por los procedimientos de los Estados y de las diversas Convenciones, y el Congreso se ha ocupado con preferencia en los violentos debates á que daba márgen la asendereada cuestion de la esclavitud; y se han hecho llamamientos y se han escrito folletos por personas distinguidas, sin más objeto que el de sembrar la discordia en los diversos Estados de la Union.

» ¡Cuán fácil sería para el pueblo americano arreglar satisfactoriamente de una vez esta cuestion y restablecer para siempre la buena paz y armonía en todo el país!

» Él, sólo él puede hacerlo: lo único que se necesita para conseguir tan laudable objeto, y todo lo que los Estados esclavistas quieren, es que se les permita regirse por sus mismas instituciones. Como Estados soberanos, ellos y sólo ellos son responsables ante Dios y el mundo de su empeño en proteger la esclavitud, mientras el pueblo del Norte nada tiene que ver con esto, ni le asiste tampoco derecho alguno para intervenir en semejante asunto. Yo confío mucho por lo tanto en su buen criterio y reconocido patriotismo.

» ¿Cuál es entre tanto la responsabilidad y verdadera posicion del poder ejecutivo? Por un juramento solemne está obligado ante Dios y su país á cuidar que las leyes se cumplan y observen fielmente, y de esta obligacion no puede relevarle ningun poder humano. Pero, ¿cómo deberá obrar y llenar este deber cuando lo han hecho impracticable acontecimientos que no podia evitar? Este es precisamente el caso con la Carolina del Sur, pues todos los funcionarios públicos de la administracion que allí habia han renunciado sus cargos, y ahora no hay en dicho Estado ni jueces ni autoridades, las que están encargadas del fiel cumplimiento de las leyes. La máquina del gobierno federal ha sido destruida completamente, y será muy difícil hacerla funcionar de nuevo.

» Ahora bien, la cuestion debe plantearse así: ¿ha conferido la Constitucion al Congreso el derecho de someter á un Estado que trata de separarse, ó se ha separado ya de la Confederacion? En caso afirmativo, debe ser bajo el principio de haberse conferido al Congreso el derecho de declarar la guerra á un Estado; pero despues de reflexionar detenidamente, vengo á deducir en conclusion que no se ha conferido semejante derecho al Congreso ni á ningun otro departamento del gobierno federal. Es evidente, al examinar la Constitucion del país, que entre los poderes especiales otorgados al Congreso, no se encuentra tal derecho; y es claro también que su ejercicio no es necesario para aquellos.»

En rigor, Buchanan era quien habia hecho inevitable la reaccion contra el Sur; él era quien, tratando de hacer lo contrario, preparó el terreno para que predominaran los principios libres sobre los intereses de los esclavistas; pero nadie podia asegurar á punto fijo cuáles eran sus propósitos. En toda su vida política demos-

tró que sus opiniones se inclinaban en favor del Sur; pero no se supuso que quisiera llevar tan adelante sus planes, sin respeto á todas las demás consideraciones.

Lo más que Buchanan quiso hacer se redujo á proteger los fuertes y otros edificios públicos, que estarían amenazados en caso de separacion, limitándose á esto sus medidas para evitar una lucha, que cada día era más inminente y amenazadora. Los confusos términos de su mensaje y las vacilaciones que revelaba, desagradaron en general, lo mismo al Sur que al Norte; en todas partes se consideró aquel documento como la queja de un hombre perplejo y acosado por los peligros que no habia tenido suficiente valor para dominar; pero en el fondo, su mensaje favorecia mucho más al Sur que no á los Estados en que el trabajo era libre. La sedicion cobró más bríos; los conspiradores contra la Union comprendieron que podrian avanzar en sus proyectos sin temor; y fué bien evidente que durante los tres meses que faltaban para terminar la administracion de Buchanan, el Sur quedaria libre para fraguar sin embarazo sus proyectos contra la Union, que el Presidente no deseaba conservar, ni tenia tampoco espíritu para defender.

La presidencia de Buchanan fué el último capítulo de la historia de la esclavitud en América; pasado el breve período de los cuatro años de su administracion, el país debía entrar en una nueva fase de vida nacional, determinada al fin por

las amargas angustias de la guerra civil, pero impuesta desde la primera época por los eternos principios de la moralidad, y por todos los elementos que comunicaban al gobierno de la Union su carácter distintivo, presentándole á los ojos del mundo como uno de los primeros en satisfacer las esperanzas de los hombres. Por la política de Buchanan, el Sur hizo un supremo esfuerzo para que triunfaran su política y sus intereses dentro de los límites de la Constitucion; pero no fué el último, porque aún le faltaba apelar á un desesperado esfuerzo para sostener una guerra fratricida. El Norte habia apurado ya toda su paciencia, y el espíritu de partido del presidente Buchanan debía despertar al fin toda su energía, agrupándole bajo una misma bandera para satisfacer una necesidad de la época. El presidente Pierce habia sido antes el débil instrumento de un partido que necesitaba jefes más audaces; en Buchanan se encontró el hombre de opiniones más extremadas; y bueno fué para el país, y para la humanidad entera, que se apresurara el desenlace de una inevitable lucha por aquellos que tuvieron ménos arte ó ménos inclinacion para distinguir entre las opiniones y buscar los medios más propios de conciliar los ánimos por una sábia política.

Terminada su administracion, Buchanan hizo sus preparativos para emprender un viaje, dejando á su país á las puertas de la guerra civil.



ABRAHAM LINCOLN

Décimosexto Presidente de los Estados Unidos

Una misera cabaña construida toscamente con troncos en medio de un desierto, fué la primera vivienda de la familia Lincoln; su hijo, Abraham, habia nacido en el condado de Hardin (Kentucky) en el año 1809, pero sus padres, aunque habitaran en aquel punto la mayor parte de su vida, trasladáronse despues á Indiana, donde Abraham pasó el resto de su infancia.

Ingrata habia sido hasta entónces la suerte del jóven Lincoln, pues aunque él y su hermana fuesen muy queridos de sus padres, érales preciso ayudarles en sus rudos trabajos en el bosque, sufriendo las mayores privaciones. Los que viven siempre en las ciudades no pueden formarse idea de la precaria situacion de aquellos pobladores que, como la familia Lincoln, debian desmontar una parte del bosque y cultivar un terreno, nunca hollado por el hombre, para atender á su subsistencia.

Cuando los Lincoln llegaron á Indiana fué preciso emprender desde luégo penosos trabajos para la instalacion: desmontar bosque, cortar árboles, cavar la tierra, ararla, y practicar, en fin, todas las operaciones que exige el cultivo. Abraham, aunque muchacho, ayudó á su padre en cuanto se lo permitieron sus fuerzas. La nueva cabaña construida era bastante espaciosa, pero muy pobre; la techumbre se compo-

nia de ramaje y hojarasca, y todo el mobiliario reducíase á tres ó cuatro banquillos y un lecho formado con tablas de madera cubiertas de una capa de hojas; allí dormía toda la familia en las noches de invierno, cuando el suelo estaba demasiado frio para que los dos hermanos pudieran conciliar el sueño en su dura cama.

Muy jóven aún, Abraham aprendió á manejar la carabina, ejercicio que se enseñaba desde luégo á todos los pobladores, pues érales necesario muchas veces para asegurar su subsistencia. Dícese que el jóven asombró muchas veces á sus padres por su destreza en el tiro.

Sin embargo, aunque Abraham ayudase siempre á su padre con el mayor afán, manifestábase en él marcadamente otra tendencia, y esta era la de aprender.

Antes de trasladarse á Kentucky, los padres enviaban á sus hijos á una escuela á fin de que recibiesen alguna instruccion, aunque para ello debian recorrer diariamente una distancia de ocho millas; pero como esto duró poco, sólo aprendieron á leer y escribir medianamente; y aunque despues fueron tambien á la escuela de Indiana, la instruccion escolar de Abraham durante su niñez no excedió de seis meses. Sin embargo, en este corto tiempo se despertó con más fuerza en el jóven Lincoln esa sed de adquirir conocimientos y ese afán de estudiar,

que muy pronto debía desarrollarse en él con tanta fuerza. Por eso desde los diez y ocho á los diez y nueve años vemos á Abraham aprovechando todas las horas que le dejan libre sus penosos trabajos, para sacar el mejor partido posible de la instruccion recibida, con los pocos libros que tenia á su disposicion, entre los cua-

les figuraba la Biblia, de la que aprendió muchos párrafos de memoria.

Así pasó tres años en Indiana, sin desanimarse nunca por los rigores de su suerte; y al cabo de este tiempo tuvo la desgracia de perder á su madre. Unos diez meses despues, cuando Abraham tenia ya once años, su padre re-



Primera casa de Lincoln

solvió casarse otra vez, y por fortuna habia elegido una mujer llena de bondad, que más bien que madrastra, fué una segunda madre para el hijo de su esposo; de manera que no tardó en reinar de nuevo la tranquilidad y la alegría en la morada tan triste ántes, desde la muerte de la primera mujer de Lincoln. La madrastra de Abraham, comprendiendo la aficion de éste al estudio, proporcionóle algunos libros é hizole asistir á otra escuela, accediendo á las instancias del jóven.

Ya hemos dicho que Abraham aprovechaba cuantas oportunidades se le ofrecian para aprender algo, y ahora citaremos un ejemplo que lo confirma plenamente. El jóven Lincoln, que contaba ya diez y seis años, habiendo oido decir cierto día que un colono vecino, llamado Mr. Crawford, tenia una *Vida de Jorge Washington*, fué corriendo á visitar la cabaña donde estaba el precioso libro, y rogó á su dueño que se lo prestase, prometiéndole devolverlo apénas lo leyese. Una obra semejante era seguramente del género de las que más podian interesar á Abraham, y dada su aficion á saber, ya se comprenderá cuánta fué su alegría y con

qué afán la leyó y releyó. Sin embargo, debió ocurrirle un percance inesperado: una noche puso el libro en un sitio en que le creyó seguro, pero con no poco sentimiento encontró á la mañana siguiente empapado en agua, que por haber llovido toda la noche se introdujo á través de una grieta. El pobre Abraham no supo al pronto qué hacer, pues no se atrevia á presentarse con el libro en aquel estado para devolvérselo á su dueño. No obstante, despues de reflexionar algun tiempo, resolvió ir á casa de Mr. Crawford, enseñóle el libro, refiriéndole lo que habia pasado, y le ofreció valerosamente trabajar por él hasta que estuviese satisfecho el importe de la obra. Mr. Crawford tuvo la poca generosidad de aceptar la oferta, y por espacio de tres dias, Abraham trabajó sin descanso, pero quedó dueño del libro. Aquel fué un acto de nobleza y energía que le valió el aprecio de todos los colonos de las inmediaciones.

Abraham tenia muy buena memoria, y con frecuencia agradábale recitar algunos pasajes de los libros que habia leído, ó si asistia á alguna reunion política ó religiosa, al salir de ella daba cuenta de todo lo que habia oido.

Tan rápidamente creció el jóven Lincoln durante su primera juventud, que á los diez y seis años tenía ya casi la estatura de seis piés cuatro pulgadas, que alcanzó luégo. El padre, no teniendo ya mucho trabajo en su propiedad, permitió á su hijo ofrecer sus servicios á otros colonos, y como Abraham era tan buen leñador como labrador, no le faltó trabajo, que siempre se le pagaba religiosamente.

En 1825, un tal Jaime Taylor solicitó los servicios de Abraham, á quien ocupó cerca de un año, pagándole á razon de seis duros mensuales; y entónces aprendió el oficio de barquero, pues érale indispensable cruzar con mucha frecuencia el Ohio, trabajando tambien en el campo de su amo. En este período de su vida distinguíase Abraham por su fuerza hercúlea; ninguno del país podía cargar tanto peso como él, ni tampoco hundir el hacha en un tronco á tanta profundidad. En aquella época era costumbre tomar muchas bebidas espirituosas, pero nuestro jóven se hizo notar siempre por su templanza.

Cuando dejó de servir á Mr. Taylor, Abraham fué admitido en el almacén de un tal Jones, establecido en Gentryville; y allí Abraham pudo obtener algunas obras instructivas y asociarse con personas mejor educadas que las que había conocido hasta entónces. Mr. Jones apreció muy pronto las buenas disposiciones de Abraham, y viendo que era un jóven de provecho, excitóle á estudiar más, asegurándole que llegaría á ser alguna cosa; le prestó varios libros muy útiles, y hasta suscribióse á un diario para que su ayudante se enterase de la política, complaciéndose á menudo en hablar con Lincoln de los asuntos públicos del país.

En 1827, Abraham prestaba sus servicios á un carpintero llamado Wood, y entónces fué cuando dió á conocer uno de los primeros resultados de su imperfecta educacion, bajo la forma de un artículo sobre la templanza, habiendo escrito pocos dias despues otro sobre política, que se insertó en uno de los diarios de la localidad: ambos estaban muy bien escritos.

Algun tiempo despues volvió á casa de sus padres; pero habiendo tratado algun tiempo con personas instruidas, y estudiado mucho más, no era posible que le agradase el género de vida en aquella cabaña, comprendiendo sin duda que no se le ofrecía allí ningun porvenir. Por lo pronto pidió permiso á su padre para construir una barca; obtúvole sin dificultad,

puso manos á la obra, y á los pocos dias pudo recorrer el rio, ofreciendo sus servicios á los que deseaban pasar. Un tal Mr. Gentry, propietario de Gentryville, le propuso cierto dia conducir un cargamento de tocino y otros comestibles á Nueva Orleans, debiendo acompañarle su hijo; y como la expedicion era algo peligrosa, el jóven Lincoln comprendió hasta qué punto se tenía confianza en él, pues hacía-sele responsable de todo.

Ya hemos dicho que la expedicion no dejaba de ser peligrosa, pero Abraham se consoló al ver que su compañero, el hijo de Mr. Gentry, era tambien un mozo robusto, que podría prestarle auxilio en caso de necesidad. No tuvieron que vencer pocas dificultades durante el viaje, sufriendo muchas privaciones; mas al fin llevaron á buen término la expedicion, no sin que les ocurriese una aventura que pudo costarles cara. Cierta noche en que los dos amigos acababan de amarrar su barca cerca de una solitaria plantacion que se extendía á las orillas del rio, fueron atacados por siete negros de formas hercúleas; pero Lincoln y su camarada, despues de una tenaz resistencia que les costó quedar heridos, vencieron á sus contrarios, que no creyeron prudente volver al ataque. La lucha había sido bastante empeñada, y la herida que recibió Lincoln, más grave que la de su compañero, le dejó una cicatriz que conservó toda su vida, como recuerdo indeleble de aquella aventura. Inútil parece decir que Mr. Gentry quedó sumamente satisfecho de los servicios de Abraham, á quien recompensó generosamente, como debía hacerlo, aunque sólo fuera porque le devolvía á su hijo sano y salvo.

Abraham tenía ya veintiun años cuando su padre resolvió trasladar su residencia á otro punto, porque el clima de Indiana no era muy sano. A no ser por esta circunstancia, el jóven Lincoln se hubiera ido probablemente á buscar ocupacion en otra parte del país; mas al saber que la familia iba á establecerse en el Estado de Illinois, resolvió quedarse para ayudar á su padre en la instalacion. En su consecuencia, apénas llegado á dicho punto, prestó el más eficaz auxilio para la construccion de la nueva morada, que al cabo de ocho dias quedó corriente.

Cuando Lincoln no tuvo ya nada que hacer, ofreció sus servicios á varios labradores de la vecindad, porque no quería separarse de sus padres miéntras estos pudieran necesitarle.

Abraham era entónces, segun personas que

le conocian muy bien, «el hombre de aspecto más rudo que jamás habían visto;» era muy alto, de formas angulosas y desgarbadas; llevaba unos pantalones de tela muy burda, ceñidos junto á los tobillos y anchos en las rodillas; su aspecto revelaba su pobreza, pero esto no impedía que se le recibiera bien en todas las casas de la vecindad.

Parece que en aquella época el jóven Lincoln tenía pocas oportunidades para leer; pero cuando le era posible obtener un libro, devorábale de cabo á rabo por decirlo así, y con frecuencia veíasele leyendo cuando iba á trabajar. Si no hubiera sido por no separarse de sus padres, seguramente habría buscado una esfera más ancha para realizar sus ambiciosos proyectos.

En el invierno de 1830 á 1831, un traficante llamado Offutt, de Nueva Salem, hizo á Lincoln proposiciones que éste aceptó con el mayor placer: debía ir á Nueva Orleans en un bote cargado de mercancías para venderlas en aquel punto, acompañándole sólo un hombre; la expedicion no dejaba de ser peligrosa, pero gracias á la pericia del jóven, que se vió algo apurado al llegar á cierta parte del rio, llevóse á cabo felizmente. En Nueva Orleans, Lincoln vió por la primera vez un grupo de negros encadenados, á los cuales se maltrataba lastimosamente: aquel espectáculo le produjo una impresion tan profunda, entristeciéndole de tal modo, que nunca lo olvidó; y más tarde, cuando ocupó el alto puesto á que le destinaba la Providencia, oyósele decir á menudo que aquella repugnante escena que presenció en Nueva Orleans le hizo formar sus opiniones sobre la esclavitud.

De vuelta de su expedicion, Mr. Offutt, apreciando en lo que valía al jóven Lincoln, y necesitando un hombre así para su almacén, ofrecióle este cargo, que Abraham aceptó gustoso. Antes de entrar en el desempeño de sus nuevas funciones, Abraham fué á visitar á su padre, y al dia siguiente se le presentó un famoso boxeador llamado Daniel Needham, que habiendo tenido noticia de las cualidades de Lincoln, su elevada estatura y su fuerza, y considerándose él como el «primer hombre de Illinois,» quería medirse con Abraham, para lo cual le desafió con palabras algo descompuestas y bruscas. Al dia siguiente encontráronse los dos adversarios, y el resultado fué que Lincoln derribó dos veces en tierra á su competidor. El amor propio de Needham se resintió

mucho más que su cuerpo, y acercándose á su antagonista le dijo: «Lincoln, me ha derribado usted dos veces, pero con un palo en la mano, creo que no daría tan buena cuenta de mí.» «Needham, contestó el jóven, si está V. satisfecho, dejémoslo así, mas si para convencerse es necesario apalearle, lo haré sólo por complacerle.» Needham pensaba que su contricante vacilaría, pero al oír su respuesta, y comprendiendo por su serenidad y su aspecto que sería capaz de darle una segunda leccion, juzgó más prudente retirarse.

Como ya hemos indicado, Abraham era el favorito de todos, pero cuando comenzó á desempeñar sus nuevas funciones en el almacén de Mr. Offutt, aún se hizo apreciar más, tanto que muchos iban al establecimiento donde se hallaba, sólo por el gusto de hablar con él; reconocíase que era un hombre de gran inteligencia, y no había ninguno á quien no agradase su conversacion.

Muchos ejemplos se citan para demostrar hasta qué punto llegaba la probidad de Lincoln, pero bastará que citemos uno. Cierta dia una señora entró en el almacén para comprar varios géneros, cuyo importe ascendió á dos duros y seis centavos; al hacer sus cuentas por la tarde, Abraham echó de ver que había cargado los seis centavos demás, y aunque la cantidad era tan insignificante, apénas cerró el almacén, dirigióse á casa de la señora, que vivía á una legua de distancia, y devolvióle el sobrante.

Sabido era tambien que Lincoln estaba dotado de un valor á toda prueba, y de admirable serenidad; hartas pruebas había dado de ello, y citaremos un caso que bastará para juzgarle. Cuando Abraham llegó á Nueva Salem supo que allí se había establecido una cuadrilla de pilletes, hombres ya, que se titulaban «los Hijos de la llanura,» y era la costumbre de aquellos cobardes, no sólo permitirse pesadas bromas con todo individuo que iba á establecerse en aquel punto, sino tambien insultarle hasta que consintiera en pelear. Conseguido esto, atacábanle varios á la vez y le daban una paliza. Por no se sabe qué razon, tal vez porque Lincoln era hombre de seis piés y cuatro pulgadas de alto, los Hijos de la llanura vacilaron al principio en hostilizarle; mas al fin, considerando que su fama de matones podría resentirse, resolvieron no aguardar más, y comenzaron á provocarle segun su costumbre. Al principio Abraham, convencido de su propia fuerza, mostróse muy sufrido y trató de parlamentar para

no recurrir á las vías de hecho; pero uno de los de la cuadrilla se empeñó en que hubiese lucha, y el resultado fué que Lincoln, cogiéndole por el cuello, levantóle á la altura de su brazo y arrojóle en tierra. Los demás no osaron atacar á tan fuerte antagonista, y desde aquel día cesó el reinado del terror iniciado por los Hijos de la llanura. Abraham, ayudado por otros jóvenes de Nueva Salem, adoptó sus medidas para ahuyentar á semejante canalla, con no poca satisfacción de los habitantes.

Hay evidentes pruebas de que en aquella época Lincoln comenzó á sentir que estaba destinado á ejercer más altas funciones, y que le era preciso prepararse para ello por todos los medios posibles. Ansioso de saber, siempre preguntaba á todos aquellos que podían instruirle sobre algun asunto, cuando él no lo entendía bien. Abraham asistía con toda regularidad á ciertas sociedades y tomaba parte en las discusiones, no perdonando medio alguno para leer los periódicos que llegaban á la localidad. Con su paciencia y perseverancia, preparábase poco á poco para su futura carrera.

Después de haber estado Lincoln algunos meses en Nueva Salem, su principal, Mr. Offutt, sufrió graves pérdidas en ciertas operaciones comerciales y vióse obligado á cerrar su almacén, quedando así Abraham sin ocupación alguna por el pronto, é indeciso sobre el rumbo que debería seguir; pero en aquel momento de crisis presentóse una coyuntura para que Lincoln pudiera utilizar sus servicios de otro modo.

Unos treinta años antes, una tribu de indios, llamada de los Saes, que habían cometido muchas depredaciones contra los blancos, debieron retirarse, ante la fuerza, á la orilla occidental del río Mississippi, donde permanecieron tranquilos algun tiempo; pero después, su jefe, el Halcon Negro, no hallándose satisfecho en los terrenos que ocupaba, pidió el auxilio de otras tribus, y marchó á establecerse donde antes estaba, con gran consternación de los blancos. Fué preciso, en su consecuencia, recurrir de nuevo á la acción militar, y el gobernador del Estado de Illinois llamó á los voluntarios que pudieran tomar las armas; formáronse varios regimientos, y uno de ellos con ciudadanos de Nueva Salem. Como Lincoln no tenía entonces ocupación, resolvió alistarse para ir á batirse contra los indios; y lo que más demuestra hasta qué punto llegaba su popularidad y reputación fué que cuando se trató de elegir capitán para el regimiento de Nueva Salem, la

mayoría de votos recayeron en su favor. Algunos años más tarde Lincoln acostumbraba á decir que ningun triunfo le fué nunca tan grato como aquella elección de sus compañeros.

Abraham había servido unos tres meses en aquella guerra cuando se terminó sin haber entrado apenas en fuego con su gente; pero durante aquel tiempo hubo de sufrir muchas privaciones, y sólo gracias á las simpatías que inspiraba á sus compañeros logró conservar entre ellos la disciplina y subordinación.

Durante una de las marchas de su regimiento, un pobre indio, solo, y acosado por el hambre, se acercó al sitio donde acababa de acampar, para que le dieran algo de comer. Los soldados creyeron que era un espía, y aunque presentó una carta del general americano, garantizando su buena conducta, no quisieron escucharle; se supuso que el escrito, que era en realidad un salvoconducto, sería un documento falso, y propúsose fusilarle inmediatamente. En aquel momento llegó el capitán Lincoln, según le llamaban, y colocándose entre el prisionero y sus hombres, les dijo: «Esto no se debe hacer, y de ningún modo consentiré que deis muerte á ese pobre indio.» Tan resuelta era su actitud al pronunciar estas palabras, que ninguno se atrevió á protestar, y el indio se salvó.

Al volver de su expedición guerrera, Abraham fué recibido con muestras de alegría por el pueblo de Nueva Salem, y mientras reflexionaba otra vez sobre el partido que debía tomar para ganar la subsistencia, dijéronle que una parte del pueblo deseaba presentarle como su candidato cuando se abriera la legislatura de Illinois. Lincoln creyó al principio que sus amigos se chanceaban, pues no podía esperar semejante honor; pero pidiósele formalmente su consentimiento, y lo dió con no poca satisfacción. Con este motivo, y á manera de ensayo, Lincoln pronunció su primer discurso político en la plaza del pueblo, rodeado de numerosos agentes.

«Amigos y ciudadanos, dijo, presumo que todos me conocéis; soy el humilde Abraham Lincoln, y muchos de mis amigos quieren presentarme como candidato para la próxima legislatura. Mi política es sencilla y moderada: yo estoy en favor de un Banco nacional, del sistema de mejoras interiores, y de la protección de las tarifas. Tales son mis sentimientos y principios políticos. Si se me elige os lo agradeceré, y si no, siempre seré vuestro amigo.»

La candidatura de Lincoln no triunfó aquella vez, pero durante las elecciones se supo ganar muchas voluntades, así de amigos como de contrarios, y asegúrase que si hubiera sido ménos escrupuloso en mantener sus principios políticos no habría perdido la ocasión.

Lo primero que hizo Abraham fué asociarse con un tal Berry, comerciante en Nueva Salem; pero muy pronto quebró, y Lincoln hubo de cargar con todas las deudas, y hasta 1840 no pudo satisfacer las sumas por que había salido responsable. Poco después encontró ocupación con otro comerciante, llamado Ellis, y con lo que ganaba, y merced á la ayuda de varios amigos, pudo vivir sin privaciones. Al mismo tiempo seguía cultivando su inteligencia, y aprovechaba para el estudio, con admirable perseverancia, todas las horas de que podía disponer. Por fortuna encontró quien le prestara algunas buenas obras, entre las cuales figuraban la: *Decadencia y ruina del Imperio romano*, y las producciones de Shakespeare, libros que aprendió casi de memoria.

Un tal Calhoun, inspector del condado de Sangamon, reconociendo la aptitud y buenas cualidades de Lincoln y juzgándole digno de una ocupación más lucrativa que la que tenía, ofrecióle emplearle en sus oficinas, si quería prepararse para ello. Abraham consintió gustoso, púsose á trabajar, y seis semanas después, gracias á los libros que se le facilitaron y á un poco de práctica, hallóse en disposición de desempeñar su nuevo destino. Merced á la protección de Mr. Calhoun, pronto se le confiaron importantes servicios, con todos los cuales cumplió muy á satisfacción de su jefe.

En 1833, cuando aún estaba con Mr. Calhoun, ofreciósele el destino de administrador de correos de Nueva Salem, el cual aceptó con alegría, haciéndose muy útil en su nuevo cargo; llevaba su complacencia hasta el punto de leer las cartas á los que no podían hacerlo, y los diarios á los habitantes reunidos que deseaban saber las noticias del día.

Para demostrar cuán generosos eran los sentimientos de Lincoln, y su amor al prójimo, se han citado muchas anécdotas, de las cuales sólo daremos á conocer una.

Cierta día de invierno, muy riguroso, Lincoln vió á un pobre hombre llamado Ab Trent que se ocupaba muy afanoso en cortar leña; estaba descalzo, y tiritaba de frío. Lincoln le observó durante algunos minutos, acercóse luego á él y preguntóle cuánto debía ganar por

aquel trabajo; el hombre le contestó que un duro, dinero que le hacía mucha falta para comprar un par de zapatos. Al oír esto, Lincoln tomó el hacha de manos de su interlocutor, recomendó á éste que fuera á calentarse junto á una hoguera, y le cortó su leña tan rápidamente que el pobre hombre quedó asombrado.

En el año 1834 hubo otras elecciones para la legislatura, y habiéndose presentado Lincoln como candidato por el condado de Sangamon, triunfó esta vez, siendo elegido por una gran mayoría. Entonces había dos partidos políticos, los demócratas y los federales ó whigs; Lincoln pertenecía á estos últimos.

A los pocos días de su elección, cuando se dirigía á un sitio donde iba á pronunciar un discurso, una persona que le vió pasar preguntó á otra, con quien hablaba en aquel momento, quién era aquel hombre; y habiéndosele contestado, miró á Lincoln, como si le chocase su estatura y su poco airoso aspecto, y dijo sonriéndose: «¡Cómo! ¿No han podido encontrar nuestros amigos mejor material que ese?» «Id á oírle y le juzgareis mejor.» contestáronle. Hízolo así el hombre, y cuando volvió, como le preguntasen su parecer, contestó al punto: «Es todo un hombre, y creo que él solo sabe más que todos los candidatos reunidos.»

Hasta la época de su elección, Lincoln había vestido siempre un traje muy tosco, demasiado casero, porque sus recursos eran limitados; pero cuando supo que debía presentarse en la legislatura, comprendió que era indispensable mejorar un poco su aspecto. En su consecuencia pidió á un amigo doscientos duros prestados, los cuales devolvió más tarde religiosamente, y así pudo comprar la ropa necesaria para presentarse como debía.

Lincoln comenzaba á subir por la escala que debía conducirlo á ocupar el más elevado puesto, y su elección como representante en la legislatura de Illinois constituyó sin duda una de las más importantes etapas de su carrera.

En las sesiones de la primera legislatura á que asistió, habló poco, porque prefería observar y aprender; mas no perdió el tiempo con esto, y supo producir tan buena impresión en aquellos con quienes se ponía en contacto, que todo parecía ofrecerle el mejor éxito para lo futuro.

Al terminar la legislatura en Vandalia, capital del Estado, distante cien millas de Nueva Salem, Lincoln volvió á este último punto, y entonces pudieron sus amigos comprender que

se proponía llevar á cabo formalmente algún plan, pues mostró el mayor empeño en dedicarse al estudio de las leyes. Una persona respetable, Mr. Stuart, reconociendo en Lincoln las más notables disposiciones é inteligencia, no sólo le había aconsejado dicho estudio, sino que le ofreció generosamente su auxilio en todo cuanto necesitara. No perdió Lincoln un solo día; fué á buscar á casa de su nuevo protector las obras que éste le recomendaba, y comenzó sus estudios con la más infatigable asiduidad, dedicando á ellos muchas horas de la noche para no dejar de cumplir con todos los deberes del cargo que ejercía.

Así pasó el tiempo hasta 1837, año en que, habiéndosele reelegido para la próxima legislatura, obtuvo al mismo tiempo su título de abogado, llegando á ser así un hombre verdaderamente notable en Illinois. En el mes de abril del mismo año asocióse con Mr. Stuart. Por entonces fué también cuando Lincoln hizo en la legislatura su primera protesta contra el sistema de esclavitud que existía en los Estados del Sur de América (1). En aquella época manifestábase una creciente agitación en diferentes puntos del país contra el tráfico de negros; pero tan poderoso era el partido interesado en aquel, que algunos de sus representantes en las legislaturas de varios Estados llegaron hasta el punto de conseguir se aprobaran acuerdos previniendo que á los agitadores contra la esclavitud se les considerara como infractores de la ley. Estos acuerdos, sin embargo, no llegaron á ponerse en ejecución.

Cuando en la legislatura de Illinois se presentaron varias proposiciones en favor de la esclavitud, fué cuando Lincoln protestó formalmente contra ella; y el hecho de que de todos los diputados sólo uno, llamado Dan Stone, apoyó al joven orador, nos da á conocer mejor que todo cuál era el sentimiento que respecto á la esclavitud predominaba en aquella época. Esta circunstancia nos revela también cuánto era el valor de Lincoln al mantener sus opiniones ante la inmensa mayoría. Pero su aislada protesta ante aquellos legisladores fué una simiente que

(1) En el año 1820, en el cual se produjo honda división en las opiniones de los Estados Unidos respecto á la esclavitud, oponiéndose muchos á que se propagara más, las partes contendientes hicieron un convenio, llamado de Missouri, el cual dió lugar á una ley en virtud de la que se permitía la esclavitud para lo sucesivo en toda parte del Sur de la Unión comprendida en los 36° 30' de latitud, pero prohibiéndose terminantemente al Norte de esta línea. En otros términos, la esclavitud se legalizaba en la mitad Sur de la Unión, mientras que la del Norte debía quedar libre.

debía germinar más tarde en la enérgica oposición que se hizo á la esclavitud para evitar la propagación del infame tráfico de negros y que al fin dió lugar á su emancipación.

Mr. Stuart, el protector de Lincoln, había observado á este muy de cerca, y pronto comprendió que no era un hombre común, y que se le ofrecía un gran porvenir; estaba muy satisfecho de tenerle por socio, y así pudo seguir favoreciendo á su protegido, que á su vez le servía en cuanto le era posible para demostrarle su gratitud.

Elegido de nuevo diputado en la legislatura de Illinois, asistió á ella durante ocho años, en cuyo tiempo se distinguió cada vez más como político; á la vez que los de su partido le proclamaban su jefe en la cámara. Los discursos que entonces pronunció eran notables por la fuerza de sus argumentos, por su claridad y elocuencia, y á menudo llamaron la atención de los más indiferentes.

Como abogado, Abraham Lincoln adelantó en su carrera con rápido paso, y por eso no se tardó en considerarle como uno de los más distinguidos ciudadanos de Springfield. Su sociedad con Mr. Stuart duró hasta 1840; después fué á trabajar con el juez Lagan, y más tarde asocióse con W. Herndon.

Muchas anécdotas se refieren acerca de Lincoln, durante su vida de abogado, y algunas de ellas por demás interesantes, pero sólo haremos mención de las dos siguientes.

Cierta día, hallándose en su despacho, recibió la visita de un particular, quien solicitó su apoyo para seguir un pleito. Después de darle á conocer todos los detalles, Lincoln, poniéndose en pie, dijo, en tono grave: «Sí, no hay duda alguna que yo podría ganar la causa de usted, produciendo toda una serie de obstáculos para que se aproveche de ellos; me sería fácil dejar en la miseria á una pobre madre viuda, y á sus seis hijos huérfanos de padre, á fin de que usted percibiera una cantidad de seiscientos duros, que en mi concepto tanto pueden pertenecer á la mujer como á usted; pero debe advertir que ciertas cosas legalmente justas no lo son moralmente. En su consecuencia no defenderé la causa de usted, mas quiero darle un consejo, por el cual no le haré pagar nada: procure usted adquirir seiscientos duros por algún otro medio.»

En otra ocasión, hallándose Lincoln asociado con un procurador, presentóse un caso en que se acusaba al cliente del crimen de homi-

cidio: Abraham tuvo noticia de que el acusado era verdaderamente culpable, y no quiso encargarse de la defensa; pero su socio, ménos escrupuloso, encargóse del asunto y consiguió la absolución del criminal. Los derechos del procurador importaban novecientos duros, de cuya suma la mitad le correspondía á Lincoln, pero este no quiso admitir ni un cuarto.

En medio de todos sus trabajos y ocupaciones, Abraham no olvidaba nunca á su padre y á su madrastra; remitíales algún dinero con toda regularidad, y cuidábase con la mayor solitud de que no les faltara nada. Uno de los pleitos que defendió habíale valido quinientos duros, y agregando á esta suma doscientos más que le prestó un amigo, pudo comprar un terreno de considerable extensión, el cual regaló á su madrastra, en testimonio de su agradecimiento por la solicitud que siempre le había manifestado.

En noviembre de 1842, Abraham Lincoln se casó con la señorita María Todd, hija de Roberto Todd, persona acomodada de Lexington, en el condado de Kentucky; y es probable que los tres ó cuatro años siguientes fueron los más felices de la vida de Lincoln. Importantes asuntos de Estado reclamaban su atención, asuntos que con frecuencia le sometieron á rudas pruebas, haciéndole comprender que era demasiado pesada la responsabilidad que se había impuesto.

Después de haber sido durante años representante del condado de Sangamon, Lincoln comenzó á tener aspiraciones más ambiciosas; y en el año 1846, cuando ya había dejado de tomar parte en la legislatura de Illinois, se le confirió el más alto honor que se le había dispensado hasta entonces, eligiéndole representante en el Congreso de los Estados Unidos. Dos años ántes, en 1844, Lincoln, que era un apasionado admirador de Enrique Clay, eminente político y entonces candidato á la Presidencia, y que había pronunciado discursos casi diariamente durante algún tiempo, sobre los asuntos políticos, y en particular contra la propagación del tráfico de esclavos, combatió también por Clay; y en aquella ocasión fué cuando se encontró con Douglas, también diputado por Illinois algún tiempo ántes, y que muy pronto debía ser su más poderoso enemigo político, aunque no para siempre. Douglas, hombre muy hábil y de mucha influencia, no sólo trabajaba contra aquellos que se oponían á la esclavitud, sino que hacia cuanto le era posible para que

la ley se modificase de modo que el tráfico de negros se pudiera extender más.

Con gran disgusto de Lincoln, la candidatura de Clay para la Presidencia no triunfó; pero aún este resultado fué provechoso para Lincoln, pues hizo tan popular durante sus excursiones para trabajar en favor de Clay, que cuando en 1846 se efectuaron las elecciones para diputados en el Congreso, presentósele como candidato y se le eligió por una gran mayoría. El 6 de diciembre tomó asiento en la cámara de representantes en Washington, habiendo sido nombrado también Mr. Douglas otra vez senador por Illinois: alguno hizo notar la coincidencia de que Lincoln era el hombre más alto en el Congreso, y Douglas el más bajo. Esta vez la elección de Abraham no fué sólo un paso más hácia adelante, sino también precursora de otros que debían interesar al porvenir de los Estados Unidos. En los debates que se suscitaron á consecuencia de la guerra con México y de la cuestión de Texas, Lincoln denunció aquella guerra, y después pronunció varios discursos, que por la fuerza de sus argumentos y la energía de sus protestas fueron un golpe contundente contra el partido de la esclavitud.

Terminada la legislatura, durante la cual había tomado una parte muy importante en todas las discusiones, combatiendo siempre la esclavitud, lo cual le granjeó aún más el aprecio de cuantos opinaban como él, Lincoln resolvió retirarse de la política por algún tiempo, y volvió otra vez á Springfield, para consagrarse allí de nuevo al ejercicio de su profesión de abogado. Habiendo reconocido también, probablemente, mientras estuvo en Washington, su inferioridad por algunos conceptos, al compararse con los eminentes políticos con quienes estuvo en contacto, entregóse á un asiduo estudio: tal vez, como dice uno de sus biógrafos, preveía ya entonces claramente la tremenda lucha con que debía terminar la cuestión entre el Norte y el Sur, y trataba de prepararse, por si acaso le tocaba desempeñar en ella algún papel importante.

Sea como fuere, Lincoln dedicó la mayor parte del tiempo al estudio, sin desatender por eso sus demás deberes; pero aquel género de vida no debía prolongarse mucho, pues pronto llegó la hora en que el partido de la esclavitud dió un paso tal, que Lincoln creyó de su deber presentarse de nuevo en la arena política para combatir á sus adversarios. Este

paso, muy grave, era nada ménos que la aprobacion de un *bill* presentado en el Congreso por Mr. Douglas, y por el cual se prescindia del convenio de Missouri. En otros términos, la ley que desde 1820 habia legalizado la esclavitud sólo en algunas partes de los Estados Unidos, era rechazada ahora por la legislatura, bajo la poderosa influencia de los propietarios de esclavos, á fin de que el tráfico de negros pudiera extenderse á ciertos territorios libres del Oeste, y particularmente á Kansas y Nebraska. Los términos de esta nueva medida, á la cual se dió el nombre de *bill* de Kansas-Nebraska, dejaba nominalmente al pueblo de los territorios interesados en libertad de resolver de por sí por votacion si se toleraria ó no en aquellos puntos la esclavitud; pero pronto se reconoció que el Sur trataba de aprovecharse en cuanto fuese posible de semejante ley, en caso de ser aprobada, para conseguir los fines que se habia propuesto.

Hasta entónces, muchos hombres del Norte, no por ser partidarios de la esclavitud, sino porque hallándose reconocida esta por la constitucion del país, comprendian que el Sur se daría por ofendido si aprobaban la abolicion, no quisieron unirse abiertamente con los que trabajaban para suprimir el tráfico, y hubieran preferido dejar las cosas como estaban ántes, deseando ante todo vivir en paz. Pero la aprobacion del *bill* de Kansas-Nebraska fué la señal, no sólo para protestar, sino para que los Estados del Norte se pusieran en movimiento, pues no podian ménos de convencerse ya que los propósitos del partido esclavista tenian por objeto extender sus operaciones á los territorios libres, y eventualmente á toda la Union.

No era posible que Abraham Lincoln pudiese ver con calma aquellos extraños manejos y semejante estado de cosas en la marcha de los negocios públicos: previó la serie de calamidades que la aprobacion de semejante ley acarrearía al país; y sabia muy bien que el Norte no consentiria nunca en que se extendiese más la esclavitud; tambien comprendió, y como patriota esto era más importante aún, que á ménos de contener al partido de la esclavitud en su progresiva marcha, la Union americana corria peligro de disolverse en medio de una lucha.

Por eso, fuerte en sus opiniones, opúsose con todas sus fuerzas á la aprobacion del *bill* de Kansas-Nebraska, y uno de sus primeros actos fué atacar á Mr. Douglas con un vigoroso y enérgico discurso cuando aquel volvió de

Washington para defender el *bill* en Springfield. Lincoln habló en aquella sesion con un fervor y elocuencia que nunca se habia observado en él ántes, y refutó completamente los argumentos con que Douglas trataba de apoyar su causa. No contento con esto, siguió á su contrario á donde quiera que iba, hablando siempre contra la nueva ley apénas Douglas se presentaba, y señalando á sus agentes los males y la guerra que inevitablemente se producirian. Tanto hizo, que al fin todo el Illinois se agitó de tal modo, convencido por la elocuencia del jóven orador, que el partido democrático, que hasta entónces habia dominado allí, hubo de retirarse; y como los federales adquirieron el ascendiente, empeñáronse en que Abraham Lincoln volviera á tomar parte en la legislatura del Estado; de modo que en 1855 presentáronle como candidato para senador de los Estados Unidos. Sin embargo, no se le eligió, pues tenia otros dos competidores, uno perteneciente á su partido, y otro al de Douglas; y al ver Lincoln que si él se retiraba sus partidarios podrian alcanzar la victoria, hizolo así sin vacilar; pero este sacrificio de sus propios intereses por amor á la causa que defendia fué no perdido ni olvidado, y, muy léjos de ello, elevóle más aún en la consideracion pública. Así es que poco despues, cuando los federales se organizaron bien bajo el nombre de partido republicano, Abraham Lincoln llegó á ser su jefe reconocido.

Al poco tiempo, durante las elecciones presidenciales de 1856, quedó sorprendido al saber que se le proponia para la Vice-presidencia; y aunque al fin no recayera la eleccion en su favor, el gran número de votos que obtuvo fueron una marcada prueba de su creciente popularidad. Lincoln tomó una parte notable en la lucha, hablando á menudo contra la propagacion de la esclavitud; y un día terminó su discurso con estas expresivas palabras: «Sí, hablaremos en favor de la libertad y contra la esclavitud, miéntras que la constitucion de nuestro país nos garantice el derecho de expresarnos libremente, y miéntras que el sol brille y la luz resplandezca para todo hombre que no siga una senda tortuosa, extraviándose en su camino.»

Entre tanto, las predicciones de Lincoln, respecto á las consecuencias de haberse rechazado el convenio de Missouri, comenzaron á realizarse. El pueblo de Kansas, que desaprobaba del todo la esclavitud, y que hasta entónces

habia vivido tranquilo y feliz entregado á sus trabajos agrícolas y otros, hallóse de improviso amenazado por desórdenes y perturbaciones de todo género, pues apénas llegó á ser ley la medida propuesta por Mr. Douglas, el Sur dió á conocer de qué modo habia resuelto llevar á cabo sus propósitos.

Missouri, estado esclavista, estaba muy próximo á Kansas, y el partido del Sur hizo que un gran número de hombres, conocidos con el nombre de «rufianes de la frontera,» cruzaran esta última para trasladarse al segundo de dichos Estados, con orden de presentarse como colonos pobladores; habiase convenido en que estos hombres votaran primero en favor de la esclavitud; y despues, recurriendo á los medios violentos, hicieran imposible la existencia de los colonos libres, para que abandonaran á Kansas. Ya se habia comenzado á poner en práctica este programa, cuando el Norte, viendo que el pueblo de aquella localidad era víctima de toda clase de atropellos, y que se saqueaban y quemaban sus casas, cometiéndose toda género de atrocidades, resolvió enviar fuerzas para atender á la defensa de los oprimidos. Al mismo tiempo llegaron á Kansas emigrantes del Norte, que dieron sus votos contra la introduccion de la esclavitud; y de este modo se anuló hasta cierto punto el esfuerzo de los «rufianes de la frontera;» pero aquello habia tomado virtualmente el carácter de una «guerra civil,» que debia durar algunos años, para terminar, despues de una encarnizada lucha, por adoptarse una constitucion que excluia la esclavitud.

Entre tanto crecian de punto las animosidades y los odios en todos los Estados Unidos; miéntras que las relaciones entre el Norte y el Sur se enfriaban más cada día.

Un fallo del Supremo Tribunal de los Estados Unidos, en lo que despues se llamó la causa Dred Scott, relativa á los estatutos de los negros, dió tambien lugar á que aumentase la irritacion contra el partido esclavista. En el fallo declarábase que, segun la ley, «el negro no tenia más derechos ni privilegios que los concedidos por la autoridad política del gobierno, y que tan poco derecho tenia el Congreso para prohibir la conduccion de esclavos á cualquier Estado del territorio, como el que podia asistirle para impedir que se llevaran caballos ú otros bienes á donde se quisiera, estando asegurada su propiedad por la constitucion del país.»

El 16 de junio de 1858, cuando aun continuaba la lucha en Kansas, la Convencion republicana, reunida en Springfield, designó otra vez á Lincoln como candidato para senador de los Estados Unidos. Al día siguiente la Cámara habia quedado dividida por consecuencia de los debates, y con este motivo, Abraham pronunció ante la Convencion un brillante discurso, en el que, despues de referirse á la peligrosa situacion de Kansas, en cuyo horizonte se acumulaban nubes amenazadoras, terminaba de este modo:

«Si pudiéramos saber primero dónde estamos y á dónde vamos, nos seria posible conocer mejor lo que hemos de hacer, y cómo debemos hacerlo. Han trascurrido ya cerca de cinco años desde que se inauguró una política con el evidente objeto y la confianza de poner término á la agitacion producida por la esclavitud; pero bajo la influencia de esa política, no solamente no ha cesado la agitacion, sino que siempre fué en aumento; y yo opino que no cesará hasta que sobrevenga una crisis y se salga de ella. Una cámara dividida contra sí propia no puede existir, y me parece que este gobierno no seguirá siendo siempre medio libre y medio esclavo, porque esto no es tolerable. No espero que la Union se disuelva, ni tampoco que la Cámara caiga, pero sí confio en que deje de estar dividida. O los contrarios á la esclavitud la contendrán en sus límites, impidiendo que se propague y no permitiéndola pasar del punto que el espíritu público la fije; ó sus partidarios la extenderán hasta que llegue á ser igualmente legal en todos los Estados, así en los antiguos como en los nuevos, así en el Norte como en el Sur.»

Atrevido era este discurso, pero Lincoln no vacilaba nunca en expresar lo que verdaderamente sentia; y aunque algunos de los federales más moderados juzgaron de pronto que habia traspasado los límites de la prudencia en sus observaciones, todos se apresuraron á reconocer despues su sabiduría y su veracidad. El efecto producido por sus palabras fué admirable, y la prueba es que el partido republicano de Illinois buscó siempre despues en Abraham Lincoln el guía y el jefe para sostener la lucha con el partido esclavista. Harto evidente comenzaba á ser ya que el poderoso Sur se preparaba para arriesgarlo todo, empeñado en que la esclavitud se extendiera, ó en proclamar la separacion de los Estados si no lo conseguia.

A la vez que Lincoln era propuesto para el

Senado, su antiguo competidor Douglas entró también en la liza para disputarle el triunfo. Entónces hubo entre ellos mucha animación y estímulo, pues cuando el uno hablaba contestábase el otro con un discurso, Douglas apoyando la esclavitud, y Lincoln denunciándola; y como el interés público se concentraba en aquel asunto, los debates y discursos de los dos oradores atrajeron la atención de todo el país.

Aunque el resultado de la lucha electoral fué una mayoría de más de cuatro mil votos del pueblo para Lincoln, como había una representación desproporcionada para la legislatura del Estado, los diputados á quienes se encargó la elección final favorecieron á Douglas. Lincoln quedó bastante contrariado por aquella derrota, y no la olvidó nunca; pero muy pronto debía encontrar la compensación.

Al hablar de aquella lucha electoral entre Lincoln y Douglas, un eminente político de Illinois pronunció más tarde un discurso en el que decía: «Douglas emprendió aquella campaña como un héroe conquistador; tenía su séquito, su banda de música, su guardia, compuesta de fieles amigos; y cuando iba en el tren mandaba hacer salvas que anunciaban su próxima llegada. Todo esto costó necesariamente mucho oro, y asegúrase que Douglas no gastó en aquella ocasión menos de cincuenta mil duros. En cambio, y para que formeis idea de las sencillas costumbres de Lincoln, os diré que al terminarse aquella campaña electoral, que duró siete meses, oí decir á mi amigo Abraham, con el aire de un hombre que temía haber cometido una extravagancia: «No creo haber gastado un céntimo menos de quinientos duros en estas elecciones.» Douglas, que tan porfiadamente hacia la contra á Lincoln, debía ser sin embargo más tarde uno de sus más íntimos amigos, y hasta uno de sus consejeros; pero ya anteriormente hábale dado una prueba de aprecio, y de que reconocía sus buenas cualidades, pues en 1858, cuando trabajaba para que se le eligiera senador por Illinois, y hallándose Lincoln en las filas de la oposición, como siempre lo había estado, pronunció un sentido discurso, en el que decía entre otras cosas: «He conocido á Lincoln hace cerca de veinticinco años, y ya desde niños había entre nosotros muchos puntos de simpatía, pues ambos éramos pobres y nos hallábamos en una tierra extraña. Yo era maestro de escuela en la ciudad de Winschester, y él tenía una tienda en Nueva Salem, por lo cual ganaba más, y era más afortunado que

yo, y digo esto, porque Lincoln, que es uno de aquellos hombres de reconocida perseverancia, que saben vencer toda clase de dificultades para conseguir el fin propuesto, logró entrar en la legislatura ántes que yo. En ella le volví á encontrar, y siempre excitaba mis simpatías por su rectitud, su imparcialidad, su despejada inteligencia y sus buenos sentimientos.»

Así se expresaba Douglas, á pesar de ser el adversario político de Lincoln; mas para que se vea que léjos de estar acordes todos los pareceres respecto á su persona, se pensaba de muy distinto modo en cuanto á sus cualidades morales y sus dotes como hombre público, hé aquí lo que dijo el diputado Isaac Morris, de Illinois, en un discurso pronunciado en la Cámara de representantes de los Estados Unidos (1860): «Se me ha preguntado con frecuencia si conozco á Mr. Lincoln y qué clase de hombre es. A lo primero he contestado yo afirmativamente, y ahora diré qué concepto me merece. Como abogado, nunca se le consideró en Illinois de los primeros, pues siempre figuraba en segunda línea; como orador me parece algo más que una medianía, pero de ningún modo superior; su argumentación es poderosa y no carece de elocuencia, mas tiene el defecto de oscurecer sus ideas con una superabundancia de lenguaje. Mi colega habla de sus triunfos como abogado y sin embargo nos dice que es pobre: si poseyera ese conocimiento intuitivo de las leyes y esa habilidad que se le supone, ¿por qué no ha reunido riquezas, como suelen hacerlo los abogados de nombradía? Ninguno le ha creído grande, aunque mi colega se cree un hombre de imaginación profunda, cuando habla de su conocimiento intuitivo, de su genio brillante y de su superior inteligencia. Por lo demás tiene buenas cualidades, y puede decirse que es un hombre de disposición; por esto se le tiene y nada más.» En otra parte de su discurso decía Mr. Morris: «Cuando se comunicó á Lincoln que la convención republicana de Chicago le había elegido Presidente de la Union, estaba jugando una partida de pelota con los muchachos. Elegidle, anunció despues que ha desembarcado algun enemigo hostil en nuestras costas, ó que algunos Estados se niegan á reconocer la autoridad del gobierno general, y es muy probable que vaya á terminar alguna partida empezada, ántes de averiguar si el hecho es cierto.»

Los discursos de Lincoln en los debates de que hemos hablado produjeron mucho entu-

siasmo por la causa que defendía, y durante las elecciones adquirió gran reputación como hábil y elocuente orador. Su discurso sobre la división de la Cámara tuvo eco en los más remotos puntos del país, y sus enérgicos debates con Douglas infundieron una dulce esperanza en los esclavos que trabajaban en los campos de arroz y en las demás plantaciones.

Transcurrieron dos años más, durante los cuales Abraham Lincoln pudo estudiar mejor el país y el pueblo que le habitaba, pues viajó por diversos puntos de los Estados Unidos, pronunciando discursos donde quiera que se detenía y dando sus consejos á los que los solicitaban. Despues de recorrer varias grandes ciudades, visitó Nueva York, y también fué á Kansas, cuyos colonos libres le recibieron con los brazos abiertos, produciendo siempre la mejor impresión en sus oyentes.

Poco tiempo despues, sus admiradores y amigos de Illinois, reunidos en Convención, acordaron proponerle como candidato para la Presidencia. El 9 de mayo de 1860 fué un gran día para Abraham Lincoln: por la mañana habíanse reunido en Deatur, en un edificio destinado al efecto, 5,000 ciudadanos, incluso la Convención republicana de Illinois, y cuando todos hubieron tomado asiento, el gobernador del Estado, que presidía la reunión, levantóse y dijo:

«Acabo de saber que un distinguido ciudadano de Illinois, persona á quien todos se complacerán en honrar siempre, se halla entre nosotros, y quiero proponeros que le inviteis á subir á la tribuna.» El gobernador hizo una pausa, y añadió luego elevando la voz: «Debeis comprender que me refiero á Abraham Lincoln.»

Ruidosos aplausos acogieron aquellas palabras, y al mismo tiempo Abraham fué á ocupar la tribuna.

En el mismo instante, un hombre llamado Hanks, que había sido en otro tiempo compañero de fatigas del que acababa de ser objeto de tan ruidosa ovación, entró en la sala cargado con dos rails, en los cuales veíase una inscripción que en grandes caracteres decía: *Dos rails de los que construyeron Abraham Lincoln y Juan Hanks en Sangamon en el año 1830.*

Cuando se acallaron las aclamaciones producidas por la presencia de los rails, todos pidieron á la vez un discurso á Lincoln, quien se levantó al punto y dijo algo conmovido:

«Señores, supongo que deseais saber algo

acerca de esas cosas (señalando los rails). Pues bien, la verdad es que Juan Hanks y yo construimos rails en Sangamon; ignoro si yo hice esos ó no, pero si os diré que en mi concepto no acreditan al constructor. Sin embargo, os aseguro que ahora podría fabricarlos mejor que entónces.»

Estas pocas y sencillas palabras promovieron otra salva de aplausos, y despues se acordó definitivamente que Abraham Lincoln fuese el candidato de Illinois para la Presidencia de los Estados Unidos.

El día 16 del mes siguiente se reunió en Chicago la Convención nacional republicana, representada nada ménos que por 25,000 hombres, todos resueltos á declararse contra la propagación de la esclavitud y á elegir definitivamente para candidato á la Presidencia al hombre que mejor pudiese satisfacer sus miras. Contábase otros siete candidatos de diversos Estados, siendo uno de ellos Mr. Seward, y creíase que éste triunfaría, pero al fin fué elegido Abraham Lincoln, y con el mayor entusiasmo se le nombró definitivamente.

El favorecido se hallaba entónces en Springfield, esperando con no poca ansiedad é impaciencia noticias del resultado: cuando las recibió, aunque muy conmovido, mostróse bastante sereno, y despues de recibir las felicitaciones de sus numerosos amigos, limitóse á contestar: «Muy bien, señores; os doy gracias á todos, pero como en casa hay una mujercita á quien probablemente interesa más que á mí tan fausta nueva, voy á ponerla en su conocimiento, si me lo permitís.» La mujercita era su esposa, y todos admiraron la tranquilidad con que había recibido la noticia de su elección para el cargo más importante que se podía alcanzar en la república americana.

Esta elección fué muy bien acogida por todo el partido de que era jefe Lincoln, pues reconocíase en éste al hombre de sólidos principios cuyo ardiente amor por la libertad y cuya honradez no podían ponerse en duda. Confiados en semejante jefe, los republicanos se aprestaron á la lucha política con un celo y entusiasmo que era segura garantía de la victoria; mientras que la duda y la incertidumbre, los consejos contradictorios y los proyectos vacilantes de sus adversarios políticos eran seguros precursores de la derrota.

El día 6 de noviembre de 1860 efectuáronse las elecciones, y Douglas se presentó una vez más á disputar el triunfo á su competidor; pero

Abraham Lincoln obtuvo una inmensa mayoría y se le eligió décimosexto Presidente de los Estados Unidos, para regir los destinos de treinta millones de ciudadanos.

Entre la época de su nombramiento y la de su llegada á la Casa Blanca, en el mes de marzo del año 1861, ocurrió un incidente digno de mencion. Poco ántes de las elecciones, un funcionario público de Illinois, llamado Bateman, tuvo una entrevista con Lincoln en la Cámara de Springfield, y durante la conversacion, como se refiriese á los votos que los ministros del Señor habían dado contra Abraham, contestó éste con expresion de tristeza: «Aquí hay veintitres ministros de diferentes denominaciones, y todos ménos tres se han declarado contra mí.» Pronunciadas estas palabras, sacó un Nuevo Testamento del bolsillo y añadió: «Señor Bateman, esos hombres saben muy bien que me he declarado por la libertad en los territorios, por la libertad en todas partes tanto como lo permitan la Constitucion y las leyes del país, mientras que mis adversarios están por la esclavitud. Los ministros del Señor no ignoran esto, y no obstante, con este libro en sus manos, con este libro cuyos preceptos rechazan la esclavitud humana, se atreven á votar contra mí. A fe mía que no puedo explicármelo.» Lincoln hizo una pausa, y despues de dar dos ó tres vueltas por la cámara, como para reponerse de su emocion, añadió con trémulo acento y humedecidos los ojos: «Sé que hay un Dios, enemigo de la injusticia y de la esclavitud; preveo una espantosa borrasca, y no se me oculta que la mano del Señor está en ella. Si me destina un lugar y me dispensa su proteccion, como así lo creo, dispuesto estoy á obrar segun las inspiraciones que de El reciba. Yo no soy nada, pero la verdad lo es todo, y conozco que la razon está de mi parte, porque la libertad es justa, porque Jesucristo la enseña, y Jesucristo es Dios. He dicho á esos hombres que una Cámara dividida no puede subsistir, y Jesucristo y la razon dicen lo mismo. A Douglas no le importa que se vote por la esclavitud ó en contra de ella, pero al Señor y á la humanidad les importa mucho, y á mí tambien. Con el auxilio de Dios llevaré á cabo la mision que se me confia; tal vez no me sea dado ver el fin, y acaso otro deberá terminar mi obra, pero el éxito la coronará, y entonces seré vindicado por los hombres, y estos verán que no habian leído bien sus Biblias.»

Algun tiempo despues de su eleccion, Lin-

coln, sintiendo grandes deseos de ver á su madre, la cual vivia entonces con su hija en una localidad lejana de Illinois, resolvió hacerla una visita ántes de emprender la marcha.

La entrevista fué tiernísima; la señora Lincoln abrazó cariñosamente á su hijastro, y este la devolvió sus caricias como si fuera su propia madre; y cuando llegó al fin la hora de la separacion, la despedida de los dos fué muy conmovedora. La buena mujer parecia no querer alejarse de Abraham, y en el momento en que iba á partir, y al abrazarle por última vez, díjole con profunda emocion que estaba segura de no volver á verle más, porque tenia el presentimiento de que sus enemigos le asesinarían. ¡Cosa extraña! Todos los que presenciaban aquella triste despedida, amigos y conocidos, experimentaron tambien como un vago temor. ¡Poco podian pensar hasta qué punto debía realizarse el lúgubre pronóstico de la señora Lincoln!

Se habia fijado para la marcha el 11 de febrero, y en la mañana de dicho día Lincoln salió de Springfield en direccion á Washington para no volver jamás vivo. En la estacion del camino de hierro se despidió de cuantos le rodeaban con las siguientes palabras:

«Amigos míos: Seria necesario hallarse en mi misma situacion para poder apreciar la tristeza que me infunde esta separacion. A este pueblo debo todo lo que soy; aquí he vivido más de veinticinco años; aquí nacieron mis hijos, y aquí yace sepultado uno de ellos. Ignoro cuándo os volveré á ver, pues debo cumplir una mision más importante tal vez que la desempeñada por hombre alguno desde los días de Washington. Aquel grande hombre no hubiera podido nunca llevar á cabo su empresa sin el auxilio de la Divina Providencia, en la cual confió siempre, y yo comprendo que tampoco me será dado cumplir con mi sagrada mision sin la ayuda del Todopoderoso, en cuyo apoyo confío. Por lo tanto, espero que en vuestras oraciones pidais al Señor su proteccion para mí, pues sin ella no podría vencer. ¡Adios, amigos míos!»

El viaje de Lincoln fué verdaderamente triunfal, segun algunos de sus biógrafos; y siguiendo la costumbre americana, detúvose en varios puntos para dirigir la palabra al público, asegurando siempre que deseaba conservar la paz; mas á pesar de todas las ovaciones recibidas á su paso, cuando Lincoln llegó á Harrisburg, el día 22, pudo observar que experimen-

taba un brusco cambio el barómetro político, pues allí abundaban los partidarios de la esclavitud. Habíase resuelto que el nuevo Presidente pasaria el 23 por Baltimore, como lo habia hecho por otras grandes ciudades de los Estados libres, pero en Baltimore el espíritu público estaba en favor de la esclavitud, y aún puede decirse que en este punto se deseaba en

general la separacion de los Estados. El gobernador de la ciudad, Mr. Breckinridge, era un demócrata muy amigo de las reformas, y por esto no es de extrañar que en Baltimore hubiese muchos conspiradores y que allí se albergara la traicion, la cual era mucho más de temer si se atiende que se habia dicho en muchas partes y por diversos conductos que



Mr. Jefferson Davis

Mr. Lincoln no viviria para ser Presidente. El periódico titulado: *Republicano de Baltimore* acababa de publicar un artículo encaminado á excitar al tumulto y las violencias cuando llegara el nuevo Presidente. El artículo que publicó dicho diario terminaba del modo siguiente: «Mr. Lincoln, el Presidente electo de los Estados Unidos, llegará á esta ciudad con su séquito á eso de mediodía en un tren especial procedente de Harrison, y seguirá directamente á Washington. De esperar es que no se le ofrecerá una oportunidad para dar á conocer entre nosotros las opiniones que emitió ayer

en Filadelfia.» Estas circunstancias y el estado de irritacion de los ánimos bastaron para que se mandara tomar algunas precauciones al jefe de policía, con tanto más motivo cuanto que se supo con certeza que se trataba de asesinar al Presidente, simulando una especie de motin. Pero Mr. Lincoln resolvió seguir el consejo que le dieron sus amigos, y en su consecuencia atravesó por Baltimore de incógnito en la noche del 22, y en la mañana del 23 llegó á Washington, precisamente á la hora en que se esperaba saldría de Harrisburg. La prudencia de esta medida salvó seguramente á Lincoln,

pero hirió la susceptibilidad de muchos amigos suyos, quienes hubieran preferido formarle una escolta de cien mil hombres antes que verle pasar como un fugitivo por la ciudad de Baltimore. A decir verdad, Lincoln había sospechado siempre que se intentaría algo contra él, y no sin razón, puesto que el primer día de su viaje se había tratado de hacer descarrilar el tren y en Cincinnati se descubrió una granada de mano en el coche que debía ocupar.

Y ahora vamos á entrar en el período más lúgubre que registra la historia de los Estados Unidos, período durante el cual todo el país iba á lanzarse en la más triste y terrible de todas las luchas, en la guerra civil.

Cuando no se dudó ya que el advenimiento de Lincoln al poder era un hecho consumado, el fuego que se había ido extendiendo poco á poco en los Estados del Sur produjo una llama devoradora, pues el partido de la esclavitud había acordado considerar el triunfo del Norte en las elecciones como la señal para obrar inmediatamente. En la victoria de Abraham Lincoln el Sur vió perdidas todas sus esperanzas; comprendió que la propagación de la esclavitud, y tal vez su existencia misma, estaban amenazadas, y había resuelto resistir con todas sus fuerzas á una intervención en lo que consideraba como su derecho. En su consecuencia, poco despues de las elecciones, los diputados de la Carolina del Sur reuniéronse en una Convencion en Charleston, y casi por unanimidad declararon «que la Union subsistente entre la Carolina del Sur y otros Estados de América quedaba disuelta desde luégo,» alegándose para justificar este acto la hostilidad del partido triunfante contra la institucion de la esclavitud. Hé aquí en qué términos estaba concebida la declaracion:

«El pueblo de la Carolina del Sur, representado por nuestra Convencion, ha tenido á bien declarar y acordar lo siguiente:

»Que la ley aprobada por nosotros en 23 de mayo del año de Nuestro Señor de 1788, por la cual se ratificaba la Constitucion de los Estados Unidos de América con las enmiendas introducidas, así como tambien todas las actas de la Asamblea general, sea considerada nula y sin ningun valor ni efecto, disolviéndose por lo tanto la Union existente hasta ahora entre la Carolina del Sur y otros Estados bajo el nombre de Estados Unidos de América.»

Hecha esta declaracion, nombráronse comisionados para que fuesen á tratar con los de-

más Estados del Sur, á fin de excitarlos á separarse de la Union, hecho lo cual deberian solicitar una entrevista del Presidente ó su gobierno para entenderse sobre la reparticion de los bienes nacionales y el pago de la deuda pública. A fines de febrero de 1860 otros seis Estados del Sur habían resuelto separarse tambien, y al poco tiempo enarbolaban el estandarte de la rebelion organizando un gobierno propio con el nombre de Estados confederados de América. Mr. Jefferson Davis fué elegido Presidente, y sin perder tiempo hicieron preparativos para la lucha contra el Norte, habiéndose apoderado antes de todos los arsenales, fuertes, edificios de las aduanas y de las administraciones de correos, buques y material de guerra existentes en el Sur.

Como ya hemos dicho, el partido del Sur era antes muy influyente en el país, y algunos de sus representantes habían desempeñado altos cargos en la administracion anterior, durante la cual abusaron sin escrúpulo de su posicion para favorecer la causa del Sur, segun se pudo reconocer claramente más tarde. El último Secretario de la Guerra, celoso partidario de la esclavitud, no sólo había mandado fabricar inmenso número de armas y municiones de toda especie en los arsenales del Norte, á expensas del gobierno de los Estados Unidos, ordenando que se condujeran luégo al Sur, donde los confederados podían apoderarse de ellas fácilmente, sino que había influido para que los buques de guerra se diseminaran en distintos mares, y hasta las cajas del Tesoro quedaron vacías.

Así pues, al encargarse Lincoln de la Presidencia, en marzo de 1861, debía encontrarse frente á frente con una inmensa dificultad; y la mision que le estaba encomendada era más espinosa aún por la repugnancia que sentian ciertas localidades del Norte á recurrir á la fuerza, á pesar de la amenazadora actitud del Sur, para reprimir la abierta rebelion contra el Gobierno de los Estados Unidos. A decir verdad, tanto era el temor á la guerra civil, que algunos se habrían resignado á consentir en la separacion del Sur, si con esto se hubiese podido asegurar la paz.

Llegado el día en que Lincoln debía presentarse en el Capitolio para jurar y tomar posesion del cargo de Presidente, el general Scott distribuyó algunas fuerzas en diversos puntos de la ciudad, para no llamar tanto la atencion; pero varios conspiradores que se proponían

impedir el solemne acto, creyeron que dichas fuerzas eran mucho más considerables, y esto les retrajo de su intentona. Preguntado el general Scott por qué se desplegaba aquel aparato bélico, contestó que era sólo para conservar la paz y el orden; pero la verdad es que tenia conocimiento de la conspiracion que se había tramado, y que gracias á sus prudentes medidas se libró á la capital de un sangriento conflicto y al país de una desgracia.

El 4 de marzo de 1861, Abraham Lincoln salió de la Casa Blanca, la residencia presidencial, para dirigirse al Capitolio; por las calles laterales á las que debía seguir habíase apostado alguna caballería, dispuesta á obrar á la primera señal en el caso de intentarse alguna cosa; y además el general Scott tomó una posicion conveniente á la cabeza de dos baterías de artillería montada. Este jefe juzgó indispensables tales precauciones porque dos meses antes de la presidencia de Lincoln había recibido más de cincuenta cartas, aconsejándosele en unas que no se presentara públicamente aquel día y amenazándosele en otras con la muerte si se atrevía á proteger la ceremonia con fuerzas militares. A la una y media, Mr. Buchanan y Mr. Lincoln entraron cogidos del brazo en la Cámara del Senado: el primero estaba pálido y nervioso, suspiraba con fuerza, y por momentos parecía poseído de temor; mientras que el segundo se presentaba sereno y dueño de sí, aunque dominado por una profunda emocion. En la Cámara estaban, además del Supremo Tribunal, los diputados y senadores, los representantes extranjeros y muchos altos dignatarios y hombres notables, vestidos de rigurosa etiqueta.

Al presentarse el nuevo Presidente, todos pasaron al espacioso pórtico del Capitolio, donde se elevaba un estrado para la solemne ceremonia. Mr. Lincoln, conducido por el coronel Baker, senador del Oregon, fué presentado ante aquel inmenso concurso, que le saludaba con entusiastas aclamaciones. Despues reinó el más profundo silencio, y el Presidente, desarrollando un manuscrito, leyó con voz clara y penetrante su manifiesto inaugural, concebido en estos términos:

CIUDADANOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

«Cumpliendo con una costumbre tan antigua como el Gobierno mismo, me presento á vosotros para dirigiros la palabra y prestar el juramento prescrito por la Constitucion de los

Estados Unidos antes de tomar posesion del cargo de Presidente.

»No creo necesario ahora discutir todos aquellos asuntos administrativos que no excitan un particular interés, y me limitaré por lo tanto á manifestar que entre el pueblo del Sur predomina al parecer el temor de que con la nueva administracion republicana peligrará la paz y la seguridad personal, sin que á mi modo de ver haya fundamento alguno para abrigar semejante inquietud. En mi concepto no hay motivos para pensar así, y esto podría probarse hasta la evidencia, pues sin ir más allá, en todos los discursos del que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra, se podrá haber comprendido que no tengo intencion de intervenir directa ó indirectamente en el asunto de la esclavitud en los Estados donde existe, pues no creo que tenga derecho para hacerlo, ni me inclino tampoco á ello. Los que me eligieron no ignoraban que yo había hecho esta declaracion, y la prueba es que en el programa que me presentaron al ofrecerme sus votos, aparecia el siguiente acuerdo:

«El mantenimiento de los derechos de los Estados, y especialmente el de que cada uno de aquellos se rija por sus propias instituciones, es esencial para conservar el equilibrio de nuestro sistema político, y reprobamos la ilegítima invasion por la fuerza armada, de cualquier Estado ó territorio, como el más grave de los crímenes.»

»Yo apruebo en un todo esta declaracion, y al hacerlo así, puedo asegurar que la tranquilidad y el bienestar de todos no se verá de ningun modo en peligro con el nuevo Gobierno. Debo añadir, de paso, que todos los Estados serán protegidos con arreglo á los principios constitucionales y á las leyes, siempre que lo reclamaren por una justa causa.

»Al prestar el juramento que me impone mi cargo, es mi ánimo observar estrictamente la Constitucion y las leyes, y mientras yo no recomiende otras nuevas al Congreso, creo que será mejor para todos conformarnos y regirnos por aquellas que no han sido anuladas.

»Setenta y dos años hace que tomó posesion el primer presidente bajo nuestra Constitucion nacional; durante este período, quince presidentes distintos, todos ciudadanos tan distinguidos como ilustres, han representado al poder ejecutivo del gobierno á través de muchos peligros, pero siempre con feliz éxito, y á pesar de esto, y con tales precedentes, entro en el

desempeño de mis elevadas funciones con tanta desconfianza como temor de que me falten las fuerzas.

» La separación de los Estados de la Union, que no era hasta hace algun tiempo más que una amenaza, es ahora segun parece un plan

resuelto. A mi juicio, la ley universal de la Constitucion supone que la Union de los Estados ha de ser perpétua, por más que no se exprese esta palabra en la ley fundamental de todos los gobiernos nacionales. Si se cumple con todas las disposiciones de la Constitucion de nuestro



El general Scott

país, la Union existirá siempre, pues no es posible destruirla sin suprimir el instrumento, base de nuestro sistema político.

» Aun suponiendo que los Estados Unidos no fueran un gobierno propiamente dicho, sino una asociacion de Estados, con el carácter de un contrato solamente, ¿podrá anularlo una de las partes sin la aprobacion y el consentimiento de las demás?

» La Union es mucho más antigua que la

Constitucion; se formó por los artículos que todos conocemos en 1774; trece Estados distintos se comprometieron á observarla en 1778, y por último en 1787, uno de los principales objetos al revisar la Constitucion, fué formar una union más perfecta. Si aquella deja de observarse por uno ó más Estados, y se considera que hay un derecho para hacerlo, entónces la Union es ménos que ántes, porque la Constitucion habrá perdido el elemento vital de su per-

petuidad. Se sigue de aquí que ningun Estado puede separarse legalmente de la Union por su propia iniciativa; que todas las órdenes y acuerdos que así lo prevengan débense considerar nulas y de ningun valor ni efecto, y que los actos de violencia cometidos en un Estado ó Estados contra la autoridad de la Union constituyen una insurreccion ó revolucion, segun las circunstancias.

» Yo opino, pues, que en vista de la Constitucion y las leyes, la Union es inquebrantable, y en este concepto, no perdonaré esfuerzo alguno para que las leyes se cumplan fielmente en todos los Estados. Haciéndolo así habré cumplido con mi deber, y persistiré en mi resolucion miétras me sea posible, á no ser que mi jefe natural, que es el pueblo americano, disponga lo contrario retirándome el poder en debida forma. Confío en que no se interpretarán mis palabras como una amenaza, sino como el firme propósito de defender y mantener constitucionalmente la Union, pues de este modo no será necesario recurrir á las violencias ni verter sangre si no se obliga á ello á la autoridad nacional.

» Haré uso del poder que se me confiere *para conservar y defender los bienes y propiedades pertenecientes al gobierno*, así como tambien para recaudar los derechos impuestos; mas por lo demás que no se refiere á esto, no habrá invasion de fuerza armada contra el pueblo en ninguna parte.

» Donde la hostilidad á los Estados Unidos fuese tan marcada y universal que impidiera que los ciudadanos residentes continuaran en el desempeño de sus funciones, no se tratará de reemplazarlos con extranjeros, pues el hacerlo así, miétras el gobierno tenga un derecho legal para disponer que los funcionarios sigan en sus puestos, sería tan irritante como impracticable, y parece mejor suprimir por lo pronto tales destinos. En una palabra, el pueblo podrá vivir en todas partes con esa tranquila seguridad, tan favorable y necesaria para la reflexion.

» Seguiremos la política indicada á no ser que la experiencia ó imprevistos acontecimientos aconsejen una modificacion ó cambio; pero en todos los casos y sean cuales fueren las exigencias, yo haré cuanto estuviere de mi parte para conservarme dentro de los límites de la prudencia, dando una solucion pacífica á los disturbios que ocurriesen á fin de restablecer las fraternales afecciones y simpatías.

» Que haya personas en un punto ú otro que

tratan de disolver la Union á toda costa y que buscan un pretexto para hacerlo así, es cosa que ni afirmo ni niego; si en efecto existen esas personas, no es necesario que yo les dirija la palabra. Pero, ¿no podré hablar á los verdaderos amantes de la Union? Antes de entrar á discutir tan grave asunto como lo es el de la destruccion de nuestro sistema nacional con todos sus beneficios, sus recuerdos y sus esperanzas, ¿no sería prudente averiguar por qué lo hacemos? ¿Quién se atrevería á dar un paso tan osado miétras los males que nos aquejan no sean reales y verdaderos, miétras no tengamos la seguridad de que al huir de unos no nos afligirán otros peores? Todos aseguran que estarán contentos con la Union si se mantienen los derechos constitucionales; ¿será cierto, pues, que se ha negado algun derecho escrito en la Constitucion? Yo creo que no, y felizmente la humana inteligencia es tal, que ninguno tendria la audacia de hacerlo.

» Citadme un solo caso en que se haya negado alguna de las disposiciones escritas claramente en la Constitucion; si por la mera fuerza de los números una mayoría despojase á la minoría de cualquier derecho constitucional expresado á la letra en la Constitucion, se justificaria la revolucion bajo el punto de vista moral, pero aquí no existe este caso. Todos los derechos vitales de las minorías y de los individuos están tan bien asegurados por la Constitucion que nunca se promueven controversias acerca de ellos, y es de desear que así sea, porque no es dable hacer ninguna ley orgánica con una disposicion especialmente aplicable á cada una de las cuestiones que puedan ocurrir en la administracion práctica. Nadie puede prever ni hay documento alguno que contenga artículos escritos sólo para resolver todas las cuestiones posibles. ¿Deberán ser entregados los esclavos fugitivos por la autoridad nacional ó por la del Estado? La Constitucion no lo dice de una manera terminante. ¿Deberá el Congreso proteger la esclavitud en los territorios? La Constitucion no lo dice expresamente. De puntos como este nacen nuestras controversias constitucionales, dando lugar á que nos dividamos en mayorías y minorías. Si estas no ceden, la mayoría ó el gobierno deben cesar; no hay alternativa, para que este último continúe en el poder sin la conformidad de ambas partes. En este caso, si una minoría prefiere separarse á ceder, sienta un precedente que ha de perjudicarle á su vez, pues de su seno mismo saldrá otra minoría

cuando una mayoría rehuse aceptar lo que aquella desea. Todos los que ansían la desunión comprenden esto muy bien, pero yo pregunto: ¿hay tan perfecta identidad de intereses entre los Estados para formar una nueva Union que produzca sólo la armonía é impida otra separación nueva? Hablemos francamente: la idea dominante de la separación es la esencia de la anarquía.

» Una mayoría sujeta á los límites constitucionales y que fácilmente cambia por la opinión popular es el verdadero soberano de un pueblo libre; el que la deseche cae en la anarquía; la unanimidad es imposible; rechazando el principio de la mayoría, sólo queda ya el despotismo.

» Una parte de nuestro país cree que la esclavitud es conveniente y que es preciso extenderla, mientras la otra opina que es un mal y debe suprimirse, y hé aquí el gran caballo de batalla que da origen á tantas disensiones, á pesar de que la ley relativa á los esclavos fugitivos y la referente á la supresión del tráfico de negros, están hoy en vigor como todos saben. Esta cuestion es difícil de resolver satisfactoriamente para todos, pero aún lo sería mucho más separándose los Estados, pues por una parte el tráfico de aquellos, suprimido ahora imperfectamente, se haría de nuevo con la mayor actividad, y por otra los esclavos fugitivos, que se devuelven ahora con frecuencia, no se entregarían ya más.

» Físicamente hablando no podemos separarnos; no podemos aislar nuestras respectivas secciones ni elevar entre ellas una inexpugnable barrera; un marido y su mujer están en el derecho de divorciarse alejándose despues uno de otro, pero las diferentes partes de la Union no pueden hacer esto; deben permanecer cara á cara y continuar en sus relaciones, bien sean estas amistosas ú hostiles. ¿Será posible que esas relaciones sean más ventajosas ó satisfactorias despues de la separación que ántes? ¿Podrán los extraños hacer tratados mejor que los amigos leyes? ¿Podrán observarse mejor aquellos y éstas? Suponed que se va á la guerra; no siempre será posible luchar, y cuando despues de grandes pérdidas por ambas partes sin conseguir beneficio alguno, cese la contienda, todo serán dificultades respecto á la conducta que se deba observar.

» Este país con sus instituciones pertenece al pueblo que lo habita, y cuando éste no crea bueno el gobierno existente, puede modificarlo

en virtud de su derecho constitucional, aún cuando para ello tenga que apelar á la revolución. Yo no recomiendo enmienda alguna, pero reconozco el derecho del pueblo en este punto, y en vez de oponerme yo le apoyaría, sobre todo en las actuales circunstancias, si se viera precisado á tomar alguna determinación en este sentido.

» El jefe de la nación recibe su autoridad del pueblo, mas no se le ha conferido derecho alguno para fijar las condiciones con que deben separarse los Estados; el pueblo puede hacer esto si lo quiere; el poder ejecutivo no tiene nada que ver con ello; su deber es administrar el gobierno que se le confió, trasmitiéndolo sin tacha á su sucesor. ¿Y por qué no ha de haber una ciega confianza en la justicia del pueblo? En nuestras actuales disensiones, ¿quereis decirme si hay alguno que crea que no esté de su parte la razón? Si el que rige los destinos de las naciones favoreciese al Norte ó al Sur, la razón y la justicia resplandecerían por el juicio de ese gran tribunal que se llama el pueblo americano. Mientras que el pueblo vigile y sea virtuoso, ninguna administración, por mala que sea, podrá perjudicar gravemente al gobierno en el corto espacio de cuatro años.

» Compatriotas, yo os recomiendo con la mayor eficacia que mediteis tranquilamente sobre este punto; nada se pierde por un exceso de reflexión. Una resolución precipitada que á veces produce fatales consecuencias, no se hubiera tomado acaso pensándolo ántes maduramente; nada se pierde por reflexionar dos veces.

» Si se admitiera que vosotros los que estais descontentos con el gobierno teneis toda la razón, aún en este caso no habría un motivo para precipitaros. La inteligencia, el patriotismo y la religión, y una firme confianza en ese Dios tan poderoso que siempre dispensó sus favores á este país, es todo cuanto necesitamos para resolver satisfactoriamente nuestras diferencias. Y á vosotros, compatriotas míos, los que estais descontentos, permitidme os diga que sólo de vosotros depende la paz ó la guerra civil. El gobierno no os atacará seguramente. No habrá conflictos sin que seais los agresores; no existe ningún precepto divino que os autorice á destruir el gobierno, en tanto que yo estoy ligado por un juramento solemne, segun el cual, debo preservarle, protegerle y defenderle.

» Voy á concluir: no somos enemigos ni debemos serlo; somos amigos, y aunque por un momento se hayan dejado dominar algunos por

la cólera, no por esto se deben desatar los amistosos lazos que nos unen.»

Los buenos propósitos é intenciones de Abraham Lincoln no fueron apreciados por sus enemigos ni debían evitar el conflicto que amenazaba al país, y hasta cierto punto, ya era tarde para evitarlo. El Sur estaba resuelto á la lucha, como era fácil de comprender en vista de sus preparativos, y su titulado Presidente reveló claramente sus intenciones al declarar «que llevarían la guerra donde fuese posible, y donde no faltara alimento para el hierro y el fuego.»

Poco más de un mes había pasado desde que Lincoln se encargara de la Presidencia, cuando á pesar de las esperanzas que aún tenían algunos de encontrar algún medio para evitar el conflicto, el Secretario de Estado Mr. Seward recibió la siguiente carta, suscrita por Mrs. Juan Forsyth y Martin Crawford, representantes del Sur:

«Washington, Marzo 12, 1861.

» AL HONORABLE GUILLERMO H. SEWARD,
Secretario de Estado de los Estados Unidos.

» Muy señor mio: Los infrascritos, comisionados nombrados por el gobierno de la Confederación de América, cerca del gobierno de los Estados Unidos, con arreglo á sus instrucciones, tienen el honor de ponerlo en conocimiento de V. para que se sirva indicar al señor Presidente de la Union el objeto de nuestra venida á esta ciudad.

» Habiendo resuelto siete Estados de la Union federal, en virtud del derecho que tiene todo pueblo libre para reformar ó cambiar sus instituciones políticas, separarse de los Estados Unidos, acaban de reasumir las atribuciones del poder soberano, organizando un nuevo Gobierno. Los Estados confederados constituyen una nación independiente *de facto y de jure*, con un gobierno perfecto que cuenta con todos los elementos de existencia.

» Con el fin de arreglar á la mayor brevedad posible todas las cuestiones que pudieran originarse de esta separación política en los términos más amistosos á la par que más favorables para los intereses y futuro bienestar de ambas naciones, los infrascritos tienen orden de proceder á las primeras diligencias para entablar negociaciones con el Gobierno de los Estados Unidos, asegurándole que el Presidente, el Congreso y el pueblo de los Estados Confederados desean vivamente una solución

amistosa, y que no es su intención, ni está tampoco en sus intereses, exigir cosa alguna que no se funde en la más estricta justicia.

» Los infrascritos, en cumplimiento de las instrucciones de su Gobierno, tienen ahora el honor de solicitar se sirva señalarles día y hora á fin de entregar al Presidente de los Estados Unidos las credenciales de que son portadores y manifestarle el objeto de la misión que les ha sido encomendada.

» Aprovechan esta ocasión para ofrecerse con el mayor respeto sus seguros servidores:

*Juan Forsyth.
Martin J. Crawford.»*

Este documento podía considerarse virtualmente como una declaración de guerra, en vez de una proposición para entablar negociaciones de paz; así lo comprendió el Secretario de Estado, y despues de consultar con el Presidente, contestó á Mrs. Juan Forsyth y Martin J. Crawford con una extensa carta en la cual les decía que no le era posible acceder á su petición. Extractamos á continuación los tres siguientes párrafos, que bastarán para formar una idea del estilo y contenido de la carta de Mr. Seward:

«Al Secretario de Estado no le es posible entablar discusión alguna sobre este punto, y debe por lo tanto limitarse á exponer las razones que le inducen á rechazar respetuosamente la proposición de Mrs. Forsyth y Crawford.

» El día 4 de marzo, el nuevo Presidente de los Estados Unidos entró en el desempeño de sus funciones despues de haber leído su manifiesto inaugural al pueblo de la Union. El Secretario de Estado tiene el honor de acompañar una copia de este documento á Mrs. Forsyth y Crawford, á fin de que se sirvan examinarla.

» A primera vista se podrá comprender que el Secretario de Estado, que profesa esos principios, no debe admitir que un Estado cualquiera pueda de hecho ó de derecho separarse de la Union federal sin el consentimiento de una Convención nacional en representación del pueblo. El Secretario de Estado no puede pues reconocer de ningún modo que los Estados confederados constituyan una potencia extranjera con quien deban entablarse relaciones diplomáticas.»

La contestación de Mr. Seward, tan pacífica como explícita, revelaba la esperanza de que no se rompieran las hostilidades, limitándose el Secretario de Estado á decir que sólo podía

reconocer á Mrs. Forsyth y Crawford como ciudadanos de los Estados Unidos y no como plenipotenciarios de una nacion extranjera; que la separacion de los siete Estados no podia ser reconocida por el Gobierno como válida, toda vez que aquélla debía considerarse como implícitamente prohibida por la Constitucion

federal, y no era posible adoptar semejante medida sin reunir una Convencion nacional; que sólo ésta podría atender á sus supuestas reclamaciones, y que consultado el Presidente sobre el particular, estaba conforme en estos puntos.

Esta contestacion hacia ya inútil la presencia



Mr. Guillermo H. Seward

de los comisionados en Washington, y reconociéndolo así, resolvieron retirarse; mas ántes de hacerlo escribieron al Secretario de Estado una segunda carta cuyo principal párrafo estaba concebido en estos términos:

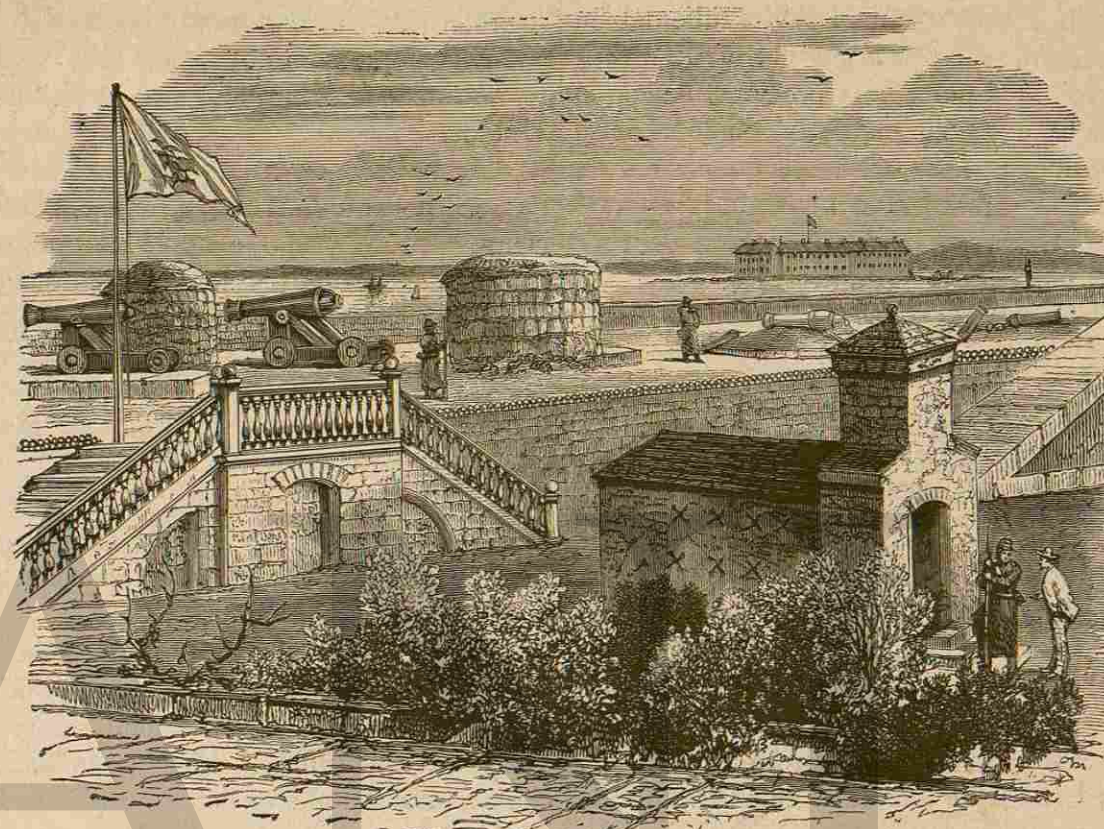
«Los infrascritos comprenden claramente que el no concederles una audiencia para exponer el objeto de la mision que se les confió cerca del Presidente de los Estados Unidos, es porque el hacerlo así sería reconocer la independencia y separada nacionalidad de los Estados de la Confederacion. La verdad de la historia exige que quede consignado que los infrascritos

no pidieron al Gobierno de los Estados Unidos que reconociese la independencia de la Confederacion, sino sólo que se les señalase día y hora para entablar bajo un pié de paz y amistad las nuevas relaciones que deben seguirse en este nuevo estado de cosas con el Gobierno de la Union federal. Vuestra negativa para acordar esta solucion pacífica, los preparativos militares del gobierno, y el haberse anunciado al jefe de las fuerzas confederadas en Charleston que el Presidente trata de aumentar la guarnicion del fuerte Sumter, recurriendo á la fuerza si es necesario, son hechos que indican claramente una

declaracion de guerra contra la Confederacion, pues el Presidente de los Estados Unidos sabe muy bien que no podría aumentarse la guarnicion del fuerte Sumter sin efusion de sangre. Los infrascritos, pues, en nombre de su gobierno y de su pueblo aceptan el reto que se les dirige, y apelando al juicio del Todopoderoso y del mundo que ve la justicia de su causa, prometen solemnemente defender hasta lo

último sus libertades contra los ataques del poder.»

Muy pronto comenzó á reinar gran agitacion, y pudo reconocerse hasta la evidencia que las amenazas del Sur no eran vanas palabras, pues el general Beauregard, jefe de las fuerzas de los confederados, intimó la entrega del fuerte Sumter, cuyo comandante, el mayor Anderson, se preparó á la defensa, aunque comprendiendo



Vista de los fuertes Multrie y Sumter

que le sería forzoso abandonar su posicion si no se le socorria. Cuando se supo la resolucion de Anderson, concediósele un plazo de veinticuatro horas para rendirse, y como persistiera en defenderse, el estampido de un cañonazo disparado en la isla de Sullivan, anunció al mundo que habian terminado las negociaciones diplomáticas y que la Confederacion apelaba al último argumento de los reyes. Bien pronto cincuenta bocas de fuego comenzaron á lanzar sus proyectiles contra el fuerte Sumter, que apareció á poco envuelto en un círculo de fuego, dando á conocer á los sitiados que su permanencia en el fuerte no podía ser de larga duracion. A no venir en su auxilio una poderosa escuadra, de que carecia entonces el gobierno, era completamente imposible la defensa. El mayor Anderson, que contaba con un considerable material de guerra, no tenia sin embargo á sus

órdenes más que ochenta y seis soldados; pero contestó vigorosamente al fuego de los sitiadores, que haciendo jugar las baterías de Moultrie y de la isla de Sullivan, lanzaban sobre el fuerte un torrente de balas. La escuadra de Nueva York, cargada de provisiones para la guarnicion, habia aparecido poco más allá de la barra á las doce del día en que se rompió el fuego; mas no pareció prudente acercarse, porque el tratar de socorrer el fuerte hubiera costado mucha sangre, acaso sin conseguir el objeto, y así lo hizo comprender el jefe de la escuadrilla por medio de señales á los que defendian el fuerte Sumter. En su consecuencia, el mayor Anderson se vió precisado á capitular despues de treinta y tantas horas de bombardeo, con tanto más motivo cuanto que se habia declarado un incendio en la fortaleza. Admitidas las condiciones propuestas por el mayor, se permitió á la guarnicion

salir con todas sus armas y los honores de la guerra, lo cual no dejaba de ser halagüeño para Anderson.

Ante un acto tan injustificable, todo el partido del Norte, por divididas que hubieran estado sus opiniones hasta entónces, se unió dominado por una sola idea: reprimir la rebelion del Sur y mantener la Union á toda costa. La lucha era inevitable, y por algun tiempo las discusiones no tendrían más objeto que decidir en favor de quién iban á inclinarse los Estados, que debían declararse por el Norte ó por el Sur. El Presidente expidió al punto una proclama llamando á las armas á 75,000 hombres, y adoptáronse las disposiciones más oportunas en interés de la seguridad pública. Hé aquí ahora en qué términos estaba concebida la proclama del Presidente Lincoln:

PROCLAMA

«Considerando que de algun tiempo á esta parte no pueden ponerse en ejecucion las leyes de los Estados Unidos por la resistencia de los Estados de la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Luisiana y Texas, en los cuales existen combinaciones demasiado poderosas para ser reprimidas por los procedimientos ordinarios de la justicia ó por los poderes de que está revestida la autoridad por la ley; yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos de América, en virtud de los poderes que me confiere la Constitucion, he tenido por conveniente hacer un llamamiento á la milicia de los diversos Estados á fin de reunir setenta y cinco mil hombres, para que sean respetadas las leyes debidamente.

»A dicho efecto se comunicarán acto continuo instrucciones á las autoridades de los diversos Estados por conducto del departamento de la Guerra, y yo apelo á los leales ciudadanos para que por cuantos medios estén á su alcance contribuyan al mantenimiento de la integridad y conservacion de nuestra Union nacional, corrigiendo abusos demasiado tiempo tolerados. Creo oportuno advertir que el primer servicio de las fuerzas reunidas será recobrar los fuertes y plazas que han sido tomadas á la Union, mas procurando siempre evitar que se destruyan; y mucho ménos los bienes y propiedades de los pacíficos ciudadanos de cualquier punto del país. Por lo tanto aconsejo á todos aquellos que hayan tomado parte en cualquier movimiento no autorizado por las leyes, que se retiren tran-

quilamente á sus hogares en el término de veinte días á contar desde el de la publicacion de la presente proclama.

»En vista de las especiales circunstancias y de la situacion por que atraviesa el país, y en virtud de los poderes que me confiere la Constitucion, he resuelto convocar las dos Cámaras del Congreso, debiendo reunirse los senadores y representantes el 4 de julio próximo, á fin de adoptar las disposiciones necesarias que exijan los intereses y la seguridad pública.

»En cumplimiento de lo cual firmo la presente, autorizándola con el sello de los Estados Unidos.

»Hecho en la ciudad de Washington el día 15 de abril del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y uno, octogésimo quinto de la independencia de los Estados Unidos.

»ABRAHAM LINCOLN.»

Por el Presidente:

GUILLERMO H. SEWARD,
Secretario de Estado.

Esta proclama fué acogida por los federales con entusiasmo; y todas las medidas que el Presidente propuso despues, se aprobaron tambien unánimemente casi sin discusion.

No deja de ser curioso que precisamente en aquella crisis, el antiguo adversario político de Lincoln, Mr. Douglas, cuyas opiniones respecto á la esclavitud y al Sur habian cambiado mucho despues del ataque del fuerte Sumter, fuese uno de los primeros que ofrecieran sus consejos y su cooperacion al Presidente. Cuando este le leyó su proclama, Douglas le contestó: «Pida usted hasta doscientos mil hombres, pues aún no sabe tan bien como yo á lo que pueden llegar los malos propósitos del Sur.» Desde aquel día, Lincoln y Douglas, que se habian hecho ántes la oposicion durante veinte años, fueron los más íntimos amigos.

La rebelion comenzó muy pronto á tomar proporciones gigantescas, pues los Estados del Sur, que aún no se habian decidido por uno ú otro bando, declaráronse al fin, excepto cuatro, en favor de la Confederacion, y muy pronto dió principio la sangrienta lucha que, sirviéndonos de las mismas palabras de Lincoln, «debía barrer todo el país.»

No entraremos en minuciosos detalles de los sucesos que se siguieron rápidamente, pues para ello se necesitaría un volumen, pero sí daremos á conocer los hechos principales de aquella guerra fratricida, que costó al país tantos

hombres y tanto dinero, para que se vea cómo á pesar de los desesperados esfuerzos del Sur, el Norte prosiguió tenaz en su empeño hasta que al fin le dominó completamente.

Poco despues de haberse roto las hostilidades entre unionistas y confederados, una de las primeras cosas que preocuparon al Presidente Lincoln fué la cuestion de saber cuál seria la actitud de Inglaterra ante el nuevo estado de los negocios públicos en la república americana. Importaba mucho que el gobierno inglés no reconociera al Sur como potencia independiente, y al efecto comunicáronse instrucciones al embajador americano en Lóndres, Mr. Francisco Adams, hijo de Juan Quincy Adams, á fin de que inclinase al gabinete inglés á reconocer la justicia de la causa del Norte. La mision de Adams era sumamente difícil, tanto más cuanto que los agentes de los Estados del Sur habian conseguido ya influir en el ánimo de muchos hombres políticos de Inglaterra, ofreciendo grandes ventajas comerciales si se atendía á sus pretensiones; y así es que tuvo pocas esperanzas de alcanzar buen resultado. En efecto, ántes de ser recibido en audiencia por la reina, ántes de escuchar las razones que pudiese alegar en apoyo de la causa que debía defender, el gobierno inglés habia resuelto reconocer á la Confederacion del Sur como beligerante, lo cual equivalia, hasta cierto punto, á reconocer la independencia de aquellos Estados, á los que favorecia mucho semejante concesion. Lincoln, sin embargo, no les otorgó tal derecho, pues de lo contrario, nada habria justificado la guerra ni hubiera habido razon para atacar al Sur.

El primer episodio de la guerra despues del bombardeo del fuerte Sumter fué la toma del arsenal de Harper's Ferry por los confederados, mientras que los federales destruian el arsenal de Gosport para impedir que cayera en poder del Sur. Aunque indispensable, el sacrificio fué sumamente costoso, pues se perdieron muchas armas, barcos y efectos militares por valor de unos diez millones de duros. A esto siguió la famosa batalla de Bull Run, en la que las fuerzas del Norte sufrieron una sensible derrota. Los confederados, que ocupaban una fuerte posicion en las orillas del Bull Run, pequeño río de unos 30 metros de anchura por uno ó dos de profundidad en tiempo ordinario, se extendian en una inmensa línea, ocupando un espacio de diez millas, y estaban mandados por el general Beauregard, que tenia á sus órdenes unos 30,000 hombres. El ejército federal, á las órdenes

de Mc. Dowell, compuesto de trece brigadas, era superior en fuerzas al de su enemigo. La batalla dió principio el 21 de julio de 1861, y por el pronto no fué muy encarnizada; pero despues arreció la lucha, y los separatistas comenzaron á ganar terreno; el fuego era horroroso, y los batallones federales hicieron esfuerzos heróicos para contener el empuje de sus enemigos; mas al fin hubieron de ceder ante las fuerzas cada vez más numerosas que les acosaban, y su retirada se convirtió por último en una completa derrota. Los confederados no persiguieron á los federales por carecer de caballería; mas aún cuando lo hubieran hecho, esto ofrecia sus inconvenientes, porque el regimiento de tropas regulares y otros cuatro de la brigada Blenker ocupaban el camino de Cerverville y cubrieron perfectamente la retirada. Jefferson Davis, que habia salido á las primeras horas de la mañana de Richmond, llegó al campo de batalla precisamente á tiempo para presenciar la retirada de los batallones enemigos, y aquella misma noche remitió á su Congreso un telégrama concebido en estos términos:

«MANASSAS, sábado por la noche.

»Acaba de terminar la batalla, que ha sido muy reñida: nuestras tropas han alcanzado la victoria. El enemigo, derrotado, huyó precipitadamente abandonando una porcion de armas, municiones y bagajes; el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres y las casas de campo de los alrededores llenas de heridos.

»Nuestras tropas han perseguido á los fugitivos hasta Leesburg y Cerverville, apoderándose de varias baterías y banderas, así como tambien de gran número de prisioneros. No puedo ménos de elogiar el arrojo de nuestros oficiales y el valor de las tropas.

»JEFFERSON DAVIS.»

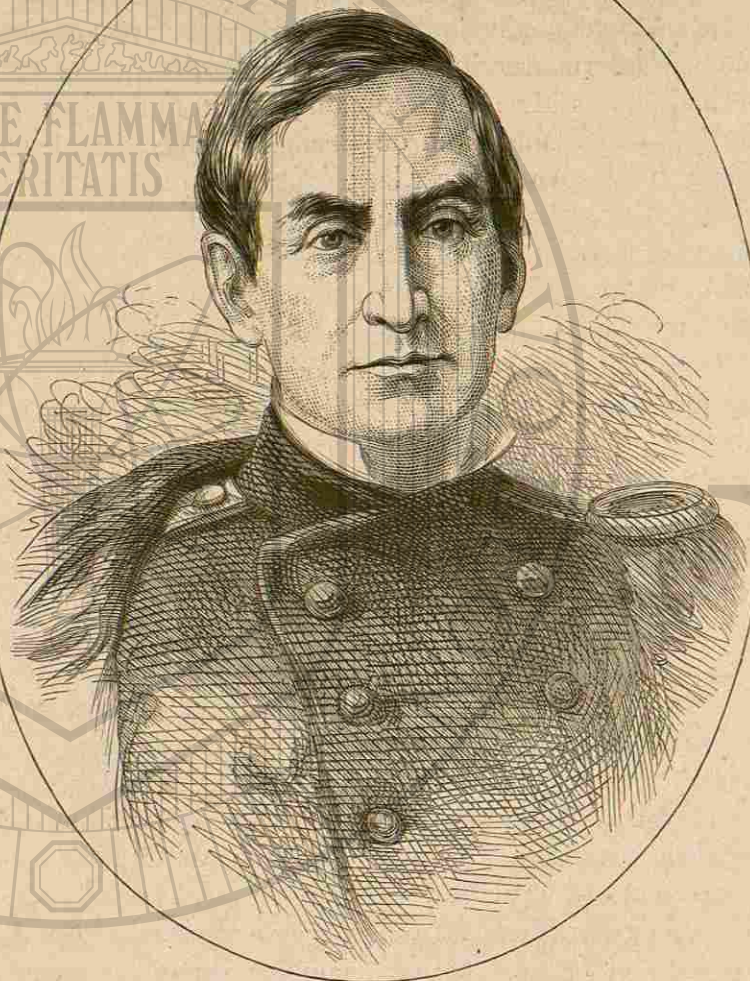
Esta sangrienta batalla costó á los unionistas unos cuatro mil hombres, habiendo quedado muertos en el campo más de seiscientos, y mil quinientos prisioneros; los confederados se apoderaron de veintiocho cañones, cinco mil fusiles y muchos bagajes, pero sus pérdidas no bajaron de quinientos muertos y mil quinientos heridos; por una y otra parte sucumbieron muchos oficiales de distincion, lo cual prueba que unos y otros se batieron con bravura.

Por sensible que fuese esta derrota, resultó sin embargo de ella una ventaja, porque hizo comprender á los hombres del Norte la magni-

tud de la empresa que debían llevar á cabo, estimulándolos á la vez para proceder con más energía. Así lo comprendió el Presidente Lincoln, que sin perder tiempo pidió medio millón de hombres más; tal era la confianza que tenía en el pueblo del Norte y en sí mismo, que cuando pidió autorización para emplear todos

los medios posibles, á fin de que la guerra fuese «decisiva y corta,» el Congreso aprobó casi por unanimidad todas las peticiones de hombres y dinero que se juzgaron necesarias para dominar al Sur.

Sin embargo, por el pronto agravábanse los peligros que rodeaban á la República en aquel



El mayor Anderson, comandante del fuerte Sumter

triste período de su historia, y á cada paso presentábanse nuevos contratiempos. No fué el menor de estos últimos la dimision del coronel Roberto Edmundo Lee, oficial de ingenieros muy distinguido, en quien siempre habia tenido mucha confianza el general Scott. Lee era natural de Virginia, y estaba emparentado por su casamiento con la familia de Washington; nacido en 1807, ingresó en 1825 en la Academia Militar de West Point, y era hijo del general del mismo nombre, que se habia distinguido en la guerra de la independencia. Durante la guerra con México, Roberto Edmundo Lee obtuvo el grado de jefe del cuerpo de ingenie-

ros, fué herido en la batalla de Chapultepec y prestó tan eminentes servicios, que obtuvo diversos grados. Algunos años más tarde, acompañó á Mac Clellan á Crimea, para dar cuenta al gobierno americano de las operaciones militares de los ejércitos aliados en Sebastopol; y de vuelta á su país natal, retiróse de la vida pública. Lo que él consideraba como la causa de su Estado le impulsó á ofrecer de nuevo sus servicios; sus hechos de armas en la guerra civil de América demostraron que tenia grandes disposiciones para el mando en jefe; pero su fama hubiera sido más pura si hubiese desenvainado la espada en favor del gobierno que

debía apoyar. Lee tardó sin embargo en decidirse, y habia aceptado al fin en el Norte el cargo de coronel de caballería; pero cuando ingresó en la Confederacion, Lee creyó de su deber, por pundonor, ponerse á disposicion del Estado donde habia nacido. Debe advertirse que tambien le sedujo mucho la

promesa que se le hizo de nombrarle jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de Virginia. Lee solicitó una entrevista del general Scott, y dos días despues escribió al comandante en jefe remitiéndole su dimision y diciendo entre otras cosas, que debia atender ante todo al llamamiento de su país natal. Poco despues ha-



Roberto Edmundo Lee, general en jefe del ejército separatista

llábase al servicio de la Confederacion, gobernada por Jefferson Davis.

A pesar de todo, los federales no se desanimaban, y no pasó mucho tiempo sin que el éxito favoreciera algo más sus operaciones militares. Cuando al fin del año su ejército llegó á contar 640,000 combatientes, estas fuerzas se hallaban ya distribuidas en las posiciones que se creyeron más ventajosas para realizar los planes proyectados.

Entre los principales peligros que entonces amenazaron al gobierno de Lincoln, uno de ellos fué el de que su capital cayera en poder

de los confederados; pero se pudo evitar gracias á la energía y prontitud con que obró el general Wool, quien no sólo habia reunido considerables fuerzas y un gran número de armas en Washington, sino que envió tropas á diversos puntos del país para contener los movimientos del enemigo. Las perturbaciones que entonces agitaban al Maryland, donde se temia una invasion de los confederados, fueron sofocadas por el general Butler, que así entonces como más tarde, en la toma de Nueva Orleans, dió pruebas de su pericia militar, aunque no habia seguido la carrera de las armas. Butler,

en otro tiempo abogado de Massachussets, sólo había tomado parte en la guerra por afición; pero, hombre de carácter resuelto y audaz, fué uno de aquellos soldados del momento que debían distinguirse por sus relevantes cualidades.

Durante el año 1862, confederados y federales empeñaron varios combates en que se luchó encarnizadamente, alternando para unos y para otros las derrotas y las victorias. Una de estas últimas se debió principalmente al comodoro Foote, que con una flotilla de cañoneros se apoderó del fuerte Enrique, posición muy ventajosa que los separatistas tenían bien defendida y cuya posesión permitió á los federales mantener expedito el paso de sus barcos por el río Tennessee. El general Grant apoyaba por tierra á la flotilla, pero poco tuvo que hacer, pues el combate fué principalmente naval.

Ya que hemos citado el nombre del comodoro Foote, creemos que no estará demás reproducir aquí un ligero apunte biográfico sobre este personaje, que tanto se distinguió por los eminentes servicios prestados á su país y cuyo nombre debe figurar en la lista de los héroes de la República americana.

Andrés H. Foote, natural de Connecticut, entró á servir en la armada como guardia marina en 4 de diciembre de 1822, y en 19 del mismo mes de 1852, hasta cuya fecha no dejó un momento el servicio activo, fué nombrado comandante, con motivo del ataque que dieron los americanos á los fuertes de China en 1856. Foote mandaba la escuadrilla, y demostró su arrojo, situándose con su buque bajo la boca de los cañones enemigos.

Después de haber servido mucho tiempo como marino y unos diez años en tierra, pero siempre en clase de empleado del departamento naval, se le nombró jefe del arsenal de Brooklyn en Nueva York; al principiarse la guerra, confiriósele el grado de capitán y se le encargó que organizase la flotilla de cañoneras en San Luis y el Cairo, pues urgía emprender las operaciones en los ríos de Occidente. Para cumplimentar esta orden era preciso vencer numerosas dificultades y obstáculos, pero Foote demostró en esto tanta actividad como energía, y el buen éxito que se obtuvo fué un triunfo para él, pues se le debieron todas las ventajas obtenidas luégo.

Nos extenderíamos demasiado si hubiéramos de seguir paso á paso la brillante carrera del comodoro Foote y reproducir en detalle todos

los hechos de armas en que tomó parte mientras estuvo al servicio de su país. Uno de los combates que más contribuyeron á su nombramiento fué el que tuvo lugar en la toma del fuerte Enrique, de que ya hemos hablado. En este hecho de armas ocurrió un incidente que basta para apreciar el valor de aquel jefe y su energía. Cuando los separatistas arriaron la bandera de la fortaleza, un ayudante general y un capitán de ingenieros fueron á conferenciar con el comodoro en clase de parlamentarios, para manifestar que el general Tilghman, gobernador del fuerte, deseaba hablar con el jefe de la flota; y entonces Foote dió orden á los comandantes Stembel y Phelps para que fueran á izar la bandera de la Union donde flotaba ántes la de los separatistas, previniéndoles anunciaran al general Tilghman que podía pasar al buque del jefe. Poco después llegó el gobernador del fuerte, y entregando su espada á Foote le dijo: «Capitán, tengo una satisfacción en rendir mi acero á tan valeroso oficial;» á lo que contestó el comodoro: «Haceis muy bien en rendiros, caballero; pero os aseguro que ántes de hacer yo lo mismo, hubiera sido preciso que volarais todos mis buques.» Foote, sin embargo, al extender su parte oficial, habló en términos muy lisonjeros del general Tilghman, elogiando su valor en la defensa del fuerte.

Entre los varios reveses que en este año sufrieron los federales, el más importante fué el ocurrido en el verano de 1862, cuando el grande ejército del Norte, que se llamó del Potomac, al mando del general Mac Clellan, se dirigió hácia Richmond, residencia del gobierno de la Confederación y capital del Sur, con la esperanza de apoderarse de dicha ciudad. Después de una serie de encarnizados y sangrientos combates que se sucedieron desde el 25 de junio hasta el 1.º de julio, Mac Clellan hubo de abandonar sus posiciones, sufriendo una pérdida de 15,249 hombres y 25 cañones, según sus partes, pues los confederados aseguraron que la derrota había costado mucho más cara á sus enemigos. Los separatistas, en cambio, hicieron levantar el sitio de Richmond, salvando así la ciudad, y apoderáronse de un inmenso número de armas y municiones, aunque no sin sensibles pérdidas también. Este descalabro valió á Mac Clellan severas censuras, acaso más de las que merecía, pues, hombre de carrera militar, estuvo encargado mucho tiempo ántes del mando de un distrito, era soldado por educación, y más de una vez dió pruebas de su pericia. Des-

pues de su derrota, Mac Clellan fué separado del mando por acuerdo del Presidente, quien juzgó que la lentitud de los movimientos de este jefe y sus continuas vacilaciones eran la causa principal de que fracasaran sus planes. Por otra parte, Mac Clellan era muy popular en el ejército, y como además profesaba opiniones democráticas, temíase de su parte una dictadura militar. Su despedida del ejército fué muy conmovedora, pues sus tropas le querían mucho, y no pocos se quejaron de que la medida adoptada respecto á este jefe era injusta. Mac Clellan abandonó el campamento cuando hubo llegado su sustituto, y acompañado de algunos amigos emprendió la marcha en dirección á Washington, donde se proponía permanecer sólo algunas horas, siendo recibido á su paso en todas partes con entusiastas aclamaciones. El jefe que debía sustituirle en el mando, el general Burnside, era hombre muy notable, que bien merece una ligera reseña biográfica.

El general Ambrosio Everett Burnside, nació en Libertad, condado de la Union, en 23 de mayo de 1824. En 1842, á la edad de diez y nueve años, ingresó en la Academia militar de West Point, donde se graduó en 1847, habiéndosele conferido después el empleo de teniente segundo del cuerpo de artillería de los Estados Unidos. En el mes de setiembre del mismo año pasó al tercer regimiento para servir bajo las órdenes del capitán Bragg, quien fué más tarde uno de los primeros generales de la Confederación, y después marchó con la división del general Patterson á México, donde permaneció hasta la conclusión de la guerra. En esta campaña tuvo que marchar muchas veces contra los indios de Nuevo-México, y en agosto de 1849 distinguióse en una escaramuza con los apaches, ocurrida en el sitio llamado Las Vegas. Por su valor y arrojo en aquella ocasión se le ascendió á primer teniente.

En la comisión elegida para fijar los límites entre México y los Estados Unidos, Burnside fué nombrado inspector, y en 1851, siendo portador de unos despachos del coronel Graham al presidente Fillmore, realizó el memorable hecho de haber recorrido á caballo, sin más escolta que tres hombres, una distancia de mil doscientas millas, en solos diez y siete días, atravesando una región poblada de indios hostiles. Burnside se encargó luégo de la custodia del fuerte Adams, pero al igual de muchos de nuestros oficiales, era de carácter emprendedor, y no gustándole una vida tan poco activa, dimitió su

cargo en 1853 para buscar en la carrera civil una ocupación más de su gusto.

Habiendo inventado al poco tiempo un nuevo rifle de los que se cargan por la culata, consagróse exclusivamente á perfeccionarlo durante la administración de Buchanan, pues el Secretario de la Guerra, Floyd, le había prometido que lo adoptaría el gobierno, si bien es verdad que aquel poco escrupuloso ministro hizo luégo un contrato con otro inventor que le ofreció una parte en las ganancias, y por esta razón no adoptó el gobierno el rifle de Burnside. Esto privó al futuro general de las utilidades que esperaba obtener, ocasionándole grandes pérdidas, pero en cambio su hermano tuvo más suerte y fué favorecido por el gobierno, quien le compró un considerable número de rifles.

Burnside desempeñó luégo el cargo de presidente de la Junta de ferrocarriles de Illinois, y entonces hizo que su esposa, con quien se había casado en Bristol, se trasladara á Chicago, donde reanudó sus relaciones con el general Mac Clellan, asociado también en la Compañía de los caminos de hierro de Illinois. Burnside fué nombrado poco después tesorero de ésta, y se trasladó á Nueva York, donde residía cuando el gobernador Sprague, de Rhode-Island, le invitó á encargarse del mando del primer regimiento de voluntarios de aquel Estado. Habiendo servido ya como mayor general de la milicia cuando se hallaba en Bristol, Burnside aceptó desde luégo la oferta y marchó con su regimiento á Washington; durante los días de ansiedad y alarma en que la capital estuvo en peligro, distinguióse no sólo por su actividad y energía sino por lo bien que sabía disciplinar sus tropas. En la desastrosa batalla de Bull-Run mandaba la vanguardia como brigadier general, dando pruebas de una gran intrepidez, y si todos hubieran seguido su ejemplo, acaso la derrota se hubiese convertido en victoria. Supónese que él fué quien insistió en demostrar que el ejército del Potomac no reunía suficientes condiciones para atacar á un enemigo atrinchado.

Reconociendo el gobierno desde luégo el mérito de Burnside, confirióle á poco el grado de mayor general, y á no dudarlo, no hubiera podido confiarse el mando de la tercera expedición contra los separatistas á un hombre más competente que él.

Burnside tenía todas las cualidades del héroe popular: alto, de agradable aspecto y de marcial continente, era tan hábil jinete como vale-

roso guerrero, y todo en él revelaba un hombre enérgico y activo; aunque de afable conversación y amigo de la sociedad, hablaba siempre con cierto énfasis, y al emitir sus opiniones parecía que su único deseo era convencer y no buscar el aplauso de sus oyentes. Su frente despejada y su entrecejo daban á conocer al hombre de

reflexion, y su prematura calvicie, comunicando mayor gravedad á sus facciones, le daba aire más respetable; sólo tenía treinta y ocho años, pero se le creía de mucha más edad.

En las reñidas acciones y refriegas que se empeñaron delante de Richmond, habíanse distinguido tanto los jefes unionistas como los con-



Butler, general del ejército de los Estados Unidos

federados, contándose entre unos y otros generales que tenían una brillante carrera, al paso que algunos eran sólo militares improvisados por las circunstancias, como sucedía con Butler. En el ejército separatista llamaron la atención por su arrojo, el general en jefe Lee, de quien ya hemos hablado; el general Jackson, cuya bravura é intrepidez rayaron en temeridad, y á quien sus soldados dieron el sobrenombre de *Muro de piedra*, por la impavidez con que resistía, al frente de su brigada, los ataques del enemigo, sin cejar nunca un punto ante fuerzas

iguales; el general Longstreet, cuyo valor y conocimientos como militar eran muy apreciados, y otros varios jefes y oficiales de nota que se habían dado á conocer durante la guerra. Entre los unionistas se distinguieron muy principalmente Sherman, el mismo que más tarde debía emprender lo que se llamó la *Gran marcha*, durante la cual, á la cabeza de 70,000 hombres, llegó hasta el Atlántico, barriendo á su paso cuantos obstáculos le opusieron sus enemigos; Sheridan, Meade, Stuart y Mac Pherson, que batiéndose sin descanso, adquirieron glo-

ria, mereciendo bien de la patria; y Porter, que disfrutando de todas las comodidades de la vida, entró á servir como voluntario en el ejército, guiado tan sólo por un sentimiento de pundonor y delicadeza, pues según él dijo, debía tanto á su país que no podía vacilar en salir á su defensa en la hora del peligro. Porter

fué uno de aquellos que empuñaron las armas impulsados por sus nobles y patrióticas ideas, y seguramente ninguno sirvió á su país con más desinterés y abnegacion.

En los combates navales, la victoria se declaró casi siempre por los unionistas; Foote en la toma del fuerte Enrique y otros, y los almi-



Andrés H. Foote, capitán de marina de los Estados Unidos

rantes Farragut y Porter en la toma de Nueva Orleans, alcanzaron también justos laureles por su energía y su bravura, contribuyendo poderosamente á debilitar al Sur con sus repetidas victorias. Durante esta guerra fué cuando tuvo lugar el célebre combate entre el *Merrimac* y el *Monitor*, que tanto excitó la admiración, no sólo en América sino también en Europa. El constructor del *Monitor* había sido el capitán Ericsson, y su obra fué una sorpresa para los Estados Unidos, pues nadie conocía las condiciones de aquella nueva máquina de guerra, que debía hacer célebre el nombre de su autor.

No se desanimó el presidente Lincoln por el desastre de Richmond; muy lejos de ello, dispuso sin perder tiempo que se hiciese una leva de 300,000 hombres, y poco después otra de otros tantos; pero no satisfecho con esto, resolvió al fin adoptar una medida que debía ser el acto más notable de su administración, acto cuyo recuerdo será sagrado para la posteridad y que constituye un título de gloria para Abraham Lincoln.

Hasta entonces el Presidente, aunque muchos de sus partidarios le instaban á suprimir de una vez la esclavitud, habíase resistido á

sancionar una medida tan grave, pues no olvidaba que aquella institucion era un derecho constitucional en ciertos Estados, y siempre tuvo la esperanza de que el Sur cediese. En este caso, y sólo por conservar la paz, hubiérase permitido que la esclavitud continuase, con tal que no se tratara de extenderla á los Estados libres. Debe recordarse que Lincoln no habia promovido la guerra para abolir la esclavitud y sí para conservar la Union, como lo prevenia la Constitucion del país, impidiendo que los Estados se declararan independientes. Ahora bien, como proseguia la lucha con todos sus horrores, sin que hubiera señales de terminarse, el Presidente se convenció de que era llegada la hora de no tolerar más tiempo la esclavitud, que despues de todo era la causa de la rebelion. En su consecuencia, despues de conceder la libertad á 3,000 negros en el distrito de Colombia, ofreció colocar en los ejércitos del Gobierno á los que quisieran servirle. Esto era declarar su emancipacion, determinando así el verdadero objeto de la lucha: la existencia ó la supresion de la esclavitud.

Esta importante medida se habia indicado ya por una declaracion hecha en 1862, segun se cual, en el caso de que los confederados rehusaran restablecer la Union para el 1.º de enero de 1863, se expediria una proclama en virtud de la cual todos los esclavos de los Estados rebeldes obtendrian para siempre su libertad. Dicha declaracion estaba concebida en los siguientes términos:

«Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos y comandante en jefe del ejército y de la armada, declaro por la presente, que así hasta aquí como en lo sucesivo se ha continuado y se continuará la guerra con el objeto de restablecer prácticamente las relaciones constitucionales entre la Union y cada uno de los Estados donde se han suspendido aquéllas.

»Que es mi intencion recomendar al Congreso en la próxima legislatura que adopte una medida, cuyo objeto será conceder una compensacion pecuniaria á los Estados que no habiendo tomado parte en la rebelion contra el Gobierno, hayan sufrido perjuicios por aceptar voluntariamente la abolicion inmediata ó gradual de la esclavitud en sus límites respectivos.

»Que para colonizar en el continente ó en otro punto á los individuos de la raza africana, previo su consentimiento y el del Gobierno, se harán cuantos esfuerzos sean necesarios.

»Que el día 1.º de enero del año de Nuestro Señor de 1863, todos los individuos que se consideren como esclavos en cualquier Estado rebelde, serán declarados libres para siempre, y en su consecuencia el Gobierno ejecutivo de la Union, así como todas las autoridades militares y civiles, reconocerán la libertad de dichas personas, sin cometer acto alguno que pueda coartarla ó reprimirla.

»El 1.º de enero citado, el Poder ejecutivo designará por medio de una proclama cuáles son los Estados rebeldes, y si uno de estos estuviese en dicho dia representado en el Congreso por miembros elegidos por una mayoría, se entenderá, á falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelion.

»Convendrá tener presente un acta del Congreso relativa á la adicion de un artículo sobre guerra, la cual fué aprobada en marzo de 1862 y que á la letra dice así:

«El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en Congreso, han resuelto que se promulguen las siguientes disposiciones como artículo adicional de guerra, las cuales se cumplirán estrictamente.

»Artículo 1.º Se prohíbe á todo oficial ó persona que se halle al servicio de los Estados Unidos, emplear fuerzas de su respectivo mando para devolver los esclavos fugitivos á sus dueños. Todo oficial que desobedeciere esta orden, será sometido á un consejo de guerra y privado de su empleo.

»Artículo 2.º Este artículo tendrá fuerza de ley desde el momento de su publicacion.»

»Asimismo se tendrán presentes los artículos 9.º y 10.º de un acta titulada: «Acta para reprimir la insurreccion, castigar la traicion y confiscar los bienes y propiedades de los rebeldes,» aprobada en julio de 1862 y que á la letra dice así:

»Artículo 9.º Los esclavos de las personas que hayan tomado parte en la rebelion contra los Estados Unidos ó que la apoyaren de un modo cualquiera, que abandonen á sus dueños, refugiándose en las líneas del ejército federal, se considerarán como prisioneros de guerra, declarándoseles libres para siempre. En el mismo caso se hallarán los esclavos que pidan proteccion al Gobierno de los Estados Unidos ó se encuentren en las localidades ocupadas ántes por los rebeldes.

»Artículo 10.º Se previene asimismo que á ningún esclavo que se fugare de un Estado ó

territorio á otro, se le podrá privar en modo alguno de su libertad, excepto en el caso de crimen ú ofensa contra las leyes, ó á ménos que el reclamante preste juramento de que aquel le es deudor de su trabajo y que no ha hecho armas contra los Estados Unidos de ningun modo. Se prohíbe á todo aquel que se halle al servicio del ejército ó de la armada de los Es-

tados Unidos, bajo la pena de perder su destino, decidir por sí sobre la validez de la queja producida á restituir el fugitivo al reclamante.»

»Y por la presente prevengo y ordeno á todas las autoridades así civiles como militares que hagan observar y cumplan las disposiciones contenidas en este decreto.

»El Poder ejecutivo recomendará en tiempo



Francisco Adams, embajador de los Estados Unidos en Londres

oportuno que á todos los ciudadanos de la Union que hayan permanecido fieles al Gobierno, se les abonen daños y perjuicios por las pérdidas que sufrieren ántes de restablecerse las relaciones constitucionales.

»Hecho en la ciudad de Washington el día 22 de setiembre del año de Nuestro Señor de 1862, octogésimo séptimo de la independencia de los Estados Unidos.

» ABRAHAM LINCOLN. »

Este documento apareció, segun dicen algunos, más pronto de lo que se esperaba, por las sugerencias de los embajadores de la Union en las córtes de Europa, pues se creía inminente el reconocimiento de la Confederacion, pero

otros aseguran que el Presidente estaba ya resuelto á seguir esta política algunas semanas ántes de publicarse la proclama. De todos modos, Abraham Lincoln no era hombre capaz de retroceder una vez tomada su determinacion, aún cuando comprendiese que no habian de ser inmediatos los resultados de su política, y así es que el día prefijado publicó su segunda proclama, concediendo la libertad absoluta á los esclavos. Hé aquí su contenido:

«Considerando que el día 22 de setiembre del año de Nuestro Señor de 1862, se ha publicado por el Presidente de los Estados Unidos una proclama que dice entre otras cosas lo siguiente:

»Que desde el 1.º de enero del año de Nues-

tro Señor de 1863, todos aquellos detenidos como esclavos en un Estado cualquiera ó en una parte de este, cuya poblacion se haya rebelado contra el Gobierno de los Estados Unidos, serán declarados libres para siempre.

»Que el Gobierno de los Estados Unidos, incluidas las autoridades militares y civiles, re-

conocerán la libertad de dichos individuos, cuidando de no tomar medida alguna para coartarla; que una proclama del Presidente designará en dicho día 1.º de enero, qué Estados se han declarado en abierta rebelion contra el Gobierno, y que aquel que estuviere representado en el Congreso por miembros elegidos en



Mac Clellan, general en jefe del ejército de la Union

las elecciones por una mayoría, se entenderá, á falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelion.

»Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos, en virtud de los poderes de que estoy revestido como comandante en jefe del ejército y de la armada de los Estados Unidos, en tiempo de rebelion armada contra la autoridad del Gobierno, y como medida de guerra conveniente y necesaria para reprimir aquélla, he tenido á bien, trascurridos cien dias desde la publicacion de mi primera proclama, designar hoy, primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y

tres, los nombres de los Estados ó de las partes de estos que se hallan en abierta rebelion contra el Gobierno, y son los siguientes:

»Arkansas, Texas, Luisiana (excepto las parroquias de San Bernardo, Plaquemine, Jefferson, San Juan, San Carlos, San Jacobo, Ascension, Asuncion, Tierra Buena, Lafourche, Santa María, San Martin y Orleans, inclusa la ciudad de este nombre), Mississipi, Alabama, Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia, excepto los cuarenta y ocho condados conocidos con el nombre de Virginia Occidental, y los de Bergkele, Accomac, Northampton, Ciudad de Isabel, York, Prince-

sa Ana y Norfolk, inclusa la ciudad de este nombre y la de Portsmouth, para todos cuyos puntos no rige la presente.

»Y en virtud de los poderes que se me confieren, y en cumplimiento de lo dicho, ordeno y declaro que todos aquellos que se consideren como esclavos en dichos Estados ó en cualquiera de sus partes, QUEDARÁN DESDE AHORA Y

PARA SIEMPRE LIBRES. El Gobierno ejecutivo de la Union, incluidas las autoridades civiles y militares, reconocerán y mantendrán la libertad de los citados individuos.

»Y prevengo por la presente á todos cuantos así se declaran libres, que se abstengan de toda violencia, excepto en el caso de defensa propia, y asimismo les recomiendo que cuando les fue-



Ambrosio Everett Burnside, general en jefe del ejército de la Union

re permitido, trabajen fielmente por un jornal razonable.

»Además hago saber que los citados individuos que reunan las condiciones necesarias serán admitidos al servicio del Gobierno para formar parte de las guarniciones de los fuertes, puestos militares, estaciones ú otros puntos, así como tambien de las tripulaciones de los buques.

»Y en favor de este acto, que creo sinceramente ser de justicia, autorizado por la Constitucion, apelo al juicio de la humanidad invocando la proteccion del Todopoderoso.

»En cumplimiento de lo cual autorizo la pre-

sente con mi firma y el sello de los Estados Unidos.

»Hecho en la ciudad de Washington en este dia primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, octogésimo octavo de la Independencia de los Estados Unidos.

»Por el Presidente, Abraham Lincoln.

»GUILLERMO H. SEWARD, *Secretario de Estado.*»

Poco tiempo ántes de publicarse este decreto por el cual quedaba declarada terminantemente la emancipacion de los esclavos, el Presidente Lincoln, despues de haber demos-

trado en un mensaje especial que la cuestión de la esclavitud era la principal causa de la guerra, proponía á las dos Cámaras del Congreso que aprobaran el siguiente acuerdo:

«El Gobierno de los Estados Unidos concederá á todo Estado que adopte la abolición gradual de la esclavitud una compensación razonable por los perjuicios que se le irroguen á consecuencia del cambio de sistema.»

Por esta proclama quedaban libres cuatro millones de esclavos, muchos de los cuales ingresaron en el ejército federal para batirse contra sus antiguos amos, contribuyendo no poco á que el Norte pudiese continuar la lucha con más vigor que nunca.

Lincoln había pensado que ántes de anunciar al pueblo sus intenciones sería mejor esperar la noticia de alguna victoria, pues de otro modo, particularmente si la declaración seguía de cerca á algún revés sufrido por las armas federales, el Sur podría interpretar su acto como una demanda de apoyo á los negros y una señal de debilidad. Lincoln había prometido solemnemente que si los separatistas llegaban á verse rechazados hasta Pensilvania, coronaría el resultado concediendo su libertad á los negros. Y cuando el 1.º de enero de 1863 firmó la famosa proclama de emancipación, después de estrechar la mano de los numerosos amigos que habían ido á felicitarle á la Casa Blanca, oyósele decir: «La firma que he estampado en ese documento parece algo temblona, porque mi mano está cansada, pero mi resolución es firme. Aseguré á los rebeldes en setiembre que si no volvían á su alianza, dejando de matar á nuestros soldados, derribaría ese pilar de su fuerza; ahora se cumplirá esa promesa, y no retiraré una sola palabra de lo que he dicho.»

La proclama produjo una gran excitación, y los abolicionistas se regocijaron mucho, porque veían el fin de aquella desgarradora lucha; mientras que los que dudaban del éxito cobraron fuerza y confianza, seguros de que por muchas que fueran las perturbaciones aún en perspectiva, la esclavitud dejaría de existir. La elocuencia humana, según dijo entonces un escritor americano, no podría expresar la inmensa gratitud con que se recibió la proclama por la infeliz raza negra, tan largo tiempo oprimida, y que saliendo al fin de la degradación de la esclavitud, elevábase á las gloriosas alturas de la libertad.

Durante el año 1863 la guerra prosiguió con sus alternativas, y á causa de los repetidos des-

calabros que habían sufrido los federales y de las perturbaciones que agitaban al Norte, muchos republicanos comenzaban á desesperar del triunfo; pero Lincoln los reanimó, y sus numerosos partidarios, al ver la destreza con que dirigía la nave del Estado en aquellos días de peligro, depositaron en el Presidente toda su confianza. Por fortuna no pasaron muchos meses sin que brillara la aurora de mejores días para el partido federal, pues el 3 de julio de 1863, cuando los separatistas habían invadido Maryland y Pensilvania, sufrieron la sangrienta derrota de Getisburgo, con pérdidas enormes, y esta batalla arrebató al Sur la última esperanza de vencer al Norte; desde aquel momento la guerra presentó una nueva fase, siguiéndose muy pronto á la victoria de Getisburgo los triunfos alcanzados en Wicksburgo y Puerto Hudson, en el mismo mes.

Inútil parece decir que mientras se proseguía la guerra tan encarnizadamente en los diversos puntos de la Union, el Presidente se hallaba poseído de la mayor ansiedad, y ciertamente no sin motivos, pues en ninguna época se había visto el país en circunstancias tan difíciles y apuradas. A decir verdad, necesitábase mucho ánimo y fortaleza para dirigir con buen éxito y administrar con acierto los asuntos públicos en aquella peligrosa crisis. Sin embargo, todo esto no bastaba para que Lincoln perdiese ni un momento su reconocida serenidad, su carácter se conservaba inalterable, y siempre era el «honrado Abraham» que hemos visto en su primera juventud. De su vida en la Casa Blanca refiérense muchos incidentes y anécdotas que dan á conocer la nobleza de Lincoln y sus virtudes.

En una de las recepciones públicas que con frecuencia había en la residencia del Presidente, Lincoln vió entrar á un muchacho de unos trece años, pálido, extenuado y de mísero aspecto, y como le llamase la atención, llamóle y le preguntó qué deseaba. El muchacho se adelantó, hizo un saludo, y con tímido acento contestó: «Señor Presidente, he sido tambor en un regimiento durante dos años; cierto día incurri involuntariamente en el desagrado de mi coronel, y éste me despidió; como estaba enfermo, condujéronme á un hospital; acabo de salir, y me presento al señor Presidente para preguntarle si puede hacer algo por mí.» Lincoln miró con ternura al muchacho, y le preguntó dónde vivía. «No tengo casa, replicó el joven; mi padre murió en el ejército, y mi madre ha

fallecido también; tampoco tengo hermanos; estoy abandonado en el mundo.» Al decir esto, el muchacho no pudo contener sus lágrimas. «¿Y no puedes vender diarios?» preguntóle Lincoln muy conmovido. «No, señor; estoy demasiado débil, y además no tengo dinero ni albergue.» Al oír esto, el Presidente sacó una tarjeta, escribió en ella algunas palabras, en las cuales recomendaba al joven tambor para que cuidaran de él, y dándosela al muchacho le dijo: «Toma, entrega esto á la persona que indica, y te se dará lo que necesites.» Inútil parece decir que el muchacho salió de la Casa Blanca loco de contento, bendiciendo el nombre del Presidente, á quien consideraba ya como un amigo.

El general que mandaba uno de los ejércitos de la Union, hablando cierto día de la excesiva condescendencia de Lincoln con los soldados sentenciados á muerte, decía á un amigo suyo: «Durante la primera semana de mi mando hubo veinticuatro desertores que por fallo del tribunal de guerra debían ser fusilados, y por lo tanto envié la sentencia al Presidente para que la firmara. Como Lincoln se negase á ello, fui á Washington, solicité una entrevista y le dije: —Señor Presidente, si no se hace un ejemplar castigo, el mismo ejército estará pronto en peligro; la gracia para unos pocos es crueldad para los muchos.— Señor general, replicó el Presidente, tenemos ya demasiadas viudas que lloran en los Estados Unidos, y no me pidáis que aumente el número, porque no lo haré.»

El presidente Lincoln se daba por muy contento siempre que podía encontrar alguna excusa para conceder gracia, aunque se tratara de caso que no la mereciese. Un soldado joven que se había batido valerosamente en una acción, y que fué herido, desertó poco después; se le capturó á las pocas horas y condenósele á muerte, pero muchos pidieron gracia á Lincoln. Al parecer no había causas atenuantes; la deserción estaba probada, y para dar el ejemplo creíase necesario el castigo. Lincoln reflexionó, y al fin ocurriósele una feliz idea para excusar el perdón. «¿No decís que estaba herido?— Sí, señor, le contestaron.— Pues entonces, repuso el Presidente, como la Escritura dice que en la efusión de sangre está la remisión de los pecados, opino que se debe perdonar esta vez.»

Sólo una vez el bondadoso Presidente rehusó otorgar gracia cuando de él se imploraba. Tratábase de un traficante de esclavos que estaba en la cárcel, y que habiendo cumplido su

condena debía pagar una multa de mil duros para quedar libre. El hombre escribió una lastimosa carta á Lincoln, solicitando su perdón para que se le dejara salir; pero el Presidente contestó: «Yo podría perdonar un homicidio, porque mi flaco es conmovirme demasiado fácilmente cuando se me pide gracia; pero el hombre que ha ido al Africa para robar á las madres sus hijos para reducirlos á una infame esclavitud, sin más objeto que el de ganar algunos centenares de duros, es para mí peor que el más depravado asesino, y por mí podrá morir en la cárcel ántes que yo le conceda su libertad.»

El siguiente caso demuestra que Lincoln solía también ser severo cuando lo juzgaba necesario. Cierta oficial á quien se había separado del servicio, escribió su propia defensa, y presentóse en la Casa Blanca solicitando una entrevista del Presidente. Este último escuchó la lectura que le hizo el oficial, y cuando hubo concluido, contestóle que en los hechos que citaba no debía intervenir el poder ejecutivo. El oficial se retiró muy mohino; pero á los pocos días pidió segunda audiencia al Presidente, leyó una segunda defensa, y obtuvo igual contestación. Sin darse por vencido, volvió al cabo de una semana, pudo llegar hasta Lincoln, y éste, después de escucharle con mucha paciencia, no le contestó. Entonces el oficial, exasperado sin duda, dijo con tono algo descompuesto: «Muy bien, señor Presidente; veo que no se quiere hacerme justicia.» Esto era demasiado para Lincoln, que levantándose tranquilamente y dejando sobre la mesa unos papeles que tenía en la mano, cogió del brazo al oficial, empujóle vigorosamente hácia la puerta y díjole cuando estuvo fuera de la habitación: «Le recomiendo á V. y le aconsejo que no vuelva jamás á presentarse aquí; yo podré tolerar una censura, pero no un insulto.» Atemorizado el oficial ante aquella actitud, pidió permiso para recoger sus papeles, que se le habían caído al suelo, pero el Presidente se opuso, diciéndole: «Salga V. de aquí, pues no quiero verle en mi presencia ni un instante más; ya se le enviarán sus papeles.»

Uno de los biógrafos de Lincoln, al hablar de la bondad de su carácter, decía lo siguiente: «Ese hombre, cuyo aspecto es el de un Hércules, tiene el corazón más tierno que se ha encerrado en un pecho humano, y sus bondades son casi una debilidad. Le entristece ver á otro sufrir, y siempre está dispuesto á dispensar su protección al que padece. Cierta día, que iba al ministerio de la Guerra, encontró á un soldado

herido, que muy lentamente dirigíase á las oficinas de aquel departamento para reclamar su paga y una pensión. El soldado reconoció al Presidente y pidióle consejo; Lincoln, sentándose al pié de un árbol, examinó los papeles del demandante, y despues de indicarle lo que debia hacer, entrególe una nota para que se le atendiera.»

Citaremos por último un incidente que no deja de tener gracia. En una de las recepciones oficiales, presentóse á Lincoln un caballero que pretextando ser uno de sus mejores amigos, solicitó un gobierno vacante, fundando la petición en que, sólo gracias á sus esfuerzos habia obtenido Lincoln su elevado cargo. «Muy bien, contestó el Presidente; me alegro de cono-



Jackson, general del ejército separatista

cer á uno de los hombres que han contribuido á ceñir en mi cabeza una corona de espinas. Le aseguro que no tengo ningun cargo disponible para satisfacer sus deseos. Páselo V. bien.»

A principios de 1864, el Gobierno federal resolvió hacer un supremo esfuerzo á fin de concluir cuanto ántes con la rebelion; hizose una leva de medio millon de hombres, algunos de los cuales debían reemplazar á los que habian terminado su servicio; y el Presidente, que habia elegido al general Grant para general en jefe, dióle orden de encargarse del ejército del Norte y proceder con toda la actividad posible para no dar tregua ni descanso al ene-

migo hasta que se consiguiera someterle. Una gran parte del ejército del general Grant estaba á las órdenes del general Sherman, quien debia avanzar en una direccion miéntras que su jefe operaba por otro lado.

Espantosa fué la carnicería y horrible la devastacion en las batallas y combates que entonces tuvieron lugar casi diariamente para conquistar el Sur y apoderarse de los últimos baluartes de la rebelion; pero los esfuerzos combinados de los generales unionistas debian vencer al fin la enérgica resistencia de sus enemigos. No tardó el general Grant en llegar á la vista de Richmond, la capital de los confede-

rados, y una vez allí, despues de una serie de sangrientas acciones, en que los separatistas se batieron con el esfuerzo de la desesperacion, aquella ciudad cayó en poder de los federales, habiendo mediado ántes una breve correspondencia entre los generales Lee y Grant para tratar de las condiciones de la rendicion del ejército del jefe confederado, compuesto entonces de veintiocho mil hombres.

La entrada del ejército federal en Richmond fué un verdadero acontecimiento: el general Weitzel, seguido de su estado mayor y de sus tropas, penetró en los primeros arrabales de la ciudad, iluminada aún con los resplandores del incendio, y pocos momentos despues la bandera de la Union ondeaba en el Capitolio, donde el Congreso Confederado habia celebrado sus sesiones desde el mes de julio de 1861. Entu-



Longstreet, general del ejército separatista

siastas aclamaciones saludaron la aparicion de aquella insignia que anunciaba el triunfo de los unionistas. Mr. Jefferson Davis habia abandonado la ciudad el dia anterior, seguido de casi toda la oficialidad y de los miembros del Congreso, así como tambien de Mr. Guillermo Smith, gobernador de Virginia, y por lo tanto se efectuó la ocupacion sin la menor resistencia. Muy léjos de esto, hubo seguramente muchos que recibieron á los federales como libertadores, si bien no faltarian en cambio otros que hubieran preferido ver entrar en Richmond

á los federales como prisioneros de guerra. Segun era de esperar, lo primero que se hizo fué adoptar las medidas más oportunas para restablecer el orden: al general Shepley se le nombró gobernador, y al teniente coronel Manning preboste; cortáronse los incendios con toda la rapidez posible, y se dictaron, en fin, cuantas disposiciones parecieron más urgentes para que la ciudad adquiriese la tranquilidad, interrumpida algunas horas ántes. La conflagracion habia causado grandes destrozos en Richmond, pues sin contar los almacenes y depósitos, la

casa de correos, las oficinas del Tesoro, las de los principales Bancos, las redacciones de los periódicos, en fin, todos los edificios más notables se hallaban reducidos á un informe monton de ruinas. Las pérdidas de los particulares debían ascender también á muchos millones de duros, pues quedó completamente destruida una tercera parte de la ciudad; la prision de Libby, el castillo de Tunder y la fundicion de Tredegar no sufrieron en lo más mínimo, á pesar de hallarse situados en el punto donde más estragos hizo el devorador elemento. Toda esta destruccion no impidió que los unionistas se hicieran dueños de un rico botín; el número de prisioneros ascendía á mil, incluso los enfermos que se hallaron en los hospitales, y además se cogieron quinientas piezas de artillería, cinco mil armas de todas clases, treinta locomotoras, trescientos carros cargados de municiones, y otros muchos efectos de campaña.

Algunas horas despues de haber ocupado el ejército la capital de la Confederacion, habia circulado ya por todo el país la noticia de la toma de Richmond, y bien pronto la confirmaron los telegramas del presidente Lincoln, que se hallaba entonces en City Point, y del Secretario de la Guerra, que estaba en Washington. Las oficinas públicas se cerraron inmediatamente, suspendiéronse los negocios, y todos aquellos que tenían motivos para celebrar el triunfo de la causa nacional y que deseaban con ansia que se terminase la guerra, sólo se ocuparon en aquel momento en adquirir noticias, sin dudar por un momento que la toma de Richmond era el golpe de muerte para la Confederacion. En Nueva York se llenaron al momento de gente todas las calles; á cada paso se encontraban animados grupos que con ávida curiosidad escuchaban atentos la lectura de los últimos despachos y telegramas que se acababan de recibir; en las iglesias de la Trinidad y de San Pablo comenzaron á repicar las campanas alegremente, y en una palabra, diremos que en todas las grandes ciudades de la Union sucedió poco más ó menos lo mismo; la alegría era universal, y se quiso celebrar el fausto acontecimiento con públicos regocijos, sin que nadie pensara en vengar antiguas injurias de aquellos á quienes una loca ambicion habia inducido á combatir contra la República y el Gobierno.

Un testigo ocular, M. Pollard, al referir los incidentes ocurridos en la última noche que el Gobierno de los confederados pasó en Richmond, dice lo que sigue:

«Hombres, mujeres y niños salían precipitadamente de las iglesias ó de las casas, anunciándose mutuamente que el enemigo estaba á las puertas de Richmond y que era preciso evacuar la ciudad. Muchos no daban crédito á semejante noticia, y al contemplar el puro azul del cielo en aquel magnífico día de primavera, al ver que no circulaban tropas por las calles y que nada turbaba la aparente tranquilidad de la capital de la Confederacion, parecíanle imposible que á las pocas horas debiera hallarse Richmond en poder del enemigo y envuelto entre las llamas de una espantosa conflagracion.

»Sin embargo, llegada la noche, preciso fué que los más incrédulos se convencieran: por todas las calles comenzaron á cruzar wagones cargados de cofres, grandes cajas y toda clase de efectos que se conducian á Danville por orden del Gobierno, y todos los que vieron esto hicieron entonces sus preparativos para abandonar inmediatamente la ciudad. El precio de los vehículos subió de pronto de una manera exorbitante, y llegaron á pagarse diez, quince y hasta cien duros, en oro ó papel del Gobierno federal, por el carro más insignificante. De repente, y como por arte de encantamiento, vióse aparecer por diversas calles una multitud de hombres, detrás de los cuales caminaban esclavos negros, llevando baules, fardos y equipajes de todas clases; el número de fugitivos era cada vez más numeroso, y se atropellaban unos á otros por tomar la delantera para abandonar ántes la ciudad. Todos los Bancos de Richmond se abrieron al momento, y los importantes se apresuraron á sacar sus fondos, mientras los directores se ocupaban en recoger sus documentos y papeles más importantes. Miles de duros en papel moneda fueron quemados en aquella ocasion tan espantosa en la ciudad, que ningun habitante pudo entregarse al sueño.

»El Consejo de la Confederacion se habia reunido por la tarde, y acordó que se inutilizasen todos los licores que hubiese en la ciudad, á fin de evitar los desórdenes que pudieran causar los que abusasen de las bebidas espirituosas. A eso de la media noche comenzó la obra de destruccion, dirigida por comités de los principales ciudadanos; muchos centenares de toneles fueron sacados á la calle, y abiertas las espitas, dejóse correr libremente el contenido; magníficas cajas llenas de botellas de toda clase de licores fueron arrojadas á la calle desde los pisos más altos, pero en medio de toda esta destruccion no se pudo evitar que algunos me-

rodeadores y gentes de mal vivir se apoderasen de varios frascos y botellas, y abusasen de la bebida. Desde aquel momento comenzó á reinar el más espantoso desórden y se cometieron toda clase de violencias; muchos almacenes fueron saqueados; á los dueños de algunas casas se les robó impunemente todo cuanto tenían, y los gritos y los lamentos de las víctimas contribuyeron á la confusion que reinaba en la ciudad.

»Pero aun debían aumentarse los horrores de aquella escena: el general Ewell habia expedido una orden para que se pegara fuego á las cuatro principales fábricas de tabaco de la ciudad, y aunque á última hora se organizó un Comité de ciudadanos á fin de protestar contra semejante medida, que iba á causar grandes perjuicios á una parte del comercio de Richmond, no se quisieron escuchar de ningun modo las observaciones de los reclamantes, y los ciudadanos hubieron de someterse á la fuerza, aun cuando se trataba de la destruccion de sus bienes. Así, pues, los almacenes fueron quemados; los buques que habia en el puerto, entre los cuales se contaba el *Patricio Enrique*, de reciente construccion, quedaron reducidos á cenizas, y no dejó, en fin, de inutilizarse hasta el más insignificante barco de los que se hallaban en el muelle de Richmond. Los puentes que habia fuera de la ciudad sufrieron la misma muerte: el de Danville, el de Petersburg, y el de Mayo, que se comunicaba con Manchester y servia para cruzar á la orilla opuesta del Jacolo, fueron todos pasto de las llamas.

»Por la mañana ofrecióse á la vista del espectador una escena que difícilmente se podía olvidar. El ronco fragor de los edificios que se desplomaban; el rojizo resplandor de las llamas que iluminaban la ciudad entera; los hombres que corrian de un punto á otro, semejantes á una legion de demonios, en medio de las espesas nubes de humo que envolvían los objetos, todo, en fin, formaba un conjunto imponente que hubiera impuesto pavor al más escéptico y que no basta nuestra pluma para describir.

»Centenares de carros cargados de tocino, harina y aguardiente, pasaban á escape por las calles para ir á reunirse con la retaguardia del ejército, y cerca de los depósitos de víveres, veíase una multitud hambrienta, de hombres, mujeres y niños, que provistos de sacos y cestas, esperaban ansiosos que se abrieran las puertas para apoderarse de todo aquello que los fugitivos no se habian podido llevar. Al rayar la aurora, abriéronse los depósitos, y

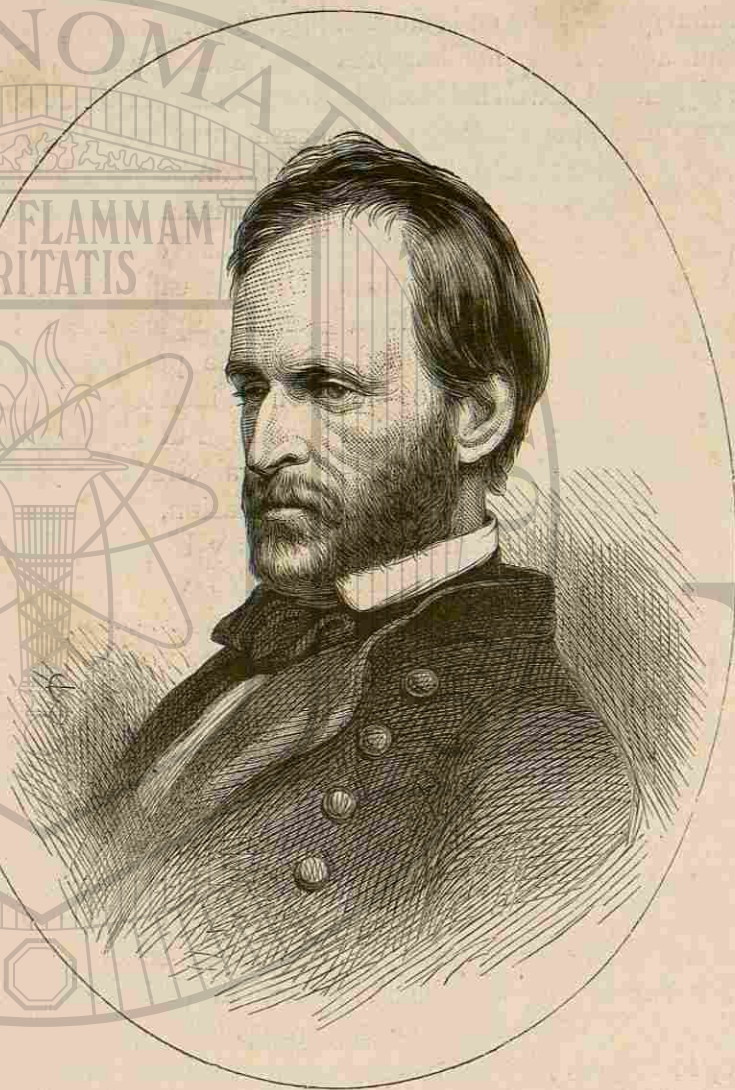
lanzando un grito que atronó el espacio, penetró en ellos la multitud, que en pocos minutos hizo desaparecer las inmensas cantidades de tocino, harina y otros comestibles puestos á su disposicion por orden del Gobierno.»

Para tratar de las condiciones de la rendicion de Richmond los generales Lee y Grant, aquellos dos jefes que tanto se habian distinguido por su intrepidez y por su pericia, cada cual á la cabeza de su ejército, celebraron una entrevista el 9 de abril de 1865 en una pequeña casa situada cerca de Appomattox. Segun dichas condiciones, los oficiales confederados debían dar su palabra de honor de no empuñar las armas contra el Gobierno de los Estados Unidos; cada jefe de compañía ó regimiento seria responsable del cumplimiento de esta promesa por parte de sus tropas; y todas las armas, incluso los cañones, se entregarían á una comision de oficiales nombrada al efecto por el general Grant; los jefes, fuera cual fuese su graduacion, conservarían sus espadas, sus caballos y bagajes. Firmadas estas condiciones, oficiales y soldados quedaban en libertad de volver á sus casas, sin temor de ser molestados por las autoridades de los Estados Unidos, mientras se cumpliera lo pactado y se respetaran las leyes existentes. En la rendicion comprendíanse todas las fuerzas que operaban en el ejército de Virginia, y que debían entregar las armas. La conducta del general Grant fué en aquella ocasion tan noble como delicada, y hasta sus enemigos no pudieron menos de elogiar su proceder.

La despedida del general Lee de todas sus tropas dió lugar á una escena triste y dolorosa, pero que, sin embargo, no carecia de cierta grandeza: de los brillantes y orgullosos batallones que habian inaugurado la serie de sus victorias en Bull Run, obligando luego á McClellan á retirarse de Richmond; de aquel valeroso ejército que supo vencer á Burnside en Fredericksburg, que derrotó á Hocker en Chancellorsville, que estuvo á punto de batir á Meade en Getisburgo, que luchó tan heroicamente contra Grant en Spottsylvania, en Cold Harbor, en Petersburg y en Richmond, sólo quedaba ya una ruina, sólo quedaban algunos batallones de los intrépidos veteranos del Sur. Parece ser que en la capitulacion del general Lee se comprendieron veintisiete mil hombres, pero de estos sólo unos diez mil se hallaban en estado de llevar las armas, y no cabe la menor duda que les hubiera sido materialmente imposible seguir ope-

niendo resistencia contra el número diez veces mayor de sus enemigos. Prescindiendo de esto, los recursos de la Confederación se habían agotado ya por completo: de los ciento cincuenta mil hombres de que constaba su ejército pocas semanas antes, una tercera parte estaba ya fuera de combate, y no había dinero para alimentar y

vestir á las demás tropas ni mucho menos para pagarlas. Por el contrario, los recursos de los Estados leales eran cada vez más numerosos; el ejército perfectamente equipado, iba reforzándose cada vez más; en el servicio activo contábase con más de medio millón de hombres, y otros tantos estaban dispuestos á em-



Sherman, general en jefe del ejército de la Union

puñar las armas á la primera señal, de modo que para el Sur era punto ménos que imposible sostener la gigantesca lucha que por tanto tiempo había estado afligiendo al país.

Cuando el general Lee se presentó por última vez á las tropas para despedirse, todos sus compañeros de armas se agolparon al rededor del jefe, ansiosos de estrechar la mano de aquel intrépido guerrero que tantas veces los había conducido á la victoria; pocos hubo que no vertieran una lágrima de sentimiento, y el noble general, al que también embargaba la emoción, sólo pudo pronunciar estas palabras: «Amigos míos: juntos nos hemos batido en defensa de

nuestra causa; hemos compartido los mismos peligros, las mismas fatigas y privaciones, y por mi parte os aseguro que he hecho cuanto podía hacer por vosotros.» A esta tiernísima escena siguió otra no ménos sublime: los federales se apresuraron á dar una parte de sus raciones á los separatistas, que en su mayor parte estaban extenuados de hambre y de cansancio, pues aún no habían llegado los trenes cargados de víveres que se esperaban de un momento á otro, y de este modo, los que ántes se consideraban como mortales enemigos, convirtiéronse en amigos afectuosos y se estrecharon la mano, olvidando su antagonismo y resentimientos. Poco

después, la mayor parte del ejército unionista volvió á Burkesville, desde donde tenía que marchar á Petersburg y Richmond, en cuyas ciudades debía cumplirse lo pactado entre los generales Lee y Grant, y algunos días más tarde, los separatistas volvieron á sus respectivas casas, muchos de ellos con los recursos facili-

tados por el mismo Gobierno contra el cual habían combatido con un valor y arrojo dignos de mejor suerte.

El general Grant, después de haber pasado revista al ejército confederado, se puso inmediatamente en marcha, á fin de reunirse con Sherman para ir al encuentro de Johnston, cuyo



Sheridan, general del ejército de la Union

ejército no había capitulado aún; pero que poco después, siguiendo el ejemplo del general Lee, debía rendirse también, por la fuerza de las circunstancias, con todas sus tropas.

Al día siguiente de la rendición de Richmond, el Presidente, que había ido á visitar el ejército, entró en la ciudad, no con pompa y aparato, como hubiera podido hacerlo el jefe del Norte conquistador, sino con la mayor tranquilidad y sencillez, acompañándole sólo su hijo menor y algunos oficiales. Su visita, sin embargo, fué memorable; y las escenas que presenció en Richmond, aquel poderoso baluarte de los confederados durante la guerra, debieron regocijar

su corazón, haciéndole comprender que á pesar de los males que trajera consigo la sangrienta lucha, no había sido ésta inútil, pues allí vió señales evidentes de la felicidad que proporcionaba la emancipación.

Apénas supieron los negros que el Presidente acababa de entrar en la ciudad, acudieron presurosos para darle la bienvenida, y entonces tuvo lugar una escena conmovedora. Aquellos infelices, sabiendo que los defensores de la esclavitud estaban vencidos, y que tenían segura la libertad, llegaban corriendo, con lágrimas en los ojos, gritando á voz en cuello: «¡Gloria, gloria al Señor! ¡Hurra, hurra por el presiden-

te Lincoln!» Una anciana negra, que estaba en el umbral de su humilde cabaña, exclamó al pasar Lincoln: «¡Gracias, Jesus mio, por haberme permitido ver al Presidente!»

Aquella guerra cruel y fratricida terminaba, no sólo sofocando la rebelion del Sur, con lo cual se conservaba la Union, sino aboliéndose del todo la esclavitud, pues ántes de alcanzarse la última victoria, el Congreso había aprobado un acta, en virtud de la cual se declaraban libres todos los esclavos en el país, incluso los de los Estados rebeldes de la Confederacion.

Entre tanto, había ocurrido otro hecho importante: en las nuevas elecciones para la Presidencia, efectuadas en noviembre de 1864, el partido del Sur hizo un supremo esfuerzo para recobrar su ascendiente, perdido durante largo tiempo; pero todo fué inútil, y desde luégo se comprendió que Abraham Lincoln, quien merecía la confianza y el respeto de todos, sería reelegido por el pueblo.

Siendo Lincoln el campeón de los derechos de los pobres esclavos, ya se comprenderá que la poblacion negra bendecía su nombre, y que en todo el país fuese objeto de las más entusiastas ovaciones. En la recepcion que tuvo lugar en la Casa Blanca el 1.º de enero de 1864, con motivo de ser el día de Año nuevo, los pobres negros se agolparon en tropel á la puerta del palacio presidencial para ver á su bienhechor, á quien realmente adoraban como á un sér superior; y cuando algunos de ellos, más atrevidos que otros, se aventuraron á penetrar en la cámara de recepciones, y vieron que, mezclándose con los blancos, por primera vez en su historia, eran recibidos afablemente por Lincoln, su admiracion y alegría no reconoció límites; tan pronto reían como lloraban de alegría, y oíaseles exclamar á intervalos: «¡Dios bendiga al señor Presidente; Dios bendiga á Abraham Lincoln; Dios bendiga á *Mas-sa Linkum!*»

Poco tiempo despues los negros de Baltimore regalaron á su bienhechor un magnífico ejemplar de la Biblia, ricamente encuadernado, con cantoneras de oro y dos planchas del mismo metal, en una de las cuales representábase al Presidente quitando los grillos á un esclavo, y á sus piés un rollo de papel con la palabra EMANCIPACION; en la segunda placa, una inscripcion contenía las siguientes palabras:

«A Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos, y amigo de la libertad universal. De la poblacion negra de Baltimore, en prueba

de respeto y agradecimiento. Baltimore, 4 julio de 1864.»

La Biblia fué presentada por una diputacion de negros, acompañada de dos sacerdotes, y en el discurso con que el Presidente les dió las gracias, sus últimas palabras revelan cuánto respetaba la Sagrada Escritura. «La Biblia, dijo, es el mejor donativo que Dios ha hecho al hombre; ese libro nos comunica todo lo bueno del Salvador del mundo; y si no fuera por él, no sabríamos distinguir el mal del bien. La Biblia contiene todas las cosas apetecibles para el hombre; y yo os doy las más expresivas gracias por este magnífico ejemplar del gran Libro de Dios.»

El día 4 de marzo de 1865, Abraham Lincoln, reelegido por una gran mayoría, juró segunda vez su cargo de Presidente de los Estados Unidos, en una época en que, aunque la guerra no hubiese terminado, abrigábanse fundadas esperanzas de que se restableciese pronto la paz. Ningun Presidente había obtenido nunca tan inmenso número de votos en su favor; y en la íntima conviccion de que todos sus actos durante la guerra habían merecido la aprobacion de sus compatriotas, el porvenir pareció á Lincoln más risueño que lo había sido hacia muchos años. Y cuando el 11 de abril, dos días despues de la rendicion de Richmond, dirigió al Congreso un discurso en el que manifestaba sus deseos de que se tratase con indulgencia á los Estados separatistas, procurando restablecer en cuanto fuese posible sus antiguas relaciones con el gobierno central, fué evidente que esperaba confiado en una era de paz para todos sus compatriotas.

Abril de 1865 fué un mes de triunfo y de regocijo para el pueblo de la Union; pero tambien de luto. La capital de los confederados estaba ocupada por las fuerzas del Gobierno; Lee se había rendido á Grant, y Sherman terminaba la campaña; de modo que en todas partes, excepto muy pocos puntos, la Confederacion quedaba completamente vencida, é incapaz de oponer más resistencia; pero la alegría que todo esto produjo se desvaneció por un trágico suceso que no tenía paralelo en los anales de la historia americana, que sembró el luto y la consternacion en todo el país, y que excitó el horror y el asombro hasta en las naciones extranjeras. Por primera vez en la República, el asesinato político hería al jefe del Gobierno; por primera vez, manos criminales habían tratado de resolver los grandes problemas del día, apelando á

los medios más infames. En la mañana del 14 de abril, el estado social y político parecía ofrecer para lo futuro un largo período de paz y tranquilidad, tales como no se habían disfrutado hacía mucho tiempo; pero llegada la noche, todo se convirtió en alarma, dudas é incertidumbre, á causa de un crimen, ó mejor dicho una serie de crímenes, más bien característicos del despotismo ruso ó turco, que no de un pueblo libre y razonable, acostumbrado á las formas constitucionales, á las empeñadas discusiones y á la supremacía de las leyes: el incidente de un momento nubló la frente de los hombres, entristeciendo su alma profundamente.

Sólo hacia seis semanas que Abraham Lincoln había jurado por segunda vez el cargo de Presidente cuando la bala de un asesino terminó su brillante carrera. Había visto casi el término de la gigantesca lucha, á la cual sirvió de pretexto su primera eleccion; pero aun faltaba vencer muchas dificultades, y por eso el Presidente estaba siempre grave y pensativo; sus toscas facciones no se animaban ya como ántes con una sonrisa; las líneas de su rostro eran mucho más profundas que algunos años ántes; y una sombra de tristeza comunicaba cierta sblimidad á su fisonomía.

Lincoln acababa de volver de Richmond, y durante el día habíase ocupado de los asuntos de más urgencia, reuniendo á su gabinete, para tratar sobre todo de la cuestion del Sur. Lincoln esperaba que terminase pronto la guerra, y que todos los individuos de la gran familia se volvieran á reunir como ántes. Durante la sesion todos observaron que el Presidente parecía inquieto, creyendo notar en él algo extraño. En vez de referir alguna graciosa anécdota, como tenía costumbre de hacerlo, guardaba silencio á intervalos, é inclinando la cabeza, quedaba sumido en una profunda meditacion. Como se le preguntara si estaba indispuerto, contestó que no, pero que presentía algun suceso extraordinario dentro de muy poco tiempo. El Procurador general Mr. Bates, que se hallaba en la cámara, preguntó á Lincoln si sucedería algo bueno ó malo. «No lo sé, no lo sé, replicó con gravedad el Presidente; pero os aseguro que ocurrirá algo, y esto, muy pronto.» Al oír sus palabras, uno de los individuos del gabinete le preguntó á su vez si había recibido por casualidad alguna noticia de que el gabinete no tuviese conocimiento. «No, repuso Lincoln, no he recibido nada; si hablo así es porque he tenido dos veces un sueño que se repitió ano-

che por la tercera, aunque con alguna variacion, y que me entristece el alma. El primer sueño precedió á la batalla de Bull-Run; el segundo fué seguido de otro desastre para los federales; y el tercero....» «Acabe V.,» dijo el Procurador, viendo que Lincoln guardaba silencio. «He soñado, contestó el Presidente sin levantar la cabeza, que me hallaba en una barca en un rio muy ancho é impetuoso, y que de pronto aquella fué arrastrada con tal fuerza, que no la pude contener; poco despues mi embarcacion comenzó á hundirse, y entónces me desperté; pero dejemos esto, señores, y prosigamos nuestro trabajo.»

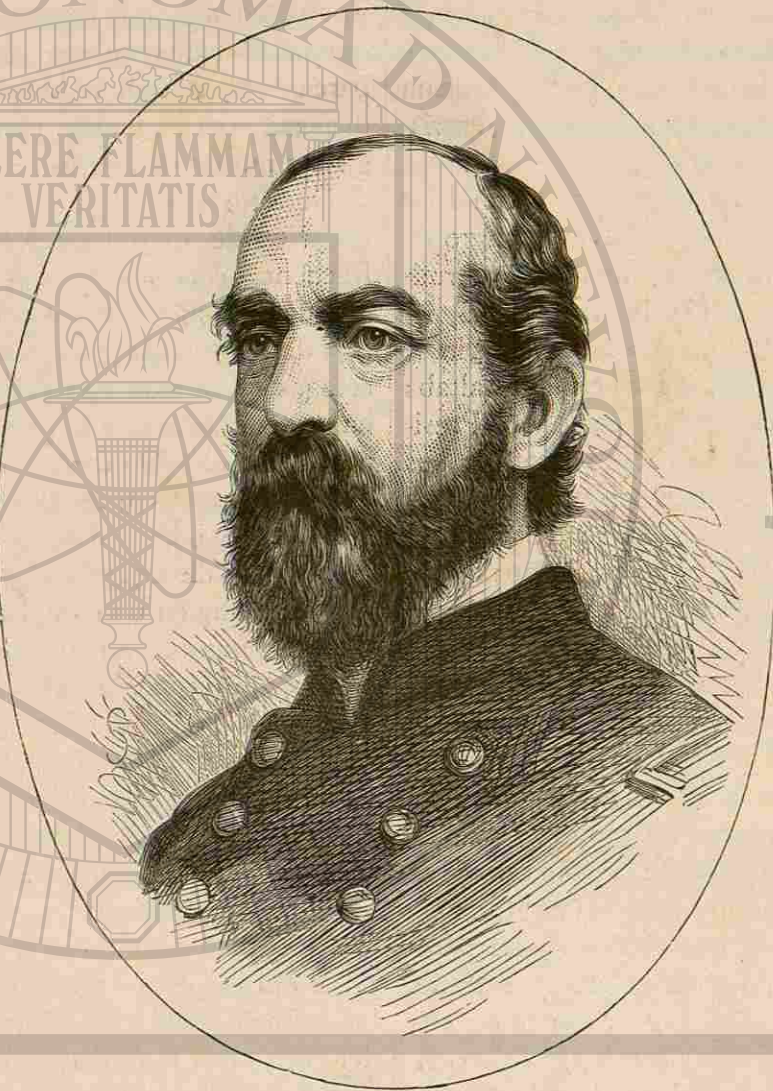
Durante la guerra, así Lincoln como los individuos de su gabinete habían recibido con frecuencia cartas anónimas del partido del Sur en que se les amenazaba con la muerte; y mientras duró la lucha, las vidas de Lincoln y sus colegas estuvieron siempre en peligro, pues se ha de tener presente que algunos confederados, no sólo se hicieron culpables durante la guerra de muchos actos que se podrían calificar de bárbaros é inhumanos, sino que, segun dijo un cronista de aquella época, llegóse hasta el punto de que en uno de los diarios del Sur se ofreciese una recompensa al que diese muerte á Abraham Lincoln, al Vice-presidente y al Secretario de Estado Mr. Seward. Lincoln conoció muy bien el peligro que le amagaba, y en una ocasion, al hablar de las cartas amenazadoras que se le enviaban, dijo que las recibía con toda regularidad, y que archivaria esta singular correspondencia.

Sin embargo, como la guerra había concluido, y era de pensar que se hubiesen templado las animosidades, atendidas las consideraciones del Norte con el Sur, creyóse que no debía temerse ya peligro alguno; pero en los corazones de algunos hombres desesperados predominaba todavía el espíritu de rebelion, y el hecho de haber triunfado al fin el Norte, excitaba su deseo de venganza.

Sea como fuere, el Presidente, deseoso de distraerse un poco de sus penosos trabajos, y para complacer á su señora, accediendo á las instancias de sus muchos amigos, resolvió en la noche del 14 de abril ir á pasar la noche al teatro Ford, juntamente con el general Grant, pues se había anunciado públicamente que ambos irían á presidir la funcion, mas no habiéndole sido posible á este último asistir á la hora convenida, por ser necesaria su presencia para el despacho de ciertos asuntos del servicio, el

Presidente se dirigió al teatro á eso de las ocho de la noche, acompañado de su señora y dos amigos, y fué á ocupar el palco que se le tenía preparado de antemano. A eso de las diez y media, en el momento en que iba á comenzarse el tercer acto, y cuando todo el mundo fijaba su atención en la escena, un jóven, de gallarda presencia, llamado Juan Wilkes Booth, natural

de Baltimore, conocido como actor, é hijo del eminente trágico inglés, Junio Bruto Booth, aprovechándose de esa libertad que tienen todos los cómicos en los teatros, penetró en el vestíbulo del palco sin ser visto, y cerró la puerta por dentro. Hecho esto, sacó de su bolsillo una pistola y una daga, y entrando entónces de pronto en el palco del Presidente, que



Meade, general del ejército de la Union

en aquel momento fijaba su vista en la escena, le disparó un tiro á boca de jarro. Mr. Lincoln, herido mortalmente, se inclinó sobre la barandilla, cerráronse sus ojos y no exhaló una sola queja, siendo de advertir que durante su agonía, que no terminó hasta las siete y veintidos minutos de la mañana del día siguiente, no recobró el conocimiento ni un solo instante. De creer es, que el desgraciado Lincoln no supo que la mano de un asesino había puesto fin á su existencia, y como no odiaba ni quería mal á nadie, nunca había hecho caso alguno de los

muchos anónimos que se le dirigian con frecuencia, amenazándole con la muerte.

Segun ya hemos dicho, la herida del Presidente era mortal, pues la bala del asesino había atravesado el cráneo por la oreja izquierda, penetrando hasta la cavidad del ojo derecho. Al oír la detonación, todas las miradas se dirigieron al palco: el mayor Rathbone, el único hombre que estaba con el Presidente, vió á través del humo de la pólvora á un desconocido que estaba á pocos pasos de Lincoln, y lanzándose sobre él, trató de sujetarle, pero Booth

arrojó entónces su pistola, hundió la daga en el brazo izquierdo de su adversario, acercóse á la barandilla del palco, gritando: *¡Sic semper tyrannis!* y saltó al escenario con la ligereza de un tigre. Al caer, no obstante, se le resbaló un pié, en cuyo momento trataron de detenerle varias personas, pero entónces, levantándose

con la rapidez del relámpago, armada siempre su diestra con la daga, obligó á retroceder á los que estaban más próximos y atravesó el escenario gritando con voz estentórea: *¡El Sur está vengado!* Antes de que nadie pensara en perseguir á Booth, salió éste del teatro por la puerta excusada, y montando en su caballo, que



Stuart, general del ejército de la Union

tenía de la brida un muchacho en la puerta, lanzóse á escape en direccion al puente de Anacosta, que conduce fuera de Washington, y fué á buscar refugio en la parte Sur de Maryland, entre cuyos habitantes, por lo general partidarios de la esclavitud, esperaba encontrar Booth quien le ocultase por el pronto.

Que el presidente Lincoln fué víctima de una conspiración de los rebeldes, es un hecho probado hasta la evidencia; no así que los jefes y hombres notables de la Confederación estuviesen complicados en el asesinato, pues se ha demostrado de una manera indudable que el mismo Booth fué el alma de aquel monstruoso

complot y el único que concibió el proyecto de llevar á cabo tan abominable crimen. Booth era simplemente uno de esos muchos jóvenes libertinos y mal educados, que infestan nuestras grandes ciudades, y que creyéndose con derecho á un título de nobleza se dejan dominar por ciertas tendencias aristocráticas é ideas exageradas hasta el punto de creer, que emancipar á los esclavos, reconociéndoles los mismos derechos que á los blancos, es una traición y un crimen que merecen el más severo castigo. Por lo demás, no resultó de la causa la menor prueba de que Booth ó algunos de sus compañeros tuviesen ningun motivo de resentimiento con-

tra Mr. Lincoln, ni que éste hubiese ofendido en lo más mínimo á sus implacables enemigos; por lo visto, el único crimen del Presidente consistía en ser el jefe del partido que combatía la esclavitud.

Casi en el mismo momento en que Booth entraba en el teatro, un desconocido, llamado, según se supo luego, Lewis Payne Powell, hijo de un sacerdote de la Florida, se presentaba en la casa del Secretario Mr. Seward, que se hallaba en cama herido de gravedad á consecuencia de una caída de su carruaje, cuyos caballos se habían desbocado pocos días antes. El portero trató de oponerse á que subiera el desconocido, quien dijo que iba á ver á Mr. Seward de parte del Dr. Verdi, pero Payne se lanzó escalera arriba, llegó á la puerta de la habitación, y al ver que un joven, que era el hijo del Secretario, trataba de impedirle la entrada, sacó una pistola, y con la culata dió dos ó tres golpes en la cabeza á su adversario, tendiéndole sin sentido á sus pies. Al oír aquel ruido salió inmediatamente de su cuarto la hija de Mr. Seward, pero el asesino, sin detenerse un momento, acercóse á la cama, y con un cuchillo hirió dos ó tres veces al Secretario, quien conociendo instintivamente que se trataba de asesinarle, se incorporó para oponer la mayor resistencia posible, si bien no podía ser mucha, porque Mr. Seward tenía un brazo roto y la mandíbula fracturada á consecuencia de la caída. Las heridas que el asesino infirió á su víctima en el rostro eran graves, pero no mortales, y antes de que tuviera tiempo de asestar un cuarto golpe, un inválido llamado Robinson, que hacía las veces de enfermero, detuvo el brazo del asesino, aunque no sin que este le hiriera también con su cuchillo. La hija de Mr. Seward se había asomado á la ventana, pidiendo auxilio con voz angustiada, y entonces Payne, conociendo que los momentos eran preciosos, hizo un poderoso esfuerzo para librarse de Robinson, que le tenía sujeto, y pudo ganar la escalera. En aquel momento subía precipitadamente el mayor Augusto Seward, otro hijo del Secretario, y como tratase de cerrar el paso á Payne, este le hirió con su daga; Mr. Hamell, que venía detrás y que también quiso detenerle, sufrió la misma suerte, y de este modo el asesino pudo llegar á la calle, montó en el caballo que había dejado á la puerta, y desapareció á los pocos instantes.

No quedó impune el crimen de Booth; desde Maryland, donde había tratado de ocultarse

primero, el asesino huyó á Virginia, y refugióse en un lugar llamado Bowling Green, en el condado de Carolina, pero allí le alcanzó el 26 de abril un piquete de caballería que iba en su persecución. Acompañábale un tal Harrold, complicado en la conspiración, y no pudiendo ni uno ni otro seguir adelante, escondiéronse en una granja. Los soldados la rodearon, é intimóse á los fugitivos que se rindieran; Harrold se entregó al punto, pero Booth, que se había dañado la pierna al saltar desde el palco del Presidente, trató de parlamentar con sus perseguidores, y dirigiéndose al oficial le dijo: «Capitan, déjeme usted una probabilidad de huir; me batiré con todos sus soldados uno por uno, y si los venzo, que se me permita ponerme en salvo. Yo he podido matarle á usted esta noche, pues más de seis veces se ha presentado la ocasión para ello; pero no he querido, porque me pareció que era usted un valiente.» El oficial le intimó por segunda vez la rendición, y como aún se resistiera, dió orden de prender fuego á la granja. Al resplandor de las llamas, vióse aún á Booth, que armado de una carabina, seguía amenazando á sus perseguidores, resuelto á defenderse hasta el último trance. Entonces un soldado le disparó un tiro, y Booth cayó herido mortalmente. Algunas horas después, poco antes de morir, dijo á los que le rodeaban: «Decid á mi madre que muero por mi país, y que he creído hacerle un bien.» Después, levantando las manos, exclamó con acento de angustia: «¡Inútil, inútil!» A medida que la pasión de su alma iba calmándose por la serenidad de la muerte, aquel hombre, extraviado por una falsa idea de patriotismo, por inaplicables ejemplos tomados de la historia romana, y por un exagerado sentimentalismo, comprendía la verdad desnuda, comprendía que acababa de cometer un asesinato y que él perdía su vida, sin que todo esto produjera ningún buen resultado, ni aún bajo su punto de vista.

No se puede negar que Booth era un hombre de conciencia, y que no faltándole generosidad, deseaba hacer lo que él creía justo. Una carta escrita por él poco tiempo antes á un cuñado suyo, demostraba que Booth creía realmente que la política del presidente Lincoln era fatal á la República, y que consideraba como un deber hacer justicia. «¡Pobre país! decía, con su estilo trágico. ¿Es posible que esté condenado á tan triste suerte? Cuatro años hace hubiera dado mil vidas por verle como siempre le conocí, poderoso y unido, y aún ahora

renunciaria á cuanto poseyera para verle feliz. ¡Oh amigos míos! si las sangrientas escenas de estos últimos cuatro años no hubiesen ocurrido, ó sólo hubieran sido un espantoso sueño del cual pudiéramos despertar, ¡con qué alegría ensalzaríamos al Todopoderoso! Nadie sabe hasta qué punto he amado la antigua bandera; hasta hace pocos años, ninguna nación del mundo podía enorgullecerse de tenerla más pura; pero últimamente sólo ha servido de emblema y escudo para que á su sombra se cometiese la más espantosa matanza. ¡Cuántas veces he deseado verla salir de esa niebla de sangre y de muerte que rodeaba sus pliegues, destruyendo su belleza y empañando su gloria! Pero no, un día y otro la han arrastrado por el fango en medio de la crueldad y de la opresión, hasta que ahora sus brillantes rayas rojas parecen líneas de sangre en la superficie del cielo; y no puedo ménos de recordar cuánto admiraba yo antes sus glorias. Yo amo al Sur, y sólo al Sur, y por eso no juzgo una deshonra apoderarme del hombre que ocasiona todos sus males para retenerle prisionero.» De esta carta se deduciría que la primera intención de Booth no era asesinar al Presidente, sino apoderarse de él para tenerle cautivo.

Las honras fúnebres del desgraciado Lincoln, tan querido de todos los ciudadanos, y á quien un asesinato había privado de la existencia, precisamente cuando el triunfo venía á coronar sus esfuerzos; y la causa formada á Payne y á varios de sus cómplices por el consejo de guerra, que condenó á la horca á cuatro de ellos, son otros tantos asuntos que pasaremos por alto, por ser demasiado conocidos. Lo que no dejaremos de consignar es que el asesinato de Mr. Lincoln levantó un grito de indignación en todo el país, porque todos sabían muy bien que su querido Presidente era un hombre severo, sí, pero de reconocida rectitud y de nobles sentimientos. Desde un principio se mantuvo inflexible con los partidarios de la rebelión, pero estaba resuelto á mostrarse magnánimo con ellos tan pronto como se hubiese restablecido la autoridad nacional, y así lo dió á entender en el manifiesto que leyó dos días antes de su muerte. Como era natural, el crimen de Booth excitó un ardiente deseo de venganza fácil de comprender, y muy pronto quedó satisfecha la vindicta pública. El espantoso crimen produjo honda sensación en Inglaterra, donde los críticos de Lincoln comprendieron al fin que no habían sido justos en sus apreciaciones respecto al ma-

logrado Presidente, que no habían reconocido sus nobles cualidades y sus virtudes; y que sus errores, muchos de los cuales fueron inevitables en las difíciles circunstancias porque atravesaba, se habían censurado con demasiada severidad. Su sagacidad y energía, su celo en el cumplimiento de los deberes que le estaban encomendados, y su magnanimidad en medio de las violentas pasiones que exasperaban los ánimos, eran propios de un grande hombre, y debían apreciarse en su verdadero valor. Hasta la misma Reina escribió de su puño y letra una carta á la viuda de Lincoln, dándole el pésame por la pérdida que acababa de sufrir. Un testigo ocular, refiriéndose al efecto que produjo en Washington la trágica muerte de Lincoln, se expresaba así:

«Todo era consternación y lamentos; sobre toda la ciudad parecía haberse extendido un velo fúnebre; y nunca se había manifestado tan públicamente el sentimiento del dolor; algunos hombres lloraban, corriendo de un punto á otro, cual si hubiesen perdido algún pariente; y las mujeres, con sus niños en brazos, sollozaban á las puertas de sus casas. Por una común simpatía todas las familias pusieron en sus balcones colgaduras negras; lo mismo se hizo en los edificios públicos; y así es que muy pronto toda la ciudad se cubrió de luto.»

En los primeros momentos ocurrió un incidente conmovedor: Mr. Seward, que estaba en cama herido á consecuencia de su caída del carruaje, no tenía aún noticia de la desgracia que acababa de sembrar el luto en todas partes, pues los médicos creyeron que estaba demasiado débil para resistir la impresión que le hubiera producido. Al día siguiente, que era fiesta, Mr. Seward quiso que colocasen su cama de modo que pudiera ver las cimas de los árboles de un parque que había enfrente, y que comenzaban á revestir su follaje de primavera. De pronto su vista se fijó en la bandera nacional, que estaba á media asta en un edificio público, y después de contemplarla algunos momentos, volvióse hácia su criado y le dijo: «¡El Presidente ha muerto!» El fiel servidor quiso negar, pero el Secretario de Estado, que no podía engañarse, añadió: «Si el Presidente estuviese vivo, habría sido el primero en venir á verme; pero no ha estado aquí, ni tampoco ha enviado á preguntar cómo sigo. Además, la bandera está á media asta, y conozco que no me engaño.» Pronunciadas estas palabras, algunas lágrimas surcaron las mejillas de Mr. Seward y guardó profundo silencio.

En cuanto á los negros, que consideraban á Lincoln como á su padre, fácil es comprender cuál sería su desesperacion.

Algunos habian manifestado el deseo de que los restos mortales de Lincoln fueran enterrados en Washington; pero como el pueblo de Illinois reclamó con mucha insistencia el derecho de darles sepultura, se atendió á su peti-

cion. En su consecuencia, despues de efectuarse las debidas ceremonias, en un día consagrado particularmente en todo el país al servicio religioso en honor del ilustre finado, el cadáver fué conducido á un tren especial, y trasladado lentamente, con fúnebre pompa, al Estado de Illinois.

Y allí, en uno de los cementerios de Spring-



Mac Pherson, general del ejército de la Union

field, cerca del lugar donde Abraham Lincoln pasó los días más felices de su vida, donde alcanzó sus primeros triunfos, y donde habitaban los que mejor le conocieron y amaron, hállase un sepulcro solitario al cual los sauces prestan dulce sombra, y en el cual reposa en el eterno sueño de la muerte el hombre virtuoso y esclarecido ciudadano, cuyo recuerdo venerarán las futuras generaciones.

*
*
*

Segun lo prevenido en la Constitucion del país, el vice-presidente, Andrés Johnson, ocupó

la Presidencia inmediatamente despues de la muerte de Abraham Lincoln. Johnson era natural de Raligh (Carolina del Norte), donde había nacido en 29 de diciembre de 1808; pero siendo aún joven había ido á establecerse en el Tennessee, y este era el Estado que representaba en el Congreso. De humilde origen, dedicóse primeramente al oficio de sastre; había recibido una educacion muy ligera y defectuosa; y aunque dotado de natural despejo y clara inteligencia, no tenia sin embargo nada de notable; mas por su industria y perseverancia, y su aficion á enterarse de los asuntos públicos,

abrióse camino en su carrera y llegó á ocupar una buena posicion pública; á costa de sus esfuerzos consiguió tomar asiento en la legislatura del Tennessee, y más tarde en el Congreso de los Estados Unidos. Habiéndosele elegido dos veces gobernador del Tennessee, desempeñó este cargo muy á satisfaccion de sus compatrio-

tas, y llegando así á tener cierta nombradía, en 1857 pudo ver la realizacion de sus deseos al ser nombrado senador en Washington. De este modo, sus conocimientos en la vida política no eran escasos, ni carecian de variedad. Así como otros muchos hombres de su condicion y carácter, parecia enorgullecerse de su origen



Porter, general del ejército de la Union

plebeyo, y léjos de ocultarle, hablaba muy á menudo sobre este particular, diciendo que debía mucho al pueblo.

Como quiera que sea, una vez en el Senado, Johnson dió pruebas de ser por varios conceptos un hombre de buen sentido y moderacion, y en cuantos discursos pronunció parecia condolerse de la condicion de la clase pobre, declarándose siempre en favor de los esclavos, y condenando los abusos de los ricos propietarios de esclavos en los Estados del Sur. No obstante, Johnson debió olvidar sus teorías y sus

discursos más tarde, pues cuando al fin llegó á ser rico, quiso á su vez tener tambien esclavos. Sus opiniones políticas no agradaban ni al Sur ni al Norte; aunque perteneciente al partido democrático, no era de los más avanzados; y por más que siempre hablase en favor del mantenimiento de la Union á toda costa, distaba mucho de ser abolicionista. Durante los primeros días de la rebelion, Lincoln había nombrado á Johnson gobernador militar del Tennessee, y en este nuevo cargo, aunque no fuese de su competencia, habíase distinguido por su vigor y re-

solucion. Cuando el célebre novelista Dickens estuvo en América, en 1868, hizo el retrato de Johnson en muy pocas palabras. «Su fisonomía es notable, decía el fecundo escritor; indica un carácter valeroso, activo y enérgico, á la vez que reservado; pero en sus ademanes obsérvase cierto encogimiento, y su mirada expresa una ansiosa inquietud.»

Johnson juró su cargo de Presidente el 15 de abril con las ceremonias de costumbre, muy tristes aquella vez, por el profundo dolor que embargaba todos los ánimos; y contestando á un informe que le presentó una diputación de Pensilvania, pronunció un discurso, según el cual parecía declararse en favor de los políticos más avanzados del Norte, combatiendo á los que se mostraban dispuestos á una política conciliatoria con el Sur: la conducta de Johnson más tarde fué del todo contraria á las doctrinas que entonces exponía. Su discurso inaugural no era de aquellos que llaman la atención, pues no tenía, en efecto, nada de notable, y de consiguiente sólo reproduciremos alguno de sus párrafos, tanto más cuanto que todos versaban sobre el asunto que entonces preocupaba los ánimos, es decir sobre el asesinato de Lincoln. «Ha llegado el tiempo, decía, en que el pueblo americano debe comprender que la traición es un crimen; hasta ahora no se había comprendido bien este último, ni tampoco apreciado como se debe. A la gran mayoría de los que van extraviados se les debe hablar de merced, clemencia, reconciliación y restablecimiento del gobierno local; pero á los que ejercen una influencia traidora, que han intentado aniquilar la vida de una gran nación, yo les diría: «Sufrid el más severo castigo por vuestro crimen.» La merced sin la justicia se debe condenar. Desde los tiempos de Burr y de Jefferson, el pueblo americano, que felizmente no ha tenido ejemplos á la vista, podía haber olvidado que la traición es el más negro de los crímenes; y adviértase que cuando los traidores llegan á ser numerosos constituyen el más inminente peligro para el país.»

Uno de los primeros actos de Johnson fué expedir una proclama, consignando que de las pruebas recogidas en los centros oficiales resultaba que el asesinato de Abraham Lincoln, y el atentado contra el Secretario Mr. Seward, habían sido concertados anteriormente entre Jefferson Davis, Jacobo Thompson, Clemente C. Clay, Beverley Tucker, Jorge N. Saunders, W. C. Clery y otros rebeldes y traidores contra el gobierno de los Estados Unidos. El nuevo

Presidente ofrecía recompensas de diversas cantidades á los que prendiesen á dichas personas, como complicadas en dicho crimen; pero justo es consignar aquí que la complicidad de los citados individuos en el horrible crimen del 14 de abril no se ha probado nunca.

La rendición de Lee fué el último gran acontecimiento de la Presidencia de Lincoln; la rendición del jefe confederado opuesto á Sherman fué el primero bajo la Presidencia de Johnson. El jefe republicano había conducido á sus fuerzas á Goldsborough, en la Carolina del Norte; mientras que Johnston, después de tratar inútilmente de cerrarle el paso, habíase retirado á Smithfield; no es necesario seguir aquí los movimientos de ambos generales, y por lo tanto nos limitaremos á decir que, habiendo convenido los dos en celebrar una entrevista, trataron en ella de las condiciones de la rendición que se efectuó poco más ó menos en los mismos términos que la de Lee al general Grant, con lo cual quedó completamente terminada la guerra. El 14 de abril, el mismo día en que Lincoln fué asesinado, la bandera que en 1861 se arrió en el fuerte Sumter volvió á ondear sobre los derruidos muros de la poderosa fortificación que protegía el muelle de Charleston.

El presidente Johnson dispuso que el 1.º de julio de 1865 se celebrasen divinos oficios para solemnizar el término de la guerra. Después se procedió á reorganizar los gobiernos de los Estados del Sur, que en los meses de setiembre, octubre y noviembre expidieron varios acuerdos anulando la separación y aboliendo la esclavitud; en 1.º de diciembre restablecióse el Habeas Corpus en todo el Norte; y cuando se reunió el Congreso trigésimo noveno, tres días después, el país había recobrado su estado normal. El mensaje del Presidente, más largo que de costumbre, trataba con mucha detención, del presente y del futuro, insistiendo sobre todo en favor del mantenimiento de la Unión, y en el reconocimiento de los derechos de cada Estado, en cuanto estuviesen conformes con los principios constitucionales. «La destrucción de uno de los Estados, decía, será la de otro, y de la conservación del uno dependerá la de los demás.»

Al encargarse del poder, el nuevo Presidente reconoció que los Estados estaban sufriendo las consecuencias de los efectos de la guerra civil, y tuvo que tomar en consideración si el Sur rebelde debería tratarse como territorio conquistado, bajo la autoridad militar emanada

del gobierno ejecutivo. Johnson pensó que iba á resultar un grave perjuicio para la libertad del ciudadano, y que en vez de restablecerse el afecto, se encontraría el odio. La verdadera teoría, á su modo de ver, era que todos los pretendidos actos de separación debían considerarse desde el principio como nulos y sin efecto; el Sur no podía cometer una traición, ni tampoco ocultar ciudadanos que hubiesen cometido un crimen, así como no les era permitido negociar tratados válidos con una potencia extranjera. «Los Estados que trataran de separarse, dijo Johnson, se colocarían en una situación en que su vitalidad se alteraría sin extinguirse, suspendiéndose sus funciones sin aniquilarse.»

La política de Johnson se redujo, por lo tanto, á restablecer la vida individual donde esto fuese practicable; á poner de nuevo en vigor las leyes de los Estados Unidos en los territorios últimamente separados; y á invitar á los hombres del Sur á tomar parte en la alta misión de proponer enmiendas constitucionales, pues en su concepto, todos los que tomaron parte en la lucha debían trabajar en buena armonía. Respecto á los esclavos, el Presidente consideraba que los negros libres obtendrían más pronto una participación en los privilegios electorales por medio de la acción de los Estados que no por la intervención general del gobierno, aun suponiendo que este último tuviese derecho de intervenir. Tal era la política anunciada por el Presidente en lo que se refiere á las enmiendas constitucionales; era una política llena de elementos de discusión, y bastó para que Johnson estuviese en continua guerra con el Congreso hasta cumplirse el término de su gobierno.

Durante algunos años después de concluida la guerra, la historia de los Estados Unidos debía de ser una historia de penosas luchas, más ó menos felices, para reconstruir el sistema político de la República con aquellas nuevas condiciones que la rebelión del Sur había impuesto y hecho necesarias. La resistencia á la autoridad de la federación no existía ya, ni la esclavitud tampoco; pero aun debía determinarse la posición de los Estados insurrectos, consignándose cuáles serían los derechos de los negros; á las dificultades resultantes de la guerra seguíanse otras de no menor importancia. El espíritu de partido halló ancho campo para sus propios medios de ataque en las numerosas cuestiones que entonces se presentaban, y en ningún país se ha extremado tanto como en América ese espíritu de partido. Los republi-

canos contaban con una mayoría en el Congreso; mas á los demócratas no les faltaban suficientes fuerzas, así allí como en los Estados, para oponer dificultades.

Andrés Johnson, á quien una inesperada catástrofe había elevado al poder, estaba en pugna con el Cuerpo legislativo; y las vacilaciones inherentes á semejante estado de cosas aumentaban por la falta de armonía entre las diversas secciones del Gobierno. Hasta cierto punto, el Sur había hecho lo que se le exigió; la proposición para enmendar la constitución federal, á fin de impedir la existencia de la esclavitud dentro de los Estados Unidos, ó en punto alguno dependiente de su jurisdicción, habíase ratificado por el número de Estados requerido; y en 18 de noviembre de 1865, declaróse oficialmente válida como una parte de la Constitución general. Los Estados antes rebeldes enmendaron sus propias constituciones al mismo efecto, rechazaron la separación, y adoptáronse otras disposiciones conformes con el nuevo estado de cosas.

Ahora bien, ¿se admitiría de nuevo á los Estados del Sur en condiciones de igualdad con el Norte, ó se les excluiría por algún tiempo, debiendo ser regidos entre tanto por el Poder ejecutivo federal? Esta era la cuestión que debía discutirse entre el Presidente y la mayoría del Congreso; era una cuestión en que la generosidad y la razón estaban de un lado, y el espíritu vengativo y la opresión del otro; y aun suponiendo que Johnson deseara de buena fe restablecer al Sur en su primera posición constitucional, hubiera debido ponerse en duda la sabiduría de sus colegas. Admitiendo que algunos republicanos hubieran influido por un mezquino deseo de venganza, parece difícil negar que la política de este partido se apoyaba en varias razones poderosas. Ciertamente Virginia, las Carolinas y los demás Estados rebeldes tenían derecho, cuando regía normalmente la Constitución, á ser representados en el Congreso federal; pero argüíase con mucha insistencia que habían perdido tal derecho por su rebeldía y que no debía consentirse que rechazasen la Unión cuando les conviniese, reclamando después los derechos que antes tenían; además, temíase que el restablecimiento del *statu quo ante* inmediatamente, fuera un peligro para el nuevo orden de cosas. Los Estados del Sur, por otra parte, hallábanse tan desorganizados, que por lo pronto era difícil que fueran agentes propios para el inmediato

ejercicio de supremas funciones políticas. El pueblo del Sur estaba demasiado resentido aún para que se le pudiera admitir, sin ponerle á prueba, á participar en el sistema político que cuatro años ántes habia tratado de destruir por la traicion y la violencia. Hasta podia ser difícil mantener la abolicion de la esclavitud, y si

se volvía á someter á los negros, otra vez quedaria la puerta abierta para que renaciesen los odios y estallase de nuevo la guerra civil. Admitir á un individuo rebelde al día siguiente de cometer su falta, concediéndole iguales derechos que á los hombres leales, era una proposicion nueva en la ciencia de gobernar, y que



Farragut, almirante de los Estados Unidos

sólo podia recomendarse por un sentimiento de generosidad.

El dogma sentado por el presidente Johnson en su mensaje del 4 de diciembre de 1865, segun el que «todos los pretendidos actos de separacion eran desde un principio nulos y sin efecto, y que en su consecuencia los Estados no podian cometer traicion,» parecia ser una simple sutileza metafísica terminada por un sofisma; con esto se trataba de crear una inexplicable distincion entre el Estado y el pueblo del Estado. Bajo el punto de vista federal, los

actos de separacion eran por supuesto nulos y sin valor en cuanto al efecto legal, mas no dejaban de ser hechos, y constituian el crimen de traicion. Segun el parecer de la mayoría republicana del Congreso, que habia tomado el nombre de partido radical, el delito del Sur debía privarle por algun tiempo del derecho de tomar parte en la direccion de los asuntos públicos; y hé aquí por qué, despues de calurosos debates, al comenzar el trigésimo nono Congreso, en 29 de diciembre de 1865, fueron excluidos por la mayoría 85 representantes del

Sur. El Presidente habia restablecido ya el gobierno local en todos los Estados rebeldes, excepto en Texas y la Florida; pero los republicanos estaban resueltos á que la Union reorganizada no se volviera á ver en peligro por la presencia de los desleales.

Otra de las causas de disension entre el Pre-

sidente y la legislatura relacionábase con la posicion de los negros. Habíase presentado una enmienda á la Constitucion en virtud de la cual la representacion y las contribuciones directas se debían distribuir segun el respectivo número de habitantes de cada Estado, excepto los indios; y pedíase además que cuando se negara



El capitán Ericsson, constructor del buque de guerra de la Union: *Monitor*

ó limitase la franquicia electiva por cuestion de raza, todas las personas pertenecientes á esta última quedaran excluidas de la base de representacion. Segun la Constitucion primitiva de los Estados Unidos, los Estados individuales debían tener una representacion proporcionada al número de sus habitantes, y al determinar su cifra, los negros se contaban en la proporcion de cinco á tres, es decir que cinco negros se contaban por tres blancos; de modo que los primeros, no teniendo voto propio, reforzaban no obstante á sus amos en la legislatura federal; y por un refinamiento de injusticia

y opresion que probablemente no ha tenido nunca paralelo, comunicaban mayor fuerza á sus tiranos para combatir las comunidades libres del Norte.

La limitacion de sus poderes desagradó mucho al Sur, pero la enmienda presentada por los republicanos para coartar su influencia se aprobó por ambas Cámaras. El Presidente se opuso con empeño á semejante política, y por esta causa siguiéronse acaloradas discusiones, en las que todos los partidos olvidaron la dignidad y las consideraciones que unos á otros se debían. Algunos republicanos llegaron hasta el

punto de indicar que en otros tiempos el Presidente hubiera perdido la cabeza por haber tratado de entorpecer el curso de la legislación; y el Presidente pronunció un discurso en que acusaba abiertamente á sus enemigos políticos de haber tratado de armar manos criminales para que le asesinaran. «No tienen valor ni energía, dijo, para obtener sus fines sino por medio del puñal; conozco que desean herir, pero temen descargar el golpe.»

El presidente Johnson consintió al fin en remitir copias de la enmienda á los gobernadores de los Estados, para que la alteración propuesta se sometiese á todas las legislaturas; pero esto no calmó la agitación, y á los pocos días estalló en Nueva Orleans un motín, á consecuencia de los esfuerzos que hacían los radicales para restablecer la Convención del Estado.

Antes de encargarse Johnson de la Presidencia, el Congreso había aprobado un acuerdo en virtud del que se debía someter á la ley marcial á todos aquellos que sin causa alguna maltratasen á un negro ó á un hombre libre; y cuando se trató de poner en vigor esta disposición, el Presidente opuso su *veto*, fundándose en que esto atacaba en un grado peligroso la libertad civil. Tratóse entonces de prescindir de la resistencia del Presidente, mas no se reunieron los votos exigidos por la Constitución en semejante caso. Otro *bill*, llamado de los «Derechos civiles,» que tenía por objeto poner á los negros bajo el mismo pie que los blancos en cuanto á los privilegios de ciudadanía, se devolvió también por el Presidente con su *veto*, acompañado de un mensaje en que explicaba las razones que tenía para proceder así. En este caso, Johnson no dejaba de tener motivo para oponerse, porque una población de cuatro millones de negros, ignorantes, y apenas salidos de la esclavitud, parecían un elemento muy poco apropiado para el cuerpo electoral. De las discusiones que con este motivo se siguieron resultó que el Norte se vió obligado á insistir en el hecho de que si los negros se habían de considerar bajo un punto de vista legislativo, deberían votar por sí mismos como parte de todo el elemento constituyente. El Congreso se adhirió á esta medida, que fué aprobada á pesar del Presidente. Seis días antes, Johnson anunció que la rebelión había concluido por completo, y poco después el Tennessee volvió á ser admitido en la Unión, aunque no sin condiciones: debía excluirse del sufragio á todos

los rebeldes, y estos no tendrían opción á ningún cargo público.

Poco después de cerrarse el Congreso, en 25 de julio de 1866, reuniéronse las convenciones de los Estados, representando dos de ellas á los radicales y á los conservadores. A principios del otoño el presidente Johnson emprendió una excursión por varios Estados, y en todos ellos pronunció discursos que no podían ménos de llamar la atención, pues caracterizábanse por su extremada acritud y violencia contra los jefes radicales, que en varias reuniones públicas le contestaron con igual encono y sin la menor consideración á su categoría de Presidente, pues su exasperación iba cada día en aumento contra el jefe del Poder ejecutivo; de tal modo que todos preveían un próximo rompimiento. Johnson insistía continuamente en que el Congreso federal se ocupaba de muchos asuntos que realmente sólo pertenecían á los Estados; pero contestábasele que la rebelión había introducido el gobierno de la fuerza y que los derechos del Sur estaban suspendidos.

En las elecciones de diputados efectuadas en octubre, los radicales obtuvieron una gran mayoría, lo cual hizo más crítica la situación del Presidente, que comenzaba á pisar un terreno muy resbaladizo, en el que no podía luchar sin desventaja contra sus adversarios políticos; pero Johnson se mantuvo firme por el pronto; y en su Mensaje anual del 3 de diciembre de 1866, persistió aún en abogar por lo que llamaba los derechos de los Estados.

No pasó mucho tiempo sin que las disensiones entre el Presidente y la Cámara de representantes adquirieran tal tirantez, que no se pudo evitar un choque. A principios de enero de 1867, Mr. Ashley, diputado por Ohio, acusó á Johnson de manejos criminales, de usurpación del poder y de violación de las leyes; y presentó una proposición pidiendo que se nombrara un Comité judicial y se le autorizase para practicar una investigación sobre la conducta del Presidente. La proposición se aprobó por 107 votos contra 39; pero en el mes de junio, el Comité judicial acordó, por cinco votos contra cuatro, recomendar que no se adoptara una medida tan grave. Sin embargo, aprobóse un voto de censura contra el jefe del Poder ejecutivo; y con este insignificante resultado terminó el incidente por el pronto, pero sólo por el pronto, desistiéndose de procesar al primer magistrado de la República, seguramente por temor al escándalo que esto debía producir, así

á los ojos del país como de las demás naciones.

Este incidente no impidió que la lucha política continuase con más acrimonia que nunca. El Presidente puso su *veto* en varios *bills* que, discutidos de nuevo por las Cámaras, aprobáronse, previa la sanción de las mayorías necesarias: por uno de ellos adoptábase cierta medida para que se pudiera destituir á cualquier individuo del gabinete, cuando se juzgase oportuno, mediante la aprobación del Senado, lo cual había sido hasta entonces una prerrogativa única del Presidente. A fines de febrero se aprobó también el *bill* de reorganización para el Sur, en virtud del cual cinco de los Estados separatistas no recobrarían sus derechos como parte de la Unión hasta que hubiesen adoptado la enmienda relativa á los negros. Concedióse á estos últimos igual franquicia que á los blancos, pero nó á los jefes de la última rebelión; y suspendíase el derecho de *Habeas corpus*, á ménos de estar autorizado por el comandante militar de distrito. En este último *bill*, el Presidente puso también su *veto*, así como en uno referente á una reorganización suplementaria, el cual se aprobó poco después.

Viéndose impotente para combatir la aprobación de estas medidas, Johnson nombró cinco generales para el gobierno militar de los distritos del Sur, y durante el otoño de 1867 consiguió así que el registro de los votantes en los Estados que fueron de la Confederación se llevara con la mayor exactitud, apareciendo de él que los negros figuraban en una gran mayoría, á causa de no tener voto los blancos que estuvieron complicados en la rebelión. Sólo en Luisiana la mayoría de los negros fué de 38,000 votos, mientras que en el Tennessee nueve décimas partes de los electores republicanos pertenecían á la raza poco antes proscrita. De este modo los radicales adquirieron mayor fuerza en el Congreso, debilitando, como era consiguiente, más aún la autoridad del Presidente. Sin embargo, Johnson se mantuvo en su oposición al partido dominante con un espíritu de tenacidad de que no parecía dispuesto á ceder, y en algún caso consiguió llevar á cabo sus propósitos. En agosto de 1867 separó al general Sheridan del mando del quinto distrito militar, fundándose en que había hecho un uso indebido de su autoridad; pero muy poco después, cual si se arrepintiese de la medida adoptada, nombróle para el mando del Missouri. El general Grant se opuso á la acción del Presidente, alegando que como general en jefe del

ejército, sólo él tenía derecho para obrar en este sentido; pero como no presentase las pruebas necesarias en apoyo de lo que sostenía, Johnson pudo quedar triunfante esta vez. En el mismo mes, el Presidente chocó también con Mr. Stanton, el Secretario de la Guerra, que había apoyado á Sheridan: entre ambos habían existido diferencias de opinión hacia tiempo, y al fin Johnson intimó á Mr. Stanton á presentar su dimisión, pero como el Secretario de la Guerra se negase á ello, fué suspendido en sus funciones, y ordenáronle que entregara el despacho de la Secretaría interinamente al general Grant. Mr. Stanton cedió, no sin protestar, alegando que se sometía á una fuerza superior, y sosteniendo que con arreglo á la ley el Presidente no tenía derecho para suspenderle en sus funciones sin consentimiento del Senado.

Llegado el otoño, las elecciones resultaron muy favorables para los demócratas en los Estados del Norte. En un discurso pronunciado por Johnson en Washington el día 13 de noviembre, el Presidente manifestaba su viva satisfacción por aquel cambio en el estado político del país; pero los republicanos eran aún muy poderosos en el Congreso, mientras que en el Sur los negros comenzaban á tener una influencia que halagando á unos inspiraba temores á otros.

La proposición para procesar al Presidente se presentó de nuevo á fines del año, y el comité encargado de emitir dictámen la apoyó por cinco votos contra cuatro; pero la Cámara de representantes acordó, por ciento ocho votos contra sesenta y siete, que no se siguiera adelante con este asunto.

Durante la administración del presidente Johnson, es decir en 1867, ocurrieron dos hechos notables, que bastaron para aplacar algún tiempo la animosidad y el encono con que se hacían la guerra el Poder ejecutivo y los representantes del país. El gobierno de los Estados Unidos pudo ensanchar considerablemente su territorio por la compra de la América rusa en el extremo noroeste del continente, cuya adquisición se hizo por 7.200,000 duros. El otro acontecimiento notable fué la destrucción del imperio mexicano, que suponía un triunfo importante para la República americana, porque desde un principio esta última había visto con malos ojos el establecimiento de un imperio por las armas de Francia, considerando que aquello era una invasión de los principios establecidos por Mr. Monroe en la célebre doctrina que lleva su nombre.

Durante la crisis de la guerra civil no se pensó en lo que sucedía fuera de los límites de la Union; pero poco despues de restablecerse la paz, las manifestaciones del Congreso y del gobierno, dando á conocer claramente su manera de ver sobre el asunto, debieron dar á entender al emperador Napoleon que no se le permitiera aniquilar la República mexicana para colocar allí en un trono un archiduque austriaco. En 1865 habíase hecho una protesta contra la ocupa-

cion francesa; y en 1866 el presidente Johnson expidió una proclama declarando al gobierno del emperador Maximiliano y á los partidarios de Juarez potencias beligerantes, y negándose á reconocer el bloqueo. Esta medida fué precursora del sangriento drama que más tarde tuvo lugar: el emperador de los franceses, cediendo á la presion que sobre él se ejercia, convínose á retirar todas sus tropas, y privada entónces del apoyo que tenia, la causa de Maxi-



Casa donde se rindió el general Lee

miliano languideció, Juarez alcanzó importantes victorias, y el emperador, obligado á rendirse en Querétaro, entregó las armas en 15 de mayo de 1867. Juntamente con los generales Miramon y Mejía, fué juzgado por un consejo de guerra, que condenó á muerte á los tres. El 19 de junio, aquellos infelices fueron pasados por las armas, y así terminó trágicamente el breve imperio de Maximiliano. No era difícil reconocer bajo el punto de vista americano, fuera cual fuese la opinion de las demás naciones, lo que se ganó poniendo en práctica en aquel caso la doctrina de Monroe; y el hecho de que el emperador Napoleon retirase sus tropas á la primera intimacion del presidente Johnson, y de que el imperio mexicano se derrumbase, fué seguramente un gran triunfo para la política americana.

En 1868, la lucha política entre el Presidente y las Cámaras llegó á ser más violenta que nunca, manifestándose el encono y la irritacion por una y otra parte en el más alto grado. El 24 de febrero de dicho año la Cámara de representantes aprobó por ciento veintiseis votos contra cuarenta y uno, una proposicion para procesar al Presidente por sus criminales manejos, y se nombró un comité que entendiera en los procedimientos. Una de las acusaciones referíase al caso de Mr. Stanton, quien despues de haber sido repuesto en sus funciones por el Senado á mediados de enero, fué destituido otra vez por el Presidente en 21 de febrero: los hechos ocurridos despues de esta separacion habian hecho verdaderamente necesario adoptar algunas medidas para corregir una condicion

política que podía dar lugar á semejantes escándalos.

El general Thomas fué nombrado por el Presidente *Secretario interino*, pero Mr. Stanton, disputando la legalidad del procedimiento, negóse á resignar sus funciones y permaneció dia y noche en sus oficinas, rodeado de un gran número de amigos y con una guardia militar. El general Thomas reclamó repetidamente la toma de posesion; mas Mr. Stanton rehusó con

la mayor tenacidad, y temióse que el Presidente enviara al fin tropas para proceder por la fuerza, pero Johnson no lo hizo. La cuestion se reducía á determinar si el Presidente habia violado ó no los reglamentos; Johnson alegaba que estos últimos comprendian sólo los funcionarios nombrados durante su propia administracion, y que como Mr. Stanton habia sido nombrado por el presidente Lincoln, no eran válidas las razones que aquel alegaba. La Cámara de re-



Sepulcro de Lincoln

presentantes disputó la interpretacion de la ley; y Mr. Stanton llegó hasta el punto de pretender que se arrestase al general Thomas, por haber aceptado un cargo faltando á lo que prevenian las disposiciones vigentes.

El asunto quedó así por el pronto; mas como persistian las causas de disension, la Cámara de representantes juzgó que era llegada la hora de poner término de una vez á tantos disgustos, contrariedades y obstáculos que no podían menos de entorpecer la marcha regular del gobierno. Los artículos de la acusacion se aprobaron por ambas Cámaras, y nombróse el comité que debía entablar el proceso, designándose para componerle á Tadeo Stevens, Butler, Bingham, Boutwell, Wilson, Williams y Logan. El general Butler propuso se adicionase un artículo por

el cual se acusaba al Presidente de haber tratado de introducir las disensiones en el Congreso, y de hacerle blanco del ridículo y del desprecio, pronunciando discursos con un lenguaje indigno y escandaloso, impropio de personas que tuvieran un sentimiento de dignidad, acompañado de amenazas contra el Congreso y las leyes de los Estados Unidos.

A decir verdad, nada podía ser más reprehensible que el lenguaje empleado por el Presidente en diversas sesiones públicas, en las que, olvidando del todo la dignidad y la reserva que le imponia su elevado cargo, expresábase de una manera más propia de un orador que arenga al populacho que no de una persona decorosa. El artículo adicional de Butler se aprobó por una gran mayoría, y tambien otro por el

cual se acusaba al Presidente de haber declarado y afirmado en sustancia que el Congreso trigésimo nono de los Estados Unidos no estaba autorizado para ejercer las funciones legislativas, y que por el contrario representaba sólo una parte de los Estados.

El día 30 de marzo se entabló al fin el proceso bajo la presidencia del Jefe de Justicia Chase, que había sido Secretario del Tesoro en el gabinete del presidente Lincoln hasta julio de 1864. Las diligencias duraron hasta el 16 de mayo, en cuyo día se puso á votación el undécimo artículo de la acusación: treinta y cinco senadores declararon que había culpabilidad, y diez y nueve optaron por la absolución; pero como era necesario que dos terceras partes votasen la culpabilidad para que se pudiera sostener el veredicto, el resultado fué favorable al Presidente. En cuanto á los demás cargos que se le hicieron, Johnson fué absuelto de todos; y en su consecuencia Mr. Stanton presentó su dimisión el 27 de mayo, reemplazándole el general Schofield.

El Presidente salía así de sus apuros, pero no podía decirse lo mismo del país, porque el estado político era casi revolucionario, y continuábase un mes y otro, sin esperanzas de un arreglo inmediato. En enero de 1868, el Presidente volvió á ser objeto de nuevas censuras por parte de la Cámara de representantes, que dió gracias al general Sheridan por su conducta en el gobierno militar de Luisiana, transfiriéndole poco después las atribuciones del presidente Johnson en el Sur, por considerarse que no había gobierno válido en aquella parte de la República.

El día 4 de julio, el Gobierno acordó conceder una amnistía general, con muy pocas excepciones, y de este modo desvaneciéronse al fin las causas más graves de disensión entre el Sur y el Norte, ó por lo ménos se mitigaron los resentimientos, que debían desaparecer del todo, ya con el tiempo, ó bien por la acción directa de la Legislatura y del Poder ejecutivo.

En el trascurso de 1868, los diversos partidos que dividían al país preparáronse para las elecciones presidenciales, que debían comenzar en el mes de noviembre. Era cosa segura que Johnson no sería reelegido para una segunda administración; y á decir verdad, este Presidente no dió tampoco ningún paso para obtener votos; muy léjos de ello, parecía muy conforme con retirarse de la vida pública. Los republicanos se reunieron en una Convención

en Chicago, el 20 de mayo, y emitieron en ella varios acuerdos, según los cuales se aprobaba la reorganización política del Congreso; se pedía la uniformidad y reducción de las contribuciones; se censuraba con mucha severidad la conducta del presidente Johnson, y concedíase protección á « todos los oprimidos » que luchasen por sus derechos. Los republicanos propusieron al general Grant como candidato para la Presidencia, eligiendo para Vicepresidente á Schuyler Colfax.

La Convención democrática se reunió en julio, y designáronse en ella como candidatos para la Presidencia y la Vicepresidencia á Horacio Seymour y al general Blair. El espíritu de partido se excitó mucho durante las elecciones, y hasta la prensa censuró severamente los abusos que se cometieron para hacer triunfar á los candidatos de una ú otra opinión. El general Grant, que era hombre muy reservado y taciturno, no dijo nada, ó habló pocas palabras durante las elecciones; mas su silencio en aquella ocasión, contrario á lo que podía esperarse del vencedor de Lee, le favoreció en vez de perjudicarlo. Tanto es así, que Grant y Colfax obtuvieron el mayor número de votos; veintinueve Estados del Norte y cuatro del Sur les prestaron su más eficaz apoyo; mientras que Seymour y Blair sólo contaban con los sufragios de nueve Estados. El partido republicano había alcanzado, pues, el triunfo, y con él asegurábase por cuatro años más la marcha progresiva de las reformas constitucionales.

A decir verdad, el país necesitaba que el Poder ejecutivo estuviese representado por algún hombre que pudiese obrar más en armonía con las naturales aspiraciones del Congreso, sin entorpecer la marcha de la administración como lo hacía Johnson, cuyos actos eran continuamente objeto de censura. Nunca el Poder ejecutivo y el Legislativo habían estado en tan continua pugna, con tan marcada hostilidad. En los últimos meses de la administración de Johnson la condición de los Estados del Sur comenzó á tener mucha gravedad, y hasta hizo alarmante, pues los grandes propietarios de aquella parte del país procuraban buscar una compensación de la pérdida de su influencia política apelando á las violencias y los ultrajes. Los infelices negros eran tratados con sistemática crueldad, y en algunos puntos hasta hubiérase dicho que se quería exterminar para siempre la raza negra. Cuadrillas de aventureros, escoria de la sociedad, recorrían el

país, cometiendo toda clase de crueldades contra la raza negra y los que la defendían; y como los que ántes eran esclavos apelaban á las represalias cuando podían, de aquí resultó en varias localidades una pequeña guerra civil, que las tropas de los Estados Unidos, áun en aquellos puntos donde se hallaban concentradas en considerable número, no podían siempre sofocar del todo. Una sociedad secreta que se titulaba Ku-Klux-Klan, organizada á principios de 1868, y cuyo centro principal trabajaba en el Tennessee, llegó á ejercer mucha influencia en los asuntos del Sur, creando una especie de período del Terror. El presidente de dicha sociedad formaba listas de las personas á quienes se debía expulsar del país, y á las cuales amenazábase con la muerte si no obedecían la orden secreta en que se intimaba la salida del territorio. Hicieron esfuerzos para sorprender á los individuos de esta sociedad, mas no se consiguió ningún resultado.

En el último mensaje de Johnson al Congreso, entregado en 9 de diciembre de 1868, este Presidente se expresaba con una acritud más irritante que nunca, denunciando los actos de las Cámaras y de todos aquellos que no pensaban como el Poder ejecutivo en cuanto á su manera de proceder con el Sur. Insistiendo en la injusticia de la política legislativa, decía: « Los Estados á que la República garantizó una forma de gobierno republicano se han visto reducidos á una dependencia militar, y á la voluntad arbitraria de los generales á quienes se confió el mando de los distritos; y aunque la Constitución previene que cada Estado tenga sus representantes en el Congreso, Virginia, Mississippi y Texas están excluidos aún de las dos Cámaras, habiéndoseles negado participación en las elecciones para designar Presidente y Vicepresidente de los Estados Unidos. » Johnson no añadió que esto era consecuencia de la tenacidad de dichos Estados en no organizar su gobierno bajo la base del sufragio de los negros, aunque esta medida había sido adoptada ya por otros. Los demás párrafos del mensaje de Johnson parecían escritos con la intención de sembrar la discordia en todo el país, y el Presidente llegaba hasta el punto de aconsejar que se rechazase parcialmente la deuda federal, que en vez de disminuir iba siempre en

aumento, proponiendo para ello varias medidas que por su índole no podían ménos de excitar una profunda irritación y verdadera alarma.

Cuando comenzaron las discusiones sobre el mensaje del Presidente, las Cámaras comenzaron por aprobar una proposición en que se desechaba del todo el plan del Presidente respecto á la deuda, pues en ningún caso se consentiría en ofrecer al acreedor público menor cantidad de la que el Gobierno se había comprometido á pagar.

El último acto importante bajo la Presidencia de Johnson se redujo á la aprobación por el Congreso de una enmienda constitucional, en la que se disponía no hacer distinción alguna en cuanto al derecho de sufragio por lo tocante á la raza, al color, á la naturaleza, á la propiedad, á la educación ó á las opiniones. Esta enmienda, sometida después á las diversas legislaturas de los Estados para su ratificación, fué más tarde origen de enojosas cuestiones, en las cuales, justo es confesarlo, el Presidente tuvo muy poca parte.

La administración de Johnson, por lo que esta podía ser en sí, no tuvo en rigor nada de notable; lo que particularmente la distinguió fué la continua hostilidad entre los Poderes ejecutivo y legislativo, hostilidad que, como hemos visto, dió lugar más de una vez á que se intentara procesar al Presidente, y no sin motivo, pues no cabe duda que abusó de sus poderes, extralimitándose en sus atribuciones. Su personalidad no podía ménos de palidecer moralmente, comparada con la del malogrado Abraham Lincoln, aquel hombre notable que con rara habilidad supo dirigir tan diestramente la nave del Estado en el período más crítico y borrascoso que registra la historia de la República americana; muchos de sus actos fueron dignos de censura, y los más entendidos políticos del país los condenaron justamente. Johnson había tratado de restablecer el primitivo estado de la Unión en cuanto fuese posible; quiso robustecer el renacimiento de una libertad bautizada en la sangre de la guerra civil; y la extensión de su derrota podría considerarse como la medida del progreso americano durante cuatro años ricos en acontecimientos.

Retirado de la vida pública, el presidente Johnson murió el 31 de julio de 1875.

JEFFERSON DAVIS

PRESIDENTE DE LA CONFEDERACION DEL SUR

Jefferson Davis, este notable si no eminente político, había nacido en el condado de Kentucky el 3 de junio de 1808. Siendo aún muchacho, su padre, rico plantador, se trasladó con su familia á Mississippi; pero el hijo continuó sus últimos estudios en Transilvania, en el Colegio de Kentucky. Despues, en 1824, ingresó en el Colegio Militar de West-Point, y en 1828 obtuvo el grado de subteniente. Durante los años 1831 y 1832 marchó á la frontera noroeste para prestar sus servicios en la guerra contra los indios capitaneados por el Halcon Negro; y en 1833, ascendido á teniente de dragones, se batió contra los indios Comanches. Terminada esta guerra por el pronto, Jefferson Davis fué á establecerse como plantador en Mississippi, donde se entregó á una vida más tranquila, pero esta fué de corta duracion, pues habiendo estallado la guerra con México, llamósele para tomar parte en ella, concediéndosele el grado de coronel del primer regimiento de voluntarios del Mississippi: en aquella campaña distinguióse por su arrojo en las acciones de Monterey y Buenavista.

Hacia algun tiempo que Jefferson Davis había llamado un poco la atencion de los Estados Unidos, como enérgico defensor de los principios democráticos, y por haber contribuido mucho en hacer triunfar la eleccion de Jaime Polk para la Presidencia. En recompensa de estos servicios, en 1847 se le ofreció el despacho de brigadier de los voluntarios, pero Davis rehusó aceptar, fundándose en que estos mandos se debían conferir en los Estados, y no correspondían á las prerogativas del Gobierno federal. Davis se había declarado siempre en favor de la extension de los derechos de los Estados, y en aquel caso sacrificó á sus opiniones el honor que se le confería.

Terminada la guerra de México, y habiéndosele elegido senador, nombrósele presidente de un Comité militar en 1850; pero dimitió este cargo en 1851, á fin de presentarse como candidato al gobierno de Mississippi. Los esfuerzos que hizo para conseguirlo fueron inútiles, pero más tarde halló una compensacion, pues el presidente Pierce le eligió para Secre-

tario de la Guerra. Durante la administracion de Buchanan fué secretario particular del Senado, y entónces adquirió muchas relaciones y amigos, que más tarde debían prestarle un eficaz apoyo.

Sería difícil decir porqué Jefferson Davis fué elegido para ocupar el más elevado cargo por la combinacion de los descontentos del Sur cuando la guerra llegó á ser inevitable, pues no tenía más talento que otro, y por más que se declarara en favor del Sur, no había sido Jefferson Davis uno de los jefes del movimiento separatista. Y era más de extrañar por el hecho de que, habiendo partido la iniciativa de la Carolina del Sur, suponíase con razon que alguno de los políticos de este Estado sería el elegido para presidente de la Confederacion. Sin embargo, no fué así; y por la marcha de los acontecimientos, que vamos á reseñar brevemente desde el principio de la separacion, se verá que Jefferson Davis, sin haber influido en lo más mínimo para obtener un cargo importante, fué el que obtuvo una mayoría casi unánime para la Presidencia de la Confederacion, en cuyo desempeño dió pruebas de no carecer de aptitud y naturales disposiciones.

Cuando se supo en el Sur que Abraham Lincoln era definitivamente el elegido para la Presidencia de la Union, juzgóse que la guerra sería inevitable, y en su consecuencia se creyó oportuno y de la mayor urgencia adoptar las medidas necesarias para defender los pretendidos derechos de los Estados. La Carolina del Sur había sido la primera en iniciar el movimiento separatista; y en la Convencion reunida en Charleston en 24 de diciembre de 1860 aprobóse la siguiente declaracion de las causas que justificaban la separacion de aquel Estado, documento de tal importancia, que bien merece ser reproducido íntegro. Decía así:

Declaracion de la independencia de la Carolina del Sur, aprobada por la Convencion en 24 de diciembre de 1860.

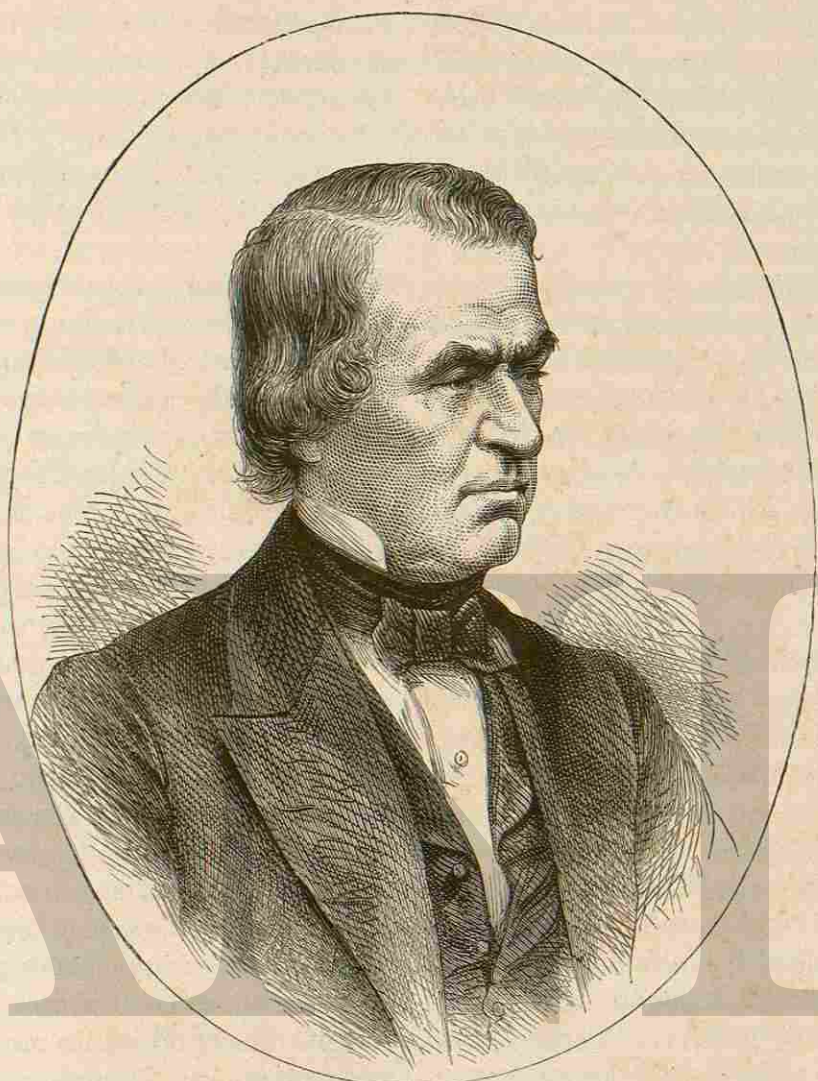
«Habiendo resuelto el Estado de la Carolina del Sur ocupar un puesto separadamente entre las demás naciones, cree de su deber declarar á los demás Estados de América y á to-

das las potencias del mundo, qué razones le han obligado á tomar esta determinacion.

»En el año 1765, la Gran Bretaña trató de hacer leyes para gobernar á las trece colonias americanas, y habiendo dado esto lugar á una lucha por la cuestion de derechos, terminó por fin aquella, en 4 de julio de 1776, declarándose

por las colonias, que eran y por derecho debían ser, *Estados independientes*, y que como tales estaban autorizadas para declarar la guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, mantener el comercio y hacer en fin todo aquello á que están autorizados los Estados independientes.

»También se declaró de una manera solemne



ANDRÉS JOHNSON

Décimoséptimo Presidente de los Estados Unidos

que cuando una forma de gobierno no llena los fines para que se estableció, tiene el pueblo el derecho de alterarla ó suprimirla para instituir otra, y por esto mismo, en la conviccion de que el gobierno de la Gran Bretaña no satisfacía al país, declaráronse las colonias libres de toda alianza con Inglaterra, considerando disuelta su union con aquella potencia.

»Reconocida la Declaracion de la independencia, cada uno de los trece Estados entró separadamente en el ejercicio de su soberanía; adoptó una constitucion y nombró funcionarios para administrar el gobierno en los departa-

mentos legislativo, ejecutivo y judicial. Para atender á la comun defensa acordaron unir sus armas y sus consejos, y en 1778 formaron una liga conocida con el nombre de *Artículos de la Confederacion*, por la cual convinieron en confiar la administracion de las relaciones extrangeras á un agente comun, al que se llamó Congreso de los Estados Unidos, declarándose terminantemente que cada Estado debería conservar su soberanía, libertad é independencia, y todos los poderes y derechos no delegados en el Congreso de los Estados Unidos.

»Entónces sobrevino la guerra de la revolu-

JEFFERSON DAVIS

PRESIDENTE DE LA CONFEDERACION DEL SUR

Jefferson Davis, este notable si no eminente político, había nacido en el condado de Kentucky el 3 de junio de 1808. Siendo aún muchacho, su padre, rico plantador, se trasladó con su familia á Mississippi; pero el hijo continuó sus últimos estudios en Transilvania, en el Colegio de Kentucky. Despues, en 1824, ingresó en el Colegio Militar de West-Point, y en 1828 obtuvo el grado de subteniente. Durante los años 1831 y 1832 marchó á la frontera noroeste para prestar sus servicios en la guerra contra los indios capitaneados por el Halcon Negro; y en 1833, ascendido á teniente de dragones, se batió contra los indios Comanches. Terminada esta guerra por el pronto, Jefferson Davis fué á establecerse como plantador en Mississippi, donde se entregó á una vida más tranquila, pero esta fué de corta duracion, pues habiendo estallado la guerra con México, llamósele para tomar parte en ella, concediéndosele el grado de coronel del primer regimiento de voluntarios del Mississippi: en aquella campaña distinguióse por su arrojo en las acciones de Monterey y Buenavista.

Hacia algun tiempo que Jefferson Davis había llamado un poco la atencion de los Estados Unidos, como enérgico defensor de los principios democráticos, y por haber contribuido mucho en hacer triunfar la eleccion de Jaime Polk para la Presidencia. En recompensa de estos servicios, en 1847 se le ofreció el despacho de brigadier de los voluntarios, pero Davis rehusó aceptar, fundándose en que estos mandos se debían conferir en los Estados, y no correspondían á las prerogativas del Gobierno federal. Davis se había declarado siempre en favor de la extension de los derechos de los Estados, y en aquel caso sacrificó á sus opiniones el honor que se le confería.

Terminada la guerra de México, y habiéndosele elegido senador, nombrósele presidente de un Comité militar en 1850; pero dimitió este cargo en 1851, á fin de presentarse como candidato al gobierno de Mississippi. Los esfuerzos que hizo para conseguirlo fueron inútiles, pero más tarde halló una compensacion, pues el presidente Pierce le eligió para Secre-

tario de la Guerra. Durante la administracion de Buchanan fué secretario particular del Senado, y entónces adquirió muchas relaciones y amigos, que más tarde debían prestarle un eficaz apoyo.

Sería difícil decir porqué Jefferson Davis fué elegido para ocupar el más elevado cargo por la combinacion de los descontentos del Sur cuando la guerra llegó á ser inevitable, pues no tenía más talento que otro, y por más que se declarara en favor del Sur, no había sido Jefferson Davis uno de los jefes del movimiento separatista. Y era más de extrañar por el hecho de que, habiendo partido la iniciativa de la Carolina del Sur, suponíase con razon que alguno de los políticos de este Estado sería el elegido para presidente de la Confederacion. Sin embargo, no fué así; y por la marcha de los acontecimientos, que vamos á reseñar brevemente desde el principio de la separacion, se verá que Jefferson Davis, sin haber influido en lo más mínimo para obtener un cargo importante, fué el que obtuvo una mayoría casi unánime para la Presidencia de la Confederacion, en cuyo desempeño dió pruebas de no carecer de aptitud y naturales disposiciones.

Cuando se supo en el Sur que Abraham Lincoln era definitivamente el elegido para la Presidencia de la Union, juzgóse que la guerra sería inevitable, y en su consecuencia se creyó oportuno y de la mayor urgencia adoptar las medidas necesarias para defender los pretendidos derechos de los Estados. La Carolina del Sur había sido la primera en iniciar el movimiento separatista; y en la Convencion reunida en Charleston en 24 de diciembre de 1860 aprobóse la siguiente declaracion de las causas que justificaban la separacion de aquel Estado, documento de tal importancia, que bien merece ser reproducido íntegro. Decía así:

Declaracion de la independencia de la Carolina del Sur, aprobada por la Convencion en 24 de diciembre de 1860.

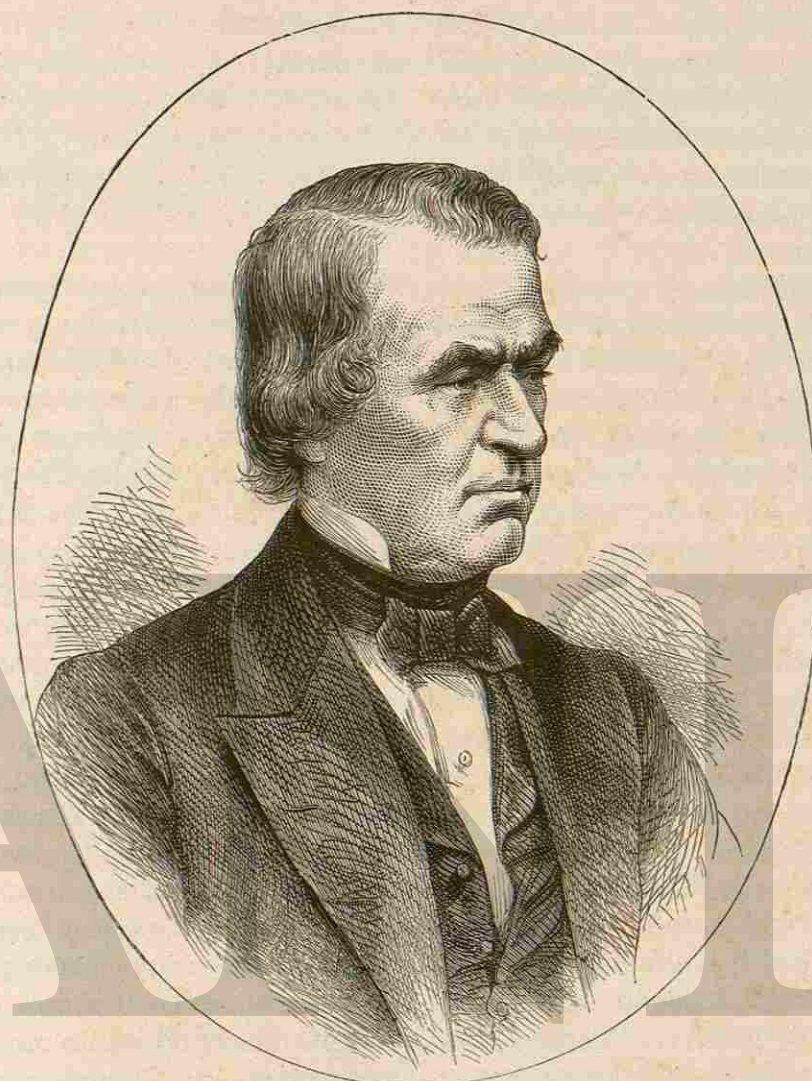
«Habiendo resuelto el Estado de la Carolina del Sur ocupar un puesto separadamente entre las demás naciones, cree de su deber declarar á los demás Estados de América y á to-

das las potencias del mundo, qué razones le han obligado á tomar esta determinacion.

»En el año 1765, la Gran Bretaña trató de hacer leyes para gobernar á las trece colonias americanas, y habiendo dado esto lugar á una lucha por la cuestion de derechos, terminó por fin aquella, en 4 de julio de 1776, declarándose

por las colonias, que eran y por derecho debían ser, *Estados independientes*, y que como tales estaban autorizadas para declarar la guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, mantener el comercio y hacer en fin todo aquello á que están autorizados los Estados independientes.

»También se declaró de una manera solemne



ANDRÉS JOHNSON

Décimoséptimo Presidente de los Estados Unidos

que cuando una forma de gobierno no llena los fines para que se estableció, tiene el pueblo el derecho de alterarla ó suprimirla para instituir otra, y por esto mismo, en la conviccion de que el gobierno de la Gran Bretaña no satisfacía al país, declaráronse las colonias libres de toda alianza con Inglaterra, considerando disuelta su union con aquella potencia.

»Reconocida la Declaracion de la independencia, cada uno de los trece Estados entró separadamente en el ejercicio de su soberanía; adoptó una constitucion y nombró funcionarios para administrar el gobierno en los departa-

mentos legislativo, ejecutivo y judicial. Para atender á la comun defensa acordaron unir sus armas y sus consejos, y en 1778 formaron una liga conocida con el nombre de *Artículos de la Confederacion*, por la cual convinieron en confiar la administracion de las relaciones extrangeras á un agente comun, al que se llamó Congreso de los Estados Unidos, declarándose terminantemente que cada Estado debería conservar su soberanía, libertad é independencia, y todos los poderes y derechos no delegados en el Congreso de los Estados Unidos.

»Entónces sobrevino la guerra de la revolu-

cion, que terminó en 3 de diciembre de 1783, y la Gran Bretaña firmó un tratado en el cual reconocía la independencia de las colonias en los siguientes términos:

«ARTÍCULO 1.º Su Majestad Británica reconoce á los Estados de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island, Connecticut, Nueva-York, Nueva-Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, como libres, soberanos é independientes, obligándose á tratarlos como á tales, y renunciando para sí, sus herederos y sucesores, á toda reclamacion contra el gobierno, propiedades y derechos territoriales de los mismos.»

»De este modo quedaron reconocidos los dos grandes principios que invocaban las colonias, es decir, el derecho de un Estado para gobernarse por sí mismo, y el derecho del pueblo para abolir todo gobierno cuando no llena los fines para que se instituyó; y conforme á estos principios, quedaba consignado el hecho de que cada colonia sería reconocida por la madre patria como un Estado soberano, libre é independiente.

»En 1787, nombráronse diputados por los Estados con el objeto de revisar los artículos de la Confederacion, y en 17 de setiembre del mismo año, recomendaron aquellos se aprobasen los que se presentaron con el nombre de *Constitucion de los Estados Unidos*.

»Los Estados á quienes fué sometida esta Constitucion pasaron á examinarla, y se convino que si nueve de ellos la aprobaban, quedaría adoptada entre los que hubieran dado su voto, organizándose desde luégo el gobierno general, revestido con los poderes necesarios.

»Si de los trece Estados hubieran concurrido sólo nueve, dicho se está que los otros cuatro seguirían siendo Estados separados é independientes de la Constitucion, y sabido es que dos de aquellos no la reconocieron hasta mucho tiempo despues de haberla adoptado los otros once, en cuyo intervalo obraron como nacion independiente.

»Por esta Constitucion se restringian ciertos poderes de los Estados, que podían afectar á su independencia; mas para evitar toda duda, adicionóse una enmienda, por la cual se declaraba que los poderes no delegados á los Estados Unidos por la Constitucion, ni prohibidos por ellos á los Estados, se reservaban para estos respectivamente ó para el pueblo. En 23 de mayo de 1788, la Carolina del Sur, previo el consen-

timiento del pueblo, aprobó una ordenanza reconociendo la Constitucion y modificó luégo la suya en conformidad con sus nuevos compromisos.

»Nosotros sostenemos que el gobierno así establecido está sujeto á los dos grandes principios consignados en la Declaracion de la independencia, y reconocemos además que en todo convenio entre dos ó más partes, la obligacion es mutua; que la falta de una de éstas en cumplir estrictamente lo convenido, releva á la otra de su compromiso, y que á falta de un árbitro, cada una de las partes debe obrar á su juicio para resolver sobre el hecho y sus consecuencias.

»En el caso presente queda reconocida la falta hasta la evidencia: nosotros declaramos que desde hace mucho tiempo, quince Estados se han negado deliberadamente á cumplir sus deberes constitucionales, y para probarlo nos referimos á sus propios Estatutos.

»La Constitucion de los Estados Unidos previene en su cuarto artículo lo que sigue:

«Todo aquel que estuviere obligado á prestar un servicio ó trabajo en un Estado con arreglo á las leyes en él vigentes, y que huyese á otro, jamás podrá, en virtud de ley alguna ó reglamento de este último, ser absuelto de la obligacion de cumplir dicho servicio, sino que deberá ser entregado á la parte que lo reclamare.»

»Esta condicion era tan importante en el contrato que sin ella no se hubiera aceptado aquél, con tanta más razon cuanto que la mayor parte de los Estados contratantes tenían esclavos, y Virginia había declarado previamente cuán importante era este punto, que exigió se respetara ántes de ceder el territorio donde se hallan los Estados del Norte del Ohío.

»El gobierno general, como agente comun, aprobó leyes para que se cumpliera lo estipulado, y por espacio de muchos años se respetaron aquéllas, pero la creciente hostilidad de los Estados del Norte hácia la esclavitud, les indujo á faltar á sus compromisos, y poco á poco se desatendieron las leyes del gobierno general. Los Estados de Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Connecticut, Rhode-Island, Nueva-York, Pensilvania, Illinois, Indiana, Ohío, Michigan, Wisconsin é Iowa han expedido leyes que anulan los actos del Congreso, y en muchos de estos Estados se deja en libertad á los esclavos fugitivos, sin que se haya cumplido en ningun caso lo que previene la

Constitucion del país sobre el particular. En Nueva-York se ha llegado á negar á los esclavos hasta el derecho de tránsito, y en los Estados de Ohío é Iowa no se ha querido entregar á la justicia fugitivos acusados de asesinato ó rebelion. Vemos, pues, que el contrato constitucional se ha infringido deliberadamente por los Estados enemigos de la esclavitud, y de aquí se sigue naturalmente la consecuencia de que la Carolina del Sur quedó relevada de su compromiso.

»El objeto de la Constitucion era formar una Union más perfecta, dispensar justicia, atender á la defensa comun, proteger los intereses públicos y asegurar los beneficios de la libertad tanto á nosotros como á nuestros descendientes.

»Del cumplimiento de todo esto debía encargarse el gobierno federal, quedando cada Estado libre de regirse por sus propias instituciones; el derecho de propiedad de los esclavos se reconoció dando á las personas libres distintos derechos políticos, uno de los cuales es el de representacion, y tambien se autorizaba la importacion de esclavos por espacio de veinte años, estipulándose asimismo la entrega de los esclavos fugitivos.

»Nosotros afirmamos que el gobierno no ha llenado los fines para que se instituyó ni ha respetado tampoco los principios constitucionales, principalmente por la accion de los Estados enemigos de la esclavitud, los cuales se han arrogado el derecho de intervenir en nuestras instituciones domésticas, negando el derecho de propiedad establecido en quince Estados y reconocido por la Constitucion. Además de esto han denunciado la esclavitud como criminal, permitiendo se establezcan entre ellos sociedades cuyo evidente objeto es turbar la tranquilidad, conservando en su poder los bienes de los ciudadanos de otros Estados; y como si esto no bastara, han contribuido á que miles de nuestros esclavos abandonaran sus casas, excitándoles á la insurreccion.

»Por espacio de veinticinco años ha ido aumentando esta agitacion, hasta que al fin se hace preciso recurrir al gobierno comun. Observando las formas de la Constitucion en lo que previene el artículo por el cual se establece el departamento ejecutivo, los que se muestran contrarios nuestros, han hallado medio de subvertir la Constitucion misma, y todos los Estados del Norte se han unido para elegir como Presidente de los Estados Unidos á un hombre cuyas opiniones y principios son hostiles á la

esclavitud. Ese hombre á quien se va á confiar la administracion del gobierno comun, ha declarado que no debe haber Estados esclavos y libres, y que todos debemos estar en la persuasion de que la esclavitud se extinguirá muy pronto.

»Para llevar á cabo el plan que tenia por objeto subvertir la Constitucion, se ha recurrido en varios Estados al medio de reconocer como ciudadanos á personas que por la suprema ley del país no podían serlo, y se ha hecho uso de sus votos para inaugurar una nueva política hostil al Sur y contraria á su tranquilidad y bienestar.

»El día 4 de marzo próximo debe inaugurarse ese nuevo gobierno, y ya se anuncia que el Sur será excluido del territorio comun, que los tribunales de justicia serán seccionales, y que se debe hacer la guerra á la esclavitud hasta que desaparezca de los Estados Unidos.

»Cuando esto suceda dejarán de existir las garantías de la Constitucion, ya no habrá igualdad de derechos para los Estados, no podremos regirnos por nuestras instituciones, y el Gobierno federal se constituirá en enemigo nuestro.

»Los intereses locales y la animosidad aumentarán la irritacion, é inútil parece buscar un remedio, atendido que la opinion pública en el Norte favorece un grave error político, sancionado por una creencia religiosa de las más erróneas.

»En su consecuencia, pues, el pueblo de la Carolina del Sur, á quien representan nuestros delegados de la Convencion, invocando al Supremo Juez del Universo para que reconozca la rectitud de nuestras intenciones, declara solemnemente que la union que existia entre este Estado y los de la América del Norte, queda definitivamente disuelta, debiendo entenderse que la Carolina del Sur vuelve á ocupar su puesto entre las naciones del mundo como un Estado libre, soberano é independiente, que estará autorizado para hacer la guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, hacer el comercio, y todo aquello, en fin, á que tienen derecho los Estados libres.

»Y confiando en la proteccion de la Divina Providencia, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente declaracion.»

El mismo día en que fué aprobado por la Convencion este documento, todos los representantes de la Carolina del Sur que habia en el Congreso presentaron la dimision de su cargo.

Antes de la época fijada para la inauguración del nuevo gobierno, era tal la agitación y tan formidable la resistencia del Sur, que por el voto del pueblo y de la legislatura resolvieron separarse también de la Union, é hicieron en diversas fechas, los Estados de Mississippi, Alabama, la Florida, Georgia, Luisiana y Texas.

Organizado el Congreso del Sur, diéronse órdenes para formar una pequeña escuadra que debía encargarse de la defensa de las costas; establecióse un sistema postal; aprobáronse varias leyes para la creación y desempeño del gobierno, y se adoptó una Constitución provisional, no sin alguna discusión respecto á sus artículos. Algunos no querían que se introdujese palabra alguna de carácter religioso, y otros opinaban que en ciertas expresiones sobre los principios de gobierno se debía hacer alguna referencia á la Biblia. Esta breve discusión se suscitó porque en el documento aprobado se «invocaba la protección y guía del Todopoderoso.» La Constitución del Sur era en resumen una copia de la de la Union, con las alteraciones y omisiones que se juzgaron convenientes: quedó prohibido el sistema de dar bonos del Tesoro, y también la creación de impuestos para proteger cualquier ramo de la industria; la dirección de correos debía pagar todos sus gastos con los ingresos; la administración del Presidente y Vicepresidente debía durar seis años, y el primero no podía ser reelegido. Prohibióse también la aprobación de ley alguna por la cual se negara ó alterase el derecho de propiedad sobre los esclavos negros; y en fin, había varios nuevos artículos referentes á la cuestión económica.

Sancionada la Constitución provisional, el presidente del Congreso y todos los miembros que componían este último, prestaron el juramento de alianza el 9 de febrero de 1861, y acto continuo procedióse á la elección de Presidente y Vicepresidente de la Confederación. Casi todos los votos recayeron en favor de Jefferson Davis para el primero de dichos cargos, pues se le juzgaba el hombre más á propósito para ponerse al frente del gobierno; Alejandro Stephens fué elegido Vicepresidente, debiéndose advertir que Stephens había declarado un mes ántes en la Convención de Georgia, que sería una insigne locura y la mayor perversidad derribar al gobierno de los Estados Unidos, con el cual el Sur había sido hasta entónces rico y feliz, y que él nunca

sancionaría un ataque contra el Norte. Stephens, nacido en Georgia en 1812, había sido representante de su Estado en el Congreso durante algunos años; era hombre bastante notable como orador y político, pero su traidora conducta al desertar de la Union pocas semanas despues de haber dicho que nada podía excusar un ataque contra el gobierno constituido, fué una mancha indeleble para su reputación.

Jefferson Davis no era individuo de la asamblea que tomó el nombre de Congreso. Despues de renunciar á su cargo de senador de los Estados Unidos había vuelto á su casa en Wiksburgo, para entregarse de nuevo á sus trabajos agrícolas; y allí fué donde á mediados de febrero recibió la noticia de habersele elegido para el cargo de Presidente de la Confederación. Sin perder momento púsose en marcha en dirección á Montgomery, y recibido con el mayor entusiasmo en todas las estaciones donde se detenía, pronunció hasta veinticinco discursos ántes de llegar á su destino. A ocho millas de Montgomery salió á recibirle una comisión del Congreso, acompañada de las autoridades civiles, y entró en la capital de Alabama seguido de una escolta de milicia, saludado por salvas de artillería y por las aclamaciones del pueblo.

Jefferson Davis pronunció con este motivo nuevos discursos, pero la ceremonia de inauguración no se efectuó hasta el 18 de dicho mes. En la tarde de este día, Davis y Stephens, rodeados de varios oficiales, se colocaron en una plataforma, situada en frente del edificio del Congreso, y despues de las acostumbradas ceremonias, el nuevo Presidente pronunció su discurso inaugural. En él decía que la presente situación del Sur, sin ejemplo en la historia de las naciones, confirma la idea de que los gobiernos dependen del consentimiento de los gobernados, y que el pueblo tiene derecho para modificarlos ó abolirlos cuando no llenan los fines para que se establecieron. «El derecho solemnemente proclamado en el nacimiento de la Union, decía Davis, que se consolidó y confirmó en los *bills* de derechos de los Estados, reconoce indiscutiblemente en el pueblo la facultad de resumir las atribuciones que al gobierno se confiaron. Por eso los Estados soberanos representados aquí han procedido á formar esta Confederación, y sólo por abuso de lenguaje se ha dado á su acto el nombre de revolución; formaron una nueva

alianza, pero dentro de cada Estado se ha mantenido su gobierno.» Volviendo al mismo tema en la última parte de su mensaje, Jefferson Davis añadió: «Hemos cambiado las partes constituyentes, pero no el sistema de nuestro gobierno. La constitución formada por nuestros padres es la de esta Confederación; en la exposición de ella y en la estructura judicial que ha recibido tenemos una luz que revela su verdadero espíritu.»

Jefferson Davis enunciaba la doctrina de la soberanía del Estado en toda su amplitud, indicando la probabilidad de una inmediata guerra, ocasionada por el empeño de los Estados del Norte en someter á los del Sur. «En su consecuencia, terminaba diciendo el nuevo Presidente, recomiendo con la mayor eficacia la inmediata formación de una poderosa flota, pues supongo que los Estados de que nos hemos separado procurarán unir sus fuerzas para combatirnos.»

El mensaje fué muy bien recibido, y por la noche hubo iluminación en Montgomery; la Confederación acababa de inaugurarse; una república de esclavos anunciaba su existencia á la faz del siglo XIX.

Jefferson Davis formó muy pronto su gabinete, organizándose sin pérdida de tiempo comités de Negocios Extranjeros, Correos, Hacienda, Comercio, Marina, y en fin, todas las secciones necesarias para la mejor administración de los asuntos públicos. Tan pronto se reconoció la autoridad de aquel gobierno confederado, que á los seis días ya se presentaban industriales, solicitando varios privilegios. Todas las leyes de los Estados Unidos no incompatibles con el nuevo orden de cosas se conservaron por el pronto con toda su fuerza y vigor, y adoptáronse las disposiciones necesarias para la creación de una condición política más permanente. Hasta se promovió un debate sobre la elección de una bandera nacional, habiendo presentado varias señoras de Charleston un modelo que representaba una cruz compuesta de siete estrellas. Las discusiones sobre el particular fueron bastante animadas, y despues de examinarse varios modelos, el comité encargado de emitir el dictámen resolvió adoptar una bandera que tuviese dos bandas rojas de regular anchura separadas por otra blanca, y un cuadro azul con las siete estrellas blancas en el centro. La bandera así caracterizada se condecoró poco despues é izóse por vez primera el 4 de marzo en el edificio del Congreso en Montgomery.

La nueva Confederación no comenzó su carrera con grandes esperanzas, pues desde un principio amenazáronla las divisiones. La Carolina del Sur se indignó porque el Congreso quiso encargarse de arreglar todos los asuntos entre los Estados separatistas y la Union, respecto á los fuertes, arsenales y otros establecimientos públicos; dicho Estado sostenía además que era él quien debía apoderarse del fuerte Sumter, porque le pertenecía á él solo, y su honor exigía rehusar toda intervención para tal empresa. El mayor peligro para la Confederación, segun vemos, no estaba entónces fuera, sino que surgía en su mismo seno; y así debía suceder en un estado de cosas en que no todos estaban vitalmente interesados en la cuestión de la esclavitud.

Poco despues de hallarse establecido el gobierno de los confederados, su situación mejoró mucho por la traición de un jefe unionista, el general Twiggs, que hallándose en Texas encargado del mando de las tropas del gobierno leal, se rindió á un jefe confederado, M. Culloch, mediante ciertas condiciones secretas que estipularon entre los dos, entregándole diez y siete compañías de tropas federales, algunos depósitos de municiones de guerra por valor de 1,300,000 duros, y varios fuertes y arsenales. Esta traición del general Twiggs permitió á los confederados ponerse en mejor pié de guerra para emprender las operaciones militares, la primera de las cuales fué, como ya sabemos, la toma del fuerte Sumter. Esta victoria había producido mucho entusiasmo en la Confederación, y poco despues Jefferson Davis expidió una proclama, en la cual decía que, habiendo manifestado el Presidente de los Estados Unidos sus intenciones de invadir la Confederación con sus ejércitos, á fin de apoderarse de sus fortalezas y combatir las libertades del país, invitaba á todos los que se hallasen dispuestos á resistir semejante agresión, á solicitar comisiones ó patentes en corso, previniendo al mismo tiempo á los que desempeñaran destinos civiles ó militares á vigilar con el mayor celo en el cumplimiento de sus deberes para mantener la autoridad y eficacia de las leyes, y vigorizar cuantas medidas pudieran adoptarse para la defensa común.

En el Congreso confederado reunido en Montgomery el 29 de abril de 1861, Jefferson Davis hizo sancionar algunas de las medidas que había propuesto, y entre ellas la de expedir patentes de corso, cosa que juzgaba indispensable;

pues la Confederación no podía disponer de suficientes medios para organizar una escuadra regular. En rigor no se podía censurar por esto al gobierno separatista, pues el de los Estados Unidos había sancionado ántes semejante práctica.

El desastre de Harper's Ferry y del arsenal de Gasport, en el que los federales se vieron en la precisión de destruirlo todo para evitar que cayese en manos de sus enemigos, fué un nuevo triunfo para los confederados, y entónces se comenzó á creer muy dudoso el éxito de la lucha, pues hasta la misma capital de los unionistas llegó á estar en gran peligro de ser invadida por los confederados.

El Congreso confederado, que se convocó en 21 de mayo, celebró sus últimas sesiones en Montgomery, pues habíase resuelto trasladar la residencia del gobierno á Richmond, autorizándose á Jefferson Davis para elegir otro punto si no le parecía conveniente aquella ciudad. El Presidente se conformó, porque Virginia era el Estado esclavista más poderoso, y por lo tanto el más conveniente para establecer allí el centro del nuevo sistema político. Además, Richmond se hallaba á corta distancia de Washington, y la presencia del parlamento confederado en la primera de dichas ciudades era una continua amenaza para la segunda.

Jefferson Davis marchó á Richmond el 26 de mayo, y según se asegura, en aquella época tenía intenciones de presentar su dimisión de la Presidencia para encargarse del mando de los ejércitos del Sur; pero luego desistió, pues la ovación que se le hizo durante su viaje desde Alabama á Virginia pudo convencerle de que contaba con el apoyo del pueblo en sus funciones de Presidente. Llegado á Richmond, pronunció un memorable discurso, en el que acusaba al pueblo del Norte de haber sido incapaz de apreciar en lo que valían sus instituciones hereditarias y de haber aniquilado la libertad de que debían disfrutar. Decía también que Abraham Lincoln, por más que se le hubiese elegido para el cargo que desempeñaba, era un «usurpador ignorante,» que atacaba las prerogativas de los ciudadanos, usando de atribuciones que no le estaban conferidas. «Ya hemos llegado, decía Davis, al punto en que los argumentos se agotan, y en que ya no queda más razón que la espada. Cuando llegue el momento de recibir al enemigo, sabremos hacerle con la energía de que nos dieron ejemplo nuestros padres, sin apelar nunca al asesinato y

al incendio para combatirlo.» Con este discurso corría parejas una proclama del general Beauregard, que llegó á Richmond al día siguiente para encargarse del mando de las tropas. Decía así: «Abraham Lincoln, sin guardar la menor consideración á los preceptos morales, legales y constitucionales, ha lanzado contra vosotros sus abolicionistas, que matan ó hacen prisioneros á nuestros ciudadanos, confiscando y destruyendo cuanto pueden, y entregándose á inicuos actos de violencia, tan espantosos y repugnantes para la humanidad, que renunciamos á enumerarlos aquí. Ya no se observan las leyes de una guerra civilizada, y la única divisa de nuestros enemigos es «¡Mujeres y botín!» por más que no la inscriban en sus banderas.» No es necesario demostrar que semejantes acusaciones eran injustificadas; pero producían su efecto, cual era el de excitar la cólera y las iras en el ejército del Sur.

La victoria de Bull-Run hizo rayar en frenesí el entusiasmo de los separatistas: numerosos diputados de la Confederación y muchos curiosos, incluso algunas señoras, que observaban desde las colinas inmediatas al río las peripecias de la batalla, sirviéndose de sus gemelos, vociferaban, manifestando su satisfacción cuando algún incidente favorecía á los confederados. Las autoridades militares concedían pases á los curiosos que llevaban recomendación, y en fin, procedióse en todo como si se hubiese tratado de una función de teatro. La verdad es que se desconfiaba de la fuerza de los confederados, temiéndose que los destrozara el ejército del Potomac, y al verlos victoriosos se concibieron grandes esperanzas.

Los separatistas estaban muy animados, y cuando se volvió á convocar el Congreso autorizóse al Presidente para hacer otro llamamiento de voluntarios y votáronse varias sumas para la construcción de buques y cañoneros. En su mensaje, Jefferson Davis se congratulaba del estado floreciente de la Confederación, asegurando que las necesidades del tiempo habían desarrollado más la industria y que poco á poco el Sur se hacía más independiente del resto del mundo. La guerra, según el Presidente, se extendía ya desde la bahía de Chesapeake hasta los confines del Missouri y Arizona; pero la invasión del enemigo se había rechazado en todas partes desde la frontera. «Una serie de victorias, decía Jefferson Davis, ha coronado los esfuerzos de los ejércitos confederados; y nuestro pueblo mira ahora con desdeñoso asombro á

aquellos con quienes estuvo asociado hasta hace poco tiempo, considerando que los actos del Presidente Lincoln sólo son propios de un déspota.» El mensaje de Davis, que trataba de otros asuntos referentes á la administración, fué muy bien recibido y se atendió á todas sus recomendaciones.

Sin embargo, no debía pasar mucho tiempo sin que el prestigio del Presidente de la Confederación disminuyese algún tanto; los ejércitos separatistas comenzaban á sufrir algunos descalabros; el entusiasmo del pueblo del Sur se aminoraba gradualmente, y el espíritu y disciplina de las tropas decaían por momentos; mientras que las fuerzas federales aumentaban de continuo, mejorando su disciplina y acrecentándose su confianza en el triunfo. Los abusos que se cometían en los círculos oficiales de la Confederación debían apresurar su pérdida, y cuando se supo que Lincoln proyectaba proclamar en breve la emancipación de los negros, los temores y la exasperación del Sur llegaron á su colmo. Para juzgar de la impresión que esta noticia produjo entre los confederados, bastará reproducir un párrafo del mensaje que por entónces presentó Jefferson Davis á su Congreso. «¿Cómo hemos de juzgar una medida, decía, por la cual se exponen al exterminio y á la matanza á varios millones de seres humanos de una raza inferior, pacíficos labradores que vivían contentos en su esfera y á quienes ahora se estimula al asesinato y al pillaje, recomendándoles «que se abstengan de toda violencia, á no ser en el caso de legítima defensa?» (palabras de Lincoln en su proclama). Nuestra aversión á aquellos que han proyectado la más execrable medida que podría imaginar un hombre culpable, se mezcla con el profundo desprecio que nos inspira la impotente rabia del que la dictó.» Según Jefferson Davis, la proclama de Lincoln tendría un efecto saludable para mitigar los temores de aquellos á quienes inquietaba la idea de que la guerra civil terminara reorganizándose la antigua Unión. «Yo no he abrigado nunca semejantes temores, decía Davis, ni tampoco he visto en qué se podían fundar; pero la proclama nos ofrece una segura garantía de la imposibilidad de semejante resultado. Ahora se ha establecido un estado de cosas que sólo tiene tres alternativas: ó el exterminio de los esclavos, ó el destierro de todos los blancos de la Confederación, ó la completa separación de estos Estados de los del Norte.» Como ya sabemos, el desenlace no fué ninguno

de los que Jefferson Davis preveía: ni se exterminó á los negros, ni los blancos del Sur fueron desterrados, ni los Estados de la Confederación llegaron á separarse, por último, de los del Norte.

A pesar de las esperanzas que Jefferson Davis trataba de infundir en su mensaje, con un entusiasmo algo forzado, la verdad era que el pueblo del Sur sufría las mayores privaciones, pues hasta el pan llegó á escasear de tal modo que en Richmond se produjeron varios motines por la falta de víveres. Los trenes del camino de hierro se empleaban sólo para el transporte de tropas y no se podían utilizar para conducir trigo de un punto á otro del país. Los recursos de la Confederación, por otra parte, eran comparativamente escasos, pues aunque la naturaleza había favorecido mucho aquellas regiones, la falta de capital, de energía y de trabajo libre empobrecía al Sur, como hubiera empobrecido á cualquier otro país por rico que fuese.

En tal estado las cosas, los separatistas sufrieron una gran pérdida con la muerte del intrépido general Jackson, aquel á quien sus soldados llamaban *muro de piedra*; al practicar un reconocimiento cerca de Richmond, una bala le atravesó el brazo, destrozando el hueso; conducido á la posesión inmediata de Guinea, vióse que era indispensable la amputación; mas como el general tuviese otras dos heridas, faltáronle fuerzas para resistir, y espiró muy pronto, legando no sólo al Sur sino á todo el país una reputación de heroica bravura y de genio militar que ningún otro había alcanzado. Jackson tenía sólo treinta y nueve años cuando la muerte cortó su brillante carrera.

En 15 de julio de 1863, después de la batalla de Chancellorsville, el Presidente de la Confederación tuvo que pedir refuerzos para atender á las necesidades de la guerra, y al efecto expidió una proclama ordenando que todos los hombres de 18 á 45 años, habitantes de los Estados de la Confederación, se alistaran para servir en el ejército, á cuyo fin mandaba se presentasen en los centros de inscripción de sus respectivas localidades, bajo la pena de ser castigados como desertores sino atendían al llamamiento. Pero el fervor militar del Sur había disminuído ya mucho: calculábase que el número de sustitutos en el ejército no bajaba de veinte á veinticinco mil, y más de diez mil personas tenían certificados de exención falsos. Las deserciones eran cada vez más numerosas, tanto que Jefferson Davis hizo un llamamiento

especial á sus conciudadanos, intimándoles á volver á sus campamentos para cumplir con los deberes del honor; todos cuantos se hallasen fuera sin permiso, ó que hubiesen estado ausentes más tiempo del señalado para su regreso, deberían presentarse también sin la menor dilación. El Presidente otorgaba también una amnistía á cuantos se hallasen sufriendo condena por desertión. «Conjuro á mis compatriotas, —decía Jefferson Davis al terminar su proclama,— á las esposas, á las madres, á las hermanas y á las hijas de la Confederación, á poner en juego toda su influencia para que se responda á este llamamiento, añadiendo un sacrificio más á los que ya se deben á su patriotismo. Todos estamos obligados á no rehuir el cumplimiento de nuestros deberes y á no desertar de nuestras familias, de nuestro país y de nuestro Dios.»

Harto evidente era por esta proclama que el Sur había perdido sus ánimos, comenzando á reconocer la inutilidad de la desesperada lucha en que le habían lanzado algunos locos aventureros. La gloria de batirse por una república esclava había perdido sus encantos, y apenas podía decirse que existiese un estímulo mercenario, pues faltaba dinero para pagar á los soldados de la Confederación. El sueldo de las tropas, muy reducido, era ya del todo insuficiente para satisfacer sus necesidades, y aún así no se cobraba con puntualidad. El Secretario de la Guerra acababa de presentar un informe demostrando que el efectivo de las fuerzas era una mitad ó dos terceras partes menor que la cifra consignada en los registros militares. Con este motivo aconsejaba la derogación del sistema de sustitutos, que á la verdad se había exagerado en demasía.

Los reveses que sucesivamente sufrieron los confederados debían desvanecer sus últimas esperanzas de hacer triunfar la causa que defendían. La toma de Wiksburgo, la derrota de Getisburgo y la pérdida de otras posiciones ocupadas por los confederados, parecían apresurar el desenlace de la lucha. El mismo Jefferson Davis ya no pudo menos de reconocer la inminencia del peligro. Tanto es así que á pesar de ser necesaria su presencia en Richmond, resolvió ir á ver al general Hood y otros jefes del ejército para enterarse del verdadero estado de los asuntos del Sur. Los informes que recibió no fueron los más propios para infundirle esperanzas, pues supo que los confederados iban perdiendo terreno por todas partes, mién-

tras que el enemigo avanzaba rápidamente.

De regreso á Richmond, Jefferson Davis no vaciló en divulgar que la fuerza de los ejércitos confederados se había debilitado mucho; que el peligro era grave y que debía pensarse en adoptar las medidas necesarias para poner á salvo la Confederación, pues en su concepto esto era mucho más importante que el atender á la conveniencia de los ciudadanos en particular. Las quejas contra el gobierno de Richmond comenzaban á molestar al Presidente de la Confederación, quien comprendía que sus discursos y proclamas no eran ya suficientes para alentar á las tropas ni tampoco para infundir esperanzas al pueblo. Por eso había celebrado una entrevista con varios generales para acordar lo que debería hacerse en el caso de que el enemigo atacara las últimas posiciones.

El general Lee, acosado de cerca por los federales, habíase visto en la precisión de abandonar sus posiciones de Petersburgo para evitar una derrota segura, y sin perder momento dispuso que las tropas se replegaran sobre Danville. Este caso estaba ya previsto por los jefes del ejército, y tanto es así, que Jefferson Davis acababa de abrir una almoneda para vender todo su mobiliario y seguir á las tropas. En un consejo de guerra celebrado en Richmond el 29 de marzo anterior, bajo la presidencia del mismo Jefferson Davis, el general Lee y los miembros del gabinete convinieron en que no era posible defender por más tiempo unas líneas tan extensas, que iban prolongándose sin cesar hácia la derecha según avanzaba el enemigo. Es cierto que no faltaban defensores, pues aún había sesenta mil hombres disponibles, y además hallábase cerca el ejército de Johnston con otros cuarenta mil, pero aún con estos cien mil hombres hubiera sido difícil sostener un sitio en regla, porque la posición era demasiado extensa, la plaza carecía de una ciudadela central, y aquellas fuerzas no bastaban seguramente para cubrir unas líneas de defensa que desde Five Forks hasta la parte Norte de Richmond no medían menos de setenta á setenta y cinco millas de longitud. Prescindiendo de esto, la guarnición no era bastante para intentar la ofensiva sobre un punto cualquiera de la línea del enemigo, pues éste se hallaba perfectamente atrincherado, y se corría el riesgo de sufrir una sensible derrota. Por otra parte, la desmoralización había hecho en el ejército rápidos progresos; cierto que las tropas se sujetaban á la disciplina y atacaban con vigor al

enemigo, mas cuando se veían cercadas ó en peligro, desbandábanse, y los soldados se dejaban coger á centenares y hasta á miles, como así lo probaban las masas de prisioneros conducidos diariamente á City-Point. Los soldados iban tan hambrientos que no se necesitaba guardia para evitar que se escaparan de la prisión; las raciones que se les distribuían eran los mejores carceleros. En cuanto á la población de Richmond, su situación iba siendo cada vez más crítica: los ricos habían llegado á ser pobres, las familias acomodadas se hallaban sumidas en la más espantosa miseria; los víveres escaseaban; no había más dinero que el papel moneda, el cual apenas tenía valor alguno; y en una palabra, para que se comprenda cuán angustiosa era para todos la situación, baste decir que un pan llegó á valer cien duros y un jamon rancio quinientos. Una caja de fósforos costaba dos duros; los demás artículos de primera necesidad se vendían á precios fabulosos, y aún así no había víveres para todos los que querían comprar.

Teniendo en consideración todos estos inconvenientes, el consejo de guerra confederado opinó que para prolongar la lucha no quedaba otro medio sino abandonar aquella desgraciada ciudad y retirarse al interior del país, á una posición más desembarazada que Richmond; y puesto á discusión este punto, acordóse por unanimidad trasladar el gobierno á Danville. En su consecuencia, todos los inmensos archivos del Capitolio, las prensas para hacer billetes, y los efectos de las oficinas, fueron trasladados inmediatamente á dicho punto por el camino de hierro, y al mismo tiempo se expidieron las órdenes oportunas al general Ewell, jefe de la guarnición, para que destruyera los puentes del Jacabo, así como también los arsenales y los polvorines, cuando las tropas hubieran evacuado completamente la ciudad.

En la mañana del 2 de abril de 1865, Jefferson Davis, que estaba en la iglesia, recibió un parte del general Lee en el cual le manifestaba que rotas sus líneas por tres puntos á la vez, y atendida su crítica situación, iba á expedir las órdenes oportunas para emprender la retirada á Danville en la noche siguiente. Al recibir este mensaje, Davis, que escuchaba con el mayor recogimiento el sermón, no dijo una sola palabra ni dió á conocer su emoción, pero salió inmediatamente de la iglesia, y poco después fueron llamadas otras muchas personas que también se hallaban en el templo. Muy pronto

circuló por todas partes el rumor de que el enemigo atacaba la ciudad misma; cundió el pánico de un extremo á otro de Richmond, y á las dos ó tres horas reinaba la mayor confusión hasta en las calles más lejanas. Llegada la noche, las llamas del incendio y el ruido de las explosiones producidas á consecuencia de haberse pegado fuego al arsenal y á los diversos depósitos de municiones, contribuyeron á sembrar el espanto en la ciudad, que bien pronto iba á verse abandonada de todos sus habitantes.

Jefferson Davis, entre tanto, se había trasladado á Danville apresuradamente; instalóse en esta ciudad con su gabinete y los funcionarios de su gobierno, y acto continuo expidió una proclama, cuyo objeto era excitar á sus compatriotas á continuar la guerra. Hé aquí su contenido:

«Hemos entrado en una nueva fase de la lucha; no siendo ya necesario emplear una parte de nuestras fuerzas en la defensa de ciudades determinadas, el ejército podrá trasladarse fácilmente de un punto á otro para combatir al enemigo poco á poco, que se halla ya lejos del centro principal de sus operaciones. Tengamos fuerza de voluntad y seremos libres.

»Animado por la confianza que me inspiran vuestro valor y energía, debo anunciaros, queridos compatriotas, que mi propósito es defender vuestra legítima causa hasta donde lleguen mis fuerzas, y estad seguros de que jamás consentiré en ceder al enemigo un solo palmo de terreno en todo el territorio de la Confederación. Virginia, ese noble Estado cuya fama y nombradía corre parejas con su gloriosa historia, cuyos hijos combaten como héroes, y cuyas hijas se han distinguido por numerosos rasgos de valor sublime durante esta guerra; Virginia, con el auxilio de su pueblo y la protección de la Divina Providencia, será defendida como hasta aquí, y no aceptaremos la paz con los infames invasores de su territorio.

»Si por la superioridad del número nos viésemos alguna vez en la precisión de alejarnos de los límites de este Estado ó de otro cualquiera de los del Sur, volveremos una y otra vez, hasta que rendidos nuestros adversarios, desistan de su loco empeño de convertir en esclavos á los que nacieron para ser libres.

»Compatriotas: lejos de perder los ánimos, confiemos en la protección del Altísimo, y esperemos al enemigo con ánimo firme y esforzado corazón.

»JEFFERSON DAVIS.»

Expedida esta proclama, el Presidente de la Confederación permaneció algunos días en Danville, esperando con la mayor ansiedad al general Lee, ya que no la noticia de su pronta llegada; pero cuando supo que el ejército de Richmond se había rendido en Appomattox, cosa que apenas podía creer, abandonó la ciudad, dirigiéndose por el camino de hierro á Greensboro, pues ya no le quedaba otra alternativa. Sin embargo, como en este último punto no encontrara casa donde alojarse con su comitiva, trasladóse luego por Salisburgo á Charlotte, donde habiéndosele recibido con la mayor deferencia, permaneció algunos días, hasta que alarmado por la noticia de que se acercaba la caballería de Stoneman, encaminóse rápidamente hácia Yorkville, seguido siempre de los individuos de su gabinete y de una escolta de dos mil jinetes. A los pocos días, no obstante, Jefferson Davis se vió abandonado de la mayor parte de los que le seguían; sólo quedaron con él Mr. Reagan, último director de Correos de la Confederación, su Estado mayor y la escolta, compuesta de unos cien hombres, con los cuales se dirigió más hácia el Sur, proponiéndose, sin duda, reunirse con las tropas de Taylor ó Kirby Smith, y en caso de no encontrarlos, embarcarse en cualquier punto de la costa. Jefferson Davis se había separado de su familia para obrar con más libertad; mas al saber que se había tratado de robar á su señora, creyéndose que llevaba muchas alhajas, fué á reunirse con ella al momento.

La verdad es que después de la rendición del general confederado Johnston, el gobierno federal temió que Davis huyera por el sudoeste, como así lo había hecho efectivamente, para establecer su gobierno en una ciudad lejana y comenzar de nuevo la lucha con las fuerzas que aun quedaban en pié de guerra; asegurándose, además, que llevaba consigo valores considerables, y se juzgó prudente apoderarse á toda costa del fugitivo lo más pronto posible. En su consecuencia se ordenó al general Wilson ocupar todos los caminos para impedir que el Presidente confederado pudiese escapar; pero Jefferson comprendía muy bien ya que la Confederación estaba aniquilada, sin que fuera posible restablecerla, y por lo tanto sólo se proponía oponer alguna resistencia con el ejército del general Kirby Smith á fin de obtener para los jefes de la rebelión condiciones más favorables que las que de otro modo se les habrían concedido.

En su consecuencia, apenas hubo dejado á su esposa y su familia en lugar seguro, resolvió cruzar el Chatahooges, y después de reunirse con las tropas del general Taylor, avanzar con ellas hasta el cuartel general de Kirby Smith. Como ya hemos dicho, las fuerzas que le acompañaban desde la Carolina del Norte le habían abandonado, siguiéndole sólo algunos hombres fieles. Los pobres fugitivos avanzaban penosamente por las desoladas tierras de Georgia, atormentados continuamente por el temor de ser descubiertos y deteniéndose muy poco para no caer en manos de sus perseguidores. Sin embargo, á primera hora de la mañana del 10 de mayo de 1865, hallándose Jefferson Davis en Irwinsville con su familia y su escolta, su criado le despertó, cuando dormía más profundamente, y díjole que estaban rodeados por una numerosa fuerza. Davis saltó del lecho, y quiso ir á buscar su caballo, creyendo que aún le sería posible escapar; pero el caballo estaba ya en poder de los federales, y la resistencia era imposible (1). Un momento después fué hecho prisionero con el teniente coronel Pritchard, su esposa é hijos; Mr. Reagan, director que era de Correos; su secretario particular, el coronel Harrison; sus ayudantes de campo, y los pocos voluntarios que le acompañaban, todos los cuales fueron conducidos, bien custo-

(1) Al referir los detalles de la captura del Presidente de la Confederación, el historiador Spencer dice lo siguiente:

«Se han hecho tantas versiones acerca de la tentativa de Mr. Jefferson Davis para escapar de manos de sus perseguidores, vestido de mujer, que nos parece oportuno consignar aquí los detalles que dió el teniente Stuart al referir el hecho, y que parecen ser completamente exactos. Hélos aquí:

»Al amanecer se oyeron algunos tiros, y creyendo que habría ocurrido un encuentro entre sus pocos defensores y algun destacamento enemigo, Jefferson Davis se dirigió apresuradamente hácia el sitio donde en su concepto se había empeñado alguna escaramuza, diciendo ántes á su señora:

«Creo que aún me respetarán.»

»Apénas hubo dado algunos pasos, con intención de evitar la efusión de sangre, invocando una autoridad que ya no existía, Davis vió avanzar á varios jinetes que ocupaban todo el camino, y entónces no pudo ménos de exclamar con acento de enojo: «¡ Ah, son federales!»

«Pues ya no podeis huir,» gritó la señora Davis, poseída de una profunda emoción.

»Pero de pronto, una idea repentina cruzó por su mente, una de esas ideas que sólo conciben las mujeres cuando se trata de salir de un apuro. Cogiendo una colcha, formó con ella una especie de falda, que puso á su esposo, y cubriéndole después la cabeza y la espalda con un pañuelo de abrigo, aconsejóle que se alejara lo más rápidamente posible, confiando su salvación á la velocidad de su caballo. Persuadido Jefferson Davis de que no quedaba otra alternativa, despidióse de su señora, y como estaba muy cerca del sitio donde había depositado sus armas y su equipaje, aventuróse á probar fortuna una vez más. Pero ya era tarde: ántes de que el fugitivo pudiera dar tres pasos, vióse rodeado por sus perseguidores, y entónces el Presidente de la Confederación no tuvo más remedio que entregarse como prisionero. Esta es la verdad del hecho, y desde luego podemos asegurar que todo cuanto se ha dicho, asegurando que Davis se había disfrazado perfectamente de mujer y que sólo se le reconoció por las espuelas, es de todo punto inexacto.»

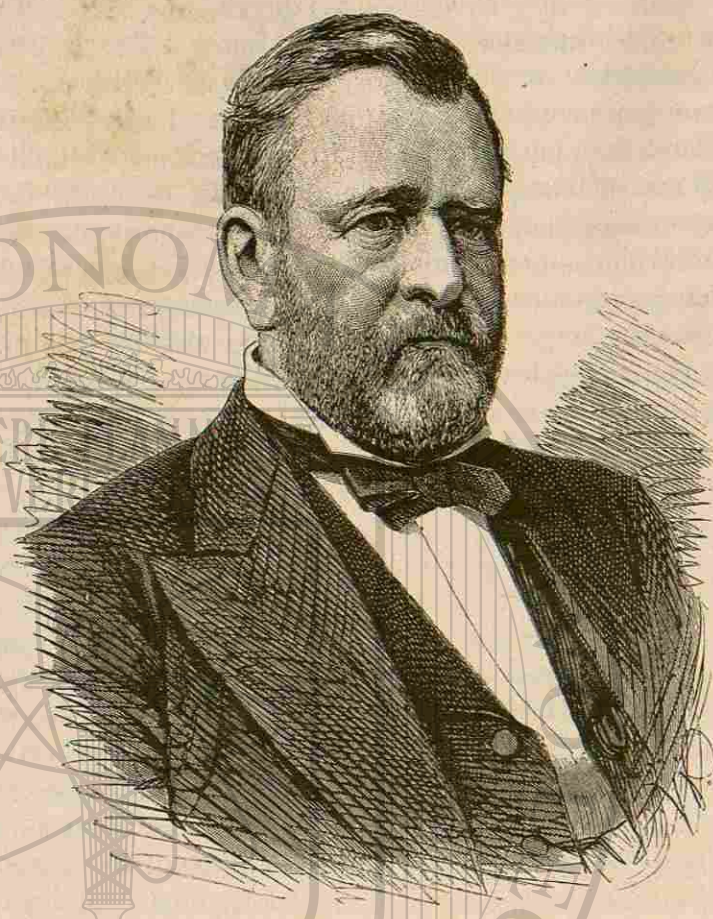
diados, á Macon, y desde aquí al fuerte Monroe, en Virginia.

La prolongada prision de Jefferson Davis se ha considerado por muchos, y no sin razón, como un ejemplo de vengativa crueldad por parte del gobierno federal. Es muy duro para un hombre verse privado de su libertad sin que, en rigor, se le pueda hacer ningun cargo, pues el gabinete del Presidente Johnson no formuló la acusación que debía producir. Habíase creído firmemente durante largo tiempo que Jefferson Davis estaba complicado en la conspiración para asesinar al Presidente Lincoln y á su ministro Seward; pero después se reconoció que era imposible obtener prueba alguna concluyente sobre este punto.

Entre tanto, Davis continuó detenido en el fuerte Monroe, hasta que su salud se alteró gravemente; pero ya una paz continuada desvanecía los temores del partido republicano; ante el enemigo caído, que probablemente no deseaba renovar una lucha inútil ni tenía tampoco fuerzas para ello, despertóse un sentimiento de generosidad, nunca ausente en el pueblo americano, y se pensó que retener á un hombre prisionero, aplazando indefinidamente la vista de su causa, era violar las leyes más elementales de la libertad y de la justicia. En su consecuencia, Mr. Davis fué puesto en libertad bajo fianza en 13 de mayo de 1867, permitiéndole trasladarse al Canadá para restablecer su salud, y en febrero de 1869 renuncióse á todo procedimiento contra el ex-presidente de la Confederación. Las consideraciones del gobierno de los Estados Unidos para con los

ciudadanos traidores fueron seguramente dignas de elogio y merecieron la aprobación general. Booth y Payne, los asesinos de Lincoln y de Seward; Harold, cómplice del primero; un tal Atzerot, complicado en el crimen, y Surratt, que recibió á Booth en su casa cuando acababa de matar al Presidente, fueron los únicos que pagaron con la vida el infame delito. Decimos mal, hubo otra ejecución, la del capitán separatista Wirz, que habiendo sido nombrado alcaide de la prision de Andersonville, trató á los prisioneros federales con una crueldad repugnante, llegando á veces á mandar fusilarlos sin motivo. Juzgado por un consejo de guerra en Washington, se le condenó á muerte y fué ejecutado en 1865.

Una vez que hubo vuelto á la vida privada, Jefferson Davis se dedicó á las operaciones comerciales, como único medio de reponer su quebrantada fortuna. Los jefes militares de la Confederación, á quienes no se molestó absolutamente, consagróse á trabajos pacíficos, en los que algunos se distinguieron mucho más y con mejor fortuna que en la lucha fratricida en que ántes tomaran parte. Los jefes políticos, temiendo las consecuencias de su rebelión, huyeron al Canadá ó á Inglaterra; pero no pasó mucho tiempo sin que se les ofreciera ocasión de volver á su país con la seguridad de no ser molestados, pues el Presidente concedió una amnistía el 29 de mayo de 1865. Stephens y otros elevados funcionarios de la Confederación obtuvieron también gracia, y en el trascurso de uno ó dos años dióse al más completo olvido todo lo pasado.



ULISES GRANT

Décimotavo Presidente de los Estados Unidos

Ulises Grant nació en Galena, cerca de Georgetown (Ohio), en 27 de abril de 1822. Desde muy joven, después de recibida su primera educación, su familia le hizo asistir á la Academia Militar de West Point, donde, como ya sabemos, habían cursado otros muchos jóvenes que más tarde debían ser militares de nota. El joven Grant ingresó muy pronto en el ejército con el grado de teniente del 4.º regimiento de artillería, y poco después comenzó á prestar sus servicios en la guerra contra México, en la cual recibió el bautismo de fuego, tomando parte en todas las acciones que se libraron durante la campaña, es decir, desde 1846 á 1847. Grant continuó en el servicio activo hasta 1854, en cuyo año solicitó el retiro, pues habiéndose casado algunos años antes, quería probar fortuna como cultivador y agente para la venta de terrenos, con la esperanza de mejorar de posición; pero ni en una cosa ni en otra consiguió su objeto. Cuando estalló la guerra civil, en 1861, residía con su padre en Galena (Illinois), y apresuróse á ofrecer sus servicios como coronel de voluntarios. Su regimiento fué en-

viado al Missouri, y muy pronto se reconocieron las disposiciones militares de Grant. En el mes de agosto del mismo año nombrósele teniente general, y habiendo pasado al Mississippi, se le confiaron considerables fuerzas para manobrar en Kentucky y el Tennessee. A principios del año siguiente contribuyó mucho á la toma de los fuertes Enrique y Donelson, obteniendo sus primeras victorias en pro del Gobierno unionista, que para recompensar sus servicios le ascendió al grado de general, confiándole una importante expedición en las inmediaciones del Tennessee superior. Entonces, habiendo alcanzado nuevas victorias, y recibido nuevos refuerzos, sometió el Estado de Tennessee; y al año siguiente, es decir en 1863, puso sitio á Vicksburgo, uno de los más poderosos baluartes de los confederados cerca del Mississippi inferior. El general Grant se apoderó de esta plaza en 4 de julio, no sin perder ocho mil quinientos hombres entre muertos y heridos; mas su victoria produjo gran regocijo en el Norte, que había experimentado ántes grandes derrotas en Virginia y en Pensilvania.

No tardó Grant en llegar á ser el jefe más popular de los unionistas, y tanto es así, que se puso bajo sus órdenes á los generales Sherman, Burnside y Hooker. Con ayuda de las nuevas tropas que se le enviaron obligó á sus enemigos á retirarse hácia la parte Este del Tennessee, y rechazó sus ataques en Chattanooga, cerca de las montañas Alegañas.

El Congreso de la Union, apreciando sus servicios en lo que valían, votó una medalla de oro para el general Grant, y en marzo de 1864 nombróle general en jefe de los ejércitos federales, que contaban ya con una fuerza de 700,000 hombres.

Grant trazó el plan de dos memorables campañas, la de Sherman, que debía operar contra las fuerzas de Johnston, en Georgia; y la que debía hacer frente al general Lee al Sur del Potomac, avanzando después sobre Richmond, en Virginia. En esta última campaña, durante el verano de 1864, los generales Meade y Burnside ejercían un mando subalterno. El ejército federal que entonces penetró en Virginia constaba de cerca de 150,000 hombres, y sólo se pudo mantener por los grandes recursos con que contaban los Estados del Norte y occidentales. El general Grant era hombre que no vacilaba en sacrificar soldados, con tal de conseguir el objeto que se deseaba; mientras que el ejército del Sur estaba obligado á economizar vidas, porque sus fuerzas comenzaban á disminuir mucho. Las batallas que se riñeron durante aquel verano fueron tan repetidas como sangrientas: en el punto llamado «El Desierto,» Grant perdió nada ménos que 41,000 hombres en tres semanas; junto al Rappahannock, en Spotsylvania, Pamunkey y Chickhaming, la matanza fué espantosa. Grant se vió rechazado á menudo; pero al fin consiguió avanzar lentamente hasta que puso sitio á Petersburgo, ciudad muy bien fortificada, que se halla á unas veinte millas al Sur de Richmond, y defendida por el general Lee, con tanto denuedo como perseverancia. Los críticos militares opinan, sin embargo, que este último general era un jefe más entendido que Grant.

Durante el otoño y el invierno, la lucha se prolongó sin ningun resultado decisivo; pero en abril de 1865, habiendo intentado Lee un movimiento para reunirse con el ejército de Johnston, fué derrotado por fuerzas muy superiores, siendo la consecuencia de esto el abandono de Petersburgo y de Richmond, y por último la rendición del general en jefe confe-

derado, lo cual puso término á la gigantesca lucha que el mundo contemplaba con asombro.

En 1868, los diversos partidos del país se prepararon para las elecciones presidenciales, sabiéndose ya que Johnson no sería reelegido. Los republicanos organizaron su convención en Chicago el 20 de mayo, y después de combatir la política de Johnson, con la cual no estaba conforme la mayoría del país, procedióse á elegir candidato para la Presidencia. El mayor número de votos recayó en favor del general Grant, que entonces desempeñaba el cargo de Secretario de la Guerra; mientras que los demócratas propusieron á Horacio Seymour. El espíritu de partido era entonces muy violento, y durante las elecciones no se ocultaron unos á otros su rencor y animosidad. El general Grant, hombre algo reservado y taciturno, habló muy poco ó nada durante la lucha electoral; pero su silencio, contrariamente á lo que se hubiera podido esperar, lejos de perjudicarlo, contribuyó á su triunfo, pues obtuvo gran mayoría de votos.

Seguramente necesitábase tener á la cabeza del Gobierno un hombre que pudiera obrar más en armonía con los deseos del Congreso y de la mayoría del pueblo, pues la situación de los Estados del Sur en los últimos meses de la administración de Johnson había comenzado á ser muy grave y hasta alarmante, y Grant parecía la persona más á propósito para corregir los abusos y hacer frente al estado de cosas que se había producido.

El 4 de marzo de 1869, el general Grant tomó posesión del cargo de Presidente de los Estados Unidos, previas las ceremonias de costumbre, y entregó su mensaje inaugural en forma de proclama. Este documento no tenía nada muy notable: referíase particularmente á la deuda del Gobierno, diciendo que era de todo punto necesario pagar hasta el último duro en oro; y después de tratar otros diversos asuntos de la administración, y de las cuestiones generales del país, decía: «Tengo que recomendar una política especial, pero en ningun sentido contra la voluntad de pueblo.» Los principios sentados por el nuevo Presidente no se expresaban con mucha claridad; pero sabíase que le habían elegido los republicanos, y que seguramente no atacaría las tendencias de la mayoría del Congreso. La Presidencia estaba en manos firmes; y la conducta del general Grant en su elevado cargo, aunque hallase mucha oposición en ciertas localidades, satisfizo de tal modo á la

mayoría del pueblo americano, que terminada la primera administracion de este Presidente, y al procederse á las elecciones en noviembre de 1872, fué reelegido, triunfando de su contrincante Mr. Horacio Greeley, quien sólo obtuvo un corto número de votos. Este candidato murió pocas semanas despues.

Uno de los principales incidentes de la segunda administracion del general Grant fué el arreglo de las diferencias suscitadas entre Inglaterra y los Estados Unidos á causa de las pérdidas que habia sufrido el comercio americano por efecto de las patentes de corso que la Confederacion otorgó durante la guerra. Esta cuestion estuvo á punto de producir un rompimiento entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Las negociaciones diplomáticas entabladas para arreglar el asunto no conducian al resultado apetecido, y en su consecuencia acabóse por nombrar un tribunal árbitro, compuesto del conde Sclopis, por Italia; Jacobo Staempfli, por Suiza; el vizconde de Itajuba, por el Brasil; Carlos Francisco Adams, por los Estados Unidos, y Sir Alejandro Cockburn, por Inglaterra. Estos señores se reunieron en Ginebra el 15 de junio de 1872, y poco despues declararon que las reclamaciones indirectas no eran válidas, en virtud de lo cual el presidente Grant las retiró. El 14 de setiembre, dicho tribunal celebró su última sesion, conviniendo en que se debian satisfacer los daños y perjuicios ocasionados por el *Alabama*, por el *Florida* y por el *Shenandoah*. La cantidad reclamada ascendia á 9.476,166 libras esterlinas, y se pagaron 3,229,166. Este juicio no satisfizo del todo al Gobierno de los Estados Unidos; y en Inglaterra produjo descontento el tener que abonar tan considerable suma; pero tanto en un país como en otro se reflexionó bien pronto que era preferible este desenlace, porque se alejaba el peligro de una desastrosa guerra. El general Grant manifestó en su mensaje anual que el resultado obtenido por el arbitraje no entibiaria en lo más mínimo las amistosas relaciones con la Gran Bretaña.

Poco despues de arreglado este asunto, produjo una nueva causa de perturbacion. Los criollos de Cuba se habian insurreccionado contra las autoridades españolas en el otoño de 1868, y al año siguiente los rebeldes hicieron grandes esfuerzos para que los Estados Unidos reconociesen la independenciam de la isla. Una gran parte del pueblo americano manifestaba la mayor simpatía con los descontentos; pero debia

temerse que esto fuera sólo efecto de miras interesadas, nacidas de la esperanza que de la independenciam de Cuba resultaria muy pronto su anexion á los Estados Unidos. Hicieronse entonces varias instancias al gobierno para que adoptara esta línea de política; pero el general Grant y sus consejeros resolvieron juiciosamente no intervenir sino para ofrecer sus buenos oficios á España, proponiendo la cesion de la isla. España, sin embargo, aunque atravesaba entonces un período de revolucion, no quiso ceder de su derecho, habiéndose declarado en las Cortes, durante los disturbios de 1854, que la venta de Cuba seria la venta del mismo honor español, opinion que predominaba con igual fuerza en 1869.

Algunos aventureros habian renovado sus piráticas expediciones, y el filibusterismo contó otra vez con numerosos prosélitos; pero Grant y su gobierno obraron con la mayor firmeza, haciendo fracasar varias intentonas ilegales contra Cuba. Los Estados Unidos habian resuelto no reconocer á los insurrectos como beligerantes, y gracias á esto la excitacion popular se fué calmando poco á poco. Sin embargo, á fines de 1873 prodújose de nuevo con más fuerza que nunca con motivo de haber sido apresado el buque americano *Virginus* por una cañonera española, bajo el pretexto de que aquel conducia armas de Nueva-York á los insurgentes cubanos; y en primeros de noviembre la cuestion empeoró por haberse ejecutado en Cuba á treinta ciudadanos de los Estados Unidos, acusados de tomar parte en la rebelion. El pueblo americano pidió entonces á gritos la guerra contra España; pero despues de una breve correspondencia se devolvió el *Virginus* al gobierno del presidente Grant.

Habiéndose reorganizado la Union por la admision de los Estados antes rebeldes, el Presidente expidió el 30 de marzo de 1870 una proclama declarando que se ratificaba la décima-quinta enmienda á la Constitucion, en virtud de la cual otorgábase el derecho de votar en toda clase de elecciones á los ciudadanos negros de los Estados Unidos. Sin embargo, entonces surgió una nueva dificultad sobre si se comprenderia á los indios y á los chinos, como se habia hecho con los negros, en la categoría de ciudadanos de la Union, con los mismos derechos y privilegios. En cuanto á los chinos, la cuestion podia parecer á primera vista ridícula, pero en realidad era muy importante, pues hacia algunos años que los hijos del Celeste Imperio ha-

bian llegado á ser un elemento importante en California. Cruzando el Pacífico desde su país, habíanse establecido á lo largo de la orilla occidental, donde se dedicaban á diversas ocupaciones útiles. Por su laboriosidad, por su amor al trabajo, su paciencia y su industria, aquellos extraños y grotescos representantes de la raza amarilla rivalizaban con los irlandeses y los alemanes. En 1870, la colonia china en la costa del Pacífico contaba ya 90.000 almas, y su número aumentaba continuamente; desagradaban mucho á causa de sus sucias costumbres y sus viciosas prácticas, así como porque formaban una comunidad independiente, pero no se podia negar que comenzaban á constituir en el país una potencia, la cual seria forzoso reconocer de un modo ú otro. Despues de varios debates el Congreso acordó no considerar á los hombres de las razas roja y amarilla como ciudadanos de la Union, porque, en rigor, eran de nacionalidad separada, concediéndose este privilegio solamente á los negros de América, pues realmente podian reclamarle.

La posicion de las tribus indias en los Estados Unidos preocupaba mucho al gobierno, pues preveíanse graves conflictos. El presidente Grant se interesaba mucho por el bienestar de aquel infortunado pueblo, y deseaba que se le tratase con toda la consideracion posible, aunque la experiencia hubiese demostrado que era una cosa impracticable mejorar su suerte. Por insinuaciones del Presidente, en 1870 se reunió un Consejo compuesto de los delegados de diversas tribus, á los cuales se sometió el proyecto de fundar un gobierno republicano indio; y en 1871 organizóse uno provisional. Algunos años antes la poblacion india constaba de 321,000 almas, y aunque desde 1850 habia disminuido mucho, progresando rápidamente su decadencia, aun era muy numerosa. En su consecuencia, el gobierno de los Estados Unidos acordó señalar ciertas porciones de territorio, á las cuales se dió el nombre de «Reservas,» para que las habitaran los indios exclusivamente, debiéndose proteger á las tribus contra toda invasion siempre que no traspasaran los límites que se les señalasen. A pesar de estas ventajosas condiciones, el carácter inquieto de los indios, por una parte, y la mala fe de algunos blancos, por otra, hicieron temer que el resultado no fuese satisfactorio.

El general Grant, sin embargo, continuó sus benévolos esfuerzos para dulcificar la suerte de aquella raza desheredada, y en su mensaje

de 1873 decia: «La superioridad de nuestra fuerza y las ventajas que obtenemos de la civilizacion nos imponen hasta cierto punto la obligacion de ser indulgentes con los indios. ¿No podrian éstos formar una parte de nuestro pueblo si se les enseñase y tratara convenientemente?»

Por buenas que fuesen las intenciones del Presidente, no debian conducir al objeto apetecido. En 1873, los indios modocs, en número de unos setecientos hombres, fueron trasladados desde el sur del Oregon á otros territorios, en virtud de una orden del gobierno; pero como no les conviniesen sus nuevas posesiones (á decir verdad, les era imposible obtener allí la subsistencia), volvieron al punto que ocupaban ántes, oponiendo resistencia á las autoridades de los Estados Unidos; y en enero de 1874 derrotaron á un cuerpo de tropas enviadas para expulsarlos. Entonces se entablaron negociaciones para un arreglo pacífico, pero mientras seguian su curso, los comisionados cayeron en una emboscada, y unos cuarenta fueron asesinados el 11 de abril, contándose entre ellos el general Cauby, que se habia distinguido mucho en los últimos dias de la guerra civil. Siguiéronse á esto algunos desesperados combates, hasta que habiendo caído prisionero el jefe indio, juzgósele por un consejo de guerra y se le condenó á muerte, con lo cual terminó por el pronto la lucha. Sin embargo, en 1876 rebeláronse los indios sioux; el 25 de junio atacaron á un cuerpo de tropas mandadas por el general Custer, y habiendo acorralado á estas en un barranco, dieron muerte á casi todos los soldados, al jefe y su familia. Esta guerra se debió á la irritacion producida por la conducta de varios oficiales que trataban con los indios. El general Sheridan se encargó poco despues del mando, y con sus vigorosas medidas restablecióse al fin la paz.

Estos disturbios en la frontera india eran, sin embargo, asunto de poca importancia, comparados con las divisiones intestinas en el Sur, consiguientes al nuevo estado social que siguió á la guerra civil, y que con razon debian preocupar al presidente Grant y su gobierno. En febrero de 1873 hubo lucha en las calles de Nueva Orleans; y en la primavera de 1874, dos gobernadores rivales elegidos en Arkansas provocaron un conflicto con sus partidarios armados; de modo que fué necesaria la intervencion de un cuerpo de tropas para mantener el orden y establecer en su gobierno al candidato que tenia mejor derecho.

En 12 de agosto hubo una sangrienta escaramuza entre blancos y negros en Austin (Mississippi), que no terminó hasta la llegada de las tropas, y en la cual perecieron quince ó veinte hombres. En el mismo mes estalló en Trenton (Tennessee) una insurrección de negros, pero fué reprimida por las autoridades, que mandaron ahorcar, sin contemplación, á los jefes del movimiento. Estas colisiones eran debidas al rencor predominante entre los blancos y la raza que habia recobrado su libertad. Es indudable que en muchos casos los negros reclamaban sus nuevos privilegios con demasiada grosería, y de una manera insolente, dando con esto lugar á que se exasperasen los ánimos; mientras que, por otra parte, los propietarios, muy irritados por la pérdida de su antigua supremacía, y aun resentidos por las consecuencias de la guerra civil, procedían con violencia y crueldad. Cierto que los negros contaban con el apoyo de varios aventureros del Norte; mas estos últimos, á menudo hombres de mala fe, atizaban el fuego de la discordia en vez de conciliar los ánimos. El Poder ejecutivo de los diversos Estados del Sur y las legislaturas estaban casi enteramente en manos de negros emancipados, y de aquí resultó una corrupción y mal gobierno deplorables, sin que la autoridad respectiva pudiese conjurar el mal.

El Estado de Luisiana, sobre todo, era tan alarmante, que por un momento se temió una nueva guerra civil entre el Norte y el Sur. El gobernador Mr. Kellogg habia sido elegido por el voto de los negros, pero los blancos opusieron una enérgica resistencia. El presidente Grant apoyaba á dicho funcionario, porque la eleccion era legal; mas parece que este gobernador habia abusado de sus atribuciones, lo cual irritó de tal modo á los blancos, que habiendo celebrado una reunion en Nueva Orleans, acordaron denunciar á Mr. Kellogg como usurpador, pidiendo su destitucion; y no contentos con esto, llamaron á los ciudadanos á las armas, organizando muy pronto un cuerpo de diez mil hombres. El gobernador no sabia qué hacer, pues no contaba con fuerzas suficientes para resistir, y al fin sometióse á sus enemigos. Entónces los blancos restablecieron el gobierno derribado ántes por las tropas federales, pero su triunfo fué de corta duracion, pues habiendo apelado Mr. Kellogg al Presidente, este último expidió una proclama intimando á los insurrectos que se dispersasen en el término de cinco dias, y previniéndoles que los

jefes militares tenían orden de proceder enérgicamente para restablecer la tranquilidad. Sheridan marchó á Nueva Orleans inmediatamente, é hicieron preparativos militares en gran escala, prohibiéndose reconocer al gobierno insurgente, cuya existencia era á todas luces ilegal.

Estas medidas bastaron para asegurar el orden, y entónces el gobernador Kellogg volvió á ocupar su puesto, sin que por el pronto se turbase más la tranquilidad.

Sin embargo, la tregua no duró muchos meses: á principios de 1875 renováronse las disensiones, y las tropas federales hubieron de expulsar á cinco individuos del partido democrático que, segun se aseguraba, habian obrado con violencia é intimidacion. El general Sheridan, encargado del mando en el departamento del Golfo, ofendió entónces mucho á los demócratas, por haber dicho que el asesinato y la violencia eran cosa corriente en aquella parte del país, y que en uso de sus atribuciones el Presidente apelaría á enérgicas medidas militares. Los despachos dirigidos por el general Sheridan al Gobierno eran muy destemplados y poco juiciosos; pero no puede negarse que en el Sur estaban muy inflamadas las pasiones, y que se habia hecho indispensable la intervencion de la fuerza. Con Luisiana, no obstante, se buscó una conciliacion: los cinco demócratas expulsados volvieron á ocupar sus puestos, y acordóse que Mr. Kellogg continuara en el gobierno hasta 1877, sin procesársele por sus actos anteriores.

A pesar de todo, en el Sur continuaba la agitacion, promovida por la violencia de las pasiones, y sobre todo por el empeño de los blancos en oprimir é insultar á los negros por cuantos medios les era posible; de su crueldad se tuvo un doloroso ejemplo en julio de 1876 en el pueblo de Hamburgo (Carolina del Sur), donde algunos milicianos negros fueron muertos, sólo por haber intentado celebrar el día de la Independencia. Hé aquí el espíritu que hacia que la esclavitud en el Sur fuese la más indigna de las instituciones, y hé aquí por qué la tarea de los gobiernos en Washington está siempre erizada de dificultades.

Poco despues de haberse reelegido á Grant para la Presidencia ocurrió en los Estados Unidos un gran desastre, cual fué el espantoso incendio que destruyó casi completamente la ciudad de Chicago, principal centro comercial del Illinois. Situada sobre el lago Michigan, su

existencia databa sólo desde 1830; en 1871 contaba ya, sin embargo, con una poblacion de 400,000 habitantes; pero muchas de las casas eran las antiguas viviendas de madera construidas por los primeros colonos. El día 8 de octubre se inflamó en una casa una lámpara que contenia petróleo, con tan mala suerte, que al punto se declaró un incendio, y no habiéndose llegado á tiempo para sofocarlo, propagáronse las llamas de casa en casa y de calle en calle con espantosa rapidez; 25,000 casas fueron pasto del devorador elemento, que se extendió en el espacio de cinco millas cuadradas; 98,500 personas quedaron sin albergue, y 250 perecieron en las llamas. Las pérdidas materiales fueron enormes, no bajando de 290.000,000 de duros. Gracias á las suscripciones que se abrieron al punto, no se tardó en reconstruir la ciudad, y esta vez se edificó con piedra y mármol, tan activamente, que en 1873 elevábase la nueva Chicago sobre las cenizas de la que el fuego habia consumido. En julio de 1874 estalló otro incendio considerable; pero no alcanzó las gigantescas proporciones del anterior.

El mormonismo, que casi se habia olvidado ya, fué otro de los asuntos que debian llamar muy pronto la atencion del gobierno de los Estados Unidos y del público en general. El pueblo de Utah habia aumentado mucho durante los últimos años, pero el primitivo carácter de la colonia hallábase bastante modificado por la marcha de los acontecimientos y la introduccion de muchas personas que no profesaban las ideas de Brigham John. De aquí resultaron numerosos cismas y una creciente oposicion á la poligamia, y al fin se llegó á temer que se produjese un conflicto con la colonia de los mormones. El presidente Grant habia resuelto adoptar varias medidas para someter á esa secta á las leyes del país, y en su consecuencia, en 1871, el Jefe de Justicia de Utah anunció que la poligamia se consideraria como un crimen, no sólo en aquel territorio, sino en los demás de la Union. Poco tiempo despues dióse orden de prender á Brigham John, acusado de bigamia; pero el jefe de los mormones huyó, y no se le volvió á ver hasta 1872, cuando ya se habia dado orden de suspender la persecucion contra los mormones, que se comprometieron á renunciar la poligamia si se queria comprender su territorio en la Union como Estado. En 1874, no obstante, Brigham John, acusado de nuevo del mismo delito, y habiéndose negado á obedecer á la autoridad, fué re-

ducido á prision en su misma casa; absolviósele en 1875, y murió dos años despues.

A fines de 1873 la situacion del gobierno de Grant llegó á ser bastante crítica, á consecuencia de haber excedido los gastos á los ingresos en más de siete millones de libras esterlinas. En dicho año el comercio habia sido muy escaso, debiéndose á esta circunstancia que se gastara mucho ménos en los artículos que pagaban derechos. Precisamente entónces habíanse invertido considerables sumas para reforzar el ejército y la armada, porque se temia una guerra con España; y entre unas cosas y otras resultaba de aquí que los gastos habian aumentado constantemente desde el advenimiento del general Grant al poder. A principios de 1874, el Secretario del Tesoro se vió en la precision de solicitar nuevos impuestos hasta la suma de cuarenta y dos millones de duros; mientras que el Senado y la Cámara de representantes acordaron admitir un proyecto por el cual se aumentaba la circulacion del papel en unos nueve millones de libras esterlinas, para las eventualidades que pudieran ocurrir. Tambien se queria autorizar á los Bancos para que pusieran mayor número de billetes en circulacion; y con estas medidas aplazábase indefinidamente la resolucion de la crisis monetaria.

Las clases mercantil y financiera manifestaron claramente su disgusto al saber que se trataba de adoptar semejantes medidas, y el presidente Grant rehusó sancionarlas, y en su mensaje, imponiendo el *veto*, declaró que no podia consentir que la circulacion del papel se aumentase en cien millones de duros; que semejante medida era en su concepto una desviacion de los verdaderos principios financieros, y que la consideraba contraria á los intereses nacionales y á las obligaciones del país para con sus acreedores. El general Grant añadió que no era partidario de ningun método artificial para crear papel moneda, cuando no se tenia el metálico necesario para pagar á la presentacion de los billetes. Estas razonables apreciaciones del Presidente merecieron el apoyo de las clases que gozaban de más influencia, y el Congreso no tuvo fuerzas suficientes para hacer aprobar el *bill* en que Grant impuso el *veto*.

En 1875 Grant propuso para aumentar los ingresos restablecer los impuestos sobre el té y el café, y no admitir el diez por ciento de reduccion en los derechos sobre el hierro, el acero, etc., acordado en 1872, aconsejando otras medidas para poner la circulacion de papel á

la par con el oro. Los demócratas, procediendo con tanta imprudencia para sus intereses como para los del país, opusieron dificultades, declarándose en favor de la circulación del papel moneda; mientras que los republicanos querían disminuirle en lo posible, y hasta suprimirlo. Esta era también la tendencia general en el país; y hé aquí por qué el partido democrático fué derrotado en las siguientes elecciones.

En su último mensaje anual dirigido al Congreso en 5 de diciembre de 1876, después de dar cuenta de los asuntos públicos, y en particular de los relativos á la hacienda, el presidente Grant terminaba así: «Con el presente Congreso terminan mis funciones oficiales, y ya no es fácil que me vuelva á ocupar de la política sino como ciudadano de la República.»

A pesar de esta declaración muchos creían que el general Grant deseaba ser reelegido por tercera vez para la Presidencia, y no cabe duda que sus partidarios estaban dispuestos á prestarle su apoyo; pero la mayoría del pueblo americano recordaba la observación de Jefferson, que había aconsejado con mucha insistencia oponer un dique á la ambición personal; y por esto el Congreso había aprobado el año anterior un acuerdo, declarando que una tercera reelección sería inconstitucional. El general Grant tuvo el buen sentido de conformarse con lo resuelto tan autorizadamente, y no hizo nada que revelase el menor deseo de volver á gobernar.

Por otra parte, Grant había perdido mucha popularidad en su segunda administración, demostrando que estaba muy lejos de ser tan buen político como general. Toleró, ó no supo evitar graves abusos; y su política de fuerza en el Sur, no sólo había disgustado á los demócratas, sino también ofendido á los republicanos. En cuanto á la cuestión financiera y comercial, aunque no podían imputársele las perturbaciones que produjo, sobre todo en 1873, sus adversarios políticos hicieron de ellas un arma para combatir su administración y desacreditarle.

Retirado ya de la vida pública, Grant abandonó su país para emprender un largo viaje por Europa y Asia; estuvo primeramente en Inglaterra, donde fué cordialmente recibido, y después visitó las primeras capitales de la China y el Japon, en las que, no sólo se le acogió benévolutamente, sino que se le dispensaron obsequios é hicieron varios presentes de considerable valor. Los príncipes Kong y Luinga

Tchang le regalaron magníficos bronce y varios objetos artísticos de gran valor, con los que el general pudo enriquecer la preciosa colección que había comenzado á formar pocos años antes.

En 1879, Grant regresó á Nueva York, donde ya no encontró muchos partidarios; en su segunda administración había sido blanco de severas censuras, más ó menos merecidas, como ya hemos dicho, acusándose de dilapidación, si no á él, á las personas á quienes protegía; y esto era sin duda la causa de que hubiese perdido mucha de su influencia. Desde aquel momento Grant dejó de ser una figura importante en la vida pública, desgraciadamente para él, pues se aventuró en empresas comerciales muy arriesgadas en las que perdió toda su fortuna y la de los suyos, arruinándose completamente, lo cual le obligó á declararse en quiebra. A este gravísimo disgusto agregóse una dolencia aguda, un cáncer en la lengua, que al cabo de algunos meses debía conducirle al sepulcro.

El desgraciado ex presidente pagó muy caras sus ruinosas especulaciones financieras. Apenas se hubo declarado en quiebra, el ministerio de la Guerra ordenó que se le embargaran sus trofeos militares y cuantos objetos de valor poseyese, incluso su rico museo, que la señora Grant se complacía en enseñar á cuantas personas visitaban á su esposo, y en el cual figuraban ricas espadas de honor, presentes de mucho mérito, hechos por diversas ciudades, pueblos, príncipes y soberanos, y objetos artísticos de gran valor. El 11 de junio de 1885, el coronel Batchelder, delegado del ministerio de la Guerra, á quien acompañaban dos peritos para inventariar y empaquetar, se incautó de todo lo que pertenecía al ex-presidente, llevándose hasta su uniforme de general de ejército y las charreteras.

¿No merecía Grant que se le guardasen algunas consideraciones, tratándole con menos rigor en los procedimientos, sobre todo en días en que una enfermedad mortal le tenía condenado á muerte? O por lo menos ¿no se hubiera podido aplazar la ejecución del embargo, evitándole así el profundo pesar de verse despojado de sus objetos más queridos, pesar que aceleró su próximo fin acibarando los últimos días de su existencia? El general que había derribado la Confederación veinte años antes, salvando á la Union federal de los peligros que la amenazaban, ¿no era acreedor á que el Con-

greso votase una suma para aliviarle en sus graves apuros, ó bien propusiera una suscripción nacional en favor del que tan eminentes servicios había prestado en defensa del gobierno y en bien del país? Sin duda no se creyó oportuno ó conveniente nada de esto; y el general Grant murió el 22 de julio, á las ocho de la mañana, unas seis semanas después de haberse procedido al embargo de sus trofeos militares. Conservó el conocimiento hasta el último instante de su vida, aguardando su fin estoicamente, rodeado de los suyos, que no le abandonaron ni un minuto.

Hasta el último día de su existencia, Grant se ocupó en corregir sus *Memorias*, que muy pronto verán la luz pública, según se asegura.

El general, hombre de escasa estatura y rostro abultado, se distinguía por su carácter taciturno y por su inalterable impasibilidad.

Cuando circuló la noticia de la muerte del general Grant hubo muchas manifestaciones de duelo, y el Gobierno hizo los preparativos necesarios para que los funerales fuesen superiores á cuanto se había visto hasta entonces, dando así el último testimonio de respeto al ilustre finado. Por lo pronto suscitáronse algunos debates sobre la elección del punto en que debían reposar los restos mortales del ex-presidente. Hubiérase designado desde luego West Point, pero el mismo general, á pesar de sus deseos de reposar allí, había reconocido que sería imposible cumplir su voluntad de que una misma tumba encerrase sus cenizas y las de su esposa; Galena, la ciudad natal de Grant, no se creyó conveniente para el caso; y al fin, previo el consentimiento de la familia, acordóse inhumar el cadáver en el Parque Central de Nueva York, donde se erigiría un magnífico monumento.

El 28 de julio celebróse un *meeting* de varios personajes y capitalistas de Nueva York á fin de nombrar un comité que se encargara de la recaudación de fondos destinados á erigir el citado monumento á la memoria del general Grant. Entre las personas que asistieron á esta junta figuraban Mr. Arthur, el general Mac. Callan, Mr. Hamilton y otras notabilidades, así como los directores de los periódicos de la localidad.

Las cartas y mensajes de pésame que la viuda del ilustre difunto recibió, tan pronto como se supo su muerte, fueron muy numerosos, pues el general contaba con muchas simpatías fuera de su país, y sobre todo en Inglaterra.

El príncipe y la princesa de Gales enviaron al punto telegramas á la afligida esposa; el presidente Cleveland y el ex-presidente Arthur la escribieron una extensa carta; y el ministro de Inglaterra en Washington la expresó su sentimiento, en su nombre y el de su gobierno.

Por su pompa y aparato, los funerales del general Grant fueron una verdadera solemnidad fúnebre para Nueva York. El cadáver, trasladado á esta ciudad desde Saratoga, y recibido con los debidos honores por una comisión de diputados y las autoridades locales, se depositó en una sala de la Casa Ayuntamiento, donde estuvo expuesto durante dos días, en cuyo tiempo le visitaron doscientas setenta mil personas. Para que se forme una ligera idea de la extensión de la línea que formaban los curiosos, los cuales entraban por turno, bastará decir que los últimos hubieron de aguardar siete ú ocho horas para entrar en el edificio. El cuerpo, debidamente embalsamado, se había puesto en un ataúd con cubierta de cristal, y custodiábanle veteranos del ejército del general Grant.

En el lugar destinado para la sepultura de los restos mortales, situado en las orillas del Hudson, en la extremidad norte de la ciudad, habíase construido una bóveda provisional para depositar el féretro. La fúnebre procesión, que debía recorrer una distancia de siete ú ocho millas para llegar á dicho punto, tenía cierto carácter militar, pues precedían á la comitiva un verdadero cuerpo de ejército, compuesto de tropas de los Estados Unidos, al mando del general Hancock, y un cuerpo de milicia de Nueva York, formando en todo un total de 20,000 hombres. A la cabeza de la columna iban los veteranos de la guerra civil, mezclados con marinos y voluntarios del que fué ejército de la Confederación. En el acompañamiento figuraba, entre otros personajes, el general Johnston, uno de los más distinguidos jefes del Sur; vestía de paisano, é iba en coche con el general Sherman, contra el cual había luchado tenazmente en 1864 y 1865, y al que se rindió, como ya se ha dicho, después de la capitulación del general Lee. Johnston, una vez terminada la guerra, habíase asociado en varias empresas agrícolas y comerciales, ocupándose al propio tiempo en escribir una fiel narración de sus operaciones militares durante la campaña. El anciano general cuenta ya setenta y ocho años. Sherman, su compañero ahora, y en otro tiempo temible rival, no había adquirido menos

fama en la pasada guerra, y consérvase muy bien á pesar de sus sesenta y cinco años. El general Hancock, en fin, llamaba también la atención por la importante parte que tomó en la sangrienta campaña de 1864, mandando el segundo cuerpo del ejército de Grant.

El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, había querido honrar también con su presencia los funerales, y ocupaba un coche tirado por seis caballos; detrás iba otro que conducía á dos ex-presidentes, Mr. Rutherford Hayes y Mr. Chester Arthur; y seguía un considerable número de carruajes ocupados por ministros, gobernadores de diversos Estados, senadores y representantes del Congreso. Esta procesion empleaba cinco horas para pasar por un punto dado, y tardó siete en llegar á su destino. Eran las cinco de la tarde cuando el catafalco se detuvo cerca de la tumba, donde for-

maban dos regimientos y alguna artillería como guardia de honor. El presidente Cleveland, seguido de algunos funcionarios, fué á situarse junto á la bóveda; y cuando hubo llegado la familia del general Grant dióse principio á la ceremonia religiosa. Terminada ésta, colocóse el ataúd en la tumba; se hicieron algunas salvas de artillería y se dió por concluido el acto.

Estos funerales, así como anteriormente los de Abraham Lincoln, y más tarde los del presidente Garfield, revelan en América los más nobles y puros sentimientos de una verdadera democracia, que sabe agradecer los servicios de los soldados leales de la República, y que en días de luto nacional olvida todas las disensiones de los partidos rivales, todos los errores y las luchas de los pasados años, uniéndose para honrar la memoria de un hombre que sirvió bien á su país.

RUTHERFORD HAYES

DÉCIMONOVENO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Antes de terminar la administración del general Grant, en noviembre de 1875, las elecciones oficiales en los Estados habían sido favorables á los republicanos, pero el éxito de las que debían verificarse más tarde para la Presidencia parecía muy dudoso. El candidato republicano en 1876 fué Mr. Rutherford Hayes, gobernador del Ohio; y el demócrata Samuel J. Tilden, gobernador de Nueva York. La lucha electoral fué muy reñida, y en algunas partes del Sur produjo tal excitación, que hasta llegó á temerse que se renovara la guerra civil; pero al fin se sometió la cuestión á un Comité electoral; y en 2 de marzo de 1877, contados los votos, resultó favorecido Mr. Hayes, pero sólo por la mayoría de uno, es decir, 185 contra 184, lo cual hizo recordar las elecciones de la época de Juan Adams, quien sólo obtuvo el triunfo por una mayoría de tres votos en la lucha electoral para la Presidencia. Por lo demás, nada hubiera tenido de particular la derrota de Hayes, pues aunque ventajosamente conocido y apreciado por sus relevantes cualidades, los demócratas le opusieron como rival á Samuel Tilden, gobernador de Nueva York, como ya hemos dicho, y que por su brillante carrera, su influencia y su posición era digno de ocupar el primer cargo de la República. Nacido en Nueva Lebanon (condado de Colombia), en 1814, su padre, que era cultivador y comerciante á la vez, y hombre de no poca influencia en la localidad, habíale imbuido desde muy joven una marcada afición á la política, y Samuel, dando pruebas de su precoz talento, escribió ya á los diez y ocho años un folleto sobre los partidos. En 1832 ingresó en el Colegio de Yale, pero no pudo continuar mucho tiempo allí sus estudios á causa de su delicada salud. Dos años más tarde asistió á la Universidad de Nueva York, donde completó su educación; y después fué á estudiar leyes en casa de un abogado notable, donde permaneció hasta que al fin pudo ejercer á su vez. Entonces Tilden tomó una parte muy activa en la política, y escribió á menudo para defender al partido democrático en oposición á los federales. En 1844 asocióse con un amigo

suyo para publicar un periódico, el *Daily News*, á fin de favorecer la elección de Jaime Polk para la Presidencia; y al año siguiente se le eligió diputado. Después formó parte de la Convención constitucional de Nueva York; pero no tardó en retirarse de la política, y durante algunos años se consagró exclusiva y asiduamente al ejercicio de su profesión. En aquella época hubo de entender en muchas causas importantes, y pudo adquirir así una merecida fama. Desde 1858 á 1872 conociósele principalmente como «abogado asesor de los ferro-carriles,» y en esta práctica adquirió una gran fortuna. Cuando estalló la guerra, Mr. Tilden, que siempre había sido partidario de la conciliación, mantúvose en una actitud neutral mientras duraron las hostilidades; pero después tomó una parte activa en la dirección del partido democrático en su Estado, siendo individuo de la Convención constitucional de 1867. En 1874 se le eligió gobernador de Nueva York. Tal era el competidor de Rutherford Hayes, que, como hemos visto, estuvo muy próximo á ganar la elección.

Rutherford Hayes nació en Delaware, en el Estado de Ohio, el 4 de octubre de 1822. Se graduó en el Colegio de Kenyon, en Gambier (Ohio), y recibió una educación profesional en la Escuela de Leyes de Cambridge. En Cincinnati fué donde comenzó á ejercer; mas no lo hizo hasta los treinta y cuatro años, y entonces obtuvo su primer cargo oficial de procurador, el cual desempeñó hasta que estalló la guerra, en 1861. Muy poco antes alistóse en el regimiento de voluntarios del Ohio, en el que sirvió hasta que se le confirió el mando de una brigada, en 1864.

Después de haber sido nombrado Mayor, cuyo cargo desempeñó durante un año, ó poco menos, promoviósele en setiembre de 1862 al grado de teniente coronel, con mando de un regimiento, que se distinguió en la batalla de la Montaña del Sur. En lo más acalorado de la acción, el coronel Hayes fué herido gravemente en un brazo, pero permaneció con su regimiento hasta el fin, é hizo notar por ser el primer jefe que tomó posición en dicho punto.

fama en la pasada guerra, y consérvase muy bien á pesar de sus sesenta y cinco años. El general Hancock, en fin, llamaba también la atención por la importante parte que tomó en la sangrienta campaña de 1864, mandando el segundo cuerpo del ejército de Grant.

El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, había querido honrar también con su presencia los funerales, y ocupaba un coche tirado por seis caballos; detrás iba otro que conducía á dos ex-presidentes, Mr. Rutherford Hayes y Mr. Chester Arthur; y seguía un considerable número de carruajes ocupados por ministros, gobernadores de diversos Estados, senadores y representantes del Congreso. Esta procesion empleaba cinco horas para pasar por un punto dado, y tardó siete en llegar á su destino. Eran las cinco de la tarde cuando el catafalco se detuvo cerca de la tumba, donde for-

maban dos regimientos y alguna artillería como guardia de honor. El presidente Cleveland, seguido de algunos funcionarios, fué á situarse junto á la bóveda; y cuando hubo llegado la familia del general Grant dióse principio á la ceremonia religiosa. Terminada ésta, colocóse el ataúd en la tumba; se hicieron algunas salvas de artillería y se dió por concluido el acto.

Estos funerales, así como anteriormente los de Abraham Lincoln, y más tarde los del presidente Garfield, revelan en América los más nobles y puros sentimientos de una verdadera democracia, que sabe agradecer los servicios de los soldados leales de la República, y que en días de luto nacional olvida todas las disensiones de los partidos rivales, todos los errores y las luchas de los pasados años, uniéndose para honrar la memoria de un hombre que sirvió bien á su país.

RUTHERFORD HAYES

DÉCIMONOVENO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Antes de terminar la administración del general Grant, en noviembre de 1875, las elecciones oficiales en los Estados habían sido favorables á los republicanos, pero el éxito de las que debían verificarse más tarde para la Presidencia parecía muy dudoso. El candidato republicano en 1876 fué Mr. Rutherford Hayes, gobernador del Ohio; y el demócrata Samuel J. Tilden, gobernador de Nueva York. La lucha electoral fué muy reñida, y en algunas partes del Sur produjo tal excitación, que hasta llegó á temerse que se renovara la guerra civil; pero al fin se sometió la cuestión á un Comité electoral; y en 2 de marzo de 1877, contados los votos, resultó favorecido Mr. Hayes, pero sólo por la mayoría de uno, es decir, 185 contra 184, lo cual hizo recordar las elecciones de la época de Juan Adams, quien sólo obtuvo el triunfo por una mayoría de tres votos en la lucha electoral para la Presidencia. Por lo demás, nada hubiera tenido de particular la derrota de Hayes, pues aunque ventajosamente conocido y apreciado por sus relevantes cualidades, los demócratas le opusieron como rival á Samuel Tilden, gobernador de Nueva York, como ya hemos dicho, y que por su brillante carrera, su influencia y su posición era digno de ocupar el primer cargo de la República. Nacido en Nueva Lebanon (condado de Colombia), en 1814, su padre, que era cultivador y comerciante á la vez, y hombre de no poca influencia en la localidad, habíale imbuido desde muy joven una marcada afición á la política, y Samuel, dando pruebas de su precoz talento, escribió ya á los diez y ocho años un folleto sobre los partidos. En 1832 ingresó en el Colegio de Yale, pero no pudo continuar mucho tiempo allí sus estudios á causa de su delicada salud. Dos años más tarde asistió á la Universidad de Nueva York, donde completó su educación; y después fué á estudiar leyes en casa de un abogado notable, donde permaneció hasta que al fin pudo ejercer á su vez. Entonces Tilden tomó una parte muy activa en la política, y escribió á menudo para defender al partido democrático en oposición á los federales. En 1844 asocióse con un amigo

suyo para publicar un periódico, el *Daily News*, á fin de favorecer la elección de Jaime Polk para la Presidencia; y al año siguiente se le eligió diputado. Después formó parte de la Convención constitucional de Nueva York; pero no tardó en retirarse de la política, y durante algunos años se consagró exclusiva y asiduamente al ejercicio de su profesión. En aquella época hubo de entender en muchas causas importantes, y pudo adquirir así una merecida fama. Desde 1858 á 1872 conociósele principalmente como «abogado asesor de los ferro-carriles,» y en esta práctica adquirió una gran fortuna. Cuando estalló la guerra, Mr. Tilden, que siempre había sido partidario de la conciliación, mantúvose en una actitud neutral mientras duraron las hostilidades; pero después tomó una parte activa en la dirección del partido democrático en su Estado, siendo individuo de la Convención constitucional de 1867. En 1874 se le eligió gobernador de Nueva York. Tal era el competidor de Rutherford Hayes, que, como hemos visto, estuvo muy próximo á ganar la elección.

Rutherford Hayes nació en Delaware, en el Estado de Ohio, el 4 de octubre de 1822. Se graduó en el Colegio de Kenyon, en Gambier (Ohio), y recibió una educación profesional en la Escuela de Leyes de Cambridge. En Cincinnati fué donde comenzó á ejercer; mas no lo hizo hasta los treinta y cuatro años, y entonces obtuvo su primer cargo oficial de procurador, el cual desempeñó hasta que estalló la guerra, en 1861. Muy poco antes alistóse en el regimiento de voluntarios del Ohio, en el que sirvió hasta que se le confirió el mando de una brigada, en 1864.

Después de haber sido nombrado Mayor, cuyo cargo desempeñó durante un año, ó poco menos, promoviósele en setiembre de 1862 al grado de teniente coronel, con mando de un regimiento, que se distinguió en la batalla de la Montaña del Sur. En lo más acalorado de la acción, el coronel Hayes fué herido gravemente en un brazo, pero permaneció con su regimiento hasta el fin, é hizo notar por ser el primer jefe que tomó posición en dicho punto.

Dos años después, Hayes obtuvo el grado de brigadier, y entonces los republicanos le eligieron diputado para el Congreso por el segundo distrito del Ohio, y gracias á una gran mayoría de votos pudo triunfar del candidato demócrata, que era José Butler. Hayes se distinguió en el Congreso por sus relevantes dotes, habiendo merecido á menudo la preferencia para formar parte de comités especiales. Al terminar el año 1866 eligiósele de nuevo diputado; pero después de celebrada la primera sesión de la legislatura, el partido republicano le designó para el cargo de gobernador, cargo que aceptó sin vacilar, y para cuyo desempeño fué reelegido cuando terminó el plazo marcado por la ley. En 1869 Hayes figuraba ya á la cabeza del partido republicano en el Ohio, gracias á lo cual comenzó á tener una gran influencia, así en su Estado como cerca del gobierno, y esto le preparó seguramente el camino para elevarse hasta ocupar más tarde la Presidencia.

El 5 de marzo de 1877, Rutherford Hayes, seguido de numeroso acompañamiento cívico y militar, salió de la Casa Blanca para ir al Capitolio, donde le esperaba un inmenso concurso para presenciar la acostumbrada ceremonia, figurando en primera línea los presidentes de ambas Cámaras, el cuerpo diplomático y muchos personajes notables. El vice-presidente, Mr. Wheeler, juró primeramente su cargo, y después trasladáronse todos á la Cámara donde el nuevo Presidente debía practicar la misma ceremonia y tomar posesión. Cumplida esta formalidad, Mr. Hayes entregó su mensaje, documento escrito muy concienzudamente, y que por su índole llamó la atención, excitando el interés de la Asamblea. Decía así: «La pacificación permanente del país, basada en los principios y medidas que puedan asegurar la completa protección de todos los ciudadanos en el libre uso de sus derechos constitucionales, es ahora entre los asuntos públicos el que tiene para nuestro país una importancia suprema. Todavía subsisten muchos de los calamitosos efectos de la tremenda revolución que ha afligido al país, y aun no hemos tocado los inconmensurables beneficios que seguramente seguirán, más pronto ó más tarde, á la general aceptación de los resultados de aquella. Dificiles y espinosas cuestiones se suscitan apenas entramos á tratar de este asunto: el pueblo del Sur está todavía empobrecido, y aun no disfruta de las inapreciables ventajas que debe proporcionarle un gobierno local sabio, honrado y tranquilo. Cuales-

quiera que sean las diferencias de opinión que puedan existir respecto á la causa de semejante estado de cosas, siempre resultará un hecho evidente, y es que en la marcha de los acontecimientos ha llegado la hora de reconocer que tal gobierno es una necesidad imperiosa para todos los intereses públicos y privados del Sur; pero no debe olvidarse que sólo un gobierno local que reconozca y mantenga inviolables los derechos de todos será el verdadero gobierno.

» En cuanto á las dos distintas razas cuyas relaciones peculiares entre sí han acarreado sobre nosotros las deplorables complicaciones que existen en aquellos Estados, el gobierno debe resguardar los intereses de una y otra con celo é igualdad, sometiendo lealmente á la Constitución las leyes del país con las de esos Estados, y aceptando y obedeciendo fielmente los preceptos constitucionales tal como son. Apoyándonos sobre esta segura y sólida base se podrá efectuar la reorganización, pero no de otro modo. Cuando se trata de obedecer los preceptos constitucionales y atenerse á su espíritu, los llamados intereses de partido pierden su aparente importancia, y las fracciones políticas dejan de tener significación. Lo que se ha de considerar ante todo para el inmediato bienestar de los Estados del Sur es la cuestión de gobierno, de orden social y de pacíficas industrias, pues de lo contrario se volvería al barbarismo. Y en esta cuestión, todos los ciudadanos de nuestra República están muy interesados, sin establecer diferencias entre demócratas y federales, porque somos ante todo compatriotas, y por lo tanto, los intereses comunes del país nos han de ser igualmente queridos. La revolución en todo el sistema de trabajo de una gran parte de nuestro país, y la emancipación de cuatro millones de hombres, que han pasado del estado de esclavitud al de ciudadanos libres, no podía efectuarse sin presentar problemas del más grave carácter. Que la medida adoptada por Abraham Lincoln fué sabia, justa y hasta providencial, es cosa generalmente reconocida en el país; y también está admitido por la inmensa mayoría que el gobierno nacional tiene moralmente la obligación de emplear todo su poder é influencia para establecer los derechos del pueblo y evitar que sean atacados. Los males que afligen al Sur sólo se pueden remediar por los esfuerzos aunados de ambas razas, por la buena inteligencia y las consideraciones recíprocas; y yo estoy resuelto á proteger, mientras ocupe el cargo con que se me ha favoreci-

do, á todos los ciudadanos, valiéndome de cuantos medios me permita la Constitución. Abrigo sinceramente el deseo de usar de toda mi influencia en favor de un celoso y honrado gobierno local, porque esto es para los Estados del Sur el único medio, el único camino que puede conducirles á la prosperidad.»

Al hablar de la Constitución general del país, el nuevo Presidente hizo una observación que pareció muy digna de tomarse en cuenta: dijo que en su concepto sería mejor prolongar la administración de cada Presidente por el término de cuatro á seis años, prohibiéndose la reelección, que á menudo da por resultado una indebida influencia. Esperábase que más pronto ó más tarde se sancionaría una enmienda constitucional en este sentido.

El mensaje del Presidente mereció la aprobación general, y fué muy elogiado por la prensa, pues sus declaraciones revelaban tanta sinceridad como buen ánimo para gobernar con una política que no podía menos de satisfacer y tranquilizar á todo el país. El mensaje produjo buen efecto hasta en el Sur.

«Si Mr. Hayes realiza lo que promete, dijo un eminente político al hablar del mensaje, podrá preciarse de haber sido el más notable de los Presidentes desde Washington. La oportunidad que se le ofrece es envidiable, y las dificultades con que ha de luchar no son tantas como las de sus predecesores, aunque para resolverlas exigen la energía y recursos de un hombre de Estado. Es preciso pacificar el Sur, reconciliándole con el nuevo orden de cosas, y hacerle comprender poco á poco la eficacia del trabajo libre y la supremacía del Gobierno republicano, ganándose al mismo tiempo su buena voluntad. Un país gastado por la guerra civil, donde se ha introducido el desorden, á causa de haberse querido que prevalecieran injustas formas sociales é industriales que todo el mundo condena, exige una completa reorganización, y es preciso comunicarle el aliento de una nueva vida. También se debe establecer un justo y razonado equilibrio entre los derechos de los Estados y los del Gobierno; y cuando se haya hecho esto, cuando á la antigua anarquía, resultante de la esclavitud y de la colisión de la libertad con las clases privilegiadas, suceda tranquilamente la igualdad de los derechos en toda la República, ¿qué no podrá esperarse del genio vigoroso de América? El estandarte de la Unión flota independiente desde el Atlántico hasta el Pacífico, y dentro

de ese vasto dominio los elementos para el porvenir apenas tienen límite. De los desiertos, de las praderas y de los bosques fórmanse nuevos territorios; los trece Estados soberanos de 1776 se han aumentado hasta el número de treinta y ocho, y hoy asciende ya á cuarenta millones de almas la población de la gran República. Una potencia como esta es una de las fuerzas determinantes del mundo, y nada puede eclipsar la brillante aurora del gran pueblo, cuyas ramas separadas, aunque procedentes de un mismo tronco, tienen sus raíces en Londres y en Washington.»

Poco después de su elevación al poder, el presidente Hayes recibió á una diputación de ciudadanos negros, y en contestación á sus felicitaciones, díjoles que había nombrado á un individuo de su raza, llamado Federico Douglas, jefe de policía del distrito de Columbia, deseando dar con esto una prueba de que estaba resuelto á proceder ateniéndose á los principios expuestos en su mensaje inaugural.

La administración de este Presidente no ofreció nada de notable durante los cuatro años que empuñó las riendas del gobierno, y por buenas que fueran sus intenciones é infatigable su celo, no podía esperarse que realizara todas sus promesas tan pronto como quería, porque aun era preciso vencer no pocas dificultades y combinar elementos muy encontrados para restablecer la buena inteligencia y consolidar la reconciliación en el nuevo estado de cosas. Por eso el gobierno de Mr. Hayes no llenó las esperanzas de los unos ni satisfizo la ambición de los otros; y así es que bastante tiempo antes de terminar el cuarto año de su administración, comprendióse que no merecería los honores de la reelección, tanto más cuanto que iban á entrar en campaña para disputarse la Presidencia dos hombres notables, no sólo por su brillante carrera sino también por su influencia en el país.

Llegado el período de las elecciones, y teniendo ya la seguridad de que el presidente Hayes no sería reelegido, la Convención del partido demócrata, reunida en Cincinnati, dió principio á sus trabajos con una actividad que contrastaba con la lentitud de la Junta republicana de Chicago. Esta última necesitó treinta y seis escrutinios para obtener la mayoría absoluta que deseaba en favor de su candidato á la Presidencia, el general Garfield; mientras que en Cincinnati, las dos terceras partes de los sufragios recayeron ya desde el segundo escrutinio en favor del general Hancock, personifi-

cacion de la cordial inteligencia entre las dos grandes secciones geográficas de la Union americana. Bien podía temer Garfield la competencia de semejante candidato, porque Hancock, uno de los más brillantes generales del ejército del Norte, y el héroe de la batalla de Getisburgo, era un hombre por todos conceptos notable. Los dos candidatos, el republicano y el demócrata, habian sido generales de la Union, sólo que Hancock procedía de los cuadros regulares del ejército, y Garfield de las filas de los voluntarios llamados á las armas por el presidente Lincoln; mas el primero se habia distinguido siempre por su severa rectitud; mientras que el segundo, obedeciendo á ciertas influencias ó al espíritu de partido, no se opuso, cuatro años ántes, al fraude electoral por el que los votos de la Luisiana se sustrajeron en favor del presidente Hayes á fin de asegurar su triunfo.

La campaña presidencial, comenzada ya á

fin de junio de 1880, despues de presentar las Convenciones nacionales de Chicago y de Cincinnati su candidato definitivo, fué de las más activas y borrascosas, habiéndose inclinado un momento la balanza en favor de los demócratas, pues el general Hancock contaba con muchos partidarios en los Estados Unidos, siendo además rico y hallándose en toda la fuerza de la edad; pero en las elecciones generales de los treinta y ocho Estados de la Union alcanzaron al fin la mayoría el general Garfield y Mr. Chester Arthur para los cargos de Presidente y Vicepresidente, en sustitucion de Mr. Hayes y Mr. Wheeler; y en febrero de 1881, reunidos en sesion extraordinaria el Senado y la Cámara de representantes, quedó confirmada la eleccion.

Sabido este resultado, el presidente Hayes entregó su último mensaje anual, dando cuenta del estado en que dejaba la administracion, y abandonó la Casa Blanca para retirarse á la vida privada.



JAIME ABRAHAM GARFIELD

Vigésimo Presidente de los Estados Unidos

Jaime Abraham Garfield, que fué sucesivamente en su carrera pública hombre de leyes, soldado, representante en el Congreso y senador, habia nacido en noviembre de 1831 en un pueblecillo llamado Orange, en la parte noreste del condado de Cuyahonga, en el Ohio, localidad que en aquella época contaba muy pocos habitantes. La familia era muy pobre, y apenas ganaba lo necesario para su subsistencia: el padre, Abraham Garfield, humilde labrador, cultivaba un reducido terreno de su propiedad en medio del bosque, donde habitaba en una tosca choza construida con troncos; la madre era hija de Jaime Ballou, de Nueva Hampshire, descendiente de una antigua familia de hugonotes franceses, que habia dejado un recuerdo notable en la historia religiosa de Rhode Island. Abraham Garfield murió cuando

el niño Jaime sólo contaba dos años; la viuda permaneció en Orange, y como tenia más hijos, hubo de luchar muchos años contra la pobreza. Así pasó la infancia de Jaime Garfield, y cuando ya tuvo fuerzas para trabajar, su madre le ocupó para ayudarla en sus rudas faenas. Apenas si tenia cuatro años cuando la viuda le habia obligado á ir á la escuela del distrito, acompañado de su hermana, que le llevaba á cuestas, porque debian recorrer un largo camino.

— Cuando Garfield llegó á ser un robusto muchacho, contribuyó cuanto le fué posible al sosten de su familia: ocupábase en conducir las caballerías que tiraban de los lanchones cargados de carbon que hacian su carrera por el rio, y más tarde se dedicó al oficio de barquero en el canal de Pensilvania y del Ohio. No dejaba

por esto de aprovechar cuantas horas le quedaban libres para consagrarse al estudio, y habiendo solicitado se le permitiera asistir á un Seminario establecido en la pequeña ciudad de Chester, admiró allí á los maestros por su marcada afición á instruirse. Algun tiempo despues, siempre ansioso de aprender, consiguió que se le admitiera en el Instituto Eclético de Hiram: en este establecimiento entró como un pobre estudiante, y como ya habia renunciado al oficio de barquero, fuéle preciso, para ganar la subsistencia, barrer las salas, cuidarse de la limpieza, y prestar otros humildes servicios, todo lo cual hacia con la mejor voluntad, dándose por muy contento con que se le dejara estudiar y se le proporcionaran los libros necesarios. Tanta fué su aplicacion, y tales progresos hizo, que los maestros, deseando recompensarle, cediéronle al cabo de un año una plaza de pasante en el establecimiento. Sus aspiraciones no podian satisfacerse con esto, y así es que muy pronto se valió de sus medios para ingresar en el Colegio de Guillermo, en Williamstown (Massachusetts), donde hizo tan rápidos y admirables progresos, que al volver al Instituto de Hiram se le concedió la plaza de profesor de latin y griego, ó de «lenguas antiguas y literatura.» como se decia ántes. A los dos años, Garfield fué nombrado Director del Colegio, cuyo cargo conservó desde 1857 hasta que llegó á ser tan notable político como distinguido abogado. En 1858 casó con Lucrecia Rudolph, que habia sido una de sus discípulas en el Instituto de Hiram.

Pronto llegó el tiempo en que Jaime Garfield se vió hasta cierto punto obligado, en cumplimiento de sus deberes sociales, y atendiendo á las instancias de sus compatriotas, que reconocian en él un talento superior, á tomar una parte activa en la política del dia. En varios colegios y sitios públicos, Garfield habia hablado enérgicamente contra la esclavitud, y ya á la edad de veinticinco años pronunció varios discursos en favor del coronel Fremont, dándose á conocer así ventajosamente entre los políticos del Ohio.

En 1860 se propuso á Garfield presentarse como candidato de una vacante en el Senado, pero contestó que no aceptaría semejante honor si los notables de Hiram no le reconocian ántes apto para el desempeño de sus funciones. Aconsejósele que siguiera adelante en su carrera política, y así es que, muy jóven aún, Garfield obtuvo el cargo de senador. Era aquella una

época muy crítica: en el Ohio agitábase un partido que simpatizaba más ó ménos con el Sur; y Garfield, aunque era el senador más jóven, se opuso desde luégo á toda idea contraria á la Union. Cuando estalló la guerra civil, en 1861, propuso que el Estado facilitase 20,000 hombres para la primera campaña, y comprendiendo despues que debia dar el ejemplo, reunió el necesario número de estudiantes para formar un batallon de voluntarios, y púsose á su cabeza como jefe. Desde aquel momento, Garfield se dedicó asiduamente al estudio de la táctica militar, y tan audaz como emprendedor, no tardó en dar marcadas pruebas de que era tan apto para distinguirse en el campo de batalla como en el campo de la política. Su batallon de voluntarios convirtióse en regimiento, el cual se dió á conocer ventajosamente desde el primer dia en que entró en fuego.

Garfield inauguró su campaña derrotando á Humphrey Marshall en una reñida accion; despues tomó parte en diversas batallas, siempre con igual fortuna, y tuvo la satisfaccion de ser elogiado por sus jefes en varias órdenes del dia. En recompensa de sus méritos y servicios promoviósele á general en 1862, y en este mismo año pidió su licencia para asistir al Congreso como senador del Ohio.

Garfield, personificacion de la vigorosa raza de los colonos que habian poblado el territorio del Oeste despues de trabajar la tierra, podia considerarse como verdadero hijo de sus obras, pues á fuerza de trabajo, de energía y perseverancia, habia conseguido elevarse á una posicion que no se adquiere por lo regular sin el saber y la experiencia política. Garfield podia considerarse ya como el verdadero jefe del partido republicano en el Congreso, y por lo tanto tenia abierto el camino para satisfacer su ambicion. No le faltaban, sin embargo, adversarios políticos, los cuales le acusaban de haber comprometido su nombre, al principio de su carrera oficial, en ciertas especulaciones financieras que no parecian haberle reportado mucho beneficio, y que más tarde podrian servir para atacar su reputacion.

Como quiera que fuese, algunas enemistades políticas no podian detenerle en su carrera, pues en las elecciones, como ya hemos dicho en otro lugar, habia triunfado su candidatura á la Presidencia, á pesar de los esfuerzos del partido democrático, y del reconocido mérito de su rival, el general Hancock, á quien faltó muy poco para alcanzar la victoria en la lucha electoral.

El 4 de marzo de 1881, el Presidente electo se presentó en el Capitolio para prestar el juramento y tomar posesion de su cargo. Acompañábanle su esposa, su anciana madre y demás familia, que tomaron asiento detrás de la plataforma erigida delante del histórico edificio. Asistian al acto el ex-presidente Hayes, el vicepresidente Arthur, el jefe de Justicia, los senadores y diputados y el cuerpo diplomático. Despues de las ceremonias de costumbre, Mr. Garfield leyó con voz lenta y clara su mensaje inaugural, siendo interrumpido con frecuencia por los aplausos de sus oyentes. En este notable documento, el nuevo Presidente, despues de pasar en revista los progresos de la nacion en los primeros cien años de su existencia, decia lo siguiente:

«Conservando cuidadosamente lo que se ha obtenido para la libertad y el buen gobierno durante cien años, nuestro pueblo está resuelto á olvidar todas las enojosas controversias sobre asuntos que ya están definitivamente arreglados, y evitar discusiones que sólo servirian para resucitar odios que deben extinguirse.

»La supremacía de la nacion y sus leyes no deben motivar debate alguno; las discusiones que durante medio siglo amenazaron la existencia de la Union terminaron por un decreto del que no se puede apelar; pero este decreto no se opone á la autonomía de los Estados, ni tampoco interviene en las leyes de los gobiernos locales.

»La emancipacion de la raza negra, á cuyos individuos se reconoce el derecho de ciudadanía, es el cambio político más importante que hemos conocido desde que se adoptó la Constitucion de 1787; y ningun hombre pensador podrá ménos de apreciar los beneficios de semejante medida para nuestras instituciones, pues así nos veremos libres del continuo peligro de la guerra y la disolucion. Mucho se ha aumentado con esto la fuerza moral é industrial de la república; han dejado de existir las relaciones entre el amo y el esclavo, que debilitaban á uno y otro; ahora contamos con cinco millones más de ciudadanos libres, que pueden utilizar con provecho sus fuerzas; y el trabajo honroso para una raza podrá ser útil y necesario para la otra, produciéndose así un opimo fruto para el porvenir.

»No cabe duda que este gran cambio ha ocasionado graves perturbaciones en el Sur, y esto se debe deplorar, aunque era inevitable; pero los que resistieron á semejante cambio

deben recordar que bajo nuestras instituciones no habia término medio para la raza negra entre la esclavitud y la ciudadanía. La libertad no podrá producir nunca todos sus beneficios mientras que la ley ó su administracion oponga el más pequeño obstáculo al paso de todo ciudadano virtuoso. La raza emancipada ha hecho ya notables progresos; sus hijos están cimentando la base de su mutuo apoyo; ensanchan el círculo de su inteligencia, y comienzan á disfrutar de las bendiciones que recaen en el hogar de los pobres industriosos; por eso es preciso que los buenos procuren estimularlos generosamente.

»Mientras que mi autoridad se pueda extender legalmente, los hijos de la raza emancipada serán igualmente protegidos por la Constitucion y las leyes. El libre goce del sufragio igual está todavía en cuestion, y es preciso resolverlo franca y lealmente. En muchas localidades preténdese que los ciudadanos negros no tienen la libertad de votar, y procúrase impedir que lo hagan, alegándose que en diversos puntos será imposible un honrado gobierno local si se permite votar á una multitud de negros que carecen de educacion. Estos son graves asertos: si lo expuesto fuese verdad, lo consideraria como la única objecion que puede ponerse á la libertad de votar. Un mal gobierno local es ciertamente un gran perjuicio que debe evitarse; pero violar la libertad del sufragio es más que un perjuicio, es un crimen, y si se persistiese en él, conduciría á la destruccion del gobierno mismo. Si en otros países se considera crimen de alta traicion atentar á la vida del rey, en el nuestro no es menor crimen coartar nuestra autoridad soberana y ahogar su voz. Se ha dicho que las cuestiones no zanjadas roban el reposo á las naciones; y yo añadiré que esta cuestion del sufragio se opondrá siempre á la tranquilidad y seguridad de los Estados ó de la nacion hasta que cada uno, dentro de su propia jurisdiccion, pueda votar y vote libremente cuando esté sancionado por la ley. Sin embargo, no se puede negar el peligro que resulta de la ignorancia en el votante; peligro que no se limita al sufragio de la raza negra, pues tambien se oculta en los orígenes y fuentes del poder en cada Estado: no tenemos medida para calcular el desastre que nos podria acarrear la ignorancia y el vicio en los ciudadanos cuando en el sufragio se unen la corrupcion y el fraude. Los votantes de la Union, que hacen y deshacen constituciones, y de cuya voluntad depen-

den los destinos de nuestros gobiernos, no pueden transmitir su autoridad suprema á ningún sucesor, como no sea á la futura generacion de votantes, únicos herederos del poder soberano; y si esa generacion recibe esa herencia cuando está ciega por la ignorancia y corrompida por el vicio, la caída de la República será segura é inevitable.

»El censo ha dado ya la alarma al publicar las cifras que señalan hasta qué punto ha aumentado el número de personas sin instruccion entre nuestros votantes y sus hijos. Este es un asunto de suprema importancia para el Sur, pero la responsabilidad de la existencia de la esclavitud no era sólo de aquellos Estados; la nacion misma es responsable de la extension del sufragio, y tiene la obligacion especial de contribuir con todas sus fuerzas á desterrar la ignorancia de la parte del pueblo que debe acudir á las urnas. Lo mismo para el Norte que para el Sur, sólo hay un remedio: todo el poder constitucional de la nacion y de los Estados, y todas las fuerzas voluntarias del pueblo deben contribuir para ahuyentar semejante peligro por medio de la influencia salvadora de la educacion universal. Es el alto privilegio y el sagrado deber de aquellos que ahora viven, educar á sus sucesores y prepararlos por la inteligencia y la virtud para recibir la herencia que los espera.

»En esta obra benéfica se han de olvidar las divisiones y las razas, y tambien el espíritu de partido, para que nuestro pueblo halle una nueva significacion en el sagrado oráculo que decia: «Un niño los conducirá,» pues nuestros hijos regirán pronto los destinos de la República.

»Compatriotas, no diferimos ahora en nuestro juicio respecto á las controversias de las pasadas generaciones; de aquí á cincuenta años nuestros hijos no estarán divididos en sus opiniones sobre las mismas, y seguramente bendecirán á sus padres, dando gracias al Todopoderoso por haber conservado la Union y abolido la esclavitud, igualando á las dos razas ante la ley. Podremos apresurar ó retardar la reconciliacion, pero no evitarla; ¿no es posible para nosotros pedir una tregua al tiempo, anticipando y aceptando su inevitable veredicto?

»Empresas de la más alta importancia para nuestro bienestar moral y material nos ofrecen ancho campo para el empleo de nuestras fuerzas. Que todo nuestro pueblo, dejando atrás los campos de batalla, de sangrienta memoria, avan-

ce con la fuerza de la libertad, para que la Union restablecida obtenga las más envidiables victorias de la paz.

»En cuanto al servicio civil, nunca podrá tener una base satisfactoria mientras no se regule por la ley. Para bien del servicio mismo, para la proteccion de aquellos que están encargados de evitar la pérdida de tiempo, allanando las dificultades que se opongan á la marcha de los asuntos públicos, y para impedir las intrigas y los perjuicios, pediré al Congreso oportunamente que señale las condiciones para los destinos subalternos de los departamentos ejecutivos, prescribiendo los reglamentos á que todos deberán atenerse. El objeto constante de mi gobierno será mantener la autoridad, y dentro de su jurisdiccion imponer obediencia á todas las leyes de la República, en interés del pueblo. Exigiré una severa economía en todos los gastos del gobierno, recordando á todos los funcionarios que deben cumplir leal y honradamente sus deberes, sin olvidar nunca que los destinos se crearon, no para beneficio de los que los desempeñan, sino para servir al gobierno.»

Terminado su discurso, el presidente Garfield recibió las felicitaciones y los plácemes de sus numerosos amigos; al día siguiente nombró su gabinete, compuesto de personas cuyos nombres eran ya de por sí una garantía de buen gobierno; y entró en el ejercicio de sus altas funciones.

Mucho se esperaba de la administracion de Mr. Garfield, á juzgar por sus primeros actos; pero desgraciadamente, á los tres meses de su elevacion al poder, un trágico suceso sembró la consternacion en la República de la Union, por el infame atentado de que fué víctima Mr. Garfield.

El Presidente habia resuelto ir á visitar á su señora, residente en Long Branch, y el 2 de julio, á eso de las nueve y media de la mañana, dirigióse á la estacion de Baltimore y Potomac para tomar el tren que salia á esta hora con destino al citado punto. Acompañaba al Presidente uno de sus ministros, Mr. Blaine, y llegados que fueron, apeáronse del coche y penetraron presurosos en una de las salas de espera, pues faltaban pocos minutos para la salida del tren. Antes de que pudiera dar diez ó doce pasos, un hombre que habia entrado momentos antes, y que se habia sentado, como si esperase á Mr. Garfield, levantóse al verle, y le disparó por la espalda un tiro de revólver, seguido casi inmediatamente de otro.

El Presidente se mantuvo en pié al recibir el primer tiro, aunque la bala habia penetrado en el cuerpo, pero el segundo le hizo vacilar, dobláronse sus rodillas, y sin decir una palabra, sin proferir un grito, cayó de bruces, mientras que el asesino trataba de emprender la fuga; pero Mr. Blaine habia mandado ya cerrar todas las puertas, en las cuales se apostaron algunos agentes, y acto continuo prendióse al culpable. Despues se levantó al Presidente, que parecia muerto, y condujosele á la Casa Blanca, donde recobró pronto el conocimiento. Lo primero que hizo fué ordenar que se enviase un telégrama á su esposa, telégrama concebido en estos términos: «El Presidente me encarga anunciar á usted que acaba de ser herido, aunque no sabe todavía si de mucha gravedad, y espera que vendrá V. cuanto antes.» Remitido este telégrama, Garfield pareció más sereno, y habló con Mr. Blaine, perdiéndose en conjeturas sobre cuál seria la causa de haberse atentado contra su vida. La bondad de su carácter se reveló por el cuidado que le inspiraba su esposa, pues dijo con triste acento: «Dios bendiga á mi pobre mujer, y ojalá que la noticia no la trastorne gravemente.» La calma de Mr. Garfield asombró á todos cuantos le rodeaban, tanto más cuanto que acababa de asegurar que su herida era sumamente grave. Encargó á los médicos que no le ocultaran nada, y cuando le dijeron que habia pocas esperanzas de salvarle, contestó: «Hágase la voluntad de Dios; dispuesto estoy á morir.»

Los telégramas que despues se enviaban á todas partes fueron favorables, hasta el punto de creerse que el Presidente se salvaria, pues si bien una de las balas habia atravesado el hígado, bajando despues al abdómen, los riñones y los intestinos estaban ilesos; pero las esperanzas debian desvanecerse más tarde.

Apénas circuló la noticia por la ciudad, comenzaron á llegar numerosos grupos del pueblo para informarse ansiosamente sobre el estado del herido, y en los semblantes de todos revelábase el espanto y la indignacion, á la vez que un sentimiento de profundo pesar.

El asesino del general Garfield, Carlos Guiteau, de origen francés, habia nacido en Freeport, en Illinois, en 1841: era hombre de elevada estatura, cabeza pequeña, cabello espeso y muy corto, rostro prolongado, nariz un poco remangada, ojos pequeños y hundidos y cejas muy espesas. Su padre, Lutero W. Guiteau, segun todos los datos recogidos, gozaba de una

reputacion sin tacha por su honradez; habia sido director de correos en tiempo del presidente Harrison; y como en aquella época tomasen mal giro sus negocios, no vaciló en vender cuanto poseia para pagar puntualmente á sus acreedores. Su hijo Carlos, segun rumores, distaba mucho de ser tan probo. Atribuyóse á varias causas el atentado de que se habia hecho culpable: segun los unos, era un loco atormentado por el deseo de darse á conocer; segun otros, no era más que un cazador de empleos, enfurecido porque sus peticiones no le daban resultado; y no faltaba quien le calificase de fanático político. Sin duda hay un poco de verdad en todas estas versiones.

De los primeros interrogatorios parece resultar que Guiteau no tenia ningún motivo de odio personal contra el presidente Garfield, aunque le habia pedido, y esto con un tono nada propio de un hombre de sano juicio, destinos que no pudo obtener. Parece que Guiteau solicitaba hacia largo tiempo el cargo de cónsul de los Estados Unidos en Marsella, y para obtenerle habia molestado muy á menudo á las personas más influyentes en el Congreso. Viendo que no se atendia á sus repetidas instancias, Guiteau, segun su propia confesion, resolvió matar á Mr. Garfield, á fin de que el vicepresidente Arthur ocupase su lugar. Esta es la idea que dió origen al crimen, é inútil parece añadir que nadie ha pensado en acusar de complicidad al Vicepresidente ni á ninguno de los jefes políticos de los partidos republicano ó demócrata en América. El horrible atentado para asesinar al general Garfield, excitó en toda Europa tanto horror é indignacion como el asesinato de Alejandro II de Rusia y el del malogrado Abraham Lincoln. Su reputacion era europea, aunque habia desempeñado poco tiempo su alto cargo, y no se comprende que, dado su carácter, pudiera haberse atraído una enemistad mortal. No hay nada que pueda justificar actos tan odiosos, ni las pasiones políticas ni el espíritu de venganza, y sus perpetradores deben considerarse como los más viles enemigos de la humanidad.

Jaime Abraham Garfield era un hombre del tipo de Abraham Lincoln, el inolvidable Presidente de la Union, que sólo vivió para salvar la República en medio de las traiciones y de la guerra civil, y proclamar la abolicion de la esclavitud. Garfield tenia muchos puntos de contacto con aquel malogrado Presidente: personificaba, como él, la honradez, el patriotismo, la actividad y el respeto á los principios constitu-

cionales; si Abraham Lincoln fué hijo de un pobre labrador, también lo era Abraham Garfield; ambos se educaron é instruyeron por su propia inspiración; á fuerza de energía y perseverancia, dedicando al estudio las horas que sus rudos trabajos les dejaban libres, ambos se elevaron poco á poco desde la más humilde esfera social, siendo sucesivamente abogados, representantes de su país, guerreros y senadores; ambos llegaron á ocupar el más alto cargo de la República por los sufragios de un gran pueblo; y ambos, en fin, ¡singular coincidencia! debían ser víctimas de la bala de un asesino.

La elección de Garfield para la Presidencia, como ya hemos dicho, teniendo por competidor al distinguido general Hancock, sólo significó una victoria del partido republicano sobre el democrático. Desde su elevación al poder, el nuevo Presidente había manifestado sus intenciones de gobernar ateniéndose á los principios de la más severa rectitud, sin atender á los intereses de partido; y por eso no encontraron en él apoyo los intrigantes que van siempre á caza de empleos. Esta conducta debió atraerle sin duda la pérfida enemistad de los que no podían satisfacer sus interesadas miras.

Ya hemos dicho que pronto debían desvanecerse las esperanzas de salvar al Presidente, aunque se confiaba mucho en vista de los partes de los médicos; y en efecto, al cabo de once semanas de agudos padecimientos, sufridos con varonil entereza, en medio del hondo pesar y de la sincera compasión de cincuenta millones de habitantes, Jaime Abraham Garfield exhaló el postrer aliento. Este noble mártir, espíritu de Lincoln, émulo de aquel republicano tan típico, que perdió la vida por salvar á su país de los peligros que le amenazaban, deja también un recuerdo imperecedero, no sólo por la causa de su muerte, sino por los actos característicos de su vida, que pueden servir de noble ejemplo á los conciudadanos del malogrado Presidente, y de estímulo á los hijos de la República que aspiren á elevarse por el saber y las virtudes y á dejar un recuerdo querido entre sus compatriotas.

Mr. Garfield había adquirido una popularidad bien merecida, y no cabe duda que era hombre de reconocida rectitud, que deseaba á toda costa reformar el vicioso sistema de conferir destinos, no á las personas más aptas para desempeñarlos, sino á los candidatos políticos que pueden apoyar determinadas ideas de tal ó cual partido. Mr. Garfield era apreciado sobre

todo por su inefable bondad, por su pura moral y la elevación de su carácter, atributos más bien de un rígido puritano que de un hombre común; tan dignas de elogio eran sus virtudes domésticas como su desinteresado patriotismo; y pocos presidentes se habían granjeado tanto como él la estimación y la confianza del pueblo americano. No hay duda que el primer magistrado de una República de cincuenta millones de hombres libres debe merecer el respeto y las consideraciones, no sólo de su país, sino de la humanidad; pero Mr. Garfield era un nuevo tipo de héroe; y los trágicos incidentes de sus últimos días, su vida como ciudadano y su breve carrera como jefe del gobierno han comunicado cierta brillantez á la atmósfera de admiración y reverencia que rodeaba su nombre. El difunto Presidente no era, sin embargo, uno de esos genios que asombran al mundo, ni tal vez fuese una especialidad para gobernar á los hombres; pero, educado en la pobreza, supo abrirse camino en el mundo, no con ayuda de la espada, ni por ser un genio irresistible, sino por una inquebrantable fuerza de voluntad, por su clara inteligencia y por la pureza de sus costumbres, basada en los más sanos principios religiosos. Cuando los sufragios de sus compatriotas le elevaron al primer cargo de la República, la rectitud de su conciencia le impulsó á desviarse de la senda tradicional y comparativamente fácil, que suele seguir el jefe de partido, con sus tentaciones personales, porque ante todo quería cumplir con ejemplar rectitud los deberes que le imponía su cargo. Cuando procuraba realizar su bello ideal atrácese sin duda las animosidades de sórdidos políticos; y la bala de un asesino puso término á su brillante carrera.

Antes de procederse á embalsamar el cuerpo del presidente Garfield, los cirujanos practicaron la inspección anatómica del cadáver. Así pudieron ver que una de las balas, después de fracturar la undécima costilla del lado derecho, había atravesado la columna vertebral, fracturando el cuerpo de la primera vértebra lumbar y alojándose después debajo del páncreas, detrás del peritonio. La inmediata causa de la muerte fué una hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas inmediatas á la línea que la bala siguió, rompiendo la sangre el peritonio; de modo que más de un cuartillo de aquella pasó á la cavidad abdominal. Créese que esta hemorragia fué la que ocasionó los agudos dolores en la parte inferior del pecho que tanto hicieron sufrir á Mr. Garfield antes de su muerte.

El cadáver fué conducido á Washington desde Long Branch, punto donde murió el Presidente, en un tren especial. En todo el camino hubo una continuada manifestación de simpatía y dolor, así en las ciudades populosas como en los pueblos, y hasta en los campos por donde el tren pasaba. En todas las estaciones apiñábase la multitud, silenciosa y triste, y las cabezas se descubrían en señal de respeto; en los balcones y ventanas ostentábase colgaduras negras, y á cada momento oíase el lúgubre tañido de las campanas. En muchos puntos se arrojaron ramos de flores sobre el ataúd, en tal abundancia algunas veces, que el camino quedaba completamente cubierto de ellos. Sin haber ocurrido ninguna interrupción en el trayecto el tren penetró al fin en la estación de Washington, donde le esperaba ya una inmensa muchedumbre; ciento treinta oficiales del ejército y de la armada formaban en fila á cada lado. Los diversos personajes que iban en el tren tomaron asiento en los coches que los esperaban, y toda la comitiva se puso en marcha en dirección al Capitolio, precedida del ataúd, conducido en hombros de ocho soldados. Con el acompañamiento iban los principales jefes del ejército, varios destacamentos de milicias, los individuos de la Sociedad de Caballeros Templarios, con su música, y la oficialidad del ejército y la armada, á cuya cabeza iba el general Sherman. La multitud que rodeaba el Capitolio era tan compacta, que á duras penas se pudo abrir camino; al pie de la escalera del edificio, una doble fila de senadores y diputados esperaba para recibir el ataúd; entregado este, dióse orden de abrirlo; el nuevo presidente Arthur se adelantó entonces con Mr. Blaine para contemplar por última vez los restos mortales de su antecesor, y después se permitió al público pasar por delante del ataúd, custodiado por una guardia de honor de cuarenta hombres. Entre los adornos del féretro figuraba una magnífica corona de rosas blancas, presentada por la legación británica en nombre de la Reina de Inglaterra; en esta corona veíase una tarjeta con la siguiente inscripción: «La reina Victoria, como recuerdo del difunto presidente Garfield, y expresión de su pesar y simpatía á su esposa y á la nación americana.» Esto fué lo único que se conservó de los funerales efectuados en Cleveland.

Calcúlase que más de doscientas mil personas visitaron el Capitolio en los dos únicos días que el cadáver estuvo expuesto. Cuando se

cerró la entrada para el público, la señora de Garfield, acompañada de su hija y varios amigos, fué á mirar por última vez los restos de su esposo, y permaneció veinte minutos delante del ataúd. Después se arregló todo para las ceremonias religiosas, permitiéndose entrar á todas las personas á quienes se había invitado, entre las cuales figuraban el presidente Arthur, Mr. Blaine, el ex-presidente Mr. Hayes, los individuos del Supremo Tribunal, el Cuerpo diplomático, los senadores y diputados, y varios oficiales del ejército y armada. Terminado el servicio divino, el ataúd fué trasladado al coche fúnebre, y después al tren, que debía salir á las seis de la tarde para Cleveland, á donde llegó á la una del día siguiente. En todos los principales puntos del trayecto se hicieron salvas de fusilería, y tocáronse marchas fúnebres. Al llegar el tren á Cleveland, formóse una verdadera procesión de coches, y el ataúd fué depositado en un magnífico catafalco, protegido por un pabellón dispuesto de antemano para este objeto.

La ceremonia del funeral se efectuó al día siguiente; la comitiva se hubiera podido comparar, por lo muy numerosa, con la que acompañó al cadáver del malogrado Lincoln, presentando nueve divisiones, que comprendían: cuerpos de la milicia de los diversos Estados; veteranos de la guerra civil; representantes del Grande Ejército de la República; estudiantes, sociedades y clubs; diputaciones provinciales, y altos funcionarios civiles.

La plataforma del carro fúnebre medía ochenta pies de longitud por diez y seis de ancho; desde su borde superior hasta una pulgada del suelo pendía un paño negro franjeado de plata; toda la plataforma estaba cubierta de coronas de siemprevivas, y en cada uno de sus ángulos ondeaban banderas enlutadas. Al carro fúnebre seguía una fila interminable de carruajes; en los primeros iban los generales Sherman, Sheridan, Hancock y Drum, y el almirante Porter, y cerraba la marcha la guardia nacional del Estado de Ohio. En el cementerio se rezó el oficio de difuntos, terminándose la ceremonia religiosa en el mayor silencio y recogimiento, á pesar de la inmensa multitud que allí se hallaba reunida. El acto revistió la mayor sencillez, y sin embargo fué verdaderamente solemne, presentando un golpe de vista que difícilmente podrían olvidar los que lo hubiesen presenciado. El ataúd se depositó en la bóveda preparada para recibirle, donde debía permanecer hasta que se

erigiera el monumento proyectado para perpetuar la memoria del presidente Garfield.

Mr. Townsend y Mr. Smalley, biógrafos de este Presidente, han publicado varios apuntes sobre su carácter y cualidades como hombre político, que no dejan de ser interesantes y dignos de reproducirse.

«Desde Juan Quincy Adams, dice Mr. Townsend, ningún Presidente ha tenido tanta escuela de instrucción como Abraham Garfield, que era en Washington uno de los pocos hombres públicos que poseían profundos conocimientos literarios. Dotado de infinitos recursos, tenía una gran fuerza de lógica, y era un gran retórico. Aficionado al estudio desde su juventud, agradábale recorrer el campo de todos los conocimientos; deleitábase en las creaciones de la imaginación, en la poesía, en las ficciones, en el arte; amaba las cosas abstractas de la filosofía; interesábase en las investigaciones científicas; recopilaba los hechos históricos y políticos, y sabía comunicar al todo la vida de su propia originalidad. En estos últimos diez años, ningún hombre ha cultivado entre nosotros con tanto afán las letras y las ciencias. Su carácter moral era la corona más propia para su naturaleza intelectual y física; tenía sentimientos puros, corazón bondadoso, costumbres sencillas; y su generosidad no reconocía límite.»

Mr. Smalley dice:

«Probablemente no existe ahora ningún orador político capaz de producir tanto efecto como el malogrado Garfield producía; apelaba directamente á la razón de los hombres, y sólo después de conducir á sus oyentes por una serie de poderosos argumentos á irresistibles conclusiones, interrogábase para que emitieran su opinión. Tenía voz clara y sonora, mucho magnetismo personal, y una elocuencia que infundía confianza, agregándose á esto su rara habilidad para enlazar los hechos entre sí, presentándolos después como un argumento irresistible. Algunas veces, todo el auditorio, arrebatado por su palabra, levantábase poseído de entusiasmo cual si le moviera un resorte.

» Terminaré este apunte con algunas sentencias y máximas que Abraham Garfield consignó en sus numerosos mensajes y que se han juzgado dignas de formar una colección.

«La fortuna es un *ignis fatuus*: el que va detrás de ella puede arruinarse, pero no hacerse rico.»

«Bueno es saber hacer algo más de lo que comúnmente se hace.»

«Loca es la idea de aquellos que esperan que algún suceso les permitirá adquirir de pronto fama ó fortuna. En este mundo las cosas no dan vueltas si alguno no las mueve.»

«Me inspira más respeto un muchacho que un hombre, aunque vaya cubierto de harapos, porque no sé hasta qué punto se pueden desarrollar sus facultades.»

«No hay cosa que me infunda más lástima que esos hombres que se llaman instruidos, que se graduaron en nuestras universidades ó en las de Europa, que han obtenido muchos honores, y que sin embargo no sabrían poner los arcos á un caballo ó hacer una factura de comercio, aunque de ello dependiera la salvación del mundo.»

«Si la fuerza para trabajar mucho no es talento, por lo ménos es lo que mejor puede sustituirle.»

«No es un honor ni una gloria presentarse en la arena, sino saber luchar y quedar victorioso en ella.»

«El hombre más noble tendrá en perspectiva siempre un conflicto mientras conserve la existencia.»

«El privilegio de ser joven es un gran privilegio, pero más lo es aún el de crecer para proclamarse independiente á la mitad de la carrera de su vida.»

«Prefiero ser batido en el terreno de la razón que vencer en el del error.»

«Los males presentes siempre parecen mayores que los futuros.»

«Si lo que ganas en la vida lo debes á tus propios esfuerzos, será bien tuyo y una parte de tí mismo.»

«Los poetas, al nacer tienen ya adquirida la gloria.»

«Los principios de los éticos no han cambiado con el trascurso de los años.»

«Una de las cosas que la humanidad ama y admira más en la tierra es un hombre valeroso, un hombre que se atreva á mirar á Satán cara á cara, y á decirle que es el diablo.»

«El hombre que está convencido de su fuerza mira con desprecio los alardes de los demás.»

«Será un bienhechor de la humanidad el hombre que nos enseñe á dirigir bien á un niño en sus primeros años.»

«El estudiante debe aprender para sí su relación con la sociedad, con la naturaleza, con el arte, y sobre todo las relaciones de todo esto con Dios, Autor de cuanto existe.»

«Las grandes ideas viajan lentamente, y du-

rante algún tiempo sin ruido, como los dioses que llevaban los pies calzados de lana.»

«Lo que las artes son al mundo de la materia, la literatura es al mundo del entendimiento.»

«La verdad está tan relacionada y enlazada, que ningún departamento de su reino está del todo aislado.»

«Mejor quiero arruinarme que hacer un capital fuera de mi religión.»

«Las ideas son los grandes guerreros del mundo; una guerra sin ideas es simplemente una brutalidad.»

«Bien mirado, el territorio sólo es el cuerpo de una nación; el pueblo que habita sus montañas y sus valles constituye su alma, su espíritu y su existencia.»

«Bajad por las gloriosas gradas de nuestra bandera; todos los grandes recuerdos que hemos dejado vindicáronse con nuestra sangre y con la verdad: así barre el suelo como toca las estrellas.»

«Terrible cosa es que un hombre rehuse á su hermano cumplir una promesa; pero es cien mil veces peor que una nación lo haga, porque se destruye el manantial de la fe.»

«Las flores que florecen en la pared del jardín de los partidos políticos son las más dulces y fragantes que pueden florecer en los jardines del mundo.»

«No fué un hombre quien mató á Abraham Lincoln; fué el espíritu de la traición y de la esclavitud, inspirado en el odio más enconado, el que le hirió en el momento en que la nación llegaba al colmo de su alegría.»

«Cuando doscientos cincuenta mil valientes pasaron desde el campo del honor, á través del diáfano velo, á la presencia de Dios, y cuando después el Presidente mártir se reunió con los difuntos héroes de la República, la nación estuvo tan cerca del velo, que los hijos de los hombres oyeron las palabras de Dios.»

Algunas de estas máximas, que revelan la profundidad de ideas del difunto Presidente, no serán seguramente echadas en olvido por los que sepan apreciarlas en lo que valen.

La suscripción iniciada por el pueblo americano para socorrer á la viuda de Mr. Abraham Garfield excedió de setenta mil libras esterlinas.

La sencilla, aunque sublime ceremonia celebrada en Cleveland, la expresión pública de los sentimientos manifestados por el pueblo, y los tristes antecedentes que á ella habían dado lugar, seguramente debieron producir una impresión profunda en el general Chester Arthur,

que por el extraño é imprevisto giro de los acontecimientos estaba llamado á ocupar la silla presidencial. Harto debía comprender que su misión era difícil, si había de llevar á cabo los propósitos de su noble antecesor, siguiendo la misma línea de conducta; pero la generosa confianza que le manifestaron sus compatriotas, siendo, como era, un político de dudosos antecedentes, bastaba para infundirle ánimos. El nuevo Presidente, á juzgar por la opinión pública en América, debía aceptar en un todo la política de su predecesor para merecer el aplauso de sus conciudadanos.

El general Chester Arthur, que tenía la misma edad del presidente Garfield, había nacido en Albania (Estado de Nueva York), el 5 de octubre de 1831. Su padre, el Rdo. Guillermo Arthur, era un sacerdote que emigró á América, abandonando su país natal, el condado de Antrim (Irlanda), á los diez y ocho años. El joven Arthur se educó en el colegio de la Union en Nueva York; después fué á desempeñar el cargo de pasante en una escuela de pueblo, en Vermont; y al cabo de algún tiempo, habiendo conseguido reunir quinientos duros á fuerza de economía, volvió á Nueva York, consagróse al estudio de las leyes con una constancia infatigable, y tal fué su aplicación que muy pronto se le admitió en el foro. Chester Arthur, que desde su primera juventud era aficionado á la política, se asoció, esperando mejorar su posición, con un notable abogado de Nueva York, en cuya compañía alcanzó cierta notoriedad, sobre todo desde que la Convención de Saratoga, fundadora del partido republicano, le nombró su representante. Desde entonces se dió á conocer mucho como político, no sólo en su Estado sino también en Nueva York.

Durante la guerra civil, Chester Arthur desempeñó el cargo de Contramaestre general de la ciudad de Nueva York, pero nunca sirvió en el ejército. En 1872, el presidente Grant le confirió el cargo de recaudador del puerto de Nueva York, del que le separó en 1878 el presidente Hayes, no sin que esta medida produjera mucha excitación. Dicho Presidente había considerado como un obstáculo á Chester Arthur para efectuar la reforma del servicio civil que entonces proyectaba, y que no dió el resultado apetecido.

Después de su separación del empleo que desempeñaba, Arthur emprendió de nuevo el ejercicio de su profesión de abogado, y poco después se le nombró jefe de una de las más

acreditadas casas comerciales de Nueva York, la de Arthur, Philips, Knevals y Ramion. Como era íntimo amigo del senador Coukling, ayudóle mucho en sus trabajos políticos, contribuyendo no poco á que se le reeligiera, aunque este senador luchaba contra el Presidente Garfield.

En cuanto al carácter personal de Mr. Chester Arthur, según el testimonio de sus mismos enemigos políticos, era irreprochable, y aunque viudo, observaba una conducta ejemplar.

El 22 de setiembre de 1881, el general Chester Arthur prestó juramento y tomó posesión del cargo de Presidente con las acostumbradas ceremonias, en presencia de los ministros, los jueces del Tribunal Supremo y algunos senadores y diputados. Asistió también el cuerpo diplomático, juntamente con muchas personas notables y altos funcionarios de la administración y jefes del ejército, entre los cuales hallábase el general Sherman. El acto se celebró en la sala de los Mármoles, y el jefe de Justicia, Mr. Warte, fué quien recibió el juramento. La ceremonia revistió toda la solemnidad desplegada siempre en tales ocasiones, aunque no se notara la animación de otras veces, á causa de ser muy reciente aún la dolorosa impresión producida por la muerte de Mr. Garfield. El presidente Arthur leyó el siguiente mensaje:

«Por cuarta vez en la historia de nuestra República el jefe del gobierno ha cesado en sus altas funciones por causa de muerte. Los corazones de todos, poseídos de un pesar profundo, aun se estremecen de horror al recordar el bárbaro crimen que ha sembrado el luto en nuestro país. La memoria del Presidente asesinado, sus largos padecimientos, su inquebrantable entereza, el ejemplo que nos ha dado, los actos de su vida, y los incidentes que precedieron á su muerte, son otros tantos hechos que iluminarán las páginas de nuestra historia.

» Por cuarta vez, el Vicepresidente, elegido por el pueblo y designado por la Constitución para ocupar la vacante ocasionada por la muerte, debe empuñar las riendas del gobierno como jefe del Poder ejecutivo. Nuestros padres, en su alta sabiduría, previeron ya las dificultades que podrían suscitarse en casos como el presente, y por eso adoptaron las medidas que creyeron más oportunas para que el gobierno no se viera nunca en peligro á causa de la inseguridad de la vida humana. Los hombres pueden morir, pero la fábrica de nuestras instituciones libres se mantiene intacta; y no podría

darse prueba más convincente del vigor y permanencia de nuestro gobierno popular que el hecho de que, aunque el elegido del pueblo caiga, su sucesor constitucional ocupe tranquilamente la silla vacante sin esfuerzos, sin ruido, sin oposición, por más que el pesar embargue los corazones y aflija al país entero.

» Todas las nobles aspiraciones de mi malo grado predecesor, que hallaron expresión en su vida; las medidas que proyectaba é indicó durante su breve administración para corregir abusos, obteniendo la necesaria economía; la prosperidad, el bienestar general y la tranquilidad doméstica, conservando amistosas relaciones con todas las potencias del mundo, serán para mí otros tantos preceptos que me propondré con afán cumplir, para que la nación se aproveche del buen ejemplo y de la experiencia.

» La prosperidad favorece nuestro país; nuestra política, determinada por las leyes, merece la aprobación general; ningún peligro amenaza interrumpir la buena inteligencia con las demás naciones; y gracias á la sabiduría, integridad y rectitud de nuestro pueblo, podemos confiar en que no se perturbará la paz y tranquilidad de que disfrutamos. El trastorno producido por una imprevista desgracia no debía interrumpir la marcha de la administración pública, ni se ha necesitado siquiera convocar al Congreso á una sesión extraordinaria. La Constitución determina las funciones y facultades del Poder ejecutivo tan claramente como las de cualquier departamento del gobierno; y el Presidente debe ser siempre responsable del exacto cumplimiento de los deberes que á cada cual corresponden.

» Llamado á ocupar este elevado puesto, y reconociendo esa responsabilidad que sobre mí pesa, acepto el cargo que la Constitución me impone, en la confianza de que con la ayuda de la Divina Providencia y la virtud y patriotismo del pueblo americano, podré llevar á feliz término mi sagrada misión.»

Después de leer este mensaje, Mr. Blaine se acercó al nuevo Presidente y estrechóle la mano, imitándole los demás individuos del gabinete y muchos de sus amigos.

El ex-presidente Hayes llegó al Capitolio después de terminada la ceremonia.

El gabinete se reunió en sesión apenas se hubo terminado el acto, y acordóse publicar el siguiente manifiesto:

«Puesto que el Señor ha querido llamar á sí al ilustre jefe de la nación, y como es justo

que el profundo pesar que llena todos los corazones se eleve al trono de Dios, y que busquemos su consuelo en nuestra aflicción, cumplimos con un deber sagrado, así como con los deseos del pueblo, señalando el próximo lunes para día de ayuno y humillación, y para rezar por el

descanso de nuestro difunto Presidente. En su consecuencia, recomendamos al pueblo que se reúna al efecto en los lugares dedicados al culto.»

Como era de esperar, y en cumplimiento de los principios que el Presidente se había propuesto observar, todos los individuos del gabi-



CHESTER ARTHUR

Vigésimoprimer Presidente de los Estados Unidos

nete recibieron una invitación para continuar en el desempeño de sus respectivos cargos, medida que mereció la aprobación general, pues revelaba que Mr. Chester Arthur se proponía sinceramente seguir en su política y en su gobierno la línea de conducta trazada por su ilustre predecesor.

Ateniéndose en lo posible á los principios enunciados en su mensaje inaugural, el presidente Arthur terminó su administración sin que durante ella ocurriese nada notable. Las

nuevas elecciones presidenciales hicieron comprender que no sería reelegido, y la votación designaba ya al que debía sucederle en el gobierno de la República. Los sufragios favorecían esta vez á Mr. Cleveland, que por sus cualidades y reconocida influencia entre sus conciudadanos, y sobre todo por su ejemplar probidad en cuantos cargos había desempeñado, dando repetidas pruebas de sus brillantes disposiciones, parecía digno por todos conceptos de regir los destinos de la República.



GROVER CLEVELAND

Vigésimosegundo Presidente de los Estados Unidos

Grover Cleveland nació en 1837 en Nueva Jersey, y era hijo de un sacerdote de un pueblo rural. Después de recibir su primera educación en la escuela de Clinton, su padre le colocó en un almacén, donde estuvo algún tiempo, y después pasó á la ciudad de Nueva York, donde halló oportunidad de ocuparse como pasante en el Asilo de Ciegos. En 1855 trasladóse á Cleveland, en el Ohio, y admitiósele en clase de escribiente en casa de los abogados Rogers y Bowen, quienes reconociendo las buenas disposiciones del joven, allanaronle el camino para que estudiase leyes. Tal fué la aplicación y la infatigable actividad de Cleveland que en 1859 estuvo en disposición de graduarse y ejercer; de manera que muy pronto se le admitió en el foro, y poco después obtuvo el cargo de procurador en el condado de Eric, cargo que conservó tres años. En 1870 eligiósele como juez de este distrito, y en 1881 se le nombró alcalde de Búffalo. La conducta de Cleveland en estos

dos últimos cargos habíale granjeado numerosas simpatías, y no tardó en obtener el apoyo de los dos partidos políticos, debiendo á esto que se le eligiera para el cargo de gobernador del Estado de Nueva York, debiendo advertirse que esta mayoría fué de nada menos que de cerca de doscientos mil votos; mientras que su competidor republicano, Mr. Folger, sólo obtuvo una cuarta parte.

Mr. Cleveland se había distinguido siempre no sólo por su ejemplar rectitud sino por su notable aptitud para los negocios públicos; á esto debió sin duda sus rápidos adelantos en la carrera política. En las elecciones generales que se efectuaron cuando se acercaba el término de la administración de Chester Arthur, Mr. Cleveland fué también favorecido por una gran mayoría para el cargo de Presidente de los Estados Unidos, elección que se confirmó después por las Cámaras.

El 4 de marzo de 1885, Mr. Cleveland, de-

signado legalmente para sustituir al general Chester Arthur en el cargo de Presidente de la República, se dirigió á la Casa Blanca, seguido de un numeroso concurso, para prestar el juramento de costumbre y tomar posesión del elevado cargo que le conferían la voluntad de la nación y los sufragios de sus compatriotas. No hubo músicas ni otros preliminares de pura ostentación para presentar á Mr. Cleveland á la escogida concurrencia que llenaba el local, pues todos le conocían; sabían que era hombre que había sabido conservar su serenidad en las circunstancias más difíciles de la vida, y que en aquella ocasión, mejor que nunca, se mostraría digno del honor que se le dispensaba. Conducido á la plataforma, y una vez restablecido el silencio, Mr. Cleveland leyó su mensaje inaugural, concebido en estos términos:

«CONCIUDADANOS: A presencia de la numerosa asamblea ante la cual tengo el honor de presentarme, voy á sellar con un sagrado juramento la manifestación de la voluntad de un gran pueblo libre, que en el ejercicio de su poder y de sus derechos tiene á bien confiar á uno de sus compatriotas, que en cambio le consagra sus servicios, una misión suprema. Esta solemne ceremonia implica poco para la trascendental responsabilidad que contraigo ante todo el pueblo de la República; y naturalmente ha de inquietarme la idea de que cualquiera de mis actos podría perjudicar á los intereses de unos ó de otros, aunque nada necesito para fortalecer mi resolución de emplear todos mis esfuerzos y facultades para conseguir el bienestar de mi país.

»En medio de la lucha de los partidos se hizo la elección del pueblo; pero bajo todas las circunstancias se ha demostrado nuevamente cuánta es la fuerza y seguridad de un gobierno elegido por aquél. A medida que el tiempo pasa, vemos más claramente que nuestros principios democráticos no necesitan defensores, y que en su fiel aplicación debe fundarse la más segura garantía de un buen gobierno; pero los mejores resultados de éste, allí donde todos los ciudadanos tienen una participación, dependen mucho de una limitación conveniente en el celo de los partidos políticos, y de una justa apreciación del tiempo ó de la época en que el calor de éstos debe confundirse con el patriotismo del ciudadano.

»Aunque hoy ó mañana se transfiera el Poder ejecutivo á otro ciudadano, el gobierno del pueblo siempre es el mismo, y continúa siendo

objeto de la respetuosa solicitud de todos. Hoy día, las animosidades políticas y el encono que produce la derrota de un partido deben cesar para convertirse en un sentimiento de patriotismo puro y leal; y si desde este momento renunciamos sinceramente á todas las preocupaciones políticas, rechazando la desconfianza; si nos proponemos trabajar armónicamente en favor del país, mereceremos obtener todos los beneficios que nuestra feliz forma de gobierno puede dispensar.

»En esta solemne ocasión podemos renovar muy bien el juramento de fidelidad á la Constitución escrita por los fundadores de la República, consagrada por su patriótica abnegación y que durante un siglo ha sustentado las esperanzas y aspiraciones de un gran pueblo, permitiéndole conservarse fuerte así en la prosperidad y la paz como en períodos de conflictos con el extranjero, de luchas intestinas y de toda clase de vicisitudes. El Padre de ese país recomendó que se adoptase nuestra Constitución como «resultado de un espíritu de mutuas concesiones;» y en este mismo espíritu debe administrarse, á fin de promover el bienestar del país y asegurar los beneficios que debemos obtener, así nosotros como aquellos que quieren tomar parte en nuestra vida nacional. La gran diversidad de los intereses sometidos al gobierno federal y las competencias que se establezcan no deben infundirnos inquietud alguna, ni ha de temerse que cada cual vea recompensados sus méritos, siempre que en las cámaras de la legislación predomine ese espíritu de amistad y concesiones mutuas en que la Constitución tuvo su nacimiento.

»En cumplimiento de mis deberes oficiales procuraré guiarme por una justa obediencia á los principios de la Constitución y una cuidadosa observancia de las distintas atribuciones que corresponden al gobierno federal y á los diversos Estados, invocando siempre los derechos que nuestras leyes han otorgado al Poder ejecutivo. El que hoy presta juramento delante de vosotros, obligándose á conservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos, sólo contrae el solemne compromiso de que debe participar conmigo todo ciudadano patriota, así el labrador como el industrial y el comerciante. La Constitución que prescribe el juramento, queridos conciudadanos, es la vuestra; el gobierno que habeis elegido para administraros, es el vuestro; los sufragios por los cuales se ejecuta la voluntad de los hombres li-

bres, son los vuestros; las leyes y todo el sistema de nuestro gobierno civil, desde la más pequeña ciudad hasta el primer Estado, son las recordadas por vosotros. Al pueblo pertenecen los votantes, lo mismo que el Presidente de la República, y aunque en diferentes esferas, todos ejercen sus derechos sancionados por la ley. Cada ciudadano, cumpliendo con lo que debe á su país, debe vigilar atentamente á los servidores públicos para apreciar en lo que valgan su fidelidad y sus condiciones, para reconocer si son útiles á la patria. Esta es la voluntad del pueblo, marcada en el edificio de nuestra política, y ese es el precio de nuestra libertad, así como la inspiración de nuestra fe en la República.

»Deber es de los que sirven al pueblo en cargos públicos limitar en lo posible los gastos de la administración, proporcionadamente á las necesidades del gobierno; porque esto limitará también el derecho del Poder ejecutivo para exigir impuestos sobre el trabajo y la propiedad del ciudadano, y porque la extravagancia pública sería una excusa para la del pueblo. No debemos avergonzarnos nunca de la sencillez y de las prudentes economías que parezcan convenientes para el gobierno republicano y más compatibles con la misión del pueblo de este país. Los que son elegidos por un tiempo limitado para dirigir la cosa pública, salen de las filas del pueblo, y pueden hacer mucho con su ejemplo para estimular á sus conciudadanos á proceder con honradez y dignidad en las funciones públicas; la integridad de todos no puede menos de promover el bienestar de nuestro país.

»El genio de nuestras instituciones, las necesidades del pueblo en su vida doméstica, y el celo que se requiere para establecer y desarrollar los recursos de nuestro vasto territorio nos obligan á evitar escrupulosamente toda desviación de esa línea de política extranjera recomendada por la historia, por las tradiciones y la prosperidad de nuestra República. Es la política de la independencia, favorecida por nuestra posición, defendida por nuestro reconocido amor á la justicia, y por nuestro poder; es la política de paz que conviene á los intereses del país, es la política de neutralidad, que rechaza toda participación en las especulaciones extranjeras, y que no tiene miras ambiciosas sobre otros continentes; es, en fin, la política de Monroe, de Washington y de Jefferson. «Paz, comercio y fiel amistad con todas las naciones, sin contraer alianzas con ninguna.»

»Una justa consideración á los intereses y prosperidad de todo el pueblo exige que nuestra hacienda esté cimentada en las más sólidas bases, para asegurar la confianza en los negocios é intereses y para que el fruto del trabajo sea más beneficioso. Nuestro sistema financiero se debe combinar de modo que se pueda aliviar al pueblo de impuestos innecesarios, respetando celosamente los intereses de los capitales invertidos, protegiendo á los industriales americanos y evitando en el tesoro una excesiva acumulación que pudiese inducir á las extravagancias. Para cuidar debidamente de la propiedad de la nación y atender á las necesidades de los futuros pobladores, es necesario preservar al dominio público de aventuradas empresas y de una ocupación ilegal. La conciencia del pueblo exige que los indios, dentro de sus límites, sean tratados convenientemente como guardianes del gobierno, y es preciso cuidarnos de su educación, civilizándolos en lo posible, para que más tarde puedan obtener su derecho de ciudadanía. También es preciso que la poligamia que existe en algunos territorios, elemento destructor de las relaciones de familia y ofensiva sobre todo para la moralidad del pueblo civilizado, sea reprimida enérgicamente. Se deben vigorizar sobre todo las leyes que prohíben la inmigración de una clase servil que trata de competir con el trabajo americano, sin tener la menor intención de adquirir derechos de ciudadanía, y que trae consigo y conserva costumbres repugnantes á nuestra civilización.

»El pueblo pide reformas en la administración del gobierno, y quiere que se apliquen á los asuntos públicos los principios observados para los demás negocios. Con este objeto se debería introducir una reforma en el servicio civil; nuestros ciudadanos tienen el derecho de protección por la incompetencia de los empleados públicos que han obtenido sus destinos sólo como recompensa de servicios prestados á su partido, y por la influencia corruptora de los que prometen para satisfacer interesadas miras. Yo entiendo que únicamente los que tienen reconocidos méritos para desempeñar un cargo público pueden alegar un fundado derecho para obtenerle, y que sólo á ellos se debe atender, prescindiendo de toda consideración de partido.

»En la administración de un gobierno obligado á dispensar igualmente justicia á todos los hombres, no hay pretexto alguno para des-

confiar ó temer que no se protejan los derechos de los hombres libres ni se respeten sus privilegios, como lo previene la Constitución. Todo debate respecto á la aptitud de cada uno para desempeñar el cargo que se le confía como ciudadano americano, es completamente inútil y ocioso; el hecho sólo de ser ciudadano le permite reclamar la protección de las leyes, mientras cumpla con todos sus deberes, obligaciones y responsabilidades.

»Las constantes y diversas necesidades de un pueblo activo y emprendedor, deben ser atendidas solícitamente por todos aquellos que hacen y ejecutan las leyes. Nuestros deberes son prácticos, exigen una industriosa aplicación, y sobre todo el más firme propósito de obtener una acción unida para asegurar á todo el pueblo de este país los beneficios de la mejor forma de gobierno que se ha concedido al hombre. Sin confiar sólo en los esfuerzos humanos, reconozcamos humildemente el poder y la bondad de un Dios Todopoderoso que preside los destinos de las naciones, y que siempre se ha revelado en la historia de nuestro país. Interroguémosle y pidámosle su auxilio para nuestros trabajos.»

Este mensaje, cuidadosamente redactado, fué leído con la mayor naturalidad; no hubo reticencias, ni interrupciones, ni faltó nunca la voz al autor de este notable escrito. La modestia y sinceridad de Mr. Cleveland impresionaba á los oyentes, y por eso fueron nutridos los aplausos cuando terminó la lectura. Cuanto había dicho el nuevo Presidente respecto á la *extravagancia oficial*, al tratamiento de los indios y al plan económico, mereció la aprobación general, particularmente de los senadores y diputados.

Después de estrechar la mano á muchos de sus amigos, y de recibir sus felicitaciones, Mr. Cleveland prestó el juramento de costumbre ante el jefe de Justicia y una brillante concurrencia, en la que figuraba en primer término el ex-presidente Chester Arthur. Terminado el acto, resonaron ruidosas aclamaciones, y el cañon anunció á toda la ciudad que la República tenía un nuevo Presidente. Una inmensa muchedumbre llenaba todas las calles inmediatas al Capitolio, donde todos habían procurado ocupar los mejores puestos para presenciar la solemne ceremonia, efectuada en medio de una animación y entusiasmo indescriptibles.

FIN

NOMA DE NUEVO LEÓN

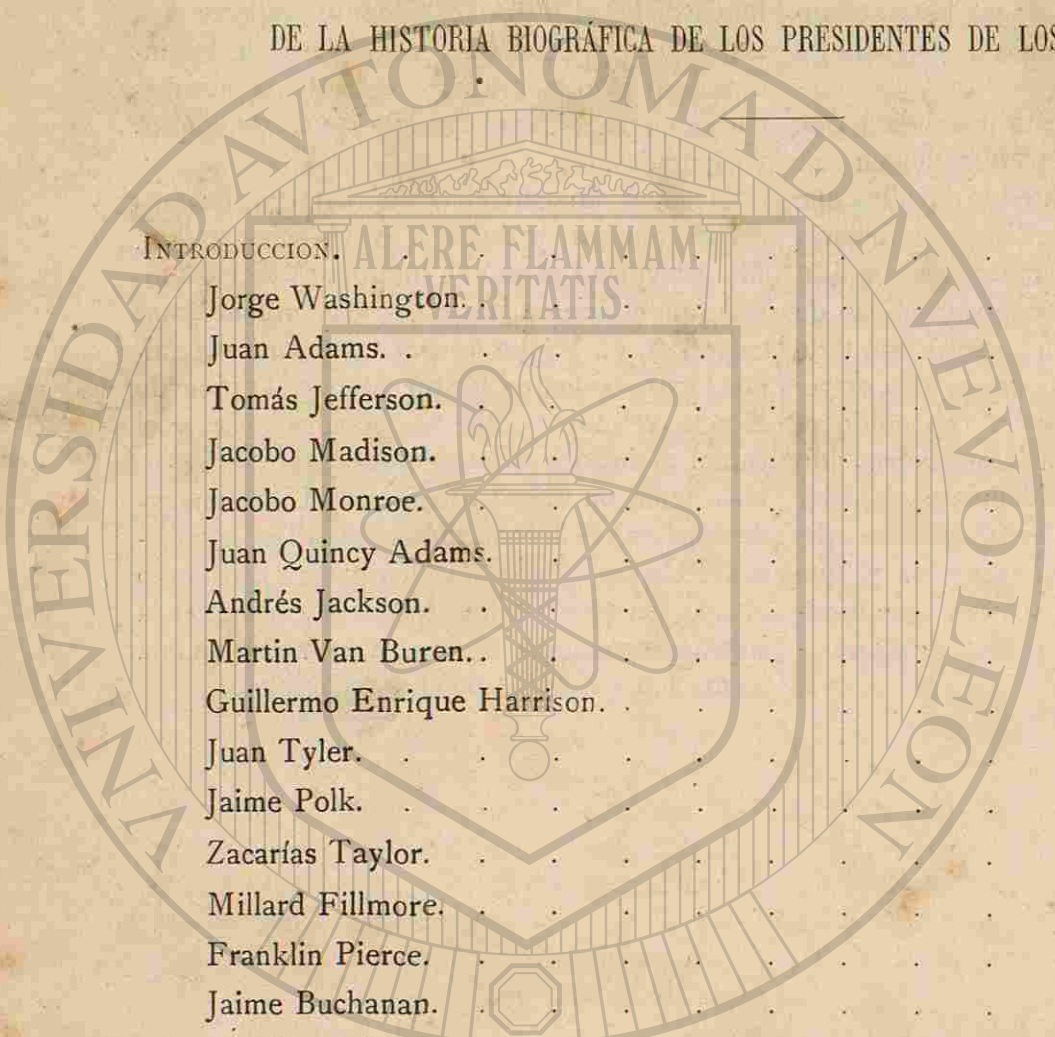
®

AL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LA HISTORIA BIOGRÁFICA DE LOS PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS

| | Páginas. |
|-------------------------------------|----------|
| INTRODUCCION. | I |
| Jorge Washington. | I |
| Juan Adams. | 117 |
| Tomás Jefferson. | 126 |
| Jacobo Madison. | 137 |
| Jacobo Monroe. | 144 |
| Juan Quincy Adams. | 149 |
| Andrés Jackson. | 152 |
| Martin Van Buren. | 162 |
| Guillermo Enrique Harrison. | 165 |
| Juan Tyler. | 166 |
| Jaime Polk. | 168 |
| Zacarias Taylor. | 171 |
| Millard Fillmore. | 175 |
| Franklin Pierce. | 177 |
| Jaime Buchanan. | 181 |
| Abraham Lincoln. | 190 |
| Andrés Johnson. | 251 |
| Ulises Grant. | 262 |
| Rutherford Hayes. | 271 |
| Jaime Abraham Garfield. | 275 |
| Chester Arthur. | 283 |
| Grover Cleveland. | 286 |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



